

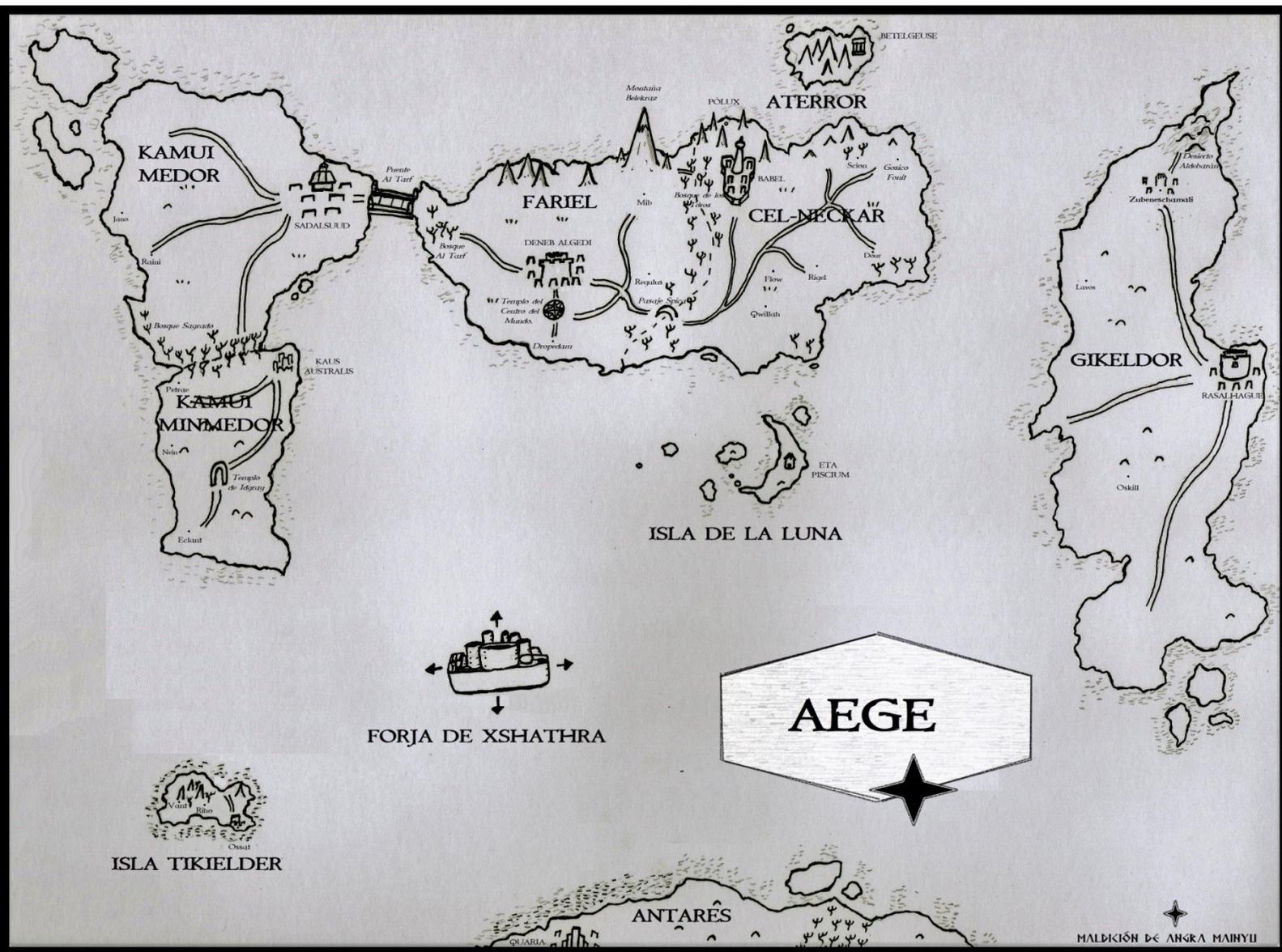
# DRASSIL

LAS ESPADAS LEGENDARIAS



Alex D.  
Keyser





*Nunca seré nada.*



# **DRASSIL**

**Las Espadas Legendarias**

## ÍNDICE

Prólogo: Días De Destrucción .....	pág. 6
1) Viajando Por Los Recuerdos.....	pág. 10
2) Sombras Asesinas.....	pág. 21
3) Cae Hacia Mi Infierno.....	pág. 32
4) La Reina Shimari.....	pág. 42
5) Panacea En Kamui.....	pág. 58
6) El Arca Del Cielo.....	pág. 74
7) La Prometida.....	pág. 94
8) La Forja De Xshathra.....	pág. 110
9) El Miedo Primordial.....	pág. 125
10) Oberón Blanco.....	pág. 140
11) No Ver El Mal, No Oír El Mal, No Hablar El Mal.....	pág. 153
12) Vengadores Sonrientes.....	pág. 172
13) La Isla Da Skel.....	pág. 198
14) La Palabra Que Fue Escrita.....	pág. 221
15) Cuando El Dragón Cae –Primera Parte.....	pág. 238
16) Cuando El Dragón Cae –Segunda Parte.....	pág. 257
17) Volver El Péndulo.....	pág. 271
18) La Noche De La Corona Roja.....	pág. 289
19) Carne, Sangre, Hueso.....	pág. 309
Epílogo: No Hacer El Mal.....	pág. 327

-Prólogo-  
**Días De Destrucción**

Intentaba focalizarse, intentaba no dejar que las imágenes que rondaban por su cerebro lo marearan o le hicieran perder el control, sobre sí mismo y sobre su situación. Respiró hondo, buscando mantener el equilibrio de sus pies con el suelo, y nuevas visiones pasaron frente a sus ojos; fantasmas de años pasados y presentes, e incluso posibles fantasmas del futuro. Suspiró y siguió adentrándose en aquella negrura, con su báculo al frente pero sin encender ninguna luz: tarde o temprano lo detectarían, pero mientras más pudiera prolongar su invisibilidad, mejor todo resultaría.

De cualquier modo, iba a ser difícil.

En el preciso momento en que pensó aquello, pudo sentir como una de las frías manos esqueléticas lo sujetaba del pie. Se maldijo a sí mismo y se deshizo del brazo de una patada, pero ya era tarde: lentamente, como muertos levantándose de un largo letargo, los Ankous comenzaron a emerger del suelo, las paredes e incluso del techo de aquel pasillo, dispuestos a detenerlo.

Pero aquello no iba a suceder. Había tenido ya suficiente experiencia contra esos seres, cuando los combatía con su hermano, y sabía perfectamente cuál era la debilidad de todos los no muertos que merodeaban en el Tártaros.

-Son demasiado lentos.

Lo dijo sonriente, y con el báculo creó una esfera de color lila que lanzó por el corredor. La energía lo atravesó entero, iluminando el largo recorrido, y también arrojando a todos los esqueletos negros de nuevo contra las frías paredes metálicas. El mago rio y comenzó a correr sin perder ni un segundo: podría alejarlos por ahora, pero matarlos era un tema mucho más difícil.

Corrió y corrió, iluminándose con el báculo, saltando las decenas y decenas de brazos cadavéricos que se arrastraban e intentaban sujetarlo de la túnica o de las piernas, hasta que llegó al final y, de un movimiento de su arma, levantó una enorme pared de amatista que cerró aquel corredor separándolo de todos sus oponentes.

*“De todos no. –se corrigió a sí mismo- ¿Quién sabe cuántos Ankous más andan dispersos por el resto del lugar...”*

Se mantuvo en guardia, quitándose en un santiamén los sortilegios de invisibilidad con los que se había envuelto: si los Ankous estaban comenzando a despertar, era que el Tártaros entero ya se había percatado de su presencia.

Grimold ya sabía que estaba allí.

Tragó saliva. No le tenía miedo a Grimold, o al menos no le tenía el mismo tipo de terror que todo el mundo, muy justificadamente, parecía tenerle. Lo que le asustaba en verdad era el destino en el que se podía encontrar si caía en las manos de aquel monstruo...

Mientras pensaba, siguió avanzando por pasillos cada vez más complicados y más pequeños, donde milagrosamente no parecía haber ningún enemigo a la vista. Subió unas escaleras diminutas, negras como todo el lugar, y entró en una habitación vacía.

Era una trampa, claramente. Toda la sala fue recorrida por una especie de electricidad verde que ya había visto antes, y las miles de manos, cráneos y huesos que empapelaban las paredes, techo y suelo comenzaron a surgir con lentitud, impulsados por aquella energía espectral. Se dio la vuelta para intentar huir, pero las puertas se cerraron al instante y el mago se giró de nuevo para ver a aquella legión de esqueletos oscuros, algunos armados con las lanzas devas, algunos quizás gente que había conocido hacía años. Los ankous avanzaron, lentos pero seguros, y él levantó su vara, creando un muro de amatistas que lo separó de aquellas cosas, para luego lanzárselos. Varios esqueletos se desplomaron hechos pedazos, pero por lo demás siguieron aproximándose, e incluso más y más salían desde las paredes.

Pero, habría sido un estúpido si no hubiera estado preparado para caer en una trampa como aquella. Con el muro había logrado hacerse de algo de tiempo, tiempo suficiente como para concentrarse, para hacer lo que había estado practicando por años, desde que había encontrado el origen de todos aquellos poderes que habían llevado a los exiliados a la gloria a pasos tan largos.

Sujetó su báculo con las dos manos y se paró derecho, cerrando los ojos. Sintió su mente entrar en blanco, sintió su cuerpo adaptarse a su alma, y focalizó su destino: un resplandor plateado lo cubrió y, en unos segundos, desapareció de la habitación para aparecer en otro lugar del Tártaros.

Se sostuvo con su arma, respirando agitado. Hacer aquello le había agotado más de lo que había calculado, pero debía mantenerse firme, en especial allí donde estaba. Había visto ese lugar antes, hacía años, en su primer e inefectivo asalto al lugar, había visto antes aquellas aberturas anchas que hacían de ventanas, aquel trono negro, tosco y cuadrado, cúspide del edificio. Era la sala más alta, la cima de la siniestra arquitectura a la que llamaban el Tártaros y donde usualmente se solía hallar el devorador oscuro que aterrorizaba tanto a su pueblo.

Recorrió la habitación con la mirada, y suspiró, decepcionado porque no hubiera nadie, pero tranquilo al saberse capaz de descansar al menos unos segundos antes de volver a la acción. Su corazón sin embargo casi se atoró en su garganta al darse cuenta de que el trono negro sí estaba ocupado, no por una persona sino por un objeto: una espada enorme, curva y aserrada, de empuñadura de hueso y acero completamente negro.

No lo podía creer. ¿Realmente los dioses de la suerte podían sonreírle tanto? Si Necrostacia estaba allí, entonces no tendría la necesidad de enfrentarse a ningún Ankou más, ni siquiera a Grimold. Avanzó veloz hacia el trono, y cuando estiró el brazo para sujetar la espada esta se desvaneció en una figura de vapor, dejándolo con las manos sobre el apoyadero.

Se volteó y, como supuso, un poco más allá en la habitación ahora se encontraba parado aquel monstruo, con la brutal espada en la mano, brillando. Era, también, un esqueleto negro, aunque uno mucho más ancho y bestial que los ankous a quienes les

sacaba varias cabezas, equipado también con restos de armadura de la que los otros carecían. Su mandíbula colgaba bajo su cráneo por unas cadenas y, entre sus costillas, un objeto verduzco y brillante parecía rotar y revolverse, dando latidos que imitaban un corazón.

-No sabía que en todo este tiempo habías desarrollado sentido del humor, Grimold-sonrió con amargura el mago viendo los dedos esqueléticos de aquel ser retorcerse sobre la espada que hacía unos segundos había estado sobre el trono.

-*Albion*- lo reconoció el ser, y comenzó a avanzar hacia él, las llamas de color verde arremolinándose tras sus brazos, una bestia de pura oscuridad y energía que se aproximaba más y más.

Albion golpeó con su báculo el suelo y varias estalagmitas de amatista se crearon, saliendo disparadas hacia el señor del Tártaros; quien siguió caminando como si nada, destruyendo las creaciones mientras pasaba. El mago dio un giro y lanzó otra espina de amatista, pero Grimold la desvió fácilmente con su enorme espada y de un impresionante salto cayó frente al intruso, levantándolo del cuello para darle el golpe final, mientras su víctima intentaba con desesperación desasirse de aquella garra...

-*Mortal, luchas contra lo inevitable...* -su voz parecía estar compuesta por millares y millares de voces superpuestas, y todo el edificio se estremecía ante él mientras hablaba- *Nuestras legiones se esparcirán por los suelos de cada dimensión. Cosecharemos las almas de dioses y hombres, nos daremos un festín con su agonía... Este lugar es sólo la génesis de su total aniquilación. La Ciudad Dorada está perdida,* - el ser hizo una pausa, y apretó el cuello del mago hasta hacerlo sangrar- *...y también tú.*

La maligna espada negra que el esqueleto llevaba comenzó a acercarse más y más a la garganta de su víctima, quien la observó con horror y luego estalló en una carcajada ahogada que hizo paralizar al mismo Grimold. Albion se quedó riendo, sujetándose de la garra que lo mantenía en el aire, y el monstruo quedó detenido, examinándolo con sus ojos llameantes, sin hacer ningún movimiento.

-Lo siento...- continuó riendo, y Grimold aferró su espada con más fuerza- Es sólo que... He estado tanto tiempo preparándome para esto, aterrorizándome con la sola idea de que me mataras con esa espada y al final...

El esqueleto decidió despejar toda duda, y volvió a acercar la espada al cuello de Albion, sin importarle nada más.

-...al final de todos modos tendría que caer en el riesgo.

Necrostacia cayó de la mano de Grimold, y el ser bajó su vista: aún sujeto en el aire, Albion había metido el pie entre sus costillas. Aquella bola verde, el centro de todo su poder, la energía que potenciaba todo el Tártaros y a sus legiones, poco a poco comenzaba a ser cubierta de amatista. Miró a su enemigo e intentó estrangularlo, pero una estalagmita salió del suelo y le sujetó el brazo, permitiendo a Albion zafarse y caer frotándose el cuello.

Grimold logró destruir lo que lo aferraba, y con sus afiladas garras intentó liberar a su núcleo de la gema que lo estaba aprisionando y creciendo a su alrededor.

Pero era en vano. Con cada pedazo que lograba sacar, la amatista sola lograba crecer más y más. Pedazos de la joya saltaron a sus pies y comenzaron a germinar, para cubrirlo, pero el esqueleto de deshizo de ellos con furia y comenzó a avanzar hacia Albion, dispuesto a matarlo de una vez.

El monstruo se acercaba cada vez más y más, su avance apenas detenido por el material que lo petrificaba, y Albion levantó la vista y comenzó a retroceder como podía. Tenía parte de su pie, desde donde había tocado el núcleo de Grimold,

completamente ennegrecida y chamuscada, pero al menos su alma estaría a salvo por un tiempo mientras la amatista mágica rodeara al Miclanteurión.

Se sorprendió al recibir un zarpazo de la criatura en plena cara, y volvió a caer hacia atrás. Grimold lo levantó del cuello, golpeándolo contra la pared y...

Albion sintió como su corazón se calmaba. Grimold lo seguía sosteniendo, sí, pero no parecía poder moverse ya de ninguna forma: sus ojos estaban apagados, no lo recorría ninguna energía ni llama verde.

La amenaza había terminado.

Por segunda vez se soltó de aquel brazo y se aproximó a aquella estatua: el núcleo del Tártaros estaba ahora rodeado de amatista que se había teñido de negro por la corrupción. Tomó con sus dos brazos aquella joya, y la extrajo del pecho de su adversario: de cualquier modo, su alma ya estaba condenada.

Había tomado una forma particular, de estrella. Albion la levantó en sus brazos, para examinarla: era una joya hermosa y terrible por donde la viera. Algunos destellos del Miclanteurión que había bajo la gema ennegrecida todavía podían vislumbrarse, si uno agudizaba la vista.

Sonrió, mientras sentía como el Tártaros entero dejaba de avanzar y se dormía, como su dueño. Lo había logrado, y aunque su alma estuviera perdida, ahora en sus manos tenía el corazón de su enemigo, el corazón del devorador, el poder que tanto dolor le había traído a su pueblo y a quienes amaba.

La Estrella Oscura.

## 1. Viajando Por Los Recuerdos

-Me dijeron que eres el mejor herrero de la zona, Osald.

Era una voz fría y despectiva, como la mayoría de las que se dirigían a aquel hombre.

-Creo que te han dicho bien...- respondió entonces una más amable, aunque interrumpida por un puntuado esfuerzo- La verdad es que no hay muchos herreros por Kamui Minmedor, mucho menos aquí en Eclant. Pero los que hay...- se interrumpió para golpear el acero sobre el yunque, y secarse el sudor- ...son muy buenos.

-Me cuesta entenderlo- le replicó el otro, mientras el herrero levantaba el trozo candente de hierro y lo examinaba con detenimiento- ¿No eres tú el señor de este pueblo, el Ser de Eclant? ¿Tan poco te gusta gobernar que prefieres pasarte el resto de tus días forjando espadas sobre un yunque?

El lugar era una habitación atiborrada, de amplias ventanas que daban al pueblo. Sobre sus paredes y mostradores colgaban espadas, hachas, guadañas, cimitarras de todo tipo, algunas mazas, y un extraño artilugio que parecía funcionar con lava ardiente, provisto de una palanca de aire que el trabajador bajaba y subía con calma, haciendo salir humo por la alta chimenea del hogar. Era, en efecto, una herrería, y una bastante grande: aun así, apenas había espacio para las armaduras y particulares armas que la abarrotaban.

Osald, el herrero, era un hombre ya veterano, su cabello completamente canoso recogido en una cola, con dos mechones grises que caían sobre la frente. Sus ojos eran negros y su piel tostada, algo rojiza por el calor, los brazos fornidos y poblados de quemaduras y cicatrices, no todas producto de su trabajo con la forja. Sudaba y respiraba agitado por la temperatura y el esfuerzo, pero aun con eso, conseguía mantener una expresión alegre.

La voz de su interlocutor claramente no estaba exenta de burla, pero él le respondió con el mismo tono amable que había utilizado desde que la charla comenzara.

-Seamos sinceros, Jubeau, yo ya estoy bastante viejo para todo eso- se secó de nuevo el sudor de la frente, al tiempo que bajaba la palanca, humo surgiendo de los aparatos- Mi mujer está muerta, sólo quedamos mi hijo y yo para el pueblo, y este trabajo es lo mejor que tengo de momento. Estoy seguro de que Reaper sí querrá ir a

Kamui a servir a la nueva reina y representar a Eclant, pero yo creo que prefiero seguir pasando mis días aquí. –echó el fierro ardiente al agua, y esta comenzó a convertirse en vapor que subió hasta el techo, desapareciendo por una pequeña rendija junto con el humo- El acero es pesado, y el fuego quema, pero se aprenden muchas más cosas en una herrería que durante una fiesta de nobles, por más exquisita que esta sea.

El noble Jubeau miró a Osald con una expresión de total incredulidad, sus ojos glaucos abiertos de par en par, helados, y, cuando habló, cada una de sus palabras estaba cargada de total desprecio, que intentaba contener aferrándose a la silla que su huésped le había prestado.

-¿Qué cosa debo suponer... que alguien puede aprender... en una *herrería*?

-Oh, muchas cosas, sin duda. Y no me refiero solamente a forjar un par de yelmos, me refiero a secretos, pequeñas pistas que existen en el universo de la gente que se dedica al oficio. Cosas, como dirías tú, mucho más... importantes.

Ahora sí Jubeau parecía interesado. Se levantó de su silla y se aproximó al hombre, quien examinaba el hierro enfriado, para susurrarle en el oído.

-¿Aún la sigues buscando, no es así?

Osald no dijo nada, pero su mirada hablaba por él. El noble ladeó la cabeza, e hizo una mueca de desaprobación.

-Qué patético. Rebajarte a un oficio de pueblerino por cobardía. Las guerras son guerras, Osald. Lo que hayas visto o hecho, sólo tú...

-¿Has estado en alguna guerra, Jubeau?

El otro cerró la boca y retrocedió un poco ante la pregunta, pero el herrero continuó sumergiendo el acero en el agua, sin decir ni una palabra. Jubeau lo meditó un tiempo. No pensaba dejarse vencer.

-Quizás no, pero tú...

Se interrumpió al ver al pequeño que los miraba.

-Papá, Allon y yo iremos al monte, a ver los barcos. El capitán Bravino dice que nos dejará subir y ayudarlo pescar, quizás incluso comer algo allí, ¿podemos?

El niño que había hablado tenía la piel tostada como Osald, aunque su cabello era de color castaño oscuro, despeinado. Vestía con el típico atuendo de los pueblerinos de Eclant, ropajes del color de la arena. Detrás de él, vestido de la misma forma aunque quizás algo más prolijo, había otro niño de cabello rubio claro y ojos celestes, que miraba a padre y a hijo alternadamente, con atención. Jubeau lo miró sorprendido, ya que un niño con la piel tan pálida no podía provenir de Kamui.

El pequeño que había hablado tenía una expresión de fastidio y miraba a su padre solamente, como si el otro noble no existiera.

-Está bien, Reaper, pero no vuelvas demasiado tarde. Y no molesten demasiado al buen Bravino – sonrió Osald, y luego pareció recordar algo- Ah, y, Reaper...

-¡Eres el mejor, papá!- lo interrumpió a propósito su hijo, y salió corriendo por el pueblo, con su amigo Allon por detrás.

Ambos niños avanzaban colina arriba, ayudándose con las manos para sostenerse de las ásperas piedras y llegar más rápido hasta la cima. Reaper iba a la cabeza, sacándole una buena ventaja a Allon, quien no tenía ni la mitad de experiencia en aquel camino: hacía ya mucho tiempo que el joven hijo de Osald escalaba esa pequeña colina para hacer lo que le gustaba; observar el mar, ver zarpar a los grandes barcos del puerto de Eclant, mirar a la gente comerciar productos exóticos, importados de tierras lejanas o desconocidas, e incluso bajar entre todo ese gentío y probar por sí mismo algunos, que los mercaderes que ya lo conocían le ofrecían con tanta amabilidad.

-¡Vamos Allon, apúrate! Llegamos un poco tarde. Parece que el barco de Jemaine ya zarpó. No veo al del viejo.

-Me cuesta... un poco...- jadeaba Allon, escalando agotado las últimas rocas y echándose al lado de Reaper, quien observaba con ojos maravillados, desde la costa, como varios hombres de aspecto rudo comenzaban a embarcar mercadería de apariencia pesada. Ignoraba a toda la gente que deambulaba por el puerto y al sol, que estaba en su punto más alto y parecía esforzarse en aumentar la ya cálida temperatura de Eclant-Vaya... Se ve mucho mejor desde aquí.

Reaper no le prestó atención, y Allon también se quedó mirando, bastante satisfecho, a los imponentes barcos de madera que reposaban sobre la orilla.

-Van Lyder dice que en algunos años, podremos ayudar con eso -señaló a los hombres que desembarcaban el producto de la pesca- ¡Y nos pagarán! ¿Puedes creerlo?

-Suenan increíbles- le sonrió Reaper, echándose hacia atrás- Aunque... debe costar un poco. Esas cajas parecen pesadas. -se quedó mirando un rato a un hombre entrar a una nave con un saco de sal, y agregó- Yo podría hacerlo en algunos años, sin duda.

El hombre al que había estado mirando se perdió adentro de la embarcación. Reaper se quedó observando, distraído, esperando a que saliera, pero al parecer su trabajo ya había terminado.

-¿Piensas ser pescador en el futuro?

Una oleada de viento los recorrió, trayendo hacia ellos el olor a salitre y mercadería del puerto, incluso el aroma de las algas que se estacionaban en la arena. Reaper se tomó unos segundos para contestar.

-No lo sé... Quiero trabajar en algo duro, con lo que me pueda esforzar... Pero también quiero ser alguien, alguien importante. Más que pescador, preferiría ser capitán de barco.

-¿Como Bravino?

-Sí. Y como Van Lyder en algún tiempo, según tengo entendido. Está negociando para tener su propia nave.

-No me imagino al viejo Bravino sin Van Lyder- Allon sonrió, porque la idea de que Van tuviera un barco les abría más posibilidades de diversión de las que les daba el viejo Bravino, mucho más cuidadoso a la hora de darles libertades- Sería como un ciego sin su bastón. Caería.

-No si nosotros lo ayudamos- replicó Reaper con seriedad- Con lo bien que nos trata, creo que se lo debemos.

Allon asintió, y ambos se quedaron viendo un rato más el puerto, hasta que el joven pálido preguntó.

-¿De verdad quieres ser eso? ¿Capitán de barco, como Bravino y Van Lyder?

-Sí... ¿Por qué?- preguntó el joven Reaper, mirando a su amigo, receloso.

-Por nada. Es sólo que pensé que querías ser herrero... como tu padre- le respondió el otro encogiéndose de hombros, con timidez.

Reaper no dijo nada, pero tomó una roca bajo sus pies y la arrojó varios metros colina abajo, con evidente fastidio.

-Para nada. Eso no es importante. Ya sé que todo el pueblo piensa que mi padre es un idiota por estar forjando, en vez de gobernar.

-¡Yo no creo eso!- se atajó Allon, revelando el celeste de sus iris al máximo- Y Amu tampoco. Estuvimos hablando. Creo que le gustas.

Reaper gruñó algo ininteligible. Parecía seguir molesto, pero ahora un poco menos.

-Y es bastante linda, ¿sabes?

Ahora Reaper ladeó la cabeza, y se recostó apoyando la cabeza sobre la escasa hierba de la colina. Aspiró hondo y habló, más tranquilo.

-¿De veras no crees que mi padre sea un idiota?

-De veras- dijo Allon, alzando la mano como en un juramento- De hecho, me parece el mejor padre del mundo.

-No conoces muchos padres, en verdad. -sonrió Reaper con amargura- Los padres de Amu también son buenas personas. Tus padres eran de Cel-Neckar, ¿no?

-Ni me los menciones. Para que me hayan abandonado, debieron de haber sido pésimos –ahora fue Allon quien arrojó una piedra hacia delante, enfadado- Vivir aquí es muy lindo, de verdad amo este pueblo, pero se nota demasiado que vengo de otro lado, y se comenta aun más que soy huérfano. ¿Y sabes? No todos los padres son tan buenos conmigo como el tuyo, ni tampoco los demás niños. Creo que tú y Amu son los únicos amigos de verdad que tengo aquí.

Reaper rio, y Allon lo miró desconcertado, mientras arrancaba manojos de pasto del suelo, pero luego también se le unió en la risa, tentado por las carcajadas exageradas de su amigo. El joven hijo de herrero se secó el sudor de la frente con su camisa y se incorporó con dificultad, para luego echar a correr colina abajo.

-Allí veo el barco de Bravino... ¡Vamos Allon, a que no puedes alcanzarme!- gritó y a cada vez más velocidad se acercó al puerto, mientras que Allon intentaba seguirlo apresurado y a los tropezones.

Sobre las llanuras al este de Fariel, montados sobre tres Falkins impresionantes, de colores verde, celeste y blanco, tres jóvenes marchaban a toda velocidad hacia Kamui. Quien viajaba al medio era el de menor edad, con el cabello negro azabache mal peinado y los ojos grises, fríos. Vestía atuendos de calidad, pantalones azules, camisa blanca y el típico abrigo, rojo y con elaborados bordados de oro, que en su interior ocultaba una pequeña espada, su arma de elección. A su espalda llevaba, sin embargo, su herramienta más distintiva: un enorme escudo redondo, grabado en runas, en cuyo centro se hallaba engarzada ahora una joya negra con forma de estrella que parecía un punto móvil en la inmensidad del paisaje.

A su lado, sobre el Falkin de plumaje celeste, un joven de cabello claro cayendo en rizos que se ensortijaban con el viento, vestido con ropajes azules remendados con hilo negro, y un sombrero puntiagudo igual de deteriorado que aquel individuo a duras penas

lograba mantener sobre su cabeza. Su pálido rostro tenía una expresión despreocupada y una sonrisa que se extendía en una cicatriz curva y mal cosida que le cubría gran parte de la mejilla, y le daba un toque algo macabro que todo su aspecto en general contenía.

Y del otro lado, iba el mismo Reaper, ahora ya con diecinueve años, la piel tostada y los ojos negros, aunque había cambiado su ropa de pueblerino por pantalones verdes y una flexible armadura plateada que le cubría el torso; bajo un abrigo negro que parecía haber pertenecido a la misma muerte. Al igual que el mago con su báculo, había dejado su guadaña tras su espalda, para tener las manos libres y poder conducir a su Falkin con facilidad por la extensa planicie que debían cruzar.

-¡Hemos hecho un cuarto del camino ya!- gritó Arksinad haciéndose oír por sobre el estruendoso viento que generaba la velocidad a la que iban aquellas aves- Hay un bosque mucho más adelante en donde podremos descansar, como a mitad del trayecto al Puente de Al Tarf.

Reaper asintió con seriedad, pero Reed lo dudó un rato y luego negó.

-No estoy seguro... ¿Recuerdan lo que pasó la última vez que nos metimos en un bosque?

Arksinad lo miró desconcertado, y Reaper puso los ojos en blanco.

-Diablos Reed, esta vez será diferente... ¡Ya no parece que esté esa condenada bruja persiguiéndonos! No creo que tengamos que estar liándonos a golpes con monstruos cada vez que crucemos un par de árboles.

-Por ahora- dijo en tono divertido Arksinad- Y si esa joven se halla tras nuestros pasos, no me extrañaría que pronto echemos de menos al dulce e inofensivo monstruo del armario. Ya hemos visto cosas mucho peores que esa.

Los otros dos asintieron, pero en el fondo Reed no se hallaba tan convencido. No tenía temor a los bosques en general –algo obligatorio, pues en su pueblo había muchos-, pero algo le decía que lo mejor sería mantenerse alerta. Los bosques no sólo estaban plagados de animales salvajes muy dispuestos a devorar viajeros, sino que también podían venir con sorpresas aun menos agradables, como aquel encuentro con esa bruja, Mila, en el camino a Belekraz. Aquella joven probablemente los hubiera asesinado con facilidad dentro de su ilusión de no ser por él, quien a último momento pudo atinar a acuchillarla para romper el hechizo que los había atrapado, efectivamente matándola.

¿Matándola? No, claro que no. O al menos así lo creía Arksinad, quien parecía conocerla de antes. Aquel extraño mago que tenía ahora de compañero era una caja de misterios: su personalidad sonriente y alegre se rompía en pedazos cuando uno observaba su remendado atuendo, las cicatrices que le cubrían el cuerpo dividiéndolo en segmentos perfectos cosidos con hilo oscuro, sus pesadillas, de las que Reed lo escuchaba despertar gritando y el hecho de que parecía tener una sorprendente falta de remordimiento a la hora de matar, sobrepasando incluso al mismo Reaper quien, en el fondo, era quizás todo lo opuesto. Reed sonrió para sus adentros, dándose cuenta de cómo se complementaban.

Ambos incluso parecían tener algo similar en su pasado. Reaper se ponía extraño ante la más mínima mención de su padre y, la figura más paterna que parecía tener Arksinad, su maestro y rey de Cel-Neckar, Vannael, también tenía problemas con él, al punto de querer ver muerto a su propio alumno. Reed no se sentía especialmente curioso por aquel incidente, aunque sí lamentaba la imposibilidad de tener a Vannael de su lado. Según su maestro Scarrow, el rey mago podría acabar con el dragón que acosaba su pueblo sin demasiado esfuerzo, una hazaña que él ni en cien años podría soñar lograr.

Se preguntó si existiría algún otro mago que se igualara a Vannael para pedirle socorro, pero lo único que cruzó por su mente fue Albion, el legendario mago cuyo rastro habían estado siguiendo desde hacía un buen tanto. Él era el creador de la Estrella Oscura que ahora llevaba en su escudo, y también parecía haber sido uno de los últimos habitantes en donde la misma Estrella había estado, su cadáver sentado y destruido sobre un trono...

Sintió un escalofrío recorrerle la espalda. La ciudad maldita, Dammed Oah, el Templo del Centro Del Mundo. Aquel pandemonio de terror era quizás lo que más le había sorprendido de su viaje y en donde más cerca estuvo de perder la vida: de no ser por la ayuda de Reaper, hubiera sido víctima del ácido de las criaturas que habitaban el lugar, los Necróvalos; y, gracias a su propia determinación, había podido librarse de la trampa eterna que significaba la prueba final del lugar, el Tótem Terror; un artefacto antiguo que devoraba las almas de las personas para convertirlas en más Necróvalos, y que ahora descansaba dentro del sombrero del mago como tantas otras cosas.

Pues guardar objetos malignos parecía ser lo favorito de Arksinad, pero el Nueve del Geral también había ayudado guardando al escudo de Reed dentro del sombrero más de una vez para evitar problemas, la primera de todas cuando se toparon con Yeguilex y los demás soldados de Fariel. El orgulloso y serio capitán —ahora ya general— los había capturado y, gracias al mago, el escudo no se había puesto en evidencia, aunque fue realmente gracias a Reaper que pudieron librarse de sus cadenas: el guerrero de Kamui fue quien derrotó a Yeguilex quién, siguiendo su propio código, aceptó ayudar a los tres en su misión.

Aunque, Reed lo sospechaba, Yeguilex tenía sus propias razones. No creía que el general careciera de buenas intenciones, pero era obvio que la actitud de aquel hombre hacia ellos no sólo había cambiado desde que Reaper le perdonó la vida, sino también desde que había visto por fin el escudo que Reed llevaba consigo. Como muchos, aquel hombre parecía tener algún oculto interés en su tesoro pero, ¿quién podía culparlo? Aquella no era un arma normal, e incluso antes de tener engarzada la Estrella Oscura, ya había mostrado signos que la hacían parecer un artefacto mágico.

Sólo como para comenzar, era el escudo quien lo había protegido cuando, de niño, casi fue devorado por un lobo. El escudo también lo había defendido de la lava de Belekraz y más de una vez había repelido los ataques de sus enemigos, e incluso los había ayudado a escapar del volcán Belekraz cuando la erupción fue inminente, con el sacrificio del mago mercenario, Dingir Bellow.

La muerte de Dingir automáticamente lo llevó de nuevo al momento en que su pie partió la mano de Daivok Bellow, líder de los mercenarios, arrojándolo al ardor de la lava. Los recuerdos sobre ese incidente eran cada vez más confusos para él, y solía asustarse e intentar enfocarse en otra cosa cada vez que volvían a él los amarillentos ojos de aquel hombre al de morir. ¿Por qué lo había hecho? No creía que el Bellow se lo mereciese, y tampoco era como si matar a un hombre a sangre fría fuera algo habitual en él. Supuso que debía de haber sido la fatiga y la desesperación lo que le hizo olvidar su moral, allí en lo más hondo del mundo; pero las dudas acosaban su mente.

Él, Reed Id Vant, era el culpable de la muerte de Daivok Bellow. Recordó las expresiones sorprendidas de todos luego de que lo arrojara, la mirada preocupada de Reaper, y el odio que le llegó a profesar Dorbog, último de los suyos, que tan sólo unos días después intentó asesinarlo para vengar a sus hermanos, sólo para verse aplastado antes de poder hacer nada.

Aplastado, sí. La criatura que había borrado del mapa a Dorbog no era un ser común en lo más mínimo: Reed jamás había siquiera escuchado de algún monstruo semejante al extraño insecto con forma de rueda que había estado persiguiendo a Reaper desde antes de que se conocieran y cuyo par había hecho lo mismo con él y Daivok allí bajo la montaña. Habían tenido suerte de tener a Arksinad con ellos, ya que el mago pudo llegar a acabar aquel monstruo en unos segundos con tan sólo un poderoso hechizo. Quizás no tendrían para ayudarles a alguien tan poderoso como Vannael, pero sin duda su alumno, el número Nueve de aquel grupo de prestigiosos magos llamado el Geral Veintiún, podría servirles.

Miró de reojo al mago que avanzaba sobre su Falkin, y recordó la palidez de su rostro cuando Yeguilex le había informado que Vannael se encontraba cerca, en Fariel. Arksinad no solía demostrar miedo, pero en aquella ocasión habían decidido poner pies en polvorosa lo más pronto posible, hacia Kamui. En verdad, alejarse de Fariel con rapidez quizás era la mejor idea que habían tenido, no fuera que el Consejo descubriera el engaño que habían tramado al ofrecer la simple estrella dorada de su escudo como si fuera la Estrella Oscura; aquella gema que tantas generaciones de aventureros, magos, mercenarios, e incluso reyes y reinas habían estado buscando desde hacía más de cuatrocientos años.

Y ahora aquel invaluable tesoro se encontraba sobre su escudo y, entonces, Reed sólo tenía una certeza sobre la joya: la había creado Albion, sí, y al parecer la había rodeado de suficientes seguridades como para que nadie la tocara. Había sido evidente durante su aventura que el antiguo mago no tenía por voluntad que cualquiera consiguiera el tesoro, por lo que Reed realmente lamentaba haberse entrometido así en la ciudad que el héroe había cerrado con tanto celo sólo para llevárselo, pues veía a aquel hombre como un guía, quizás incluso –si las puertas de Belekras no estaban equivocadas– un antepasado suyo.

Pero por más de que lo lamentaba, no podía olvidar que todo lo que había hecho para conseguir la Estrella Oscura no había sido motivado por pensamientos egoístas, sino solamente por querer salvar a su pueblo del terror que lo dominaba. El poderoso dragón de hueso, Skectral, había caído sobre su aldea y en tan sólo unas horas había tomado el lugar, sembrando tal devastación y horror que le aseguró la obediencia de todos los aldeanos que allí vivían. Y, a cambio de la liberación de Vant, a cambio de dejar la isla para siempre y marcharse, había pedido aquel tesoro, la Estrella Oscura.

Reed estaba convencido, luego de su aventura, de que el dragón de alguna forma se había enterado de que él tenía en su posesión el escudo, y por eso había elegido atacar un pueblo tan desconocido e insignificante como el suyo. Si no, ¿por qué no había elegido atacar algún lugar de Kamui, o Cel-Neckar, o inclusive Fariel o Gikeldor, donde por lo menos sí sabían lo que era un dragón? Sin duda hubiera sido una mejor opción, a no ser que hubiera algo en Vant que le facilitara conseguir la joya al aventurero que corriera en defensa de su pueblo.

Ahora por fin tenía la Estrella, sí, pero también se encontraba indeciso: una parte de sí valoraba todo el esfuerzo que había hecho para conseguirla, e imploraba llegar a Vant y cambiarla por la liberación de su pueblo y su maestro, mientras que su otra mitad, más vengativa, consideraba la idea de intentar, después de todo, asesinar al dragón. Reed no creía que Skectral se mereciera ningún tesoro, ni que hubiera algún bien en entregárselo. Lo único que lo detenía de cargar contra el monstruo eran las vidas que estaban en riesgo, ya que, ¿cómo mataría a una criatura que era tan poderosa como para hacer temblar a los mejores magos? Iba a necesitar mucha más ayuda de la que ya

tenía, y entonces la idea de nada más darle la Estrella y que se marchara sobresalía, mucho más simple.

De cualquier forma, tendría tiempo de sobra para decidir qué hacer: pues ahora mismo marchaban por la llanura hacia el puente de Al Tarf, que conectaba la masa continental de Fariel y Cel-Neckar con la de Kamui. Luego bajarían por todo el reino hasta el pueblo de Reaper, Eclant, en donde podrían descansar y recuperarse del viaje hasta que llegara el barco que les llevaría de vuelta a Vant.

-Allá, a lo lejos... Estoy viendo algo oscuro. Creo que es el bosque.

-En efecto- asintió Reaper- Avanzaremos el último tramo del día y allí pasaremos la noche. Mañana quedará la otra mitad del camino.

Luego suspiró, mirando a los otros dos de reojo.

-Odio estas llanuras. Parecen un condenado desierto.

-Yo también las odio, pero no sólo por eso. Agua para nosotros tenemos bastante, pero la verdad es que andar compartiendo de nuestras cantimploras con estos Falkins no me atrae mucho. -El muchacho se volteó al rubio mago- ¿Sabes si hay algún arroyo en aquel bosque?

-Debería. Allí a la noche siempre llueve. Habrá que tener cuidado.

Y Reed pensó que, con o sin lluvia, en la situación en la que se encontraban siempre había que tener cuidado.

Aunque la verdad era que aquella carrera marcha abajo hacia el puerto había sido para ocultar que estaba triste, Reaper no podía esconder su rostro abatido mientras trabajaba y ayudaba al capitán Bravino en su nave. Van Lyder, el joven segundo de aquel buen hombre, por el contrario irradiaba alegría.

-¡Allon! ¡Reaper!- los abrazó, los alzó y les hizo dar una vuelta a los dos, riendo, al parecer un poco bebido- ¿Se han enterado de la noticia? ¡Parece que después de todo voy a tener un nuevo barco! No puedo esperar a que lo vean, es magnífico... ¿Qué nombre les parece más indicado? Me he estado reventando la cabeza, entre *Emperador* o *La Vuelta De La Reina*, o quizás algo simple como *Imp*, pero creo que...

-Deja en paz a los muchachos, Van- sonrió Bravino, poniendo una mano sobre el hombro de Reaper y otra sobre el hombro de Allon- Estás borracho de alegría y deben de haber escuchado eso ya cincuenta veces en un sólo día. Vengan, ayúdenme con las redes un poco...

El viejo Bravino era un hombre panzón y fornido, de piel quemada por el sol y cabello inmaculado, su boca totalmente oculta por un mostacho enorme, que solía atusarse con rudeza. Era ya un buen conocido de Reaper y Allon, y con el tiempo había llegado a encariñarse con aquellos muchachos como si fuesen sus propios hijos, por lo que, utilizando la excusa de un trabajo sobre el barco, no se cansaba de premiarlos con cenas marinas, relatos de sus viejas aventuras, enseñanzas sobre la navegación, comida fresca para llevar y, de vez en cuando, algunas piezas de bronce o reliquias que hallaba durante sus viajes. Era una relación de igualdad, ya que ambos jóvenes, aunque no

enterados todavía del cariño que les profesaba, le correspondían visitándolo con agrado cuando podían y, en general, la llegada del barco de Bravino al puerto suponía una buena noticia para la rutinaria vida infantil que llevaban.

Esa noche el capitán los agasajó con una cena en su propio camarote. Allon comía como un animal, atragantándose con las raciones de carne y sopa de pescado sin mirar su plato, los ojos fijos en Bravino que contaba su relato mientras que al contrario Reaper, con una expresión de tristeza en el rostro, miraba su tazón de sopa sin escuchar ni una palabra de lo que le estaban diciendo.

-...entonces fue cuando las vi. Eran sirenas, sirenas sí, y muy hermosas. Pero no por nada me considero experimentado, y me dije “*no debo escuchar su canto*”, imagino que sabrán por qué, así que intenté taparme los oídos, en vano, pues aquella canción no es una cosa que se pudiera evitar voluntariamente...- el capitán miraba a Allon, que tragaba lentamente, totalmente fascinado con la historia, y luego giró para mirar a Reaper, quien revolvía vagamente su cuchara en la espesa sopa. Bravino se detuvo, y se dirigió al joven con gesto más preocupado.

-¿Te ocurre algo, Reaper? Te veo deprimido. ¿No te estará afectando el mar, no...?

-No es eso.

-Reaper está enfadado con su padre- aclaró Allon- Porque se pasa todo el día en la herrería, sin hacer nada importante. Yo ya le he dicho que no está tan mal.

Bravino primero puso una expresión de sorpresa y, cuando Reaper más se esperaba un monólogo en defensa de su padre o una reacción piadosa, el viejo hombre estalló en estruendosas carcajadas, que sacudieron la mesa e hicieron que quitara sus ojos del cuenco de sopa. Cuando terminó de reír y se calmó, al menos un tazón había volado hacia el piso, y Bravino tuvo que secarse unas pequeñas lágrimas que se le habían formado por aquellas risotadas forzadas que tanto habían desconcertado a los muchachos.

-Con que era eso lo que te tenía preocupado, hijo... Diablos, hasta pensé que te habían deprimido Van Lyder y su última borrachera...- rio un poco más, y al menos Allon sonrió, aunque Reaper, algo desconcertado, seguía teniendo el rostro mustio. Bravino lo miró a los ojos, retorciéndose el bigote- Yo conozco a tu padre, Reaper. Osald es un hombre bueno, eso estoy seguro de que lo sabes, pero también es un hombre perseverante y tenaz. Se necesitan esas dos cualidades para trabajar en una herrería.

-¿A qué se refiere?- Reaper miró al anciano, más interesado.

-Bueno, a mucho. Los hombres perseverantes son diferentes al resto. Cuando tienen un sueño, no importa qué ocurra, en qué condiciones estén, no importa que tengan que desafiar a los dioses o que el cielo se les caiga encima, jamás van a dejar de perseguirlo, sin importar el método. Tu padre es así. Si lo ves trabajando en una herrería, si lo ves perdiendo el tiempo con cosas inútiles, si crees que está haciendo el ridículo, ten por seguro que hay una razón tras todo ello. Osald no va a descansar hasta cumplir su deseo.

-¿Deseo?- Reaper no se decidía entre consolarse o molestarse- ¿Qué clase de deseo puede tener que ver con trabajar forjando armas?

Bravino lo miró sonriente, y le hizo un gesto.

-¿Y por qué no se lo preguntas a tu padre?

-Yo...

-Todo lo que te puedo decir, Reaper, es que hay artefactos en este mundo de los cuales ningún noble, príncipe o rey conoce; secretos que pasan de boca en boca de experto y que pueden abrir las fronteras a los sueños de los hombres... Osald debe de

estar usando su experiencia como herrero para acercarse a uno de esos artefactos, uno que le permita, si no me equivoco, borrar de su mente los horribles recuerdos que lo azotan.

-¿Horribles recuerdos?- preguntaron Reaper y Allon al mismo tiempo, y el hombre asintió, con más seriedad.

-Ustedes son demasiado jóvenes, y por suerte han nacido en una época de prosperidad. Hace algunas décadas, aquí en Kamui, se libró una terrible guerra con Fariel por el control del territorio. Puedo entender a tu padre porque yo también fui parte de ella: la batalla, los compañeros caídos, la muerte y desolación; escenas de una crueldad inaceptable que pasan ante tus ojos y, en ese momento, te resultan casi indiferentes... Pero luego, las cosas espantosas que uno hace bajo el nombre de su reino son especialmente las que con más saña se apoderan de tu mente. ¿Sabías que tu padre era el capitán de un escuadrón entero de milicia kamuita?

Reaper negó con la cabeza, y Allon tragó lo último de su sopa con un gran ruido, también sorprendido. Bravino se rascó el bigote.

-Lo supuse. ¿Nunca te preguntaste en dónde había conseguido tanto renombre el apellido Assadan como para conseguir el señorío de un pueblo? No sé si hago bien en contártelo, pero quiero que tengas en cuenta que él debe haber vivido situaciones horribles, como la muerte de tu madre, a quien realmente amaba... Yo huí de esa guerra abrigándome en el mar y en mis hermosos toneles, él está buscando su vida como herrero y, más valiente que yo, intenta cumplir su sueño. No me gustaría que su propio hijo lo culpara por ello.

Fue una noche agradable y, luego de ello, Reaper se despidió de Allon y volvió a su casa, donde su padre aún lo esperaba despierto, recostado en un sillón mientras hojeaba un pesado tomo sobre espadas.

-Hola papá.

-Hola, Reaper- Osald pasó otra desgastada página, y bostezó- ¿Te divertiste con Bravino?

-Sí- asintió Reaper, sin saber qué decir- Nos ha regalado bastantes monedas de bronce. No sé en qué gastarlas.

-Guárdalas...- le contestó su padre distraído, y en ese momento Reaper terminó de juntar valor.

-¡Hey, papá!

-¿Hm...?

-Lo que estás buscando... Quiero ayudarte a encontrarlo.

Osald dejó de concentrarse en su lectura, y bajó el libro lo suficiente como para mirar a los ojos a Reaper, que lo encaraba entre suplicante y desafiante.

Padre e hijo se sostuvieron la mirada por unos segundos, sin decir nada. Al último Osald pifió, divertido.

-Veo que al viejo Bravino se le ha soltado la lengua- sonrió- Está bien, Reaper. Por supuesto que puedes ayudarme.

-¿De verdad?

-No veo por qué no. Pero te aviso que, si de verdad quieres hacerlo, debes tener presente que mi búsqueda no se resolverá en un corto tiempo. Años han pasado, y cálculo que pasarán años más, aunque ya tengo varias pistas. Pero... -lo miró, dejando el libro sobre la repisa- Gracias.

Reaper sintió en ese momento todas sus dudas y preocupación esfumarse para ser reemplazadas por alegría. Sonrió y acercándose a su padre preguntó.

-¿Qué es lo que buscamos?

Osald se levantó del sillón, ignorando el libro ya del todo, y se arrodilló frente a su hijo.

-Buscamos una herramienta antigua, capaz de manejar las mentes de las personas, su energía psíquica, y de manipular también los recuerdos; incluso quizás su personalidad. Emociónate cuanto quieras, Reaper, pues estamos ahora tras la búsqueda de una de las tres espadas legendarias: la Dama Blanca, Oblivion.

## 2. Sombras Asesinas

-¿Y hasta ahora qué sabemos, papá?

Tanto Reaper como su padre se encontraban sentados cerca de un escritorio de caoba en la sala principal de su casa; la luz de un candelabro ayudándolos a iluminar las viejas páginas de los enormes y anticuados libros que revisaban, ensimismados. El niño, de trece años ahora, hojeaba los distintos dibujos de aquel diamante en forma de estrella, mientras que su padre parecía concentradísimo en descifrar uno de esos textos que estaban escritos en runas que, de momento, estaban seguros de sólo poder leer ellos. Osald levantó la cabeza de su libro y miró a su hijo.

-Tenemos una descripción basada en todos los detalles que venimos recolectando... Todos los dibujos y escritos concuerdan en que Oblivion no es un arma común, su tamaño supera con creces al de las espadas de nuestra tierra. También, aunque la antigüedad de los manuscritos elven no ayuda, creo que posee dos mangos. Es inusual que una espada posea dos empuñaduras, lo que me hace pensar que tiene alguna aplicación. ¿Quizás activan alguna magia?

-...o quizás simplemente es que el espadón se divide en dos espadas, más pequeñas- Reaper estaba ya al lado de Osald quien, sorprendido, vio lo que su hijo le marcaba en un dibujo: una cadena unía los dos mangos y el centro de la espada parecía perfecto para ser dividido en la mitad- ¿No te parece?

-Vaya vaya...- sonrió Osald y le sacudió el cabello- Me alegro de tenerte a bordo. Y Reaper, ¿por qué crees que Oblivion se pueda dividir al medio?

El niño se encogió de hombros, y soltó el dibujo.

-La verdad es que no lo sé. ¿Dos es mejor que uno? ¿Tirá bolas de fuego?

-Es una posibilidad- rio su padre- Pero creo que voy a tener que desilusionarte. Oblivion tiene poderes relacionados con la mente, así que todas sus habilidades girarán en torno a ello. De hecho, cada una de las tres espadas representa una de las partes de la vida de un dios.

-¿De un dios?

-Reaper, ¿has escuchado hablar de Horrxikkrron?

El muchacho quedó helado ante la naturalidad con la que su padre había hecho aquella pregunta, y se lo quedó mirando, extrañado. Osald sonrió con tristeza y luego suspiró.

-Supongo que es entendible que te pongas así; después de todo, parece que todo el mundo hoy en día se aterra ante la sola mención de ese nombre. Pero te diré algo Reaper, no sé si los dioses existen pero, aun en el caso de que Horrxikkrron existiera, incluso dentro del mito ya no vive más. La leyenda dice que el dios Baal logró matar a Horrxikkrron, hace ya mucho, mucho tiempo, y las promesas sobre su retorno son muy poco creíbles. Sin embargo, la historia no termina ahí. Antes de morir, Horrxikkrron se dividió entre sus tres hijas, que de algún modo consiguieron llegar a nuestro mundo: Drassil, Necrostacia y Oblivion. ¿Me sigues?

-¿Me estás diciendo que tuvo tres espadas de hijas?

El herrero volvió a sonreír, y miró de reojo a la espada Oblivion, en el pergamino.

-Lo de hijas es un decir. Incluso dudo que las espadas hayan salido de un dios en verdad; se suelen inventar leyendas para incentivar el valor de ese tipo de objetos. Pero, de cualquier forma, sí se cree que cada una de esas espadas heredó un poder, que los más crédulos atribuyen a cada una de las partes del dios. Alma, Energía, Mente.

-¿Y el cuerpo...?- preguntó Reaper, haciendo memoria de lo que le habían enseñado hacía ya algunos años.

-El cuerpo estaría incluido con el alma, son una unidad. Los sentimientos con la energía y la magia con la mente.

-O sea...- el niño levantó tres dedos, y fue bajándolos de a uno a medida que contaba- ¿Oblivion, mente y magia... Necrostacia, energía y sentimientos, y Drassil, alma y cuerpo?

Osald asintió.

-Es raro. La mayoría de lo que he leído jamás menciona a ninguna espada Drassil.

-Tres menciones en más de diez mil páginas de textos, una sola extensa- recitó Osald, haciendo memoria- Las tres están escritas en aquel lenguaje rúnico de almas que recién comenzamos a descifrar, así que sólo las puedo comprender en términos generales pero, de cualquier modo, la más importante no está en ningún libro sino más bien en un lugar.

-¿Un lugar?

-Sí, y uno cercano. El Santuario de Idgray.

-¿Allí no es donde se suponía que debería estar Oblivion? ¿Qué es ese lugar?

-Se suponía, sí- Osald no perdió la paciencia ante tantas preguntas- Sin embargo, no parece que la espada Oblivion haya posado su filo jamás entre esos muros. Es un santuario, tal como lo llaman, a un héroe olvidado hace siglos. Nadie sabe quién lo creó ya que no presenta rasgos arquitectónicos de ninguna cultura conocida, y parece estar allí solamente como un gigantesco enigma.

-¿Enigma?

-Tuve oportunidad de visitarlo un par de veces- explicó- Durante mis años como soldado. Las paredes están todas escritas en diferentes lenguas. Hay fragmentos del lenguaje de almas que investigamos, y mencionan a Drassil, pero no dicen mucho más de lo que yo ya he dicho. También mencionan que Oblivion está en ese lugar, que los dignos podrán retirarla, pero la verdad, ese escrito ha desesperado a más de una persona que ha registrado el templo, pues no parece haber ninguna espada.

-¿Y tú qué crees? ¿Oblivion podría estar allí?

Osald se encogió de hombros, y suspiró.

-Desconozco. Si lo está, claramente no soy el indicado para hallarla por mis medios, así que tendré que buscar otra manera. Me inclino a pensar últimamente que Oblivion se encuentra en la Forja de Xshathra, donde guardan algunos de los mayores

tesoros del mundo, o quizás en la Ciudad Dorada, aunque eso es lo mismo que decir que está completamente perdida. Ahora, campeón –golpeó a Reaper cariñosamente con un pesado libro y se dejó caer en el sillón con un suspiro- Ve afuera y deja de tener preocupaciones como estas. Creo que hace más o menos una hora que Allon te está esperando en la puerta.

-Entonces... ¿ya van avanzando mucho?- preguntó Allon, pasándose una mano por el largo cabello rubio- ¿Ya saben en dónde podría estar?

-Más o menos. Mi padre tiene varios lugares en mente, pero nada seguro -contestó Reaper, que caminaba entre sus dos amigos, pateando vagamente las piedras que se le interponían.

-También existe la posibilidad de que otra persona ya la haya encontrado...

-Yo creo que está en la Forja- habló la joven que caminaba con ambos, hermosa para su edad, de cabello rojo y ojos verdes que brillaban.- La Forja de Xshathra... Es un lugar muy misterioso, ¿saben?

Allon tosió, dándose importancia.

-Lo es. Pasan por aquí tan sólo una vez al año, y, la verdad, siempre me ha dado curiosidad. Esa cosa es el barco más inmenso que jamás haya visto, tanto que ya ni se le puede llamar así. Y eso que no he visto pocos barcos en mi vida.

Reaper rio.

-No lo creo- se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia atrás, mirando a Amu y a Allon- Dicen que en Cel-Neckar, tu tierra natal, existen barcos que vuelan.

-¿Barcos que vuelan?- exclamó Amu impresionada- Vaya que eso me encantaría. Surcar el cielo en un barco, con libertad.

Reaper sonrió, pero Allon parecía ligeramente molesto. Ambos amigos competían un poco para impresionar a Amu, pero era evidente que a la chica le gustaba Reaper.

-¿Y cómo hacen para volar los barcos?

-No lo sé...- el hijo de Osald se rascó la cabeza, con los ojos en blanco- Quizás tenga algo que ver con la magia. A propósito, Allon, tú viniste de Cel-Neckar.... ¿No serás mago?

-No...- respondió Allon aun más amargado- Quizás por eso mis padres...

Reaper le apoyó una mano en el hombro, y sonrió.

-Es mejor así. Bravino y Van Lyder, ambos están de acuerdo en que los magos no suelen ser buena gente. Si fueras mago, hubieras sido un cretino y nunca nos hubiésemos conocido.

Allon le devolvió la sonrisa, más contento, y Reaper volvió a su posición original, caminando entre los dos.

-Por cierto, me estaba olvidando de avisarles. Me han invitado a un banquete de la nobleza kamuita, en Sadalsuud. Podré conocer a la nueva reina y, no sé si les dejarán pero... ¿podrían acompañarme? Temo morir del aburrimiento si voy solo. Es en un año, así que podremos ver pasar a la Forja antes del encuentro.

-¡Sí!- respondieron Allon y Amu al mismo tiempo, encantados.

Reaper sonrió, más tranquilo, y se adelantó a sus amigos, asomándose por las rocas que ya tanto conocía. Había pocos barcos en la costa ahora, y tan sólo un puñado de marineros se encontraba en la labor de descargar la pesca, aprovechando la temporal sombra que les brindaba el barranco.

Hacía mucho que no veía a Bravino haciendo sus cosas por el puerto. Le dio dolor pensar que el capitán pronto se pondría demasiado viejo y tendría que dejar el mar. Tenía que visitarlo cuanto antes. También debía visitar a Van Lyder, se recordó, que tan campante andaba ahora con su nuevo barco, aunque, por aquí y por allá, todos ya habían escuchado rumores de que el flamante capitán se encargaba del contrabando de mercadería prohibida entre reinos, y no sólo de simple pescado.

Reaper abrió los ojos, maldiciendo al búho que acababa de ulular. La noche se recortaba entre los altos árboles y él se encontraba apoyado sobre uno de los troncos, con una vieja frazada que lo protegía de la intemperie. Se encontraban los tres ahora en el bosque Al Tarf, llamado así en honor al nombre kiel puesto al puente que le procedía, nombre que hacía referencia a la división de bienes: perfecto para un puente que marcaba con su opulencia la división fronteriza entre Fariel y Kamui, el mar que se interponía entre los antiguos reinos combatientes. El bosque en sí era un lugar muy húmedo y fresco, un oasis en la extensa planicie: no había ni una hoja, ni un tallo de sus árboles y plantas que no estuviera bañado por un fino rocío, producto de la frecuente lluvia. No había muchos animales por allí, pero ese no era un problema a la hora de buscar alimento, ya que lo que sí había en enormes cantidades eran frutas frescas de todo tipo, bayas hinchadas y coloridas, y hasta algunas que parecían ser luminosas mientras colgaban de los árboles. Reaper se dio cuenta de que, de alguna forma, las hojas húmedas de cineraria formaban un perfecto colchón bajo su peso, ideal para descansar. Se quedó mirando un rato el cielo nocturno, oculto entre las alargadas ramas, y, al ver que no le volvía el sueño, observó a sus nuevos compañeros. Los tres habían armado con gran dificultad una fogata en el medio de aquel claro, y tanto Reed como Arksinad se encontraban más cerca del fuego, uno cocinando unos frutos y el otro apartando el jamón que asomaba sobre las brasas, con mucha frustración.

-Vaya dormilón, despertaste- captó su movimiento el mago, y masticó un poco de lo que había estado asando sobre el fuego, contento- No pensé que el viaje te fuera a agotar tanto.

-Yo tampoco. Casi no recuerdo cuándo me dormí... ¿Qué estás cocinando, Arksinad, y qué estás quemando, Reed?

-Oh, no te atrevas- gruñó el muchacho- No sé cómo lo hace Arksinad, pero la verdad es que está difícil.

-No es difícil si tienes práctica, y yo ya he hecho esto varias veces. ¿Y tú, Reaper?

-También, aunque pocas por necesidad. Cuando era más joven me reunía con mis amigos y hacíamos fogatas en la playa. Dame ese jamón Reed, no oses desperdiciar la vida de ese pobre cerdo en tu engrudo especial de cenizas.

Reed con un gruñido le dejó la barra a Reaper, quien salió de su cómodo árbol y la tomó, sosteniéndola a una considerable altura del fuego.

-No desperdiciemos nada. Queda todavía un buen trecho a Kamui, uno largo y casi tan vacío de gente como el que ya hicimos. Además, nuestras monedas valdrán menos en Kamui de lo que valían en Fariel.

-Bueno, pero, Reaper aparte, he escuchado que la gente de Kamui es muy hospitalaria. ¿No podemos confiar en eso?- Reed miraba como el jamón se asaba, hipnotizado.

-Eso espero yo también- Arksinad se comió de un bocado los últimos vegetales que había asado, y miró el cielo, relajando sus hombros- Espero poder probar Huevo del Paraíso en Kamui.

-¿Huevo del Paraíso?

-Es una comida cara, muy cara. Sólo sé que trae huevo y azúcar.

Reaper comenzó a reír, al tiempo que giraba la paleta de jamón para que el otro lado se asara.

-Escupí esa basura empalagosa apenas la probé. Sólo la sirven en los lugares más finos de la capital, y no es una especialidad, es más bien algo importado de Cel-Neckar. Oíd mis palabras porque diré la verdad: si quieren probar algo bueno en el continente occidental, entonces no miren más allá de la carne.

-No, Reaper. ¡No, así no se hace!

Allon intentaba desesperadamente quitarle la sartén a su amigo, y ambos forcejearon un rato hasta que Reaper logró levantar el utensilio entre sus brazos, victorioso.

-¡Lo hago yo!

-Está bien- Allon levantó las palmas en señal de rendición- Pero ponlo más arriba. Lo vas a quemar todo.

-No se va a quemar...

-¿Ah no? ¿Y entonces por qué esos huevos están negros? ¿Son huevos de cuervo?- sonrió Allon examinando la chisporroteante sartén, y Reaper hizo caso omiso.

Amu, bastante aburrida, sacó de su bolso dos patas de jamón ya cocido, que les arrojó para que las atraparan maravillados en el aire. Los tres tenían alrededor de catorce años en ese momento.

-Eres nuestra salvación Amu...- se atragantaba Allon entre bocado y bocado.

-¿Dudabas de que pudiéramos cocinar?- preguntó Reaper con recelo, y uno de los huevos de su sartén, tras él, terminó de reventar.

La joven, que con cada año parecía hacerse más bella, se echó al suelo bajo uno de los árboles y contestó con desgano, mirando a Reaper a los ojos.

-No lo dudaba, lo sabía- rio acomodando su cabello rojo contra la corteza rugosa, mientras Reaper se percataba de lo que pasaba a su espalda y daba vuelta la sartén contra la tierra- Hasta que sus dotes culinarias no aumenten, aconsejaría que trajéramos comida ya preparada a estos campamentos.

-¿Y quién te dio todo ese jamón? No creo que tus padres te lo hayan querido pagar.- Allon habló con la boca totalmente llena, aunque sus amigos ya se habían acostumbrado a entenderle.

-Bravino. Lo visito cada fin de semana. Está viejo y ya no puede navegar, pero la gente le sigue trayendo cosas. Esos jamones son de Van Lyder.

Allon dejó de masticar en apenas unos segundos, sin disimulo, y sus ojos celestes se enfocaron en Amu, ansiosos de saber si la joven mentía.

-¿Acaso quieres envenenarnos?

Reaper rompió a reír, y agregó, como excusando a su amigo.

-Van Lyder no es de comerciar con jamones.... No me sorprendería que le hubiera llevado un jamón mágico a Bravino por equivocación.

-Quizás- dijo Amu sonriendo- ¿Por algo no lo comí, no? Es un jamón encantado, a decir verdad.

Ambos amigos se miraron, pálidos, y en segundos empezaron a escupir y dar arcadas desesperadas, hasta que se dieron cuenta de que Amu reía y de que era una mentira. La joven se volvió a echar al suelo, todos más tranquilos, y luego de un tiempo en silencio ella volvió a hablar, en tono más serio.

-A propósito... ¿Cómo vas con lo de Oblivion?

-Bastante bien- dijo Reaper, volviendo a tomar el jamón por el hueso y a masticarlo- Ahora mismo mi padre debe de estar en la Forja de Xshathra.

-¿En la Forja?!

Asintió.

-Será una visita rápida, en un par de días volverá por su cuenta. Al parecer las armas que ha forjado han llamado la atención de los herreros del lugar, y lo han llamado para hacer algún arreglo de negocios.

-Pero él lo utilizará como una oportunidad para saber si Oblivion está allí, ¿verdad?- preguntó Allon, perspicaz.

Asintió, sonriente. Era fácil saber cómo pensaba Osald Assadan. Pero lo cierto era que mientras más tiempo pasaba con su padre, menos creía conocerlo.

-¿Y si no está?- preguntó ahora Amu.

-Pues creo que ya se anticipó a eso. Al parecer hay una nueva pista. Una que se remonta hacia Cel-Neckar, aunque también creo que él prefiere cerciorarse de lo de la Forja antes de comenzar por eso.

-Tu padre es genial, Reaper- sonrió Amu.

-¿Eso crees?

-Sí, o por lo menos, es mejor que lo mío. Mis padres están obsesionados con que yo sea cortesana o algo por el estilo.

-¿Y?

-No tengo interés en eso...

-¿Y qué te interesa?- preguntó Allon, bastante interesado él mismo, tragando lo último que quedaba de su jamón.

-Pociones.

-¿Pociones?- se extrañaron los dos niños al mismo tiempo. Ella se estiró hacia atrás, jugando con uno de sus cabellos.

-Sí. ¿Saben a lo que me refiero, no? Hay pociones para curar, para aumentar la fuerza, la destreza, hay pociones hasta para ser más inteligente o incluso brebajes para enamorar...- sus ojos brillaban cuando miró a Reaper, pero el aludido no se dio por enterado- También para estúpidos hay pociones.

-¿Hay pociones para borrar recuerdos?- preguntó el joven recordando a su padre, a lo que fuera que quería olvidar sobre la guerra, y la chica se quedó unos segundos pensando, desconcertada.

-Creo que sí, pero nada demasiado confiable. Lo más probable es que con algo fuerte te acabes olvidando hasta de quién eres.

-¿Y tú cómo sabes todo eso, Amu?- preguntó Allon, cada vez más atento.

-Osald me prestó un libro. Tiene muchos y son muy interesantes, pero la verdad es que no me sirve de nada si mis padres no me quieren pagar un tutor. ¿Y tú, Allon? ¿Qué quieres ser?

Esta vez fue el joven rubio quién se echó hacia atrás, mirando pensativo el amplio cielo estrellado que asomaba sobre los abedules.

-Hm... No lo sé. Quiero tener dinero y no hacer demasiado. Quizás intente conseguirme algún trabajo de mercader para comprarme un título de nobleza y disfrutar de la vida, si es posible.

-Tener un apellido no te garantiza nada si no te esfuerzas- lo corrigió Reaper- Hay mucha gente con apellido que apenas tiene algo para comer.

-Lo sé. Pero a lo que voy, es a que quiero un trabajo en el que tenga que negociar, no actuar.

-Vaya, eso debe de ser difícil. Tendrás que viajar- Amu suspiró- Sería una lástima. Me gusta este grupo.

Allon y Reaper asintieron, con pesar. Otra vez el silencio de los jóvenes dio lugar al bramido del bosque, las cigarras comenzaron a cantar cada vez más fuerte, el follaje se sacudió por el viento y varios animales dejaron oír sus aullidos entre las sombras de los arbustos. Ninguno de los tres dijo nada, meditando cada uno en lo suyo, hasta que Reaper recordó.

-En la próxima semana será la reunión con la reina Shimari, en Sadalsuud.

-¿Tan pronto?- preguntó Amu, sorprendida- No tendré tiempo para prepararme.

-Creo que no hará falta. Al parecer la reina la adelantó porque quiere sacarse de encima a la nobleza adulatora lo antes posible, y sabe que de eso habrá mucho en la reunión. Comienza a gustarme, por más joven que sea.

Reed abrió los ojos con la sensación de que algo no andaba bien. Algo lo había despertado, pero no estaba seguro de qué. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que era muy avanzada la noche, las estrellas brillaban como nunca y la luna iluminaba el follaje de los árboles, que se movían acompasadamente como una cortina que ocultaba parte del cielo nocturno, las gotas de rocío resbalando de las hojas para ir a refrescar la tierra.

Intentó levantarse, pero se sentía demasiado cómodo para hacerlo, ya fuera por la madera blanda del árbol en el que estaba apoyado o por la tranquilidad de aquel bosque, que en aquel momento hasta le parecía mágico. Supuso que se había despertado por el frío que se había adueñado del lugar desde que habían apagado la fogata, y se cubrió más aun con la frazada que había traído, apoyándose en el árbol... Excepto que se percató de que tal vez dormido, había puesto su escudo entre el árbol y su espalda, y había estado durmiendo sobre él. Se inclinó de hombros, somnoliento, y se apoyó igual: su escudo era tan cómodo como aquel árbol, y de cualquier forma sólo quería seguir durmiendo. Sentía como si hubiera soñado durante cien años, y su mayor anhelo era soñar otros cien años más. Miró a Arksinad, quien reposaba con las piernas estiradas y el sombrero tapándole el rostro, y luego miró a Reaper quien, al contrario, dormía con el tórax contra el suelo y las piernas sobre el tronco de otro árbol. El mago no gritaba ahora en sueños, sino que roncaba estrepitosamente, y Reaper parecía bastante relajado, con la cabeza apoyada en la tierra blanda del bosque. ¿Qué estaría soñando, qué recordaría aquel reacio guerrero? Reed estuvo a punto de hacer especulaciones, pero algo lo detuvo.

Una oleada de frío lo impactó, y su primera reacción fue abrigarse más con la frazada, pero sabía que no era eso. En el bosque las sombras ahora parecían agitarse más y más, danzando desenfundadas, el tiempo haberse detenido, las estrellas no titilaban y ningún animal dejaba escapar el más mínimo ruido.

Excepto que sí sintió un gruñido, aunque ni un animal podría haber hecho un ruido tan bestial, un sonido tan gutural y furioso como el que se escuchaba ahora en todas las sombras, en todos los rincones y todos los árboles. Comenzó a incorporarse, alerta, y fue entonces cuando la vio: una silueta femenina y trasparente, vestida de un rojo que dejaba también ver los árboles tras ella. El muchacho alzó la vista para verla a la cara, y quedó paralizado.

En su mente comenzó a maldecir todos y cada uno de los bosques en los que había estado, estaba e iba a estar en algún posible futuro. ¿Cómo era posible que fuera de nuevo en un bosque en donde la volvieran a encontrar?

Mila lo miraba, sonriente: el cabello oscuro y largo, los ojos amarillos, brillantes, su atuendo y todo en ella parecían darle un aspecto seductor, aunque algo, quizás un aura demoníaca a su alrededor, arruinaban esa belleza tan rápido como le dabas una segunda mirada, dejando sólo la sensación de una burla cruel. Reed vio que la bruja deslizaba los pies descalzos sin tocar la tierra, y se dio cuenta también de que, si no se apuraba, algo malo sucedería.

-¡Reaper! ¡Arksinad! ¡Es la bruja!

El efecto fue instantáneo. Reaper se paró de una vuelta, con la guadaña ya lista en mano para defenderse, y Arksinad también despertó y, mientras se acomodaba el sombrero sobre la cabeza, abrió la palma de su mano hacia Mila y exclamó.

-¡*Shinoras!*

Una poderosa y brillante luz blanca salió de la palma del mago hacia la mujer, iluminó todo el lugar y los cegó por unos momentos. Cuando la luz terminó de desvanecerse, pudieron ver que el hechizo se había llevado con sí una considerable parte del claro, varios árboles ya ni existían, la tierra estaba erosionada en un gran pozo donde la luz había impactado y no había quedado ni una sola cosa que resistiera aquella luz. Sin embargo, la bruja seguía allí, sonriendo sardónica al mirar a quien la había atacado, con afectación fingida.

-¿Así saludas a quien te dio una segunda vida? Veo que no eres de lo más agradecido- giró para observar a Reed, quien se puso en guardia tomando el escudo- Y tú eres un aguafiestas, por segunda vez. No hacía falta que le anunciaras a todo el mundo mi llegada.

-Ah diablos, lo siento mucho...- sonrió Reaper, irónico- ¿Le apetece que la invitemos a tomar algo, señorita Mila?

-Gracias por el ofrecimiento, pero no puedo sujetar nada- Mila levantó los brazos, transparentes, y antes de que Reaper dijera algo Arksinad explicó.

-Es una proyección astral. Su verdadero cuerpo está en otro lado, quizás a millas y millas de aquí, pero puede proyectar su mente en cualquier lugar para espiar y hablar.

-Qué inteligente. Entonces el hechizo de luz brillante era sólo por si las moscas, supongo. Me alegra que te hayas llevado un buen pedazo de bosque por delante: solía vivir aquí, y nunca me gustó este lugar.

-Antes de conocer a mi maestro, supongo.

-Ah- la figura de Mila se apoyó la mano en el pecho y fingió un gesto de dolor- Fue Vannael quien me buscó a mí... Y ya no es tu maestro, Arksinad. ¿O no lo recuerdas?

-Te recuerdo con la espada de Reed saliéndote por el pecho. Me gustabas más así- la mirada del mago se ensombreció.

-Pero qué cruel- Mila sonrió, y ladeó la cabeza, sus ojos amarillos refulgiendo en la oscuridad- Reaper Assadan y Reed Id Vant, escuchen mis palabras. Hay cosas oscuras en las noches de los bosques, pero nada tan oscuro como el ser que viaja entre ustedes. ¿Lo sabían...?

-Cierra la boca- Reaper apoyó la guadaña en el suelo y no apartó la vista de la bruja- Boca-cortada será raro, pero no recuerdo que mandara un monstruo a atacarnos.

-¿Gracias?

-En cierta manera lo ha hecho. Y lo hará.- la joven rio, un sonido cantarín y estremecedor entre las sombras que la rodeaban- Vamos Reaper, no es mi culpa lo del Bosque de los Toros. Estoy atada a un pacto y me limito a seguir órdenes. Es más noble que muchas causas de otros hombres que juran ser de la luz... Como tu amado padre.

El guerrero no se inmutó, pero cruzó miradas de reojo con el mago, y Reed comprendió que ambos estaban deseando en su interior con mucho ímpetu que Mila no fuera una proyección astral. La joven ya los había logrado enemistar y confundir en el Bosque De Los Toros, Reed lo recordaba, pero confiaba en que sus compañeros no caerían de nuevo en aquel truco...

-¿Por qué estás aquí, Mila?- preguntó el mago.

La pregunta hizo que ella mostrara los dientes en una sonrisa, y Reed se estremeció temiendo lo peor.

-Mira a mi alrededor, Arksinad Eel- la bruja se bajó la capucha y extendió los brazos. Reed observó y no vio nada, sólo negrura, negrura danzando entre la joven, trepando por su vestido y arrastrándose por el piso- Dije que no había nada tan oscuro como tú, pero puede que haya mentido... Estoy aquí para desplegar la justicia de Vannael.

-¿Justicia?- el rostro del mago se ensombreció aun más.

-Pues claro... -ella fingió una sonrisa dulce, lastimera- Vannael se lamenta mucho por ustedes dos, Reaper Assadan y Reed Id Vant, pero se interponen en el camino de su luz sagrada. Es una pena- soltó otra risita- porque sólo su alumno fue el culpable de los crímenes.

-Si mi maestro quiere matarme, que sea sincero al respecto- Arksinad parecía hecho una furia- No he cometido ningún crimen.

-Has cometido miles. O eso pensaba Ruin, ¿verdad?

La última oración hizo que el mago se adelantara hacia aquella proyección, con sus ojos reducidos de vida y un intento asesino que debió de sentirse en todo el bosque. Reed no pudo saber qué intentaba hacer Arksinad, porque al instante Mila volvió a hablar, y el mago quedó paralizado.

-Observa las penumbras, discípulo negro.

*Ashmogh de la Herejía,  
Saurva de la Opresión,  
Araska de la Venganza...  
Daevas de las sombras,  
Matad a los malditos.*

Por cada vez que recitaba uno de aquellos extraños nombres, las sombras a su alrededor parecían danzar y hacerse más oscuras, más negras que el abismo, a materializarse y dejarse caer. Mila se desvaneció cuando la última negrura dejó de tocarla, y su ropa pareció volar en el aire antes de desaparecer...

Pero las sombras seguían allí. Se movieron como saetas, arrastrándose por el piso, tres sombras que reptaban y los rodeaban, formando un círculo de oscuridad. La más grande se separó y avanzó por la tierra, destruyendo el suelo a su paso, hasta posarse en un árbol y oscurecerlo por completo.

-¿Ashmogh, Saurva y Araska?- repitió Reed confundido.

-Daevas- dijo el mago.

Había un terror en su voz, una resignación que hizo que a Reed se le helara el alma. Levantó la vista, y vio como la oscuridad que se había posado en el árbol abría sus ojos, un par de ojos amarillos, rasgados, relucientes en la noche. Ojos que lo veían y calculaban.

-¿A qué nos enfrentamos, boca- cortada?- preguntó Reaper poniendo su guadaña en alto.

-A nada que podamos enfrentar -el mago miró la figura del árbol, preparándose para algo- Nuestra única opción...

La sombra se escurrió al instante, y el suelo se fracturó en una línea directa hacia Arksinad, la oscuridad avanzando a una velocidad alarmante.

Fue entonces cuando, resquebrajando y destruyendo el suelo, el daeva saltó. Reed lo vio suspendido en el aire. A primera vista, se podía adivinar que los Daevas eran alguna especie de criaturas cuadrúpedas, pero eso era decir muy poco. Estaban hechos de sombra, y como tales podían unirse al piso y pegarse a las paredes, o adoptar la forma de otras sombras. Había tantas en aquel bosque, por los árboles y lo demás, que era difícil distinguirlos: pero la falta de luz de la que estaban hechos los Daevas tenía mucha más presencia material, era oscuridad pura, densa. Reed vio una cola alargada que terminaba en una luna filosa, vio garras, espinas negras en el lomo, ojos brillantes y por sobre todo vio dientes: una boca enorme, repleta de dientes puntiagudos de variados tamaños, dientes para desgarrar, para devorar, para asesinar, ya incluso manchados de sangre.

Los mismos dientes se prendieron del brazo de Arksinad, llevándose una parte de este como si fuera mantequilla. El mago ahogó un alarido y cayó al suelo, presa del

pánico, arrastrándose hacia atrás con desesperación. Otra sombra saltó hacia Reaper, y el joven, haciendo uso de una velocidad y reflejos casi sobrehumanos, logró interceptarla con la guadaña. No ocurrió nada. La oscuridad traspasó el filo del arma como si fuera la más normal de las sombras, y el monstruo se materializó al tiempo que se llevaba un trozo de la pierna del guerrero de un zarpazo intencionado.

Reaper dio un quejido, pero no se dignó a caer al suelo. Los Daevas giraron y se volvieron a enterrar en la tierra, como simples líneas negras, formando un nuevo círculo alrededor de los tres.

-¡Boca-Cortada...!- exclamó Reaper, alzando su guadaña inútilmente. Se podía dar cuenta de que la situación en la que se encontraban no tendría una salida simple. Arksinad no contestó nada sino que se arrojó al suelo, mientras que su brazo desgarrado actuaba como Reed ya había supuesto lo haría: los hilos que cubrían los cortes de su cuerpo se extendían y atravesaban la herida, cosiéndola a gran velocidad y curándolo, reemplazando la carne con su volumen.

*“En verdad es inmortal”* pensó Reed entre aterrado y maravillado, pero no tuvo más tiempo de concentrarse en ello porque otra de las bestias saltó sobre él.

Tan sólo giró y el escudo se iluminó, lanzando al Daeva unos metros más allá. Reaper musitó una risa triunfal, pero Reed no creía que aquello hubiera sido bueno. La fuerza defensora de su escudo tan sólo había podido alejar al demonio apenas unos pasos, y no parecía haberle causado la más mínima herida. El ser lo observó, con sus ojos rasgados amarillos temblando de puro odio, y se volvió a sumergir en el suelo convirtiéndose en la tambaleante penumbra de la arboleda.

-¡Shinoras!

-¿Eh?

Reed vio un destello tras él, y luego el suelo bajo sus pies se hundió, por el ataque del mago. El hechizo de luz había sido apuntado en la tierra donde lo oscuro los acechaba, cancelando las sombras por las que los daevas se movían aunque fuera por tan sólo unos momentos. Fueron unos segundos de un chillido insoportable y pura blancura, la piel erizada y una sensación de muerte inminente. La negrura se dispersó, los restos de la proyección de Mila desaparecieron por completo y el cráter que causó el ataque se llevó gran parte del equipaje de todos, e incluso golpeó a los tres un poco.

Pero les había dado tiempo.

-¡Debemos irnos!- exclamó Arksinad, entre la luz. Reed quiso dirigirse hacia donde estaban los Falkins, pero un charco embarrado de carne y plumajes le confirmó lo que ya esperaba; el origen de la sangre que había en los colmillos del Daeva principal, Ashmogh. Sus tres fiables monturas habían corrido un triste destino.

Sintió miedo. Deberían correr.

Se echó a Reaper al hombro para ayudarlo a sostenerse y los tres partieron sin llevarse nada del pequeño bosquecillo, rumbo al desierto de pasto en donde pronto amanecería y ninguna sombra existiría para amenazarlos.

### 3. Cae Hacia Mi Infierno

Los tres niños se encontraban sentados sobre el risco que daba al mar de Eclant, el risco de tierra roja que precedía a la playa de arenas ardientes, en donde el agua salada del océano golpeaba trayendo consigo a los pocos barcos que solían anclar allí, llenos de mercancía, pescado y baratijas.

Era un paisaje rojo y azul, como solía ser Eclant: tierras desérticas fuertes en hierro, que le daba al suelo un color carmín como el amanecer o la sangre, y cielos immaculados y azules, normalmente desprovistos de ni una sola piadosa nube. Las plantas que crecían allí eran escasas pero tupidas, tercas como su gente, llenas de espinas y frutos coloridos y venenosos, tentaciones mortales para quien no estuviera familiarizado con sus peligros. Los animales, en su mayoría lagartos carnívoros, coyotes y ratones, no hacían tampoco del sitio un lugar hospitalario o pacífico.

Y sin embargo cualquier habitante de Eclant admitiría que allí encontraba un hogar. En un pueblo tan árido y tan punzante, la gente no tenía más remedio que ayudarse si querían mantener su sociedad a flote. Aquellos lazos terminaban siendo más estrechos que cualquiera de los que pudieran formarse en la grandeza de una ciudad.

Lazos como esos unían a los tres niños –jóvenes ya en verdad- que observaban la extraña construcción que surcaba el mar en la lejanía. La miraban callados, asombrados, disfrutando de cada instante de un suceso que ocurría cada tantos años y que les daba una muestra de lo enorme y fantástico del mundo en el que habitaban.

Más allá la Forja de Xshathra, flotando imposible en el agua del mar, parecía un castillo de misterios inalcanzables. Poco se podía captar de ella, pero gran parte los tres lo adivinaban por las siluetas negras que se dejaban entrever en la lejanía: grandes torres de piedra, maquinarias de lo más extrañas, múltiples entradas y por sobre todo chimeneas y humo, humo y más humo saliendo de todos lados, mezclándose con la niebla que la rodeaba y ocultándolo todo.

Reaper creía también poder ver destellos rojos, como de fuego o lava. Cuando se los señaló a Amu, la joven asintió embelesada.

-Es hermoso.

Por su parte no estaba seguro de que *hermoso* fuera el adjetivo que usaría para describir lo que se podía ver de aquella fortaleza naval. Intentó buscar una palabra para hacerle justicia, pero Allon se le adelantó, ágil de lengua como siempre.

-Es terrible- miró sorprendido el gesto de Amu y se rascó la cabellera rubia, corrigiéndose- Pero en un buen sentido. Es sólo que no parece de este mundo. Ningún barco de piedra podría mantenerse a flote... y eso no es ni siquiera un barco. Debe de ser más grande que todo Eclant.

Reaper asintió, volviendo la vista a la mole inmensa que surcaba las aguas. La Forja de Xshathra, en donde se forjaban e intercambiaban las mejores armas del mundo. Tragó saliva imaginando cómo sería aquel lugar por dentro, qué secretos se esconderían entre toda esa negrura. Entre los mitos más comunes que se oían por Eclant estaba el que decía que los cultistas ahora de la Forja habían capturado al dios Baal y lo mantenían encerrado dentro del recinto, utilizando su poder para mantener a flote el lugar.

-¿Hay muchos magos por allí, verdad?- inquirió la chica interesada.

Allon asintió, pero él negó no sin amargura.

-No son magos. Son brujos.

Amu levantó una ceja, entre dudosa e interesada, y él se explayó.

-Mi padre me contó, luego de visitar el lugar. Realizan sacrificios e invocan demonios que les otorgan su poder... No utilizan la magia como lo hacen los magos de Cel-Neckar o cualquier lugar del continente central. Es magia corrupta y oscura, producto de un culto al otro plano- escupió contra la arena que había bajo el risco, y luego chasqueó la lengua- Al menos me alegra que no sean ellos quienes tienen a Oblivion.

Su padre seguía creyendo que los cultistas de la Forja poseían una de las tres espadas legendarias, pero había concluido que no se trataba de la que él mismo buscaba. Sin embargo, Reaper no había visto que Osald se encontrara afligido por ello en lo más mínimo. Actualmente lo que veía en él era otra cosa: una expectación febril, casi desesperada. El joven lo ayudaba a descifrar los lenguajes rúnicos de los libros, que hablaban de las espadas, pero la mente de Osald parecía estar vagando en otro lado, ahora más que nunca.

Estaba recibiendo cartas, de una persona de Cel-Neckar. Reaper no había tenido la oportunidad de ver ninguna porque su padre parecía intentar ocultárselas, pero había reconocido el sello del pavo real que significaba que pertenecían a la alta nobleza del reino de los magos. Quien fuera el nuevo contacto que Osald Assadan había conseguido, les estaba pasando importante información y parecía intentar llegar a un acuerdo con el Ser de Eclant.

Osald mismo incluso se había ofrecido a llevar a los tres jóvenes a Sadalsuud, en donde se celebraría la reunión con la nueva reina de Kamui, para que Reaper se entrenara y Allon pudiera comenzar su carrera política. Si bien tal gesto de amabilidad era normal en un hombre como su padre, Reaper sospechaba que otros motivos impulsaban aquella decisión. Las palabras "*encuentro en Sadalsuud*" se habían destacado con claridad entre las pocas que había podido captar de la última de las cartas que había recibido Osald; y su padre llevando al supuesto nuevo heredero de Eclant allí debía de ser una excusa más que buena para concretar la reunión con aquella misteriosa persona.

Pero además su padre...

No podía explicarlo, pero mientras más pasaba tiempo con él y más lo conocía, más pensaba que Osald Assadan ocultaba algo, que un secreto lo atormentaba y que aunque su amabilidad no era una máscara, existía algo terrible en ese hombre. Pero no

importaba: hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido en aquella antigua guerra entre Kamui y Fariel, Reaper lo ayudaría a conseguir Oblivion y a olvidarlo.

Al menos, esa era una promesa que no pensaba olvidar él.

La bruja dio un quejido, y su cuerpo se arqueó hacia atrás, casi partido al medio. Luego se desplomó en el suelo, respirando con agitación pero con los inicios de una sonrisa pintados en el rostro.

-¿Y bien?

Mila miró, aún acostada, hacia donde Vannael aguardaba en el trono, impaciente. El rey la escrudiñaba con sus ojos así que la joven tomó las fuerzas necesarias para incorporarse, y comentar.

-Los Daevas fallaron. Esta vez.

Vannael no dijo nada, sino que le restó importancia, desviando la vista hacia las grandes entradas de lo alto de la torre, en donde el cielo alegre de Cel-Neckar se veía ahora cubierto de nubes grises y apatía.

-Los Daevas no fallan- sentenció- Dan un paso y luego otro, y cada cual se sucede con más aptitud que el anterior. Además...- algo maligno brilló en la mirada del rey mago- Puede que hayan logrado una mejor oportunidad de la que esperaban.

Mila asintió, complacida, y se incorporó del suelo en donde el *Shinoras* que había impactado a su proyección astral la había arrojado.

-Viendo que ya hicieron contacto,- dijo Vannael- creo que es hora de mover un par de piezas más.

Chasqueó los dedos, y dos relámpagos azulados cayeron sobre la habitación. Los siguientes dos mejores magos del mundo aparecieron allí, con expresiones muy opuestas.

El viejo Duran se inclinó ante su rey, evitando mirar a Mila, aunque ni con ello lograba pasar desapercibido el profundo odio que parecía tenerle a la joven bruja. Gallahard en cambio hizo una reverencia breve y comentó, angustiado.

-Su Majestad, ¿y qué ocurría si me estaba bañando? ¡No puede estar invocándome ante su presencia en cualquier momento!

Mila rio ante el comentario, pero Vannael ignoró por completo los reclamos del mago. Su mirada impávida apenas se posó de reojo en el Dos, advirtiendo la expresión de ira contenida que tenía al observar a la joven.

-Gallahard. Duran. Tengo nuevas misiones que asignarles.

Ambos se serenaron bajo la voz de su rey, y el más joven hizo una pequeña inclinación. Vannael se tomó unos segundos para proseguir, como si de algún modo saboreara el momento.

-Gallahard... quiero que viajes a Sadalsuud. Pregunta a Shimari por Arksinad Eel de mi parte. Es un criminal de Cel-Neckar y como rey estoy interesado en saber si está consiguiendo asilo en Kamui. De tenerlo allí, confío en que Shimari hará honores a las grandes alianzas y te lo entregará. ¿Lo escoltarías hasta aquí de nuevo?

El bello joven se mordió el labio, evidentemente hastiado con la tarea que acababan de encomendarle, pero asintió lento, con un suspiro. Luego el rey miró a Duran.

-Para ti la tarea será absolutamente la contraria. Quiero que quites a Arksinad Eel de la lista de buscados del Geral Veintiún. Actúa tal si ya no fuera quien es.

El viejo mago no dijo nada ante el extraño pedido del miembro Uno del Geral, cabizbajo, y Vannael dio la señal para dispensarlos, mientras Mila se sentaba al costado de su trono.

Gallahard se marchó sin decir más, pero Duran continuó inclinado en el suelo, y luego miró a su líder.

-Mi señor, ¿podría permitirme un momento...?

Hubo un instante de silencio, y luego Vannael asintió.

-Mila. Déjanos a solas.

La bruja abandonó la habitación sin una palabra, dejando ver por último el rastro rojo de su vestido por las escaleras, y Duran se incorporó del todo. Ira y duda se mezclaban en sus ancianos ojos.

-¿Qué significa esto?

Vannael no respondió, pero inclinó la cabeza en un gesto de desentendimiento. Duran volvió a hablar señalando la puerta por la que los otros dos se habían ido.

-¿Buscar criminales en el palacio de Kamui? ¿Quitar a ese mismo criminal, probablemente el más peligroso del mundo, de entre los buscados del Geral? Su Majestad, no puedo comprender qué ocurre aquí. Si no tuviera tanta fe en su poder, creería que esa bruja...

-Mila no tiene mucho que ver con esto- respondió tranquilo el rey mago- Ni se encuentra perturbando mi mente, ni corrompiendo mi alma. Estas decisiones que tan extrañas te parecen, viejo amigo, conllevarán al brillante futuro de nuestro reino.

-¿Pero cómo? ¿Es algún plan imposible de comprender para mi humano intelecto?- los ojos del Segundo brillaron al decir eso, y con una mano acorazada se mecía la larga e impecable barba- ¿Qué podríamos ganar causando la enemistad del reino kamuita? ¿Qué utilidad tiene esa... esa bruja, para usted? En todos estos años...

Calló al ver a su rey levantarse, imponente y blanco como la nieve, brillante como la luz y en lo alto de la ciudad más mágica y perfecta del mundo. Vannael descendió los escalones de su trono con lentitud, y apoyó una mano en el hombro del viejo hechicero.

-Duran, ¿dudas de mí? ¿Tú, que luchaste a mi lado?

Algo debió haber hecho un chasquido en su mente, porque al oír esas palabras el anciano abrió los ojos como nunca, como presa de una gran revelación. Luego sacudió la cabeza.

-No. Lo lamento, Su Majestad.

La máscara cubría las facciones de Vannael, pero cualquiera hubiera dicho que una amable sonrisa las poblaba ahora. El rey mago bajó su mano y Duran asintió, dando la vuelta mientras el cabello inmaculado y largo se le alborotaba con el viento de lo alto, mientras avanzaba y se disponía a cumplir su misión, por el reino de Cel-Neckar.

Su verdadera misión, ahora podía verlo.

El viaje a Sadalsuud había sido una de las mejores experiencias que Reaper pudiera recordar. Su padre por una vez había hecho uso del título de nobleza que le correspondía y había pedido un buen carruaje, tirando por extrañas criaturas llamadas predas, parecidas a enormes y feroces lagartos colorados, con el que atravesarían toda la enorme extensión de Kamui y sus ciudades para llegar a la capital norteña.

Además del conductor, sólo Osald, Allon, Amu y Reaper se encontraban en el carruaje, lo que hacía la experiencia aun más fascinante para el muchacho. Su padre parecía bastante feliz también, si no sereno, y se deleitaba en relatarles las historias de los lugares que había visitado, señalando los templos, los pueblos, los paisajes y extraños animales que encontraban fuera de Eclant. Era la primera vez que Reaper dejaba su pueblo, y, se percató de nuevo, como cuando oía las historias del viejo Bravino, que el mundo era un lugar extenso y hermoso, con mucho más para ofrecer que la tierra roja y árida de su hogar.

Osald parecía conocer cada roca, cada montaña, cumbre y planicie a la perfección. Señalaba cosas que los demás no podían ver, siempre animado, respondiendo a las dudas de los tres jóvenes con presta atención.

*“Por supuesto que conoce el terreno”* se terminó por dar cuenta Reaper tras pensarlo *“Mi padre es un veterano de guerra... la misma guerra que se libró aquí con Fariel. Los terrenos y refugios deben estar grabados en su mente como la palma de su mano.”*

Miró con atención al herrero mientras este encaraba la ventanilla, pensativo. Bravino le había dicho que existía algo que Osald quería olvidar, algo que lo motivaba hasta ese punto a buscar la espada Oblivion. Reaper no tenía ninguna duda de que era algo ocurrido en la guerra pero ¿qué cosa? ¿Acaso el asesinato de personas? ¿Tanto atormentaban esos recuerdos a aquel hombre?

Lo sorprendió la mirada clavada en él, amable como siempre. Por unos segundos creyó ver más en los ojos de su guardián, algo detrás de toda esa amabilidad, algo oscuro y mojado, húmedo como las lágrimas y lleno de asco y desprecio.

Tragó saliva y miró hacia la ventanilla, sin decir nada, mientras su padre le sonreía. Creía haber visto algo que jamás debía haber conocido en su vida.

-¿Cuándo van a casarse?

Reaper escupió toda la bebida aguada que tenía en la boca y no pudo evitar toser con desenfreno. Amu tenía el rostro colorado, algo que junto al cabello rojo y los ojos verdes le daba sin embargo un aspecto encantador.

-¿Q-qué dice?

Shimari sonreía, encantada. La reina de Kamui se encontraba sentada sobre uno de los mullidos almohadones de su habitación, con su prima al lado que le cepillaba con dedicación su extenso cabello avellana.

-¿No son prometidos ya?- hizo un gesto con los dedos y los señaló a ambos, divertida- Quisiera verlos en una boda enorme... podría incluso prestarles mi palacio para eso.

Ni Amu ni Reaper se miraban, tan avergonzados y confundidos como estaban. Allon rio, displicente, y se propuso salvarlos.

-Estoy seguro de que eso ocurrirá, Alteza. Pero dudo de que sea el momento.

El joven no albergaba ya los sentimientos por su amiga que había tenido en su niñez, por lo que ya nada de ello le molestaba. En cualquier caso, Allon había cambiado mucho: había crecido fuerte y sano, no frágil como en sus primeros años, pero mantenía su corazón amable y su elocuencia constante, que lo llevaban cada vez más arriba en los juegos de la corte a la que pretendía llegar.

No había sido el único. En el año que habían pasado viviendo en Sadalsuud, dentro del palacio real, conociendo a los nobles y las costumbres del centro, Reaper y Amu también habían crecido bastante. Mientras que Allon se dedicaba a obtener contactos y poder –y a nadie sorprendería ya cuando Reaper decidiera traspasarle el cargo de Ser de Eclant- el joven hijo de Osald se había dedicado, por recomendación de su padre, a entrenarse en las artes de combate de Kamui, que habían marcado su cuerpo con aspereza, esculpiéndolo como a un guerrero. Amu, en cambio, no había hecho más que estudiar sobre pociones –los libros del centro que le llevaba el veterano, además de instructores personales- pero el paso de los años la habían convertido en una joven bella, más bella que ninguna que Reaper conociera en su vida. Se había dado cuenta de ello recién en los últimos meses, preguntándose por qué nunca había visto antes a su amiga con esos ojos.

-No me digas Alteza- masculló la reina abrumada luego de un rato, y suspiró- Mucho por mi historia de amor aquí. ¡Pero hacen tan linda pareja!- se incorporó y tomó a Amu de las manos, emocionada- Y luego podrían vivir en Eclant, si les apetece... ¡O viajar! Planeo viajar por todo mi reino, conocer cada pueblo y ciudad... ¿No sería grandioso que me acompañaran?

Al oír eso su prima, tras ella, dio un suspiro.

-¿Mi querida Shimari, no sería mejor que te quedaras aquí? Tienes tantos pretendientes...

-Pero yo no pretendo a nadie- sentenció la reina, y luego sonrió- Si lo que te interesa es que me case, ¿por qué no un viaje al sur a buscar a mi prometido?

-En defensa de Ann- notó Allon- el sur tiene sus peligros. Lo comprendí cuando iniciamos el viaje desde Eclant hasta la capital... Kamui Minmedor parece un campo de batalla en comparación a las ciudades que existen aquí en el norte.

La cara de Shimari se iluminó, emocionada.

-¡Mayor razón aun para viajar!- exclamó, y Allon tosió incómodo ante la mirada asesina de la otra- ¿De qué me sirve haber practicado tanto con el arco si no enfrentaré un sólo peligro en mi vida?

-Tú quisiste practicar eso- objetó Ann- Pero conmigo a tu lado no será nece-

-Ah, ya calla Ann- sonrió la otra, perdida en su joven fantasía- Al sur viajaré, descendiendo por mi reino en compañía de mi guardaespaldas- luego miró el techo, soñadora mientras se arrojaba sobre su enorme almohadón, y volvió a recordar a Reaper- Pero no respondieron mi pregunta, vivaces son. ¿Cuándo van a casarse?

Estaban cansados, hambrientos y sedientos, y no veían otra opción que no fuera avanzar. Reaper había arrancado un pedazo de su túnica negra, inútil ante el poderoso sol que los cubría asándolos y protegiéndolos al mismo tiempo, y la había utilizado como vendas, untadas con los últimos rastros de la poción curativa rosa que tanto había servido a Reed durante su jornada en Dammed Oah.

Aun con ello, el guerrero rengueaba y maldecía por lo bajo mientras avanzaba apoyado en su guadaña. Los otros dos iban al lado, sin heridas pero también llenos de hambre y sed; en especial sed, que les secaba las gargantas y les hacía ver inexistentes charcos en todos lados.

El ataque salvador de Arksinad, además de alejar a los Daevas, también se había llevado las provisiones que tenían preparadas para el viaje... y ni de tenerlas podían estar seguros de que sobrevivirían. Habían calculado sus equipajes con la idea de llegar a Kamui en Falkin: un viaje de dos o tres días en el más exagerado de los casos: pero ahora el ataque de los tres demonios de Mila había asesinado a sus fieles monturas, dejándolos a pie en una de las llanuras más extensas del mundo.

Pero no tenían otra opción más que avanzar. Como su destino era la capital kamuita, era creíble que se cruzaran pronto con carruajes que pudieran aventarlos: carruajes en dirección al magnífico Puente de Al Tarf; una colosal y extensa construcción de roca y bronce que lograba unir la estrecha separación de mar que existía entre la península de Kamui con la del reino de Fariel, convirtiéndose en la mayor obra de arquitectura del mundo y, además, en el símbolo de la recién restablecida paz entre ambos reinos, que en tan cruenta guerra se habían visto involucrados hacía años.

El puente ocupaba cientos y cientos de kilómetros, y era cruzado día a día por miles de carruajes y convoyes de mercaderes, así como magos y enviados diplomáticos. Hasta, por lo que Reed había escuchado de Scarrow, poseía sus propios habitantes y mercaderes que aprovechaban el flujo constante de tránsito para vender sus productos.

Si iban allí, algún piadoso viajante los encontraría antes de que cayeran muertos de sed o de que cayera la noche y los demonios se volvieran a cernir sobre ellos desde las sombras. La experiencia con aquellas criaturas los había dejado marcados, y a Reed no le extrañaba ahora no ser el único que veía con nerviosismo cualquier roca o seco árbol, observando la sombra que proyectaban, temiendo que ocultara entre su negrura un par de rasgados ojos amarillos.

Pero por sobre todo había otra cosa que notaba, y que comenzaba a preocuparle. El aire entre los tres estaba tenso, tanto que parecía poderse cortar con un cuchillo. Ninguno había intercambiado más que monosílabos desde la terrible huida en medio del amanecer, pero notaba que Reaper y el mago evitaban a toda costa mirarse mientras avanzaban con dificultad a través del desierto.

-Revisé el mapa, y el continente se estrecha como un embudo hasta llegar a Al Tarf...- hablaba sólo para romper el silencio, para comentar algo y quebrar esa nada que se había formado desde el accidente- Mientras más avancemos, más posibilidades tendremos de interceptar a alguien.

Se percató de que hablar le secaba la lengua, y se arrepintió de haberlo hecho. Hubiera dado todo lo que llevaba excepto su escudo por un buen trago de agua, aunque

fuera un pequeño charco en el suelo... y aquello recién comenzaba. Sabía que no estaba sintiendo ni un décimo de toda la sed que un hombre desesperado podía sentir.

-En tan sólo seis horas el sol comenzará a tocar el horizonte... -Arksinad hizo una sonrisa poco convincente, con su pálido rostro enrojecido por los rayos del astro, y luego comentó respondiendo a Reed- Espero que tengas razón. De lo contrario tendré que reservar muchas energías para intentar mantener a esas cosas alejadas... Y dudo poder. Aprenden rápido.

-¿No es tiempo de que des explicaciones, Arksinad?- respondió Reaper- Por mucho que ame el misterio comienza a hartarme jugar a ser ratón sin conocer el porqué. ¿Qué nos persigue? -luego se corrigió, malicioso- ¿Por qué te persiguen?

-¿Por qué tu padre intentaba matarte?

-Esa historia es pasada- lo cortó el guerrero- Y aquella rueda tan sólo se enfocaba en asesinar a mí, no como estas sombras. Explícanos.

La falsa sonrisa se borró por completo del rostro del mago, quien desvió su vista.

-No es de tu incumbencia. Les advertí que algo como esto pasaría.

-¿De qué huyes, Arksinad? ¿Cuál es tu relación con Vannael? ¿Cuál es el pecado por el que te buscan?- Reaper no dijo nada ante el gruñido del mago, pero luego levantó el cuello, reafirmando- Utilizaste el *Shinoras* para destruir el bosque en cuanto viste a los Daevas... incluso sabías qué eran...

-¿Pretendías que me dejara matar?- respondió sardónico el mago, levantando la voz.

-No... ¡Pretendo saber un poco más!- Reaper estalló de una vez- ¿Qué es lo que está pasando? ¿Por qué esa condenada bruja nos sigue a todos lados? ¡No digas que no es de mi incumbencia cuando una de esas cosas casi se lleva mi pierna!

-Chicos, deberían calmar...- comenzó Reed sabiendo la inutilidad de sus palabras, por supuesto ahogadas por el siguiente grito del mago.

-Supongo que entonces lo mejor será que deje el equipo, ¿no es así? Ya que entiendo que no puedan confiar...

-¿Eres idiota, boca-cortada?- Reaper se detuvo de caminar, y encaró al otro- ¿Crees que Reed y yo desayunamos con rocas en la mañana? Eres inmortal, discípulo del rey de Cel-Neckar, con conocimientos e ítems que ningún mago normal poseería... Y te he oído gritar a la noche. ¿Por quién estás gritando? ¿Ruin?

Aquello pareció un golpe para el mago, quien abrió sus ojos, normalmente adormecidos, como si fueran dos platos. Luego tomó el ala de su sombrero y la bajó unos segundos.

Cuando la subió su rostro estaba fresco y sonriente, libre de toda la ira y el rencor que guardaba antes. Sonrió como nunca y respondió.

-No, no por ella. Imitaba a tu padre, en el infierno en el que se encuentre.

Aquello fue suficiente. El mago había soltado aquella respuesta con toda intención, y Reed supo que se había desencadenado lo peor. La mirada de Reaper se ensombreció y el joven sacó su guadaña, avanzando hacia su anterior camarada. Reed se interpuso ante el guerrero con los brazos extendidos.

-¡Espera, Reaper!

-¡Apártate!

De un manotazo el guerrero echó al joven al suelo, mientras Arksinad sonreía, complacido por la reacción lograda pero también sorprendido. Al momento en que Reaper alzaba su arma, el mago lo apuntó con su báculo y una onda de energía lo impactó.

El joven fue empujado más atrás, sus pies creando surcos sobre la arena. Luego saltó hacia el mago y de un golpe de guadaña le hizo un tajo en el estómago...

...que los hilos negros de ese cuerpo cosieron automáticamente.

-¿Qué diablos eres?- masculló asqueado Reaper, y Arksinad le respondió apuntando el báculo a su rostro.

*-Baru Practel.*

Aquello iba en serio, se aterrorizó Reed. El poderoso hechizo azul fue bloqueado por la guadaña del guerrero, *Caronte*. Todas las runas del arma brillaron, y la magia fue cancelada, mientras la hoz se cubría de un resplandor azulado que hizo que Reed comprendiera cómo funcionaba aquel dispositivo.

-¡Chicos, esperen! ¡No debemos luchar!

El siguiente golpe hizo que un chorro de sangre saliera del hombro de Arksinad, quien de un movimiento se rodeó de espectros negros. Reaper sin embargo prácticamente apareció bajo el joven, y de una patada en la quijada lo lanzó varios metros más atrás. El otro cayó mientras le lanzaba esos espectros, pero el de Kamui los desvió con la guadaña. Luego corrió hacia detrás de su oponente y le soltó otro puntapié con su pierna sana, justo sobre la nuca.

Arksinad no dijo nada, pero se dobló hacia adelante sosteniendo sus hombros. Reaper pareció despertar de su trance de odio y retrocedió, bajando su arma y mirando al mago con una mezcla de lástima e ira apagada.

El cuerpo de Arksinad tembló y pareció vibrar por unos instantes, y sus brazos cayeron como muertos hacia adelante.

Reed se arrastró entre la arena para observar al mago, preocupado. ¿Tan fuerte había sido el golpe?

-¡Arksinad! ¡Responde!

Se le heló la sangre al ver las dos lunas rojas que eran ahora los ojos de su compañero entre los claros cabellos, y en ese mismo momento con un chasquido la mandíbula de Arksinad pareció desprenderse, abriéndose del todo, sujeta apenas por los hilos negros.

-Esto es malo.

Sucedió de repente. Hubo un ruido, parecido al silbido de mil serpientes, y los hilos salieron disparados por doquier del cuerpo del mago, arrojándolos a ambos más allá contra la arena. Reed dio su cabeza contra una roca y logró entreabrir los ojos lo suficiente para ver aquella cosa, aquella enorme maraña de cables negros que rodeaban el cuerpo del joven, como una flor del mal que brotaba en el desierto, y luego los vio trenzarse, unirse, envolverlo, tomar forma para crear un enorme brazo, una pierna, una larga cola de reptil. Y aquello que Reed siempre había sospechado de su amigo salió a la luz.

Lo primero que hizo el ser fue gritar. Un chillido espeluznante, agudísimo, que le hizo recordar al Tótem Terror y a todos los horrores de su vida juntos. Luego se apoyó sobre sus cuatro patas, y olfateó el aire como un animal histérico.

La enorme criatura que había tomado el control de Arksinad parecía la fusión de un Daeva con un humano, con hilos moviéndose como víboras, contrastando con el resto del desierto, con el resto de la realidad. Levantó la cabeza en un ángulo imposible, como complacido, y habló con una voz que apenas tenía un dejo de la del mago.

*-Asherat.*

-¿Arksinad?- preguntó Reaper incorporándose. Había verdadera preocupación en su semblante.

Al oír aquel nombre el demonio dio un alarido y torció a toda velocidad su cuello, mirando al guerrero con sus ojos huecos, rojos. Luego extendió un brazo hacia él. El joven retrocedió, asustado, pero la mano estaba hecha de hilos, y sin limitaciones humanas lo sujetó a una velocidad increíble, lanzándolo contra las piedras.

Reaper cayó con un quejido y logró incorporarse, sujetando su arma. El demonio corrió hacia él, con una risa aguda, infantil y demencial, y abrió su boca para devorarlo, pero el otro de un sólo ataque segó la mitad de su brazo.

Los hilos se regeneraron al instante, y el ser dio otro golpe hacia el guerrero, haciendo saltar lo que a Reed le parecieron litros de sangre. El joven aldeano se incorporó para ayudar a su amigo, que apenas podía tenerse en pie, y con un grito apuñaló con su espada resquebrajada al ser.

Ningún efecto tuvo ello, pero entre los hilos Reed pudo divisar el rostro desmayado de Arksinad, durmiendo plácidamente, flotando sin cesar entre las corrientes negras que conformaban el cuerpo de esa abominación. El monstruo se irguió tan largo era y levantó sus dos brazos hacia Reed, dispuesto a aplastarlo...

Casi todos los hilos negros desaparecieron, reabsorbidos por el cuerpo del mago que, inconsciente, cayó al suelo con la ropa hecha jirones, cerca de donde Reaper estaba echado.

Fue un momento de felicidad breve, porque luego el guerrero vio que el mago sangraba de una gran herida en la cadera. Sus dedos tocaron la sangre, confundido y espantado, y Reed comprendió qué había ocurrido realmente mientras veía cómo su sombra se alargaba.

-¡Reaper! ¡Son los daevas!

Quiso decir algo más, pero sintió el desgarró, sintió el sonido de la ropa romperse, y una humedad espesa en su espalda, algo caliente que le resbalaba, un dolor agudo e insoportable, que cubría cada centímetro de su ser y lo ponía de rodillas, mientras las sombras se escurrían de él y pensaba que así era su muerte, que de tanto se había salvado para terminar de ese modo, que todo acababa con aquella imagen, con el cuerpo inconsciente del mago siendo también atacado por un Daeva, y con la visión de un Reaper herido, inútilmente intentando quitarse de encima a la sombra que saltaba sobre él.

Todo se oscureció, y oyó un grito.

#### 4. La Reina Shimari

Luego de la negrura sus recuerdos fueron difusos por un buen tiempo. Recordó el sabor de la arena, de la tierra reseca metiéndosele en la nariz y en la lengua, secando su propia saliva como una pasta agria. Luego recordó sentir humedad, humedad tibia que en su inconsciencia ni siquiera notó era su sangre, cayéndole a grandes borbotones por la espalda herida mientras aquella bestia lo asesinaba.

Al final todo se fundió, luego de aquel grito. No reconocía la voz, y ya no le importaba. Se sumergió en un sueño eterno e inconsciente, lleno de oscuridad y destellos, de movimientos y caricias.

En un momento creyó entreabrir los ojos. Había gente con él, pero no podía estar seguro de si no era simplemente que moría y alucinaba. Luego giró la cabeza y vio el mar.

Rio lenta y amargamente. Estaba muriendo, de verdad. ¿Cómo podía explicarse sino, que flotara tranquilo, desangrándose sin ningún dolor, con el mar sobre su cabeza resplandeciendo como iluminado por mil soles?

Luego siguió riendo más, y soñó cosas cada vez más extrañas. Había un gran festival, y montones de muñecos bailando. Llovían estrellas del cielo y luego veía un mar en el firmamento, luego a un tigre observándolo terco, dispuesto a dejarlo ir. Reed tenía una rama y tocaba al tigre, y este desaparecía por completo. En ese momento comenzó a llorar y reír con histeria, como borracho, y vio que su rama era simplemente un escudo, uno con una sonrisa dibujada, llena de aprecio.

Abrazó el escudo en el sueño, y una parte de él se calmó. ¿Así era la muerte? ¿Se encontraba en alguna especie de infierno, donde reviviría miles de ilusiones, miles de pasados y futuros que le atormentaran? Veía una isla a lo lejos, una isla de jade, y quería verla desaparecer también junto con todo lo demás. ¿Por qué lo atormentaba ese sueño, si podía haber calma en no sentir nada, en no ser?

Mientras lo abrazaba se dio cuenta de que su escudo había dejado ya de ser un escudo.

Le susurró algo al oído.

Habían decidido volver juntos, al menos para ver a Eclant de nuevo en cualquier caso. Los tres habían tenido grandes experiencias en Sadalsuud y la vuelta por el continente junto con Osald les pareció simplemente de lo más triste, pero al mismo tiempo ideal porque necesitaban regresar a aquella comodidad rupestre, imposible de encontrar en la capital, y reencontrarse con Bravino, Van y toda la gente que conocían en el pueblo.

Osald era de todos quien parecía más contento. Ocupado como había estado con su entrenamiento, Reaper no había podido preguntarle cómo había ido la búsqueda de la espada Oblivion, pero adivinaba que la cosa marchaba bien. Su padre les hablaba como siempre, con una amplia sonrisa pintada en el rostro, y pareció ser el primero en intentar prometer a su hijo con Amu, con insistencia. Incluso había pagado todas las clases de pociones de la joven –cosa que sus padres se habían negado rotundamente a hacer- e impulsado con consejos y dinero el ascenso político de Allon.

Sobre la espada, Reaper lo había visto interactuar poco. Las pocas veces que se encontraban en la espaciosa habitación que Osald había alquilado en Sadalsuud, luego de presentarse ante Shimari y rechazar amablemente su petición de quedarse como invitado en el palacio, lo hallaba sonriendo y escribiendo cartas.

Tiempo después algo cambió, porque Reaper lo vio leer. Leía montones de libros sobre magia, que había conseguido en los círculos secretos que frecuentaba, hasta el punto de parecer querer memorizarlos por completo. El joven se llegó a preguntar, entre quehacer y quehacer, si su padre no sería en realidad un mago.

En la tercera parte de su estadía en Sadalsuud, Osald comenzó a hacer lo que mejor se le daba: forjar. Pero no forjó lo de siempre. Las guadañas, espadas y martillos fueron ignorados, y su joven hijo debió sorprenderse cuando vio al hombre sacar una resplandeciente flecha dorada del agua que la enfriaba.

Era corta y gruesa, al parecer completamente de oro, aunque Reaper dudaba que su padre trabajara un arma hecha de ese material sin algún tipo de urna mágica para darle estructura y solidez.

Hizo una veintena de flechas, y se las dio a Reaper para que las entregara a Shimari como disculpa por rechazar su invitación. La reina las había recibido encantada y desde aquel entonces, para horror de su prima, había retomado de nuevo sus prácticas con el arco.

Reaper se quedó sorprendido la primera vez que la vio. Su Alteza no era particularmente diestra tensando la pesada cuerda del largo y estilizado arco que había elegido, pero lograba acertar muy seguido, si bien tenía problemas para ser precisa al apuntar.

Con las flechas de Osald, sin embargo, esos problemas no eran un inconveniente. La flecha podía caer a medio metro del objetivo, pero igual lo golpeaba: se transmutaba en un fogonazo de luz blanca que borraba todo a su paso, dejando a todos boquiabiertos. Lo más increíble era aun que al rato, plateada tras su uso, recobraba su color dorado y su poder, lista para ser utilizada de nuevo.

Cuando fue a interrogar a su padre sobre aquel fenómeno, el herrero lo miró encantado.

-Es magia... y no cualquier magia. *Shinoras* es su nombre. La luz destructora que borra todo a su paso, una magia perdida que utiliza la energía de los dioses. Y he logrado imbuirla en una flecha.

*Magia divina.* Así que eso era. De los distintos tipos de clasificaciones que se hacían para los hechizos existentes en el mundo, había una que solía dividirlos en dos: los hechizos normales *Psyche* que utilizaban el maná de uno mismo y los *Poneron* que hacían uso del maná de demonios y seres de planos oscuros e infernales, arte predilecta de los brujos. Pero había un tercer tipo de hechizos que cualquiera podía usar y cuya rareza sorprendía: los hechizos de magia divina, prueba de la antigua existencia de dioses cuya energía continuaba dispersa en el mundo.

Uno de estos había sido el que Osald Assadan había podido unir a aquellas flechas, y ahora miraba a su hijo con satisfacción, como esperando una respuesta.

-Shimari ciertamente se ve impresionada- admitió el guerrero- Pero esa no fue tu única intención, ¿verdad?

Su padre sonrió, divertido, y ladeó la cabeza.

-Claro que no. Verás Reaper, hay alguien más que está interesado en esta magia perdida de la que te hablo.- Osald silbó encantado y luego prosiguió- Alguien con buena información sobre la espada que busco.

Pero allí mismo cortó su explicación, y Reaper no pudo saber más, debiendo irse a entrenar en los campos del palacio.

Tiempo después de que volvieran a Eclant, los tres jóvenes comenzaron a notar como sus vidas volvían al ritmo apacible que habían tenido hasta el gran viaje a la capital. Las mañanas calurosas, quehaceres compartidos y charlas en el puerto se siguieron perpetuando como si rindieran un homenaje a su infancia, y pronto Reaper sintió que su ida a Sadalsuud había sido una especie de sueño, que sólo a su padre, tan constante con sus cartas e investigaciones, había dejado secuelas.

Fue una mañana cualquiera en la que todo comenzó a cambiar. Se había levantado temprano para visitar a Amu, sin ningún motivo en especial, pero su amiga no respondía la puerta de la pequeña vivienda en la que ahora vivía separada de sus padres.

Golpeó con insistencia varias veces, y luego sin más se decidió a entrar. Lo primero que vio en el reducido espacio que había era a la joven, inclinada sobre su escritorio, sollozando. Libros de pociones estaban desparramados por doquier, algunos rotos y bañados en lágrimas. Eran todos los que el viejo Bravino les había regalado en cuanto volvieron al pueblo.

El corazón le dio un vuelco, pero mantuvo la calma.

-¿Amu? ¿Qué ocurre?

Ella no respondió, aún llorando. Reaper comenzó a sentir un gran malestar en su interior. Su amiga no era de las mujeres a las que el llanto accedía fácilmente. Decidió arriesgarse y se aproximó a ella, cada vez más consternado.

-Amu.

La joven se volteó, arrojando la silla tras ella, y lo abrazó. Reaper no podía ver su rostro, inmerso en su pecho y oculto por un revoltijo de cabellos rojos.

-Bravino. Está... muerto. Murió... en su... casa- logró decir la otra entre sollozos.

Fue como si alguien le hubiera martillado las entrañas. La noticia lo impactó de una manera extraña, no la que hubiera esperado, desgarrándole los sentidos. Había esperado sin embargo la muerte del viejo hombre desde hacía tiempo, siendo que las últimas veces que lo había visitado se encontraba postrado en su lecho, incapaz de moverse por su cuenta, con el cabello encanecido y las arrugas surcando su tez.

Quiso decir algo, pero nada salió. En cambio lo que hizo fue devolver aquel abrazo, apretando a la joven entre sus brazos para reconfortarla, como si así compartieran el dolor como uno y lo dividieran, lo aliviaran de sus cuerpos.

Imaginó por unos segundos que Bravino surcaba otros mares, lejanos y más amplios que los que había visto en su vida, con mil aventuras más para relatar. En aquel momento pudo ver con perfecto detalle la imagen del viejo hombre, contándole historias a los tres en su niñez, como los nietos que nunca había tenido.

Separó a Amu con sus brazos luego de un rato, y ante la mirada sorprendida de ella, la besó. La otra abrió sus ojos en confusión, pero él no dijo nada sino que se dio la vuelta para marchar corriendo.

-¡Reaper...! ¡Espera!- oyó decir a su amiga, a su prometida, corriendo tras él.

-Déjalo- Allon estaba fuera de la casa, sentado en el suelo. Adivinando quizás lo que ocurriría no había querido entrar, pero se había percatado de la noticia- Sé lo que hará.

Amu lo miró anonadada, y el joven noble se encogió de hombros, con una sonrisa triste. La otra se sentó a su lado, con las lágrimas secándose en sus mejillas, y juntos vieron a Reaper desaparecer en la lejanía, hacia la costa.

Por el momento no quería hablar con nadie. No sabía por qué había hecho lo que había hecho, ni comprendía del todo la sensación que lo embargaba, pero sí estaba seguro de que ver los rostros entristecidos de Amu o Allon sólo serviría para empeorarlo todo.

Tomó una piedra de las muchas que allí había y usó toda su fuerza para arrojarla contra la playa que estaba abajo. La roca dio contra uno de los arrecifes de la orilla y estalló, cada pedazo hundiéndose entre la espuma del mar, cada vez más cerca de ser arena.

Recordó cuando durante su infancia solía ver el barco de Bravino en esa costa, cuántas historias les contaba y con qué gusto amaba invitarlos a comer.

*“Pero todos los maestros deben morir”* recitó en su cabeza, cual si fuera un viejo y olvidado poema que había escuchado en Sadalsuud *“Porque viejos son sus cuerpos y hábiles sus mentes vagan, y con el sacrificio de los grandes se ilumina la esperanza de los alumnos.”*

Le sorprendió haberse podido acordar de una frase como aquella, y se la quitó de la mente con un gruñido. No estaba de humor para que su propio cerebro lo traicionara.

Tomó otra piedra y la arrojó con desgano. Tan sólo llegó a la mitad de la playa anaranjada.

La siguiente la arrojó con ira. Se perdió en el horizonte como un pequeño punto negro, cayendo en algún lugar indefinido del mar que se balanceaba con pereza.

Arrojó otra piedra, y otra, y otra más. Iban cayendo una a una, golpeando arena y agua, coral y otras rocas. Las arrojaba cada vez con más ira, con más resentimiento, por cosas cada vez menos relacionadas y que construían los pesares de su vida.

Sintió que le ardía la garganta y fue allí cuando oyó la voz.

-¿Atacando al aire?

Se volteó furioso para ver a su padre sonriéndole con un gesto de comprensión, metros tras él. No dijo nada, pero dejó caer la piedra que cargaba a su lado.

-¿Te molesta si me siento contigo?- preguntó Osald.

Negó. El hombre suspiró y ocupó lugar al lado de su hijo. La brisa del mar marcaba su cabello blanco de canas, que tan de joven le habían llegado, y la arena más fina se estacionaba en su frente, borrando las arrugas.

A Reaper le pareció más jovial que nunca. La coleta con la que se ataba el cabello estaba cuidadosamente arreglada, e incluso parecía haber recuperado gran parte del físico que tenía durante sus épocas de soldado.

-Fue un buen hombre.

Fue todo lo que dijo Osald, mirando de reojo a su heredero.

-No necesito consuelo, gracias.

-¿No?- su padre lo miró de soslayo sin sonreír, y añadió- Todos necesitamos consuelo de vez en cuando. Cuando tu madre murió...

Osald calló de repente, y mentalmente él se lo agradeció. Jamás, en todos los años de criarlo solo, su padre le había contado qué había provocado la muerte de su madre, pero albergaba grandes sospechas de que su nacimiento había sido el principal culpable. Todo el pasado de Titania Id Petrae —y lo único que sabía era aquel nombre- se encontraba por lo demás en sombras: cómo se conocieron, cómo se veía, qué cosas le gustaban, que música cantaba, o si sabía cocinar o no, si era una mujer amable o desdichada. Por dentro Reaper tenía la esperanza de que su madre fuera similar a él, ya que en apariencias Osald tenía muy poco en común con su hijo.

El herrero contemplaba las olas con un brillo en los ojos, más decidido que nunca.

-Voy a marcharme, Reaper.

-¿Eh?- lo miró desconcertado, sin haber entendido del todo- ¿Marcharte?

El otro asintió. No sonreía, sino que su rostro estaba fresco y despejado, como el de quien inicia una nueva aventura. Había una luz distinta en él.

-Mi... contacto. Ha terminado por revelármelo. Tal como imaginaba, tiene la espada Oblivion. Nos reuniremos en el antiguo santuario de Idgray, a medio camino del borde.- Reaper recordó la montaña de escombros ruinosos que habían armado en honor a un héroe desconocido. Hasta el día de hoy ni Kamui ni el mundo sabían quién había hecho semejante construcción- La llevará para que la examine, claro... Y para que la compre.

El joven abrió y cerró la boca, asombrado. No esperaba una noticia como esa luego de la muerte de Bravino, y comprendió qué, quizás de un modo egoísta, su padre intentaba alegrarlo.

-¡Eso es fantástico!

-Lo es- asintió el veterano, displicente- Pero por supuesto que quiere algo valioso a cambio. Creo que ya sabes qué es.

-Quiere aprender esa magia de luz, ¿verdad?- Reaper no había tardado mucho en darse cuenta de a dónde había querido llegar su padre con todos sus avances- La que usaste para hacer las flechas de Shimari.

-En efecto- sonrió el otro de oreja a oreja- *Shinoras*. Está dispuesto a entregarme la espada a cambio de aprenderlo todo sobre esa magia divina. Como lo veo yo, es el mejor trato que podría conseguir.

Reaper asintió, pero en su corazón algo había cambiado. La ira y tristeza que lo invadían hacía rato se metamorfoseaba lentamente en una preocupación extraña, instintiva.

-Debes tener cuidado- al final articuló- Van Lyder dice que los magos no son muy de fiar.

Al oír eso Osald estalló en una carcajada. El joven se quedó asombrado y su padre le sacudió el cabello, divertido mientras se incorporaba.

-Un par de estafas vuelven al joven Van más receloso que nunca... Los magos son como los humanos, Reaper, o como los ahuras o como todo ser vivo que pueble este mundo. Los hay y los hay. -concluyó, y una brisa le revolvió el cabello plateado, mientras elaboraba una media sonrisa- Pero si las opiniones cuentan, mi mago tiene miles de miles a su favor.

-Creo que está despertando, Ann.

Reed sintió la voz tan clara como el agua, pero aun así intentó mantener los ojos cerrados. La razón era más que simple: miedo. Tenía miedo de abrirlos y encontrarse en un lugar hostil, o peor aun abrirlos para descubrirse mutilado, para descubrir a sus amigos muertos, su escudo robado y su misión echada al traste.

También, muy en su interior, temía abrirlos para encontrarse a sí mismo en el infierno. Aquella idea loca de a trazos se le pintaba en la mente, sobre todo por su inhabilidad para comprender cómo había sido posible que sobrevivieran a aquel ataque de los Daevas. Sus últimas visiones habían sido una pesadilla: sus compañeros de viaje discutiendo y luchando, Arksinad transformándose en aquella grotesca criatura gigante, los Daevas emboscándolos, haciendo saltar chorros de sangre a Reaper, al mago... Y a él, sí. Uno de esos seres le había rasgado la espalda hasta límites insospechados, a zarpazos limpios le había llegado al hueso, quizás hasta la espina. Recordaba frío, mucho frío y un dolor agudo e insoportable que lo hizo desmayarse, despreocupado de la sangre que lo bañaba por el entumecimiento de los sentidos que significaba la inconsciencia.

Y sin embargo allí estaba, y con total seguridad respiraba. Más aun, el duro suelo se había convertido en una amplia cama, y su espalda reposaba en un cojín gigantesco, cómodo como sólo podía imaginar una nube de algodón lo sería. Sus heridas ni siquiera le dolían, aunque seguían estando allí. Podía notar todo su torso vendado, así como su brazo en un cabestrillo. No recordaba habérselo quebrado.

Sintió voces y movimientos a su alrededor. De repente los nervios comenzaron a asaltarle. ¿Y su escudo? ¿Dónde estaba la Estrella Oscura? ¿Estarían sus amigos reposando con él?

Por pura necesidad abrió los grises ojos, para encontrarse con una habitación inmaculadamente blanca, casi tan increíblemente blanca que le hizo pensar durante unos segundos que el juicio había errado y se encontraba en la antesala del paraíso.

Había camas impecables, espaciosas y bien acolchonadas por doquier. Algunas pocas tenían ocupantes, todos hombres. La luz del sol entraba a la habitación en grandes cantidades desde dos enormes ventanales redondos, abiertos de par en par. El lugar tenía un aspecto fresco, sano y feliz, de recuperación, pero Reed no había nunca visto algo similar en su vida. Todo le parecía demasiado grande, demasiado puro y perfecto. Unas camas más allá un anciano dormitaba, ufano. Tomó aire, apabullado, y sintió algo en su corazón revivir en cuanto vio a Reaper hundido en la cama contigua, a bastante distancia, convertido prácticamente en una momia de tantos vendajes y yesos.

Pero estaba vivo. Parecía dormir.

Dejó escapar una gran bocanada de aire, aliviado en parte, y se fijó en las dos mujeres que lo observaban, entre él y su amigo, las únicas personas completamente sanas de la sala. Aquellos dos pares de ojos lo hacían sentir cada vez más incómodo.

La que más le llamaba la atención era quien estaba más cerca de su cama. Sentada sobre una silla de mimbre en dirección opuesta a como debería, con los brazos cruzados sobre el respaldo y el mentón apoyado sobre ellos, la joven lo escrutaba con unos ojos verdes muy vivaces, como animándolo a decir algo. Reed notó que los ropajes que llevaba hacían juego con el lugar: eran completamente blancos, mangas sueltas y camisa, así como pantalones anchos. Le pareció muy raro ver a una mujer con pantalones, pero había oído que en Kamui era cosa común.

Mas allá la otra joven tenía un aspecto más acorde a lo que Reed recordaba era la etiqueta de una dama, con un vestido amarillo ceñido y el cabello castaño más claro que la primera, sujeto en un prolijo rodete tras la cabeza. Lo único que la hacía resaltar –y de qué manera- era el hecho de que no dejaba de jugar con varias pequeñas dagas, arrojándolas hacia arriba y atrapándolas entre sus dedos sin lastimarse en lo absoluto.

El rostro ovalado de la mujer de los cuchillos lo miró con desconfianza, y Reed intentó hacer un esfuerzo por incorporarse. Lo único que consiguió fue arrancarse un quejido, a lo que la joven sentada comentó.

-Te harás mal. Te hemos dado muchas pociones curativas para sanar la herida, pero aún está sensible. Temo que tardarás unos días en poder caminar de nuevo.

Ahogó una maldición resignada, y no dijo nada. En cambio miró con desesperación a su alrededor. Ya sabía lo que faltaba.

-Mi amigo- pidió con una súplica, y la otra lo miró confundida- ¿Dónde está?

-¿Amigo?- ambas jóvenes cruzaron miradas significativas, y al final la de blanco respondió- ¿La chica?

Reed no comprendió.

-El... el mago...

La mujer inclinó una ceja, miró el techo, pifió, y luego sonrió.

-Ya veo. Si es quien creo, se encuentra en otra habitación... Muchos secretos, tu amigo.

Había usado un tono de lo más extraño con la última palabra, pero Reed ya no le prestaba atención. Suspiraba aliviado. Los tres estaban vivos. Lo que había creído un milagro había ocurrido. Desvió la mirada a la joven de la silla, y preguntó.

-¿Quién eres?

-Estás hablando con Su Majestad Shimari Kaharis Hertton- respondió con brusquedad la del vestido, al parecer molesta con el trato que Reed le estaba dando- La actual reina de todo Kamui Medor y Supervisora Máxima de Kamui Minmedor.

-Ann- la reina la interrumpió con un gesto de la mano y Reed la observó, entre temeroso y consternado.

-¿Ma... Majestad?- alcanzó a decir.

-No hay necesidad de que me llames así- Shimari ladeó la cabeza quejumbrosamente hacia Ann- Pero sí es necesario que te presentes. En vista de los acontecimientos tú deberías ser... ¿Salocin?

Reed negó, sin comprender.

-¿Reed Id Vant?- aventuró la reina.

-¿Cómo sabe mi nombre?

Su Majestad sonrió atrevida, y se estiró sujetándose del respaldar con los codos.

-Lo pronunciaron en la reunión de Fariel por la Estrella Oscura... como uno de los que acompañaban a Reaper- miró de reojo al guerrero y comentó- A él lo conozco. Sólo me quedaban dos nombres para acertarle.

Reed asintió, maravillándose de lo pequeño que era el mundo. Así que Reaper realmente conocía a la máxima mandataria de Kamui. Debía haberlo visto venir, aunque no había imaginado al joven con semejantes contactos a su disposición. Se enfurruñó por unos segundos en sus pensamientos y luego miró a la reina, anonadado.

-¿Ustedes nos salvaron?

Shimari señaló a Ann.

-Ella te quitó la cosa que te atacaba de encima, si eso es lo que quieres saber.

-Gracias...- respondió el muchacho sorprendido, y Ann asintió ceremoniosamente- ¿Nos salvó a todos?

La idea de que aquella mujer con vestido y pequeñas dagas pudiera haber enfrentado a tres Daevas hambrientos y sobrevivido se le antojaba ridícula. A Shimari al parecer también le pareció lo mismo porque emitió una carcajada jovial, para luego negar.

-¡Oh no, por supuesto!- exclamó- Ann es buena sí, pero no tanto. Sólo te quitó la sombra de encima a ti- A Reed igual aquello le parecía mucho- Mi otro guardaespaldas salvó a Reaper, y yo logré alejar al monstruo que estaba sobre Salocin.

-Arksinad- la corrigió.

-¿Un nombre falso?- la reina parecía apenas sorprendida, y por unos segundos Reed vio que algún extraño pensamiento cruzaba sus ojos- Arksinad...

-Su Majestad, ¿podría no divulgar nuestra presencia aquí?- rogó Reed- Nos encontramos en una importante misión y ciertas maldades nos persiguen. Creo que sería apropiado decir que estamos en peligro.

-¿Tú dices?- ironizó ella, divertida- De cualquier forma, puedes estar tranquilo. Te encuentras en el castillo de Sadalsuud, el mismo corazón de Kamui. Las barreras que se alzan alrededor de este lugar son incontables, miles de veces más que las oscuridades en los corazones de todos los hombres. Ni peligros ni sombras del mal pueden pasar aquí sin mi consentimiento. Y no me llames Majestad.

Reed sonrió ante lo último. Comenzaba a caerle bien aquella mujer. Giró el cuello lo más que pudo para observar a Reaper, quien respiraba profundamente. Cada tanto el guerrero se retorció molesto o profería un gruñido quejoso. Le parecía a Reed muy propio de él.

Una terrible duda lo acosó en aquel momento.

-Su otro guarda espaldas- dijo a la reina- ¿Se encuentra bien?

Shimari pareció sorprenderse un poco ante la pregunta, pero luego sonrió.

-Se encuentra bien. Es un hueso más que duro de roer. Una de esas cosas logró romperle algo que tenía en estima, eso sí, así que tuvo que partir a repararlo. Por lo demás está como nuevo.

El joven respiró aliviado. No podía consentir que alguien más muriera por culpa de aquella misión que sólo les incumbía a él y a su pueblo.

-Han tenido mucha suerte- comentó Shimari- Una suerte impensable, si me permites decirlo. Que justo decidiéramos volver al palacio en carruaje, en vez de transportarnos... O más indicado aun, que *nosotros* fuéramos quienes los encontráramos. No sé qué eran aquellas cosas, pero dudo mucho que un carruaje de mercaderes hubiera podido hacer gran cosa en nuestro lugar más que enterrar lo que quedara de sus cuerpos.

Reed se estremeció ante la idea, y asintió. A su costado Reaper largó una perorata sobre los tubérculos que maniataban a las gallinas, que logró despertar una sonrisa en el adusto rostro de Ann.

-Son Daevas- dijo Reed, y le preocupó ver la misma preocupación reflejada en los ojos de ambas mujeres.

-Veo que es grave...- Shimari miró de reojo a Reaper- ¿En qué diablos se han metido? ¿Demonios de alta clase? ¿Es que hicieron enfadar a algún brujo rencoroso?

No supo qué responder, así que no dijo nada. La joven miró a su sirvienta.

-¿Pueden nuestras defensas contra ellos?

Ann asintió decidida, y Shimari suspiró aliviada.

-En cualquier caso, ahora mismo sólo quedan dos de esas cosas. La que atacó a Reaper tuvo el descaro de llevarse parte de la cara de Sephid junto con su collar favorito. A mi guardaespaldas no le hizo gracia así que lo terminó eliminando. No era uno de los grandes; los otros dos huyeron luego de eso- sonrió satisfecha, viendo el rostro del anonadado Reed- Oye, yo también ayudé. Los mantuve a raya con mis flechas durante un buen tiempo.

-¿Con flechas?

-No son simples flechas- dijo Shimari sonriendo- La luz elimina la oscuridad.

-¿Su otro guardaespaldas es un mago poderoso?- aventuró Reed. No podía creer lo que estaba oyendo. Que la reina contara tan indiferente como un Daeva se había llevado parte de la cara de su sirvienta, y más aun que este pudiera haber *matado* al demonio... Lo había eliminado. ¿Y seguía vivo como si nada? Tragó saliva al ver como la otra negaba.

-No es un mago, pero puede enfrentarse a ellos. Posee... otras artes.

El joven no quiso hacer más preguntas, aunque moría de curiosidad por conocer a aquel hombre y sus artes. Se incorporó con un quejido exasperado y se colocó una camisa blanca que se encontraba al pie de la cama.

-No deberías levantarte ahora- dijo la reina sorprendida- No estás sano.

-Estoy lo suficientemente sano- suspiró él- Con suficiente voluntad incluso podré caminar... hasta una mesa. Porque en este momento lo que necesito es comer.

La otra silbó, admirada, y lo observó vestirse e incorporarse con toda la velocidad de un continente. Reed sentía un dolor atroz en la espalda, pero el vacío que tenía en el estómago le parecía mucho peor. En cuanto comiera al menos un par de frutas su salud comenzaría a mejorar con presteza. Tenía que hacerlo de cualquier forma. Pasarse días holgazaneando en un palacio mientras el pueblo que lo esperaba sufría acechado por un dragón, le parecía la situación más injusta que podía crear en su vida.

Así que sanaría, o de lo contrario sanaría.

-Una determinación fuerte- comentó la reina entretenida- Ann, acompaña a nuestro invitado al banquete. Que coma cuanto desee y se prepare para una reunión en el trono.

Se imaginarán que tengo muchas preguntas para hacerles, dentro y fuera de mis obligaciones reales.

Reed dio una última ojeada a la reina mientras salía cojeando de la habitación hacia un pasillo menos iluminado, siguiendo el rastro del vestido de Ann. A decir verdad había encontrado poco indicio de majestuosidad o realeza en Shimari, pero lo atribuía a la evidente juventud de esta. Fuera de ello, la reina le había dado una muy buena impresión. Y quien fuera amigo de Reaper sin duda merecía ser tenido en cuenta a la hora de inspirar confianza.

Ann lo condujo por innumerables pasillos con paciencia infinita, pues cada tanto el joven comenzaba a trastabillar, debía tomar largos descansos o avanzar apoyado de la pared, encorvado para evitar agudos dolores que cerca estaban de ponerlo de rodillas. El rojo y el dorado abundaban por doquier fuera de la habitación de sanación, así como montones de enormes cuadros, increíbles frescos que retrataban antepasados reales, duques, escenas de la guerra de Kamui y Fariel y otros importantes hechos históricos. Los miraba debilitado, admirando los rostros severos de ojos huecos y las sonrisas sardónicas, mientras se retorció tambaleante de un lado a otro, siguiendo a su silenciosa guía.

Cuando por fin llegó dio por sentado que cualquier sufrimiento que hubiera pasado estaba más que justificado por lo que ante sus ojos se extendía. Ann lo dejó con un asentimiento de cabeza para que se sentara en uno de los ornamentados bancos de madera que rodeaban la mesa de manjares más grande que podía haber imaginado: frutas de variados tipos y colores, panes frescos y calientes recién salidos del horno, tajadas de carne de cientos de animales diferentes, salsas a más no poder, algunas dulces o suaves como la nieve y otras ardientes como la lava de Belekraz, bombones, trufas, huevos azucarados, pescado crudo, cintas de verduras horneadas con frijoles y tiras de carne frita en su propia grasa, manteca, mantequilla de maní, aceites varios, ensaladas, un cerdo completo con la clásica manzana en la boca, sin mencionar los zumos, tés, bebidas estrambóticas que jamás había siquiera oído mencionar y cremas líquidas que Reed no estaba seguro si eran para echar a la carne o si se pensaban como una bebida individual.

La boca literalmente se le hacía agua ante tamaña visión. La única vez que había visto algo similar –y ni a aquel nivel llegaba- fue cuando Mila los atrapó en la ilusión de la casa de azúcar, en el Bosque De Los Toros mientras se dirigían a Belekraz. En aquel momento tocar la comida había sido un grave error que los hundía en la inconsciencia, pero en ese momento esa mesa estaba dispuesta para que disfrutara libremente, sin compromisos.

Arrimó más su banco al banquete -había evitado elegir el de la cabecera por miedo a aparentar una soberbia descortés u ocupar el asiento de la reina- y tomó un gran pedazo de pan, mojándolo en una salsa de carne.

Lo comió, y literalmente sintió como la salud de su cuerpo volvía poco a poco. Cada mordisco de comida le daba culpa y resolución. La primera era por disfrutar de tanto lujo cuando las vidas de los aldeanos de Vant se encontraban en un sufrir constante. La segunda era la convicción de que cada bocado lo preparaba más para cuando tuviera que salir de la seguridad de aquel palacio, y enfrentarse a lo que vendría.

Habían pasado días desde que Osald hubiera dejado el pueblo de Eclant para encontrarse con el mago que le daría la espada Oblivion, en el misterioso Santuario de Idgray, por el centro de Kamui Minmedor.

Para el joven Reaper en principio aquello había significado poca diferencia. Si bien se llevaba bien con su padre –o al menos eso creía- en los últimos tiempos su contacto había sido más bien poco, ya que el hombre se encontraba ocupado con sus cartas mientras que él se pasaba los días visitando a Amu en su casa o dando vueltas con sus amigos por la costa o las afueras del pueblo, acampando o hablando de trivialidades para pasar el día.

Lo único que había cambiado era, además de la soledad del hogar, que Reaper debía cocinarse solo. Allon y Amu lo ayudaban con ello, llevándole comida o haciendo las labores de su hogar, pero en general el guerrero sobrevivía los días en el desorden de su casa a base de carne asada u horneada, sin muchos condimentos o acompañantes. Había días en los que, desganado, ni siquiera recordaba cenar.

Con su padre fuera había ganado un nuevo y profundo interés en los trabajos de este. Había examinado las guadañas y armas que creaba, e incluso varias veces las había intentado duplicar, haciendo productos bastante similares. Notaba que Osald era bueno en lo que hacía. Las armas eran mejores que las que la alta milicia en Kamui tenía, y no le sorprendía que sus esfuerzos atrajeran pedidos del reino, de Fariel o incluso de lugares repletos de herreros y tesoros como la Forja de Xshathra. Los mismos habitantes de la Forja hasta habían intentado convencerlo de mudarse entre sus muros, pero el hombre se había negado al no tener prueba alguna de que Oblivion se encontrara allí.

Se preguntaba, leyendo los cientos de libros que existían sobre las espadas legendarias, qué haría su padre una vez que las memorias que quería borrar fueran eliminadas. También pasaba largas horas preguntándose qué clase de memorias eran aquellas, y qué tan terribles podían ser como para despertar aquella búsqueda.

Nunca lo sabría, pero todo se solucionaría pronto. O al menos eso creía entonces.

Los días siguieron pasando, uno tras otro, y Reaper no recibía noticia de Osald. Continuó ejercitando, fabricando guadañas por puro aburrimiento, leyendo los libros en extraños idiomas rúnicos, besando a Amu y divirtiéndose con sus amigos en el pueblo como si nada ocurriera. Una pequeña alarma se había instalado en su interior, pero intentaba negarla.

Las noches eran cada vez más largas y ninguna compañía lo solucionaba. Arrojado en un caos de libros Reaper pasaba páginas distraído, intentando dormir y viendo los dibujos de grandes espadas, de árboles y escudos, de dioses y...

Aquella noche se quedó petrificado, al ver una página en especial. Había un monstruo dibujado en ella, uno de alas y brazos, blanco como el mismo papel, con una enorme espada en su mano. Hizo un esfuerzo por leer y de pronto el poco sueño que tenía se desvaneció.

Su padre no volvería.

Al terminar Reed su extenso desayuno y volver a la sala médica no le sorprendió que Reaper no se encontrara entre sus colchas. Un rastro de almohadas arrojadas y vendajes arrancados con fastidio lo llevó a la habitación del frente, en donde vio que sus dos amigos se encontraban hablando.

El mago tenía la sábana blanca cubriéndole todo el cuerpo, su ropa bajo la cama y el sombrero apoyado en una pequeña repisa que había a su lado. Reaper se encontraba en cambio sentado en una silla cerca de aquella cama, en apariencia agotado por el pequeño viaje de una habitación a otra.

Se habían interrumpido al entrar Reed, pero aquello no molestó al muchacho. Suponía que debían de estar haciendo las paces. Ambos hablaban con tranquilidad y con expresiones pacíficas en los rostros, pero algo le decía que hacía unos momentos se había solventado una discusión agitada, quizás por el sorprendente color que tenían las mejillas del mago.

-Reed, hemos estado pensando...- dijo Arksinad, apresurado.

-¡Al fin!- contestó el muchacho sonriendo, y arrastró una silla para echarse sobre ella con un suspiro dolorido- ¿Evitaremos los bosques de ahora en más?

Reaper dio una carcajada, y Arksinad torció su boca y media en una sonrisa torva. El guerrero de Kamui hizo un gesto a Reed que hubiera causado que hasta Bullwe se sobresaltara, y el muchacho suspiró.

Hubo silencio por unos segundos en la habitación.

-No tenemos a los Falkins- dijo el mago. Había tristeza en su voz- Lo siento mucho.

Reed lo miró asombrado. Arksinad estaba sin sonreír, y se había disculpado de verdad. Era probable que ya se hubiera disculpado ante Reaper porque el guerrero no dijo nada ante ello, mirando al costado.

-No es tu culpa, Arksinad- se apresuró a responder- Cómo podrías...

-Lo es- el mago se incorporó cubriéndose y dio un chasquido con la lengua- Reaper tenía razón. Les explicaré todo, o al menos todo lo que es necesario que sepan, de mi historia con Vannael y nuestro conflicto. Y debo pedirles perdón otra vez. Y otra.

-¿Tres perdones, boca-cortada?- Reaper hizo una mueca sonriente- ¿Hoy celebramos algo?

-Los he traicionado tres veces- dijo el mago- Pero no volverá a ocurrir.

-¿Traicionado?- Reed se incorporó un poco de su silla, sin comprender- Si te refieres a los Daevas...

-No. Mi maestro...

-Podrás contar bien eso luego- interrumpió Reaper al mago, quien calló sin decir nada- Por ahora quiero que Reed sepa lo que hablamos... Los Falkins están muertos- repitió.

-Shimari podría proveernos Falkins fácilmente- notó el muchacho.

-Es verdad, si quisiéramos mantener a los daevas a una dieta de pollo mágico- sonrió el otro- En nuestra situación actual, las aves no sirven de nada. Son veloces sí, pero nada es más veloz, feroz y bestial que un demonio como aquellos. De momento nuestra mejor jugada será hospedarlos un tiempo en el castillo, fuera de las bocas de los tres daevas.

-Los dos daevas- lo corrigió Reed- El guardaespaldas de Shimari logró matar a uno.

Reaper levantó una ceja, impresionado.

-Nuestra reina sí que tiene buena compañía- dijo sin inmutarse- pero si Arksinad sabe lo que dice, un nuevo Daeva ya lo habrá reemplazado. Tienes que matar al líder, Ashmogh, para eliminar la jauría.

Reed y Arksinad asintieron.

-Bien. Eso significa que el viaje a Eclant, obligatorio a estas alturas, se nos dificulta muchísimo. Kamui es enorme, y Eclant es la punta sur del reino, mientras la ciudad de Sadalsuud, en donde nos encontramos, es el punto norte. Estamos atravesando el continente de arriba hacia abajo, en toda su magnífica longitud, y la posibilidad de hacerlo por tierra y vivir es muy poco creíble con esas cosas tras nuestras vidas.

-¿Entonces?

-Entonces volvemos un casillero hacia atrás- dijo el mago sonriendo, pero al ver la expresión desconcertada de Reed se explicó- Volvemos a Cel-Neckar.

-¡¿Para?!

No podía creer lo que oía.

-¿Reed, hay barcos voladores en tu pueblo?- inquirió el mago.

Negó con la cabeza, aunque recordaba haber visto uno alguna vez. Comenzaba a comprender a qué querían llegar.

-Arksinad tiene uno- dijo Reaper- Uno que nos podría llevar a toda velocidad por los cielos, sin miedo de tocar tierra, ni sombras, ni ningún demonio que pueda destrozarnos. Pero hay un problema.

Reed ya lo entendía, así que se le adelantó.

-El barco de Arksinad está en Cel-Neckar, bajo las mismísimas narices de Vannael. Me lo imagino.

-No tan así- agregó Arksinad sonriente- Mi barco está en el castillo de Vannael. Pero Vannael suele pasar los días en su torre de la alta hechicería, por lo que no hay peligros con respecto a él. No me arriesgaría si otro fuera el caso.

-¿Entonces?

-Hay otros problemas, además de Vannael. El castillo está protegido por hechizos excelentes, y además allí vive Duran, el segundo mejor mago del mundo. Eso sin contar las seguridades que el mismo castillo ya tenga, y el hecho de que mientras más tiempo pasemos allí mayor posibilidad habrá de que Vannael nos detecte. Habrá que robar algo que ya es nuestro, y no será fácil.

-¿Y volaremos por todo Cel-Neckar, a través de Fariel y hasta Eclant, con un barco volador robado?- resopló Reed- No parece un buen plan.

-El barco puede transportarse hasta las plataformas que hay aquí en Sadalsuud- el mago sonrió encantado- De cualquier forma será más complicado de lo que pensamos. Necesitaré pedirle ayuda a...

Los interrumpió un ruido extraño, que tardaron en comprender era una de las enormes puertas del palacio abriéndose. Los tres callaron de repente y Reed se aproximó a la ventana de la habitación, buscando quién se encontraba en el patio de abajo.

-No veo a nadie- lamentó.

El sonido de las charlas aumentaba más y más, como amplificado por los ángulos del pasillo exterior. Reaper se incorporó e hizo una seña a Reed para que lo siguiera.

Reconocía la voz de Shimari mientras avanzaba lentamente por el camino alfombrado junto con el guerrero. La otra voz era de un hombre joven, y jamás la había

oído en su vida. Se preguntó si pertenecía a la de aquel misterioso guardián de la reina que había logrado enfrentar a un daeva.

-...enviado por Vannael...

Abrió los ojos como platos y vio como Reaper se pegaba contra la pared. Hizo lo mismo poniéndose tras la puerta. Estaban en el salón de al lado. Más atrás Arksinad ya se había puesto ropa y se encontraba agazapado a su espalda, intentando oír. Los labios del mago se movieron formando un nombre y su rostro palideció, mostrando todos los síntomas de haber reconocido a alguien.

Observó por la abertura. La reina se encontraba hablando con un joven que sin lugar a dudas supo podría ser llamado la belleza en persona: cabello rubio desmechado, sujeto por una vincha roja cuyas tiras le llegaban hasta la espalda, ojos celestes, rostro de ángulos finos y pecas bajo la mirada alegre, labios carnosos y expresión astuta. Vestía una túnica de mago elegante, mucho mejor que la que llevaba Arksinad, de un color azul eléctrico y escamada como si perteneciera a la piel de un lagarto, y en su cintura descansaba un ornamentado estoque.

-Gallahard...- susurró el mago tras él.

-...Arleon, número Tres del Geral Veintiún, noble y único heredero de la prestigiosa familia Arleon- terminó su presentación el joven con un gesto teatral de su mano enguantada, y abrió los ojos ante la reina- Creo que ya nos habíamos visto en Fariel, su Majestad.

Shimari asintió, encantada.

-El muchacho que intentaba ligar con todas en la reunión. Claro que te recuerdo.

-¡Por favor!- Gallahard sonrió apenado- ¡Ninguna allí se comparaba con su belleza! ¡Ciertamente es usted una digna reina para tan hermoso lugar!

Reed notó que Ann también se encontraba en la sala, de brazos cruzados y con sus ojos reprobatorios posados en el hermoso mago. Shimari rio, divertida, y el hombre se arrodilló mientras le extendía la mano, como pidiendo que se la besase. Luego y antes de que su gesto fuera malinterpretado, retiró su guante blanco, mostrando el Tres que tenía tatuado en el dorso.

-Vengo aquí como vocero de Vannael y del Geral Veintiún- anunció y levantó su clara mirada, al parecer serio- Por el primero tengo el placer de invitarla a Cel-Neckar. Nuestro rey quiere reunirse con usted para hablar del futuro entre Kamui y el reino.

Shimari asintió, sin decir nada.

-...y por el segundo, me duele tener que preguntar si este castillo ha escondido a alguien misterioso en los últimos tiempos. El criminal Arksinad...

Tras él Reed sintió como el mago se apoyaba contra la pared, evitando que la pequeña abertura en la puerta lo mostrara. Reaper emitió una maldición sorda y Reed puso un brazo en donde normalmente estaría su cinturón con su espada, de haber llevado uno en el momento. Era un acto reflejo que ya había logrado adoptar luego de tantas aventuras.

-¿Insinúa el Geral que en mi palacio escondemos criminales?- preguntó la reina, torciendo el gesto con una verdadera mueca de contrariedad.

Sin duda estaba habituada a mentir, pensó Reed. El leve tono sardónico de su voz apenas lo podían captar aquellos quienes conocían la verdad, y aun así al muchacho le parecía convincente.

-Nada más alejado de la realidad, Su Majestad- el joven mago se inclinó cuanto pudo en una reverencia, pero no parecía particularmente nervioso- La situación con este hombre es de lo más difícil: notará que no figura en las listas oficiales de criminales

buscados. Somos pocos los que estamos al corriente de sus fechorías. Es el interés de Vannael que los criminales de Cel-Neckar sean procesados y detenidos para evitar riesgos a las pobres masas, en especial cuando son brujos asesinos como este.

Reed castañeó los dientes al confirmar lo que ya imaginaba: como Mila, el mago que lo había acompañado durante sus viajes era un brujo, asociado con demonios para utilizar sus hechizos. No dijo nada ni miró a su amigo, que tenía el rostro cubierto de sombras mientras oía. Sabía que así no era probablemente como Arksinad quería que se revelase la verdad sobre él, y sintió pena por su compañero, cual fuera la verdadera historia que le había creado aquella oscura fama.

-Por eso insisto... ¿Ha alguien extraño visitado el palacio?- terminó Gallahard, y con otro gesto teatral alzó la vista hacia su interlocutora.

-Pues sí- sonrió la reina- Un joven rubio de rasgos finos. Llevaba una túnica azul. Comenzó a preguntarme si alguien extraño había visitado nuestro palacio.

Reaper tuvo que taparse la boca para evitar reírse ante aquella muestra de ingenio kamuita. Ann sonrió un poco más satisfecha, pero Gallahard seguía sonriendo también, expectante.

-¿Nadie entonces?- preguntó esperanzado.

-Nadie- mintió Shimari- ¿O acaso duda de mi palabra?

-¡Para nada!- Gallahard suspiró aliviado, y sus hombros parecieron soltarse como si se hubiera encontrado cargando un enorme peso- ¡Así es todo mucho más fácil para mí! Ese cascarrabias de Duran y nuestra amada Majestad no se cansan de endilgarme tareas como esta, y serían capaces de mandarme aquí de nuevo si sospecharan que no me he tomado este trabajo del demonio en serio- soltó, y dio una risa aliviada- Oh, al fin podré volver a casa.

La reina sonrió, encantada, y Gallahard se incorporó.

-Me alegro haber sido de ayuda. Dile a Vannael que lo mantendré informado ante cualquier aparición extraña.

Gallahard le restó importancia a ello con un gesto de la mano, poco apropiado para usar con un miembro de la realeza. Ann se aproximó, contrariada, y Shimari le habló.

-Ann, acompaña a nuestro ilustre invitado hacia la salida.

-Será un placer- respondió la otra.

-El placer será mío de caminar junto con tan hermosa señorita- sonrió Gallahard, sin haber comprendido el sentido de aquella respuesta. Ann ni se dignó a mirarlo.

El mago dio una última vuelta encantadora antes de tiempo para besar la mano de la reina, quien lo miró apacible. Luego saludó con el brazo y pasó tras la puerta, siguiendo a Ann mientras se revolvía el pelo con desenfado.

La puerta se cerró con un ruido ensordecedor, dejando la sala en silencio. Los tres se quedaron contra la oscuridad del pasillo, viendo como Shimari suspiraba y se echaba en una silla, al parecer agotada.

-Ya pueden salir.

La reina sonreía mirando en su dirección. Reaper masculló algo y salió del escondite, rengueando, y los otros dos lo siguieron más cautos.

-Son los invitados más interesantes que he tenido aquí- sentenció Shimari- Reaper, ¡has crecido tanto!

El joven no dijo nada y la reina lo abrazó, feliz de verlo. Más atrás Arksinad estaba anonadado.

Shimari se separó de él tomándolo de los hombros y lo escudriñó con la mirada un largo rato. Luego resopló.

-Amu vino aquí hace unos meses, junto con Allon. Estaban desesperados por saber en dónde te encontrabas. ¿Huir de tu hogar herido, así como así? Tu prometida se encontraba desconsolada. Va a matarte por completo.

Al oír eso el mago dio una carcajada ahogada, que calló rápido ante la mirada amenazadora del guerrero. Shimari miró a los otros dos, como si recién notara que se encontraban allí.

-Tuve que hacerlo- se justificó Reaper.

-No es de mi incumbencia- dijo la reina- Explícaselo a ella cuando la veas. Pero que llegues herido a mi palacio, al borde de la muerte, junto con un mago criminal de Cel-Neckar que mancha el mismo nombre del rey... Y para hacerlo peor, no crean que no revisé las armas que les he confiscado- sonrió Shimari- Una curiosa estrella esa la del escudo gigante. Casi juraría que se parece más a la Estrella Oscura que la estrella de oro que terminó comprando Vannael en la subasta de Fariel.

Al oír sobre su escudo Reed se iluminó, encantado. De tanto estar sin él no se había percatado de que lo necesitaba, necesitaba tenerlo a su lado para sentirse seguro y mejorarse.

-¿Dónde está? ¿Mi escudo?- preguntó ansioso.

-En la armería- Shimari lo miró con una mueca de burla- Junto con todas sus armas, que les devolveré. E incluso les daré mejores, viendo el estado de algunas de ellas. Pero con tu respuesta no me queda duda de que tu escudo lleva a la verdadera Estrella Oscura. Lo que significa que la que consiguió el joven que vino a hablarme hace unos instantes...

-Es falsa, sí- la cortó Reaper- Supongo que hemos tenido suerte de que no la comprara Kamui, o nos echarías la cuenta encima.

La reina rio, divertida con el comentario.

-A Ann le va a encantar saber que aquel joven mago tiene un tesoro falso. Era... estimulante para la vista- concedió- pero en cuestiones de cerebro parecía dejar mucho que desear.

-Yo no diría eso- la corrigió Arksinad, y la reina lo miró extrañada. Era evidente que había elegido confiar en el juicio de Reaper, pero no confiaba aún en el mago- Gallahard Arleon parecerá un perverso egocéntrico, pero no tiene el número Tres por nada. No puedo asegurar que no me haya detectado aquí en el palacio.

-¿Y entonces por qué no hizo nada?- se escandalizó Reed- ¿Está de tu lado acaso?

-Está del lado de Vannael, como todos- sonrió con amargura Arksinad- Pero probablemente no consideró que valiera la pena tomarse la molestia. Gallahard es ante todo un cobarde. En una batalla sin duda me vencería, pero no quiere preocuparse por luchar, ni arriesgarse a cualquier daño cuan mínimo sea. Es probable que ninguna de sus órdenes mencionara capturarme, o que aun aunque lo hicieran se haya tomado la libertad de ahorrárselo para evitarse molestias... Pero reportará a Vannael- dudó- Y le dirá que me encuentro aquí.

-Mayor razón para que completemos nuestro plan rápido- concedió Reaper, pateando el suelo- Shimari, ¿podrías prestarnos algo de ayuda?

-Claro- asintió la joven- Pero luego de que me den explicaciones. Puedo acogerlos en mi palacio todo el tiempo que deseen, pero no sin que me cuenten qué es lo que ha pasado con ustedes -sus ojos brillaron- Y quiero la verdad, Reaper.

## 5. Panacea En Kamui

-Aparecerá.- dijo ella- Estoy segura...

-¡No!- exclamó Reaper alterado, y se quitó la mano que su prometida mantenía sobre su hombro.

Amu estuvo a punto de replicar, pero luego calló y se sentó sobre el sofá, serena.

-¿Y qué crees que pueda haber pasado? El viaje de tu padre debía durar al menos cuatro meses, con facilidad. Que se demore más del doble...

-Podría haber ocurrido cualquier cosa- dijo el joven, con angustia- Pero sigo pensando siempre en lo peor. El muy idiota sabía que las espadas legendarias pueden corromper la mente de quien las porta, y aun así fue a buscarla solo- pateó un tarro del suelo, frustrado, y exclamó- ¿Debería siquiera importarme? Quizás simplemente consiguió lo que quería y me abandonó.

-No digas idioteces- lo regañó Amu- Tu padre no haría eso.

-¿No? - Reaper le sonrió, recordando una mirada oscura en un carruaje que se dirigía a Sadalsuud- ¿Qué sabemos sobre mi padre?

-Que es un buen hombre- saltó ella. Parecía indignada- Pagó nuestra unión, mis clases de pociones e incluso la carrera de Allon. Es humilde y triste, y nada más. ¿Cómo puedes creer que quisiera abandonarte?

Él no contestó, mirando hacia la pared. Amu tampoco agregó nada más, así que durante aquel momento ambos quedaron sumidos en un silencio incómodo. Era de noche afuera, los grillos cantaban y por la ventana redonda de la casa se filtraba brillante la luz de la luna, iluminando los papeles desparramados por el suelo. Un verano alegre había sido ocultado por un tiempo de tristeza.

-Reaper...

-Quizás porque la otra opción es peor. Que la espada haya dominado su mente, o que el mago con el que trató lo matara...

-¿Sabes algo del mago?

Reaper asintió, con una mueca sórdida. Señaló una carta en el suelo, que ya había leído miles de veces. Amu se agachó para tomarla y la leyó, sin decir una palabra.

-El sello... ¿es de Cel-Neckar?

Asintió.

-Es una carta anónima, en teoría. Pero quien la mandó quiso poner suficientes pistas sobre su identidad como para inspirar la confianza de mi padre....- dudó y señaló el

dibujo que había bajo la elaborada firma, con la figura de un pavo real- ¿Ves esa ave? Es de la realeza de Cel-Neckar.

Amu dejó su boca entreabierta.

-¿El... rey de los magos?

-No lo sé- negó con energía- Quizás es él, pero parece un pez demasiado grande como para haberse inmiscuido en esto. Bien podría tratarse de un simple noble, o de algún imitador.

Ella contuvo el aliento, dejando la carta en el suelo. Habían pasado ya dos años desde que Osald dejara Eclant para buscar la espada, y la situación era cada vez peor para Reaper, para sus ánimos. Cada amanecer nuevo era una esperanza mermada que nacía para volver a apagarse con la noche, llenándolo de desasosiego. Que su padre lo abandonara le carcomía el corazón, pero por dentro se preguntaba si no había esperado aquello durante toda su vida. No, lo que le dolía no era eso.

Era que le había mentido. Si de verdad a Osald no le importaba su hijo, no debería haberle sonreído, ni debería haberlo tratado con cariño. No debería haberle pagado ni hablado, ni intentado consolarlo ni cuidarlo, ni contarle sus búsquedas y penas. Si de verdad su padre por algún secreto motivo lo odiaba como siempre había creído, entonces el haber actuado con amor había hecho todo millones de veces peor, lo había golpeado más que ningún rechazo o abandono.

Hubo golpes en la puerta, golpes urgentes. Amu y Reaper se miraron, extrañados, y la joven pelirroja abrió la tranca, dejando pasar a un Allon exhausto y mojado por las lluvias que lo habían azotado en el camino.

-¡Reaper, Amu!- exclamó agitado- ¡Lo han visto! ¡Han visto a tu padre en el Santuario de Idgray! ¡Aun después de tanto tiempo!

La chica abrió la boca, anonadada, y en cambio Reaper se levantó de un salto y abrazó a su amigo unos instantes, antes de perderse en la oscuridad de la noche.

-¡Gracias, Allon!

El joven no dijo nada, sin aliento como estaba. Su traje de Ser de Eclant –el título que pertenecía a Reaper le había sido concedido sin problemas por su habilidad en la corte- estaba embarrado y roto, algo deshilachado de tanto correr. Reaccionó unos segundos después, dándose la vuelta.

-¡Reaper! ¡A dónde vas!

-¿Será posible que siempre haga lo mismo?- masculló Amu, con los ojos a punto de lagrimear. Allon la miró sin decir nada y, como tiempo atrás cuando Bravino había fallecido, se sentó bajo el marco de la puerta sonriéndole con tristeza.

-Así que básicamente ustedes y ese general de la armadura plateada lograron conseguir la Estrella Oscura.

-Lo pone muy fácil, Su Majestad- notó Arksinad- Fue un poco más complicado que eso.

-No me llames Su Majestad- lo cortó Shimari- Pero comprendo. En la reunión dijeron que los Bellow habían muerto. ¿Hay algo de verdad en ello?

Los tres asintieron. Se habían sentado en la sala del trono y desde hacía un buen rato se encontraban respondiendo las preguntas de la reina y narrándole su extensa aventura para conseguir la Estrella Oscura, así como los propósitos que los impulsaban, hablando hasta del pueblo de Vant y de los lugares que habían llegado a conocer.

Shimari preguntaba poco y parecía intuir un montón más. No hizo preguntas sobre el pasado de Arksinad ni sobre por qué Mila se había ensañado tanto con ellos, pero sí preguntó sobre el escudo de Reed, sorprendiéndose como todos al oír en dónde lo había hallado. También al parecer había encontrado entretenida la historia sobre Yeguilex, el capitán de Fariel que se encontraba en calidad de espía aceptado del pueblo kiel para respaldar los intereses de ellos sobre la ciudad de Deneb Algedi, y más aun se sorprendió cuando le contaron que una de los soldados de Yeguilex, Tezca, era a su vez una espía y miembro de los Bellow, Deihr.

Al oír sobre cómo la Bellow mujer había muerto, destruida por la criatura-rueda que perseguía a Reaper sin que quedara ni un rastro, Shimari se mostró afectada. Lo mismo ocurrió cuando le contaron el destino que había tenido Dorbog, tan similar al de su supuesta hermana.

Al oír que habían muerto todos los mercenarios de la Forja, sin embargo, su expresión parecía realmente contrariada.

-Es extraño- admitió- Conocí a los Bellow. Entiendo que pudiera morir Dorbog quizás; más allá de su fuerza bruta no valía nada sin sus hermanos respaldándolo. Dulkir también era un cretino pomposo, creo que pocos lamentarán su pérdida. ¿Pero Dingir? ¿Deihr? ¿Daivok? El mago de los Bellow era la persona más confiable que podrías encontrar en este lado del mapa. Cumplía las misiones de manera simple y correcta, como un profesional... Deihr también era todo un talento, con los demonios y los cuchillos. Pero por sobre todo, Daivok -Shimari suspiró- No encuentras demasiados guerreros como él hoy en día. ¿Cómo murió?

Reed no respondió, esforzándose en contemplar una mancha del suelo. El recuerdo de aquellos ojos amarillos, aquella mirada antes de caer seguía carcomiéndole el cerebro, y descubrió que hablar de ello no le haría ningún bien.

Reaper y Arksinad se miraron, y el mago habló.

-Daivok quiso traicionar a Reaper luego de que formáramos una alianza. Intentó matarlo por la espalda, pero su hacha rebotó contra el escudo de Reed, quien por suerte se había interpuesto. Trastabilló y cayó a lo más hondo de las entrañas de Belekraz.

Shimari asintió, aunque no parecía muy convencida. Aquello, pensó Reed, era la mejor aproximación a la verdad que podía hacerse sin mencionar que era él quien deliberadamente había empujado a Daivok y le había roto las manos de una pisada para obligarlo a caer a la lava ardiente que había bajo la montaña. En aquel momento algo se había apoderado de él, una sensación nueva y desconocida, pero no podía decir con certeza a cuál se refería.

*“¿Acaso importa?”* pensó con histeria *“Daivok era un enemigo, y nada más. Era común que lo mataras. Pudo haberte perdonado la vida por algún extraño respeto, pero eso no significaba que perdonaría la vida de Reaper o Arksinad. Lo hiciste por ellos.”*

Pero aquello era no era cierto, y lo sabía. Sabía también en el fondo de su alma cuál era el sentimiento que lo había poseído cuando mató a aquel hombre. Era odio. Pero no cualquier odio, era un odio arraigado y profundo a la mera existencia, a la posibilidad de

que una vida que pudiera perjudicar su aventura perfecta existiera, a la imposibilidad total de poder desaparecerlo, eliminarlo, quitarlo de todo lo que era.

“*Nada importa realmente*” se dijo por fin. Aquel pensamiento le había estado rondando la cabeza últimamente junto con otros similares, que lo llenaban de tristeza y odio. La frase le dolía al mismo nivel en que lo reconfortaba, adquiriendo nuevos significados a medida que la repetía.

Nada importa realmente, porque todo siempre sigue. Nada importa realmente, porque nada sigue un sentido: las cosas se repiten y continúan, las vidas como las de Daivok desaparecen y otras como la suya propia se mantienen como si nada, y pueblos enteros son masacrados por dragones, y profecías se cumplen, héroes nacen y mueren y todo no deja de ocurrir, no deja de haber dolor, y errores; y al final si todo sigue así nada tendrá sentido, y al final si en algún punto todo se interrumpe dejando paso a un vacío inimaginable nada tendrá sentido de cualquier forma tampoco.

Al final de cuentas, poco importaba preocuparse por un final feliz. Un final triste valía lo mismo y dolía menos si iba a apagarse luego. Un final feliz sólo era feliz si era interminable, y sabía ya que la vida no funcionaba de esa forma.

-La última misión de los legendarios Bellow- musitó Shimari sacándolo de aquella larga introspección- Es una verdadera lástima. Me agradaban.

-A mí también, hasta que intentaron matarnos- suspiró Reaper. Arksinad se contentó con realizar una mueca de desconcierto, y Reed siguió callado, mirando el suelo, hundido en sus pensamientos.

-Al parecer Yeguilex se quedó con una buena porción del pastel- silbó Shimari y miró a Reaper a los ojos- Aunque imagino que ya tenían un acuerdo con él. Y luego esta ciudad...

-Dammed Oah- dijo Reaper, y el sólo pronunciar de ese nombre hizo que los otros dos se estremecieran recordando los horrores que allí habían conocido- Por el bien de Deneb Algedi y Fariel espero que la hayan cerrado, pues las cosas que allí habitan no deberían ser molestadas.

Shimari asintió.

-Los Unnaon tenían opiniones muy divergentes con respecto al asunto... Unnaon Delta, aquel viejo, no quería que la ciudad se tocara ni para recuperar el cadáver de Albion. Es el mismo que quiso evitar construir una urbe alrededor de la entrada al Templo, lo que ahora puedo ver fue una sabia decisión... En cuanto a los otros, planeaban hacer entrar un escuadrón para recuperar el cadáver, y luego sellar el lugar con la mejor magia posible.

-¿Y usted qué opina?- inquirió Reed atento esta vez.

-Que no podría dormir sabiendo que hay un infierno bajo mis pies... -sonrió ella, y agregó- Sephid, mi guardaespaldas, quería darle una visita al lugar. Fariel ha puesto una gran seguridad alrededor, pero no tengo duda de que logrará hacerlo. Está más relacionado con todo eso de lo que creen.

Otra vez Reed rogó que su aventura le hiciera cruzar camino con aquel misterioso hombre. Con cada dato que la reina le daba, su curiosidad por el matador de daevas se acentuaba y confirmaba su sensación de que era *necesario* que lo viera y que hablaran, que le explicara los secretos que conocía y el arte que utilizaba.

-Shimari, nos quedaremos aquí por una u dos semanas más, en el peor de los casos- soltó Reaper de repente- Tenemos una misión que cumplir, pero considerando lo que nos persigue, necesitaremos tiempo para sanar y planificar nuestros siguientes pasos.

-Hagan lo que deban hacer- respondió la reina intentando parecer desinteresada, aunque se la veía emocionada- Tan sólo no me metan en más líos de los que Ann pueda solucionar.

Había hecho todo de manera silenciosa y veloz, como poseído por algún espectro de la prisa. Correr hacia su casa y abrir la puerta de una patada, buscar un abrigo, una bolsa de dinero y contemplar rápida y metódicamente las armas que estaban colgadas en la pared, una por una. En Sadalsuud le habían enseñado a utilizar la espada y la lanza, por lo que escogió una guadaña grande, repleta de runas anti-magia por si de verdad tenía que enfrentar al mago que se había encontrado con su padre.

Esperaba no tener que enfrentar a nadie.

Le resultó ligera cuando la alzó y la giró, como si le hubiera sido dada para que practicara desde niño: el arma se movía perfectamente en conjunción con su cuerpo y su filo cortaba el aire nocturno con una precisión absoluta. En verdad Osald era un grandioso herrero.

Reaper suspiró, pensando en su padre, y con el arma en mano corrió hacia la parte trasera del taller, en donde el herrero guardaba al viejo y agresivo preda que había comprado para transportarse a medias distancias. Los predas eran criaturas mágicas diseñadas para cargar carros y llevar personas, al estilo de los falkins de Cel-Neckar pero de apariencia reptiliana y modales agresivos, muchos más apropiados que aquellas elegantes aves para los desiertos y climas áridos y hostiles de Kamui Minmedor.

El joven se subió a la bestia, que gruñó enfurruñada, y partió por el camino polvoriento sin despedirse de Amu, de Allon ni de ninguno de quienes conocía en el pueblo, a toda la velocidad que podía alcanzar, directo hacia el Santuario de Idgray.

Directo hacia donde, intuía, lo esperaba su padre.

Avanzó toda la noche y toda la mañana siguiente, sin detenerse a reposar. Cuando su cuerpo ya no pudo resistir más decidió tomar un descanso bajo la sombra de un aislado árbol, para que su montura bebiera agua y su cuerpo se quitara los calambres que lo colmaban, además de devorar junto con el animal unos pedazos de jamón que había traído de la reserva de su hogar.

A diferencia de todas las veces que lo había hecho durante su infancia, esta vez la sombra del árbol no le permitió dormir, no importaba cuán agotado por el continuo viaje estuviera. Se encontraba demasiado preocupado por la suerte de su padre.

A la mañana siguiente volvió a montar al preda, que gruñó molesto pero se puso en marcha sobre sus dos patas a toda velocidad por las colinas de arena y los montes resecos, hacia el lugar que se veía ya en la lejana distancia.

Recordaba haber visto el templo en dibujos y en el camino que había hecho cuando fue a pasar aquellos años en Sadalsuud, en tiempos más felices junto con Amu, Allon y su padre. Nunca se había percatado de lo imponente que era, ahora que cada vez crecía más y más frente a sus ojos.

El santuario estaba construido sobre una zona hundida, o quizás alguien había logrado de alguna forma hundir el terreno para aplanarlo y luego alzarlo encima. El resultado, sin embargo, había sido cuanto menos mediocre, y el espacio hundido se desnivelaba de distintas formas, llenando las losas pétreas de tierra y plantas salvajes, dejando toda la extraña construcción en un terreno irregular que la hacía parecer como de otro mundo. Las columnas blancas se levantaban y arqueaban como costillas, se doblaban hacia cualquier lado llenas de enredaderas, los cactus crecían frente la entrada dificultando el paso, las estatuas de olvidados guerreros estaban rotas y erosionadas por el viento, sus rasgos indistinguibles.

Nadie sabía de dónde había emergido aquel misterioso lugar, ni qué civilización lo había construido, ni cuál era su propósito verdadero. El lenguaje que allí había —la lengua de las almas que junto con su padre había aprendido a interpretar— rezaba que este había sido creado por Albion para servir de refugio a la espada legendaria Oblivion, y al igual que con el Templo del Centro del Mundo, aquello había dado lugar a cientos de búsquedas, cada una más infructuosa que la otra. Cada cierto tiempo un grupo de exploradores llegaba a Kamui, ingresaba en el erosionado templo y exploraba cada pared, cada rincón, cada mísera grieta en búsqueda de un pasadizo o una pista que los llevara a la espada, sólo para indefectiblemente salir decepcionados. El santuario se mantenía imperturbable.

A Reaper siempre le había parecido un lugar de lo más extraño para guardar una espada. Ahora, además, le parecía un lugar extraño simplemente; el producto de un sueño o de una pesadilla, de una inteligencia de otro mundo.

Desmontó de su preda, ignorando los gruñidos de este, y sin más corrió hacia las puertas, abiertas de par en par e inmovilizadas por la tierra y las enredaderas.

Alguien había arañado varios lugares de la piedra que cubría los pasillos por los que ahora avanzaba, haciendo cortes irregulares que parecían producto de la demencia. Tragó saliva y siguió moviéndose hacia el interior. La luz del sol se filtraba por las aberturas esculpidas e iluminaba los ascensos que debía realizar sobre el terreno escarpado, los saltos y bajas que aquel condenado desnivel continuo le obligaba a hacer aun con su guadaña en mano.

Tardó alrededor de media hora en llegar a la construcción principal: un salón extenso con amplias aberturas en el techo que permitían la entrada de luz, su suelo con todos los signos de haber tenido en mejores momentos una elegante alfombra. Más allá, lo aguardaba la colosal escultura de un héroe sobre un trono, cubierto con una imponente armadura, aferrando una gigantesca espada clavada entre sus pies. El arma tenía formas irregulares, simétricas, y Reaper recordó que su padre siempre había sospechado que se trataba de una escultura de Drassil, la más desconocida de las tres espadas legendarias.

La rodilla del pétreo héroe era ya más alta que el guerrero. Toda la imagen era verdaderamente impresionante. Se aproximó para observar sus rasgos y contempló con molestia que el viento y la tierra los habían erosionado. Quizás incluso llevaba un casco, en algún momento, pero el clima de Kamui no había sido bondadoso con la impresionante obra ni con el templo que la protegía.

-Imaginé que vendrías.

Todo oscureció muy de repente, el aire colmado de cenizas grises y finas como las chispas del crepitar de una hoguera. Se volteó, asombrado al oír aquella voz, y escrutó en la oscuridad de los pisos superiores, donde creía ver una figura apoyada sobre el pilar, de brazos cruzados.

-¡Padre! -gritó- ¿Eres tú?

-¿Por qué estás aquí?- inquirió la voz de Osald, cargada de ira y odio- ¿Querías demostrarme tu valía? ¿O acaso cruzó por tu mente que podías arrebatarme lo que es mío?

Reaper dio un paso hacia atrás, confundido. Aquella voz era la de su padre, pero todo lo demás en ella no era él: estaba cargada de miedo, enojo, ira y frustración, sin nada del aprecio y afecto que tenía antes, del sufrimiento matizado que siempre había guardado.

-¿De qué diablos hablas?

La siguiente frase sonó justo detrás de él, dándole un sobresalto.

-No creas que no veo tus intenciones.

Saltó hacia atrás con su guadaña en mano, y levantó la vista. Enmarcado por la enorme escultura, su padre lo miraba altanero. Tenía el cabello encanecido crispado, los ojos cargados de odio y la boca recta en una expresión desafiante... pero lo que más le impresionó a Reaper eran los cambios que se veían en su cuerpo. Dos protuberancias alargadas, como espinas o cuernos, salían de un costado de su cabello hacia atrás, y ese armazón continuaba hasta tapar parte de su sien. Sus manos y uno de sus brazos también se encontraban cubiertos de aquella coraza pétrea, similar a una armadura de lava solidificada pero de un color tan blanco como el papel.

Y sostenía una enorme espada en su mano corrupta, una blanca, cuadrada y de dos mangos largos, negros y conectados por una cadena.

-¡Eres un idiota!- exclamó Reaper- ¡Sabías que Oblivion podía corromperte! ¡Ibas a perder mucho más que unos simples recuerdos si la aceptabas!

Encaró a su padre con la garganta seca y la mente hecha una furia. No había ningún resto de la familiar amabilidad en la cara de Osald: sus facciones eran paranoia y odio puro, concentrado, estaba grabado en sus ojos.

La espada legendaria estaba haciendo mella en su mente, tal como los libros decían que sucedería de no poder superar las pruebas que esta ponía. La más sencilla era tener magia, maná para soportar los poderes cada vez más crecientes del arma, y el herrero no disponía de ninguna.

-No es de tu incumbencia- sentenció al final el hombre- Lo que yo hago con *mi* espada.

Levantó a Oblivion con un brazo y golpeó el aire. La espada pareció cantar con una voz femenina, dulce, y un sonido vibró hacia Reaper. El joven no sintió nada los primeros instantes, pero luego su propio cuerpo vibró y se encontró con que estaba escupiendo sangre sobre el suelo de roca del templo, impactado por alguna fuerza invisible.

-¿Qué diablos te pasa?- masculló- Soy tu hijo.

-No tengo ningún hijo- respondió Osald levantando una ceja en un gesto de desprecio- Pero puedo ver que tengo ladrones de mis objetos. Tu guadaña es mía.

Reaper vio el arma, confundido y sin creer lo que oía. La usó para incorporarse y volvió a mirar a su padre a los ojos, sin dejarse caer.

-Si te sigues comportando como un cretino, tendré que golpearte.

-No puedes golpearme- respondió el otro, altanero- Conozco el arma que portas. *Caronte* fue un gran trabajo, pero nunca podría compararse con la espada que llevo aquí.

Volvió a batir el aire con el arma, y la magia salió despedida hacia el joven. Esta vez sin embargo él estaba listo. Cortó el sonido que se aproximaba con su guadaña y las runas anti-magia hicieron su trabajo, cancelando el ataque y fortificando la hoz.

-¿Decías algo, padre?

-No soy tu padre, ladrón- esta vez la voz del hombre echaba chispas, llena de resentimiento.

Cenizas cubrieron el lugar, y Osald apareció sobre la cabeza del héroe de roca, mirando a su hijo con desaprobación.

-Te gusta jugar con mis cosas. Quieres a mi Oblivion, puedo verlo en tus ojos. Has sido un verdadero infierno todos estos años, pero ahora todo termina. Ya tengo lo que necesito. Ya no te necesito a ti.

-¿Siquiera te estás escuchando?- inquirió Reaper. Le dolía lo que oía, pero sólo en cuanto creía que eran sentimientos ocultos de su padre saliendo a flote. Por lo demás, sabía que Oblivion estaba hablando a través de él, convenciendo su mente enferma de ideas cada vez más terribles- ¡Debes enfrentar a la espada!

-Ya no te necesito- volvió a repetir Osald, como jugando con una idea. Todo su rostro se encontraba ensombrecido, los cabellos le cubrían la cara y la coleta se movía junto con el viento y las cenizas que lo acompañaban- Ni a ti, ni a nadie, y no le debo nada más a nadie.

Levantó una mano blanca y acorazada, y señaló una pared. Reaper notó que había allí un extraño relieve, un círculo dividido que comenzó a vibrar y sacudirse, moviendo los muros y soltando pequeños escombros, hasta emerger por completo, dando tumbos y levantándose en el suelo con un suave chillido.

Era una rueda gris, de grandes segmentos duros como el acero. Su padre la había invocado.

-Tienes coraje- dijo el hombre, ahora en algún lugar indefinido que Reaper calculó era el techo- Pero debes ser eliminado.

-¡Te seguirá consumiendo si no la enfrentas!- saltó Reaper, cada vez más molesto- ¿De qué sirve todo lo que buscaste si así es como termina todo?

Dio un paso hacia atrás, con sus ojos fijos en aquella extraña rueda. Sintió un ruido a su espalda y se giró para ver a otra rueda similar, que se había desprendido de la pared tras el trono del héroe, en donde su padre había estado hacía unos segundos. No creía que se le acercara nada bueno.

-¡Padre...!

-Jormungand, mata a todos los que tengan el descaro de usar armamento forjado por mí- ordenó Osald, y luego agregó en la voz más fría que Reaper jamás hubiera oído- Comienza por él.

Fue la última vez que lo escuchó, porque luego la presencia de su padre desapareció. Las criaturas que había invocado de la pared, sin embargo, seguían allí, y comenzaron a vibrar y a girar, preparándose para la caza. El joven dio un paso hacia atrás alzando la guadaña, y se preparó para lo peor.

La primera rueda salió despedida hacia él, levantando guijarros por doquier en su avance. El palo de su arma apenas bastó para frenarla; el extraño insecto convocado por su padre giraba con tal fuerza que pensó que iba a romperle los brazos.

Lo contuvo por unos segundos, y luego saltó hacia atrás. La segunda rueda se abalanzó sobre él y Reaper la esquivó con una voltereta, cayendo tras ella y haciendo que ambas colisionaran. Un giro de su guadaña la impactó; pero, tal como esperaba, la

coraza de aquellas cosas era como la piedra y ningún golpe de su arma, por más anti magia que fuera, la penetraría.

A huir pues, pensó el joven. Tensó sus piernas y se preparó para grandes saltos y maniobras, pues tendría que evitar los obstáculos del templo a la vez que aquellas cosas lo perseguían. Las ruedas salieron disparadas, y Reaper corrió tan rápido como sus pies podían permitirle.

No llegó ni a la salida. Sintió un golpeteo en la espalda y a los dos segundos se vio lanzado contra uno de los ventanales, la cabeza le chocó contra la pared, el brazo torcido y el torso, principalmente su torso, desarmado en un reguero de sangre por doquier, ardiendo contra el aire de afuera.

Cayó dando tumbos por el suelo, sin decir una palabra. No era bravuconería. Le dolía tanto que ni siquiera podía permitirse hablar. Se arrastró semiinconsciente, sintiendo la piel de su espalda ir despegada a él, y vio con cierto afecto apagado que su preda, su arisca montura se aproximaba, presta a ayudarlo.

Subió todo lo rápido que le permitían las heridas, mientras se figuraba que los dos insectos estarían saliendo del templo a darle caza o buscando la forma de trepar hacia las ventanas por donde lo habían arrojado con su ataque. No necesitó arriar su montura ni decir una palabra, y de cualquier forma no era que pudiera hacerlo aunque su vida dependiera de ello. El preda sintió su peso muerto encima y echó a andar, tan rápido como podía.

La última visión de Reaper fue el Santuario de Idgray, cada vez más lejano, y los rastros de sangre que se iba dejando en el camino, charcos que le hicieron recordar la tierra de Eclant, el color de los trajes de nobles de la capital y el cabello de Amu, que en su pueblo lo estaría esperando.

Continuar en Kamui despertaba sentimientos más que conflictivos en Reed. Por un lado la culpa lo atormentaba: el saber que su tierra natal estaba en peligro mientras él disfrutaba de su recuperación en el inmenso palacio, pero por otro amaba los lujos y sus comodidades y comprendía que su estadía allí no era producto del ocio sino de la más pura necesidad.

De momentos se sentía sencillamente feliz. La gente de Kamui parecía alegre, más que la de ningún lugar que hubiera visitado, propensos a las chanzas y a la buena música, distintos a los reacios habitantes de Fariel o a los cultos e indiferentes magos de Cel-Neckar. Se sorprendió a sí mismo pensando si en realidad el destino no le había jugado una pasada y él mismo pertenecía a esa tierra, no a los valles de Tikielder donde los ciudadanos se cerraban a sí mismos y despreciaban toda aventura e invasión extranjera hasta límites insospechados.

Un habitante de Vant apenas podía darse una idea de la magnificencia que era el reino de Kamui. El palacio real solo ya era más extenso que el pueblo, ocupaba colinas enteras para sus habitaciones, terrazas, establos, plataformas de transportación distribuidas a lo largo de sus siete niveles, salas de magia, largas torres conectadas por

extensos puentes de piedra o madera; todo aquello mezclado con campos de cerezos y otros árboles frutales por doquier, campos para montar, salas de juegos, salas de reuniones y políticas, entrenamiento y recreaciones sin igual, en especial las referidas a la música y la comida. La ciudad de Sadalsuud, capital de Kamui donde se encontraba el palacio, se veía como una prolongación de este, siempre brillante por las lámparas de tela que colgaban en sus calles y siempre ruidosa por los festivales que se reiteraban, con hombres y mujeres de colorida vestimenta, que armaban coronas con las flores de los cerezos, fuegos artificiales y magia por doquier. Deseó fervientemente poder asistir a alguno de aquellos festivales, pero supo desde el principio que sólo significaría una pérdida de tiempo y que al terminar el día la culpa lo atormentaría.

El humor alegre de la gente, similar al de su reina, lo tomaba desprevenido todos los días. Se habían paseado por los bares y posadas de la ciudad junto con Reaper para recolectar cualquier información que les fuera útil sobre la situación en Cel-Neckar y los daevas, y habían escuchado historias de aventuras de lo más ridículas, tantas que él mismo terminó considerando que eran patrañas. Las oía igual con la misma fascinación obscena con la que oía los relatos de Scarrow y sus aventuras como miembro del GERAL Veintiún, y en cambio Reaper ponía los ojos en blanco y se retiraba mascullando insultos ante las mentiras que se proclamaban.

Poco a poco la actitud de su amigo comenzó a parecerle a Reed algo común, normal en relación a como este se había criado y vivido. El joven guerrero sin embargo no había perdido tiempo en aclararle que aquello era Kamui Medor, la parte superior del reino, y que él mismo provenía de Kamui Minmedor, la parte del sur, que por más de una razón era diferente a la del norte, menos rica y más árida. Entre algunas de las diferencias, se jactaba el guerrero, estaba la aversión que la gente del sur como él tenía por las mentiras y los constantes juegos de poder que en el norte se sucedían.

Sobre las mentiras Reed podía opinar más bien poco. Los juegos de poder, en cambio, eran algo más que lo había dejado anonadado. Había decenas de duques y nobles en Kamui, formalmente por debajo de la realeza y con derecho a habitar el palacio a menos que Su Majestad la reina lo impidiera. En teoría, aquello significaba una convivencia pacífica entre los Seres de cada pueblo –nobles elegidos en representación de distintos asentamientos del sur- y los nobles del centro, de Sadalsuud mismo, que se encontraban allí para resolver problemas políticos y estructurales. En lo práctico, el resultado era una trama enredada de constantes batallas de poder, engaños, romances, puñaladas por la espalda y eternas maquinaciones por ganar el dominio, en las que todos se movían con educación y franqueza brutal. La figura de Shimari, Reina de Kamui, a los ojos de Reed se rebeló en su inutilidad: una simple figura. Quienes gobernaban, tal como le había hecho la observación Arksinad y cada vez compartía más, eran los viejos Duques que regulando la lucha política mantenían sus huesudas manos en el poder, amparados por la figura de la familia real devastada desde la anterior guerra. Reaper le había contado que todos los nobles, ya fueran los Seres de la periferia o los apellidados del centro, aspiraban al ducado, y que incluso su amigo Ser de Eclant, Allon, que con tanta astucia había logrado su posición en la corte, no era nada ante las decisiones de aquellos vejesterios.

Los días en Kamui siempre comenzaban como si se encontrara en el paraíso, con el sol del alba despuntando contra el enorme ventanal de su habitación, como nunca le había podido suceder en su casa de Vant. Luego podía elegir ir a desayunar a una de las mesas principales, o incluso pedir que una de las sirvientas le llevara el desayuno a la cama. Prefería lo primero, acostumbrado como estaba a moverse, pero hubo más de una

oportunidad en la que permitió que se lo trajesen por miedo a encontrarse a la mascota de Shimari, el brutal tigre blanco que rondaba los pasillos a la mañana y que, por muy inofensivo que le dijeran que era, lo aterrizzaba con su sola presencia.

La sorpresa se la llevó cuando un día tuvo un encuentro inesperado con el animal en uno de los anchos pasillos rojos que daban al salón principal del tercer piso. Ambos se miraron un buen rato, midiéndose, y a los segundos el muchacho vio como el felino huía, con la cola entre las patas.

-Le has dado un buen susto a Saburok- le dijo la reina riendo días después, cuando lo encontró en la mesa y compartieron la cena- ¿Has tenido encuentros con tigres antes?

Negó con la cabeza, casi atragantándose con uno de los panes con salsa. Shimari suspiró.

-Estaba convencida de que sí- la reina dio un sorbo a su caldo y añadió- Cuando te rescatamos y morías en mi carruaje, comenzaste a decir cosas de lo más extrañas. Hablabas de un tigre al que habías matado, de estrellas y festivales. ¿Algo de ello te suena?

Varias imágenes le rondaron la cabeza, una de ellas la mirada de Daivok luego de que lo asesinara. Sí, por supuesto que le sonaba.

-En absoluto.

Shimari se encogió de hombros, y de repente se incorporó.

-Sígueme.

Reed se resignó a dejar su plato sin acabar y siguió a la reina por una de las puertas de madera, a través de un largo pasillo donde ni una sola luz se reflejaba. Avanzaron un tiempo hasta que ella abrió otra puerta y el cielo extenso se abrió ante sus ojos, iluminando todo con sus miles de estrellas y la magnífica luna que regía sobre el reino.

Estaban en uno de los balcones más altos. El aire nocturno era refrescante, y el firmamento cautivaba con su calma. Shimari se apoyó en la balaustrada y Reed la imitó, sin entender qué era lo que ella quería pero apreciando todo lo que se desenvolvía ante sus ojos.

-¿Qué piensas de esto?- sonrió la reina, inquisitiva.

-Es hermoso- no tardó en contestar, viendo la ciudad de abajo, con sus miles de luces y los globos que de vez en cuando se elevaban por la noche, con mensajes atados como se solían mandar luego de un festival o una celebración- La ciudad parece feliz.

La joven lo miró con una expresión extraña cruzándole el rostro, y negó.

-No esto. No Kamui ni Sadalsuud. *Esto*. Esta realidad. Tengo entendido que en Gikeldor el hambre azota y la gente muere. Y sé por haberlos oído que tu pueblo se encuentra bajo una amenaza. ¿Qué opinas de tanto dolor, en un mundo con tantas cosas hermosas como las que iluminan nuestros ojos ahora?

Abrió la boca para contestar, pero luego la cerró porque pensó que aquella pregunta, por extraña que fuera, no merecía una respuesta a medias. Lo que decía Shimari era, básicamente, lo que asomaba en su cabeza a cada rato. ¿Por qué debía existir una existencia de sufrimiento como aquella, en vez de una aventura, de un mundo perfecto? ¿No era todo absolutamente vano, imposible de durar, precedero e inútil? Lo meditó unos segundos más y, en tan sólo un instante, la felicidad de Kamui le pareció fatua, asquerosa, ridícula e insignificante ante el hecho, el simple hecho de que luego de mil años probablemente ya poco quedaría de todo aquello, y en diez mil nada existiría de los esfuerzos, del aprendizaje, de lo que hacía unos instantes había juzgado precioso. Todo el sufrimiento del mundo, ¿para qué?

-Reed- Shimari lo llamó por su nombre, y aquello lo sobresaltó. En los ojos de la reina brillaba algo, una mezcla de preocupación, entendimiento, miedo y cariño- En sueños dijiste que querías que todo desapareciera. ¿Es eso cierto?

La miró a los ojos, y comprendió lo inteligente que era. Por algún motivo todo aquello le enfadaba de sobremanera.

-No.- admitió- No aún. Mi maestro está conmigo, también mis amigos, y mis pecados aún no son tan graves. Hay mucha felicidad para mí en este mundo.

-¿Y cuando no la haya?- preguntó la reina, temerosa- ¿Qué pensarás en ese momento?

-¿Por qué le interesa?- soltó el muchacho, contrariado- Habrá un buen destino para mí, o no debería haber necesidad de tener un destino en lo absoluto. Es así de simple.

Se había tomado más de una libertad contestándole así a una reina, y lo sabía. Hizo una inclinación de cabeza, murmuró un “*con su permiso*” para dispensarse y se largó de allí por donde había entrado, dejando a Shimari meditabunda ante su vasta ciudad y las estrellas que la coronaban.

-¡Idiota! ¡Eres un completo idiota! ¿Dónde diablos estabas? ¡Tienes suerte de que Allon te encontrara! Pensábamos que...

La voz se fue haciendo más y más clara a medida que recobraba la consciencia, hasta tener el tono perfecto, ni muy fuerte ni muy bajo, resonando en sus oídos limpiamente. Se permitió oírla para conocer que vivía, y luego se permitió sentir más cosas.

Estaba sobre una cama. Conocía aquel colchón mal relleno y emblandecido. Era el viejo colchón que utilizaba su prometida para los invitados. Estaba sobre él, y su cuerpo estaba cubierto de vendas, en el torso, pierna y brazos, vendas que a cada segundo se cubrían de sangre.

Amu cuidaba de él. Cada una hora lo levantaba y lo vendaba, o lo forzaba a beber espesos brebajes rojos y rosados con una paciencia de la que el joven hubiera jurado ella carecía por completo, soltando comentarios sarcásticos a cada rato y pinchándolo en las heridas de puro enfado si Reaper procuraba quitarse los vendajes o escupía la medicina que le administraba.

Sabía demasiado dulce para su gusto, pero no podía negar que su joven enamorada era excelente a la hora de preparar pociones. Los efectos se manifestaban casi al instante, y el primer día fue suficiente para que pudiera al menos retirar las vendas de su brazo y piernas, donde estaban las heridas más leves. Al segundo día, pudo hablar.

-¿Qué pasó?

Amu se sobresaltó, alterada. Había estado ocupada ajustando la venda de su torso, que aun tras todas las pociones luchaba por regenerarse de la profunda y amplia herida que aquellas ruedas le habían causado.

-¿Que qué pasó? ¿Qué diablos pasó?- dijo sorprendida- Pues no lo sé, Reaper, dímelo tú. Dejas Eclant de una noche a otra y vuelves durmiendo sobre tu preda con

más heridas que las que puedo curar. La única buena noticia es que dejaste un buen reguero de sangre por el camino, así que supongo que el pueblo aumentará su fama cuando los turistas lo sigan.

Aquel comentario hizo que el joven sintiera una urgencia desesperante. Aquellas cosas podían rastrearlo, y en su desmayo sobre su montura no había buscado ninguna forma de cubrir sus huellas.

-¿En dónde está Allon?

-En su casa. Vendrá aquí a la tarde- respondió ella, mojando nuevos vendajes en un bálsamo. Por su tono de voz el guerrero notó que, a pesar de su mal humor, la joven estaba feliz de volver a oírlo hablar luego de verlo en el estado en el que había regresado.

-Que no se mueva de allí. Tú también deberías irte, Amu. Voy a dejar Eclant de momento. Debo...

-¿Irte?- la joven se dio vuelta, examinándolo- ¿Es que tienes apuro por regar de sangre al desierto de nuevo? Aún no estás curado.

Reaper no dijo nada, mirándola, y la pelirroja se frotó el puente de su nariz, con frustración.

-Reaper, si tienes algún problema, o lo que fuese que sucedió en el Santuario de Idgray... No sé qué diablos pasó allí, pero podrías contárnoslo. Allon es tu amigo, y yo tu prometida. Luego de todo lo que hemos vivido juntos nos merecemos al menos ese pequeño regalo.

Sus miradas se enfrentaron, mientras Reaper pensaba a toda velocidad. Su padre lo quería muerto, o más bien quería muerto a todo quien usara un arma de su fabricación. La lista era extensa, pero aquellos dos insectos habían ido directo por él y no dudaba de que su persona fuera su objetivo principal. No faltaría mucho para que llegaran a Eclant, y entonces... ¿Podría defender a Amu o Allon? ¿Los atacarían siquiera? La espada de Allon, por poco que la usara, era sin duda un regalo fabricado por Osald, lo que lo ponía en la lista de candidatos a morir. Y aun aunque no lo fuera, ambos estaban cerca de él y un ataque de aquellas cosas no se pondría a diferenciar entre víctimas e inocentes pasantes.

No, negó para sus adentros. No sabía qué tanto podía contarles sin impedir que quisieran ayudarlo y acompañarlo, y aquello no le convenía. Sabía lo que tenía que hacer, y debía hacerlo rápido.

Continuó sosteniendo la mirada de la joven, sin decir una palabra, y luego cerró los ojos como si quisiera dormir. Un gesto de decepción cubrió el rostro de Amu, quien se incorporó y encaminó hacia la salida.

-Me voy. Regresaré más tarde para cambiar tus vendajes. No salgas.

Parecía bastante ofendida. Reaper no abrió los párpados ni contestó, pero observó por el rabillo del ojo como ella salía y cerraba la puerta. Apenas escuchó aquel ruido se incorporó como si hubiera traído un resorte en la espalda. La poción que Amu le había aplicado era más efectiva de lo que su estadía en la cama había dejado ver, y supo que podría moverse perfectamente en un día, si bien habría grandes marcas en su torso.

No y no, volvió a negar. Los Jormungand seguirían su rastro de sangre hasta Eclant; con cada segundo en su pueblo la vida de sus amigos se ponía en aprietos. Lo matarían a él y a todo lo que se les interpusiera. No iba a permitirlo.

Rengueando logró incorporarse y avanzar hasta la mesa del estudio de Amu. Tomó uno de los frascos de poción, pues lo necesitaría para curar sus heridas, y se vistió con

una camisa negra desmangada y largos pantalones verdes al estilo Kamui. Luego tomó un pedazo de papel y escribió apresuradamente unas líneas para sus amigos.

*Amu, Allon:*

*Algo me persigue. Deberé dejar el pueblo por un tiempo. En verdad lo siento.*

*Nos volveremos a ver.*

*Reaper*

No le pareció que aquella misiva expresara ni la mitad de las cosas que tenía para decirles, pero el tiempo apremiaba y la urgencia y el dolor apuraban su mano. Salió discretamente de la casa, cubriéndose con la capa negra que había dejado allí contra una silla, y se dirigió hasta su propia morada, la que años antes había compartido con su padre.

Allí lo que hizo fue buscar su armadura, y colocársela a toda velocidad. Pensaba en automático, simplemente los hechos de lo que debía hacer se sucedían ante sus ojos como si se tratara de un sueño. Ajustó las correas, sus piernas y brazos, y guardó la poción en el compartimiento que la armadura permitía en el pecho. Luego volvió a ponerse su abrigo negro por encima de eso y se subió la capucha.

Al instante oyó un devastador ruido en el galpón de la armería, justo a donde debía dirigirse. No le inquietó, pues lo esperaba desde que Amu le había hablado del rastro de sangre. Allí, después de todo, se almacenaban las armas que Osald había fabricado.

Caminó tranquilamente hacia el lugar donde había sonado el estruendo, acostumbrando su cuerpo a su nueva herida y respirando lento para no dejarse llevar por las emociones.

No necesitó ni abrir la puerta que conectaba su casa con el galpón. La rueda que allí estaba lo había destruido todo, llevándose concreto, armas, armaduras, sillas y muebles en su avance, y ahora se encontraba entre una nube descendiente de polvo y cal, preparada para asaltar de nuevo.

Le alivió ver que sólo una de las ruedas lo había seguido hasta allí. Dos hubieran hecho todo más complicado. Tomó de una de las estanterías su guadaña, *Caronte*, que Allon había torpemente guardado, y la giró para disipar el polvo mientras que el Jormungand se abría y sacaba sus patas, haciendo un sonido mudo y moviendo su cola como un látigo para arrojar uno de los estantes metros más allá.

-¡Hey, cara de mierda!- lo provocó Reaper, apuntándole con la guadaña-Felicidades. Acabas de destruir la casa de tu amo.

El monstruo no rugió, pero al instante volvió a enrollarse en aquella esfera de piedra y saltó hacia él. Reaper lo esquivó de un movimiento, dispuesto a no tener una segunda herida como la anterior, y echó a correr con toda la velocidad que su amor por su pueblo y sus amigos le podía conceder.

Había calculado bien el día y la hora. Sabía a dónde debía ir.

Se trepó sobre su preda, que descansaba en el establo luego del largo viaje, y azuzó sus costados para hacerlo rugir y avanzar a todo pulmón hacia la costa. Más atrás el Jormungand había rodado hacia él, dispuesto a aplastarlo, pero una gran cantidad de escombros se le habían derrumbado encima, tumbándolo por el momento. A Reaper le agradó saber que al menos la destrucción de su casa había logrado algún propósito.

Marchó cuan rápido pudo, hacia el mar. Esta vez sin embargo no iría a la costa que siempre había visitado, en donde arrojaba piedras y veía a los barcos descargar. No. Viró para la derecha y continuó un camino dificultoso por tierras plagadas de zarzas y espinas, campos privados que cultivaban zamora y bajadas rocosas y complicadas. Luego volvió a girar y al llegar a una nueva costa, una pequeña playa oculta como una cueva marina, se bajó de su preda y le acarició la cabeza como gesto de despedida.

-No vuelvas.

El viejo lagarto rojo gruñó y se alejó saltando. Temía que los Jormungand matasen a la montura por los problemas que les había causado, pero no debía perder el tiempo. Bajó a la playa deslizándose y suspiró. Debía entrar rápido o la rueda lo acorralaría contra el mar.

El imponente barco estaba esperando allí, entre las aguas movientes. Era rectangular y alto, impecable en todo sentido, con las letras de oro rezando *Emperador* en uno de sus lados. Sabía a ciencia cierta que el barco realizaba en aquella playa oculta descargos de ciertos objetos de venta ilegal que Van Lyder se procuraba para negociar en distintos puertos, con la ayuda de los dueños del territorio y de lo más corrupto de la burocracia real y el comercio marino. Lo había espiado todo más de una vez, junto con Allon, e incluso se había aprendido los horarios y días en los que el barco de Van Lyder aparecía para comenzar el sucio proceso.

Caminó hacia esa lejanía mientras veía como dos reacios marineros soltaban cuerdas y embarcaban las últimas cajas. Corrió entonces, extenuado y con la herida ardiendo, pero uno de los forzudos hombres lo detuvo con un empujón furioso.

-¡Alto ahí! ¿Quién eres? ¡Capitán, tenemos un fisgón!

-¿Ah sí?- una voz familiar sonó en la cubierta, mientras Reaper se debatía si tumbar al marinero de un puñetazo o no. El capitán Van Lyder apareció allí arriba, mirándolo, igual a cuando era un joven grumete de Bravino pero ahora más viejo, con más madurez en la tez bronceada y una sonrisa relajada que apenas mostraba los dientes.

-¡Pero si es mi amigo Reaper! ¡Reaper Assadan!- lo reconoció, riendo- Déjalo, Arruerie, ¿no ves que parece herido? Hace años que no te veía. ¡Me conoce desde que trabajaba con el viejo Bravino! ¿Cómo has descubierto que embarco aquí?

El marinero llamado Arruerie lo soltó, sorprendido. Reaper se limpió el polvo de las ropas y respondió.

-Yo y Allon, descubrimos el lugar mientras paseábamos.

-¿Alguien más lo sabe?

-Los tres- sonrió Reaper, y el otro devolvió el gesto porque sabía exactamente a quiénes se refería.

-Está bien- resolvió Van Lyder, suspirando como si todo aquello le incomodara, aunque no parecía en lo más mínimo alterado- Tendré muchos reencuentros en lo próximo, por lo que veo. ¿Qué te trae por aquí entonces, Reaper?

-¿Puedo subirme a tu barco?

-¿Quieres ser marinero?

Negó, pero luego giró su cabeza en un asentimiento.

-Si es necesario...

Van Lyder se encogió de hombros, confundido, y lo dejó pasar. El joven ascendió la rampa de madera, esquivando marinos y cajas, y luego le dio la mano al capitán.

-Bienvenido al *Emperador*- le dijo este- Cualquiera sea el motivo que te traiga sobre él. Dormirás en uno de los camarotes de abajo- indicó- Pero es probable que termines teniendo compañía. He de visitar a un amigo mío en nuestra primera parada de Tikielder, y el mundo nunca sabe lo que ese viejo mago tiene de encargo para mí.

Le sorprendió que Van Lyder tuviera un amigo mago, dado su profunda aversión a estos, pero asintió sin pensarlo mucho.

-¿No puede mandarlo a los otros camarotes?

-¿Y dónde crees que guardo la mercancía ilegal?- retrucó el otro, divertido pero sereno.

Se encogió de hombros, suspirando, y avanzó hacia su camarote más abajo. Había dos camas de colchas rojas, una lámpara y una ventana empañada. No podía pedir mucho más. Se arrojó sobre una de las camas y dejó salir el aire, tranquilo.

Se encontraba a salvo. Viajando en el mar aquellas ruedas nunca lo alcanzarían, y dejarían en paz a sus seres queridos.

Permanecería allí hasta que se le ocurriera algo.

Su objetivo, sin embargo, no había cambiado del que tenía hacía años, cuando era un niño, si bien las bases del mismo eran diferentes; se habían fusionado. Debía encontrar de nuevo a Oblivion, porque con eso encontraría a Osald. Debía hallar la espada y quitársela de sus manos, para despertarlo de una vez. Su padre había vivido un largo sueño, pero era hora de que acabara.

Suspiró, y entrecerró los ojos. En cambio él, desde que había visitado el Santuario de Idgray... él jamás podría dormir de verdad.

## 6. El Arca Del Cielo

-Tres disculpas- repitió el mago aquel día- son las que les debo.

El trío se hallaba en una de las habitaciones del palacio real, sentados sobre las camas y cómodos sillones que la decoraban. La gran ventana que daba a las afueras estaba abierta y una brisa nocturna acariciaba todo, haciendo chirriar los puentes de madera que colmaban las afueras y despertando suaves melodías en los pasillos y las torres.

Reaper y Reed lo miraron, inquisitivos, si bien el muchacho sospechaba que su otro amigo sabía a estas alturas más de la historia del mago que él. Arksinad hizo una pausa dramática, en la que un gesto contrajo sus facciones, y luego habló.

-La primera es por lo que sucedió en el desierto cuando nos dirigíamos a Kamui- miró a Reaper a los ojos, y luego a Reed- Es mi culpa que aquel demonio saliera y que los daevas casi nos matasen. De haberles simplemente explicado...

Reaper no dijo nada, pero Reed le quitó importancia con un gesto de la mano.

-Estamos bien ahora, Arksinad. Imaginas que no te guardamos ningún rencor por ello.

-Mi segunda disculpa es por estar traicionándolos desde el principio- reveló el mago, estirándose hacia atrás- Reed, ¿recuerdas el lugar en donde encontramos la Estrella Oscura?

Asintió. Por supuesto que lo recordaba. Más abajo del infierno de Dammed Oah, la cornucopia repleta de tesoros, con el enorme hekantoquiro cuidando las puertas que daban a la última prueba de la Estrella. Un lugar terrible que le había deparado las peores sorpresas en su aventura.

-Dammed Oah- musitó.

El mago negó, con una sonrisa amarga.

-Eso ya no era Dammed Oah.

Se sacó el sombrero, lleno de costuras, y metió la mano en él. De allí extrajo un libro, uno que Reed ya había visto hacía un muy buen tiempo.

*Historias Para Dormir Por Siempre*, el libro que Mila había utilizado para invocar a un monstruo en su primer encuentro, se encontraba en la mano tatuada del joven. Reed recordó que Arksinad lo había reparado y metido en su sombrero luego de que él lo calcinara.

-Este sombrero- dijo el mago, el brujo levantando la prenda- Es mi conexión con un demonio. Es lo que me hace, como ya han escuchando, un brujo de los que tanto el mundo odia, uno como Mila.

Los dos asintieron, sin decir nada, escuchando la explicación.

-Funciona como un pacto- continuó el mago- Los hilos que me atan, del demonio Asherat, permiten que mi cuerpo muerto continúe viviendo- miró los rostros de ambos y asintió- Sí, he muerto. Fue mi muerte, hace años, la que me forzó a hacer este pacto. De ello no les hablaré ahora. De lo que sí les hablaré es del pago a cumplir. Asherat es un demonio nuevo, relativamente poderoso pero recién nacido. Para crecer y poder romper su cascarón, necesita magia; magia y almas que le suministren energía.

-¿Cascarón?- inquirió Reaper, sorprendido.

El otro asintió, y Reed tuvo un presentimiento de que comenzaba a comprender más cosas.

-El Tótem Terror, como lo llamamos, es la forma física de Asherat. Es por eso que apenas nos acercamos se desesperó por quitarnos nuestra magia y almas. Desconozco por qué está allí, junto con la Estrella Oscura. Y el lugar mismo en el que el huevo de Asherat estaba, es el estómago de Asherat. ¿Es extraño, no?- sonrió.

Reed se rascó la cabeza, sin comprender una palabra. ¿El demonio vivía en su propio estómago? ¿Cómo era eso posible?

-Es decir- dijo Reaper comprendiéndolo- ¿Que tu sombrero es una boca para ese ser? ¿Por eso lo llenas de objetos mágicos, para que Asherat los devore?

El mago asintió, complacido por ser entendido.

-Cuando entramos en la ciudad maldita, pisamos un sello para acceder al último nivel, en donde estaba la cornucopia y la Estrella Oscura- afirmó- Pero aquello no era Dammed Oah ya. Era una dimensión aparte, el estómago de mi demonio. El sello ese funcionaba de igual manera a que si nos hubiéramos metido en mi sombrero. De hecho -dijo una risotada que a Reed no le causó ninguna gracia- ¡Podríamos habernos metido en mi sombrero para comenzar, y allí hubiéramos encontrado la Estrella Oscura! ¡No hubiéramos tenido que superar Belekraz, ni las pruebas, ni nada por el estilo!

Reed abrió los ojos como platos, comprendiendo. ¿Aquello significaba que la Estrella había estado, como tantos ítems, dentro del estómago de aquel bizarro demonio? Recordó que Arksinad había puesto su mismo escudo en el sombrero. ¿El escudo había estado junto con la Estrella, antes de que la encontraran? E incluso cuando habían estado adentro, seguro que *Historias Para Dormir Siempre* debía de encontrarse allí. Tantas armas, objetos, miles de tesoros, todos para suministrar magia a aquel demonio, a aquel huevo que habían confundido por una prueba de Albion.

-Pero no podía saberlo- asintió Arksinad, displicente- Jamás me imaginé que la Estrella estaría en el estómago de Asherat. Como pueden recordar, el lugar era infinito y nunca lo había visitado por miedo a que el maligno me devorara del todo. Desconozco cómo pudo Reed golpearlo y forzarlo a cerrar su boca.

Había utilizado un misterioso poder, recordó Reed, aunque las memorias del evento todavía le eran difusas. Todo le sonaba extraño, complicado. Entendía que Arksinad se había forzado a tener tratos con una criatura oscura, y entendía también que su jornada en Belekraz había sido inútil, y aquello le bastaba.

-¿Y si no lo alimentas?- inquirió.

-Pues devora mi magia- sonrió el mago- Ya lo ha estado haciendo, aunque mis reservas son extensas. Luego de mi magia, devorará mi alma. Me convertiría en uno de los Necróvalos que vimos en la ciudad, tarde o temprano.

El recuerdo de aquellos seres de piel brillante y celeste, sin ojos y con múltiples bocas, sufriendo y patrullando las calles fantasmales, lo llenó de pavor. ¿Cómo era posible que algo así pudiera suceder?

-Mila fue quien me permitió hacer el pacto con este demonio- dijo el joven, tomando uno de sus rizos claros y retorciéndolo entre el índice y el pulgar- Probablemente por idea de Vannael. No sé qué es lo que mi maestro trama con esto, pero no es bueno.

-Es por eso que querías... -Reed hizo esfuerzo por recordar- ¿Cómo puedes librarte de esa maldición?

-Hay una forma- asintió el mago- Que podré contarles luego. Hay tiempo aún, mucho para mí. Asherat ha mermado mi poder natural pero aun así soy fuerte, de grandes reservas de maná y mucho destino por delante.

Sonrió cerrando los ojos, y Reed sospechó que mentía. ¿Cuánto tiempo le quedaría hasta que el demonio en su sombrero consumiera toda su magia y lo convirtiera en un monstruo desalmado?

-Por eso no puedes separarte de tu sombrero- razonó Reaper mirando a Arksinad.

-Moriría si me alejo mucho, sí- asintió el mago- Dingir pudo matarme en Belekraz gracias a eso, pero no permaneceré muerto mientras mi sombrero esté cerca para volver a cerrar mis heridas con el hilo del demonio.

-¿Por qué Vannael te forzaría a hacer un pacto como ese?- Reed no podía comprender que el maestro de Arksinad, Rey de Cel-Neckar, procediera de esa forma- ¿Qué es lo que quiere?

-A eso se refiere mi última disculpa- dijo el mago, tomando aire- He estado siguiéndolos, por Vannael, desde que comenzó todo.

Hubo unos momentos de silencio, y luego los otros dos reaccionaron.

-¿Qué?

El otro movió la cabeza con un gesto melancólico.

-Nuestro encuentro no fue fortuito. Fue Vannael quien me dijo dónde los encontraría, y cómo debería acompañarlos en su misión... Es parte de alguno de sus planes, pero desconozco cómo ni por qué.

-¿Estás demente, boca-cortada?- Reaper se levantó de su asiento, anonadado- ¿El mismo Vannael que según dices quiso matarte, quien mandó a los daevas contra nosotros? ¿Por qué seguirías sus órdenes?

El mago ensanchó su sonrisa, pero Reed pudo ver que sus ojos estaban llorosos. Las lágrimas comenzaron a brotar, y el otro las limpió con las mangas de su ruinosa túnica, sin decir nada. Jamás lo habían visto así. Reaper retrocedió un paso y entonces el muchacho comprendió cuán grande, cuán traicionado se sentía Arksinad por su maestro y qué gigantesco era el cariño que le había profesado tiempo atrás, antes de que las cosas se complicaran. En aquella relación, incluso luego de la pelea y la enemistad, Vannael seguía controlando los movimientos del mago como si de una marioneta se tratase, siempre en su mente, como un espíritu que cantara su destino. Aun después de tantos años y de tanta traición, le continuaba siendo casi imposible no llamarlo maestro.

Reaper se volvió a sentar en el sillón y miró hacia otro lado. Había algo que él sabía, adivinó Reed, algo del mago que él no, y que probablemente jamás comprendería. Arksinad se sujetaba las piernas y su mirada estaba ensombrecida por su cabello.

-No sé qué piezas está moviendo Vannael- admitió- Pero debo aclararles otra cosa, a ti en especial Reed- alzó los ojos enrojecidos y habló- Vant no ha sido el primer pueblo atacado por los dragones. Años atrás, Pólux, último pueblo de los elven que

antes habitaban el gran continente, fue masacrado por ellos. Y ha habido más, muchos más, ya lo verán ustedes.

Reed tragó saliva, escuchándolo.

-¿Masacrados?

-No quedaba ni un alma. Ha estado sucediendo desde hace un buen tiempo- el mago tomó aire y concluyó- Y casi con seguridad es obra también de mi maestro.

Reaper rechistó, impresionado, pero Reed se quedó helado. ¿Vannael? ¿El Rey Mago de Cel-Neckar, de quien Scarrow había hablado con tanta deferencia y respeto, era el verdadero culpable del ataque de Skectral a su pueblo? La sola idea le parecía absurda. ¿Para qué? ¿Qué conseguía Vannael con jugadas como aquella? ¿Por qué aliarse con los dragones, de entre todas las cosas? Si alguien descubría algo como aquello, la reputación del monarca se iría a pique.

-Si eso es verdad- dijo en voz neutra y queda- Vannael...

No completó la frase, pero Arksinad asintió. Si eso era verdad, Vannael era el culpable de todo lo que habían sufrido, de todo lo que había pasado desde que dejó de pisar el suelo de Vant. El personaje había pasado desapercibido en su mente, una figura lejana conectada a su amigo mago exclusivamente, pero ahora comenzaba a tomar más forma, a ser una presencia más real y concreta que les causaba problemas para terminar su batalla.

Todas aquellas revelaciones lo impresionaban de sobremanera, mientras descubría qué pequeña, cuán insignificante era la línea de su misión en relación con los sucesos del mundo y las personas que lo habitaban, con la enorme red que formaban. De cualquier manera, no importaba. Una vez Vant estuviera liberado, nada que tuviera que ver con Vannael u otros pueblos sería de interés para él.

¿O sí?

-Y por último debo decirles gracias- interrumpió su pensamiento el mago, secándose las últimas lágrimas con el brazo- Han tenido miles de oportunidades para no confiar en mí, y hubieran hecho bien en hacerlo. Pero siguieron permitiéndome acompañarlos- los miró y afirmó- Reaper, Reed, es probable que sean los primeros amigos que he tenido en toda mi vida.

Reed sonrió, y Reaper movió la cabeza hacia el costado, jactancioso.

-Estás sorprendentemente emotivo hoy, boca-cortada- masculló- Casi que me voy a poner a llorar también.

Arksinad le soltó un insulto entre dientes, pero luego sonrió aliviado y lo miró inquisitivo.

-Sin embargo tú, Reaper. Hasta hace poco, tú sí desconfiabas de mí. ¿Por qué no pedirme que abandonara el grupo?

El otro se arrimó hasta el borde del sillón, y entrelazó sus dedos sobre su regazo. Parecía haber estado preparado para una pregunta semejante.

-¿Quién te enseñó aquella magia de luz, *Shinoras*?

Arksinad pareció sorprendido ante la pregunta.

-Vannael, por supuesto, hace pocos años.

-¿Si mal no recuerdo, Vannael también te regaló ese báculo que usas, con el rubí?

El otro asintió, sin comprender. Reaper se echó hacia atrás, como presa de una revelación que ya había visto venir desde hacía un buen tiempo. Luego dio una carcajada ahogada.

-¡Era él! ¡Él era el mago que correspondía con mi padre!

Esta vez eran Reed y el mago quienes estaban confundidos. Reaper se pasó la mano tostada por el rostro y suspiró, arrojado como estaba contra su sillón.

-Mi padre hizo un pacto con Vannael, en el Santuario de Idgray de Kamui Minmedor, hace unos años. Tu maestro le dio la espada Oblivion, y él a cambio le regaló báculos de su fabricación, excelentes, y para compensar el enorme valor de la espada le enseñó sobre una de las magias divinas perdidas, el *Shinoras*. Las piezas comienzan a tener sentido. Lo sospechaba, y por eso no pensaba sacarte de mi vista luego de saber que eras su alumno.

Todo conectaba de alguna forma, pero Reed no comprendía para qué propósito. Lo que sí comprendía era que los tres habían estado relacionados desde mucho antes de conocerse, que su encuentro no había sido nunca azaroso.

-Lo siento mucho- dijo el mago- Desconocía que mi maestro tenía la espada- una mueca de duda cruzó su rostro, y luego suspiró- O quizás sí lo sabía. La espada debe de haber carcomido la mente de tu padre.

Reaper asintió, y Reed entendió ahora que, cuando el guerrero decía buscar la espada Oblivion, lo hacía más bien en búsqueda del hombre que lo había traído al mundo. El padre de Reaper había hecho tratos con Vannael y lo que había conseguido le había quitado la sanidad al punto de hacerlo querer matar a su hijo. Arksinad se mordía los labios, pero Reaper habló.

-No es tu culpa. Sospechaba del rey de Cel-Neckar desde hacía tiempo... y en cualquier caso, mi padre es el principal culpable por aceptar.

-Mi maestro no hubiera hecho un intercambio así sin algo en mente. Que luego me mandara a mí hacia dónde estabas tú, el hijo de quien le dio la magia *Shinoras* que ambos usamos... Algo se trama.

-Pero no podemos desentrañarlo- resolvió el guerrero, y los miró- Así que debemos continuar la misión que nos mueve olvidándonos de todos estos detalles. Sospecho que mi padre será atraído a la Forja de Xshathra, y allí iremos. Y tu pueblo sigue estando ocupado por un dragón, Reed, sea enviado por Vannael o no. Una vez resolvamos esas cosas, lo demás no importará.

Los tres asintieron, decididos, y luego Arksinad anunció.

-Los preparativos para robar mi arca voladora de Cel-Neckar ya están casi listos. Mañana hablarán con cierta gente.

Reed no dijo nada, sin escuchar mucho, aún perdido en todas esas revelaciones. Muchas cosas le molestaban profundamente, aunque se sentía relajado porque sabía que ya no habría más secretos graves entre ellos y que la confianza del trío había aumentado.

Pero no todo era tan simple. Los Daevas seguían tras sus cuellos. Había usado la biblioteca del palacio para averiguar sobre esas bestias, y lo que vio no le había gustado. Eran sombras de demonios, formados por las culpas y los malos pensamientos de la humanidad. No se los podía vencer, porque eran sombras, y como sombras asesinaban a todo lo que se les opusiera. Si no conseguían robar el barco volador de Arksinad, llegar a Eclant o a Vant sería absolutamente imposible.

Y había más. Vannael le había dicho a Arksinad cómo encontrar a Reaper y a él para que los siguiera en su viaje. Pero si eso era verdad, ¿cómo lo había hecho? ¿Es que sabía cuándo y dónde los dos aparecerían? ¿Había acaso un destino escrito? Recordó su charla con Shimari y su corazón se contrajo por un extraño odio.

Los tres habían estado más relacionados de lo que creían; sí, desde el primer momento, y los hilos que los habían unido comenzaban a moverse. Formar parte de un plan de alguien tan misterioso como Vannael no le gustaba, pero Reed no tenía opción.

Todos forman parte de planes mayores, se dijo, y continúan igual porque sus objetivos se cumplen a pesar de cualquier plan. Era lo mismo que pasaba a todo el mundo. Existencias simples de objetivos simples formaban estructuras complejas y absolutamente inútiles en todo sentido, pues cada parte de la estructura tenía un destino mediocre, no ideal, sin contar que todo era aun mil veces más en vano por la fugacidad de los hechos.

Se sorprendió teniendo estos pensamientos tan patéticos, y miró a sus amigos. ¿Qué tanto le afectaba? Su existencia era feliz. Mañana sería un largo día.

Los tres, realmente, tenían un destino en común.

La siguiente mañana comenzó como todas, si bien la hizo diferente el simple hecho de saber que sería distinta a las anteriores. Desayunaron a consciencia, masticando las masas, panes y frutas con deliberada voluntad, buscando ruido y calma al mismo tiempo para descargar y tranquilizar lo turbio de sus corazones, agitados ante la perspectiva de la misión que estaban a punto de realizar: robar el arca voladora de Arksinad bajo las mismísimas narices de Vannael, el mismo que había enviado a los daevas contra ellos y tantos perjuicios les había causado.

El pecho de Reed ardía de la emoción. Su tiempo en el palacio de Kamui le había devuelto las energías perdidas, pero su cuerpo necesitaba acción y aventura como las que había tenido antes, para volver a entrar en forma. No hacía mucho había estado practicando contra Reaper en las salas de entrenamiento, usando espadas cortas como le gustaban y buscando sobrepasar la increíble agilidad del guerrero sin la ayuda de su escudo mágico.

El resultado era simplemente que mejoraba. Desde que había salido de Vant, Reed se notaba más compuesto, más armado y más preparado para cualquier vicisitud. Ya casi había pasado un año -¿o había pasado ya un año?- desde que había cumplido sus diecisiete, y se encontraba en su mejor estado.

Estaba listo.

Estaba listo, pero el tiempo ríe mientras los hombres intentan empujarlo. La mañana y la mayoría de la tarde ocurrieron como siempre, sin sobresaltos. Caminó los jardines y admiró sus paisajes. Leyó libros. No era su pasión leer -prefería oír los relatos en boca de quienes decían vivirlos- pero la colección del palacio era tan extensa, casi competía con la biblioteca de Cel-Neckar, y ocasionalmente sentía que era un verdadero insulto no curiosear los múltiples tomos que allí había.

Se cruzó con Shimari, acompañada de Ann, dos veces, y en ambas intercambiaron charlas y saludos cordiales. La conversación en el balcón parecía haber quedado atrás, lo que lo relajaba mucho. Shimari no preguntaba más, aunque Reed no desconocía que la reina estaba más que enterada de sus andadas. Se preguntaba a veces qué la motivaría

a no denunciarlos con el Geral Veintiún; pero habiendo conocido ya a la gente de Kamui no tenía dudas de lo bravo y puro de los corazones que portaban, inclusive en la realeza.

Y así, la tarde pasó, hasta que en lo más profundo de esta, cuando el sol era deslumbrante y naranja y teñía todo el cielo y el mundo, Reaper cerró las puertas de la gran habitación donde dormía Arksinad, puso cerrojo y traba y los miró a ambos, resuelto.

-Comencemos.

Los tres ya se habían puesto sus vestimentas desde hacía horas, ansiosos como se encontraban: las ropas rojas y caras de Reed, con la campera de hilos cruzados; la armadura ligera y capa negra de Reaper, deslucida ahora al haber sido destrozada por Asherat y los daevas; y la túnica rotosa del mago, cosida por doquier por los mismos hilos de aquel demonio, que cubría la plancha de metal que le oprimía el pecho.

Arksinad levantó la mano entonces y la arremangó hasta el codo, mostrando uno de los sellos que allí había, un tatuaje en la muñeca, cerca de una de sus conocidas heridas. Reed prestó atención al ver cómo el mago deslizaba su dedo por el mismo, con suavidad, y de repente toda la habitación se iluminó como impactada por un relámpago.

Cuando la luz menguó, una joven de vestido rojo se encontraba de pie frente a ellos, con expresión turbada. Tenía el cabello claro y ondulado, largo hasta la cintura, y la piel pálida, tersa. La reconoció como la misma que se le había aparecido al mago cuando volvieron de Belekraz, para avisarle que Vannael había vuelto y que debían abandonar cualquier intento de acercarse a su ciudad.

-¿Hum?- dijo la joven, divertida con su nueva situación y mirando al brujo- Pensé que sería más tarde.

-Hay una pequeña diferencia horaria entre Cel-Neckar y Kamui, que no tuvimos en cuenta- sonrió el otro y se dio vuelta para presentarla- Camaradas, ante ustedes se encuentra Merady Skardtril, nobleza de Cel-Neckar. Y para ti Mimí, el de los ojos grises es Reed, y el feo es Reaper.

-Es un honor- sonrió ella con elegancia. Se notaba que repetía formas aprendidas, quizás recurriendo a ellas por timidez o pura burla. Aquella actitud a Reed no le pareció muy ajena a la del mago.

-Reed, quizás debería interesarte hablar con Merady, más de lo que crees- sentenció Arksinad- Pero la segunda persona que nos va a ayudar será aun más de tu interés. ¿Podrías hacerme los honores?- dijo mirando a la joven.

La noble asintió y se arremangó la manga de su propio vestido, llena de volados y botones. Llevaba en su brazo un sello igual al que tenía el mago, tan sólo de distinto color. Aquellos tatuajes que al parecer servían para invocar personas llamaban la atención de Reed cada vez más y más.

Merady rozó su tatuaje con más fuerza de la que Arksinad había usado, y Reed comprendió que era una joven normal, con casi nulos poderes mágicos, tal como él. De cualquier modo la habitación igual se iluminó, golpeada por el rayo, y una segunda figura, más grande y alta, emergió frente a todos.

Era el hermano. No había duda posible con sólo ver sus rasgos: los mismos ojos estirados, sólo que los suyos eran de un celeste marino; el mismo cabello ondulado y rubio, rubio como el estándar de Cel-Neckar era, la misma piel blanca y tersa. La expresión de aquel joven era de seriedad e impaciencia. Parecía molesto y con algo urgente para realizar en todo momento, algo que requería su presencia siempre en otro lado.

Por lo demás, quitando unas pequeñas quemaduras del rostro, casi invisibles, lo que llamaba la atención era su atuendo: una armadura de escamas naranjas, adornada por tres calaveras que le hacían de hombreras y pechera: tres calaveras de dragones infantiles. Las seguía una extensa capa blanca, revoleando con el viento del atardecer que se escondía.

El joven miró a su alrededor, con el entrecejo fruncido. Llevaba un enorme martillo en su brazo tenso, un martillo naranja y cubierto de runas. Su mirada acuosa se posó en Reed, Reaper, se aflojó unos instantes al ver a su hermana, y luego se detuvo en el mago.

-Creí que me había llamado alguien importante- le dijo, intentando no mudar su expresión seria.

-Vete al infierno- sonrió Arksinad de oreja a oreja, como si le estuviera dando la bienvenida, y luego miró a sus amigos- Y él es...

-Eluid Skardtril, noble de Rigel, Cel-Neckar- lo completó el otro, altivo y sonriente.- ¿Ustedes son Reaper y Reed, de quien Arksinad ya le ha hablado a mi hermana en sus cartas?

Reed asintió, turbado por aquel joven y su mirada resuelta y arrogante, pero Reaper sonrió feroz, divertido. El muchacho notó que ambos guerreros se medían con una animosidad no agresiva, como reconociendo en el otro el mismo tipo de persona que pensaban ser.

-¿Rigel?- preguntó Reed de repente, interrumpiendo aquella competencia- ¿En Cel-Neckar?

El joven lo miró, con el rostro levantado como si recién lo percibiera, y luego movió la cabeza.

-Actualmente el pueblo de Rigel no figura en ningún mapa. Oficialmente ha dejado de existir.

El rostro de ambos hermanos se había ensombrecido al pronunciarse estas palabras. Merady tomó la falda de su vestido y se sentó junto a la cama, mientras que Eluid se cruzó de brazos.

-Fue obra de un dragón- miró a Reed, estudiando la cara de sorpresa de este, y luego asintió- Un dragón de hueso que incendió todo el pueblo, desde sus más antiguas estructuras hasta el más insignificante árbol. De Rigel no quedó nada, más que yo y mi hermana.

El silencio en la habitación era ahora palpable. Reed y el joven de aquel destruido pueblo se miraron. Tenía la boca seca y le costó hablar durante unos segundos. Más allá, al fondo, Arksinad los observaba con una sonrisa triste, con Merady a su lado.

Porque había una palabra que los relacionaba entonces.

-¿V-Vannael?- fue lo que alcanzó a pronunciar.

No era el nombre que estaba buscando. El nombre del dragón se le había perdido en la mente hacía un buen rato, entre aquella confusión. No era que le sorprendiera una historia como aquella, en lo más mínimo. Dragones arrasando pueblos eran, si bien no una cosa de todos los días, una experiencia que no dejaba de formar parte de lo común. Pero, si ese era el destino que podía esperarle a Vant...

-¿Vannael?- Eluid sonrió y miró de reojo al mago- Claro, sí. Conozco esa teoría de nuestro amigo, aunque escapa de mi comprensión qué ganaría el Rey Mago de Cel-Neckar con la destrucción de tantos pueblos de sus propios dominios. Pero,- miró a Reed a los ojos con una intensidad terrible, llena de ira- si Vannael es parte de esto, lo mataré a él también. Nadie escapará de mi venganza.

-¿También?- preguntó Reaper, más allá.

-Claro- Eluid se volvió y colgó su martillo en la espalda, moviendo con ello su capa blanca- He estado buscando al dragón que realizó tal crimen, desde hace años. Comencé simplemente matando a los más pequeños, los llamados gusanos, pero he ido subiendo la escala y finalmente pude conseguir información sobre su identidad. No ha sido difícil.

Una sonrisa despreciativa le cruzó el rostro, que ahora Reed podía ver era como el fuego y el hielo: ardía con la pasión de la ira y también lo enfriaba todo, congelando sus verdades. No dudaba que Eluid se había mostrado, desde que llegó a la habitación, rudo con Arksinad y hasta había puesto sutilmente en duda las palabras de este sobre Vannael, y sin embargo allí estaba, dispuesto a ayudarlos sin un ápice de culpa en aquella descabellada misión contra el rey de su ciudad.

A veces los gestos hablaban más que las palabras.

-Al parecer mi objetivo no es muy querido, ni siquiera entre los dragones que le sirven- continuó- El Emperador de los Dragones, Skectral. Planeo tumbar al rey.

Sintió algo romperse en su interior. Emperador. Skectral. Había sido Skectral, tal como lo veía venir.

Reaper y Arksinad no decían nada, mirándolo, y él tragó saliva considerándolo.

-¿Buscas... a Skectral?

Eluid lo miró inquisitivo, con la sonrisa orgullosa pintada en su rostro. Por unos segundos le hizo recordar a la mirada de Daivok.

-¿Acaso lo conoces?

Asintió.

Fue tan sólo un pequeño cambio, pero vio masas enormes de esperanza y odio moviéndose en los ojos aguamarina del joven, que se abrieron hasta ser todo lo grandes que podían.

Dejó caer el martillo en el suelo.

-¿En dónde está?

Su mirada era fanática. Reed no dudó de que lo golpearía si se negaba a darle una respuesta.

-Sitiando mi pueblo de Vant. En la isla Tikielder, al sur de Eclant.

El otro no dijo nada, pero todo su cuerpo estaba tenso. Se volteó para ver al mago.

-¿Puedo confiar en él?

-Puedes confiar en Reed más de lo que puedes confiar en que no puedes confiar en mí- fue la respuesta de Arksinad.

Eluid asintió y lo miró de nuevo.

-Eso significa que, después de esta misión, le haré una visita a tu isla, Reed Id Vant- dijo con un tono neutro, lleno de implicaciones que Reed no estuvo seguro si le aterraban o lo alentaban a cometer la locura que hacía tiempo rondaba su cabeza- Y Skectral me pagará con su vida.

-De eso podremos hablar después- Reaper se incorporó, sacudiéndose el abrigo negro, y miró a todos- Eluid, para ir al pueblo de Reed, mi propio pueblo es casi una parada obligatoria. Tendremos destinos cruzados durante un buen tiempo... Pero ahora tenemos otras cosas que hacer hacia el este, no hacia el sur.

Todos asintieron, y Merady se incorporó.

-Hm. Por lo que pude ver, la única persona de importancia que está cuidando el castillo de Vannael es el viejo Duran.

-Uno de los mejores magos del mundo- aclaró Arksinad, y de repente la palabra "viejo" le pareció menos inofensiva a Reed de lo que sonó al principio- Segundo sólo a

Vannael. Vive en el castillo y es el encargado de mantener sus defensas y barreras mágicas.

-Es un gran amigo mío- reveló la joven- Muchas tardes nos juntamos para tomar el té y charlar, y debo admitir que se ha encariñado con mi situación hasta el punto de tomarme como una hija.

-Duran es un anciano bondadoso y sabio- dijo Eluid- pero su ira es terrible y no por nada es la mano derecha del rey. Sería una pesadilla que siquiera nos viera, y por eso debemos contar en mi hermana para que lo distraiga.

-Claro...- la joven jugó con su cabello rubio entre los dedos, para continuar- Si es tan sólo un rato, creo que podré distraerlo. Le contaré sobre mi hermano Eluid, y su habito de escaparse de mi vista, dejándome sola y desamparada. Es verdad sin duda que me tiene aprecio, tanto como yo a él, y no dudará en escucharme si puedo fingir tristeza. En cuanto a Eluid, tanto él como yo nos hospedamos en el mismo castillo, así que Duran ya conoce lo mucho que le gusta fugarse para matar dragones en las montañas.

No dudaron de que aquella joven pudiera interpretar su papel bien. Era tranquila y reservada, pero cuando hablaba, con velocidad e ímpetu un halo de burla cubría todas sus palabras, como si estuviera siendo el personaje de una comedia teatral. Su hermano rio, y se sacudió el cabello con un gesto.

-¡Y tanto me debe, por matar esos dragones! Simplemente hago el trabajo que el Geral Veintiún es demasiado lento en hacer.

-Terminarás haciendo que todos los dragones de Aterror te odien, hermano, y...

La joven no completó la oración, porque Eluid ni la miraba, desinteresado. Ambos se callaron, llenos de orgullo y terquedad, y por un momento hubo silencio hasta que Arksinad comenzó a reír.

-¡Pero en verdad son iguales!

Ambos hermanos miraron al mago con gestos contrariados, pero no dijeron más. Reaper se acercó a Merady y le espetó.

-Además del viejo chocho, ¿algo más de lo que debemos estar precavidos?

-Hm.- no pareció pensarlo ni dos segundos- La mantícora.

Reaper levantó las cejas cuanto su rostro le permitía, mientras los otros suspiraban contrariados. Reed miró a todos confundido. Había escuchando historias sobre esa criatura por boca de Scarrow, pero sus recuerdos eran difusos y no tenía idea de por qué podría suscitar una reacción como aquella.

-¿Qué tiene de especial la mantícora?

-Poniendo una escala de peligros, la mantícora está en el mismo nivel que un daeva- notó el cazadragones- Son criaturas terribles y en especial malvadas, sádicas y sedientas de sangre hasta la médula. Su veneno está diseñado para crear una parálisis total, que por lo general usan para jugar con sus víctimas. Eso debería darte una idea... pero no debes preocuparte. Yo soy su carta para evitar a tan inmundo ser.

Todos lo miraron, y el joven prosiguió.

-La mantícora es supuestamente la mascota de Vannael, pero a efectos prácticos es simplemente otro mecanismo de seguridad para proteger los tesoros de las bóvedas del castillo. El jardín que la contiene está en la entrada a estas, y la única forma de pasar sin ser devorado por la criatura es usando un sello especial que active las barreras mágicas que allí descansan.

-Básicamente, crear un campo de energía para que la mantícora no te ataque- dijo el mago sonriente- Pero pocos pueden hacerlo. La barrera es poderosa y fue diseñada por Duran para ser activada por un tipo muy específico de runa, que sólo él puede otorgarte.

Eluid hurgó en un compartimiento de su armadura, y sacó de allí una piedra redonda y simple, con un símbolo angular sobre ella.

-Como supuestamente vivo en el castillo, pedí abrir una bóveda personal para guardar las calaveras de los dragones que mato y los tesoros que consigo. Eso significa que básicamente tengo acceso total a la sala de los tesoros. De allí el camino hasta la vieja y abandonada bóveda de Arksinad debería ser más que simple.

Nadie preguntó por qué el mismo mago no tenía una de aquellas piedras para pasar, porque la obviedad resultaba ridícula. Luego de haber sido marcado como un criminal y enemistado su persona con la del rey de Cel-Neckar, su sello para entrar a las bóvedas de tesoros había sido por supuesto removido inmediatamente. El mago era una presencia indeseada incluso cerca de sus propias pertenencias.

Arksinad parecía asumir todo aquello con un silencio sonriente, como siempre lo había hecho. Se enrolló uno de sus rizos en un dedo y lo soltó para que volviera a su anterior forma, mientras finalizaba:

-Entonces, nos transportaré a todos a las salas de reservas del castillo, desde las cuales nos infiltraremos adentro metiéndonos en las mismas cajas que en unos momentos serán llevadas a las cocinas. Merady ingresará por su cuenta y distraerá a Duran. Eluid nos ayudará a pasar la seguridad. ¿Es necesario algo más?

Todos negaron, listos y ansiosos por comenzar la misión.

-Entonces en marcha- dijo Reaper sonándose el cuello.

Arksinad levantó su báculo —el del rubí rojo en la punta, fabricación de Osald Assadan y regalo de su maestro- y lo encendió, creando un sello ya conocido a los pies de todos los que allí se encontraban. Las formas y runas se proyectaron envolviendo toda la habitación, espectros sobre los muebles y las sábanas de la cama, tal si fueran la luz del sol pasando por una recortada cortina.

Golpeó el sello con la punta del palo, y el fognazo los envolvió a todos.

Era probable que la magia fuera distinta al tener que atravesar tan larga distancia, porque Reed sintió esta vez como si lo hubieran zambullido de lleno en el mar y lo levantaran y hundieran constantemente, como si se tratara de una prenda que debía ser lavada. Luego de eso sintió su cuerpo estirarse, la piel tensa, abrió los ojos para ver figuras violetas y celestes dando vueltas por doquier, una mano blanca cubriéndole el rostro, un restallido como si un hueso se quebrara y luego oscuridad.

Oscuridad y una sensación húmeda en su costado.

-¿Están bien?- preguntó.

Arksinad encendió una luz con su vara. Se encontraban todos de lo más desordenados: Eluid levantándose del suelo, Reaper había golpeado contra una pared, Merady se encontraba sobre una enorme caja de madera y Reed, por su parte, había caído sobre dos grandes cuerpos que goteaban una sangre espesa y cuajada que le había manchado toda la ropa.

Era sin duda un almacén para la comida, y uno bastante grande desde lo que podía verse con la luz que el mago proyectaba. Reed observó las dos reses sobre las que había aparecido, asqueado de la sangre que se fundía con los colores de su abrigo. Por unos segundos se lamentó de haber dejado Kamui.

Le tendió una mano ensangrentada a Reaper, quien lo miró como si le hubiera hecho una broma sobre su madre muerta y se sujetó de su camisa seca para incorporarse. El joven de Vant se resignó a seguir limpiando sus manos en su ropa y miró al mago, al igual que Reaper, Eluid y Merady.

-Mi magia no funciona muy bien aquí- se excusó él- Quizás es por influencia de Duran o Vannael, o quizás es simplemente que somos demasiadas personas como para que pueda transportarnos a todas bien.

Eluid asintió sin decir más, y Reed comprendió que habían tenido suerte siquiera de aparecer todos en el mismo salón, aunque fuera tan desorganizadamente. Comparado con la última vez que lo había usado, el hechizo de teletransportación había resultado desastroso.

Pero, ¿era tan sólo por la cantidad de personas? Intentó desentrañar la mirada de Arksinad, iluminada por la luz que creaba, y recordó que el demonio que mantenía vivo al mago estaba consumiendo su maná a cada rato, sus reservas de magia. Si eso continuaba así, llegaría el momento en el que Arksinad no podría crear ni las pequeñas llamas que Reed sí.

Y luego...

Desechó aquel pensamiento en la oscuridad, y observó al igual que todos su alrededor. Mayormente lo que había eran cajas, cajas y mas cajas; la mayoría cerradas y listas para empacarse pero muchas otras llenas de arroz, cereales, golosinas, toneladas de azúcar, huevos, e incluso había pescado en salmuera y frascos rellenos de hierbas para los tés que se bebían frecuentemente en la ciudad. Se sorprendió viendo la cantidad de comida que se precisaba tan sólo para un castillo, y se preguntó cuánto más se usaría para el palacio en Kamui, que fácilmente era diez veces mayor que el lugar al que iban a infiltrarse.

-Bien- dijo Eluid- Merady, ve tú primero y distrae a Duran tanto como puedas.

La joven se incorporó y los saludó a todos. Se detuvo ante Arksinad y lo abrazó un largo rato durante el que Reed pudo jurar ver chispas en los ojos de su hermano, antes de partir definitivamente.

-Suerte, muchachos. No los volveré a ver en un buen tiempo.

Entonces se fugó por el portón del almacén, ya entreabierto. Eluid los miró uno por uno y señaló la misma caja sobre la que su hermana había caído.

-Ustedes tres irán allí- les dijo- En tan sólo unos minutos vendrá gente a transportar todo esto a los almacenes del castillo. Allí los esperaré yo.

Reaper sujetó la tapa de la caja y la abrió de un tirón, haciendo gala de su considerable fuerza. Adentro se encontraba llena de tabletas negras de sabor amargo y dulzón que Reed ya había probado en Kamui y que resultaban su perdición.

-No hay espacio.

Arksinad apoyó la mano sobre toda aquella abundancia de comida.

-*Shinoras*.

Reaper ahogó una maldición, y todos se echaron hacia atrás. La luz se contuvo dentro de la misma caja, como una versión más pequeña del hechizo original, y en unos instantes todas las golosinas que la llenaban se habían desvanecido, presas del poderoso ataque. Reed despreció por dentro aquel malgaste de comida, pero tenía que admitir que la solución del mago había sido de lo más hilarante en cuanto a cómo había logrado sobresaltar a Reaper.

-Deja de lanzar la lucecita asesina sin avisar, boca-cortada- le dijo este, y de un salto se metió en el interior.

Arksinad rio y lo imitó, y Reed trepó con torpeza hasta caer adentro. Había suficiente espacio para estirar los pies y los tres lo hicieron, apoyando sus espaldas contra el contorno de madera.

-Se ven encantadores- les dijo Eluid desde arriba- Procuren no vomitar.

-¿Eh?

El joven les cerró la tapa encima, oscureciéndolo todo y negándoles respuesta. Hubo luego un rato de silencio, en el que lo único que se escuchó fueron pasos, luego otro aislado ruido y luego un silencio más largo, denso como la oscuridad que había allí adentro. Se alegró de haber llevado abrigo ya que la temperatura en ese frigorífico, y más adentro de aquella caja, sería insoportable de soportar con las ropas ligeras que solía usar en Kamui.

De pronto lo único que pudo oír fue la respiración de sus compañeros, todos sin decir palabra. No pudo evitar la tentación y raspó con la uña un poco del chocolate que se había fundido contra los bordes de la madera al ser alcanzado por el hechizo, pero cuando se lo llevó a la boca notó el sabor a sangre de res que llevaba en las manos y desistió, asqueado.

Estuvo a punto de decirles algo a los otros, y en ese exacto momento el ruido del portón abriéndose de par en par los sorprendió.

Por apenas dos segundos una curiosa sensación de temor lo asaltó, e imaginó que quien entraba era Merady, para avisarles que debían huir y que el plan había fallado.

La voz que sonó era bien masculina.

-La caja marcada primero. ¡Vamos, vamos!

Se oyeron múltiples pasos, jadeos y suspiros de fastidio. Al menos cinco personas más trabajaban ahora dentro del almacén, sin saber de los tres jóvenes que estaban escondidos.

-Por algo les pagan, ¿no?- insistió la voz- Ese chocolate es para las cocinas del castillo, y por tanto va primero. ¡Más ánimo! Ninguno de ustedes se partirá la espalda por esto.

Sintió de golpe como el suelo bajo sus pies se elevaba irregularmente, echándolos hacia el costado. Contuvo la respiración y se sintió mover, toda la caja se elevaba y se movía, con los tres adentro encogidos y resistiendo aquellas sacudidas que eran cada vez más bruscas.

Le pareció improbable que tal número de personas llevaran aquella cosa con tanta torpeza, pero luego de reventarse el codo contra un borde tras un movimiento especialmente abrupto, comenzó a darse cuenta de que aquellos hombres debían de estar utilizando magia.

Y a qué nivel.

Se sacudía todo de aquí para allá. Estuvo seguro de haberse pinchado con las hombreras de Reaper más de una vez, por lo que terminó apoyando las manos en cada lado para sostenerse, harto de sufrir.

La caja seguía bamboleándose, pero parecía avanzar. Espió por una de las ranuras de la madera y se encontró con el rostro de un hombre pálido, delgado y de expresión cansada, vestido con una túnica gris y una vara de tejo en alto. El hombre miraba hacia adelante y la luz del sol le bañaba las facciones, lo que al menos le probaba a Reed que ya se encontraban fuera del almacén, marchando hacia el castillo.

Pasó un tiempo hasta que las sombras se cernieron de nuevo sobre ellos y la oscuridad volvió a templarlo todo, prueba ahora de que ingresaban a un nuevo edificio.

Todo se detuvo. Nuevas voces se escucharon. Reed pudo entrever por la ranura que un hombre alto y larguirucho, vestido de verde, observaba el envío con gesto ausente y seguía su camino. La respiración de Reaper se hizo en ese momento completamente audible.

De pronto una voz seca habló con claridad:

-Al almacén de la cocina, por el primer piso.

Volviéron a ponerse en marcha, pero esta vez el camino fue corto, aunque mucho más abrupto y lleno de golpes que lo anterior. Quienes los llevaban sin duda se estaban hartando de su trabajo, pues ponían poco empeño en evitar que todo se revolviera de un lado a otro con violencia.

Se sintió un ruido fuerte y sordo cuando la caja cayó al piso, y el movimiento fue tal que se golpeó la cabeza contra la tapa hasta el punto de saltársele lágrimas. Casi gritó, pero Reaper le chistó y a los pocos segundos la tapa se abrió.

Eluid los miraba desde arriba, como hacía un buen rato.

-Lo hiciste totalmente a propósito- le dijo Arksinad levantándose.

-Aprendices de magos practican levitación trasladando las cargas de alimentos al castillo- sonrió el otro- Por sus moretones me atrevo a afirmar que aún les queda mucho por aprender.

Todos se bajaron de su improvisado vehículo. Se encontraban en un extenso almacén que daba a las cocinas reales, pero no se entretuvieron mucho tiempo allí pues Eluid temía que más magos volvieran con provisiones y los descubrieran.

Lo que hicieron fue salir de prisa, siguiendo al joven cazadragones por un largo pasillo blanco de suelo rocoso. Los colores claros dominaban en el lugar, como en el resto de la ciudad.

Llegaron al final a una puerta escarlata repleta de cadenas. Todas se soltaron apenas Eluid colocó la mano en ella.

-Tengan cuidado- dijo el joven, abriéndola, los goznes chirriando como alaridos.

Del otro lado los recibió un jardín espacioso y circular, bañado por un tenue sol y repleto de flores, mariposas, árboles frutales y también huesos y pedazos de carne sanguinolentos arrojados por doquier. Tuvieron que esforzar la vista para notar que –al parecer- todos los huesos eran de animales, pero fue allí de igual manera cuando Reed comenzó a sentir que algo no andaba bien.

Muros blancos rodeaban todo el jardín, y en el centro se alzaba un alto edificio que Arksinad les dijo era donde se celebraban las reuniones del Geral Veintiún. Le hubiera gustado verlo más de cerca –después de todo, su maestro Scarrow había pertenecido a esa organización tanto como Arksinad- pero tuvo que reprimirse cuando escuchó un sonido seseante y rítmico, como un cascabel.

Era extremadamente desagradable. Eluid se aproximó veloz a un tótem que había en la entrada y colocó la piedra que traía en él, dentro del rostro tallado de boca abierta. El mismo tótem se iluminó y proyectó una red de magia, un túnel que los llevaba al otro lado del parque.

El cascabel volvió a sentirse, pero esta vez notaron que era una risa como la de las hienas, aunque estos animales de Gikeldor a Reed le parecieron adorables en comparación al ser que reía y los miraba, reía, tosía y se relamía burlándose de todos, fuera de la protección del tótem.

La mantícora debía de ser más grande que un león, su cuerpo gris y duro como la roca, de musculatura enmarcada y enormes zarpas. En donde debiera haber estado una cabeza felina, sin embargo, reposaba un rostro pálido cuasi-humano, de cabellos desgredados escarlatas y una boca ancha y repleta de dientecillos filosos como cuchillas. No tenía nariz, y sus ojos eran dos grandes gemas, dos grandes rubíes incrustados en las cuencas sangrantes.

Su boca también sangraba mientras sacaba su húmeda lengua y se relamía, riendo. El muchacho se espantó al ver que la cola era un monstruoso agujijón que vibraba a cada rato, apuntándoles.

En resumen, se encontraba con lo que era para él el ser más desagradable que jamás hubiera visto en la vida, cosa increíble cuando su competencia habían sido las horrendas criaturas y gusanos gigantes que habitaban Belekraz. La sola idea de tener a ese monstruo vivo y dentro de un castillo le produjo dolor de cabeza.

Estuvo a punto de vomitar cuando vio como esa cosa mordisqueaba un cadáver, vigilándolos con sus ojos de gemas sin perderles el rastro ni un segundo.

Avanzaron bajo la red de protección. Todos miraban hacia el frente menos Reed, atento a esa bestia que sabía estaba muy atenta a ellos.

-No la mires, Reed- dijo Arksinad- Es una criatura enfermiza. Creerá que quieres que te devore.

-Menuda mascota se consiguió Vannael- gruñó Reaper- Es asquerosa.

Como toda respuesta Reed desvió la vista, pero de pronto le llamó la atención que la mantícora los siguiera al lado, fuera de la barrera de protección pero como si fuera un miembro más del grupo. El monstruo siseó algo y se paró sobre sus patas traseras, apoyando sus garras en la barrera. Los observaba con insistencia, con una inocencia cruel y hambrienta.

La mantícora gritó tal como lo haría una mujer. Era escabroso como su aullido se asemejaba al de una humana, un grito desgarrador mezclado con un rugido. Su agujijón vibró y en un golpe rápido como un relámpago golpeó el campo de energía con insistencia.

-Está alterada- Eluid la vio de reojo- Apuremos el paso.

El ser comenzó a quejarse, reír y aullar, y siguió golpeando el campo. Olfateaba el aire continuamente y lo golpeaba con su cola, hasta que llegó el punto en que la red de energía poco a poco comenzó a ceder.

-¿Qué está pasando?- preguntó Reed asustado, pero de repente se dio cuenta él mismo, tanto por la expresión de Eluid como porque los ojos de la mantícora no miraban a otra persona.

-La sangre- dijo Reaper entre dientes- La huele.

Había tenido el infortunio de mancharse su ropaje con aquello, y por eso ahora el monstruo estaba tan desesperado por atacarlos. Eluid y Arksinad apuraron el paso, pero el kamuita fue más práctico, viendo como el campo de energía estaba por estallar.

-¡Corran!

Con desesperación los tres corrieron hacia la otra puerta, pero Reed se quedó en cambio mirando frente a frente al rostro pálido, hipnotizado por aquellos ojos de rubí. La mantícora rio encantada con el muchacho y dio un quejido. De varios zarpazos brutales logró emblandecer la barrera de luz, y luego con un agujijonazo la hizo estallar, cayendo al suelo sobre sus cuatro patas.

Fragmentos de magia brotaron por doquier, como los trozos de vidrio de una ventana rota. Humano y criatura se encontraban frente a frente sin ninguna barrera que los dividiera, ni siquiera el escudo, ya que no habían consentido que lo llevase a una misión de infiltración y robo.

Se encontraba completamente vulnerable ante el depredador. Su enemigo lo sabía y por eso no perdió un sólo segundo en atacar. Los segmentos de su cola se tensaron y el agujijón salió despedido como un relámpago hacia su pecho, pero el movimiento era

demasiado obvio y Reed lo había visto venir desde el principio. Se echó hacia atrás y luego se aproximó al ser, con un movimiento clavándole su espada corta en el costado.

Fue como si golpeará piedra.

-¡Vamos, Reed!- lo urgieron sus compañeros más allá, yendo en su rescate.

La mantícora comenzó a dar risotadas espantosas, con espasmos que le retorcián el lomo mientras su agujijón vibraba. Su boca se abrió mostrando las fauces repletas de agujas y pareció sonreír al emitir sonido.

-¡*Amo Rea!* ¡*Amo Rea!*

Era una asquerosa imitación, como si fuera un loro, de la voz de Reaper. Más atrás el guerrero palideció pero corrió con más ímpetu hacia su amigo, dispuesto a ayudarlo.

No era necesario sin embargo. Se sentía apoderado de nuevo por una sensación muy similar a la que había tenido al matar a Daivok, sólo que ahora no había nada de involuntario en ella. El ser se arrojó sobre él con todo su peso y el joven lo esquivó de un movimiento, apuntando esta vez a la cara.

Logró hacerle un corte bajo la boca, y luego rodó hacia el costado y echó a correr. La mantícora se retorció y chilló, como nunca nadie antes la hubiera escuchado, relamiéndose la herida con placer y dolor mezclados en una expresión triunfal.

Continuó así incluso hasta que su presa se reunió con los demás, y luego sus rubíes brillaron y se volvió a lanzar a la caza. Era tarde sin embargo. El grupo cruzó por la siguiente puerta y las trancas se cerraron, impidiéndole el paso.

Lo último que se escuchó fue un “¡*Amo Rea!*”, agudo y destartalado, y luego el encierro ahogó todos los sonidos del patio.

-Nada pasa estas puertas- dijo Eluid- Estamos a salvo.

Se encontraban en el torreón principal del castillo, la base sobre la que se celebraban las reuniones del Geral Veintiún, el consejo de magos. Por ahora lo único que Reed veía era un largo pasillo que continuaba circularmente hacia los dos lados, de color blanco como el anterior pero apenas más cargado de adornos.

-¿Y ahora?- preguntó Reaper.

-Ahora los dejaré a su suerte- les dijo Eluid- Será más fácil así, y debo admitir que siento prisa por comenzar mis preparativos para marchar a Tikielder. Arksinad –lo miró- Asumo que sabes el camino.

El mago asintió.

-La zona debería de estar despejada- asintió el joven por su cuenta, agitado por aquella última escena con el monstruo- De cómo forzaras la entrada a tu bóveda, no tengo la menor idea.

-Involucra levantar mi mano y desaparecer todo lo que tengo adelante.

Reaper masculló un insulto, pero por primera vez Reed vio que Eluid sonreía ante el mago. El joven se paró, alto y orgulloso, y les tendió una mano firme a los tres.

-Nos volveremos a encontrar, espero.

Cuando llegó el turno de Reed, el apretón fue más firme aun y el muchacho vio que Eluid lo miraba a los ojos. Había una propuesta en esa mirada, o más bien una advertencia, de cosas que todavía no se encontraba en situación de pensar.

Pero pronto llegaría el momento.

Sabía que Eluid quería matar a Skectral. ¿Pero era esa idea acaso posible? El joven de Rigel había matado a numerosos pequeños y medianos dragones antes, pero no había duda que un dragón de huesos como Skectral, llamado además el Emperador de Aterror, traería más problemas de los que Vant necesitaba.

No lo pensaría.

No. Lo pensaría.

Soltó la mano y Eluid se despidió con un movimiento de cabeza, marchando por el otro pasillo con la enorme capa ondeando a su espalda.

-En adelante volvemos a las andadas solos. -rio Arksinad- Como en los viejos tiempos.

Los otros dos sonrieron, y el mago levantó el báculo.

Murmuró unas palabras que Reed ya había escuchado hacía mucho tiempo, y una oleada de energía los cubrió, envolviéndolos y adhiriéndose a sus ropas y pieles.

Reed levantó el puño, pero sólo había aire. Todo él era aire, era nada sólida, y sus compañeros habían desaparecido.

-¿De nuevo la invisibilidad?- preguntó Reaper- Es un dolor en el trasero. Me piso cada vez que intento moverme con esta cosa encima. Pierdo hasta mi equilibrio.

-Tendremos que soportarlo- respondió el mago- Los pasillos aquí no dejan lugar para esconderse, y existe la posibilidad de que uno u otro mago continúe haciendo deberes por aquí. No queremos que alguien nos encuentre.

Asintieron y continuaron avanzando, sin decir más. El pasillo parecía ensancharse a cada rato, ascendía con suavidad, girando y envolviendo el torreón. Reed mantenía su balance apoyándose en los muros blancos y agarrándose de los alfeizares de las ventanas, que daban a un jardín que no deseaba contemplar.

Hubo ruidos al frente, de dos voces graves que hablaban. Percibió la alarma de sus compañeros y se pegó cuanto pudo a la pared, sintiéndose de nuevo en Belekraz, bajo el mismo sortilegio y con los Bellow tan cerca que de estirar el brazo habría podido tocarlos, aquel día que Dingir asesinó a Arksinad.

Las voces se incrementaron. Sentía la respiración de Reaper y principalmente la del mago, lo cual era de lo más extraño. Tragó saliva y lo escuchó, su susurro apenas audible.

-Maestro...

Hubiera caído de bruces de no estar sujeto de algo. Dos hombres venían desde el pasillo: uno era el hombre larguirucho y vestido de verde que había antes, que caminaba con expresión serena y la boca recta y fruncida, comentando algo.

El otro era alto, alto y blanco. Todo en él rezumaba pureza: el abrigo immaculado, con bordados de algodón, los guantes como la nieve e incluso por debajo un atuendo albino apenas interrumpido por una faja roja. Su mismo rostro estaba cubierto por una máscara mitad blanca y mitad negra, sobre la cual el cabello caía en largos mechones del color de las plumas de un cuervo.

El rey de Cel-Neckar, el maestro de Arksinad, quien había corrompido al padre de Reaper con Oblivion y probablemente había mandado a Skectral a Vant, Vannaal Danterkiss Eel, caminaba por el pasillo charlando amenamente con uno de sus subordinados.

Se tensó cuanto pudo contra la pared, maldiciendo su suerte. No había imaginado, ninguno de ellos había imaginado que algo como eso pudiera suceder.

Vannael y su acompañante caminaron tranquilos, sin detectarlos. En el instante en el que el rey mago pasó al frente de Reed, el muchacho estuvo a punto de jurar por su vida que el hombre lo descubriría, que movería su rostro al costado y sus ojos carmesí se clavarían en él, por encima de cualquier sortilegio que Arksinad pudiera crear.

Pero Vannael no hizo nada, y siguió caminando hasta perderse por el pasillo. El sortilegio de invisibilidad se quebró justo en ese momento y Arksinad cayó al suelo, sorprendido y agotado y con su sombrero rodando más allá. Reaper también parecía confundido.

-Vamos- dijo el mago- Apenas faltan unos metros y luego deberemos volver a bajar.

Ninguno habló, anonadados como estaban. Arksinad se incorporó y fue entonces cuando la voz sonó tras él.

-Olvidabas esto.

Se asustaron tanto que los tres dieron un salto hacia atrás, poniéndose en guardia y mirando.

Vannael se encontraba frente a ellos, con la mano enguantada sosteniendo el sombrero de Arksinad, ofreciéndoselo, y la otra metida en su bolsillo en actitud despreocupada, actitud que extrañamente encajaba con su porte alto y majestuoso.

-Tú...- le dijo Reaper, pero el otro lo ignoró olímpicamente y se dirigió a su alumno.

-Casi lo olvido.

Sacó la otra mano de su bolsillo, y sólo eso hizo que Arksinad activara en un abrir y cerrar de ojos un campo de protección. Vannael no dijo nada ante esto, ocupado en otro asunto, y metió la mano dentro del sombrero, hasta sacar de él un huevo negro que los tres ya habían conocido y enfrentado.

El huevo de Asherat.

-Esto no te pertenece, Arksinad- lo levantó hacia la luz y lo escudriñó con sus ojos rojos- Así que me lo quedaré. Es más fácil sacarlo de tu sombrero que entrar a buscarlo en aquella cornucopia.

El Tótem Terror cayó al suelo con un ruido sordo, pero no se activó, con la bota del rey apoyada sobre él en actitud dominante. Vannael arrojó el sombrero al vuelo y Reed lo atrapó, sin perderlo de vista. La actitud tranquila que tenía le estaba alterando los nervios.

-¿Qué diablos hiciste con mi padre?- se irguió Reaper, caminando hacia el rey con toda intención de atacarlo- ¡Dime en dónde se encuentra!

Esta vez no fue ignorado, sino que el rey mago levantó la cabeza arqueándola en una posición curiosa, como desafiándolo a acercarse. Reaper no temió y dio un paso al frente, pero entonces Arksinad levantó la mano.

-¡Shi-!

Hubo un foganazo débil, y Vannael apareció tras Arksinad, mirando por sobre su hombro.

-¿Estás seguro de que eso es una buena idea?

Arksinad sudaba frío. Reaper saltó hacia el Uno, pero antes de que pudiera hacer nada, el joven celestiano completó su hechizo.

-¡Shinoras!

La luz destructora lo cubrió todo, aunque Vannael no pareció ni inmutarse, con sus manos aún guardadas. No lo había golpeado directo en absoluto, sino que el mago había destrozado la pared interna, dejando expuesto un enorme hueco en la roca.

-¡Rápido, por aquí!- urgió.

Reed no perdió el tiempo y pasó al inmóvil Vannael, arrojándose por la entrada que se había creado. Reaper, mudo más allá, hizo lo mismo, y el mago los siguió último saltando con desesperación.

La caída hasta abajo era considerable, así que tensionó las rodillas para prepararse para el golpe. En efecto al tocar el suelo, luego de caer a través de varios pisos de piedra y concreto, salió rodando despedido como si un gigante lo hubiese pateado.

Pero podía caminar. Se incorporó y levantó la vista. Desde arriba Vannael los miraba, enmarcado por la oscuridad del lugar, iluminado por el alba que se filtraba desde el techo. Sus ojos brillaban como nunca, no muy diferentes a los rubíes de su manticora. Se preguntó en ese instante qué clase de expresión ocultaba aquella máscara.

Bajó la vista y por unos segundos pensó que había caído víctima de una ilusión. Vannael se encontraba frente a él, a apenas centímetros de distancia, sereno y distante como siempre.

Abrió la boca, ahogado, y sintió como el rey mago le apoyaba dos dedos sobre el pecho, justo en donde se hallaba su corazón.

Sus rostros estaban apenas a un palmo de distancia, pero al igual que Arksinad la figura de aquel hombre no despedía ningún tipo de calor, toda la energía ahogada en su mirada intensa, roja, serena y desquiciada al mismo tiempo.

-Tu corazón es tan similar al de Albion- le dijo, con un susurro grave y despreciativo, lleno de rencor- Pero... incluso a Albion *él* amaba, después de todo.

No entendió una sola palabra de aquello, pero lo que sí comprendió fue que de pronto un dolor agudo, punzante como mil agujas, le envolvió el pecho.

Bajó la vista para ver chispas saliendo de los dedos de Vannael, y luego sintió un restallido espantoso mientras la electricidad lo golpeaba, arrojándolo metros más atrás, hacia sus compañeros.

Cayó contra algo duro y liso, y cuando levantó la vista pudo contemplar que se trataba de un barco.

El arca.

Bajó la vista de nuevo, y contempló como Reaper se abalanzaba hacia su enemigo. Las cosas no podían estar saliendo así, no tan mal, no después de que casi hubieran muerto...

Arksinad lo detuvo sujetándolo del brazo.

-¡Reaper, no ahora! ¡No ganaríamos nada de morir!

Aquello pareció funcionar, porque el guerrero desistió y dejó de mirar al rey, concentrándose en el barco mediano y adornado que tenían adelante. En la adrenalina apenas podían observar sus detalles, pero fueron rápidos en subirlo de a saltos hasta caer en su cubierta de madera.

-¡Arca, VUELA!- gritó Arksinad.

La nave desplegó sus velas de los costados, como estilizadas alas de dragón. El suelo comenzó a alejarse bajo ellos, dejando todo atrás, todo el suelo gris atrás ya que la bóveda de Arksinad no parecía guardar ningún otro tesoro más que la nave que habían ido a buscar. Reed se aproximó a cubierta, tembloroso aún por el golpe eléctrico, y vio abajo la figura de Vannael, quien les agitaba el brazo en un saludo amistoso.

-¡Adiós!- les gritó el rey mago, y tras aquel tono feliz fingido sintieron capas y capas de algo insano, de locura en su estado más puro.- ¡Buen vuelo!

Vannael sonrió. No podían verlo pero lo sabían, por la mirada que les dirigía. Luego aquella sonrisa oculta se borró y sus ojos rojos los contemplaron con una determinación impresionante, sin un rastro de humor, una mirada llena de odio e instinto asesino.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Reed, y hubiera podido apostar que lo mismo había sucedido al menos con Arksinad. Continuó observando aquellos ojos mientras el barco ascendía y ascendía por el hueco que coronaba el techo, hasta que otro fogonazo de luz sucedió y la figura de Vannael desapareció, dejando al arca moverse libremente para surcar los cielos.

## 7. La Prometida

Tomó un sorbo de té y lo dejó sobre la mesilla de madera, algo distraída.

-En resumen- dijo Merady- temo que mi hermano termine despertando la ira de los dragones sobre él. A Eluid le gusta parecer fuerte, pero si ellos llegaran a enojarse...

Cerró los ojos en una pausa dramática, llena de fingido dolor. No era que aquello no le preocupara, pero tenía sus serias dudas sobre cuánto podía hacer el viejo Duran para detener la venganza de su hermano, tan llena de furia y voluntad.

Nada detendría a Eluid.

El anciano mago la miraba benevolente, con una sonrisa incipiente asomando entre su barba, larga e inmaculada. Se meció esta y tomó parsimoniosamente él mismo un sorbo de su té, antes de hablar.

-No deberías preocuparte por eso. Los dragones no funcionan como los humanos... Su especie considera que un dragón muerto es un dragón débil menos. Es probable que hasta estén agradecidos con tu hermano y su larga caza, tanto como el Geral lo está con sus esfuerzos.

Asintió apresurada, intentando parecer turbada. Duran la contemplaba con una mirada extraña, curiosa. Cada tanto Merady decidía darle un sorbo a su té y aprovechaba el momento para echarle miradas apuradas a la ventana, esperando ver un barco aparecer, desplegando sus alas hacia el cielo nublado que reinaba sobre el castillo.

Duran se tomó una buena pausa para agregar dos terrones de azúcar a su brebaje, revolviéndolo con mucho ruido. Luego miró hacia la ventana y comentó en tono quedo.

-Ya deberían estar por salir.

La joven lo escuchó durante unos segundos, distraída en su propia espera, hasta que lo que él había dicho terminó de entrar propiamente a su cerebro. Luego lo miró, sorprendida.

-¿Disculpe, maestro Duran?

-Arksinad- respondió él con naturalidad- Ha venido aquí en una misión para robar su arca voladora. Tu parte del plan era distraerme.

Respiró hondo para calmar el temblor de su mano y evitar que la taza se derramara. La apoyó en la mesa y comenzó a intentar hablar, evitando mirar al hombre a los ojos.

-Pero...

-No tengas miedo- la mirada que Duran le dirigía era verdaderamente bondadosa- No te culpo en lo absoluto... Es más. Me interesa mucho saber cuál es tu opinión sobre el joven mago. ¿Te ha contado sobre los crímenes que le impulsaron a huir?

No le respondió, impactada como estaba, pero no fue necesario. En ese mismo momento un sonido silbante azotó la ventana, y del torreón más alto ambos vieron emerger el pequeño barco, levantando vuelo y desplegando sus alas para lanzarse a la deriva.

Duran continuó sentado con su taza de té en la mano, pero levantó su brazo libre y con él hizo un sólo movimiento, creando un haz de energía. Mucho más allá, en donde el barco comenzaba a huir con los tres jóvenes adentro, el cielo se cubrió de runas, miles y miles de diferentes símbolos alineados que le impidieron el paso, atrapándolo como una cúpula de acero, invisible sobre el cielo.

Merady olvidó todos sus modales y se incorporó hacia la ventana, haciendo caer su taza en un estrépito de porcelana. Se pegó al vidrio y observó a la nave debatirse entre las runas que la sacudían, atrapándola, envolviéndola como serpientes.

Duran continuaba sentado, tranquilo. Podía hacer todo aquello con una sola mano. Podría haber repelido la invasión de un reino al castillo con una sola mano, tal era su poder.

-¡Espere!- dijo la joven, comenzando a desesperarse. Podía imaginar que sobre el barco Arksinad y sus compañeros estarían en una situación similar, detenidos justo cuando pensaban que estaban por salir exitosos en su misión.

-He colocado runas en todo lo ancho, largo, y alto del castillo- la informó el viejo mago- Por lo que le será imposible escapar a menos que yo lo desee. Ahora, señorita. ¿Debería desearlo?

La miró a los ojos un largo rato, en el que ella no supo qué decir. Luego dejó la taza sobre la mesa y se incorporó, mirando la ventana con un gesto de pena.

-No debes preocuparte, Merady, no le haré daño. Deseo hablar con él. Ciertos puntos sobre su historia con Vannael han resonado en mi cabeza últimamente, y me los cuestiono.

-¡No puede hacer esto!- se pegó contra el vidrio, observando el barco, y luego se giró hacia el hombre- ¡Déjelos ir!

Duran levantó una mano, y más allá las runas dejaron de girar, manteniendo al barco sujeto en su posición. Merady requirió de todo su esfuerzo para lograr que dos lágrimas cayeran en sus mejillas, que el número Dos del Geral miró con aprensión.

-Déjelos ir- rogó con un lamento.

Una figura apareció tras la puerta. Era Gallahard Arleon, un joven exageradamente apuesto que hacía de compañero de Duran al ser el miembro número Tres de la organización. Merady lo conocía al habérselo cruzado varias veces en sus reuniones con el maestro, y por la simple cualidad de que aquel joven parecía intentar seducir a cuanta mujer se le acercara.

-¿Y?- inquirió el viejo mago, sin dejar de mirarla.

-Se encontraba en el palacio de la reina- dijo el joven, con expresión cansina- Shimari accedió a acogerlo por lo que pude notar, e incluso a cubrirlo... Traía compañía.

-Muchas gracias.

Gallahard dio un suspiro fatigado y tomó asiento en otra de las acolchadas sillas, ignorando el espectáculo que podía verse desde la ventana, mientras Duran continuaba mirando a Merady, sin bajar la mano.

La joven se echó de rodillas al suelo.

-¿Por qué se arriesgaría a venir aquí a buscar el arca, maestro Duran?- comenzó ella, intentando convencerlo y dejando las lágrimas caer- ¿Por qué la reina lo acogería?

-¿Está en la ventana?- inquirió Gallahard divertido, pero sin esforzarse por verlos- Viejo, atrápelo ahora y terminemos con esto de una vez. Vannael estará agradecido, y tendremos un asesino menos poblando el mundo.

Duran no contestó a ninguno de los dos, pero observaba a la joven a los ojos.

-No puede capturarlo aquí- suplicó ella- No donde Vannael pueda hallarlo.

La mención de aquel nombre en sus labios pareció ser el botón adecuado. Duran soltó su mano y las runas liberaron la nave en un instante, desatándose.

Merady observó como el arca se volvía a enderezar y surcaba el cielo a toda velocidad, lo suficientemente lejos como para que no vieran quién la tripulaba. Respiró aliviada y miró al anciano, mientras Gallahard daba un largo suspiro de decepción.

-Lo siento.

-Señorita, no estoy enfadado contigo- resopló el Dos, apaciguador- Pero deberás contarme más de una cosa. Y de ser posible, prometerme un encuentro con tu amigo Arksinad.

Ella asintió, secándose las lágrimas con la manga del vestido. Había resultado tan convincente como lo esperaba, pero no había imaginado en lo absoluto que el viejo mago estuviera al tanto de las andanzas de Arksinad o de su relación con el brujo. Duran tomó la taza de té rota y la levantó para arrojarla a la basura.

-Gallahard- dijo al pasar detrás de la silla del Tres.

-¿Sí?- el joven contestó con los ojos cerrados, durmiéndose.

-Vuelve a tu casa y descansa. Mañana tendremos un día ocupado.

Gallahard cabeceó, y luego se levantó como un condenado, marchándose sin saludar. El Dos resopló.

-En ocasiones me hubiera gustado un compañero algo más despierto- afirmó- Pero es precisamente su falta de atención al mundo lo que me asegura que no le delatará nada de esto a Vannael... Ni siquiera comprende bien lo que estoy haciendo. O mejor dicho, lo comprende pero no le importa, no logra diferenciarlo de cualquier suceso diario o de cualquier problema. Para él, investigar al rey de Cel-Neckar a sus espaldas es lo mismo que ir a sacar la basura al descampado.

Dio un suspiro prolongado, y se aproximó a la joven con una taza nueva, reluciente.

-Seca ya esas lágrimas. No planeé verte llorar ni arrodillarte en ningún momento, y en verdad lo siento. Como castigo por tu insolencia, jovencita- sonrió divertido- deberás seguir distrayéndome, pero esta vez con información valiosa... ¿Más té?

Era una noche calma y pacífica en el palacio de Sadalsuud. La brisa resonaba el follaje en lo oscuro de los jardines, estremeciendo los puentes y balanceando las estructuras que adornaban sus incontables torres, creando entre ellas una sinfonía particular, nocturna, ideal para hacer ingresar el sueño.

La nave que apareció allí, traída de repente, no perturbó aquella quietud. Era un barco pequeño pero de madera gruesa, con una sonrisa amplia y brutal pintada en la proa, bajo dos ojos triangulares y simétricos a una punta afilada. Los adornos y bordes de oro la colmaban en sus costados, cargados además con las dos velas: estructuras similares a las alas de un dragón, listas para abrirse y aprovechar las fuertes corrientes que poblaban los cielos.

El arca descendió lenta y tranquila en aquel paisaje, sin el menor ruido, sobre uno de los grandes patios del castillo. Las tres personas que la ocupaban se encontraban con los ánimos alterados y cansados, pues habían vivido una gran aventura y se habían escapado tres veces de una muerte segura.

Sin embargo no perdieron el tiempo, y decidieron partir esa misma noche. Vannael detectándolos en Cel-Neckar, así como las runas de Duran envolviéndolos y liberándolos luego les habían probado que su misión de infiltración y robo había resultado más desastrosa de lo que esperaban. Había que apurar la marcha, o los problemas se acumularían junto con los daevas.

Arksinad se quedó junto a la gran esfera dorada que reposaba sobre el arca, con la que podía controlar la nave. Reed y Reaper bajaron al palacio y comenzaron a cargar los sacos de provisiones que ya tenían preparados de antemano: antorchas, mantas, ropa, alimentos: harina, carnes y pescado en salazón, setas; toneles de agua y medicamentos que imaginaron terminarían necesitando, incluso algunas armas de repuesto y libros o manuscritos que habían pedido a la biblioteca del reino. Querían estar bien preparados, aprovechando que sería una larga jornada en el cielo y que gracias al barco podrían cargar mucho más de lo que los descosidos bolsillos de sus abrigos podían aguantar.

Por último Reed tomó su escudo con anhelo, y lo cargó en su espalda. Prometió no volver a separarse de él por tanto tiempo, viendo cómo las cosas habían resultado. Era su amuleto de la suerte, su amuleto de la vida.

-¿Partiremos sin avisarle a Shimari?- inquirió a Reaper, que arrastraba un pesado saco lleno de bizcochos duros, ideales porque el tiempo no los desgastaba.

-Lo soportaré- fue la estoica respuesta del guerrero.

Cargaron las últimas cosas en la bodega interior –sólo había dos habitaciones interiores en el arca, y les apetecía poco usarlas ante la comodidad de la cubierta- y le hicieron la seña al mago, listos para partir a Eclant.

Listo para partir a Vant.

Arksinad apoyó las manos sobre la enorme esfera dorada que usaba para maniobrar la nave. Parecía hecha de algún desconocido material que canalizaba y almacenaba la magia del mago, un banco de su propio maná que lo enlazaba con el arca. Ningún otro mago, por más talentoso que fuera, podría siquiera despegar sin su permiso.

La bola vibró y pareció girar sobre sí misma, o al menos esa impresión le dieron a Reed los reflejos que se sacudieron en ella. Giró y se movió y pronto el barco comenzó a elevarse, como siguiendo a aquella esfera, con sonidos pausados y profundos, melódicos, sacudiéndose en la base y poniendo distancia entre esta y el suelo de las plataformas del palacio.

La sensación de volar, de flotar en la nada era increíble, ahora que podía disfrutarla a pleno sin temer por su vida. Reed se apoyó contra la barandilla de madera, respirando el aire frío de la noche, dejando su cuerpo liberar el picor que los relámpagos de Vannael aún le producían.

Aquel encuentro lo había dejado más que impresionado. No había dudado jamás de la palabra de Arksinad, depositando una ciega confianza en su amigo, aunque no

esperaba que Vannael revelara un lado tan inestable apenas lo conocieran. Scarrow le había hablado de él como un hombre sabio y poderoso, amigo en los problemas, pero la visión que había tenido del rey era la de un hombre implacable; poderoso sí, pero implacable y de emociones oscuras y violentas. No los había atacado hasta que Arksinad utilizó el Shinoras, e incluso cuando lo hizo Reed notó que lo había hecho ligeramente, como jugando con ellos. Recordó cómo había aparecido frente a él, y las extrañas palabras que había pronunciado. No dudaba de que, tan sólo con aquella habilidad de aparecerse en cualquier lado, podría haberlos matado a los tres sin dificultad.

Comenzó a formar una idea, pero el arca lo interrumpió abriendo sus alas de repente, sus velas rojas de murciélago, de dragón. Se sobresaltó y cayó de bruces al suelo de madera, adolorido, mientras Reaper resoplaba burlón.

Arksinad dejó de tocar la esfera dorada, y se sentó junto a esta, con los ojos cerrados y en paz. Parecía encontrarse en su territorio. El arca ya se hallaba alta, muy, muy alta, el palacio de Kamui podía observarse casi en su totalidad, las ventanas iluminadas donde la reina debía de dormir a esas horas, ajena a todo ello.

Reaper se apoyó contra la barandilla, y pronto llegaron a una altura en la que el viento comenzó a soplar con fuerza, tensando las alas de la nave y movilizándola con más poder, dejando todo atrás. Avanzaban muy rápido, más que con cualquier falkin y sin ningún obstáculo que detuviera un camino recto hacia el destino que eligieran.

Reed se sentía entregado a la sensación de vértigo. Con medio cuerpo colgando del borde del barco, toleraba las ganas de vomitar, intentando acostumbrarse a los movimientos imperceptibles que le revolvían las tripas. Veía puntos negros emergiendo del palacio, personas que habían despertado para observar qué interrumpía la normalidad nocturna, y las saludó entusiasta con los brazos hasta que cayó en la cuenta de que ellos difícilmente podrían verlo a semejante altura.

Se desplomó en el piso de madera, frío pero reconfortante, y habló, al menos para superar el vómito que le subía por la garganta.

-¿Cómo funciona eso del relámpago?

Más allá el mago levantó su sombrero y lo miró con una sonrisa un tanto forzada, evidentemente sin comprender a qué se refería, o temiendo que hablara del relámpago que Vannael había lanzado. El muchacho se giró, viendo a sus dos compañeros, y decidió explicarse.

-El sello ese, que tú, Merady y Eluid usan. Lo tocas, y ella aparece junto a ti. Lo toca ella, y Eluid aparece junto a ella. ¿Cómo es que funciona?

Reaper no dijo nada, pero observó interesado. Había sido rápido en acostumbrarse a los movimientos del arca.

-¡Ah!- sonrió Arksinad- El Sello de Convocación. Pero cometes un error si crees que soy yo quien traigo a Merady a mi lado, o ella quien invoca a su hermano. No funciona así. Cuando lo tocamos, lo que hacemos es enviarle una señal a la persona que tiene el mismo sello. De esta manera sabe que lo necesitamos, y si desea respondernos puede tocar el sello y aparecer en un instante.

-Bastante impresionante- notó Reaper.

-Y bastante incómodo, pues el otro no tiene limitaciones- notó Arksinad- Si Merady lo decidiera, podría aparecer ahora mismo en el arca, o cuando me encuentre en el baño, o cuando estoy durmiendo. Debes tener plena confianza para decidir hacerte un Sello de Convocación con alguien.

-Así que...- Reed sonrió, recordando que habían tenido ya una charla similar en el pequeño bar de un pueblo de Fariel, cuando volvían junto con los hombres de Yeguilex a buscar la Estrella Oscura- Merady tiene sellos tanto contigo como con Eluid, ¿es verdad?

El mago asintió, complacido. Reed pensó que quería hacerse uno de aquellos sellos con Scarrow, desde que había visto a la noble aparecer en la lluvia ante Arksinad por primera vez. Si la magia de esta podía soportar aquel conjuro, la de él sin dudas también lo haría.

-Tu maestro...- dijo Reed de repente, recordando, y el mago lo miró con extrañeza- Podía aparecer en cualquier lado con una luz, de repente. ¿Tiene relación?

Arksinad se encogió de hombros. Reaper lo miraba en silencio.

-No sé nada de la magia que usa mi maestro mas allá de sus relámpagos- admitió- Pero por lo que pudo enseñarme sé que maneja una enorme variedad, más de la que ningún mago pueda jactarse. Conoce los veinte tipos de magia a la perfección, aunque desconozco cuál es su área de dominancia, así como la mía es magia tenebrosa. Pero, Vannael tiene la habilidad de hacer exactamente lo que ningún otro mago puede. Puede aparecer en donde sea, sea marcado con magia o no, en un abrir y cerrar de ojos. Y sus sellos de Convocación funcionan de manera diferente... él puede invocarte a su lado cuando le plazca si comparten sellos.

Reed asintió, suspirando. No hacía falta notar que, en las muñecas tatuadas de Arksinad, existía una marca borroneada que probablemente había pertenecido a un Sello de Convocación con aquel blanco hombre.

Vannael era un monstruo, tal como Reaper lo había definido tiempo atrás. Su poder mágico rebosaba todo lo que hubieran podido imaginar, desvirtuando incluso las mismas leyes y códigos de los sellos que creaba. Aquello le producía una grave sensación de molestia.

-Albion también, podía aparecer donde le antojara...- comentó el mago con un bostezo, los ojos cerrados en paz.

El aire recorrió los bordes del arca, sin tocarlos pero creando un sonido extraño, de papeles moviéndose por el camino recorrido. Más abajo la ciudad de Kamui todavía continuaba, las luces y los globos que flotaban hacia el cielo, quemándose antes de alcanzarlos, todos menos uno que voló hacia las nubes, como saludándolos en nombre del pueblo que los había hospedado.

Reed vio el globo alejarse a toda velocidad, dejado atrás por la increíble velocidad del barco, hasta convertirse en un insignificante punto luminoso. El arca era como una saeta. Había oído que pocos magos tenían barcos voladores, ya que eran un bien preciado que se enlazaba con una sola persona de por vida, pero no imaginaba que fueran tan superiores a los barcos marinos que la gente normalmente utilizaba.

Sonrió pensando que ese tipo de idea no debía ser pronunciada ante el capitán Van Lyder, cuando volviera a verlo. De alguna manera extrañaba a aquel hombre, quizás porque era su conexión con Vant, su hermano, su madre y su maestro.

-¿Tiene techo esta cosa, o deberemos meternos adentro?- preguntó Reaper a Arksinad mirando el cielo.

Unos nubarrones grises comenzaban a formarse sobre el barco, lentos y pesados, extendiéndose a una buena distancia. No podrían zafar de la tormenta.

-Lo tiene. Y no lo tiene.

-Gracias Arksinad, eso resuelve todas mis dudas. Ahora ya puedo dormir tranquilo sabiendo que ningún rayo me partirá la cabeza, o quizás sí.

-Es un techo mágico- explicó el mago- Invisible a los ojos. Nos protege de pequeñas cosas que surcan el cielo como las aves, de la lluvia y también del viento y el frío que a esta altura deberían habernos petrificado y mandado fuera de cubierta.

Aquello llamó la atención de Reed, quien pasó un buen rato echado en el suelo, mirando hacia arriba para vislumbrar cualquier indicio, cualquier brillo de burbuja que revelara aquel techo que el mago mencionaba. No captó nada, pero al asomarse por la barandilla notó que era cierto que ahí el viento golpeaba con fuerza, sacudiendo su abrigo y su cabello violentamente. Más abajo se podía contemplar una ciudad, más pequeña que Sadalsuud pero bien cargada de luces, todavía parte de lo más céntrico del reino. La visión lo reconfortaba en gran medida, las luces brillando en la oscuridad de la noche, en el relieve de tantas montañas y bosques. Era una prueba de la humanidad, y cada brillo era una vida ajena a ellos, una vida feliz y despreocupada.

Se le cerró el corazón de golpe al repetir el pensamiento, pero se encontraba demasiado relajado y lo dejó pasar, evitando recordar su charla con Shimari. La noche se adentraba y las nubes se oscurecían más y más.

Pronto sintieron un ruido sordo, y el cielo brilló. Un relámpago silbó en el aire, justo al lado del arca, seguido de un restallido ensordecedor. El firmamento estaba negro, tan negro como un abismo, y pronto pudieron ver las gotas, las gotas que las nubes condensaban y dejaban caer sobre las casas, los bosques, la tierra de las montañas. Ninguna de ellas tocaba el arca, resbalando sobre ella como si tuviera una cúpula encima, similar a las runas del palacio de Cel-Neckar. Parecían estar rodeados por un muro de agua y truenos.

Reed sintió un escalofrío, y tomó su frazada para abrigarse. Aquel espectáculo lo encantaba. Reaper miraba los truenos con interés, y el mago parecía haberse dormido, recostado en la esfera dorada, relajado por los sonidos fluviales.

El arca navegaba por su cuenta. Reaper tomó su manta y se acostó sobre la cubierta, mirando aún los relámpagos. Reed probó por una última vez asomar su cabeza fuera del barco, y lo que ganó fue empaparse el cabello y helarse los oídos. Tuvo que secarse con su capucha.

Iban ya dejando la ciudad, pero la tormenta tenía para largo rato. En vista de que sus compañeros deseaban dormir, Reed abrió una de las bolsas de provisiones que habían dejado en cubierta y sacó un trozo de jamón, una hogaza de pan fresco y algo de queso, fuerte y lleno de agujeros. Tenía un antojo nocturno. Se sentó de piernas cruzadas ante la punta del barco, con la comida cerca, y la masticó solemne, disfrutando de cada bocado mientras veía la lluvia caer sobre la nave voladora, sin tocarla.

Había descubierto un nuevo placer en la vida.

Despertó en la misma posición, excepto que su torso estaba tumbado hacia adelante, su cuerpo incómodamente doblado y con un hueso de jamón aún apretado en el puño. La madera de la nave resplandecía, calentándose ante un sol impiadoso, prueba del nuevo día que se formaba ante sus ojos.

Ni Reaper ni Arksinad se encontraban en cubierta, cosa que lo alarmó en gran manera hasta que se percató de que el Arca del Cielo no estaba en movimiento, sino reposando en la tierra.

Se levantó y se estiró un largo rato, dejando todos sus huesos moverse, sus músculos relajarse y perder la costumbre de aquella horrible posición al dormir. Luego se acercó a la barandilla y dio un salto, para caer a tierra con un quejido.

Habían estacionado la nave en el espacioso claro de un bosque. Al pie del barco Arksinad y Reaper se encontraban ante una pequeña fogata, preparando el desayuno y hablando muy animados. Reed se les acercó con paso tambaleante.

-Buenos días, dormilón- se burló Reaper.

-Más bien comilón- Arksinad sonrió y lo miró- ¿Qué hiciste con el pan y el queso? Sólo nos quedan dos hogazas ya.

-Una para cada uno- se justificó con un bostezo- Las que quedan son tuyas.

Reaper rio y el mago sacó de una bolsa el jamón, que acercó al fuego para cocinar. Se sentó a su lado, disfrutando el fresco aire del bosque, y los observó comer a ambos. No tenía hambre pero se sentía feliz, extrañamente feliz y relajado, como en la noche anterior. Suponía que los amaneceres soleados le solían causar aquello, como lo hacían en el palacio de Kamui. En el bosque en donde se encontraban, de árboles robustos pero espaciados, el sol pegaba como una bendición divina.

-¿En dónde estamos?- preguntó rascándose la cabeza, y observando con más atención el grosor y la altura de los árboles, verdaderos gigantes como nunca los había visto.

-El Bosque Sagrado- explicó Reaper- Que divide Kamui Medor a Kamui Minmedor, donde está mi pueblo. Será la última gran masa verde que verás en este viaje, así que yo que tú la aprovecharía.

Se paró al instante, sobresaltado y tanteando su cintura en busca de su espada. Sus compañeros lo miraron curiosos, sin dejar de mascar.

-Mejor vámonos ya- dijo él.

Ninguno dijo nada, y Reed tragó saliva para explicarse mejor.

-Cuando era niño, apenas encontré mi escudo, un lobo me atacó en el bosque que rodea mi aldea...

-Eso explica tanto- asintió Reaper con naturalidad.

-Y tan poco- lo coreó el mago.

Reed continuó sin prestarles atención.

-Luego tenemos a Mila y su casa embrujada, en el Bosque de Los Toros. Y luego a Mila y los daevas, en el bosque que daba al puente de Al Tarf. Sabemos cómo terminó eso. ¡Tres veces peligro, y todas en un bosque!

El guerrero de Kamui lo interrumpió con una mano, comiendo con tranquilidad. Tragó con un sonido gutural y muy poco educado, y luego se limpió la boca con el brazo para hablar.

-Ya partiremos. Pero debes saber que este bosque no es cualquier juntadero de árboles como los que habrás visitado antes en tu vida. El Bosque Sagrado es un bosque sacro, quizás el único que hoy en día existe en el mapa. Sus árboles son viejos y sabios, y se alimentan de toda la pureza del mundo. Incluso se dice que el resto de Kamui es desértico por culpa de que acaparan todos los nutrientes del continente.

Reed escuchó asombrado. Arksinad parecía ya conocer la historia, por lo que continuaba alimentándose insaciable, aunque con mejores modales que el otro.

-Además, no existe criatura ni ser maligno que pueda entrar aquí- el guerrero dio una mirada de reojo a Arksinad, y el mago asintió.

-Yo no cuento- admitió- Los brujos tenemos poco de maligno o sobrenatural en verdad, por muy tenebrosos que nos veamos Mila o mi persona. No somos demonios.

-¿Y tu demonio del sombrero?- inquirió Reed- ¿Este bosque no lo repele?

-Asherat no está aquí- explicó el mago- Vannael me quitó su tótem y lo mantiene en posesión. Pero además, mientras el huevo estuviera encerrado en sí mismo, en la cornucopia, no habría de qué preocuparse. Es una dimensión aparte a esta, y podría pasar por cualquier barrera sagrada sin dificultad.

Recordó que Vannael le había quitado el Tótem Terror del sombrero, y se preguntó qué necesidad había tenido de hacer algo como ello. De alguna forma, sentía que el rey lo había hecho tan sólo como una especie de juego, de presión o demostración y nada más. No había sentido ningún calor de él, y poco hubiera ahondado su sorpresa enterarse de que Vannael era un brujo de Asherat, tanto como Mila o su pupilo. Si aquello era cierto, el hombre también tenía una forma de acceder a la cornucopia, como el sombrero que poseía Arksinad, y podría haber tomado el Tótem Terror de allí sin ningún problema.

¿O sí? El estómago de Asherat estaba lleno de millares y millares de objetos, incluso criaturas horribles como el hekantoquiro, y su huevo se había movido de su posición original bajo la Estrella Oscura. Vannael había tenido menos problemas retirándolo directamente del sombrero por lo habían vuelto a meter.

No pronunció ninguno de estos pensamientos, y miró el Arca ansioso por partir hacia el pueblo de Reaper, Eclant. El mismo kamuita se incorporó, limpiándose la grasa de las manos con sus pantalones, y avanzó hacia el barco.

-Vamos ya, dormilón, te has perdido el desayuno campestre.

-¿No deberíamos borrar la fogata y nuestras huellas?- Reed recordó a sus perseguidores- Esto es oro para los daevas.

-Para nada- dijo el otro de espaldas, ya casi por subirse a la nave- Como dije, ningún daeva puede entrar aquí. Eso sin mencionar que estos árboles son nuestros aliados contra el mal del mundo. En el preciso momento en que pusimos pie entre ellos, los daevas nos han perdido el rastro- se volvió para mirarlos, Reed observando con atención a través de sus ojos grises y Arksinad sacudiéndose las migajas de la túnica- Por supuesto, aquellos monstruos volverán sobre nuestros pasos tan rápido como los perdimos. Habrá que tener cuidado.

Dicho esto, subió, y luego el muchacho y el mago le siguieron. El último volvió a tocar la esfera dorada y el barco remontó vuelo, abriendo sus alas y aprovechando el frío viento matutino. El Bosque Sagrado se alejó hasta convertirse en una angosta línea, una que marcaba la mitad del trayecto que ya habían realizado con gran velocidad.

No había ni un alma en ese instante sobre la biblioteca de Cel-Neckar, pues no eran esas horas de lectura o recreación. Una luz tenue sin embargo iluminaba sus suelos

alfombrados, escondida de cualquier persona ya que ni siquiera el bibliotecario, hombre viejo y tenaz en su presencia, visitaba el lugar a esas horas.

La luz se movió y desenredó a sí misma, descubriendo a la persona que había decidido teletransportarse allí adentro. Nada quedó dañado por aquella magia, y Duran caminó tranquilo por la alfombra, meciéndose la barba, sereno pero preocupado. Había dejado su armadura azul afuera y vestía sencillamente con aquella capa amarillo chillón que tanto le gustaba, sobre la que se adivinaba el diseño de un oso.

No hizo nada durante los primeros instantes, perdido en los estantes del lugar como si fuera un ladrón culto y furtivo en busca de un libro con el que entretener sus noches. Esperaba a alguien, y la hora señalada se aproximaba.

La siguiente luz cubrió el suelo tras él, pero Duran no se sobresaltó en lo más mínimo. La teletransportación se veía curiosa desde afuera: grandes discos de colores que cubrían el espacio y formaban las figuras que luego liberaban, como regalos de otra realidad.

Quien aparecía allí era muy anciano, mucho más incluso que Duran, su rostro cubierto con una capucha gris y la larguísima barba trenzada en partes de formas inauditas. Apoyaba su peso en un bastón de madera retorcida, pero no temblaba y su paso era seguro, firme bajo la apariencia encorvada.

-Maestro Dordo- saludó Duran cordial, dándose la vuelta- Es un placer verlo, aunque sean estas las circunstancias.

-¿Estás seguro de que quieres hacer esto?- fue la respuesta del vejestorio, mirándolo con aprensión. Parpadeó y el número Quince que tenía tatuado en el párpado quedó a la vista unos instantes- Eras un alumno brillante, aún lo recuerdo. Escalaste desde la misma nada hasta convertirme en el Dos del Consejo, la mano derecha de un rey justo y bondadoso como Vannael. ¿Por qué querrías arruinar tu reputación despertando dudas contra tu rey?

-Le debo mucho- asintió Duran, sin mudar su expresión de seria determinación- Pero mi reputación me trae sin cuidado. A cierta edad, uno aprende que arrastrarse es poco ante las vidas que te rodean.

Dordo hizo un gesto extraño, que no parecía significar nada realmente, un término medio entre la aceptación y la duda. El Dos del Geral Veintiún miró al Quince, a su viejo maestro, y habló.

-Cinco.

Dordo lo miró, con el labio plegado y expectante. Duran volvió a tomar la palabra.

-Cinco magos perdió el Geral Veintiún, en los últimos años. Scarrow Arderaid, exiliado a Tikielder por el desastre de Dour. Haluar Marketz, Aibol Saendil y Ruin Levan Aurora, asesinados en sus hogares los últimos dos y desaparecido el primero. Y Arksinad Eel, culpado por esos asesinatos y exiliado de la ciudad, aún en fuga.

El viejo hombre tragó saliva, y acotó.

-Más aun así, lo de Scarrow...

-Tanto Scarrow como yo fuimos alumnos suyos, maestro Dordo- inclinó la cabeza Duran- Y Haluar también. Sobre las últimas tres muertes es que tengo duda. Usted que midió todos nuestros poderes desde hace años, incluso los de Arksinad y Aibol o Ruin... cree que el antiguo alumno de Vannael... ¿pueda haberlos realmente matado? Si bien su número era mayor, la habilidad de Arksinad en ese entonces dejaba mucho que desear. No podría haber asesinado a ninguno de esos hombres por su cuenta. Incluso me atrevo a decir que personas ni pertenecientes al Geral le hubieran dado problemas.

Dordo tomó una silla, y se sentó presto. El pulso de su mano temblaba imperceptiblemente, cosa que no pasó desapercibida por su antiguo alumno.

-¿Qué sabe usted, maestro?

El viejo suspiró, y Duran no pudo evitar cierta aprensión. Dordo Id Quaria era el ser más anciano, no sólo del Geral Veintiún sino también probablemente del mundo entero como su apellido lo mostraba: pertenecía a la antigua y olvidada ciudad Quaria del continente oscuro que ahora se hallaba plagada por demonios, y su magia le había permitido vivir todos esos años bajo el costo de olvidar grandes partes de su vida. Se rumoreaba sin embargo que había conocido al legendario Albion, y solía pasar parte de sus días guardando la puerta del Templo del Centro del Mundo, al menos hasta que se halló la Estrella y fue clausurado.

Pero si Dordo había sido un mago prestigioso durante los tiempos de Albion, de aquello poco quedaba ya en aquel viejecillo amnésico que temía hablar en la oscuridad.

-Daevas- dejó salir el hombre con un gesto de su mano temblante- Así lo hizo el discípulo. Invocó a los demonios de sombra y los utilizó para dar caza a los magos en sus hogares, todos al mismo tiempo.

Tragó saliva. Era justo lo que había ido a escuchar, lo que esperaba y temía desde el fondo de su alma.

-Hace unos días, Arksinad robó el arca que le pertenecía de las bóvedas del castillo- reveló, y el otro lo miró con los ojos como platos- Lo dejé marchar inmune, presa de cierta curiosidad.

-Duran. ¿Por qué...?

-¿Por qué se arriesgaría a semejante tarea, ir a donde podrían capturarlo fácilmente? ¿Qué necesidad había de poner su pellejo en juego? Y luego me vino a la mente una razón: este supuesto criminal no podía continuar andando en tierra. Necesitaba esa arca, en verdad, incluso lo suficiente como para realizar tan arriesgado plan. ¿Y qué clase de cosas pueden agarrar a uno en tierra, pero jamás en el cielo?

Su interlocutor no hablaba, pálido. Los dos sabían que la respuesta eran los daevas, los mismos que habían matado a aquellos tres magos hace años, y los mismos que, si Duran no se equivocaba, perseguían a Arksinad. Si esto era así, y lo que había hablado con la joven Merady era cierto, el alumno de Vannael había sido inculpado falsamente, y otro había sido el autor de los asesinatos.

Otro.

Se sorprendió al oír llanto, y su semblante se preocupó al ver a su interlocutor. Lloraba.

-No ganará nada, Duran- sollozó Dordo- Quien podría haber detenido a Vannael está muerto ya. No debe preocuparse. Nuestro rey es *justo*.

-Haluar, Aibol y Ruin se hallaban enfrascados en una investigación cuando sus muertes ocurrieron- dijo él, mirando a su viejo maestro con compasión. Era un hombre anciano, mucho más que él después de todo, mucho más que todos y sabía demasiado, no quería sufrir más- Voy a continuar esa investigación por mi cuenta, y veré a dónde me lleva.

Dordo no dijo más nada, ensimismado. En ocasiones tenía pérdidas de memoria y hablaba cosas extrañas, hablaba de Albion, de hombres grises y de ciudades, de espadas y elegidos. Sus recuerdos estaban fragmentados en su mente.

Lo dejó allí, sentado meditando, y se dispuso a salir de esa biblioteca. Retomaría las investigaciones cerradas, y vería qué mensaje le habían querido dejar aquellos magos muertos.

Luego, hablaría con Arksinad Eel. La máscara de Vannael debería caer en algún momento, y en su corazón realmente Duran esperaba encontrar al rey sabio y bondadoso que Dordo profesaba.

Los siguientes días de viaje fueron aun mucho más emocionantes. Los pasaban atravesando Kamui a gran velocidad, bajando sólo para abastecerse y relajados de que ninguna criatura los pudiera poner en peligro. Reaper les hacía de guía, entusiasmado por encontrarse en su tierra de nuevo y muy conocedor de lo que allí había: les señalaba los antiguos campos de batalla donde se había desatado la guerra de Kamui y Fariel, las montañas y desiertos arenosos, algunos plagados de arañas gigantes y escorpiones bestiales, las ciudades construidas en los riscos, colgantes y siempre a punto de desmoronarse. Terminaron bajando en un momento, por puro placer del guerrero, a la ciudad central del lugar, Kaus Australis. Había comenzado como un pequeño asentamiento kiel cuando esta extraña raza comenzó a explorar las tierras de Kamui, pero los humanos lo habían conquistado rápido y la habían bautizado como capital, aprovechando la presencia del mar y de extensos ríos que la cubrían, sobre los que crecía una vegetación, sino muy densa, bien húmeda y provista de plantas frutales.

Allí perdieron un tiempo comiendo, hablando con personas y disfrutando el frescor de las frutas y jugos que se ofrecían para combatir el calor del desierto. La gente de la zona sur de Kamui era sincera y más calmada que la del norte, sin ningún juego de poder como los que se perpetuaban en el vasto palacio de la reina. Reed notó que Reaper realmente se sentía como en casa, y lo primero que hizo el guerrero fue comprar inagotables provisiones de carne salada para disfrutar en el arca.

En general comían en el mismo barco. Les gustaba aquello, aunque a Reed le llevó un tiempo acostumbrarse y que el estómago no se le revolviera si el arca decidía vibrar por su cuenta y moverse para aprovechar una corriente de viento. Cenaban tranquilos sobre la cubierta, charlando, viendo las nubes y los pájaros, el firmamento ir en su contra, y terminaban empachados y relajados, ansiosos por llegar a destino pero sin pasarla mal durante la espera.

Reed había descubierto varios pasatiempos mientras se encontraba en el reducido espacio del arca. Cuando el mago solía hallarse leyendo, abría la puerta trampa y bajaba a las habitaciones interiores. Eran sencillas, amuebladas para descansar y acogedoras, la segunda provista de una esfera dorada más grande que la que estaba en cubierta, el núcleo que movía la nave. De allí Reed tomaba provisiones de los sacos que habían cargado y subía a cubierta para arrojarlas a tierra en cuanto pasaban sobre un pueblo, imaginando a gente desprevenida ser golpeada por un trozo de plan blando y esponjoso. Por lo menos, su diversión duró hasta que Reaper le ordenó que dejase de derrochar la comida.

Otra cosa que le entretenía era descubrir que aquel barco parecía tener su propia personalidad. El rostro de colmillos sonriente que tenía pintado cambiaba imperceptiblemente de acuerdo a esta, cuando nadie lo veía: las marcas se torcían para

mostrar una sonrisa brutal cuando la esfera vibraba con furia haciendo que el arca se desplazara como un trueno, o parecían calmarse como su dueño durante las noches de lluvias heladas o granizo. En ocasiones sentía que el barco se burlaba de él, cuando aminoraba la velocidad luego de un arranque impresionante para hacerlo caer, y por un tiempo creyó que era su imaginación hasta que notó que a Reaper le pasaba lo mismo –y su amigo era cien veces menos amable con su transporte cuando ocurrían estas cosas- e incluso a Arksinad otro par de veces. Cuando ocurría, el mago solía enfadarse pero luego murmuraba cosas como “*está de muy buen humor*” o “*ya me reiré yo cuando te desarme madera por madera*”, afectivo, y Reed veía que la sonrisa del Arca del Cielo se ensanchaba enormemente hasta mostrar la hilera de dientes puntiagudos que le podría haber atribuido a un tiburón.

Y eventualmente arribaron. La nave estacionó en una pequeña playa de Eclant, no lo suficientemente escondida a los ojos de Reed, pero el mago les aseguró que nadie podría robársela, ya que el arca jamás arrancaría sin que él lo deseara.

Bajaron de la cubierta de un salto, y lo primero que Reed hizo fue quitarse las botas para sentir la arena entre sus dedos, la arena fina y rojiza que cubría todo allí como nieve, suave y tibia. Se dejó llevar por esta sensación, por la tierra firme luego de tanto movimiento, por el sonido de las gaviotas sobre la pendiente rocosa y el estruendo del mar al golpear sus olas rítmicamente contra la costa. Respiró hondo el aire cargado de salitre, recordando aquella vieja sensación que había tenido en el puerto de Tikielder, al dejar Vant.

Mucho más allá, si sus ojos pudieran atravesar el horizonte, habría podido ver la isla con su pueblo, o eso creía. Se encontraba terriblemente cerca, y también terriblemente lejos.

Reaper en cambio parecía algo tenso, echando miradas nerviosas a la dirección por la que debían ir.

-Los daevas no llegarán hasta aquí- lo tranquilizó el mago- Por lo menos no tan pronto, y cuando lo hagan podremos escapar con facilidad.

-No es por eso- respondió el guerrero con nerviosismo, casi sin mirarlo- Últimamente los daevas se me hacen muy apetecibles.

El mago se inclinó de hombros, sin comprender, y le hizo una seña a Reed para que avanzaran. Dejaron el arca en donde estaba sin atarla siquiera, pues sería un trabajo complicado e innecesario ante la tecnología de aquella nave.

Se adelantaron hacia el pueblo de Eclant. Reaper marchaba detrás, con la cabeza gacha, y Reed hubiera jurado que arrastraba las piernas.

Toda la región era árida y desértica, con cactus fuertes y llenos de frutas coloridas, el aire y la tierra rojos como el fuego. Sin embargo, quizás por la proximidad del mar, el calor no les hacía tanta mella allí como les había hecho en Kaus Australis o sus anteriores paradas. La brisa marina era fresca y dominaba, toda la zona desprovista de montañas.

Era un clima de fuego y hielo, hermoso para estar pero inútil a la hora de hacer crecer la mayoría de vegetación. Reed se percató de que no pisaría pasto húmedo en momento alguno durante su estadía allí; en el mejor de los casos, pisaría los zarzales que sobrevivían solos a la inclemencia.

El sendero los llevó en su tranquila marcha hacia donde las casas comenzaban a aparecer y multiplicarse: chozas de paja y barro, casonas destartadas y con toldos de tela para proteger sus fachadas del sol. Reed imaginó a un pequeño Reaper jugando allí, tanto como él jugaba en los montes y planicies de Vant. Eclant, sin embargo lo debía admitir, era considerablemente más grande que su aldea, y donde el verde y el pasto dominaban Vant, el rojo y la arena lo hacían en el hábitat de su amigo.

Mientras más se acercaban al centro del pueblo, las casas se hicieron más grandes, todavía blancas o del color de la arena, muchas conectadas por grandes cordones repletos de banderillas donde el león de Kamui rugía. Era un espectáculo agradable en el que no había un alma a excepción de unos pocos niños, demasiado ocupados en montar un burro como para prestarles atención a los tres nuevos visitantes.

-Esta es mi casa- señaló Reaper secamente- Solía vivir aquí con mi padre.

Era una de las grandes, aunque no lo suficiente siendo que pertenecía al antiguo Ser de Eclant. Gran parte de ella estaba sin embargo hecha un destrozo, con un impresionante hueco en la pared que dejaba ver escombros y cal arrojados al interior. Cualquiera ladronzuelo podría haber entrado por allí sin dificultad.

-No está muy ordenada- comentó el mago observando los destrozos.

-Fueron las ruedas de tu padre, ¿verdad?- preguntó Reed, siendo de momento muy perspicaz. El guerrero debía haber tenido que abandonar aquel hogar a toda prisa, para salvar su vida, y nadie se había molestado en reparar aquellas enormes roturas en el edificio abandonado.

Reaper asintió, sin cambiar su expresión.

-¿Vamos allí?

-Sí.

“*Está más hosco de lo habitual*” pensó al instante Reed. En efecto Reaper no los miraba mientras se movían, sino que parecía hasta preocupado y cabizbajo. Si no lo hubiera conocido, hubiera jurado que tenía miedo... ¿pero de qué? ¿Acaso creía que los daevas podían aparecer allí, o lo atormentaban los recuerdos de su hogar?

No necesitaron abrir ninguna puerta sino que entraron por la brecha que los Jormungand habían dejado. Reed se aliviaba de que, con los daevas ahora sobre ellos, al menos esas criaturas hubieran encontrado su fin en Belekraz.

Se hallaban ahora en un almacén atiborrado de objetos metálicos. Tardó un poco en distinguir las lanzas, armaduras, guadañas como *Caronte*, espadas, yelmos y demás que llenaban los estantes polvorientos y el suelo, pues todo estaba caído y desordenado.

-Tengan cuidado en donde pisan- les advirtió el joven mientras se movían a través de los objetos arrojados, de las cuchillas e incluso de las flechas de acero.

-Tu padre se tomaba su trabajo en serio- comentó el mago viendo toda aquella abundancia.

-Dejó de ejercer su título de Ser para dedicarse a la herrería- notó el kamuita- Antes de que se dedicara a querer matarme. Pero comprendo lo primero. Ser un noble es una carga pesada que me alegro de haber podido dejar en las manos de mi amigo Allon.

No dijo nada más, moviéndose con cuidado y acomodando de vez en cuando algunos de los objetos en los estantes, con dedicado esmero. Cada cosa que levantaban hacía un tremendo ruido de lata y sacudía una polvareda impresionante, pero lo que más

impresionó a Reed de ello era que nadie parecía haber robado nada de allí, nadie había tomado siquiera el más insignificante cuchillo de la casa abandonada y abierta al mundo. O en Eclant la criminalidad era inexistente, o la familia Assadan era muy querida.

-Bueno, vámonos- dijo por fin el guerrero, sacudiendo el polvo para no toser- No sé qué esperaba encontrar aquí, y sólo estoy demorando mi dolor.

No comprendieron. Reaper salió por el hueco por el que habían entrado, y los dos lo siguieron sacudiéndose el polvillo y la cal de los abrigos, tosiendo. Había sido una visita corta y extraña.

Reaper señaló a donde debían ir, unas cuantas casas más allá. Era otra vivienda. Se veía más pequeña y angosta, de color más fuerte también, con una sola puerta de madera protegiendo su entrada, a diferencia de la de los Assadan que tenía entradas para hogar y taller.

-¿Quién vive ahí?

-Mi prometida. Por lo menos que recuerde.

Aquello los dejó bastante curiosos, aunque el de Kamui parecía abrumado. Reed y Arksinad apuraron el paso con ímpetu, con el guerrero siguiéndolos más atrás, y llegaron frente a la casa. Sobre la puerta alguien había colgado un cartel con un dibujo que representaba un vaso lleno de líquido rojo. Se preguntó si se trataría de alguna especie de taberna.

Se miraron y por fin Reed golpeó la puerta, con insistencia. Hubo unos momentos de silencio y luego una voz de mujer joven les contestó “*ya voy, ya voy*” arrastrando las palabras de forma encantadora.

Reed y Arksinad esperaron junto a la puerta, pero Reaper se mantuvo a una distancia prudente.

Se escuchó el sonido de varios cerrojos al ser destrabados, y finalmente la morada se abrió. Allí, frente a ellos, había una joven.

Reed ya había conocido muchas mujeres en Vant y en sus viajes, algunas muy bellas como Mila, pero ninguna le causó la impresión que la que estaba frente a ambos le causaba ahora. Era francamente hermosa, aun cuando parecía recién despierta y bostezaba: su cabello era larguísimo, de un color rojo fuerte, la piel apenas tostada, el rostro terso con las mejillas cubiertas de pecas y ojos verdes, vivaces y brillantes. Vestía las ropas del pueblo, similares a tiras caquis cruzadas por su torso, con pantalones verdes y guantes. Bostezaba y parecía intentar librarse del sueño, distraída hasta que los miró con calma.

Reed lamentó haberla despertado, con lo apacible que se veía. No esperaba para nada que una joven así fuera la prometida de Reaper.

-Disculpen, ¿quiénes son?- les inquirió dormida- Son horas de siesta, ¿pero qué desean?

En realidad, ninguno había tocado la puerta con alguna remota idea de cómo responder a aquella pregunta. Tanto Arksinad como él la miraron sin decir nada, con la prometida observándolos como si se trataran de dos descerebrados, a punto de cerrarles la puerta. El mago pareció a punto de querer ponerse a silbar.

La situación duró unos incómodos segundos más hasta que Reaper decidió aparecer tras ellos.

-Son inútiles. Hola Amu.

Reed vio como la joven miraba a su amigo y enseguida entrecerraba los ojos, como si le costara vislumbrarlo. Luego los abrió de repente y toda su expresión cambió como

por arte de magia, su rostro perdiendo el apacible ensueño anterior para volverse tan rojo como el cabello.

-¡Cómo te atreves! ¡Eres un idiota! ¡Un estúpido!- saltó.

Reaper se alejó un paso y la joven se le aproximó hecha una furia. Lo tomó del cuello de su abrigo y comenzó a sacudirlo mientras le gritaba.

-¡Imbécil! ¡¿Encontraste algún cerebro durante tu travesía?! ¡Eh! ¿En dónde diablos estuviste? ¿Y por qué vuelves con un mago y un ciego a casa? ¡Exijo una explicación!

Al escuchar esa mención de sus ojos Reed se sobresaltó, dándose cuenta de cómo ella había interpretado su extraño color y su mirada ausente al no saber qué hacer. Reaper no decía nada, aguantando el regaño, y sólo lanzaba miradas asesinas a Arksinad que a duras penas resistía la risa.

Amu lo siguió sacudiendo un largo rato como si se tratara de un muñeco, se volvió, pasó entre los otros dos sin decir una palabra, y les cerró la puerta a los tres en la cara.

Luego de unos minutos, con el mago riendo, Reaper acomodando el cuello de su capa doblado y Reed mirando atónito la casa cerrada y al guerrero intercaladamente, la joven volvió a abrirles.

*“Me equivoqué”* terminó pensando, divertido *“Esta es definitivamente la prometida que esperaba de Reaper.”*

## 8. La Forja De Xshathra

La casa de Amu había cambiado bastante desde que Reaper se había marchado. Mantenía la misma imagen acogedora de siempre, pero ahora sobre los estantes de madera que había en el salón principal se podían ver frascos con pócimas de diferentes colores y herramientas cuya utilidad les era a todos imposible de discernir, incluyendo una complicada estructura de tubos de vidrio que fascinó a Reed desde el primer momento. Por lo demás la joven había instalado un largo sillón en la sala de estar, había ordenado mejor las cosas y se veía que comenzaba a ganar sus caudales de oro con la venta de sus creaciones, si la creciente comodidad que la rodeaba no les mentía.

-Veo que has remodelado un poco- dijo Reaper, acercándose. Amu se encontraba sentada en una de las sillas, recogiendo el pelo en una coleta alta y firme como usaban las mujeres de Minmedor.

-Muchas cosas cambiaron desde que te fuiste- respondió mientras manipulaba el largo cabello- Creíamos que estabas muerto. Menuda carta de despedida nos dejaste... ¿Qué diablos fue eso de “*algo me persigue*”?

Usó un tono extremadamente lento y aparatoso para decir las últimas palabras, pero el guerrero no se inmutó, sentándose muy relajado del otro lado de la mesa.

-Dos criaturas muy peligrosas... Pero ya han sido eliminadas con ayuda de mis amigos aquí presentes.

Amu dio un suspiro de alivio increíblemente falso y miró a los otros dos como insinuando que aquella hazaña había sido un craso error. Ninguno tenía idea de cómo reaccionar ante tal carácter todavía, y Reed se sobresaltó aun más cuando la joven le habló.

-¡Tú! ¿De dónde eres?

Se puso tenso sin pensarlo siquiera.

-De Vant. Es en Tikielder.

-Lo he oído mencionar- asintió ella, dándole crédito con un movimiento de la mano- Una isla sin contacto habitual con el gran continente debe ser un paraíso a la hora de conseguir hierbas y materiales, ¿o me equivoco?

Asintió. En efecto se había percatado de que muchos de los árboles, hongos y vegetación que cubrían la isla Tikielder no existían en otras partes del mundo que había visitado, o al menos no con la misma densidad e ímpetu. De no ser por las constantes

tormentas que la rodeaban y el dragón que la dominaba, su isla hubiera sido un paraíso para los que quisieran probar nuevos mercados.

Se dio cuenta de que Amu lo miraba a los ojos atenta, quizás percatándose de que aquel muchacho esquivo no era ciego en lo absoluto. Se sintió bastante nervioso, lo cual le hizo agradecer cuando ella hizo su siguiente pregunta a todo el grupo.

-¿Y cómo se conocieron? Reaper aquí no es muy amigo de hacer amigos.

-Reed viajó en el barco de Van Lyder conmigo- contestó Reaper, relajado en la silla como estaba- Lo de Arksinad fue un poco más complicado, pero terminó siguiéndonos desde el camino de Fariel a Cel-Neckar.

-¿Has dado un buen paseo, eh?- los ojos de ella no chispeaban, pero la frialdad que arrojaban carcomía todo el hogar- Aquí las cosas se pusieron bastante aburridas cuando te fuiste. Yo y Allon preguntamos a medio mundo, e incluso él fue al Santuario de Idgray a buscarte, por si las moscas se te había ocurrido volver allí de nuevo a que terminaran de matarte. Lamentablemente veo que no es el caso, aunque me pregunto entonces por qué no tuvimos noticias tuyas durante todo este tiempo.

-Estuve enfrascado en una búsqueda. Ayudé al chaval que ves ahí a encontrar la joya más codiciada del mundo, la Estrella Oscura, y por allí las cosas se hicieron complicadas. Si no me crees puedes verla por tu cuenta, está engarzada en el escudo gigante ese que lleva en la espalda.

La pelirroja levantó una ceja, y miró a Reed quien ya había tomado asiento, con su escudo apoyado tras la silla. No le hizo falta verla para creerles, pero soltó un suspiro de decepción. A decir verdad, el joven notaba que ella no estaba ni la mitad de enojada de lo que quería aparentar, pero forzaba aquellos comentarios para descargar su frustración hacia su prometido, quien soportaba todo aquello con la paciencia de la roca azotada por las olas y su mejor cara de hastío.

-¿En qué momento la búsqueda de Osald Assadan se convirtió en la búsqueda de la Estrella Oscura?- inquirió.

Allí no había ninguna burla, sino que miraba a Reaper atenta, analizándolo en profundidad. El joven contestó con los ojos cerrados y la cabeza echada contra el respaldo de la silla, como preso de un gran dolor.

-Para encontrar a mi padre, debo encontrar la espada Oblivion que porta. Una forma de hacer eso es hallar una de sus dos espadas hermanas, Necrostacia o Drassil... Y la Estrella Oscura ha sido vinculada con Necrostacia más de una vez en tiempos remotos. Pensé que si ayudaba a Reed a hallarla podría encontrar esa espada y las dos se atraerían, acercándome a él.

La joven asintió con lentitud certera, aprobando aquello. El silencio pronto dominó de nuevo el lugar, no un silencio incómodo de los que el mundo tanto odia, sino uno calmado y pausado, rezagado por el calor del sol filtrándose en la ventana, un silencio de recuerdos, ideas y pensamientos, de frases entrecortadas zumbando en la mente y grandes anhelos. Luego de eso Amu volvió a hablar.

-Pensábamos que habías muerto.

Fue una frase sola, ensimismada, pero estaba llena de dolor. Arksinad se acomodó aun más sobre el sillón, y la cosa siguió igual por un rato hasta que la joven levantó la mirada hacia su prometido.

-Yo y Allon, los dos. Creíamos que estabas muerto y por eso nos comprometimos. Vendrá aquí en unas horas para arreglar los últimos trámites.

Aquello fue un mazazo. Reaper dejó de poner cara de hastío y todo el color desapareció de su cuerpo, levantando el rostro súbitamente para ver a Amu.

La joven permaneció seria durante unos segundos, pero luego su fachada se rompió y comenzó a reír un largo rato, una risa cantarina y burlona, contenida desde hacía tiempo. Reaper continuaba pálido, pero pronto frunció las cejas, cayendo en la cuenta de que aquello había sido una broma.

-Te lo debía- Amu rio y se incorporó, mirándolos a todos mucho más animada- ¿Quieren algo para tomar?

-¿Hay té?- levantaron la mano Reed y el mago.

Reaper hizo un movimiento casi imperceptible, negando lentamente con la cabeza, con su boca fruncida y los ojos bien abiertos. Arksinad bajó apresurado su mano, pero el muchacho en cambio no lo vio.

-Puedo hacer- fue la resuelta respuesta de la joven, que se alejó a paso alegre tras una puerta que seguro daba a la cocina. Su prometido suspiró y negó, quedo.

-Estás muerto.

-Es bastante simpática- comentó el mago divertido, valiéndole ello una mirada asesina de Reaper que luego se convirtió como por arte de magia en una sonrisa misteriosa y sapiente.

-Lo es en realidad- volvió a recostar su cabeza contra el respaldar de la silla, sin dejar de sonreír- Sólo actúa así para hacer que me enfade, pero se preocupa por mí.

A Reed también le había causado la misma impresión, la impresión de que tras toda aquella actitud enfadada y sarcástica la joven reprimía el impulso de abrazar a su prometido al verlo con vida al fin. Amu volvió cantarina con una taza de té humeante que dejó frente a Reed, y luego se sentó, estirando las piernas y cruzándolas, con las manos sobre las rodillas y la mirada verde intensa sobre los tres.

-¿Y bien?- sonrió- Mi hospitalidad no será gratis. Quiero que me cuenten toda esa aventura que dicen haber tenido, tanto como puedan. ¿Conocieron alguna ciudad especial? ¿Vieron alguna horrible criatura, además de a Reaper?

El guerrero ignoró aquel último comentario con un murmullo cansado y luego sonrió, preparándose para contar en detalle la larga jornada que había llevado a los tres a donde se encontraban. Los otros presentes en la casa lo escucharon interesados por su forma de ver las cosas, y Reed aprovechó para acercar la infusión a su boca, aspirando el delicioso aroma que despedía.

Al instante dejó la taza en la mesa, con la esperanza de que Amu no hubiese reparado en aquel brusco gesto. Aquella cosa se veía como té, incluso olía a té, pero no existía una dimensión en toda la existencia en la que pudiera ser considerada té. Era absolutamente intomable, con un sabor amargo que se pegaba al paladar y era imposible de quitar no importaba cuánta azúcar uno le echara. La lengua se le reseco y sintió una extraña picazón en la garganta cuando se forzó a tragar aquel primer sorbo ardiente, así que apartó la vista de su taza y fingió una inconmensurable atención hacia lo que Reaper contaba, evitando hasta ver aquella monstruosidad.

El joven de Kamui se mostró bastante lúcido a la hora de relatar el trayecto de sus aventuras a su prometida. Su visión de los hechos era, tal como esperaba, simplista pero teñida de sus propias experiencias, detalles que a Reed se le habían escapado y una forma metódica y ordenada de acompasar todo, que sorprendió al muchacho y al mago. Había notado Reed antes que el otro era mucho más culto e inteligente de lo que su actitud ruda y despreocupada dejaba entrever, sabiendo incluso leer las runas que se encontraban en la puerta del Templo del Centro del Mundo cuando ninguna otra persona de las que conocía había demostrado tamaña habilidad.

En el momento contaba sobre el encuentro con Mila en el bosque, la ilusión de la mansión y la batalla. Amu escuchaba interesada, diferente a Shimari en cuanto a que no hacía ninguna pregunta y con sus ojos parecía estudiar más a Reaper que a lo que Reaper decía. El omitió gran parte de la discusión con Mila, alteró como siempre la muerte de Daivok –no había forma de que realmente creyera así en la inocencia de su amigo- y no describió completamente los horrores que enfrentó al caer en la trampa del huevo de Asherat, el Tótem Terror.

Tampoco se explayó mucho sobre su pelea con Arksinad en el camino a Sadalsuud, ni sobre lo que habían hablado con el mago para hacer las paces ya en el palacio de la reina. En efecto, Reed jamás pudo saber qué se habían dicho ambos pero desde entonces sintió que, si bien el trío era más unido que nunca y a cada segundo lograban entenderse mejor, los otros dos compartían un secreto que él nunca llegaría a adivinar.

En lo que sí se dio rienda suelta a hablar era en lo que refería a los descubrimientos relacionados con su padre, de cuya situación Amu estaba más que enterada y preocupada. La joven –y sus amigos también, pues lo desconocían- oyó con horror cómo Osald Assadan había mandado a los Jormungand contra su hijo, cómo su mente había sido perturbada por la espada que había conseguido. No había duda de que aquello representaba una dura noticia para ella, a juzgar por su expresión al escuchar, los labios fruncidos como preguntándose algo a sí misma, la mirada contraída y atenta en su prometido.

Pasó un buen tiempo durante aquello, tiempo en el que Reed tuvo que resistir las ganas de pedirle más alimento a su anfitriona. Reaper habló y habló, luego Amu le preguntó a ellos y, antes de que se dieran cuenta, la tarde había acabado y la noche descendido, filtrando su oscuridad por la ventana.

Un golpe en la puerta interrumpió el relato de Reaper y cortó la ensoñación en la que todos de repente se encontraban.

-Ese debe de ser Allon- dijo Amu incorporándose para abrir.

Se dirigió a la puerta y comenzó a destrabar los cerrojos que la mantenían segura, uno por uno. Reed aprovechó para arrojar el contenido de su taza sobre una maceta, bajo la mirada compasiva de sus dos amigos.

-A que no adivinarás quién ha llegado, Allon- escucharon la voz de ella más allá- Aunque quizás te cueste recordar su rostro.

-¿Hm?

Un joven de expresión inquisitiva apareció en la cocina, viéndolos a todos con evidente sorpresa. Era alto y vestía los ropajes de noble de periferia de Kamui, las ropas azules de flecos y botones dorados que lo identificaban como Ser de Eclant, el amigo de Reaper del que ya habían oído hablar. Más allá de eso, su complexión era absolutamente discordante con lo que habían visto en ese reino. Tenía la piel pálida, los ojos azules y el cabello rubio platinado y esponjoso, mucho más similar a un mago de Cel-Neckar que a los reacios habitantes del lugar, con sus pieles tostadas y cuerpos macizos. No había dudas de que no era nativo de allí.

-¡Reaper!

El otro se incorporó de un salto y ambos se abrazaron, riendo. Allon no parecía en lo más mínimo enfadado, sino simplemente contento de verlo.

-Vaya, pensaba que estabas...- separó el abrazo y lo miró, sosteniéndolo de los hombros- Bueno, me alegra saber que me equivocaba. Eres tan duro como creía. Estoy feliz de verte aquí.

-No me quedará por mucho tiempo, desafortunadamente.

Amu levantó una ceja, pero Allon lo miró, lleno de curiosidad.

-Daevas- dijo la joven en lugar de Reaper- Si lo que dice es cierto, claro, parece que Reaper tiene un hobby de hacerse perseguir por horrendas criaturas.

Resopló, pero Allon la miró sonriente sin separarse del otro.

-Vamos Amu, hay que ser un poco más compasivos con él. Ha hecho un viaje largo después de todo, y tendrá sus motivos para obrar como obra- la joven no dijo nada, y Allon rodeó a Reaper del cuello con su brazo, hablando en voz baja- Es comprensible que esté enojada, ¿verdad?

Asintió.

-¿No conociste a ninguna otra mujer en tus viajes?- sonrió más el noble.

-Me perseguían de verdad, Allon.

Ambos rompieron a reír en voz alta, mientras Amu los miraba con reprobación. Reed y Arksinad en cambio trataban de brillar lo menos posible, pintados en aquel reencuentro de hermanos; hasta que el joven los observó amable.

-¿Y ellos? No me los has presentado.

-Reed Id Vant, y Arksinad Eel- dijo Reaper- Han sido mis compañeros durante toda esta travesía.

Allon asintió y les dio la mano y la bienvenida de muy buena gana. Tenía un apretón cálido y firme que Reed no dudó había utilizado mucho en el palacio de la reina.

-Pues bienvenidos a Eclant- afirmó- Es pequeño y desértico, pero aquí la hospitalidad sobra. Ahora...- hizo un elocuente gesto hacia Amu, y volvió a hablarle bajo a Reaper- ¿Es acaso verdad lo de los daevas? Temo tener que preocuparme por ti.

El guerrero asintió, y Allon hizo lo imposible y palideció unos instantes, para luego recuperar el poco color que tenía.

-No es posible- dijo- Confío en ti pero...

-Pudimos evitarlos por pura suerte. Y gracias al barco volador de mi amigo mago aquí presente.

El noble miró a Arksinad de repente, sorprendido. Una expresión muy extraña le cruzaba el rostro, a un paso de ser una sonrisa.

-¿Un barco volador? ¿Podré verlo acaso? Han sido mi sueño desde pequeño.

-Tendrás tiempo de sobra- Reaper se irguió- Estaremos aquí hasta que el barco de Van Lyder pase a dejar su contrabando sobrante en la playa roja. Estimo que aún faltan unos días para eso, ¿verdad?

Sus dos amigos de la infancia asintieron. Era un ritual secreto de ellos hacía años esconderse entre los arbustos de aquella costa baja, de aquel lugar donde toda la maleza húmeda y punzante de Eclant se juntaba en una sola propiedad privada, y observar cómo el *Emperador* atracaba en la playa y los marineros descargaban sus cosas en una pequeña cueva, rápidos y seguros. A veces incluso podían ver a Van Lyder merodeando por cubierta y dando órdenes, pero evitaban saludarlo para no incomodar al capitán con lo descubierto de sus ilegales acciones.

-Y saben qué pasa en unos días, antes aun que Van Lyder- continuó. Reed y Arksinad no dijeron nada y los otros dos volvieron a asentir- La Forja de Xshathra.

-Veo que has calculado todo muy bien- sonrió Allon- ¿No pudiste encontrar a Osald?

Amu negó, con la expresión de quien advierte que no hay que seguir un camino, y Allon cerró la boca. La sonrisa de Reaper era amarga.

-En efecto lo he calculado bien. La Forja de Xshathra pasará sobre nuestros mares mañana mismo, y lo que haré será simple: entraré, robaré la espada Necrostacia y la usaré para encontrar a Oblivion y a mi padre. Las espadas legendarias se atraen, es la primera regla.

-Asumiendo que él no esté allí en la Forja ya- notó Amu- O con una espada legendaria en cada mano.

-¿Mi padre?- el guerrero rio- No lo has visto. No es quien solía ser. No confiaría en los habitantes de la Forja ni por todas las espadas del mundo.

-Es terrible- Allon suspiró, verdaderamente confundido- Que un arma pueda alterar así una mente... No debes preocuparte, Reaper. Me encargaré de llevarlos a la Forja desde mi bote- miró de reojo a Arksinad y sonrió- Será más cómodo y menos tentador para ellos que un arca voladora.

El trío se interrumpió al escuchar una tos forzosa, desde la silla. Reed levantaba una mano, y pronto todas las miradas se posaron en él.

-Disculpen, ¿qué no es la forja de Xshathra un lugar plagado de ahuras? Ya saben, los mismos que están enemistados con los humanos. ¿Cómo sabemos que no entraremos allí para no salir jamás?

Decía aquello, pero otro pensamiento le rondaba la mente. Los Bellow, Daivok y sus hermanos habían salido de aquel misterioso lugar, y a aquel mismo lugar lo había invitado el líder a una revancha luego de perdonarle la vida. La idea de saber que en efecto iría, por otro propósito...

-No son maliciosos- aseguró el noble- En lo absoluto. La Forja opera como una enorme ciudad comercial, y destaco la última palabra. Sólo se preocupan por cómo obtener beneficios. Además, si los ahuras son lo que te preocupan, puedes estar tranquilo que, como en Gikeldor, allí los humanos sobran, e incluso se habla de ciertos grupos de kiel y especies mixtas. Cualquier persona con cierto nivel de riqueza o habilidad puede habitar la Forja sin inconvenientes.

Asintió, más convencido. No era en realidad su pregunta algo que lo aquejara, pues no sentía ninguna enemistad con la raza de los ahuras, que tan poco diferentes se les hacían de los humanos. No, lo que había querido hacer con ello era simplemente aproximar su mente al lugar que pisaría, al lugar del que había venido el hombre al que había matado. Ambientarse.

-Es impresionante- comentó Reaper, un adjetivo que era difícil encontrar en sus labios- La entenderán cuando la vean. Desafía toda posibilidad.

Asintieron, y Amu bostezó, incorporándose.

-Bueno, ya podremos hablar de eso mañana. La sentiremos pasar, los ruidos que hace al surcar el mar se oyen por todo el pueblo y más allá... Pero ahora me voy a dormir. Y les sugiero hacer lo mismo, pues les espera un día duro.

Todos asintieron, y la joven se marchó. Antes dio una media vuelta y observó la taza vacía de Reed, sorprendida.

-Te lo has tomado todo. ¿Te ha gustado?

El muchacho asintió, mordiéndose el labio apenas. Amu sonrió encantada, quizás intentando memorizar la mezcolanza que había puesto en esa taza y llamado té.

La joven se marchó contenta a la habitación que compartiría con Reaper y los cuatro hombres quedaron en la sala principal, sentados y escuchando el cantar de los grillos afuera, el reptar del viento por la suave arena. Era una noche espectacular, y aunque el sueño les pesaba ninguno tenía la más mínima intención de irse a dormir.

Lo que hicieron en cambio fue buscar cartas, algo de alcohol –una botella cara, regalo de nobles amigos de Allon, que bien regaba aquel regreso inesperado- y quedarse hasta tardes horas bebiendo, charlando, riendo y jugando Fuji, el popular juego que Reed ya había visto a los soldados de Yeguilex practicar. Recordó que uno de ellos, Gio, a quien él mismo había salvado contra el Ziz, se había jactado de ser garitero de Fariel e incluso había intentado enseñarle algunas de las trampas básicas, aunque su propia habilidad para ello era cuanto menos lamentable.

La partida fue amena y no desprovista de risas. De los cuatro, Allon y el mago competían por el liderazgo, más avanzados que los otros dos pues sus rostros amables y sonrientes nunca revelaban lo que pasaba por sus mentes. Era claro para Reed cada vez más que aquel joven Ser de Eclant tenía mucho en común con Arksinad, aunque exento de impureza y sin el más mínimo ápice de maldad. No... aquel noble podía ocultar algo, pero lo que ocultaría sería más generosidad y bondad, en un intento de crear una máscara de algodón para cubrir una dureza prometida e inexistente. Era de alguna forma una perfecta mezcla de Arksinad y Reaper, librado de sus principales defectos por lo que no tardaba en caer bien, y al poco tiempo Reed lo terminó apreciando. No tenía duda de que su ascenso en la corte, si bien impulsado por la familia Assadan, había tenido mucho que deberle a su propia habilidad.

Hablaron mucho mientras jugaron. El alcohol soltaba la lengua y pronto oyeron a Allon preguntar sobre el palacio de la reina, al cual tendría que volver, por Shimari y en especial por Ann. Reaper sonreía por lo bajo, enterado de aquel afán de su amigo con una mujer tan seria y tan mayor que él, pero Allon reía y se vengaba dominándolo por completo en el juego, con el kamuita maldiciendo y Reed siempre último, perdiendo todas las movidas.

Quien terminó ganando sin embargo fue Arksinad, ya más que acostumbrado a mentir. Allon fue segundo y los últimos dos puestos se mantuvieron igual, hasta que el sueño los venció y acordaron ir a dormir para estar revitalizados al siguiente día. El mago tendió un colchón viejo en el suelo, al lado de la mesa y durmió vestido, al igual que Reed sobre el sillón, tapado con su propio abrigo y con el escudo reposando a su cabeza, protegiéndolo hasta de los malos sueños.

Pero no de la falta de sueños que provocaba la incomodidad. Era difícil dormir en el sillón, aun cuando se había encontrado durmiendo hacía días sobre la superficie de madera del arca, y más días atrás sobre las camas cálidas y algodónadas de Sadalsuud. La ropa le picaba y le molestaba una cierta falta de espacio, mientras que su mente vagaba inquieta por lo que tendrían que hacer, por lo que pasaría mañana, por la partida de Fuji que había perdido. Los últimos movimientos se repetían en su cabeza constantemente.

*“Carta abajo, dios. Carta arriba, el humano. Fractura. Perdí allí mucho... Carta de organización. Dos veces jugada por Allon, y Cax. Y Cax... -recordó a su pequeño hermano de Vant, jugando con sus cosas en una habitación oscura, preso de la enfermedad- Soy un completo idiota.”*

¿Qué diablos hacía pensando en un juego de cartas? ¿Tan poco le importaba el destino de Vant, que ponía su culpa y su diversión por delante? ¿Tan poco le importaba la gente que allí había dejado, Scarrow, Cax e incluso su madre?

Sintió una presencia reconfortante en la habitación, pero tenía los ojos cerrados y no iba a hacer ningún esfuerzo en abrirlos. Algo tras él lo calmaba y le confirmaba que nada realmente importaba, mientras el destino le sonriera al final, y nada realmente importaría tampoco si no. La muerte de Daivok no importaba, era un evento más, y lo

mismo aunque le pesara ocurría con Vant, y con toda la injusticia que se sufría en el mundo, fuera a mano de hombres o dragones.

Nada realmente importa. Sólo la nada importa, si es a lo que llegamos siempre.

Recordó un trueno, y el cadáver de su padre en aquella extraña posición, señalando por dónde vendría Skectral. Había sido una simple casualidad, pero aquello le había impresionado mucho, esa mirada muerta y apagada, casi acusadora. ¿De qué habían valido todos los esfuerzos, todo el poder que aquel hombre había amasado? Y, si por algún motivo Hawke Id Vant viviera, ¿seguiría valiendo de algo? ¿Valía algo esforzarse, si ninguna meta parecía valer? Decir que vivía por vivir le parecía burdo, ridículo, carente de explicaciones. Debía haber algo más, o la nada.

La presencia era cada vez más fuerte, sobre él. Los párpados de Reed temblaron. ¿Sería Arksinad acaso? ¿Por qué se encontraba pensando esas cosas? Desde que había matado a aquel hombre ideas extrañas lo acosaban, y se veía anhelando en su corazón eventos que jamás hubiese imaginado. Aquello era una aventura, un cuento de héroes y dragones como el que soñaba desde antaño, no una travesía para remodelar su mundo y hacerse cuestionar la existencia.

La presencia proyectó una sombra en la oscuridad, sobre él. Parecía a punto de tocarlo, de acariciarlo.

Abrió los ojos de repente.

No había nadie. La sensación se esfumó tan rápido como vino, probable producto de una fantasía, de una ilusión.

Suspiró, se echó a un costado cerrando los ojos y se durmió con facilidad.

Despertó consciente a medias, hundido en el sillón cálido que ya había tomado la forma de su cuerpo. Al contrario de lo que había pensado, aquel sueño había sido aun más relajante y espectacular que los que había disfrutado en las comodidades del palacio de Sadalsuud, como si durante la noche alguien le hubiera movido y estirado el cuerpo con dulzura.

Era tarde, al menos si lo comparaba con sus despertares en Vant. El sol que entraba por la ventana no estaba alto, pero hacía un buen tiempo que había salido por el horizonte. El colchón de Arksinad había sido enrollado y guardado a un costado, así que se incorporó, dejando su abrigo rojo colgando, y dio un último vistazo a su escudo antes de salir por una de las puertas de chapa, por donde se oía un sonido melodioso.

Amu tarareaba una cancioncilla infantil mientras tendía sábanas sobre unos alambres que colgaban de aquel pequeño y rústico patio, provisto de flores, una pequeña pileta con agua para calentar y canteros de las más diversas plantas. Tener patios era una costumbre que en Vant no existía y al muchacho se le ocurría encantadora: adueñarse de un pequeño terreno para decorarlo a gusto y placer no le dejaba de sonar ridículo, esperando siempre ver gallinas o cerdos o algo que justificara aquella apropiación. Al menos Amu al parecer cultivaba cientos de flores, frutas y raras hierbas que surgían de un esmerado cuidado y abonado.

La joven sostenía un broche entre los dientes, y llevaba el cabello largo y suelto como cuando los había recibido. Tendió la larga sábana blanca de su cama, la sujetó con el broche y por fin lo miró, secándose las manos mojadas sobre el pantalón con expresión animada.

-Al fin despiertas. ¿Quieres desayunar?

Estuvo a un segundo de caer en aquella trampa, pero al final tuvo que negar, decidiendo esperar hasta el almuerzo. No pensaba repetir su experiencia con el té, aunque debiera morir de hambre.

-Es una pena- suspiró ella- Tenía muchas ideas en mente.

-¿Dónde están los demás?- cambió rápido de tema, en parte para no verla afligirse y en parte para no correr el riesgo de recibir una oferta de comida que no pudiera rechazar.

-Fueron a ver el barco volador. A mí me mareó bastante, pero creo que a Allon le parece fabuloso. Él nació en Cel-Neckar, después de todo –tomó su cabellera roja y la juntó en una mano con destreza, tomando una venda corta para atarla en la cola alta que usaba- ¿Seguro que no quieres ni siquiera un té? Habrá tiempo hasta el almuerzo.

Asintió, y observó algunas de las plantas que crecían allí. Estaba consciente pero el recién haber despertado lo amodorraba. Recordó una charla de hacía tiempo, en un lugar más oscuro que ese.

-¿Sabes?- terminó diciendo- Debería agradecerte.

Amu lo miró inquisitiva, el sol brillando sobre el cabello de fuego y los ojos como esmeraldas. Reed sonrió dándose cuenta de cuánto encajaba aquella mujer con Reaper después de todo.

-Reaper te lo obvió cuando hizo su relato- explicó- Cuando estábamos en la Ciudad Maldita, Dammed Oah, allí bajo Fariel... Bueno, estábamos bajo ataque, y yo no soy tan buen luchador como Reaper o puedo hacer magia como Arksinad. Una de esas horrendas criaturas logró morder mi brazo. No sé qué tenía en su boca, su saliva o qué fuera, pero pronto todo se comenzó a descomponer, la piel, la carne, inclusive mi hueso.

Amu lo miró, de reojo la manga blanca que ocultaba el brazo del muchacho. Él sonrió y sacudió la cabeza, arremangándose.

Tan sólo le había quedado una delgada línea púrpura, una mancha alargada que parecía fuego, muy esparcida sobre la piel. Comparada con la amputación que le había ofrecido Arksinad, aquella cosa que ni dolía al ser tocada era de lo más conveniente.

-Reaper había traído una de tus pociones. Me salvó la vida, o al menos el brazo. Gracias.

Ella sonrió, las pecas estirándose sobre la piel tersa y el sol ensalzando su alegría.

-Me alegra que te haya servido. Les haré más de esas para el camino, si me lo pides. Son el tipo de poción que más me encarga la milicia de Kamui, junto con la revigorizante. –Tomó una pausa y cacheteó la sábana que había colgado- ¿Has visto la Forja?

La miró desconcertado. ¿La Forja? Amu rio y le hizo una seña para que la acompañase.

Entraron de nuevo a la casa, siguiendo el pasillo hasta la puerta de entrada, destrabada en el momento. Afuera el pueblo de Eclant estaba un poco más movido que de costumbre, los niños jugueteaban alegres y algunas personas barrían hojas secas y colgaban carteles en las fachadas de los mercados, comenzando la jornada. Amu lo condujo por calles hasta pasar la casa de Reaper con el agujero, luego un poco más allá...

Ni siquiera les hizo falta acercarse a la costa. Si tus ojos podían posarse en el mar, podías también verla. Surcaba las aguas con una velocidad casi imperceptible, oculta en parte por toneladas de vapor y niebla que salían a borbotones de colosales torres de roca que sobresalían de una construcción similar a una inmensa fábrica móvil, con destellos de fuego y cascadas de lava cayendo por doquier, flotando imposibles sobre un mar calmo y coronando el cielo de gris. Era inaudito creer que semejante cosa, que fácilmente debía cuadruplicar Eclant en tamaño, pudiera flotar sobre las aguas con tanta facilidad o siquiera moverse sin la ayuda de alguna magia muy poderosa.

Se le entreabrió la boca al observar la Forja de Xshathra. Con que allí deberían ir. Tragó saliva sin importarle la mirada divertida de la joven. Era impresionante, incluso intimidante comparado con todo lo que ya había visto antes. El sólo pensar que bajo todo ese humo y destellos, cientos y cientos de personas vivían sus vidas, ahuras, humanos y demás razas por doquier...

-Se acerca todo lo posible a nuestra costa, y quien quiera comerciar debe aproximársele en bote. La mayoría de transacciones son de cualquier modo por fuera. A pocos dejan entrar.

Asintió, apretando los labios. Amu la veía serena, ya acostumbrada a tal espectáculo.

-Los tesoros que guarda son inimaginables, e incluyen espadas legendarias- agregó de pronto- Es probable que Osald Assadan se encuentre allí.

Reed no dijo nada, observando la nave. Estaría realmente el padre de su amigo dentro de aquella enorme construcción flotante.... Y si lo estaba, ¿en qué condición? Por lo que el otro había contado, la salud mental de aquel buen hombre se había deteriorado enormemente luego de recibir a Oblivion. Si realmente se iba a poner a buscar las otras dos espadas... ¿Intentaría negociar Necrostacia con la Forja o tan sólo atacar el lugar y robarla? La verdad era que no tenían la menor idea de cómo reaccionaría. Ni siquiera estaba claro si lo que sabían sobre esas misteriosas espadas legendarias era cierto.

-Cuida a Reaper.

La escuchó sin procesarlo unos segundos, pero luego se giró y la miró. La otra no decía nada, aún contemplando la Forja. El viento le revoleaba la coleta y su expresión era calmada, despreocupada. Sonrió ante aquel pedido. Evidentemente ella se quedaba corta de gente en quien confiar, pues sería Reaper el que tendría que cuidarlo a él si lo peor ocurría. Estuvo a punto de contestar algo por el estilo, pero cayó en la cuenta de que quizás Amu no se refería a ninguna batalla.

-Vamos- le dijo ella al fin- Los otros ya deben de haber llegado a casa.

Comieron en paz hasta llenarse el estómago, un cerdo asado acompañado de cuencos de pan que partían con los dedos y untaban en la grasa salada y deliciosa del animal. Entre bocado y bocado bebieron y charlaron animadamente, de lo que harían y

lo que vendría, incluso de las aventuras anteriores que Allon no había tenido la oportunidad de oír. Al joven se lo veía más que divertido escuchándolos.

Luego hablaron de la Forja. Los otros tres contaron haber usado el arca para aproximarse, pero no quisieron acercarse demasiado por miedos diferentes. Arksinad prefería dejar el barco volador allí en Eclant, territorio seguro, y no arriesgarse a que cualquiera pudiera ponerle las manos encima.

-¿Pero cómo entraremos sino?- preguntó Reed a punto de atascarse con la comida- Si no es por cielo, ¿no es un lugar impenetrable?

Allon desplegó una risa suave y hasta maligna, muy similar a las carcajadas que solía dar su amigo mutuo. Juntó las yemas de los dedos delante del rostro y asintió.

-Ciertamente es impenetrable para la mayoría. Pero deben recordar que la codicia es allí considerada una virtud. Y allí es donde entra nuestra mejor amiga y peor enemiga: la suerte. Ustedes tienen de la buena... Reed, tú serías de mucho atractivo para la Forja.

Tragó sonoramente, curioso de cómo él podría captar la atención de un lugar con gente tan ávida de dinero, herreros o cultistas. Allon lo sacó de su confusión con un movimiento de la mano.

-Bueno, no tú. Pero sí tu escudo, y la Estrella Oscura que allí está incrustada. No tengas duda de que recibirás toda clase de ofertas a cambio de él, pues es un tesoro valiosísimo el que cargas. Pasarás enseguida... -miró al mago y se echó hacia atrás- En cuanto a ti, Arksinad, tú eres el alumno y protegido de Vannael, rey actual de Cel-Neckar.

El mago no dijo nada, perplejo, pero aquello le confirmó más aun la verdad a Allon, quien acentuó su sonrisa. Reaper lo miraba orgulloso, y el joven volvió a hablar.

-Tu apellido fue una ayuda. El arca que llevas otra. Pocos tienen acceso a ese tipo de cosas.

-De igual manera, mi beneficio por Vannael no sirve de mucho- el mago rezongó- Fue él mismo quien mandó a los daevas contra nosotros.

-¡Ah! Pero ellos no saben eso, ¿verdad?- Allon se inclinó contra la mesa, febril de entusiasmo- Para ellos sigues siendo Arksinad Eel, alumno de Vannael. Y apuesto a que quieren mantener buenas relaciones con el Rey Mago de Cel-Neckar. De hecho, he oído decir que uno de sus magos es miembro del Geral Veintiún.

-En efecto- asintió el brujo- Bali. *La Avaricia*.

Reed no entendió a lo que se referían, pero siguió escuchando interesado, raspando los últimos restos de carne de un hueso ya enfriado. Reaper tamborileaba los dedos sobre la mesa, intranquilo, hasta que miró a su viejo amigo y habló.

-Pero que lo intuyan ellos, tal como lo lograste tú. No nos conviene que la presencia de Arksinad sea revelada allí donde un Geral pueda atraparlo o delatarlo a Vannael. En cuanto a mí, puedo ver qué esperaría la Forja de alguien como yo. Hijo de Osald Assadan, el mejor herrero en todo Kamui, de seguro me quedan algunas de sus armas para negociarles. Y estaban enterados de la investigación de mi padre sobre las espadas legendarias. Querrán poner sus manos sobre eso.

Todos asintieron, contentos de poder entrar. Finalizaron con un brindis y bebieron – no alcohol, pues era temprano- hasta el fondo de sus vasos, dispuestos a relajarse hasta que llegara la noche y tuvieran que hacer los preparativos para marchar.

Había al menos cinco niveles en la Forja de Xshathra, incluidas las bóvedas hundidas bajo el agua, rodeadas de los dispositivos que le permitían a aquella mole navegar por los océanos con libertad. De aquellos niveles, al menos uno se destinaba del todo para que las poblaciones allí se dispensaran y vivieran, mientras que otro era un conglomerado de herreros y productores que fabricaban armas en masa usando la lava falsa del lugar y la misma agua enfriada del mar, produciendo el humo negro que siempre solía envolver al edificio como a un carbón encendido.

Los yunques golpeaban, el vapor se desprendía a presiones increíbles, los torsos desnudos martillaban, hombres que limpiaban su sudor y luego colgaban el acero hirviente de las enormes prensas que se templaban con agua marina. Todo aquel estruendo y contaminación eran aplacados en parte por los pacíficos niveles superiores, en donde el pasto se cultivaba junto con distintas hierbas de cuidado mágico e incluso se conservaban algunas mascotas. Era una zona para distenderse, en donde el movimiento rítmico de la estructura se hacía acompasado y relajante.

Y más abajo, el cuarto nivel, era la zona de los cultistas. Pocos sabían lo que los magos y brujos hacían realmente allí, pero era lo que mantenía a la Forja en orden y, según se decía, guardaban en el lugar encerrado a un dios: el dios del Destino, Baal, el mismo que otra leyenda decía habitaba la Ciudad Dorada. A la cámara de la divinidad sólo tenían acceso algunas pocas autoridades de la Forja, pero aun sin eso pocos habitantes planeaban inmiscuirse allí, temerosos de que las leyendas fueran ciertas. Para aplacar al dios encerrado se decía que sacrificaban, cada cierto tiempo, un enorme número de personas a la deidad de los sacrificios, la fabricación y los herreros, Xshathra, patrón de los ahuras.

Todo ello les contaba Reaper, escuchado de su mismo padre cuando visitó el lugar hacía años, y a todos les resultaba increíble y escabroso. Un dios encerrado, sacrificios y misterios... Y eso sin mencionar siquiera los múltiples tesoros que se decía llenaban aquellos muros grises y blancos a reventar. Nadie sabía del todo cómo había iniciado y cómo había prosperado tanto, pero la Forja de Xshathra era tan afortunada ahora que podía considerarse otro reino mercante, rondando los mares con su propia cultura y fundamentos.

Era tanto el vapor que rodeaba la impresionante construcción que a cualquiera le hubiera resultado difícil ver aquella noche el botecito que surcaba las aguas en calma hacia allí, maniobrado por Allon. Y, sin embargo, el guarda apostado en una de las entradas los pudo divisar sin problemas, encendiendo una antorcha y agitándola suavemente, un destello brumoso entre toda la masa gris.

Allon hizo un esfuerzo considerable para conducir el bote entre aquel oleaje, tapando su boca con la manga para no llenarse los pulmones de niebla y humo. El pequeño navío se desplazó hasta estar casi al lado de la enorme pared y el torrente de agua que removía, y desde allí Reed observó como la Forja ya no podía observarse, estaban tan cerca que lo único que se vislumbraba era niebla y un muro altísimo y blanco, despintado en algunas partes pero impecable en su construcción. El Ser de Eclant hizo un último esfuerzo y emparejó su bote a la entrada que se abría, donde el

agua estaba al nivel de un espacio abierto. El guardia les hizo una seña y los tres –Reed, Reaper y Arksinad- dieron un salto para caer allí, apenas mojándose las botas.

Allon dio un grito, levantando el remo.

-¡Vuelvan pronto! Le diré a Amu que no se preocupe.

Comenzó a saludarlos, pero fue en vano: la marea alejó el barquillo y su despedida se perdió en un mar de neblina gris. Se dieron vuelta para enfrentar al guardia, que los miraba con un gesto tranquilo y ligeramente reprobatorio: era un hombre que portaba una armadura enorme e intrincada, tanto que podría haber despertado la envidia de Yeguilex. Por la rendija de su casco se adivinaban dos ojos rojos como rubíes. Se solía decir que tanto los habitantes de la Forja de Xshathra como los de Cel-Neckar descendían de los de la Ciudad Dorada, pero la diferencia entre los magos rubios y lampiños de allí con aquellos ojos escrutadores y piel cetrina, heredada de los bárbaros de Gikeldor, era apabullante.

El guardia los observó uno por uno unos segundos más, y luego habló.

-Sean bienvenidos a la Forja de Xshathra, caballeros. Por favor, nos complacería mucho si pudieran dejar sus armas en el mostrador. Les prometo que no tendrán nada que temer mientras se encuentren aquí.

Su mirada inexpresiva volvió a detenerse en cada uno de ellos, en silencio. A ninguno de los tres le hacía gracia tener que entregar las únicas cosas que los mantenían seguros en aquel territorio desconocido.

-Señores, si no entregan sus armas deberé echarlos por la borda.

-Caerás tú más rápido con esa armadura- gruñó Reaper, apoyando la mano sobre su guadaña

A ninguno de los presentes les agradó aquello. El asunto se había vuelto turbio en apenas unos instantes, lejos del recibimiento cordial e interesado que Allon les había prometido. El guardia desenvainó una enorme e igual de ornamentada espada y la apoyó contra el suelo entre sus dos manos, una barrera impenetrable que no los dejaría pasar.

-Sus armas- insistió.

Reaper lo apuntó con la guadaña. Era evidente que iba a soltarla, pero el guardia malinterpretó el gesto y estuvo a punto de hacer un movimiento rápido con su propia arma, un movimiento que por suerte se detuvo cuando una mano huesuda se le apoyó en el hombro, apaciguadora.

-Oh no, no no no- dijo la voz, rápida y algo chillona, una voz fácil de atribuir a un mercader vendiendo baratijas en un bazar de ciudad, alguien que se había equivocado en lanzar una oferta e intentaba remendarla con tono amistoso- Esa no es manera de tratar a nuestros ilustres invitados- lo reprendió- Aquí en la Forja los tratamos bien, claro que sí.

El guardia guardó su espada, callado, e inclinó la cabeza ante el hombre mayor que allí había aparecido, un ahura menudo de ojos rojos, vivaces, y de tanto cabello como una barba puntiaguda negros, lustrosos, con apenas un principio de canas.

-Señor Exnar, yo...

-No te preocupes, no te preocupes- el otro le dio unas amistosas palmaditas en la espalda- Estás muy cansado. Es un trabajo absorbente. Puedes terminar tu turno ahora mismo.

Le hizo un gesto mal disimulado a Reaper, como si aquel hombre de armadura fuera un completo idiota, y el guardia se retiró con la cabeza baja, frustrado.

-Siento mucho lo que sucedió con el hombre, no es el mejor que tenemos- el veterano les tendió una mano huesuda a cada uno, un apretón firme y calculado, perfecto- Mi nombre es Exnar Gladiar, encargado principal de esta forja, tutor del

elegido y líder de nuestros cultistas. Pueden quedarse con sus armas, si lo desean, después de todo, no querrán matar a nadie, ¿o me equivoco?- emitió una estruendosa carcajada y los miró uno por uno- Bien, bien... creo que los conozco, sé lo que quieren... Tú debes ser Reaper Assadan, de Eclant, ¿no es así?

-¿Cómo lo sabe?

-¡Eres un calco a tu padre! Nos ha visitado antes un par de veces- rio el viejo, pero Reaper no lo imitó ni un ápice. No había mucho parecido entre el guerrero y su supuesto progenitor, lo que significaba que había algún otro motivo. Quizás Exnar lo había adivinado sólo de ver la guadaña que portaba.

-¿Está aquí ahora?

-Podremos hablar de eso luego, mi querido amigo, si eres tan amable y voluntarioso como él- asintió Exnar alegre.

Reaper resopló y se quedó mirando cada rincón de aquel pequeño sitio, como si pudiera encontrar a su padre en alguna de las grietas.

-Y tú eres...- Exnar apretó los ojos para observar al mago, con una sonrisa divertida que el otro imitó- ¿Me equivoco o eres el alumno de Vannael?

El brujo asintió lentamente, sin mudar su sonrisa. El líder de la Forja aplaudió complacido.

-¡Un miembro del Geral iluminando nuestra morada! ¡Bali hablaba tan bien de ti!

Arksinad agradeció, aunque era obvio que dudaba de aquellas palabras. La última vez que el elegido de la Forja, Bali Gladiar, lo había visto había sido en una reunión del Geral de hacía años y allí no se habían dirigido jamás la palabra. Lo recordaba como un joven de mirada desinteresada, cuyo número Cinco indicaba que su poder mágico estaba leguas por encima de su Nueve.

-Imagino que Vannael está muy ocupado, sí señor, y manda a su protegido para hablar por él- razonó Exnar- Está bien, bien bien, más que bien.

Lo decía como meditando, sin poder disimular su felicidad. Que hubieran descubierto la identidad de Arksinad tan rápido era un problema, pero Exnar no había reaccionado de ninguna manera extraña. Al igual que para Shimari, las noticias sobre la supuesta criminalidad del mago no se habían propagado tanto como lo creían, y tan sólo unos pocos lo sabían, Vannael y sus hombres de más confianza. Era posible que aquello fuera simplemente para no manchar la reputación del rey con un alumno desviado e impío.

Recordó sin embargo, en un fognazo, que los Bellow sí estaban enterados de esa situación. ¿Más cómo lo habían descubierto? ¿Acaso todo el Geral lo sabía? Dingir era parte de aquella organización, pero también lo era ese tal Bali. Y si eso era cierto, Exnar estaría enterado de la situación del mago al que estaba recibiendo. Lo que significaba que, o bien Bali nada sabía y los Bellow habían podido descubrir aquello por su propia cuenta, o bien Exnar Gladiar estaba jugando a hacerse el tonto y sabía perfectamente lo que estaba haciendo. O mejor, dicho, actuaba como oficialmente debía actuar, un gobernante no enterado de nada, para sacar el provecho que debiera.

Lo que podía significar una oferta, o una trampa.

-¡Y por último...!- el hombre aspiró y abrió los labios, como para pronunciar un ganador, pero una expresión de desconcierto le nubló la cara enseguida al observar a Reed, obligándolo a cerrar la boca- ¿Me permitiría conocer su nombre?

Había frialdad tras esa mirada cándida, proyectada.

-Reed Id Vant.

-¿Vant?- el otro sonaba decepcionado- ¿El pueblito entre las montañas?

-En efecto.

Exnar se lo quedó mirando un buen rato como quien observa un artículo de ropa dañado, defectuoso. Sus ojos se movían a toda velocidad, analizando cada detalle, y se perdieron en lo profundo al observar de reojo el escudo que reposaba en aquella espalda, la cadena de oro y por sobre todo la estrella de cristal negro que allí había engarzada, inconfundible.

Sonrió, atizándose aquella barba puntiaguda, e hizo un gesto con la cabeza.

-Pasen, caballeros. Tenemos mucho de qué hablar.

## 9. El Miedo Primordial

Avanzaban atravesando un largo pasillo de roca sólida, similar a una prisión en cuanto tras las rejas que lo flanqueaban se podían divisar numerosos talleres donde los herreros fundían el metal y lo martillaban repetidas veces, dándole las formas más diversas y creando armas de lo más particulares. De acuerdo a Exnar, quien se divertía enseñándoles hasta el más mínimo detalle de todo ello, aquella era la zona de prácticas e investigaciones. Era una afirmación extraña cuando lo único que Reed observaba hacer allí era golpear y moldear.

-¿Prefieren dar un paseo primero y luego pasamos a hablar, o hablamos primero y luego damos un paseo por el lugar?

Los tres jóvenes se miraron, caminando tras el ahura. Era evidente que, para él, el momento de hablar equivalía al momento de hacer negocios. Le causaba gracia a Reed la codicia tan evidente de aquel hombre, que detrás de miradas amables y cumplidos desmedidos no hacía más que deleitarse observando las armas que llevaban y la Estrella engarzada en su escudo. De no haber llevado todo ese hierro encima, era probable que ni les hubiese dirigido la palabra.

-Preferimos ver el lugar.

-Es una excelente elección- asintió Exnar mostrando sus dientes blanquísimos. Claro que sí. Conocerán la Forja de Xshathra guiados por su servidor, aquí mismo. Luego tendremos tiempo de sentarnos, beber algo y pasar a los negocios, ¿no es así?

El trío asintió, sin decir nada. La razón de aquella respuesta no tenía mucho que ver con su curiosidad por la Forja, sino más bien porque se encontraban en un terreno absolutamente desconocido. Habían venido allí en busca de Osald o de la espada Necrostacia, y poco podían hacer para cumplir ese objetivo si ni siquiera podían ubicar en qué nivel se encontraban, o cómo podrían escapar.

-Como cada vez me vuelvo más viejo, creo que sería mejor si utilizáramos el carro, ¿no les parece?- Exnar asintió repetidas veces, y ninguno contestó- Será divertido para todos. ¡Incluso a mí me sigue emocionando, luego de tantos años!

Habían salido de aquellos talleres, y ahora se adentraban por un camino de piedra, un camino en espiral con grandes entradas de las cuales fluía lava copiosamente: o al menos, una imitación mágica de lava, tal como la que habían visto repetidas veces en Belekraz. Esta no parecía tan caliente y devastadora como la creada por Albion, pero iluminaba todo bien y su accionar menguado ayudaba a que nadie se sofocara dentro de

aquellos túneles sin ventanas. Alguna magia especial obraba en aquel líquido, que actuaba como refrigerante, combustible o fuente de calor según la habitación conviniera.

Exnar se detuvo. Hurgó dentro de los bolsillos de su sotana roja, una sotana con una cruz amarilla cuadrada pintarrajeada, símbolo de los cultistas, y de allí sacó un arrugado silbato de hueso al cual dio un pitido.

El ahura esperó expectante unos momentos, ante la mirada de los otros tres. Luego pareció enfadarse y le dio un pisotón al suelo.

-¡Wuraka! ¡Ven aquí en este instante, despreciable basura!

Lo decía en un tono jovial, no agresivo. De uno de los rincones una criatura emergió, raquítica y temblorosa. Estaba completamente desnudo y sólo por sus ojos y orejas podían adivinar que era un ahura, pues era pálido hasta más no poder y su piel estaba totalmente cubierta de cicatrices, marcas de latigazos y costras inexplicables. A Reed se le heló el corazón al verlo arrastrarse con dolor hacia ellos, frotándose los nudillos y mirando al otro con unos ojillos nerviosos en su enorme cara de sapo.

-¿Amo? No amo, no.

Hablaba entrecortado, pausado. Exnar suspiró amablemente y le señaló a los otros tres.

-Yo y mis invitados usaremos el carro. Acércalo, y trae almohadones para nuestra comodidad.

El esclavo asintió repetidamente, ante la mirada horrorizada de ellos. Para Exnar aquello era lo más normal del mundo. Los ahuras estaban acostumbrados a tener esclavos, pero nunca se había oído de un servidor en una condición tan malsana.

-Almohadones. No sangre, no. -Wuraka temblaba, temblaba como nunca antes nadie lo hubiera visto, sus patas inclinadas y sus brazos esqueléticos le daban la forma de una gran araña blanca- No sangre, no por favor. No dioses, no sangre.

Eran palabras extrañas, y Exnar lo miraba como a un pobre demente. No hacían más que helarle la espina a Reed, quien tuvo que hacer fuerza para no retroceder un paso ante semejante visión. Estaba aterrorizado, tanto él como aquel otro hombre, y su corazón se encogía más y más. El esclavo les dio un último vistazo, y luego se metió tras un hoyo a cumplir su cometido.

-Solía ser mucho más vivaz- se lamentó Exnar- Hasta que ignoró mis advertencias y se entrometió en el cuarto nivel de la Forja. Desde entonces nunca volvió a ser el mismo.

-¿Qué hay en el cuarto nivel?- inquirió Reaper.

-Muchas cosas. Tenemos prisiones, calabozos; pero mayormente es ocupado por las habitaciones de rituales para nuestros magos cultistas.

-¿No hay acaso un dios encerrado?

Exnar hizo una pausa y los miró, sin un resto de alegría en aquel rostro astuto y encanecido. Luego rompió a reír con una exclamación.

-¡Ah! ¡Bribones! ¿Ya lo sabían acaso? Supongo que querían oírlo de mi boca. Pues sí, el dios del tiempo Baal se encuentra encerrado aquí mismo. Es lo que volvió a Wuraka loco, el sólo verlo. No les recomiendo que imiten su ejemplo... Sólo el elegido puede hacer eso.

-¿Y quién es el elegido de la Forja?- inquirió el mago.

-Pues mi hijo, Bali- asintió el otro ufano- Lo he preparado años para ese rol, y sé que puede hablar con Baal sin problemas. Tiene sobre sí la bendición de Xshathra, a donde quiera que vaya.

Ninguno dijo nada. A cada segundo aquel hombre animado y alegre se les hacía más y más insoportable, más aun sabiendo que se les pegaría como una sanguijuela durante toda su estadía. No hablaban entre sí, pero todos entendieron que en algún momento deberían buscar la forma de librarse de él.

Pronto.

Un ruido chirriante los sorprendió. Tras una de las entradas descubiertas algo sólido y cuadrado comenzó a emerger lentamente, tronando sobre unos rieles de metal. Wuraka lo empujaba haciendo gala de una sorprendente fuerza bajo su complexión famélica: un pequeño carro minero, provisto de una lámpara mágica y ya acomodado con mullidos almohadones para sentarse.

El esclavo lo dejó frente a ellos, y luego se encogió hecho un ovillo, temblando. Reed lo observaba calmado, pero en su interior todo ardía. Sentía lástima por aquel ser, temor por lo que fuera que le hubiera ocurrido en el cuarto nivel de la Forja, por el supuesto dios encerrado y por sobre todo odio hacia Exnar Gladiar. Lentamente, como una transición invisible, sentía en sí el mismo cambio que había experimentado tanto al enfrentar a Daivok como a la mantícora.

-Wuraka, maldito idiota, ¿tienes miedo?- Exnar preguntó riendo- ¿Te asusta nuestro invitado y sus ojos?

El esclavo asintió, sollozando. Reed se desconcentró y descubrió que hacía un rato su mirada había sido más que intensa, de desprecio, de odio. El infeliz ser había sentido ya antes miedo, un miedo primordial, absoluto a los dioses, y ahora él con su compasión asesina lo único que lograba despertarle era el mismo por los humanos. Reaper lo miraba de reojo, preocupado, pero Arksinad ya se había adelantado y se había colocado dentro del carro, divertido.

Exnar aplaudió, encantado, e hizo lo mismo, seguido de los otros dos. Reed no quiso darse la vuelta para observar al esclavo llorando, y se enfocó en el túnel que tenía adelante, donde los rieles se perdían en una curva oscura.

El líder de la Forja accionó una palanca con mucho esfuerzo, y pronto el carro se puso en marcha.

-Actualmente nos encontramos en el segundo nivel de la Forja.- recitó el viejo, recuperando el aliento luego de haber movido aquella pesada palanca- Han visto los talleres de práctica, pero eso sólo es la punta del iceberg. Aquí potenciamos los mismos movimientos del barco, junto con los magos del cuarto nivel... ya lo verán.

Sonrió, y el carro comenzó a chirriar y a moverse, perezoso, por los rieles que le fijaban un sendero. Las múltiples ruedas que los cargaban hacían un estruendo impresionante mientras el acero subía y bajaba, impulsándolos una y otra vez cada vez con más fuerza, hasta que la velocidad fue considerable y se encontraron surcando cuevas a toda máquina, acomodados sobre los almohadones y observando la tierra desplazarse, pasando todas las paradas y entradas, esquivando torrentes de lava por los pelos y adentrándose en el interior de la Forja. Exnar estaba encantado con aquello, y no

podían negar que también les divertía, si bien aún se encontraban turbados por las anteriores visiones.

-El tercer nivel es el residencial- exclamó el hombre, gritando para hacerse oír por sobre el estruendo del carro- Allí iremos por último para hacer nuestros trámites. Más arriba está el primer nivel, de relajación. Querrán pasar allí un tiempo imaginando.

Todos asintieron, escuchando atentos. Era evidente que, por mucho que dijeran, lo que debían de hacer era bajar hasta el cuarto nivel, el nivel de los cultistas que supuestamente había vuelto loco a Wuraka con la presencia de un dios. Exnar sólo lo había mencionado para asustarlos, y no se iban a rendir tan fácilmente.

-¿Algún otro nivel que podamos visitar?- preguntó Reaper directamente, también gritando.

-Pues, más abajo guardamos los tesoros, sí señor- rio Exnar, mientras el carro daba una vuelta impresionante sobre sí que hizo a todos rezar por la seguridad de los rieles- Pero dudo que tengan necesidad de pasearse por allí.

Dio una carcajada, ahogada por el estrépito. La velocidad que llevaban era cada vez más impresionante, el cabello se les alborotaba con el viento y pronto una brisa fresca y reconfortante comenzó a envolverlos. Era un paseo de lo más relajante.

El carro se detuvo de golpe, empujándolos con violencia. Los almohadones los escudaron mientras Exnar les señalaba algo, ya acostumbrado a esas bruscas paradas.

-Nos detendremos aquí un momento. Hay algo que deben ver, ya lo creo, sí.

Se bajó de un salto del vehículo, y los tres lo imitaron siguiéndolo. Era un pequeño parador, insignificante, cuyo muro estaba adornado por una cabeza enorme de ogro provista de seis ojos y múltiples cuernos: el dios Xshathra de los herreros, quien se decía había sido el constructor de la Forja y había hecho prisionero a Baal. Considerando que también se decía que Baal había matado a Horrxikkrron, el terrible Dios de la Nada, aquel era un logro impresionante.

La cabeza los observó, muda y pétrea, mientras el otro los guiaba por una entrada escondida entre la roca. Lo siguieron observando cada grieta y detalle, por una subida empinada, y salieron a un pequeño balcón de tierra natural desde el que pudieron observar un increíble paisaje.

Más abajo, el interior de la Forja se podía contemplar en toda su magnificencia. Reed se restregó los ojos mientras observaba enormes torres con pistones que subían y bajaban a toda velocidad, gigantescas máquinas similares a tenedores que revolvían y sacudían la lava para arrojarla sobre inmensos embudos de metal, que la filtraban a las herrerías donde sería usada por los expertos para ablandar los metales. La lava sobrante era utilizada como combustible para hacer navegar toda la construcción.

Había más allá puentes que colgaban entre distintas torres de acero, cables de irrompibles de los que colgaban recipientes que eran trasladados hasta los talleres, portando múltiples piezas de roca, bronce, oro y diversos materiales totalmente desconocidos para Reed.

Observó más abajo un curioso aparato que largaba vapor con una presión impresionante, que aturdía con su silbido. No podía entender qué diablos era aquella cosa, pero no le quedaba duda de que tecnológicamente los ahuras de la Forja de Xshathra habían dejado a todos atrás. Kamui, Fariel o Cel-Neckar necesitarían años para llegar a ese nivel de desarrollo, y su propio pueblo de Vant, eones.

Le pareció hilarante imaginar qué perdido estaría un habitante de Tikielder ante aquellas maquinarias monstruosas y sus ensordecedores vapores y ruidos. Se podían ver abajo numerosos hombres fornidos, protegidos con gruesos guantes y máscaras de

acero, que cargaban carbón y distintos elementos, controlando los ingenios, acostumbrados a aquel trabajo pesado. Por su compleción Reed adivinaba que, tal como le habían dicho, no había predilección de razas en la Forja: si bien los ahuras gobernaban, divisaba robustos seres de cuernos limados, kiels, y también los cuerpos grandes y de piel pálida de los humanos.

Sonrió al observar esto. Quizás la Forja era avanzada en más de un aspecto, si obviabas a los esclavos.

Exnar no hablaba, orgulloso de todo aquello. Por una vez se había percatado de que las palabras sobrarían, y observaba todo sin abrir la boca, satisfecho de sí mismo.

-Hemos prosperado por nuestra cuenta, guardando cada centavo, ajenos a los imperios y sus fluctuaciones, al porvenir y devenir de las eras -musitó para sí mismo- Somos el cuarto reino gobernante del mapa, uno que hace temblar a los otros con el sólo poder del avance y del dinero. Así habló Xshathra, y así obraremos.

Volvieron al carro luego de observar aquella maravilla, más impresionados que antes. Exnar aprovechó para intentar entablarles diálogo.

-¿Vienen de muy lejos? Parecen fatigados.

-Hemos bajado desde Sadalsuud- asintió Reaper- Un largo camino en verdad.

El otro inclinó su cabeza, divertido.

-¿Su Majestad Shimari continúa siendo tan atrevida como siempre? -rio, y al verles las caras de sorpresa sus carcajadas fueron más pronunciadas- Oh, claro que la conozco, claro que sí. Una doncella vivaz con un trabajo tedioso, no la envidio en lo absoluto... Su guardaespaldas, Sephid, solía vivir aquí. Estará por visitarnos en unos días, si no me equivoco. Aún extraña este lugar, incluso dentro de las comodidades de las que debe disfrutar ahora bajo el servicio de la reina.

Maldijo por lo bajo aquel pequeño desajuste en el tiempo. Desde que había hablado con Shimari sobre cómo los habían salvado de ser asesinados por los daevas, a Reed se le incrementaban más y más las ganas de conocer a aquel misterioso Sephid. No comprendía por qué, pero lo veía cada vez más como una especie de necesidad de su subconsciente.

El ahura volvió a hacer un enorme esfuerzo, y movió la palanca. El carro comenzó a ponerse en movimiento de nuevo, con lentitud, mientras Exnar se tendía contra los almohadones y estiraba las piernas. Había espacio suficiente para todos.

Se limpió la frente con un pañuelo, extenuado, y luego les sonrió.

-He resumido mucho nuestro camino al mostrarles ese espectáculo. Ahora sólo les queda ver los probadores... si lo desean, podrán bajar a las salas de creación. Estoy seguro de que como hijo de tu padre te interesará ver el trabajo de nuestros herreros, si bien no puede compararse.

-¿Está mi padre aquí?- volvió a insistir Reaper, implacable.

Exnar exhaló largamente, con una risa ahogada.

Negó.

Pero sus ojos brillaban, y todos lo notaron. Arksinad interrumpió a su amigo, que a cada segundo parecía enfadarse más y más.

-¿Podremos visitar el cuarto nivel, aunque sea superficialmente? He escuchado que hacen una magia interesante allí.

-¡Pero claro! Mientras no traspasemos la prisión de Baal, todo estará en orden. Los cultistas estarán encantados de recibir a un miembro del Geral, ya lo creo, sí. Lamento claro tener que informarles que mi hijo Bali no podrá recibirlos. Sus deberes como elegido exceden sus días.

Todos convinieron que estaba bien, secretamente tranquilos de no tener que enfrentar a aquel supuesto hijo. Un futuro Exnar que además era miembro del Geral y podría tener contacto con Vannael debía de ser el peor agregado que le podían dar a su visita.

Observaban atentos los muros, que pasaban al lado mientras el carro tomaba más y más velocidad. De vez en cuando se podía ver personas, algunas caminando, muchas vestidas con armaduras y otras con las largas sotanas rojas, charlando animadamente y bebiendo, rezando ante los murales de Xshathra o discutiendo sin parar. Exnar saludaba a todos con una inclinación de cabeza, amigable, y aun así había muchos que ni se dignaban a mirarlo. No parecía importar. Más que un líder de la Forja, aquel viejo hombre era simplemente un primer habitante, y nadie estaba al parecer obligado a rendirle respeto.

No había gran cosa que ver allí que les interesara, además de las particulares estructuras. Toda la forja era irregular: los caminos subían y bajaban, los pasadizos se interconectaban, los rieles se mezclaban con tránsitos de peatones, la lava fluía por doquier y esquivarla era un suceso cotidiano y diario, había almacenes de alimentos y agua –purificada directamente desde el mar- dispuestos en cualquier recoveco y los esclavos transitaban hasta por los techos, obligados a cumplir tareas de lo más denigrantes y forzosas sin resentimiento.

Reed se relajó contra su almohadón, cerrando los ojos para dejar su cuerpo descansar. El movimiento lo mecía y adormecía. Observó a Reaper y Arksinad mirar atentos las grietas en los muros, que se sucedían intercaladamente: de pronto un muro les tapaba lo que había más allá del riel, de pronto no, de pronto sí, haciéndoles titilar la visión de al lado, donde muchas personas seguían avanzando entre charlas, volviendo de sus trabajos de herrería o yendo a suplantar a los que se iban.

Parpadeó unos instantes al ver a una joven avanzar con paso decidido entre dos hombres, vestida con una larga blusa blanca y un chaleco rojo. Traía dos estilizados cuchillos en la cintura y algo en ella se le hacía tremendamente familiar, los ojos violetas sobre una tez humana, pecosa, y el cabello castaño ondulado, que envolvía el rostro sereno y mordaz. Llevaba uno de los brazos sujeto a un arnés en la espalda, probablemente quebrado.

Se sentía confundido. La había visto antes, ¿pero cuándo? La joven caminaba tranquila sin prestarles atención, pero Exnar también la miraba, de espaldas a ellos y con los codos apoyados sobre el borde de acero del carro, reconociéndola.

Sí, definitivamente había visto ese rostro antes. Observó sus facciones e hizo un esfuerzo, mientras el carro más y más se aproximaba a ella. La había visto, la había visto, ¿dónde?

Se la imaginó con el cabello oculto por un casco redondo y simple, el casco de un soldado de Fariel, y los ojos lentamente se le abrieron como platos.

-¡Deihr!- exclamó Exnar agitando los brazos- ¡Deihr Bellow!

Reed sintió que una mano de acero le aferraba la nuca y empujaba su cuerpo abajo a toda velocidad. Reaper sujetaba las cabezas tanto de él como de Arksinad; los tres inclinados para que las paredes del carruaje los ocultaran. Había una maldición larga pegada en los ojos de su amigo.

Deihr, última del grupo de los Bellow, y por lo tanto hermana adoptiva de Daivok Bellow. Se había infiltrado hacía años en el escuadrón de soldados de Yeguilex DaWillse bajo el nombre de Tezca y el mismo la había dado por muerta cuando

encontró su armadura de mercenaria al lado de una masa sanguinolenta, producto del Jormungand de Osald que los había asaltado.

Pues bien, se habían equivocado. Deihr Bellow seguía viva, y había logrado escapar de alguna forma. El muchacho evocó la imagen mental de la joven, con su brazo en cabestrillo, y se dio cuenta de que aquella rueda realmente la había herido.

Pero se había quitado su armadura, y había logrado huir. La rueda sólo atacaba a aquellos quienes usaban equipamiento fabricado por Osald, por lo que hacer ello había sido la mejor decisión. Estaba viva, y podía reconocerlos con facilidad: había hecho todo el viaje junto a ellos cuando Yeguilex los había capturado.

Y si los podía reconocer, sabría también que eran ellos quienes habían entrado a Belekraz junto con sus aliados ahora. Una misión que la había dejado sin ningún hermano adoptivo, y el principal culpable al que señalaría eran los tres.

Reaper los soltó y se incorporaron como resortes justo mientras Exnar se volteaba a verlos. El peligro ya había pasado y Deihr ya había quedado atrás, pero ahora sabían que la situación se complicaba. ¿Cuánto sabía Exnar acaso?

*“Sabe que tenemos la Estrella Oscura- adivinó Reed- Pero cree que es regalo de Vannael, quien la compró en la subasta de Fariel. Tendría sentido que se la diera a su discípulo Arksinad.”*

Lo cual significaba que no estaba enterado de que el mismo Arksinad había ayudado a Yeguilex a conseguir la Estrella, en la misma misión en la que la mayoría de los Bellow habían muerto. Eso también implicaba que, para suerte de ellos, Deihr no tenía ni idea de que el mago que había capturado el décimo tercer escuadrón de Fariel era el criminal tan buscado.

Era cuestión de evitar a la joven, y nada más. Si los veía e identificaba, Exnar sabría que algo andaba mal, y era probable que ella quisiera vengar la muerte de sus hermanos.

Tragó saliva, y todos se miraron, pálidos. En un lenguaje mudo llegaron a la misma conclusión, sin oír el parloteo que su guía soltaba en ese momento. Debían buscar a Necrostacia o a Osald, y esquivar a Deihr como fuera necesario. Luego, salir de allí tan rápido como fuera posible.

El ahora condujo a los perplejos aventureros por ciertos túneles impecables, blancos, donde el camino se ordenaba hasta ser casi una obra de arte, ramificaciones en relieve de piedra adornando los muros, coronados de gemas donde debían estar los frutos maduros. Todo estaba debidamente iluminado, y el aire incluso era allí más fresco que de costumbre.

-Esta es una galería superficial- les expuso Exnar- Aquí tenemos ciertas armas de herreros de gran renombre, objetos de cultura y uso en nuestra morada, sí señor... Sí sí, ya lo verán. Los verdaderos tesoros se encuentran en el quinto nivel.

Tiró de la palanca hacia el otro lado, y el carro comenzó a desfilarse a menor velocidad. Entraron a una galería más grande, impecable también y bien iluminada. De sus paredes colgaban diversas armas: una espada de oro y plata, labrada con delicadeza, otra de cristal que parecía tan frágil que una sola gota de lluvia sobre ella la quebraría, había espadas enormes que parecían de otro mundo, lanzas ahuras, látigos para azotar a los esclavos provistos de puntas curvas e incluso armaduras de las más variadas formas y tamaños como las que se utilizaban en el imperio kiel, llamadas shakkokus.

Los tres observaban todo simulando interés, cuando aún se sentían obligados a apurarse debido a la anterior revelación. Cada segundo que pasaban allí los ponía en más y más peligro de ser descubiertos.

Reed se encontró mirando de repente un hacha enorme y amarronada, una que ya había visto hace tiempo. El arma de Daivok, *Ardor*, reposaba en la pared junto con otras similares, irradiando una sensación de violencia contenida y aburrimiento. Era un arma que parecía feliz de luchar junto con su amo.

-¿Te interesa?- observó Exnar a su espalda, sobresaltándolo- Es un trabajo impecable, y lamento que tengamos tan pocas. El productor debe de resultarte conocido, Reaper.

-Mi padre hizo esa arma, es verdad- asintió el guerrero- Como muchas de las que están aquí colgadas.

-Les damos un buen uso, ¡no sólo exposición!- rio Exnar- Tu padre es un herrero de primera clase, un talento entre talentos. Es una lástima que no quisiera vivir entre estos muros, pues hubiera hallado bienes en donde fuera. Más aun, estas armas que vemos ahora mismo son las que los Bellow utilizan... utilizaban. —una cara de pena le cruzó el rostro, por primera vez absolutamente sincera- Deihr Bellow, la joven que cruzamos antes, es la última que queda de los legendarios mercenarios.

Todos escucharon, sin decir nada. El carro se movía lento, pasando por la galería y mostrando distintas copias del hacha de Daivok, todas colgadas en igual posición, creando un efecto óptico de lo más perturbador. Había también otras de los martillos de Dorbog, incluso del arco de Dulkir o del báculo de Dingir. Exnar observaba todo con aprensión, sin enterarse de que la misma aprensión sentían sus invitados.

-Es una chica un poco hosca- comentó- Deben disculparle que no los haya saludado, es lamentable, sí.

Otra vez no hablaron, quizás para no delatarse. El otro no se enteraba de que Deihr no los había saludado simplemente porque Reaper los había escondido a tiempo. Reed iba a tomar la palabra, pero se vio con los ojos rojos del ahora enfrentados a él, sonrientes y cándidos.

-Deberían saber que su llegada es más que simbólica para mí, claro que sí- afirmó febril, codicioso- Yo fui quien facilitó el entrenamiento de los Bellow, y financió su equipamiento. Deihr los rescató cuando eran unos chiquillos muertos de hambre en Gikeldor, pero fui yo quien invirtió en ellos, confiando en sus capacidades- pareció mirar el techo de la galería que iban dejando atrás, perdido en recuerdos felices, y luego volvió a hablar- Por muchos años fueron grandes servidores, a los reinos y a la Forja... Pero los cuatro hermanos que quedaban murieron cuando quisieron buscar la Estrella Oscura. Un desdichado capitán de Fariel la obtuvo de algún oscuro modo y luego Vannael la compró... ¡Y ahora el destino la trae a mí! ¡Sí, sí, sí, el destino se burla de todos, es increíble!

Miró a Reed con ansiedad, y podría haber estado a punto de sacudirlo por los hombros. Del cabello negro, normalmente peinado al costado con prolijidad, se habían desprendido dos mechones largos que le caían sobre la cara, cetrina y transpirada.

-Sé a ciencia cierta que esa es la Estrella Oscura, la legendaria joya de Albion. Haré cualquier cosa para conseguirla, en honor a aquellos jovencitos. Lo que un hombre no hace, el dinero lo hace mil veces mejor luego, de eso estoy seguro.

Reed asintió, y Exnar pareció calmarse al ver eso, moviendo un poco la palanca para incrementar la velocidad del carro. El muchacho sin embargo tenía la mente en negativa. No le daría jamás la Estrella: primero, porque si se la daba obligatoriamente tenía que entregarla junto con su escudo, y segundo, porque de ella dependía el pueblo de Vant.

Se dio cuenta de que había hecho algo mal con ese último pensamiento, pero decidió ignorarlo y centrarse en las posibilidades. Exnar le había dicho que haría cualquier cosa para comprar la Estrella, y parecía seguro de sí mismo. ¿Y si el ahora les ofrecía Necrostacia? ¿Si de él podía conseguir un millar de armas legendarias, e incluso el apoyo de la Forja para lidiar contra el dragón? Podía encabezar un ejército y erradicar a Skectral de su isla, y todo al precio de una gema.

¿Podría hacerlo? Recordó que ya de antes, el ahora general Yeguilex les había otorgado Órdenes de Obediencia, firmadas y selladas por la misma Cámara de los Diez, los dirigentes de Fariel, en premio a su participación en el encuentro de la falsa Estrella Oscura. Si lo deseaba, podía ordenarle a cualquier ciudadano del reino que lo asistiera a matar al dragón. Pero no haría tal cosa. No sólo le resultaba ridículo y calculaba que cientos de personas morirían, sino que además le parecía un abuso de poder y eran cosas como aquellas las que podría atribuir a un dragón como Skectral, no a un humano. Eso sin mencionar que cualquier obligado por la orden lo mandaría a ciertos lugares de poco renombre luego de observar el terrible monstruo al que instaba a derrotar.

Hizo un esfuerzo para al menos recordar dónde había dejado esas órdenes, y cayó en la cuenta de que habían de seguro quedado olvidadas en el palacio de Sadalsuud, a menos que Arksinad hubiera sido atento y las hubiera llevado al arca al empacar.

-Es el punto más fuerte, pero también otras cosas me interesan- sonrió Exnar apoyado contra el almohadón, juntando las yemas de los dedos tal como Allon había hecho la noche pasada- Tu guadaña, Reaper Assadan, es de lo más interesante. Me atrevería a jurar que también es una obra de Osald...- observó la expresión de los jóvenes y sonrió aun más- Comprobado entonces. Y el báculo que llevas tú Arksinad es indudablemente también una pieza valiosa, en la que identifico la mano de nuestro estimado herrero... Vannael no escatima con sus objetos, eso lo tengo claro. Su máscara sola debe de costar una buena fortuna.

-Mi maestro muestra cierta reticencia a mostrar su rostro- comentó el mago.

-¡Ya lo creo! Estoy seguro de que es mágica... así como el escudo que este honorable joven de Vant porta, claro que sí. ¿Qué herrero forjó semejante maravilla?

Reed se inclinó de hombros.

-Lo encontré tirado en un pantano, cerca de mi pueblo.

Exnar quedó callado unos segundos, congelado, y luego rompió a reír jovialmente por un buen trecho del camino. Ya habían dejado la galería de armas muy atrás y ahora el carruaje continuaba un lento ascenso.

-¡Eres un jovencito ingenioso, ya lo creo!- se secó las lágrimas- ¡Y vivaz! También me gusta negociar eso, ¿lo sabían? Apuesto que sí: información. Ustedes tres tienen información muy valiosa, y estoy dispuesto a pagarla en oro. Y por supuesto que podemos ponerle un precio a todo, ¿verdad?

Les guiñó el ojo y le dio unas palmadas amistosas.

Reed asintió turbado, pues había dicho la verdad. Su escudo era de cualquier manera una pieza tan rara que era entendible que el otro pensara que estaba ocultando información sobre su creador, totalmente desconocido en realidad para él.

El carro continuó ascendiendo, con lentitud exasperante. Si se daban vuelta podían observar que, aun yendo tan demorados, habían recorrido un buen trecho y dejaban una empinada bajada detrás. A juzgar por cómo subían, debían estar intentando ingresar al primer nivel de la Forja, el área de relajación.

-Toda la gente que cruzamos, más allá- preguntó Reaper con su mejor tono de inocencia- ¿Hacia dónde se dirigen?

-Pues, la mayoría irán directo a las salas de distención y relax- Exnar dio un suspiro fatigado, ridículo ante el inexistente esfuerzo que realizaba- Han tenido una ardua jornada y es el mejor lugar para dejar el cuerpo aflojarse... Estaremos allí en unos segundos. Todos nos podrán ver pasar y saludar... ¡Será divertido!

Dio una risa chillona, infantil, que se interrumpió en un gemido de susto cuando el de Kamui accionó la palanca de repente, frenando el carro. El líder se sacudió en su asiento, agarrado del borde para no caer contra la empinada pendiente que habían dejado atrás.

-Lo he pensado mejor, y quiero obviar la visita al primer nivel- sonrió el guerrero- ¿Podría mostrarnos el cuarto directamente?

Exnar pareció calmarse un poco, sobresaltado por aquella actitud. Había sido arriesgado pero Reaper los había salvado de aparecer en donde Deihr pudiera encontrarse, a la vista de todo el mundo.

-¡Eres impaciente, como todos en Kamui!- rio el veterano, como si el otro hubiera contado un fabuloso chiste- ¡Abajo, y luego directo a los negocios! Me gusta como piensas, ya lo creo. Pues bien... -se atusó la barbita con una mano, y apoyó la otra en la palanca- ¿Conocen la expresión de que todo lo que sube tiene que bajar?

“*Sujétense*” dijo, y sin darles tiempo a nada la accionó en reversa.

Por alguna extraña razón, Reed llegó a tomar aire. El carro volvió sobre sus pasos lanzándose por la pendiente, a toda velocidad, cada vez más y más rápido. El sombrero de Arksinad salió volando pero el mago lo tomó con una mano, cayendo triunfal sobre el asiento. La velocidad los atrapaba y les estiraba los labios, las caras de todos se deformaban y de no estar tan aterrado, el muchacho hubiera comenzado a reír de histeria.

Debían de haber hecho en tan sólo unos segundos lo que antes habían hecho en horas. El corazón les dio un vuelco mientras el vehículo trastabillaba a cada rato, rompiendo el viento; veían pasar fugaces la galería de armas, las hachas de Daivok, los tuneles, luego más y más. En un momento los colores comenzaron a fundirse y hasta el mismo vértigo se volvió normal, pero cada vez más creciente: sólo podían ver una mancha marrón oscura pasando a toda velocidad alrededor del carro, de la pequeña fortaleza que los protegía a todos.

Para cuando el vehículo llegó al cuarto nivel de la forja, Exnar reía como un niño, Arksinad parecía absolutamente petrificado con el sombrero atrapado entre los brazos, y Reaper se había puesto completamente pálido.

-Joder- fue lo único que dijo.

Por su parte Reed creía haber gritado una buena parte del trayecto, en especial en la que de pronto el móvil había saltado de vía en vía, golpeado por riscos preparados con una minuciosidad matemática para dejarlo bien parado. Quien había diseñado la Forja la había pensado más bien como un parque de atracciones para personas con un sentido del humor muy escabroso.

Y, evidentemente, también era escabrosa la mente de quien había diseñado la entrada a lo superficial del cuarto nivel. Una figura raquítica con una cabeza angular coronaba un pasaje oscuro y oxidado, encadenada con grilletes de roca al mismo techo. Un enorme cuchillo le salía del corazón, creando una herida que sangraba una lava que mantenía aquel sitio alumbrado.

-Representación ahora de Xshathra, Dios de los Sacrificios- sonrió Exnar- y como ya saben uno de los patrones de nuestro hogar. Es quien nos da fuerzas para mantener la prisión a Baal.

-¿Y por qué harían prisionero a un dios?- inquirió Reed, hablando tan sólo para que le pasaran las enormes ganas que tenía de devolver lo que sea que hubiera comido.

Exnar lo miró divertido, inmune a aquel feroz descenso.

-Sólo hasta que podamos entendernos mejor con él- dijo, y los ojos le brillaron- Pero basta de chácharas, ¡basta ya! Hasta aquí llegaremos hoy. Traspasar este dominio significaría meternos más y más cerca de donde Baal duerme, y no quieren eso, ¿verdad?

Reaper aproximó la mano hacia la entrada oscura que se veía allí, pasándola por el material sólido de las paredes. Se detuvo un rato haciendo eso ante la mirada de todos, pero sin entrar, y luego miró a Exnar, vivaz.

-Aquí solía haber una puerta... hay huecos para los goznes. -resopló y tocó una rasgadura en uno de los bordes, una gruesa y tajante- Y también hay marcas de espadas. Alguien utilizó una espada para forzar esta puerta, ¿o me equivoco?

Exnar soltó una risita complacida, y aplaudió.

-¡Eres todo un talento! Pues sí, uno de los guardias tuvo que forzar la puerta. Tuvimos que hacerlo luego de que hubiera problemas con la seguridad. No cualquiera debería entrar aquí, ¡si no miren lo que le ocurrió al pobre Wuraka!

-¿Y aún no ponen una nueva puerta?- la sonrisa de Reaper era falsa, mientras seguía explorando los distintos golpes que alguien había dado contra las paredes, golpes que creía saber a qué espada y a que hombre pertenecían- Debió de haber sido un accidente reciente, o en verdad no temen que Baal escape su prisión.

El mandatario de la Forja miraba a Reaper con una sonrisa congelada en los labios, y sus ojillos rojos brillaban. El joven de Kamui no perdió más el tiempo e, impaciente como lo habían llamado, caminó hacia el otro plantándosele al frente.

-¿Mi padre está aquí, Exnar?

-Señor Reaper- Exnar parecía condescendiente- Si estuviera aquí, ¿por qué no íbamos a avisarle? Su padre es un hombre muy querido por nuestra comunidad.

Reaper tuvo que resistir el impulso de tomarlo de la sotana, y en cambio habló, marcando las palabras con un peso mortal.

-¿Está seguro? Porque no sería bueno para los negocios que me enterase de que me está mintiendo.

Exnar asintió, y rompió a reír de nuevo. Su risa se interrumpió sin embargo tan rápido como surgió, al ver la mirada que el otro le dirigía. Lo que hizo en cambio fue alisarse la túnica, y observar a los tres divertido pero asustado, una combinación extraña que le sentaba muy bien.

-Entiendo cómo piensas, joven Assadan, pero no recuerdo que tu padre fuera ningún ladrón. Estaba interesado en las espadas legendarias, sí, e incluso condujo una investigación más que apabullante al respecto. Más sin embargo, debería revelarles que en la Forja sólo tenemos a Necrostacia- asintió complacido ante las reacciones sorprendidas de todos y soltó la tela pesada de su túnica- ¡Sí! ¿Por qué no iba a contárselos? A tu padre sólo le interesaba Oblivion. Cierto es que, después de todo, tu mirada y pensar son muy acertados. Al final, ¿qué lugar es más seguro para esconder una espada legendaria que la prisión de un dios?

Desde que los daevas habían roto su collar, para Sephid todo había resultado de lo más sencillo. Era un desperdicio en cierta manera ya que un amuleto como aquel sólo podía ser arreglado haciendo un costoso viaje a la Forja, pero por otro lado se sentía librado de ataduras y listo para hacer lo que se le pusiera en mente, por una vez alejado de la vida junto con su reina a la cual, si bien amaba y había prometido proteger cuanto su poder lo permitiera, le reservaba una vida más corriente y monótona que las aventuras que había vivido como discípulo de Albion hacía ya tantos años.

Albion. El recuerdo le embargó la mente y el corazón, suplicándole un cierre a todo lo que había vivido en aquella lejana infancia. Albion, Albion y su arte, Albion y su hermano, Albion y la guerra, y la nada, y la gloria nunca lograda. Después de cientos de años podía verlo todo en retrospectiva, y se encontraba con sentimientos de lo más diferentes. De niño había sido cegado por la luz que aquel hombre despedía, aun en su extrañeza, pero hoy en día lo podía comprender de una forma distinta, más humana.

Aunque, Albion nunca había sido un humano. Eso estuvo claro desde el primer momento, y fue Sephid quien tuvo que enseñarle, desde la resignación sarcástica de su niñez, a comportarse como una persona común. Era probable, sin embargo, que Albion nunca hubiera sido alguien común, ni siquiera dentro de su propia especie.

No tenía duda de que había sido un ser extraordinario, un mesías como ninguno había en el mundo, y quizás por ello sus errores habían sido más graves y más de hombre, con más maldades de la que él mismo se podía jactar de tener.

Pensaba todo aquello melancólico, mientras se movía como una sombra por las callejuelas de Deneb Algedi, Fariel. En su caso lo de la sombra no era ningún eufemismo. Sin su amuleto, Sephid ganaba todas las habilidades que su condición le permitía, y eso involucraba tanto la habilidad de mantener daevas a raya como la de ser uno mismo con la oscuridad, de infiltrarse en donde quisiera bajo las narices de todos, plegado a las paredes y colgado del techo, invisible como los demonios que habitaban el otro plano.

Demonio era lo más similar que podía decirse de su condición, pero la palabra era una cosa curiosa y las ideas que los humanos se hacían de él eran de lo más entretenidas. Eran un cliché hasta el hartazgo las historias de esos seres malvados, que se deleitaban en el odio y las sombras bajo el control de los brujos.

A él todo aquello le resultaba ridículo. La condición de demonio era una maldición, pero una encantadoramente feliz si uno se decidía a vivirla como él se forzaba a hacerlo. No necesitaba beber sangre alguna, ni mejoraba su aspecto físico ni ningún desperdicio similar. Lo que ganaba eran básicamente las mismas propiedades que podía haber tenido un daeva, una vida sobrenaturalmente larga, y el rechazo constante de la mayoría de los habitantes del mapa. Era un rechazo que había conocido muy bien ya, incluso en su lejana tierra de Antares hoy azotada por los espectros y el terror, y que le resultaba de lo más burdo y desagradable.

¿Acaso no sucedía lo mismo con los brujos? En los continentes centrales eran despreciados y maltratados, tan sólo por el hecho de congeniar con seres del otro plano. ¿Pero qué tan malo era un demonio? Los hombres los usaban para matar, atacar y darse a las lujurias más exóticas, ¿qué significaba aquello? Tan sólo que a los hombres les gustaba matar, atacar y lujuriar. Los habitantes de Gikeldor habían comprendido eso

antes que sus más acaudalados congéneres, y aceptaban la brujería y al otro plano de brazos abiertos, comprendiendo sus ventajas y debilidades sin rechistar.

Aquellos últimos pensamientos estaban tras un telón de fondo, porque su mente no solía ocuparse de cosas como esas. Tenía un objetivo desde hacía rato, uno al que se dirigía a toda velocidad traspasando callejones sin salida y pasando entre las mismas personas que luchaban por doquier en la ciudad. *Qué ridículo*, pensó. Era una ciudad ridícula, pero sabía que a Albion le hubiera encantado.

Reptó fuera de Deneb Algedi, en su forma de sombra, y contempló la llanura que se extendía bajo él, con su capa fluctuando como el batir de mil alas negras, parte de su ser. Realmente había sido ventajoso aquel encuentro con los daevas. Se quitaría la molestia que lo carcomía, y luego regresaría a la Forja a reparar el amuleto. Shimari lo esperaría.

Se filtró entre el mismo viento, atravesando los altos pastizales hasta llegar a la insignificante barricada que rodeaba la entrada al Templo del Centro del Mundo, a Dammed Oah. Había algunos soldados apostados allí, bebiendo y jugando a las cartas con gran barullo, pero los pasó simplemente caminando. No podían percibirlo, no ellos.

El siguiente círculo de defensa a aquella infernal entrada estaba constituido por grandes carpas, a las que entró sin dificultad. Su presencia debía ser inexistente. Quería ver si la historia que había contado aquel capitán de Fariel era cierta; comprobar con sus propios ojos lo que alguien pudiera haberle hecho al cadáver de Albion. Necesitaba estar seguro de que todo andaba bien. Necesitaba ver miles de cuerpos muertos, arrojados en las calles de la ciudad, y los otros dos cuerpos en el edificio central, el cadáver y el dormido.

Entró por una rendija y se colgó del techo, de cabeza, tal murciélago. Abajo dos generales de Fariel compartían anécdotas, entretenidos, con las armas cerca en caso de emergencia. Sephid dio un salto y se esfumó de ellos, pasando las carpas.

Más allá otros hombres patrullaban la entrada a caballo. Ninguno se aproximaba mucho, lo que haría todo más simple. Pasó entre las mismas piernas del animal, que brío incontrolable, dejó atrás al soldado que intentaba calmarlo, y se adentró en el gran hoyo que ahora veía ante sus pies.

Albion había sellado esa entrada, había derrumbado esa ciudad, y ahora estaba abierta. Había prometido volver, pero nada de eso había ocurrido. ¿Qué demonios estaba pasando? Debería comunicarse con Ventrissen. ¿Acaso no había desaparecido el escudo? ¿Cómo podía ser que un capitán de Fariel fuera quien hubiera ingresado?

Sin embargo ese tal Yeguilex no había traído la verdadera Estrella Oscura, pensó para sus adentros mientras caía por la larga bajada que conducía a la primera caverna. Alguien más se había llevado el tesoro de Albion, y debía averiguar quién. Una charla con Yeguilex estaba a la orden del día.

Se adentró cruzando las grandes losas de piedra, y los recuerdos resurgieron por doquier. Hacía alrededor de cuatrocientos años que no pisaba ese suelo. Cruzó el gran sendero, con las gemas de su anterior maestro aún latiendo sobre su rubia cabellera, y se arremolinó la capa mientras cruzaba la gruta y bajaba el precipicio que conducía a la ciudad.

Dammed Oah estaba silenciosa, imperturbable. Sephid sin embargo no se tomó la confianza de bajar su guardia. Yeguilex les había hablado de extrañas criaturas patrullando aquel infierno, y quería comprobarlo con sus propios ojos.

Todo seguía tal como lo había visto antes, cuando el árbol cayó. Los edificios grises, de formas imposibles, se mantenían arrojados por doquier en cualquier posición.

Un viento frío envolvía todo, todo lo que parecía muerto, congelado, terrorífico. Incluso a él, llamado un monstruo por tanta gente, se le congeló la sangre.

Se adentró en cuanta calle había, liberándose de su forma de sombra para que cualquier enemigo lo detectara. Quería que algo surgiera, algún monstruo, algún ser oscuro que se arrastrara hacia él.

Nada.

Ni una sola alma en la ciudad. Pero lo que le preocupaba no era sólo eso. No creía que el capitán hubiera mentido. Ni siquiera los huesos de los devas que habían quedado enterrados por Albion se veían por algún lado. Habían sufrido muertes espantosas y dudaba que hubieran tenido sepultura digna, entonces, ¿dónde estaban?

Mantuvo la mano en la cadena de la cual colgaba su amuleto quebrado. Estaba preparado para lo peor, pero entendía ahora que lo peor de alguna forma había abandonado la ciudad, se había escondido donde él no pudiera encontrarlo. No había ninguno de los seres que le habían mencionado, ni ninguno de los cadáveres que habían dejado hacía años. Sospechaba que, al pensar en esas dos cosas, pensaba de alguna forma en lo mismo.

Sólo quedaba algo por hacer, pensó con un suspiro. Volvió a su forma de sombra, envolviéndose en una oscuridad gruesa y profunda, abismal, y voló a toda velocidad hacia el ruinoso edificio principal.

Las puertas de madera estaban violentadas, con la tranca estallada arrojada más atrás. Allí había habido una lucha, y una mucho más reciente que la que Albion había librado. Veía también pedazos de gemas dispersos por doquier, que le despertaron grandes recuerdos.

Sintió un profundo malestar al observar el trono, con el cadáver de su antiguo maestro en semejantes condiciones. Tal como se había dicho en la reunión de Fariel, le habían cosido la boca y pintarrajeado con burlas el muro que le hacía de soporte. ¿Quién podía haber hecho algo así? ¿Cómo había entrado a la ciudad? Ningún sobreviviente había quedado.

Ninguno.

Su mirada dejó de posarse en los restos del legendario mago, que al final no eran más que restos, y se volvieron hacia el cuerpo que dormía plácidamente a sus pies, acostado y con el cabello plateado imposiblemente largo, un rostro serio e inmaculado, apacible. Se aproximó sobre él como una sombra amenazante y observó las facciones, las marcas grises en la cara y el torso, la serenidad que proyectaba.

Sephid alzó su brazo, que se cubrió de una energía roja, fluctuante. Descargó un golpe sobre aquel cuerpo perfectamente conservado, con toda la intención de destruirle el cráneo.

Una energía similar lo repelió, lanzándolo contra la pared con potencia. Se recuperó cayendo sobre sus pies y se echó al suelo, para dar un suspiro poco sorprendido. Todavía no podía hacerlo. Sólo Albion podía hacerlo. Así lo había querido, y así sucedería.

Albion jamás había fallado.

Notó que las gemas comenzaban a crecer, envolviendo el cuerpo de cabello de plata y rodeándolo con su protección mineral, absorbente, cubriéndolo como a un sepulcro. Había empeorado las cosas, después de todo. La protección *seele* de Albion era lo suficientemente fuerte como para desviar cualquier intento de ataque, y las gemas sólo harían todo más difícil para cuando decidiera volver.

Pues él volvería. Sephid lo había esperado hacía años, con una resignación despreocupada. Los otros habían sido más constantes, más fanáticos; pero ninguno había conocido al mesías como él o Dordo. Él hacía las cosas a su manera.

No dejaba sin embargo de sentir su corazón vacilar mientras observaba el cuerpo que dormía plácidamente, carente de alma, protegido por Albion, por su energía, sus amatistas, incluso probablemente por el mismo poder de Drassil. En su arrepentimiento Albion les estaba causando problemas a todos sus seguidores, pero esperaba que se solucionara.

Después de todo, alguien había logrado mover la Estrella Oscura. Y eso significaba, que alguien podía atravesar la barrera de Albion, alguien que había estado con Yeguilex. Ese alguien era quien podría terminar el inútil sueño del hombre gris, y ese alguien debía de ser también su maestro, renacido de nuevo luego de tantos años, tal como lo había predicho.

Iba a encontrar a esa persona. Hablaría con Yeguilex.

Dio un último vistazo a la escena que tenía adelante, y reprimió un impulso. Unnaon Delta había prometido ante las autoridades de Fariel, Cel-Neckar y Kamui que enviarían un equipo a recuperar el cadáver del mago, pero no había movido un sólo dedo e incluso obstaculizaba más y más la entrada al lugar. Había algo más que extraño en la actitud de aquel dirigente. Lo investigaría también.

En verdad, Albion había dejado muchas tareas a sus fieles seguidores, pensó y se filtró como sombra hacia la salida, para escapar de esa ciudad fantasma, de los recuerdos fantasmas que lo acosaban, de aquella infancia negra y de los dos hermanos que allí reposaban, cuya historia había alterado hasta a los dioses.

## 10. Oberón Blanco

El Rey se veía meditabundo en su trono, inmóvil con los ojos entrecerrados tras la máscara y la cabeza apoyada en el puño enguantado. Había permanecido así por horas en su torre de Babel, costumbre aceptada ya por sus vasallos desde hacía años, y no se movía ni por el fuerte viento helado que ingresaba por los amplios miradores, sacudiendo el fuego mágico que brillaba en las antorchas de alrededor, despeinando el cabello azabache que caía sobre su mirada.

Frente a él Mila permanecía arrodillada con respeto. El vestido rojo de seda que siempre llevaba se plegaba bajo sus piernas, un manto de sangre que le hacía siniestra sombra.

-Les han perdido el rastro- dijo la joven- Los daevas no pueden encontrarlos. Le dije que no deberíamos haberles permitido robar el arca.

Vannael ni se dignó a bajar la mirada hacia ella, al menos en el primer momento. Comentó con voz queda.

-No recuerdo haberte pedido que me dijeras qué permitir o no, Mila.

Los ojos rojos se posaron entonces en su sirviente, quien se estremeció. El mago se inclinó sobre su trono, una alta figura de nieve, y la contempló con una mirada extraña. Luego habló con desgano.

-Están en la Forja de Xshathra. Diles a los Daevas que se dirijan allí, en el tiempo que sea necesario. Volverán a cruzar esos muros de alguna u otra forma.

Mila asintió, incorporándose, y Vannael la imitó. La joven pareció querer decir algo más, animada, pero la mirada congelada de su amor la detuvo. Lo que hizo en cambio fue hacer una reverencia y darse la vuelta para marchar, la cola de seda de su prenda marcando su salida.

Cuando quedó solo, el rey estiró un brazo.

-Duran- llamó, chasqueando el sello que había en su palma. Un relámpago cayó en la sala y el viejo mago apareció allí, vestido con su típica armadura azul bajo la capa amarilla, y cerrando a tiempo el libro que sostenía en una sola mano. Se arrodilló con presteza, dispuesto a servir.

-Mi señor...

-¿En dónde te encontrabas, Duran?

-En la biblioteca, Su Majestad. Instruyéndome.

El Dos del Geral Veintiún lo miraba a los ojos. Eran compañeros desde hacía mucho y le había sido muy leal durante años, lo que significaba que aquel trato respetuoso en privado dejaba mucho que desear. Al escudriñar a su vasallo, la mirada de Vannael era impasible, pero Duran no se rindió y la sostuvo con firmeza.

-Creía que ya habías leído todo lo que la biblioteca de Babel podía ofrecer- comentó el rey mago.

-Es así- asintió el otro- Pero siempre es una experiencia gratificante el releer las historias pasadas, ¿no le parece?

Vannael lo siguió observando, sin decir nada. Había una acusación muda allí, un saber a medias, un instinto casi animal, sabio y peligroso. Duran lo observaba como si nada ocurriera porque, ¿cómo podía saber algo? Se daba por descontado que el monarca de Cel-Neckar poseía cierta habilidad para prever el futuro, ¿pero hasta qué punto? ¿Podía detectar pequeñas traiciones sin más?

Ahora mismo su líder había caminado hacia uno de los amplios miradores, observando la ciudad blanca que se extendía bajo sus ojos, bajo el clima gris e invernal que reinaba. Pronto los copos de nieve comenzarían a acumularse sobre los sombreros de los magos.

-Te he llamado para pedirte que viajes a Fariel junto con Zark Argocette- habló al fin, sin dejar de observar su ciudad- Necesito que solicites una reunión urgente con la Cámara de los Diez.

-¿En calidad?- inquirió el viejo mago, temiendo escuchar lo peor.

-En calidad de aviso- Vannael se volteó y sus ojos brillaron tras la oscuridad de su máscara, feroces- He visto cosas que espero no tener que confirmar en ningún futuro. Temo que el peligro se avecine sobre Fariel.

Duran no comentó nada, sino que le sostuvo la mirada un rato más. El rey estaba de espaldas, con la cabeza volteada, pero aun así ni pestañeó mientras lo observaba. Fue el anciano en cambio quien bajó la vista, obediente.

-Así lo haré- luego la alzó y lo miró de nuevo- ¿Podría traer a Gallahard Arleon conmigo? Aún tiene mucho que aprender.

Vannael se encogió de hombros, sin darle importancia. Estaba bien.

El Dos asintió y se marchó tal como lo había hecho Mila, con el abrigo ondeando tras él, las mangas que representaban garras de oso a los costados, no colocadas en sus brazos acorazados. Más allá el maestro de Arksinad ni lo contempló irse, meditabundo, y al rato fue regresando a la posición original que había tenido en su trono.

-Por favor, pónganse cómodos- les sonrió Exnar- Y bienvenidos a mi humilde morada.

La puerta formaba parte de un complejo, un pasillo considerablemente largo y espacioso en el que cada entrada a un lado simbolizaba la vivienda de un habitante de la Forja. La zona en la que estaban en concreto, podía decirse, pertenecía a la elite gobernante, aunque Reed dudaba de que tuviera mucha diferencia con la de los demás

residentes. En todo caso, adentro se vería qué cosas diferenciaban la vida de Exnar de la de los simples herreros que allí también habitaban.

“*Jefe de Culto, Comercio y Producción*” leía el cartel impreso en granito negro. Parecía más un lugar de trabajo que una vivienda. Entraron, agotados por aquel largo viaje de subida, del cuarto al tercer nivel donde se encontraban. No estaban muy seguros de qué harían ahora, pues lo que necesitaban era bajar de nuevo. Exnar les había dado todas las razones para creer que Necrostacia se encontraba en donde tenían encerrado a Baal.

Necrostacia, y quizás alguien más.

Reaper parecía haberse dominado, y estaba calmo. Había algo de estático en sus movimientos, algo de forzado. Lo notaban por lo tenso de sus hombros, lo calculado de sus manos, por el modo en el que no cerraba los codos demasiado, como si estuviera adolorido. El joven se estaba conteniendo.

La residencia de Exnar no era particularmente grande. Debía de ser incluso más pequeña que la casa de Amu, pero estaba organizada con lujo, con luces brillantes que colgaban de una araña dorada y cómodos sillones donde relajarse, provistos incluso de cubos de hielo para apoyar los pies en días más calurosos. El piso era lustroso, de madera pulida, y también era de madera la estantería del costado, repleta de botellas de distintos años y procedencias. Al parecer Exnar era un aficionado a los vinos.

Era muy agradable y comfortable, pensó Reed mientras tomaba asiento en uno de los sillones que les indicaba Exnar, junto a Reaper. Arksinad se apoyó en otro sillón individual y el líder de la Forja se puso en otro similar. El apartamento, como él lo llamaba, parecía un oasis dentro de aquel concreto flotante.

-Por supuesto, aún no han visto los niveles de relajación superiores. Son mucho mejores que mi pequeño paraíso, pero claro, mucho más transitados también. ¿Les apetece tomar algo? ¿Vino, jugo de Zamora, quizás algún trago fuerte?

Reaper negó, hosco. Reed pidió aquel jugo del cual jamás había oído hablar, al igual que Arksinad. El mago lo pidió sin diluir, pero Reed no se sintió tentado a imitarlo sin haber probado la versión aguada antes.

-En eso eres diferente a tu padre- comentó el ahora levantándose, mientras iba a preparar los tragos- ¡A Osald sí que le gustaba beber!

Reaper no dijo nada, pero asintió muy lentamente. El alcohol producía efectos desastrosos en él, como ya lo habían notado hacía tiempo. Arksinad sonrió por lo bajo y le recibió el vaso a Exnar, un vaso lleno de una pulpa espesa y rojiza, parecida al color de una granadina, apenas transparente. El de Reed en cambio era ya casi rosado.

Lo bebió de un trago apresurado, y sintió que le ardía la garganta. Para tratarse de jugo, llevaba una considerable cantidad de alcohol, pero aun así el sabor era tan intenso, tan frutal, que aquello ni se notaba y la bebida resultaba deliciosa, gratificante. Bebió un poco más, sosteniendo el elixir en la lengua y lo tragó, satisfecho. Exnar aplaudió más atrás, divertido.

-¡Es bueno! ¿No? Yo mismo superviso la cosecha de las zamoras y de las uvas que cultivamos en la Forja. Es un asunto complicado ya que hacemos todo con magia.

Soltó una risa chillona, y se trajo para sí mismo una botella de barro repleta de vino dulzón, una copa y luego una fuente con bocadillos para todos, bombones al licor de naranja, frutas secas con azúcar y pasteles pequeños con crema de anís. Era evidente que quería agasajar a sus invitados, y ellos lo aprovecharon. El mago comenzó a devorar los bocadillos como si no hubiera comido en días, pero todos tuvieron en cuenta que no debían tomar mucho alcohol si querían luego infiltrarse por los pasillos de aquel lugar.

Reed dio una fugaz mirada a sus amigos, e intentó adivinar en qué estaban pensando. ¿Cómo se quitarían a Exnar de encima? El otro no iba a dejarlos libres tan fácilmente, no sin negociar sus pertenencias antes. Era en cierta forma una situación sin salida.

-Y ahora que estamos cómodos, podemos comenzar nuestro pequeño acuerdo- Exnar sonrió, y muy ufano se acomodó sobre el sillón. Los tres asintieron, sin mucho entusiasmo.

No le iban a entregar nada. La cuestión era qué hacer entonces. Los nervios comenzaron a juntarse lentamente en el corazón de Reed, capas de sedimento que se preparaban para concretar un pánico terrible.

-Bueno bueno bueno -el otro juntó las manos como antes- ¿Por cuál objeto podemos comenzar?

-El escudo- respondió Reaper de inmediato, como si ya hubiera tenido la respuesta en mente desde hacía meses. Reed se sintió aliviado de que no dudara, aunque ponía en duda la bondad de comenzar con un ítem que no le pertenecía. Sin darse cuenta aferró con más fuerza con sus dedos al enorme escudo que siempre lo acompañaba, ahora apoyado al borde del sillón.

-¡Fantástico!- su anfitrión pareció encantado de que el premio gordo se jugara primero, y miró febril la joya, con la lengua manchada de vino y los ojos brillando- Ustedes dirán, ¿no es así? ¿Qué precio les parece justo por semejante tesoro?

Nadie pudo responder, en un principio. Arksinad y Reed se miraron, anonadados, el muchacho aferrando su arma aun con más fuerza. Reaper continuó serio, inmutable.

-Necrostacia. Queremos la espada Necrostacia a cambio del escudo.

La sonrisa se borró de la cara del hombre con la misma velocidad con la que caía un rayo. Se echó hacia atrás y se limpió inexistente sudor con el pañuelo, comentando.

-Lo siento mucho, olvidé decirles. Necrostacia no está en venta, ni ninguno de nuestros objetos legendarios. La Forja jamás los ha vendido ni lo hará ahora- los miró a los ojos, más sincero, y se pasó un dedo por el mentón- Pero puedo ofrecerles abismales cantidades de dinero, joyas, permisos, esclavos y otro tipo de bienes- sonrió de oreja a oreja y tomó un trago de vino, preparándose- ¿Qué desean?

-En ese caso- Reaper se frotó el puente de la nariz, simulando mucha concentración. Por lo bajo le dirigió una mirada al mago, y el otro apenas sonrió- Creo que cien mil millones de piezas de diamante serían suficiente.

Era un precio imposible, dicho con toda la intención de alargar aquella inútil puja, aquella farsa sin sentido. Exnar sin embargo sonrió abiertamente, tomando aliento.

-¡Trato hecho! Pueden...

-¡No!- gritó Reed, desesperado- ¡Agréguele tres ceros más a esa cifra!

Del susto se había levantado del sillón. No esperaban que la Forja manejara tales cantidades de dinero. Exnar lo miró desconcertado, pero al rato volvió a sonreír. Antes de que volviera a aceptar el intercambio, Arksinad habló.

-Diez ceros. Diez ceros más a esa cifra.

Gladiar ahora sí palideció del todo, y se arrojó contra su sillón balbuceando algo que ninguno pudo entender. Se secó el dorso de la cara con el pañuelo y luego añadió, desesperanzado.

-No. Es demasiado... No puedo manejar los fondos de la Forja de esa manera. No, no. Por otro lado, es un tesoro invaluable- le echó un trago largo a su vino, sin degustarlo, y luego los miró, más animado- Quizás hemos comenzado de forma incorrecta. Pensemos otro objeto.

-La Estrella Oscura- dijo Reaper con total tranquilidad. Parecía más preparado que los otros dos para ello.

-¿No acabamos de negociar eso?

El kamuita negó, y el mago levantó un dedo.

-Negociábamos el escudo. Pero ahora negociamos la Estrella Oscura.

-¡Son lo mismo!- saltó el ahura, por primera vez alterado- ¡Están pegados!

-Son dos ítems distintos- lo rebatió el mago- Y deben ser vendidos juntos, pero por separado. No tenemos forma de dividirlos, de cualquier modo.

Era obvio que por dentro ambos estaban disfrutando tomarle el pelo a aquel pobre y avaricioso hombre. Reed decidió cerrar la boca y se arrimó contra su sillón, prestando atención a lo que los otros hacían.

-Está bien... ¡Está bien! -Exnar parecía mucho más enfadado que antes- Creo que con cien mil millones será más que suficiente, ¿no? Bien, ¡pero de nada me sirve si no tengo el escudo!

-Eso, señor, no es nuestro problema- la cara dulce y apaciguadora del de Cel-Neckar fue casi creíble- Ya le hemos dado nuestro precio.

-Un precio ridículo- dijo Exnar con frialdad- Es imposible hacer negocios con ustedes. Si fuéramos al caso, todos sabemos que los millones deberían ser pagados por la Estrella, no por el escudo. El tesoro de Albion verdaderamente valía una fortuna, ¡pero no eso! ¿Están planeando acaso fundar su propio reino?

Dijo lo último con una risa nerviosa, y echó otro trago a su botella de vino. Arksinad se aclaró la garganta y lo miró, incorporándose un poco de su asiento.

-Podemos bajar el precio...- el líder de la Forja asintió, más tranquilo, y el mago con disimulo se ajustó el sombrero- Pero antes debe escuchar algo.

Le hizo una seña para que se acercara. Reed previno lo que vendría, pero decidió no cerrar los ojos, por mucho que le pudiera asustar. Exnar Gladiar se aproximó al hechicero, confiado, y Arksinad dejó caer su mandíbula del todo, colgando de hilos negros y espesos. Todo el lugar comenzó a retumbar, oscurecerse, corromperse, y la tétrica cancioncilla infantil emergió por doquier, cubriendo las paredes y el suelo, aquella canción que ahora sin duda Reed sabía no estaba siendo cantada por el mago, sino por Asherat, por el mismo demonio que habitaba el Tótem Terror.

Hubo un momento de silencio terrorífico, y cuando volvió a pestañear, todo seguía igual. Exnar estaba congelado, esperando. Había usado el mismo truco que le había aplicado a Bullwe sin éxito, hacía ya tanto tiempo en la base de Belekraz.

En ese entonces no había funcionado, pues el vivaz soldado era resistente a la magia. En este momento tampoco funcionó. Exnar dio un paso hacia atrás de golpe, asustado, totalmente librado del hechizo, y corrió hacia un interruptor mágico donde podía comunicarse con otras personas del edificio.

-¡Deihr!- gritó, aterrado- ¡Deih-!

Se interrumpió de repente cuando el codo de Reaper le dio en la nuca, y cayó como peso muerto al suelo, desmayado. El guerrero le dio un leve puntapié, asqueado.

-Quería hacer eso desde hacía un buen tiempo.- miró al mago- Boca-cortada, eres un inútil. Para lo único que sirve eso es para que todos nos caguemos en los pantalones.

-Debe de tener algún tipo de protección contra hechizos- el rubio se incorporó y contempló el cuerpo desmayado de Exnar, con la sotana desarreglada formando una gran mancha roja en el suelo- Estaba más preparado de lo que creíamos.

Ambos miraron a Reed, que los observaba anonadado, y suspiraron.

-Reed, ven y ayuda.

Terminó su trago con apuro y dejó el vaso, sin mucha educación, mientras miraba todo algo contrariado. ¿Había sido tan normal que Exnar resistiera así la magia del brujo? En cualquier caso, viendo el cuerpo inconsciente de aquel hombre, era obvio que ya no les resultaba un peligro. Casi se sentía un villano haciendo todo aquello. Necrostacia era sin duda alguna un tesoro de la Forja, y lo que se encontraban ejecutando en el momento era un robo a toda clase, con golpes a indefensos inclusive.

Reaper y Arksinad no parecían complicarse lo más mínimo por ello.

-¿No estamos siendo los tipos malos aquí?

-Le devolveremos lo que consigamos después- dijo Reaper sin darle importancia y agregó- Además, dudo que la Forja sea el paraíso utópico que este idiota clama. Debe de haber secretos de los más oscuros en el cuarto nivel... Venga Reed, deja de hacer el tonto y ayúdame a ocultarlo.

Se agachó junto al cuerpo de Exnar, y lo tomó de las axilas, tarea difícil debido al amplio ropaje que llevaba. No necesitó mucha fuerza para levantarlo: era un hombre menudo y de huesos flacos. Reaper lo ayudó sosteniéndolo de las piernas donde la sotana se corrió para mostrar dos calcetines rojos bajo las sandalias, algo ridículos para alguien de tanta clase.

Entre los dos dudaron un poco, pero al final decidieron dejarlo detrás del mostrador donde su anfitrión había preparado los tragos. De abrirse la puerta allí, quien entrara necesitaría pasar para reparar en el desmayado líder.

La cabeza del ahura retumbaba mientras lo llevaban. Reed podía ver bajo su hombro sus canas florecientes a los costados y las pequeñas arrugas de entre los ojos y la comisura de la boca, prueba de la edad. Le pareció que llevaba algún tipo de maquillaje para ocultarlas. El aliento le olía a vino y uvas, fuerte y frutal.

Lo dejaron caer tras el mostrador sin mucho cuidado, y Reaper se sacudió las manos. Arksinad controlaba la puerta para que nadie entrara.

-¿Y ahora?- preguntó el muchacho de Vant, suspirando. No había sido difícil cargarlo, pero aquella secuencia de hechos no la había imaginado desde que puso pie en la Forja.

-Ahora buscamos cualquier tipo de llave que este infeliz tenga- dijo Reaper, hurgando entre las alacenas- Es el más importante aquí, así que debe tener juegos para todos los accesos del cuarto nivel.

Asintieron y pusieron manos a la obra. La residencia era pequeña y ordenada, por lo que no tuvieron que esforzarse demasiado. A los pocos segundos Reed encontró un gran llavero de bronce con montones de llaves delgadas, de distintos tamaños y formas. Era pesado cuando lo cargó en el bolsillo de su abrigo rojo.

Observaron por la mirilla que daba afuera, por si alguien los estuviera esperando del otro lado. No había ni un alma. Salieron apresurados y cerraron la puerta tras ellos, cargando sus armas en la espalda. El escudo de Reed se sentía más ligero que nunca.

-A la prisión del dios- indicó Reaper, y comenzaron a avanzar, esperando que Exnar tardara un buen tiempo en despertarse.

-¿No tienes miedo a Baal?- inquirió el muchacho.

-Reed, por favor- el joven suspiró, sacudiéndose el cabello- Es un dios. No podrían tenerlo encerrado como dicen. Son puras idioteces que inventan para darse crédito.

-Además- sonrió el mago- No sé si lo recuerdas, pero hay otra leyenda igual de creíble que dice que Baal gobierna sobre la Ciudad Dorada... dudo que pueda estar en dos lugares al mismo tiempo, preso y gobernando.

El muchacho asintió a medias, con la boca torcida. Había escuchado a Exnar decir que había prisiones en el cuarto nivel, pero no comprendió si se refería a la supuesta cautividad de Baal o a prisiones en el sentido más común de la palabra.

Avanzaron mansamente, intentando inmiscuirse por los pasillos menos habitados que pudieran. De vez en cuando se cruzaban con gente, reacios ahuras o humanos taciturnos que volvían a sus moradas, y en el más extremo de los casos eran saludados con una inclinación de cabeza. A nadie parecía preocuparles o extrañarles mucho su presencia.

Pero tenían un tiempo límite, y había que respetarlo. No podían demorarse ni un sólo segundo de más.

Pidieron indicaciones a un joven hombre que les explicó cómo llegar a uno de los carros de transporte, relativamente lejos de donde se encontraban. No perdieron el tiempo y apuraron el paso hacia allí, pasando por más túneles, caminos irregulares y constantes cascadas de aquella lava tan particular, burbujeante. Cruzaron un puente colgante hasta una torre, y descendieron las escaleras, Reed mirando constante los ventanales en cada piso, viendo como el espectáculo industrial de la Forja se nivelaba más y más a su altura. Luego encontraron el carro y se subieron de un salto, con Reaper activando la palanca de un movimiento.

El vehículo comenzó a moverse con gran velocidad, descendiendo. Del tercer al cuarto piso irían, de nuevo a donde Exnar no les había dejado pasar. El viaje fue callado y tranquilo. Estaban nerviosos, pero hacer comentarios no ayudaría de nada, y lo que más necesitaban era parecer calmos por si algún otro habitante los veía.

Hubo un descenso brusco, y al cabo de un rato el carro se detuvo. Bajaron también de un salto.

Se encontraban exactamente en la misma entrada rota de antes, aquella con las marcas de espada. Reaper no les prestó atención, decidido, y traspasó el umbral seguido de sus compañeros.

El siguiente pasillo era oscuro, y repleto de escrituras en las paredes, hechas con una tinta bordo ya reseca que todos imaginaron qué era. Había una densidad nueva en el aire, algo insospechado y terrible, infernal, apenas insinuándose en su camino.

Otra puerta de piedra les cerraba el paso luego. Tenía un pequeño cerrojo y Reed no perdió el tiempo con las llaves, usando una y otra y descartando las que no servían entre sus dedos. Al final una encajó y, al girar, la piedra se movió hacia adelante dejando dos espacios a los costados, perfectos para pasar. Entraba un gran calor desde allí.

Entraron sin muchos preámbulos, sabiendo que se impresionarían. Se impresionaron. Por dos segundos Reed creyó que se habían equivocado, que la Forja realmente albergaba a un dios y habían quedado como idiotas, cayendo frente a él con las peores intenciones. Del impensable lago de lava que se extendía ante ellos emergía un torso desnudo de roca, del cual protuberaban seis brazos portando herramientas y una cabeza con seis ojos y seis cuernos. Cadenas de acero enormes sostenían esos brazos rocosos y los sujetaban al techo, aprisionando a la inmensa estatua del dios Xshathra a aquel baño de lava.

Porque aquel era Xshathra, no Baal. Era una representación gigantesca del dios de los herreros, de los sacrificios y de la creación, totalmente apabullante, tanto que era fácil imaginársela moviéndose de pronto ante ellos, intentando librarse de sus cadenas y consiguiéndolo con facilidad. Su tamaño era tan grande que uno de sus cuernos ya debía de ser mayor que el más alto de los hombres.

Arksinad emitió un prolongado silbido, pero Reaper no prestaba demasiada atención, apurado y concentrado como estaba. Su mirada se posó sobre el pecho del dios, en el que se podía adivinar una pequeña entrada. El único problema era el lago de lava que los separaba de la estatua y su habitación interna.

-Vaya vaya- el mago se tomó un momento para admirar la obra- El dios sosteniendo las cadenas que sostienen la Forja. Ciertamente impresionante, pero dudo que esto sea lo que volvió tan loco a Wuraka.

Reed asintió, recordando con dolor al desfigurado esclavo y sus gritos sin sentido, y observó con detenimiento aquel colosal rostro de piedra. Aunque parecía un demonio, se veía millones de veces menos atemorizante de lo que se habían visto las estatuillas de HorrxiKKrron, el Dios de la Nada, en Dammed Oah. Eso sin contar que el comentario del mago le había hecho interpretar aquella visión de otra forma: Xshathra no estaba encadenado a la Forja. Xshathra estaba sosteniendo con sus cadenas el hogar de tantos seres vivos y trabajadores.

Visualmente aquello debía significar que se hallaban en el centro exacto de la nave. Se preguntó por unos segundos si Daivok habría visto aquello en su vida allí, pero desechó el pensamiento. El ahora lo había invitado a luchar, a una revancha, y ahí estaba él para robar. Era como pisar una tumba, pero no lo sentía del todo su responsabilidad. Había cosas que debían hacerse.

-Quizás si pudiéramos acercarnos a la estatua todo sería más fácil.

-Eso déjame a mí- Arksinad se acomodó el sombrero, y levantó el báculo con su brazo, lo más alto que podía- Este lugar está hecho para cultistas y personas con magia.

-Tú eres el experto.

La lava del frente comenzó a burbujear y hervir, y pronto parte del piso en el que estaban se fue moviendo, flotando entre el mortal líquido hacia la estatua del dios, que cada vez se hacía más y más imponente. El mago lo usó con lentitud, remándolo con la mente como si se tratara realmente de un bote, y al cabo de poco tiempo estuvieron frente al pecho de la estatua, lo suficientemente cerca como para perder vista de los otros rasgos que pudiera tener.

Y había una entrada allí, una bajada lisa y llana. Era lo suficientemente grande como para que cupiera un humano. Reed gritó, esperando escuchar un eco, pero nada le respondió. Allí abajo la presión de algo incorrecto aumentaba, y una sensación extraña, corrosiva, se apoderaba de todo. Parecía verdaderamente la entrada al infierno.

-No debe de ser tan profundo- aventuró Reaper poco convencido, pero el joven de Vant lo miró divertido.

-Bueno, tú te metiste en Belekraz por mí. A pagar favores.

Y se hundió allí, sin esperar siquiera a sus compañeros, que lo miraron anonadados. Rodó por un buen tiempo contra la piedra llana, y bajó metros y metros adentrándose en aquellas profundidades, completamente a oscuras. No podía ver nada, sólo negrura, y tanteaba con las manos bajas el suelo liso, preguntándose quién habría planeado una entrada tan complicada en vez de poner simples escaleras.

Siguió resbalando, sujetándose de las salientes en los bordes para amortiguar el daño, y finalmente cayó a la oscuridad de un sitio más espacioso. Las runas de su escudo apenas brillaban, haciéndolo sentirse acompañado.

Había caído sobre algo líquido y espeso, por segunda vez. Se levantó asqueado. El único sonido que se oía era un extraño goteo, constante, como de una tubería averiada.

-¿Chicos?

Temía haberse ido por algún camino errado en aquel descenso a ciegas, pero pronto pudo calmarse. Hubo un estrépito furioso y al rato los otros dos cayeron allí junto a él, Reaper mascullando por las raspaduras y Arksinad riendo jovial.

El mago llenó la habitación de una luz fuerte y clara. Todo de pronto se reveló ante ellos, y tuvieron que parpadear para darse cuenta de que lo que había bajo sus pies eran enormes charcos de sangre, que roja y coagulada se vertía de a chorros desde salientes del techo.

Mas allá se alzaba un enorme barril de vidrio, repleto del líquido rojo. A Reed le hizo recordar al jugo de Zamora y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar lo que había bebido. Otra vez la sangre se le había pegoteado a la túnica, espesa y viscosa, y esta vez estaba muy seguro de que no se trataba de sangre de vaca.

-Qué interesante- el mago se aproximó al tanque de vidrio, observando el líquido revolverse, y sus ojos brillaron apenas- ¿Qué harán con todo esto?

-Más bien de dónde lo sacarán- Reaper miró hacia arriba, el techo sangrante, y escupió despreciativo- Asumo que arriba nuestro suceden cosas interesantes y aterradoras. Creo que si subiéramos desentrañaríamos el misterio de lo que vio Wuraka.

Arksinad no lo escuchaba. Seguía el camino al que conectaban unos tubos transparentes que filtraban toda la sangre del tanque grande. Parecía un laboratorio de dementes, que sin embargo en algo le hizo recordar a Reed a las pociones e instrumentos que Amu guardaba en su hogar.

-Miren esto- dijo el brujo en tono neutro, y los otros se acercaron.

Había montones de rubíes, sobre el contenedor que observaban. Eran cientos, apilados descuidadamente y de variadas formas y tamaños. Reed tomó uno con la mano y lo pesó, sintiendo los bordes de la gema resistente contra su piel. La arrojó hacia arriba y la volvió a atrapar. Despedía cierta magia, cierta energía extraña, diferente a las que había conocido antes.

-Eso está hecho con sangre. Alguien ha estado haciendo una magia muy oscura en este lugar- notó el mago sonriente.

Lo soltó de repente, profundamente asqueado y el rubí cayó contra la pila que se amontonaba, con un estrépito vidrioso. Reed se limpió la mano contra su abrigo, solo para embadurnársela más y maldecir por lo bajo.

El mago contemplaba los fragmentos rojos del tanque, pensativo.

-¿Te hace recordar a esas leyendas del Rubí de Sangre, boca-cortada?

Arksinad negó con la cabeza, pero no les dijo más. Algo parecía rondarle la mente mientras sonreía y les indicaba una puerta, cerrada también con llave.

No quería pasar más tiempo en aquel lugar del demonio, así que se apresuró y buscó en su bolsillo el llavero bronce, hasta encontrar la que necesitaba. La cerradura era pequeña y aquella era la única que le correspondía.

-¿Cuánto tiempo creen que tengamos hasta que Exnar despierte?

-Poco- dijo con naturalidad Reaper- Ese viejo es una sanguijuela. Estará pegado a nuestros talones cuando menos lo esperemos.

Hablaban para evitar comentar lo evidente. Toda aquella sangre sólo podía significar lo obvio: confirmaba que en la Forja de Xshathra se realizaban sacrificios humanos. El cuarto nivel tenía formas de lo más extrañas para adorar a los dioses.

La duda los carcomía, pero decidieron salir de allí y continuar. No estaban para desentrañar los misterios de aquella fortaleza flotante, sólo debían buscar la espada o a Osald.

Salieron por un pasillo largo. Eran las prisiones. Al costado se veían diferentes celdas protegidas por barrotes repletos de runas rojas, brillantes. Caminaron sin prestarles atención hasta que Reed notó un movimiento en una de las celdas y se paralizó, anonadado.

-¡Reaper! ¡Ark! ¡Hay alguien!

Los otros dos se voltearon para verlo, con gestos diferentes. El muchacho no les prestaba atención y veía la figura harapienta que allí se debatía, que respiraba con gran esfuerzo. Parecía un hombre, pero estaba tan echado, tan encorvado y su respiración era tan débil entre las vestiduras, que hasta era difícil entender dónde comenzaba y dónde terminaba. Quiso tocar la celda pero las runas rechazaron su mano, dándole un golpe doloroso en el músculo.

Se la sobó con la manga pero siguió viendo al prisionero, preocupado.

-Deberíamos liberarlo.

Arksinad y Reaper apenas lo contemplaban.

-Quizás- asintió el guerrero, quedo- Pero sólo en cuanto hayamos cumplido nuestro cometido primero. Estará lleno de prisioneros aquí. Si nos detenemos en cada uno estaremos horas hasta poder dejar este lugar.

Continuó caminando por el pasillo, seguido del mago. Reed los vio marchar y miró por unos segundos más al moribundo, al hombre que apenas respiraba. ¿Quién diablos sería? ¿Por qué todo tenía que ser tan injusto?

Siguió a los otros, aceptando la verdad. Aunque dispusieran de tiempo, las llaves de la prisión eran mágicas y claramente no estaban contenidas en el llavero que habían robado de la residencia de Exnar. Intentó focalizarse en no mirar las celdas que había a su lado, las figuras que allí se movían, apesumbradas, asfixiadas, ignorar aquel dolor y miseria. Aquellos diablos probablemente habían sido drogados, adormecidos con alguna sustancia o magia para que no lucharan. La furia lo embargaba por dentro. Si no los iban a liberar, al menos podrían buscar una forma de hacer desaparecer todo eso.

Una de las celdas estaba hecha trizas. Alguien la había volado en pedazos. Volteó la cabeza para verla, gris y sencilla, y le llamó la atención que Reaper no lo hiciera. Lo único que hizo el guerrero al pasar por allí fue cerrar los ojos un momento, como adolorido, como confirmando algo.

Doblaron por el pasillo de la derecha, y al instante una escalera que se perdía hacia arriba y hacia abajo les apareció. Era obvio que ir arriba conduciría al lugar de donde se filtraba la sangre que caía en el tanque de la otra habitación, la habitación con los miles de rubíes. Tomaron la otra entonces, descendiendo, y llegaron a un nuevo pasillo. Cada vez estaban en lo más profundo, y cada vez todo les parecía más laberíntico, infernal, distinto al paraíso industrial que habían visto antes arriba.

Hubo un ligero temblor, y polvillo cayó del techo mientras las luces mágicas que iluminaban todo se encendían y apagaban, como interrumpidas por aquello. Reaper suspiró y dio un paso; y entonces sucedió.

Los sacudió un estruendo ensordecedor, y una de las paredes del costado, de roca sólida, estalló en pedazos. Los escombros saltaron por doquier, golpeando el techo, suelo y la otra pared; una enorme nube de polvo se levantó, ocultando todo como una densa niebla, una nube de cal, cenizas y ruido, con piedras embadurnando tal granizo de tormenta. Reed y Arksinad retrocedieron, cubriéndose los ojos, en cambio Reaper quedó allí detenido, observando a la figura que emergía.

Era un hombre, o al menos era vagamente como uno. En el cuerpo bien formado de humano; sin embargo, se había solidificado por encima una armadura pétrea, blanca, de

roca fragmentada, que le cubría casi todo a excepción de buena parte del rostro y la espalda, desde donde de cualquier forma emergían enormes protuberancias grises, parecidas a huesos de los cuales comenzaba a nacer un intento de alas: seis membranas pálidas, demoníacas.

El rostro era tostado, de cabello gris y descuidado, atado en una vieja coleta. Parte de la mandíbula ya estaba cubierta por aquella coraza rocosa, al igual que la sien de la cual ya se desplegaban algunos cuernos largos, elegantes hacia atrás, y uno de los ojos también estaba ocupado por una serie de hendiduras rojas, insectiles.

Y traía una espada enorme, blanca y de dos empuñaduras conectadas a cadenas, cuadrada y obtusa.

-Oblivion- murmuró Arksinad, y Reed la observó con más detenimiento. Desde allí le parecía demasiado grande y burda, muy distinta a lo que había imaginado iba a ser aquella espada, en su mente un filo delgado y ligero, cristalino.

El grotesco ser se quedó allí detenido, encarando la pared del frente. Se movía como un muñeco, y su mirada estaba perdida. Posó los ojos en los tres por un segundo, pero luego los ignoró como moscas y se aproximó a la siguiente pared, señalándola con el dedo.

Arksinad levantó el báculo y comenzó a proyectar un campo de fuerza para protegerlos, pero Reaper avanzó de igual forma, ignorando aquello para dirigirse hacia el hombre que parecía enfocado en cualquier otra cosa, en cualquier otro mundo.

-¡Padre!- exclamó, y los otros dos lo miraron tomados de sorpresa, sin comprender.

Osald Assadan volvió la vista hacia su hijo unos segundos, pero luego dejó de prestarle atención.

-*Nocturno*- recitó.

Hubo un sonido extraño, casi invisible saliendo de su mano, y la magia que ahora poseía penetró la siguiente pared, haciéndola estragos como a la anterior. Había abierto una nueva brecha por la que se disponía a entrar. Reed se sintió bastante patético con todo su planeamiento y su juego de llaves, cuando aquel hombre al que Reaper había llamado padre parecía pasear por el cuarto nivel de la Forja a fuerza de abrirse camino a través de sus muros.

-¡Deja a Oblivion, idiota!- gritó el guerrero, y sacó su guadaña mientras se aproximaba al monstruo. Aquellas palabras sí parecieron despertar algo en Osald, quien miró a su hijo con las pupilas contraídas, frío y distante, recordándolo apenas.

-¿Tú también quieres mi espada?- sacó el arma de su espalda, y la apuntó hacia el joven- Todos, todos inútiles, todos molestándome y detrás de mí. ¿Por qué tienen que existir? Estos insectos de la Forja deben aprender su lección, ¿no te parece? Ya que quisieron robar a mi Oblivion, les robaré yo a su Necrostacia. Quemaré este estúpido lugar hasta los cimientos.

Era una voz grave y rasposa, quebrada. Despedía montones de emociones adversas, pero en especial furia y miedo, dolor contenido y paranoia, la misma que se veía en aquellos ojos arrugados que antaño pudieron ser amables, cada vez más ocultos por la coraza blanca.

Era un caballero monstruoso, no había otra forma de decirlo. Reaper se le siguió aproximando y Osald giró la enorme espada hacia él, dispuesto a matarlo de un golpe. Arksinad reaccionó presto y levantó el báculo, apuntando al arma.

-¡*Baru Practel!*

La bola azul de espectros emergió del rubí de la punta y golpeó la trayectoria de Oblivion, desviándola hasta que pasó por encima de la cabeza de Reaper. La espada pareció emitir una cancioncilla divertida y absorbió esa magia, completamente intacta.

-¡Arksinad, no te metas!- dijo el guerrero, y levantó la guadaña hacia Osald, a quien el movimiento brusco le había desacomodado los cabellos, que ahora le caían largos y grises sobre la mirada turbia.- Te has convertido en todo un monstruo, padre. ¿Ha valido de algo?

Osald se irguió, sus movimientos mecánicos. Una de las corazas que cubría su mandíbula se extendió aun más, y otra espina coronó aquella especie de casco natural, parcial. Después de un tiempo, aquella armadura terminaría por cubrirlo del completo, signo de la espada y de cómo poco a poco absorbía su escasa magia y su vida.

-¿Quién te crees que eres?- le dijo por fin, mirándolo altivo- Veo que sigues usando mis creaciones, tú y todos. Ya no eres nadie para mí. Eres un ladrón, un nombre desagradable que me molesta recordar y nada más. Robaste la vida de tu madre, mi vida, y ahora pretendes robar mi espada. ¿Crees que puedes quedarte con Oblivion? Es mía. ¡Mía!

La furia le deformaba las facciones, ya grotescas por la transformación que Oblivion estaba efectuando sobre su cuerpo, y la coraza blanca se extendía. Haber mencionado aquello sobre la madre de Reaper, Titania, parecía haberle emblandecido aquella mente paranoide, al menos durante un breve instante. Luego su mirada volvió a ser la misma, altiva y cortante, helada.

El guerrero de Kamui suspiró, calmado aun al oír eso, y al cabo de un segundo, de una milésima de segundo, dirigió el palo de su guadaña hacia el rostro de aquel hombre. Osald lo desvió desvaneciéndose en una nube de cenizas, que se formó tras el otro. Un puntapié de aquel cuerpo acorazado mandó a Reaper contra la otra pared escupiendo sangre.

El joven no se rindió con ello y saltó hacia su oponente, girando su arma con todo lo que podía.

-¡Reacciona!- gritó, cada vez más enfadado, dando golpes con *Caronte*- ¡Reacciona!

Osald usó a Oblivion y desvió los golpes de la guadaña con facilidad. Luchaba firme, táctico, los años de soldado marcando todo su estilo. Dio un puntapié a Reaper en el mentón y se giró para darle otro golpe con la rodilla, que lo mandó más lejos. El joven no tenía la más mínima oportunidad.

Reed y Arksinad corrieron para ayudarlo, pero él los detuvo con la mano. Con la boca ensangrentada le dirigió una sonrisa perturbadora al monstruo, casi brutal, desafiante.

-¿Y, padre? ¿No vas a matarme?

Osald lo contempló con frialdad, y aquel comentario le valió otro puntapié. Reaper lo esperaba y, aferrándose a la pierna, dio un golpe certero de su guadaña hacia el brazo del herrero. El golpe fue sin embargo bloqueado por aquella coraza, y Osald se quitó a su hijo de encima en dos movimientos golpeándolo con el dorso de Oblivion. Reaper cayó escupiendo sangre. Era obvio que la espada tenía algún conjuro, una magia de sonido que debilitaba los huesos, que emblandecía las estructuras del cuerpo y las hacía más propensas al daño.

Reaper volvió a incorporarse. Osald lo miraba con odio, y lo apuntó con la espada.

-*Nocturno*.

El guerrero saltó hacia el costado justo cuando el sonido se llevaba con él gran parte del piso y otro de los muros, causando que toda la Forja temblara y se sacudiera por doquier. No pudo evitar sin embargo otro golpe, que lo arrastró contra la pared, haciendo pedazos gran parte de su armadura.

Reaper cayó y Osald lo tomó del cuello, alzándolo y golpeándolo contra los escombros. Aquella lucha era una completa masacre. No sólo era a pesar de los años el veterano considerablemente más fuerte y táctico, sino que la espada estaba incrementando sus habilidades de una manera alarmante.

Ya demasiado herido y perdiendo la consciencia el joven le pateó el dorso en un último intento, pero su padre ni sintió aquel golpe débil y atolondrado. Lo miraba a los ojos, distante y furioso, pero quizás otro sentimiento de pronto embargó esa mirada y al cabo de un rato los otros vieron como lo dejaba caer, inconsciente.

-¡Reaper!- gritó Reed, corriendo hacia su amigo. Osald los contempló apenas, la vista de nuevo pérdida en algo que había más allá.

-Fundiré todo este lugar- dijo, quizás a ellos, quizás al inconsciente Reaper, o quizás tan sólo a sí mismo- Caerán todos. No tengo promesas que cumplir.

Acarició su espada, y Oblivion, la misma arma dio un lamento dulce, aprobando todo aquello. Luego lo vieron fragmentarse en cenizas y desaparecer más allá, cruzando por la misma brecha que ya había abierto.

Había pasado aquella tormenta, de momento, pero la desesperación los embargó.

-¡Reaper!- Arksinad intentó sacudir al guerrero, a quien le brotaba sangre a borbotones por la boca y cuyos huesos probablemente estaban maltrechos- ¡Reaper!

Reed se agachó también ante él, impactado por aquella brutal batalla. Apenas lo hizo las rodillas le temblaron, y tuvo que esforzarse por mantener los ojos abiertos. Al cabo de un rato las tuvo que apoyar contra el suelo, mientras veía como Arksinad entrecerraba los ojos apenas, interrumpiéndose.

Era una sensación extraña, casi placentera, y completamente venida de la nada. El cuerpo de Reaper seguía sangrante y él escuchaba al mago decir algo, pero la voz salía vacía, como si los sonidos no entraran en su cabeza. Reed miró a Arksinad, y descubrió la misma mirada de confusión y sorpresa pintada en sus ojos castaños. Tenían las sensaciones alteradas, y poco a poco las fuerzas los abandonaban. Se apoyaron contra el muro, cada uno al lado de su herido compañero, e intentaron respirar con calma, recordando a los prisioneros de la Forja.

Cuando ya sólo tenía fuerzas para ver y nada más, Reed sintió los pasos. A su lado sus dos compañeros estaban profundamente desmayados, pero del otro podía ver bien a Exnar Gladiar, caminando con gesto nervioso, acompañado de varios cultistas, soldados de la Forja, y también de aquella joven, Deihr, que los observaba con el ceño fruncido.

Recordó el jugo de zamoras que había aceptado de Exnar, y rio para sus adentros. El mago también había aceptado bebidas de aquel hombre. Qué ilusos habían sido, creyendo que tenían la primera mano. Hasta se había esforzado en no vomitarlo, ¿se podía ser más idiota que él?

Seguía riendo amargamente por dentro, presa de aquella droga. Las energías lo abandonaban. Vio a Deihr aproximarse hacia los tres, con gesto extraño, y observó aquella mirada púrpura y decidida, asesina, antes de cerrar los ojos del todo y adentrarse en una oscuridad ya conocida: la de la total inconsciencia.

## 11. No Ver El Mal, No Oír El Mal, No Hablar El Mal

El viejo hombre avanzaba por las calles de Cel-Neckar, con su amarilla capa envolviéndolo e iba recibiendo, correcto y amable, los cuantiosos saludos que los habitantes de allí le ofrecían, reconociéndolo como el mago del Geral Veintiún que era. Duran se había esforzado mucho en su vida para no crearse una fama tan sólo por ser un miembro de la organización, pero era impensable que la gente de la ciudad no lo reconociera, de tanto que lo habían visto tras Vannael y regulando las actividades del castillo principal.

Ahora no prestaba atención a ello, y sólo caminaba a donde solía ir, sabiendo que encontraría a su compañero allí. El clima era soleado, el firmamento apenas coronado por algunas de las comunes nubes, un día alegre y vivaz como pocos solía haber en Babel.

Por ese mismo día vivaz era que la casa de té de Silva Fourland se veía especialmente encantadora, la luz del sol entrando por las ventanas y la visión de los magos bebiendo infusión con bocadillos mientras leían llenando a quien pasara de un apego arraigado a su entorno. Se lamentó de tener que entrar allí con motivos tan urgentes, e ingresó el umbral decorado dando un suspiro resignado.

Silva Fourland se le aproximó enseguida. Era una anciana rechoncha y de cabello blanco y esponjoso como una nube, coronando un rostro bonachón.

-Buenos días maestro Duran, es un honor tenerlo aquí de nuevo. ¿Le acerco lo de siempre...?

-No Silva, hoy estoy trabajando- negó amablemente y luego rodeó el lugar con la vista, ansioso por dejar aquella tentación- ¿Sabe si puedo encontrar aquí a...?

La encargada le hizo un gesto muy significativo, señalando una de las mesas que había más alejadas, cortadas de la vista por los largos respaldares de los bancos de madera, que ocultaban a sus comensales. Duran se aproximó allí, resignado, y los retazos de conversación que de la mesa provenían comenzaron a hacerse más y más claros en sus oídos.

Gallahard vestía su usual abrigo azul escamado, repleto de volados y bordados de oro, con el jubón blanco impecable y el cabello dorado y suave sostenido por su usual vincha roja, partiendo por doquier. Hablaba con elocuencia, gesticulando con las manos, ante un grupo de jovencitas que lo miraban embelesadas, riendo como tontas con sus comentarios y alabando todo de él. Duran resopló, cansado de escenas como aquella, y

se aproximó hacia su compañero mientras este, sin verlo, extendía los brazos al contar su relato.

-Es completamente absurdo, no me lo creerían- las jóvenes asintieron, riendo y Gallahard cruzó los brazos sobre el pecho, moviendo su cara en una mueca seria que poco pegaba con las pecas jóvenes y los ojos claros, no inocentes. Hablaba con una voz ridícula, forzada- ¡Debes cumplir tu misión! ¡Bla bla Geral bla! ¡Jamás tuve una vida propia y me descargo arruinando la de mi discípulo!

Hubo otro estallido de risas. Duran ya se encontraba detenido tras el joven, y comenzó a cruzar los brazos sobre el pecho, observándolo entre divertido y afectado. El Tres del Geral se pasó una mano por el cabello, con toda la intención de escandalizar a sus admiradoras, y luego hizo un amague despreciativo con su mano enguantada, molesto.

-Hasta he pensado dejar el Geral Veintiún, ¡pueden creerlo! El otro día tuve que marchar a Kamui, ¿se imaginan? El viejo tan sólo aparece y me dice...

-Gallahard Arleon, debes acompañarme.

Gallahard alzó la cabeza, molesto con la interrupción. Sus ojos se abrieron como platos al ver a Duran allí parado, con los brazos cruzados y una sonrisa apenas insinuada en el rostro serio y barbudo. El viejo mago ni torció la cabeza mientras lo observaba, fijo, y el joven comenzó a sudar mirando de reojo la salida, con una queja atrapada en los labios.

-¡Oh, vamos viejo!- exclamó al final- Acabo de volver de Kamui. ¿No se me permite descansar siquiera? Me encuentro deprimido y agotado.

-Puedo notarlo- la mirada de Duran se posó en las jovencitas, que bajaban la cabeza aterradas. Era ridículo y casi gratificante.- Si quieres saberlo, me encuentro por mi cuenta agotado también: he tenido que reconfigurar buena parte de las defensas del castillo... Pero Vannael ordena y nosotros obedecemos.

Al oír el nombre del rey de la boca del Tres emergió un largo suspiro resignado, y arrojó cinco terrones de azúcar en su taza de té humeante, apenas tocada, como si con ello pudiera descargar algún tipo de ira. Luego apoyó las manos sobre la mesa, levantándose con despecho.

-Saluda a tus amigas y partiremos- le dijo Duran mientras se comenzaba a ir, demasiado tentado por el aroma del té- Nos acompañará también Zark Argocette.

-¿Zark Argocette?- Gallahard pareció desconsolado al voltearse- ¿Es una broma? ¡Entre tú ordenándome que trabaje y ese sujeto insinuando que merece mi puesto, terminaré sufriendo un colapso nervioso!

Aquel comentario provocó una carcajada en el Dos, quien habló sin verlo, levantando el brazo.

-Sería toda una hazaña, verte nervioso. Nos vamos. Y Zark deberá acompañarnos, por más malo que te parezca- le hizo una mirada rápida, como demostrando que a él mismo tampoco aquello le gustaba, por mucho que su señorío y mayor rango le impidieran admitirlo- Son las órdenes del rey.

El joven pronunció un sonido extraño, mezcla de lamento, resoplo y suspiro, y se marchó tras el otro sin siquiera saludar a sus embelesadas admiradoras, en total depresión.

-¿Hacia dónde iremos?

-A Fariel, Deneb Algedi, a hablar con la Cámara De Los Diez. Será un viaje rápido.

No dijo nada, y ambos salieron del local. El sol afuera seguía tan deslumbrante como antes, incluso más aun, tanto que era una de esas pocas veces en las que a la tarde

podían sentir toda su calidez, escociéndoles la piel. Era un cielo naranja, cargado de nubes opacas pero aún alegre. Ambos lo miraron con anhelo, sin decir nada, en la misma calle a las afueras del local. El espectáculo merecía atención tanto en un alma sabia como la del anciano como en un alma ferviente por lo bello como la del joven, si bien se trataban de contemplaciones diferentes.

Al cabo de un rato Duran habló, aún sin mirarlo.

-Gallahard.

-Iré, si es lo que tanto quiere. Tan sólo...

-Si yo no estuviera aquí, ¿podrías abrir los ojos por mí?

El joven miró al viejo mago, desconcertado. Duran se había dado vuelta, y en su rostro arrugado se veía una emoción distinta, algo paternal y conflictivo, lleno de compasión y esperanza. Pocas veces el duro rostro de aquel hombre reservaba esas expresiones, y fue lo suficientemente extraño como para hacerlo preocupar.

-¿A qué te refieres, viejo?

-A posibles futuros en los que debo obligarme a creer- terminó respondiéndole el otro, y se puso en marcha seguido por un Gallahard apresurado y extrañado- Pero que no se hable más del tema. Efectivamente Zark usará todos sus recursos para amargarnos la jornada, y lo mejor sería que no le brindáramos oportunidades con tanta facilidad.

Terminó recuperando la conciencia por pura incomodidad y dolor. El segundo era producto de la primera. La primera era producto de estar tendido contra su propio peso, con los brazos unidos con fuertes grilletes de acero a una superficie plana de madera, similar a la tapa de un ataúd. No necesitó hacer demasiada fuerza para comprobar que no podría salir, pero lo peor era que ni siquiera le interesó hacer más fuerza. El efecto del supuesto jugo de Zamora debía de estar aún continuando, pues se sentía calmo, sereno, y sin ánimos de ninguna lucha. Podrían haberlo acuchillado allí mismo y apenas hubiera opuesto resistencia.

Miró con los ojos entrecerrados la habitación, sin preocuparse mucho por la horrenda suerte que les había tocado. Le dolían las mandíbulas por reír, o al menos recordaba haber reído, pero también recordaba que sólo lo había hecho en su mente y que por lo tanto ese dolor no podía tener razón. Todo su cuerpo se hallaba entumecido.

Se encontraban en un cuarto pequeño, similar a un taller, el trío firmemente encadenado a aquellas amplias tablas de madera. En el centro había una mesa, donde la figura de una joven de cabello castaño, apenas ondulado, permanecía sentada de piernas cruzadas, la mirada absorta en el suelo y un semblante curioso, preocupado.

La joven lo miró fugazmente, de reojo, cuando Reed abrió sus ojos, pero luego continuó observando el suelo bajo sus pies como si fuera un asunto de total importancia. Tenía una daga en la mano, una larga y curva, y la usaba distraída, clavándola en la mesa y limando las uñas de su mano libre desde esa posición.

Pasó un instante más, y volvió a cerrar los ojos. El sueño volvió a invadirlo por un buen rato, haciendo que su mente golpeará contra paredes invisibles, se arrojara por

pendientes resbaladizas y caminara por un extraño y lejano lugar, buscando su escudo. Fue un retumbe febril –estaba enfermo, podía jurarlo- en el que formas y figuras se repetían en contornos oscuros, el mundo giraba, brazos se extendían, dientes rugían y miles de estruendos resonaban como un carnaval en su cabeza, haciéndolo sentir cada vez peor. Sentía que estaba a punto de incendiarse, de prenderse fuego y morir allí mismo, y de a momentos lo deseaba más que a nada.

La sensación terminó cediendo, lentamente. La cortó en frío el choque helado contra su mejilla, anticipado por un sonido silbante y sucedido por el sentir algo caliente resbalando abundante por su piel. Abrió los ojos. Deihr Bellow estaba de espaldas a él, pero había clavado la daga justo al costado de su cara. La sangre brotaba, bañándole un cuarto del rostro, goteando sobre su abrigo, los colores mezclándose con los de la sangre anterior.

Al cabo de un rato comenzó a arder, pero no hizo más que mirar a la joven, quien sin embargo no lo veía. Lo que hacía ella era observar a sus dos amigos con una serenidad extraña.

-¿Ahora sí ya están despiertos?

Había algo de ira en su voz, apenas un dejo, mezclada con otra sensación que Reed creía haber sentido en su vida pero que no podía describir o nombrar. La joven retiró la daga y Arksinad y Reaper, despiertos y encadenados a sus propias tablas, la observaron atentos.

La Bellow sonrió, satisfecha, y se guardó la daga en el cinto. Su brazo derecho estaba sujeto a la espalda y cubierto de vendajes mojados en unguento mágico, en pleno tratamiento, pero más allá de eso parecía poder moverse con total libertad. Los miró uno por uno, aumentando la curvatura en sus labios. Luego dijo, alegre.

-Han hecho todo un estrago allá abajo, muchachos.- luego miró a Reaper- Liberar a tu padre de esa forma...

-Yo no lo liberé- la interrumpió el guerrero con voz cansada- Pudo hacerlo por su cuenta, lo que significa que el estrago que tanto mencionas es más obra de ustedes que...

La daga pasó silbando y lo golpeó en el costado de la sien, donde un montón de sangre comenzó a manar.

-¡Reaper!- Reed ya se había despertado del todo, y el corazón se le aceleraba. Intentó librarse de las ataduras, sin éxito. El acero que sujetaba sus manos no cedía ante ningún forcejeo.

-...que de nosotros. Para un veterano de la milicia que acaba de aprender magia de sonido, sus defensas son lamentables- terminó la frase el otro, viendo a la joven a los ojos.

Deihr ladeó la cabeza, y se aproximó al kamuita extendiendo la mano hacia su cara. No lo tocó sin embargo, prefiriendo sacar la daga que allí había quedado clavada.

-Te ves mejor que con las ropas de Fariel- le sonrió Arksinad, a quien toda la situación parecía resbalarle por arriba- La ropa de soldado es muy poco femenina.

-Gracioso que eso venga de ti. ¡Deberías haberme visto con mi armadura Bellow!- la chica dio una carcajada, y se sentó de nuevo en la mesa que allí había, con una confianza que no hacía más que inspirar temor- Claro, me hubieran visto de no ser por ese desafortunado ataque. ¡Jormungands! Cualquiera diría que tu padre intentaba ayudarte en Belekraz, Reaper Assadan.

-Puedes ver la ayuda que me hizo hace un rato, cuando me lo encontré allí en las prisiones.

Hablaba irónico, desafiante, pero Reed podía notar que estaba verdaderamente maltrecho. Además de la reciente herida de daga, los brazos parecían estar cubiertos de moretones, los músculos adormecidos y sangre seca manchaba la comisura de su boca, así como los pocos restos que habían quedado de su armadura. La pelea contra su padre había sido devastadora, y era poco probable que sobreviviera a una sesión de tortura.

Pero pensándolo bien, ¿quién podría sobrevivir?

-Tu nombre es Deihr, ¿no es cierto?- Arksinad le sonrió, y Reed notó que el sombrero del mago estaba sobre la mesa, apenas lo suficientemente cerca de él como para mantenerlo sujeto y con vida- ¿Vas a torturarnos ahora, o sólo matarnos? ¿O quizás experimentar? No puedo mentir, hemos visto muchas cosas allí abajo en el cuarto nivel.

La otra miró al mago sonriente, e hizo girar su daga en la punta del dedo. Luego la atrapó y lo señaló.

-¿Por qué iríamos a torturarlos? Si somos amigos desde que Yeguilex los capturó, ¿recuerdan? Incluso pasamos la tormenta de rocas de Dingir juntos. Por lo mismo espero buena sinceridad de su parte.

Se paró con lentitud, con el arma fuertemente sujeta en la mano, y comenzó a caminar hacia el mago. Arksinad no hacía más que sonreír, completamente indefenso sin su sombrero cerca ni sus manos libres para conjurar.

La joven prácticamente apareció frente a su interlocutor, y le clavó la daga al lado del rostro, con tanta fuerza que enterró la mitad del filo contra la madera haciendo astillas. Luego le dirigió una mirada violácea intensa, carente de todo humor.

-¿Quién de ustedes mató a Daivok?

Arksinad sonrió aun más, también desafiante.

-Yo...- dijo Reaper, pero Reed ya se esperaba aquel tipo de camaradería del guerrero y saltó apresurado.

-¡Yo!

-O quizás fui yo- el mago se encogió de hombros como pudo, mientras la otra se daba vuelta- O quizás tropezó en Belekraz. O fue uno de los Jormungand...

Calló cuando la daga se clavó sobre su pierna, y su sonrisa fue de dientes apretados, resistiendo el dolor. Deihr le sacó el arma y la sangre comenzó a fluir, manchando el ancho pantalón caqui. Arksinad no dijo nada más, pero siguió sonriendo, y la joven miró a Reed.

-Eres valiente- sacudió la sangre de su arma, y lo examinó de arriba abajo- Vi cómo te las arreglaste en ese árbol de acero, sobre la montaña... Pero no hay forma de que me crea que tú pudiste matar a mi hermano. Necesitas algo más que valor.

Él dio una risa amarga, sintiéndose perdido. Su mala fama lo seguía hasta en las peores situaciones, y esta vez para daño de sus amigos. ¿Pero cómo podía convencerla de que había sido él? Aquella joven ni lo oiría, jamás podría asumirlo.

-Es porque fui yo- levantó la mirada Reaper, sin pestañear- Arroje al bastardo a las entrañas de ese volcán.

Deihr dio un suspiro prolongado, y volvió a sentarse sobre la pequeña mesa, apoyando el sombrero de Arksinad sobre su falda. No se veía afectada por aquel obvio comentario punzante, sino que verdaderamente parecía pensar, meditar todo aquello en una depresión arraigada.

Al cabo de un rato echó la cabeza hacia atrás, como si recordara algo. Sonreía con dulzura.

-¿Eras la hermana de Daivok?- preguntó Reed, ya completamente desesperanzado de poder librarse de aquella tabla de madera. Sus compañeros ni siquiera habían intentado hacerlo, y no tenía fe de que tuvieran alguna idea para escapar.

-En figura- le contestó ella- Encontré a los cinco hace años, en Gikeldor, vagando a rastras por las ruinas de una ciudad azotada por los bárbaros y la pobreza. Pero había tanta determinación en ese pequeño grupo que decidí llevarlos a la Forja. Exnar estaba aterrado al inicio –sonrió, recordando- Pero luego terminó agradeciéndomelo.

Hablaba con tanta naturalidad que aquello podía haber sido tomado por una reunión de té, no una probable sesión de tortura. Era sin embargo ese tono lo que más contrariaba a Reed. Si de verdad aquella joven estaba tan enfadada con ellos, hubiera esperado que los golpeará, les quitara las uñas o los dientes, o buscara matarlos. Lo que en cambio hacía era tratarlos con una cordialidad fingida, poco natural, que sólo parecía sentarle bien al mago.

-De los cinco Bellow, el mayor murió hace años, enfermo de *arleri* en Gikeldor- recordó Deihr sin mirar a nadie, suspirando- Apenas lo recuerdo. Daivok decidió comandar al grupo luego de eso: llevaba sangre de tigre en las venas, y ninguno de sus hermanos iba a contrariarlo. Dingir siempre fue el segundo, callado y eficiente. Era el más profesional de todos. Dorbog era un dulce idiota, y Dulkir tan sólo un cretino.

Recordó los nombres, y los rostros de ojos amarillos brillantes, refulgentes en la negrura de la montaña. Ella los había hecho adoptar hacía años, y era natural que les tuviese cariño, que quisiera vengarles la muerte.

-Todo ese palabrerío me importa muy poco- Reaper escupió- ¿Vas a matarnos hablando, o con esa daga?

Deihr asintió y se incorporó, tomando el arma. Se aproximó hacia Reed, no Reaper, y le tocó la frente con un dedo, divertida. El muchacho la observó sin decir nada, con la mejilla aún sangrando.

-Quiero saber cómo murieron mis hermanos- dijo la joven, y volvió a darle un golpe con el dedo a la frente- Y luego los enviaré al cuarto nivel, en donde los sacrificarán. –Otro golpe- Me apena tener que matarte, pero has caído en una trampa como la que no tienes idea.

Forzó una sonrisa suave, sádica, y los miró a todos.

-Llegan justo a tiempo. Los cultistas precisan sangre con tanto poder como la suya... En cierto modo, es poético que sus cuerpos vayan a servir a la Forja tanto como a quienes mataron la sirvieron.

Reed tragó saliva, no muy seguro de querer escuchar más. Los sacrificarían. Pasarían al frente de la línea de espera de aquellos prisioneros drogados y dormidos, carentes de emoción que habitaban las prisiones del cuarto nivel, y su sangre sería drenada y encantada para convertirse en uno de esos rubies de gran poder mágico, cual fuera el uso que les dieran.

Al menos, se evitaban la tortura.

-¿Segura de que quieres matarnos?- el mago ladeó la cabeza. Los párpados se le veían pesados, probablemente por la herida- Osald Assadan debe de estar haciendo estragos en la Forja en este momento, y sin los Bellow, ¿no necesitarían nuestra ayuda para frenarlo?

-Buena idea- la joven se volteó para ver a Reaper- ¿Atacarías a tu padre por nosotros?

-Púdrete.

-Parece que no- se volvió hacia el mago, y tomó uno de sus rizos rubios entre los dedos, para luego soltarlo- Eres un brujo, y puedo adivinar que de sangre poco común. Me pregunto qué otros secretos guardas.

Arksinad no contestó nada, mirándola sin sonreír. Deihr esta vez sí sonrió, y en ese mismo momento la puerta de la pequeña sala se abrió.

Exnar entró apresurado, secándose sudor –esta vez presente, real- con un perfumado pañuelo blanco. Tenía el semblante contraído y parecía constantemente nervioso, dirigiendo una rápida ojeada a los prisioneros antes de volverse a Deihr.

-¿Cuánto tiempo crees que haga falta? Bali...

-No puede apresurarme- le contestó ella- Estamos hablando de mis hermanos.

-Puedo apresurarte, y lo haré- el ahora observó de nuevo a los jóvenes, sin sonreírles, una mirada práctica, hostil- Ese herrero del demonio y su espada mágica están haciendo pedazos a nuestros cultistas. Si esto continúa así, será poco el apoyo que podamos enviar a Bali. Si sacrificamos a estos tres, en cambio...

-¿Y los demonios?- inquirió la joven- Tenemos cientos de...

-¡No son para un herrero de Kamui!- Exnar dio un brinco, alterado- ¡No, no, no! ¡Es el peor momento! Sacrificaremos al hijo de Osald, al elegido y al campesino. Será una paga justa para matar a ese monstruo... Y si lo hacemos, tener a Oblivion podría compensar toda pérdida, ¡toda!

Mientras ellos dos hablaban, los tres intercambiaban miradas. La negación casi imperceptible de Arksinad les hizo comprender que de aquella no tenían salida. Reed cerró los ojos, rogando a los dioses que algo los salvara, pero el de Kamui permaneció mudo, observando a Exnar discutir. El líder de la Forja parecía verdaderamente desesperado al pedir ayuda a la joven, al forzar su autoridad sobre ella.

-Dejarás de jugar con los prisioneros, Deihr- su tono se hizo más fuerte, imponente- Y los llevarás directo a la sala de rituales.

Había hablado tan firme que la Bellow no pudo hacer más que asentir, pateando el suelo con frustración y dirigiéndole una iracunda mirada de reproche. Exnar salió de allí dando un portazo y ella suspiró durante unos segundos, inquieta, y luego miró a los tres, apresurada.

-¿Cómo murieron?

-Yo...- empezó Reed, pero el mago lo interrumpió.

-Belekraz se llevó a Dulkir y Dingir. Dorbog fue asesinado por la misma criatura que te hizo huir de la montaña. En cuanto a Daivok... -se inclinó de hombros- Hubo una gran lucha.

-¿Con tan poca información me contentas de la pérdida de quienes siempre me acompañaron? Esa Estrella Oscura ha hecho de mi vida un pesar otra vez.

Había lágrimas secas en la voz que había usado ahora, queda y carente de la familiaridad de antes. Por primera vez entonces Reed tuvo una sensación ardiente en el pecho, algo que jamás había conocido antes. Su voz salió como un murmullo antes de poder oírse, fuerte y clara.

-Puedo ofrecerte mi vida.

Ella lo miró, serena. No estaba seguro de qué hacía ni de si Deihr comprendía, pero en el momento le parecía justo. ¿No había él mismo enviado a Daivok a las entrañas de Belekraz? Él mismo era otra cosa incorrecta, un objetivo a eliminar.

Arksinad hizo una pequeña pausa antes de interrumpir aquello, sacudiendo los grilletes levemente.

-Si nos liberas, podríamos hacer tu vida más entretenida- le sonrió.

Era una oferta venida de la nada, pero había algo extraño en su voz mientras pronunciaba estas palabras. Reed se preguntó qué cosas llevaban a su amigo a hacer promesas como esa, tan sin sentido y que sólo hubieran sido razonables de estar él perdiendo la cordura por desesperación, situación en la que claramente no se hallaba. Se preguntó si quizás no era tan sólo eso: Arksinad quería vivir, y prometía y mentía como él sabía hacerlo. Reaper quería vivir, y por eso se mostraba desafiante, brutal y no ocultaba nada. ¿Y él? Más allá de todo, lo único que había hecho era intentar confesar que había sido su mano la que había matado a Daivok. Quería que sus compañeros vivieran. Pero, de haber muerto en ese momento, una felicidad innegable y esplendorosa lo hubiera embargado. Lo único que realmente lo mortificaba era no saber en dónde se hallaba su escudo.

Deihr se lo quedó mirando queda un largo rato, y luego chasqueó la lengua, negando.

-Poco sabes de lo que dices, brujo de Cel-Neckar.

Lo encaró, acercándose a él.

-Eres un gran mentiroso- dijo- Lo reconozco tanto como que yo también lo soy. Hay algo de hipócrita en que un mentiroso no quiera oír las palabras de otro, pero al mismo tiempo, es simplemente natural. Sin embargo –retrocedió y entrecerró los ojos; las pecas bajo ellos moviéndose alrededor de la gruesa línea que tachaba su nariz horizontalmente, una herida extraña y tenue- Van a morir de cualquier forma.

Y con esto hizo un aplauso, seguido de un silbido.

Varios hombres gruesos ingresaron en silencio a la habitación, vestidos con pantalones rojos y máscaras de hueso, fuertemente ceñidas al rostro. Tenían los torsos descubiertos, llenos de cicatrices de látigo y estocadas, y no tardaron ni un segundo en arrodillarse ante ella sin decir una palabra. Por las máscaras que llevaban, era probable que fueran mudos, sordos y ciegos al mismo tiempo. En cualquier caso, lo único evidente para Reed era que aquellos eran esclavos, como Wuraka. Los había visto antes rodeando a Deihr cuando el carro que los llevaba se la había cruzado, pero en el momento había quedado perdido intentando recordar a la mercenaria y no había prestado atención a quienes la acompañaban, asumiendo que eran trabajadores del lugar.

-Llévenlos a la antesala del ritual- ordenó la otra, enfundando su daga y dándoles una última mirada- Apresúrense.

Dos de cada uno de los hombres se aproximaron a cada joven, y de un movimiento torcieron las tablas como si de camillas se trataran, arrastrándolas sin problemas. Deihr se quedó apoyada en la mesa, contemplándolos mientras los esclavos comenzaban a sacarlos uno por uno por las puertas de la habitación. Reed agradecía aquel movimiento de la plataforma que le sujetaba. Necesitaba liberar el cuerpo, y ponerse en diagonal hacía que al menos su peso no descansara sobre sus hombros, cosa que le había estado arrancando unos dolores atroces desde hacía un buen rato.

Reaper fue al último al que levantaron. No hizo más que mirar a la joven mientras alzaban la tabla, y luego habló.

-Mi padre hará trizas todo este lugar, y no podrán detenerlo.

-Lo veremos.

Ella ni se dignó a mirarlo mientras se lo llevaban, y en cambio apoyó la mano sobre la empuñadura de la daga, pensativa. Había esperado mucho aquel día, y ni en su corazón era como lo imaginaba. ¿Por qué el destino se reía de todos así? Ni una vida en la prisión del dios de los augurios le podía otorgar esa respuesta.

La propiedad de la familia Argocette parecía diseñada específicamente para desesperar a sus visitantes, obligándolos a recorrer el extenso camino empedrado que conectaba la verja exterior, negra y extensa, hacia la antigua casona que se alzaba más allá, rodeada de campos y que constituía el hábitat principal de esa nobleza.

Había muchas propiedades como esa en los alrededores de Babel, rodeando la ciudad principal y también las había incluso en lugares alejados, magos de muchas ganancias que construían sus mansiones en terrenos baratos y lejanos como Gikeldor o Fariel, confiando en que, de necesitar vacaciones, podrían dirigirse a aquellas enormes casas de campo con sólo un chasquear de dedos tras cargar el lugar con magia, y volver a sus moradas oficiales de Cel-Neckar haciendo lo mismo. Todas las familias principales del reino: Vander, Arleon, Argocette, Adahiada y demás procedían de esta forma.

Lo que no tenía la casa de Zark era algún tipo de manera de aparecer en su puerta, ni un carruaje para recorrer aquella especial distancia. Mientras caminaba junto con un quejoso Gallahard, Duran comenzó a creer que el Cuarto del Geral había ordenado eso a propósito, ya fuera para irritar a las visitas o para darse una mayor seguridad ante el poder de transportación de los magos.

De cualquier forma, no le importaba. En sus ochenta años de vida había descubierto que caminar era una gran acción: no sólo constituía un ejercicio ideal incluso en la vejez, sino que permitía explorar el mundo, liberar la mente y conectarse con el medio, tanto espiritual como real, de los sucesos que le rodeaban.

Su compañero no parecía opinar lo mismo, caminando pasos atrás y arrastrando los pies sonoramente, emitiendo largos quejidos entremezclados con suspiros de fastidio.

-Otro día con el viejo, trabaja, trabaja, trabaja, y el cara de mantícora buscando desesperadamente que lo congele vivo...- pateó una roca y no se percató de la mirada severa que le dirigió de reojo Duran- En verdad no sé cual es peor. Ambos ordenándome como sí... ¡Pero el cara de mantícora es Cuarto, no puede darme órdenes!

El bello rostro se le iluminó al menos un poco, alzando la vista. Vio la mirada fastidiada de su superior, y cerró la boca por el resto del camino, intentando hacer menos ruido al arrastrar los pies. Duran agradeció el cambio.

Terminaron llegando a una gran puerta de madera lustrosa, con un pequeño mirador mágico, un dispositivo novedoso para hablar al interior. Jamás habían estado allí antes, pero calculaban que el mago se encontraba adentro si las verjas exteriores se les habían abierto al llegar.

*-Bienvenido a la residencia de la ilustre familia Argocette-* habló una voz femenina, monótona, de aquel extraño dispositivo. Gallahard rio ante ello y volvió a callar al ver de nuevo la mirada del Dos- *Por favor anuncie el motivo de su visita.*

-Necesitamos pedirte que nos acompañes, Zark- respondió Duran con voz grave.

Esperaron unos segundos. No ocurrió nada. Esperaban que la puerta de madera se abriera para dejarlos pasar, pero continuó tan firmemente cerrada frente a sus narices como antes. No parecía haber ningún tipo de actividad allí.

Duran se mecía la barba, con expresi3n francamente sorprendida.

-¿Se habrá ido a...?

-Viejo, evidentemente no lo conoces. Zark Argocette es capaz de hacernos esperar aquí todo el día, tan sólo fuera para fastidiarnos. Era la *Envidia* en el consejo, y nunca fue ningún secreto el porqué. Está muy seguro de que somos unos idiotas y que haría una mejor mano derecha para Vannael... Si algún día lleo a agarrarlo desprevenido, le...

-¿Qué piensas *hacerrme, Lujuria*?

La voz que había sonado desde la puerta era rasposa y desagradable, y pronunciaba las erres con tanto acento que las palabras se le escapaban como gruñidos rabiosos. Un dejo de rencor también podía adivinarse en aquel tono indignado y prepotente, de anfitri3n herido en su orgullo.

Gallahard estuvo a punto de contestar algún ingenio insultante, pero Duran lo detuvo levantando su mano.

-Vannael te lo ha ordenado, Zark.

-¡Oh, vamos viejo!- el joven mago lo miró con desesperaci3n- ¡Podríamos haber ido sin el cara de mantícora y decirle a Vannael que se negó a cumplir! ¡El muy idiota hubiera estado corriendo tras nuestros pasos con tal de no decepcionar al rey! ¿En serio eres el Dos?

Se encogió de hombros ante la crítica, mientras cerrojos y sellos se destrababan de aquella puerta brillante, haciéndolos esperar otro buen rato. Por la cantidad de ruidos que había, estaba claro que el heredero de los Argocette estaba más que aterrado de que a algún pobre tonto se le ocurriera asaltar su mansión, o deliberadamente también había puesto tanta seguridad para demorar más al salir. Cual fuera el caso, la puerta terminó por abrirse y una figura encorvada se movió hacia ellos, lo suficientemente cerca como para que lo observaran bien.

Estaba torcido, completamente jorobado, pero aun así lograba concentrar bien su peso en sus cortas piernas de pies apelmazados y bien abrigados, con los brazos colgando de los costados, largos y pesados como si de garras se trataran. Tiras de tela le envolvían la cabeza ancha irregularmente, una red de vendajes con ungüentos entre los cuales se escapaban mechones de un color rojo brillante, casi imposible de creer que fuese natural. Había tenido cierto desconocido accidente hacía tiempo, y desde entonces no había hecho más que cubrir aquel rostro con esas gasas y su cuerpo con una estructura de madera, similar a una marioneta que se le acomodaba bajo el extenso abrigo de piel marr3n y que, según sus palabras, le permitía corregir sus movimientos y recuperar su maltrecho ser.

Duran no pudo evitar conceder a Gallahard la razón en que aquel hombre tenía un parecido inigualable a una mantícora. Incluso antes de aquel misterioso accidente tenía ese mismo tipo de cabello y la misma boca de sapo con dientes aserrados, que relamía constantemente con una lengua roja y larga, tatuada por encima con el símbolo del Cuarto. La piel que se le podía ver también era ridículamente pálida y venosa, como la del monstruo del castillo.

Y no sólo era su físico lo que se asemejaba. Su actitud no era nada diferente a la del rencor que podía sentir una bestia.

-¿Vannael ya no confía en sus dos *preciados* subordinados? ¿Por eso deben llevarme para que los vigile?

*Preciados. Subordinados. Llevarme.* Marcaba aquella entonaci3n extraña, acentuada aun más por su vozarr3n raspado y meloso, y los miraba con recelo mientras

movía la lengua por aquí y por allá. Gallahard lo observaba con desagrado, pero el viejo Dos sólo suspiró.

-También es bueno volver a verte, Zark.

*“Al menos nos hemos librado de la tortura”* pensó mientras en silencio lo llevaban por aquellos sórdidos pasillos de roca, entre los griteríos y jaleos que había por doquier. Al menos se había salvado de más dolor, si era que en verdad lo iban a matar.

Osald Assadan debía de estar verdaderamente haciéndole un gran mal a la Forja, aunque no pudieran verlo. Se oían alaridos, cultistas invocando ruidosas y brillantes magias, temblores que hacían vibrar todo y desprendían pedazos de cal y techo sobre el rostro impávido de Reed, quien seguía sobre su tabla dejándose llevar por los asistentes de Deihr.

Se cruzó en un momento con un batallón de hombres armados con lanzas, que se dirigían corriendo a una puerta. Por lo que había oído, habían perdido a Osald o más criaturas atacaban el lugar. No podía estar seguro y, a decir verdad, la droga de Exnar debía de estar todavía actuando en su mente porque no le importaba.

Dos veces giró –intentó– su cuello para ver si llevaban también a Reaper o Arksinad, pero no pudo divisarlos. Ni siquiera se molestó en hablar con aquellos esclavos que lo movían. Ya estaba convencido de que no tendría caso.

Atravesó varias puertas en un sentido más que literal, pues usaban la tabla en la que estaba para embestirlas abiertas de par en par, y pronto se vio deslizado más y más abajo, hasta ingresar por un atajo secreto a donde estaba seguro se hallaba un camino hacia el cuarto nivel. No planeaban perder tiempo en sacrificarlo.

Reed cerró los ojos y suspiró, para intentar calmar un corazón que poco a poco empezaba a sacudirse en su pecho. Los hombres lo dejaron en una cámara oscura, y al cabo de un rato volvieron con otra tabla, la que llevaba atado a Reaper. La que traía a Arksinad vino un poco después. Habían colgado su sombrero del otro lado de su madera, lo suficientemente cerca como para mantenerlo con vida pero de tal forma que era imposible que lo tomase.

Quedaron los tres en silencio, en aquella habitación en penumbras, atados e indefensos. Si alguna criatura merodeaba en aquella densa negrura, más les valía que les apuntara al cuello.

Ninguno sintió la necesidad de hablar. No había mucho que decir. No tenían demasiada certeza de qué iba a ocurrir, pero si debían luchar lo harían. Reed al menos sabía eso. Ninguno se iba a rendir fácilmente, y apenas soltaran un brazo, lo usarían para atacar y liberarse. Morirían luchando.

Pero morirían. ¿Lo harían? El corazón le palpitaba más y más en la oscuridad. ¿Iba a desaparecer todo al fin? Aquello no podía tener ningún propósito, hacía inútil todo, y sin embargo le gustaba precisamente por ello, por ser parte de aquella inutilidad por fin acabada, de aquel sufrimiento interrumpido. ¿No se decía que lo que valía era el camino? Pero aquello no era más que un absurdo, un camino en donde no se llega a

nada no es más que un triste merodeo y ninguna filosofía o pensamiento reconfortante podía cambiar algo como eso. Más aun, un millón de caminos entrecortados representaban una existencia tan torturante que hubiera preferido el infierno o la nada.

La Nada.

La oscuridad era perfecta para pensar en la Nada, pero no se le asemejaba en lo absoluto. La nada era no ser, era inimaginable, absolutamente inconsiderable y por eso mismo ningún dolor la afectaba. Todos los problemas del mundo y la vida correspondían a la existencia.

Las satisfacciones también, lamentablemente. ¿Pero una naturaleza de satisfacciones puras tenía acaso alguna utilidad? Recordó a su familia y pronto sintió su mano moverse, debatirse en un sólo movimiento inútil para deshacerse de sus ataduras. Su naturaleza pedía vivir, más allá de todo.

No pudo intentarlo de nuevo, porque al rato otra puerta se abrió y nuevos hombres entraron, hombres de túnicas largas y rojas como la de Exnar, algunos incluso con mascarar y capuchas ocultándoles las facciones. Con un movimiento de sus varas las plataformas se levantaron y ellos volvieron a verse transportados, esta vez llevados prolijamente por la magia y no por mudos esclavos.

El camino era también más conocido. Hubo un fuerte temblor y algo de cal se desprendió del techo. Se oyó un chillido espantoso, demoníaco. Reed ojeó las prisiones por las que le llevaban, y su mente no dijo nada al captar que no quedaba uno sólo de los prisioneros que antes allí dormitaban.

Todos habían sido retirados.

Oyó otro chillido espeluznante, y por el costado, de reojo vio a un ser rojo deslizarse a toda velocidad por un muro. A ninguno de los cultistas que lo llevaban pareció importunarles ello. Si no se equivocaba, acababa de observar a un demonio, una criatura del mismo reino que Asherat o los daevas. Su compañero no había errado al decir que la Forja no era el sitio utópico que Exnar les había descripto, si convivían con demonios y entidades de lo oscuro.

Las celdas vacías fueron pasando una tras otra a su costado mientras lo llevaban, y se preguntó cuánto tiempo había transcurrido desde que había recorrido el mismo trayecto a pie. Tal como en Belekraz, la falta de cielo en los túneles de la Forja hacía que ubicarse temporalmente fuera de lo más complicado. Debían de poseer algún sistema para mantener la puntualidad.

Rio, percatándose de que cerca de la inminente muerte era cuando a uno se le podían ocurrir con naturalidad los pensamientos más extraños. Su risa fue tan descolocada y amarga que uno de los cultistas que lo llevaba se dignó a torcer la cabeza hacia él unos instantes, preguntándose por su salud mental.

Al final volvieron a ingresar por otro pasillo, uno destruido en su totalidad por Osald. Varios de los cultistas hicieron chasquidos de lengua y quejas silenciosas al tener que atravesar con las tablas los grandes escombros que habían arrojado allí, pero no tuvieron dificultades. En comparación a los aprendices de Babel, era claro que eran verdaderos expertos con la magia de telequinesis, y Reed no se sintió golpear contra un objeto en todo el destrozado camino.

Pasaron por dos puertas, grandes y adornadas con joyas, y se adentraron por una nueva y vasta sala, más que espaciosa, parecida a un anfiteatro rocoso. Enormes cortinas del color de la sangre cubrían las paredes, había asientos y puestos por doquier, un estrado allá arriba donde ya varias figuras podían observarse y grandes arañas de oro que iluminaban todo a la perfección.

Entre todas aquellas gradas pobladas de cultistas, el suelo era una piscina de lava cubierta por plataformas de roca que flotaban, dejando espacio entre sus coyunturas para que el líquido ardiente brillara creando un extraño efecto de ramificaciones de fuego en un piso blanco y pulcro. Atravesando aquella peligrosa escena un camino de roca dividía el salón en dos y conducía a un pequeño altar, sobre el cual un pedestal con una oscura espada se alzaba.

Reed la observó atento mientras los cultistas lo iban conduciendo por aquel pasillo, y no tuvo duda de que se encontraba de frente con la espada Necrostacia. Mientras más la veía más evidente le resultaba: aunque era curva y aserrada, a diferencia de la rectitud de Oblivion, el tamaño era el mismo y despedía una cierta aura similar, una sensación de pertenencia.

Deihr se encontraba sentada sobre el altar, observándolos llegar con aquella serena mirada que la caracterizaba. Traía su brazo todavía sujeto a la espalda, pero tenía una mano libre con la que tamborileaba sus dedos sobre la mesa rocosa de ese pedestal, de la tumba donde los sacrificarían.

Los cultistas colocaron las tres plataformas en posición triangular alrededor de aquella mesa, y sus congéneres de las tribunas hicieron silencio, apagando un murmullo del cual el muchacho no se había enterado hasta ese momento. Reed movió la cabeza, lo poco que permitía la plataforma, y observó sus rostros: kiels, grandes y de enormes cuernos, humanos de cabello negro o rubio, ahuras de toda raza, género y condición, todos vestidos con túnicas rojas marcadas con una cruz amarilla similar a una daga, todos observándolos con ojos sedientos y preocupados.

Mas allá oyó un chillido y giró la vista cuanto pudo para observar, en una de las entradas, a otra criatura roja y famélica, de cara nervuda y colmillos que ocupaban toda su boca, moverse de un lado a otro saltando, azuzando los cuernos y moviendo una cola larga, esquelética.

El demonio bramaba y echaba espuma entre dientes. Sintió un chistido de Reaper, y la voz del guerrero se dirigió a Deihr.

-Todos aquí son muy amigos de los demonios, veo- logró forzar una risa débil, mirándola a los ojos- Menudo paraíso manejan.

La joven no le prestó atención, pero en cambio miró al mago.

-Arksinad, ¿qué opinión tienes de los demonios?

A su vez Arksinad no contestó, sino que continuó callado mirándola. Deihr no se inmutó y volvió la vista hacia el guerrero.

-Somos más avanzados que muchos pueblos que claman el dominio sobre este mundo. Los demonios, Reaper Assadan, no son más que otra especie, tanto como los elven, los kiels, los humanos o los ahuras. Que se hayan identificado con la maldad es sólo porque es el único uso que les damos los demás. Pero... -miró al mago con una sonrisa perezosa- Ya ves como un demonio puede también salvar la vida de alguien.

Dicho esto dio por terminada la charla, y Reaper no dijo más. La joven pasó tras ellos y giró la tabla del de Kamui, poniéndolo de espaldas al estrado mayor. Una voz habló desde arriba, una voz nerviosa y vivaz que reconocieron como la de Exnar, observándolos en el centro de los espectadores.

-¡Amigos, compañeros de la Forja! ¡Sirvientes de Baal, de Xshathra! ¡Hijos de la sangre!

Los cultistas levantaron un brazo y pusieron la palma sobre el corazón, al unísono. Deihr no los imitó, pero los observó con aquella peculiar mirada suya, los labios imperceptiblemente fruncidos en una mueca estática.

Todo el lugar se sacudió, y las arañas sobre sus cabezas se tambalearon peligrosamente de un lado a otro. Varios cultistas miraron el techo, así como Reed, preguntándose qué ocurría allí arriba. Osald Assadan debía de estar destrozando a quien osara enfrentarlo en los niveles superiores, e incluso algunos demonios invocados serían sus rivales.

Pero allí no se podía ver nada de ello. Sólo Reaper y Arksinad mantuvieron las miradas bajas. El primero tenía una expresión muy consciente y seria, y no cabía duda de que, aun en esa situación, tenía la mente en su padre. El brujo en cambio miraba a la Bellow, y volvía a hablar.

-Libéranos, Deihr. Si no nos liberan, ese monstruo va a acabar con todos aquí.

-Me llevaré sus vidas, y con ellas haremos demonios que terminarán con ese monstruo- dijo la joven, y alzó la vista hacia atrás, instando a Exnar a apurarse.- Lo siento.

Ninguno supo si realmente podía lamentarlo, pero lo que sí notaron en ese momento era que, cerca de ella, el escudo de Reed reposaba con la Estrella Oscura aún engarzada adentro. El muchacho intentó librarse de sus ataduras en vano, buscando acercarse al arma, pero el acero continuó implacable como siempre. Desistió de momento, contento de al menos poder ver su tesoro por última vez. El báculo de Arksinad también se hallaba cerca.

El líder de los cultistas se atusó la barba, evidentemente preocupado, y comenzó a hablar con más velocidad, apurando el procedimiento en vista de la amenaza que se les cernía.

-¡Ofreceremos tres sacrificios a los dioses! ¡Con nuestra magia, tres poderosos demonios se unirán a nuestras filas para salvar nuestro hogar de este ataque despiadado, para ayudar a nuestro elegido en su camino al Sol! ¡Ofrecemos sangre de traidores, de fuerzas abrumadoras y herederos arcanos!

Todos levantaron un brazo, imitándolo, e iniciaron un cántico extraño, perverso, del cual Reed no pudo comprender una sola palabra. Deihr Bellow acostó la tabla de Reaper sobre la tumba, elevando el pequeño altar sobre el cual el kamuita estaba atado. Tomó a Necrostacia, la enorme espada con una sola mano.

Allí pudieron verla bien, mientras ella la alzaba para asestar el golpe mortal hacia el guerrero. Los habitantes del cuarto nivel la utilizaban como un arma ceremonial, pero a decir verdad la espada legendaria era un objeto burdo y agresivo, aserrado y oscuro, con runas improprias cubriendo su acero y un mango de hueso pálido, grande y que terminaba en una alargada garra. Se la viera como se la viera y cual fuera el poder que tuviera, Necrostacia era un espadón brutal, demasiado grande como su hermana Oblivion pero de mucha menos fineza.

-¿Por qué sacrificar a Reaper primero?- inquirió el mago, y Deihr apenas se detuvo para contemplarlo- Sé cómo funciona la magia que los cultistas están por realizar. La sangre de un ser se reúne y con ella el maná que ese ser llevaba. Usarán su conocimiento para cristalizarla en un rubí, un amuleto de magia concentrada y poderosa. Luego lo utilizarán para abrir las dimensiones y traer a un demonio... Pero mi magia es más fuerte que la de él. Yo debería ir primero.

-Y sin embargo, he decidido que es más probable que Reaper Assadan haya sido quien mató a Daivok- explicó ella- Aun así, estás bien informado.

Parecía sorprendida. Reaper no decía nada, pero el joven de Vant sí miraba todo aquello anonadado, pues hacía un buen rato que el mago no hacía su usual sonrisa.

-Usé la misma magia dimensional para quitarme a mi maestro de encima, cuando tuve que huir- dijo- Conozco, sí, dos magias perdidas. Lo cual significa aun más que no debes matarnos, Deihr. Osald Assadan no caerá por simples cultistas o demonios, sólo un mago de poder puede enfrentarlo.

-Y convenientemente ese eres tú- la joven puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza- Cierra la boca, brujo, y observa.

Apuntó a Necrostacia contra el pecho de Reaper, con una sola mano, pero de pronto el lugar dio una tercera sacudida, esta vez similar a la que podría haber sucedido de atravesar un maremoto. Todas las paredes de la Forja parecieron desarmarse, peligrando quebrarse su misma estructura, las luces parpadearon y los demonios rugieron agudos, presintiendo el peligro y saltando hacia los muros. Los cultistas se apretaron entre sí, alzando sus varas y mirando por doquier, esperando el inminente ataque.

Y entonces el caos comenzó.

Las gradas estallaron. Así se vio frente a los ojos de todos, cuando los dos nuevos Jormungands del monstruo surgieron bajo ellas, destrozando la roca como mantequilla y partiendo cuerpos tal si de hojas secas se trataran. La sangre de los cultistas brotó por el aire, entre alaridos desgarradores, y por sobre todos los sonidos lo que se oyó fue el chillido espantado de Exnar, bajando a toda velocidad del estrado mayor.

Las dos ruedas partieron girando entre el humo, y comenzaron a masacrar a los brujos. Cuatro demonios fueron liberados y corrieron hacia ellas, impulsados y apoyados por los hechizos y gritos de los magos que habían decidido a quedarse a luchar en aquel festín sangriento.

Conjuros comenzaron a partir de cada persona, rebotando en la coraza dura de los atacantes. Los demonios rugieron y se abalanzaron contra el enemigo, pero al primer golpe uno de ellos cayó, destrozado al medio y golpeando contra la grada más alta, presa de una embestida brutal. Uno de los telones se desprendió y cayó sobre la escena, hecho girones de tela roja que volaron por doquier, pétalos para conmemorar aquella masacre.

El demonio logró sin embargo mantener al Jormungand quieto, aferrándose a él con su moribundo cuerpo, y todos los ataques se concentraron en el insecto, que giraba a toda velocidad lanzando trozos de su víctima a su alrededor, intentando desasirse del abrazo largo y furioso de aquel diablo.

Reed lo veía todo extasiado, con el rostro congelado en una semisonrisa y el corazón latiendo como nunca. Salvado por esas ruedas, otra vez. Pero, si no se deshacían de las ataduras...

-¡Libéranos!- gritó Arksinad- ¡Deihr!

La joven parecía asombrada también, y tomaba a Necrostacia fuerte con la mano. Sin cultistas que realizaran el ritual, sacrificar a Reaper no tenía sentido. Pero perder a los prisioneros...

-¡Libéranos!- el mago parecía exasperado, e intentaba sacudirse de sus grilletes en vano, mirando a la joven, mirando la espada negra que estaba a punto de abalanzarse sobre Reaper- ¡Piensa un poco!

El guerrero de Kamui no decía nada, pero la miraba a los ojos. Reed alternaba entre ver aquella tensión y ver el combate que más allá se libraba. Los tres demonios que habían quedado se debatían contra los dos Jormungand, que eran constantemente atacados por hechizos de empuje, por congelamientos que pronto se quebraban, hechizos de fuego que poco les hacían, e incluso relámpagos mortales que apenas conseguían detener su avance. La sangre manchaba el piso en grandes trazos, los

escombros cubrían las plataformas que levemente se hundían bajo la lava, las túnicas destrozadas con cadáveres que parecían muñecos, arrojados por paredes y suelo y fuego, todo aquello parecía una gran fiesta macabra, una especie de obra teatral, en aquel salón cubierto de altos telones.

Deihr comenzó a bajar a Necrostacia, viendo de reojo a las ruedas, y entonces la voz de Exnar resonó.

-¡Deihr! ¡No te detengas! ¡Invocaremos a los demonios! ¡Yo me encargaré del ritual, yo!

El líder corría, sorteando cadáveres a través de las plataformas, con dificultad por todos los obstáculos y por su túnica que le impedía moverse con libertad. La joven no sonrió ante ello, pero pareció suspirar y volvió a alzar el arma contra el guerrero, dispuesta a matarlo.

-Haz lo que debas hacer- dijo él, desafiante, y entonces un reguero rojo la golpeó, haciéndola voltearse hacia donde su líder se le aproximaba.

El cuerpo de Exnar continuó parado apenas unos segundos, con un hilillo carmesí cayéndole desde el mentón y la mirada ausente, y luego su torso y sus piernas se desplomaron por distintos lados, separadamente, quebrado su ser por un sólo golpe de espada. De la niebla, del humo de escombros por el que los Jormungands habían ingresado, los pasos se sucedieron unos tras otros y Osald Assadan emergió, revelándose ante todos.

La coraza blanca ya lo cubría casi por completo, dándole cuatro alargadas alas, espinas por doquier y un casco natural que le cubría la mitad del rostro y la quijada, y que tan sólo le dejaba un cuarto de la cara libre por el momento. Su ojo cubierto era ya indistinguible, pero el que sí se veía estaba ausente, sereno, y al mismo tiempo repleto de un calmo odio.

Ni siquiera prestó atención al ahura al que había partido al medio. Hizo una especie de silbido y los dos Jormungands se detuvieron de la pelea y saltaron hacia atrás, girando a sus costados como guardianes.

La Bellow emitió un quejido agudo, y el sudor comenzó a cubrir su rostro y la mano que sostenía la pesada espada.

-¡Deihr!- exclamó el mago.

Los demonios saltaron contra el caballero monstruoso. Osald apuntó a uno con uno de los filos de Oblivion, pues tenía la espada ya empuñada y su enorme acero se dividía en dos, dos espadas delgadas para sostener en cada mano, unidas a una cadena. El demonio se desintegró en un instante.

Assadan hizo otra seña y las dos ruedas saltaron sobre otro demonio, masacrándolo. El tercero rugió y dio un salto abismal sobre él, hecho una furia, pero de un giro el hombre le estampó una patada en la cara, aplastándolo contra el suelo con un sonoro crujido.

Arksinad no volvió a exclamar el nombre de la joven, pero su rostro lo decía todo. Dos cultistas lanzaron hechizos contra el invasor, pero Osald los bloqueó con su espada y de un movimiento volvió a partir otro humano al medio, con facilidad. Luego su mirada fría se posó en Necrostacia, la espada que la chica sostenía, y dio otro salto inhumano, planeando por sobre las plataformas y los cadáveres con sus nuevas alas de roca blanca.

Al fin allí ella alzó el arma, y de un golpe liberó las ataduras de Reaper con un quejido que parecía contener toda su exasperación.

Ocurrió entonces todo en un sólo segundo, y quizás por eso mismo todos lo pudieron apreciar con una lentitud increíble, observando cada movimiento, cada expresión, cada fragmento de instante. Deihr había liberado al guerrero, pero su golpe había sido frustrado, nervioso, y Necrostacia se desprendió de su mano, de la única mano que usaba para alzar semejante arma. Reaper se incorporó de un salto, viendo la oportunidad, y de un giro arrojó el resto de la tabla rota hacia su padre, quien la desvió uniendo ambos filos.

Entonces el otro aferró el mango huesudo de Necrostacia del mismo aire, mientras caía, y esperó el golpe que ocurrió al instante. Osald y Reaper colisionaron las dos espadas legendarias, en un impacto que desprendió chispas, y mientras ambos se miraban con algo que podría ser odio en el joven y falta de emoción en el otro ambas armas comenzaron a canturrear entre sí, aparentemente felices de poder reencontrarse luego de tanto tiempo.

Fue una melodía fuerte, disonante e incompleta, que comenzó a darle música a la sangrienta obra que allí comenzaba. Reaper contuvo la fuerza de su oponente sujetando a Necrostacia con dos brazos entumecidos, y poco a poco se vio desplazado, su cuerpo arrastrado hacia atrás con los pies pasando por la roca en un vano intento de aferrarse.

-¡Los otros!- masculló, sin dejar de mirar a Osald.

Los dos Jormungands, habiendo ya asesinado a los últimos cultistas que ponían resistencia, partieron a toda velocidad a ayudar a su creador. Deihr no perdió el tiempo ante semejante visión y sacando la estilizada daga de su espalda logró apuntalar los grilletes que sostenían a Arksinad, quien cayó y, tomando su sombrero, levantó la mano.

-¡Abajo!

El hijo pudo entenderlo, y se arrojó contra el suelo. Osald pasó hacia adelante, sorprendido y empujado por su propia fuerza, y la luz que salió de la palma del brujo lo impactó de lleno, pasando por encima de Reaper.

El *Shinoras* lo arrastró todo el recorrido hacia atrás, haciéndolo aferrarse con sus pies espinosos a las losas de piedra hasta llegar a una de las destrozadas gradas, donde alzó la vista para mirar al mago con inusitado odio. La coleta que normalmente llevaba atada se había soltado ante la luz destructora, pero más allá de aquello y de algunas roturas en su coraza blanca el hechizo no parecía haber tenido grandes efectos.

-Boca-cortada, encárgate de las ruedas- ordenó Reaper.- Yo me ocuparé de mi padre.

Reed tosió, incómodo, y agitó un poco los grilletes que le sujetaban.

-Oh- el guerrero lo observó por unos segundos, aturdido al recordarlo- Claro.

Golpeó con la espada legendaria los grilletes, y estos se hicieron añicos en un nuevo estrépito de acero. Reed cayó al suelo y movió las muñecas para lograr que la sangre circulase, al tiempo que le daba una mirada de lado a la Bellow que los había liberado, y que sin embargo ahora parecía estar concentrada solamente en Osald.

Las ruedas danzaban alrededor del caballero monstruoso, creando patrones en las losas y desparramando la lava que se debatía furiosa bajo el lugar, ignorando los cuerpos y escombros que destrozaban con su avance. Osald observaba por sobre todo al mago que le había logrado arrojar, con aquella expresión ausente y repleta de desprecio que había mostrado antes.

-Usará...- comenzó Deihr, observándolo, y de pronto se vio interrumpida.

El veterano de Kamui había pisado el borde de una de las losas de piedra, levantándola verticalmente y haciendo saltar lava por doquier. Luego para sorpresa de

todos la pateó con su otra pierna, lanzándola así por los aires hacia donde se encontraban ellos.

Hubo una maldición ahogada y todos se arrojaron hacia el lado para esquivar el proyectil, todos menos Reed quien tomó su escudo y se cubrió, recibiendo el impacto que lo hizo tener que saltar hacia otra plataforma bajo el riesgo de terminar hundiéndose en el mortal líquido.

Pero tenía su escudo a mano, y aquello le hacía sentir una seguridad que desde hacía un buen tiempo creía perdida. Osald chistó, observando el arma, y de pronto pareció esfumarse, desprenderse en un montón de cenizas que se esparcieron por el aire, desintegrándolo.

Luego se formó tras Reed, mirándolo por sobre su espalda, y antes de que nadie pudiera decirle algo lo golpeó con la rodilla, tan fuerte que el muchacho sintió la columna a punto de estallar y se vio impulsado varias baldosas mas allá, en un largo quejido.

La melodía de las espadas legendarias volvió a incrementarse de nuevo, llenando toda la sala con sus cantos. Reaper saltó hacia su padre, intentando golpearlo con su arma, pero la espada blanca bloqueó a la negra y Osald lanzó su hechizo invisible sobre el joven, imparable.

La sangre salió, como si le hubieran cortado, de la boca del guerrero. Habiendo experimentado ya aquella magia al menos pudo esquivar el siguiente golpe, que lo hubiera destrozado, y se alejó cuanto pudo mientras los dos Jormungands se cernían sobre él.

La primera rueda estuvo a punto de alcanzarlo, pero el *Shinoras* del mago la desvaneció en un instante. Aquello captó la atención del enemigo quien, quizás movido por la amenaza que proveía de aquel brujo, o incluso pudiera ser por su conexión con Vannael, desapareció en aquella nube de cenizas para armarse frente a Arksinad, mientras con una seña de manos indicaba al Jormungand restante que atacara a los demás.

Esa rueda se aproximó a toda velocidad hacia ellos, mientras Osald caminaba hacia el mago por otro lado. Lo recibió la palma levantada de él y la luz cegadora que volvió a darle de lleno, pero esta vez las piernas transmutadas se aferraron con fuerza al suelo, permitiéndole mantener su posición. De la coraza del hombre dos o tres pedazos se desprendieron, pero el poder de la espada volvió a regenerarlos en un instante y Osald continuó su peligroso avance, apretando sus dedos blancos sobre los mangos de Oblivion.

-¡Reed, la rueda!- exclamó Reaper ignorando a la criatura y corriendo a ayudar al mago. El joven tomó el escudo, con Deihl al lado ambos preparándose para lo peor, mientras más allá veía a su amigo saltar ante su padre.

El hombre lo interceptó con una patada, pero la pierna que había conectado recibió un golpe de Necrostacia, sin daño aparente. Osald pareció mascullar algo y comenzó a utilizar a Oblivion para luchar contra su hijo, haciéndolo retroceder más y más pero alejándose del mago al que había querido atacar en un inicio.

-¿Acaso me recuerdas, padre?- Reaper sonreía- Desconozco si soy o no tu hijo, pero sé que madre murió por mi culpa. ¿Fue cuando nací acaso?

El odio en la mirada de Osald se incrementó, ensombreciendo sus rasgos. Comenzó a utilizar a su espada con más fuerza, tanta que la música que ambas armas hacían se vio interrumpida por los chasquidos que producían al entrechocar, por los ruidos de golpes, sangre y coraza desprendiéndose.

-Y debió haber sido en la guerra- se burló el guerrero, esquivando un golpe horizontal de la espada y saltando hacia atrás- Donde tantas tragedias ocurrieron. Sin embargo –volvió a esquivar un golpe, y pateó a su padre aunque el otro detuvo el golpe con el antebrazo y continuó la lucha, cada vez con más insistencia- Asumo que no pudo ser tan sólo mi nacimiento lo que la mató. ¿Qué buscabas olvidar, padre? ¿Qué tuvo que sufrir ella en la guerra, para que te lamentaras tanto?

Los ojos del caballero se abrieron de par en par, antes de que la coraza blanca los ocultara del todo. Se había quedado completamente petrificado, y por un segundo Reaper bajó su arma.

-Titania Id Petrae- pronunció el joven- Ese era su nombre. Y yo soy su hijo, aunque tú no me consideres el tuyo.

El monstruo extendió los brazos, y apuntó a Reaper mientras una esfera de energía visible, de poder y ruido concentrado se reunía allí, dispuesto a hacerlo desaparecer. Lo interrumpió un fogonazo de luz que le dio de lleno por atrás, desbaratando su hechizo.

Se volvió, lívido, y contemplo al mago que tenía la mano extendida hacia él, agitado. Luego dio un salto y se largó a atacarlo, planeando sobre el suelo, más rápido que nada, con la espada extendida y la expresión cubierta.

Arksinad retrocedió, con pocas energías y poca chance de poder repeler aquella carga. La sangre brotó, manchando el casco del herrero.

Frente a él Reaper sujetaba la punta de Oblivion con una mano desnuda y ensangrentada, la mirada desafiante en sus ojos.

-¿Vas a matar a su hijo, padre?

Hubo un crujido, un ruido extraño, y Oblivion vibró y cayó al suelo, soltada. La armadura comenzó a fragmentarse, resquebrajarse hasta estallar en pedazos pequeños, como de vidrio, fragmentos de roca blanca que salieron despedidos por doquier tal cristal, revelando al hombre que había adentro.

Las lágrimas caían de los ojos ciegos de Osald, y la expresión era arrepentida, apenas lúcida, una marca de pura angustia.

-Reaper- dijo, y cayó de rodillas, la vida desvaneciéndosele poco a poco, rodeado de aquella armadura que le había cubierto y que ahora se deshacía en un torbellino de polvo, y la espada que tanto le había costado conseguir, arrojada a su lado y silbante.

## 12. Vengadores Sonrientes

La voz de Osald era un murmullo apenas audible, pero sonaba como si lo hubiera estado repitiendo una infinidad de veces en el interior de su mente, del lugar en donde su conciencia había estado atrapada.

-Perdóname. Perdóname...

-Padre- su hijo se arrodilló frente a él, ignorando su mano por la cual la sangre manaba a borbotones- Está bien. Debes descansar.

El hombre lo miró con ojos ciegos.

-He sido un idiota. Tú, mi hijo... No importaba, era tal como ella decía. Pero yo no podía perdonarlo... Lo que mató a Titania... Tu madre...

-No tiene importancia- lo interrumpió Reaper, tomando sus manos entre las suyas. Osald tragó saliva al sentir la calidez de la sangre.

-Ella era una prisionera- dijo- Una prisionera de guerra. Pero la amé tanto. Mi Titania... Prometí amarte, en su lecho de muerte me obligó a hacerlo, pero sentí desde ese momento que te odiaba. ¡Reaper!

-Padre, este no es el momento- el joven tragó a su vez, la garganta reseca, y miró alrededor buscando algo sin ver nada, el escenario que los cubría, hecho estragos y cubierto de sangre, cortinas, coraza blanca, escombros y cadáveres, donde formas se movían pero todo estaba congelado.- Debemos llevarte a casa...

-Voy a morir, Reaper- lo interrumpió Osald, mirando la nada, sin ninguna expresión en el rostro- Aquí y ahora. Todo por mi estupidez, por querer ignorar el mal, y al ignorarlo darle forma. ¿Odiarte? ¿A ti, el hijo de Titania, mi hijo? Tan sólo tuve que vivir contigo para amarte tanto como a tu madre, y sin embargo, ¡sin embargo yo...! ¡Perdóname!

El guerrero pareció a punto de querer volver a interrumpir a su padre, pero calló. Los ojos comenzaban a humedecerse sin que se pudiera dar cuenta.

-Me odiaba a mí mismo- sonrió Osald- por los horrores que ella había tenido que sufrir, y creí odiarte a ti en cuanto encarnabas esos horrores. ¡Pero debía amarte! Por lo tanto, tenía que olvidar esos horrores, esa era la promesa. Olvidar todo y amarte, olvidar a Titania y pagarle amando a su hijo. ¡Todo lo contrario, en verdad! ¡Te amaba, y me esforzaba por odiarte! ¡Quería olvidarla, para poder odiarte a ti y no a mí! ¡Quería salvarme! Reaper, ¿podrías perdonar algún día, a tu cobarde padre?

-Te perdono- respondió él- Te perdonaría mil veces, si fuera necesario.

Osald no sonrió, pero las lágrimas brotaron con más fuerza, bañando sus mejillas. Todo su rostro estaba avejentado y demacrado, carcomido por la espada. A su lado Oblivion seguía silbante. El hombre apenas la miró.

-Aun ahora, la espada me pide que viva. Me habla, me envuelve, me tienta por más. Reaper, deshazte de esta cosa. No toques esa espada, pues pertenece a alguien, a alguien incomprensible para nosotros. ¡Quiere que tome un nuevo cuerpo!- sonrió de golpe, extrañamente, al parecer tentado con la idea, y Reaper lo miró fijo, atónito- ¡Oblivion!, ¿qué cuerpo debería poseer para seguir portándote?

La espada dio una melodía encantada, y giró en el suelo sola, como si de una brújula se tratara. La punta de la cual la sangre ya se había limpiado se movió hasta apuntar al mago, arrojado más allá y agitado.

-Tienes buenos amigos, Reaper- comentó el moribundo sonriente, contemplando a Arksinad con ojos ciegos. Luego miró a la espada, con la sonrisa aún congelada en el rostro, la sonrisa que se desvaneció en un segundo.- Oblivion, vete al diablo.

Lo dijo sin humor, y sonó como nunca al guerrero, tan similar como jamás le hubieran escuchado. El arma recibió el insulto e interrumpió su melodía de repente, quedando en silencio. Osald la ignoró y volvió a contemplar a su hijo, con expresión cansada y orgullosa.

-Pronto me desvaneceré, Reaper.

El joven contuvo el aliento, con las lágrimas cayendo, sin palabras. Mas allá Deihr y Reed se enfrentaban al Jormungand que quedaba, lo repelían con el escudo y la joven utilizaba su daga con habilidad para desbaratarlo, obligándolo a abrirse y cortando su carne interior.

-Tú...

El insecto chilló y mordió a la joven, lanzándola contra un muro, pero Reed la logró atrapar, y ambos cayeron sobre el escudo amortiguando el daño.

-He sido un ciego toda mi vida, un idiota en búsqueda de nada, un cobarde que ignoró su felicidad- resolvió el otro, y luego sonrió como nunca.

-¡No te atrevas a morir!- exclamó Reaper sosteniéndolo en sus brazos, mientras su padre caía, adormecido, feliz al fin, libre de sus demonios y pesares.

*Gracias.* Fue lo último que dijo, y luego sus ojos se cerraron. Reaper lo abrazó en un llanto mudo, y el Jormungand que peleaba contra los otros en el mismo instante se desmoronó, convirtiéndose en un montón de escombros.

Y entonces, un silencio como ninguno, sepulcral y conclusivo de aquel espectáculo, de aquella larga escena de violencia y odio que se había proyectado en el salón de sacrificios del cuarto nivel de la Forja. Tanto Deihr como Reed cayeron al suelo, agotados y felices de ver a su enemigo desaparecer, y luego quedaron allí, sin siquiera mirarse o decir nada, observando con sorpresa la destrucción que el ataque de Osald había causado, la completa masacre que bañaba los suelos y paredes del lugar, donde la sangre y las túnicas carmesíes hacían manchones en el suelo gris, también erosionado y destruido en partes por la batalla. De las grandes cortinas que colgaban sólo una no se había desprendido aún, conservando su integridad más allá del estrado mayor y tapando una obvia entrada que Arksinad contempló con interés.

Y todos le hacían honor a aquel silencio, dejando salir de sus cuerpos tan sólo el sonido de sus respiraciones. De todo el cuarto nivel, no hubiera sido demasiado arriesgado apostar que eran los únicos cuatro sobrevivientes. Gran parte de los cultistas, de cualquier modo, habían podido salvarse huyendo de allí, respaldados por los pocos que habían decidido enfrentar el ataque del herrero y sus ruedas.

Pasaron apenas unos segundos más así, extrañamente calmos, y luego vieron todos como Reaper apoyaba con cuidado a su padre, acostándolo en el suelo, contemplando el cadáver sonriente y marchitado de aquel hombre. Se secó las lágrimas con la manga, y le hizo una seña a Arksinad.

-Reaper...- comenzó el mago.

-Boca-cortada, toma a Oblivion.

Recibió una negación como respuesta.

-Te pertenece a ti.

-Pues quiero que la tengas tú, y que la uses para alimentar a Asherat. Es una espada mágica de gran poder, estoy seguro de que satisfecerá al demonio por un buen tiempo.

El mago no dijo nada, observando al cuerpo de Osald en silencio.

-Tu padre...

-Mi padre no quería que nadie portara esa arma, y así me encargaré de que suceda. Tus hechizos han estado fallando últimamente. Está claro que el demonio ha estado absorbiendo tu magia. Usa la espada.

Al final Arksinad suspiró, y lentamente se aproximó hacia el arma que estaba en el suelo. Oblivion dio un canturreo similar al de un felino mientras el mago le apoyaba la mano encima y murmuraba unas palabras que ya antes había dicho, haciéndola desaparecer para formar parte de la Cornucopia, del interior de su sombrero.

-Gracias- dijo al fin.

Reaper no contestó, y caminó al lado del cuerpo de su progenitor, tomando a Necrostacia del mango y alzándola para contemplarla.

-Es una espada inútil, esta de aquí. No me sorprende que la utilizaran para sacrificios.

Tenía la voz ronca, pero aun así miró a Deihr, desafiante, y se guardó la espada en la espalda.

-¿Bajo qué derecho crees que te llevas eso?

La joven lo inquirió con una voz baja y grave, sin mirarlo, con algo parecido al odio marcando cada una de sus palabras.

-Encerraron a mi padre y me mintieron.

-Y todos los que lo hicieron están bien muertos, gracias a él- escupió ella- ¿Por qué te llevarías a Necrostacia?

Luego se inclinó de hombros, sin darle importancia, y se echó aun más en el suelo, agotada. Era claro que, por mucho que se opusiera, sola no podría detener a aquellos tres de llevarse lo que quisieran.

-Porque confío en Reed- fue la respuesta del guerrero- Y te prometió la vida que tan poco valora. Así que yo, Deihr, realizo ahora mismo otra promesa. Mata a Reed y jamás volverás a ver esta espada.

La Bellow rio, jovialmente, una risa cantarina y pegadiza, y se incorporó para quedar sentada, observando a Reaper con sus ojos violáceos, más allá de todo el desastre que les separaba.

-¿Crees que esa espada me importa tanto? Es un artefacto inútil, a diferencia de su hermana. ¿Sientes que no sacrificaría un tesoro de la Forja a cambio de cumplir mi venganza? ¿Y por qué iba a preocuparme tu amigo de todas las cosas?

El guerrero no dijo nada, y entonces Reed se incorporó, poniéndose por delante de Deihr para interrumpir la conversación.

-Porque soy el culpable de tu dolor - dijo al fin, observando la mirada cada vez más extrañada de ella, que aunque había luchado junto con él hacía apenas unos instantes recién parecía comenzar a reconocerlo- Ya que yo fui quien mató a Daivok.

Los ojos se abrieron, y Deihr no parpadeó. Reed se inclinó.

-Y en verdad lo siento- terminó- Pues yo debería haber muerto en aquella batalla, y no él. Es por eso que en verdad mi vida es tuya.

La mercenario no le respondió, sino que lo continuó observando, absorta, callada, como si recién pudiera desentrañar su presencia. Sabía que su relación era adoptiva, pero aquella mirada se le hizo de repente muy similar a la que había visto en Daivok cuando este se sorprendía.

Más allá Reaper se había arrodillado para contemplar el cuerpo de su padre, también absorto en aquello.

-¿Nos transportarás al arca, boca-cortada?

-Debo confirmar algo antes- negó el mago- Reed, ¿podrías acompañarme?

Le hizo una seña, y el muchacho se incorporó, dejando a la muda Bellow atrás y a Reaper, y preguntándose qué era lo que ocurría. Probablemente tan sólo el otro quería darle algo de privacidad al guerrero. Dejaron atrás también las ruinas del salón y pasaron tras la cortina que quedaba, caminando a través de un estrecho pasillo cubierto de runas rojas y titilantes.

Luego llegaron a una habitación redonda en forma de cúpula, donde el único objeto que reposaba debía de ser lo más impresionante que Reed hubiese visto en su vida: un arco dorado, con discos de metales variados que giraban solos a su alrededor, chispazos de energía colorida bailando entre sus bordes, como un velo arcoíris o una aureola boreal. Lo observó maravillado, olvidando por unos instantes todo lo que antes había acontecido, y luego miró a Arksinad.

-De alguna forma, supiste que algo como esto estaría aquí, ¿no es cierto?

El otro asintió, observando a aquella construcción, cómo giraban los discos que la orbitaban a poca velocidad.

-¿Y bien?- insistió, esperando la explicación.

-Es la prisión de Baal- señaló el mago el velo- En cierto modo.

Ante la mirada confundida del muchacho se arregló la garganta y continuó.

-Un portal que lleva a la Ciudad Dorada- dijo- Funciona con la magia dimensional que usan los rubies. Desconozco quién lo construyó.

-¿Has estado aquí antes? ¿Cómo sabes eso?

-Porque mi maestro quiso que estuviera aquí, en algún momento- suspiró el otro- Por eso me dio este báculo.

Y entonces Reed observó el rubí del báculo de su amigo con más detenimiento, y lo encontró idéntico a los muchos que utilizaba la Forja para abrir la dimensión e invocar demonios, si bien más grande y sólido.

-Es una llave- sonrió el mago- Una que quiere que use para entrar allí. Continúa manejándome, luego de tanto tiempo, dejándome libre tan sólo para seguir el camino que me traza.

Sonreía.

Reed lo observó unos segundos, turbado, y luego observó el velo multicolor, la muesca que arriba reposaba sobre el aro, en la que seguro encajaba el rubí que permitiría abrir aquella dimensión para llegar a la Ciudad Dorada, donde un dios reposaba.

Sabía que Arksinad querría ir, pasara lo que pasara, y sabía que no tenía más chances que aquella. Sólo un dios podía salvar al mago de su condición de muerto, de aquella posesión demoníaca que pronto podría traerle un destino peor que la muerte.

-No deberíamos dejar a Reaper solo con ella- notó al fin, dispuesto a retirarse. Aquel no era el momento de hacerle su visita a Baal. Quería llegar a Eclant, y luego a Vant. Su estadía en la Forja le había impactado de sobremanera y deseaba retirarse de allí lo antes posible.

-Deihr no nos odia- sonrió con amargura el brujo.

Aquella era una idea con la que se permitía discrepar.

-Maté a Daivok. De sangre o no, era su hermano- Reed observó la entrada por la que habían ingresado, y suspiró- Piensa en lo que vimos. Quizás Osald Assadan nunca fue el verdadero padre de Reaper, pero los sentimientos fueron los mismos. Lo maté, y es natural que ella me odie.

-Creo que no lo hace- volvió a insistir su amigo, pero no dijo más. Reed lo miró, estallando, harto de aquel misterioso silencio y de todos los pensamientos que sólo a él golpeaban, y se señaló.

-Arksinad, ¿cómo puedes? Has matado por doquier y nunca vi que fuera aquello la causa de tus penas. ¿Cómo puedes vivir sabiendo que has arruinado vidas, que has quemado un futuro, inutilizado un destino? ¿Cómo puedo hacer lo mismo yo, quitar vidas sin importarme nada, sin sentir tanta angustia y dolor? ¿Es normal que sienta tanta culpa? ¡No es normal esto, estoy seguro! Pues mientras en los cuentos que me leían el héroe se sentía mal al matar inocentes, yo me siento mal por algo más, algo que se me escapa, por algo que odio y atesoro al mismo tiempo. ¿Qué me ocurre?

Su compañero lo observó, quitando su sonrisa, y con evidente sorpresa examinó el rostro cubierto de angustia de Reed y volvió a elaborar una triste inclinación de hombros.

-¿Cuando mataste a Daivok, qué sentías?

-Odio- contestó de inmediato, pues ya lo había pensado en sus noches- Odio a su existencia, a la sola posibilidad de que alguien que me hubiera salvado, pero también pudiera lastimar a mis amigos pudiera existir.

*“Alguien que arruinara mi aventura”.*

-Yo no siento nada de eso- sonrió otra vez el otro- Son sólo otras personas y yo, y sólo puedo confiar en mí mismo, así me enseñó mi maestro. Pero, Reed, si de verdad fuese odio a Daivok lo que te impulsó en ese momento, no lamentarías haberle puesto fin a su existencia. ¿Entonces, qué es lo que lamentas? ¿Qué odiabas?

No contestó, pero la respuesta le vino enseguida. Comprendió que Arksinad lo comprendía, en el fondo de todo, mucho más de lo que Reaper podría hacerlo nunca. Era odio de sí mismo, de su propia existencia, que estaba condenado a vivir, y que había reflejado en Daivok en aquel instante que lo cambió todo, cuando no había sido él mismo, ¿pero por qué? ¿Qué le motivaba sentimientos como aquellos? ¿Por qué le hartaba tanto todo? En cierta forma, aquello no había sido muy distinto a la última confesión de Osald Assadan. Reflejar los conflictos propios en alguien más...

No hubo falta decir más.

-Yo...- el mago dio una última mirada al portal, viéndolo girar, y luego se encaminó hacia el salón, dando la vuelta- Creo que Deihr ha sentido el mismo odio, en algún momento de su vida. Creo que puedo verlo en sus ojos, y por eso creo que ofrecerle tu vida no ha sido un error. Me gusta la gente como ustedes.

Y no dijo más, y pronto Reed se resignó a volver, dejando la sala del portal atrás, al velo girando y girando con su halo multicolor, que desplegaba sombras por toda la habitación; recordando y por fin interpretando bien las miradas que había visto en la joven Bellow.

*-Despreciable, engrreído, pomposo ambulante, pavoneándose con su número por todos lados-* Zark se mordió la lengua, con gesto malicioso, y comenzó a usar una agudísima voz de falsete- “*¡Mirren, mi rostro bonito! Soy un tre-*”

-Como digas... Cuatro.- respondió Gallahard, poniendo exagerado énfasis en la última palabra.

-¡¿Qué quisiste *decir* con eso?!- el mago guardó su larga lengua tras los dientes aserrados y su expresión se volvió la de un perro rabioso, contrayéndose sobre su espalda arqueada para atacar.

Siguió profiriendo toda clase de insultos y barbaridades, mientras los tres magos avanzaban por las callejuelas de Fariel, los otros dos ya completamente hartos de aquello. Como Gallahard había esperado, el viaje a la ciudad de Deneb Algedi había sido un completo infierno gracias a la compañía de aquel desesperante hombre.

-Duran, ¿a dónde debíamos llevar a la mantícora de Vannael?- inquirió Gallahard poniendo los ojos en blanco e ignorando los insultos que Zark murmuraba sobre su rostro, persona, amistades, amantes, poderes, y todo lo que pudiera imaginarse comprendía a un individuo.

A ese punto ya no lo hacía maliciosamente para molestar a su rival, sino que buscaba cualquier excusa para distraerse de aquello. Duran consideró que charlar, si bien no del todo una mala idea, podía probar ser dificultoso.

-A ningún lado. Iremos al castillo de Faudó, a poner en aviso a la Cámara de los Diez. Vannael ha tenido una premonición.

-¡¿Y nos manda a nosotros?!- el joven pareció a punto de estallar- ¡Existen mensajeros! ¿Acaso nuestro rey lo sabe? ¿Me está castigando por algo?

El viejo suspiró.

-No, Gallahard. Este viaje sería mucho más sencillo si tú y Zark dejaran su inútil riña por unos segundos. Vannael nos ha encomendado esta misión porque la gravedad de lo que debe comunicar a la Cámara nos atañe.

*Y porque quiere quitarme de Cel-Neckar, al menos durante un tiempo.*

Pensó aquello y se maldijo. No tenía derecho de sospechar de su rey, aunque la historia de los magos muertos y desaparecidos que lo habían investigado era de lo más confusa. Pero si no, ¿qué propósito tenía mandarle en un viaje hacia Fariel, con Zark sobre sus talones controlando cada paso? Gallahard tenía algo de razón, en su ignorancia. Su señor debía de haberse dado cuenta que Duran no perdía vista sus movimientos, fueran cuales fueran.

Pero más allá de sus reuniones con Mila, Vannael no hacía nada fuera de lo común. Quitar a Duran de en medio era la mejor forma de investigar a su vez a su sirviente y hacer lo que fuera que tenía en mente.

Maldijo en sus adentros. Si acaso tuviera alguien de confianza... Pero no, implicar a más magos tan sólo convertiría todo en un desastre si las cosas empeoraban. Debía hablar con Arksinad.

Haluar Marketz, Aibol Saendil, Ruin Levan Aurora. Los magos del Geral que habían investigado a Vannael en secreto, relacionándolo con los ataques de dragones que habían ocurrido en el continente central desde hacía años, donde pueblos enteros como el de Merady Skardtril habían perecido. Sus indagaciones habían sido secretas, y aun así estaban muertos. ¿Cómo era ello? O Vannael los había detectado, con su siempre poderosa magia, o habían confiado en alguien equivocado.

Alguien como el alumno de su rey.

Cuando su mente volvió a enfocarse en la realidad, fuera de aquellos pensamientos, le sorprendió enterarse de que los nuevos murmullos de Zark estaban dirigidos hacia él.

-*Porr* supuesto, *clarro* que sí, voy a *acceptarr* las *órdenes* de un viejo apestoso que viene de la nada, a *irrupir* con su *asquerrosa pobrreza*, ¡el *sagrrado* oficio de los nobles, la magia! A *trrepar* como lo hizo, sí, sí que lo hizo, *trrepar* con su *ignorrancia* a la *sombrra* del *rrey* para *mandonearrme*, quién se *crree* que es, yo *deberría* ser el Dos, yo...

-Sí Zark, tú deberías ser el Dos. Todo el mundo lo sabe- concedió, apacible, sin prestarle mucha atención. Aquellos insultos le hicieron recordar su pasado, su minúsculo pueblo y lo mucho que había tenido que esforzarse ante su ira, para controlarla y convertirse en alguien; todo siempre admirando al rey de aquella ciudad, al rey que había llegado a respetar como a nadie.

Mas que quebrantar, aquello reforzó su convicción de investigarlo. Debía estar seguro de quién era Vannael, ahora más que nunca.

Zark Argocette mostró los dientes, ofendido, dando un gruñido gutural que hizo temblar los vendajes que cubrían su deformado rostro. Aquel gesto asustó a varias jóvenes que los veían pasar con interés, y el hombre rio a carcajadas. Le divertía mucho al parecer arruinar los intentos de conquista de Gallahard, quien aunque no se hallaba del mejor humor se deleitaba a su vez con la impresión que el grupo causaba, los tres mejores magos del Geral Veintiún luego del Uno. Hombres y mujeres de Fariel dejaban sus luchas y quehaceres para detenerse a verlos, sorprendidos, pero cada vez que alguna doncella posaba los ojos en el hermoso joven, Zark saltaba para asustarla, estallando de la risa ante la frustración de su compañero. Aunque pusiera cara de fastidio para ocultarlo, aquello divertía en parte a Duran.

Quiso la suerte que se cruzaran con otro miembro del Geral que los interceptó en su camino al castillo. Era apenas un niño de catorce años, pero su impresionante poder mágico y su prestigiosa familia le habían permitido formar parte tanto de la organización de Cel-Neckar como el número Siete, así como de la Cámara de los Diez bajo el nombre de Unnaon Zetha, si bien su poder de decisión sobre las políticas de Fariel era prácticamente nulo.

Tan sólo aquel muchacho y Unnaon Omega tenían el privilegio de pertenecer a ambas organizaciones, y el primero ni siquiera había alcanzado la mayoría de edad. Duran desconocía su verdadero nombre, aunque sabía que la familia que lo promocionaba era la familia Vander, una de las grandes casas de la ciudad de los magos, la mayor de todas ellas. Lo había visto siempre como un desafortunado niño

empujado a tener responsabilidades más allá de las que el destino le debiera haber otorgado, intentando encararlas a todas con seriedad y destreza para no quebrar su imagen de talento.

*Orgullo* había sido su palabra en el consejo, y por algún motivo aquello hacía que el anciano se apenara más por él. Si no se encontrara tan ocupado, hubiera intentado hacerlo su discípulo, tal como lo había hecho con Gallahard. Pero de nada servía lamentar lo imposible.

-Salve, maestro Duran- lo saludó el niño seriamente, mirándolos a todos con algo de frialdad. Tenía unos ojos ensombrecidos y serenos que reflejaban una mente despierta- ¿Vannael los envía?

-Estos dos no son precisamente el tipo de gente con los que saldría a tomar té a Fariel- obvió Gallahard, y Zark pareció subrayarlo al escupir al suelo. Duran se mantuvo digno.

-¿Puede la Cámara de los Diez dar audiencia urgente a Vannael, Unnaon Zetha?

La pregunta pareció turbar un poco a su interlocutor.

-Supongo que sí- dijo, tomando el ala de su sombrero negro, el más grande que hubiesen visto- Aunque debería de ser en unos cuantos días. Habría que juntar aquí primero a todos los miembros, ya que algunos se encuentran resolviendo motivos que les atañen en Dropedam, o incluso en otros reinos. Sospecho que lo que nuestro rey quiere decirles les incumbe a todos, ¿no es así?

-Sospechas bien- admitió Duran, y más atrás Zark lo imitó, con su voz ronca de falsete. Zetha lo miró sorprendido, y por algún motivo aquel rostro hizo que el viejo mago recordara algo importante.

Ruin Levan Aurora. La joven maga que había perecido al investigar al rey, princesa refugiada del ya desaparecido reino elven de Pólux. Los Vander habían sido quienes le habían proporcionado hogar y estadía en Babel, si no se equivocaba, para mantener a un miembro de, aunque fuera discriminada y venida abajo, la realeza entre sus muros.

La familia Vander, a la que Unnaon Zetha pertenecía.

Le tendió una mano, que el niño tomó distraídamente mientras miraba a Zark tal si se tratase de un perro sarnoso. Con aquel apretón Duran dejó una marca en su palma, una que él después vería, una runa que le indicaría cuándo debían reunirse en secreto.

Con suerte, se habría conseguido un joven y eficiente aliado.

Creyeron que Reaper dejaría el cuerpo de su padre para que se hundiera en la lava bajo aquel salón de la Forja, pero el guerrero fue muy terco en querer llevárselo para enterrarlo cerca de su hogar, en Eclant. Así, el joven lo cargó sobre su hombro, con la enorme espada Necrostacia en el otro, y el trío se reunió frente a Deihr, dispuestos a dejar la Forja.

-Espero que nunca volvamos a vernos- dijo Reaper.

-Volveré- le dijo en cambio Reed.

Deihr no le contestó, sentada allí y mirando pensativa la nada. Luego posó sus ojos en él, y él le sostuvo la mirada, no sin cierto esfuerzo y recordando las palabras del mago. No eran tan diferentes, después de todo. ¿Pero qué podría haberle ocurrido a esa joven, para que sintiera un odio por la existencia, por su existencia, como él? ¿Sería también irracional como el suyo?

Recordó que ella había sido la que rescatara a los hermanos Bellow de la miseria años atrás en Gikeldor, y suspiró viéndola por última vez. Más allá, de las entradas del salón, nuevos soldados armados y cultistas comenzaron a ingresar con gran velocidad, viendo el desastre y buscando reforzar cualquier lucha que hubiera contra Osald, o asistir en lo que fuese.

La luz de la transportación de Arksinad ya los cubría, el sello bajo las plantas de sus pies iluminando una gran área. Algunos de los soldados que ingresaban corrieron hacia la Bellow, para ayudarla, pero ella siguió observando al trío, alternadamente, y al último pestañeó.

Quizás fue un simple pestañeo, o quizás fue una especie de adiós. Reed observó como un kiel fornido con la cruz de la Forja grabada en el peto lanzaba una jabalina hacia ellos, y la luz los cubrió y cegó por completo, quitándolos de allí.

El viaje fue corto, y en principio le pareció perfecto. Sus pies se apoyaron contra un suelo liso y duro pero luego la oscuridad lo confundió y comenzó a preguntarse si la magia del mago no había fallado otra vez.

Una mínima luz se encendió y lo sacó de su duda: se hallaba en el Arca, tan sólo que en su oscuro interior. Arksinad iluminaba todo con su báculo. De repente a Reed le pareció morboso que estuvieran allí los tres, con un cadáver.

El mago golpeó el suelo alfombrado del lugar tres veces con su vara, y el barco volador encendió las luces de su interior, revelando que se encontraban en la cómoda sala de estar, una de las dos habitaciones que se hallaban entre los muros de madera de la nave. En toda su travesía nunca habían dormido allí, pero pronto a Reed se le hizo muy apetecible. El cuerpo comenzaba a cobrarle todo el cansancio y sufrimiento de lo que había ocurrido en la Forja.

-Por allí está la salida- indicó el mago, y abrió la trampilla para que Reaper pasara primero, cargando al fallecido herrero. El joven no decía nada, absorto en su luto y pensamientos, y ellos no estaban seguros de cómo abordarlo.

Recordó el pedido de Amu, y se preguntó qué tanto la joven sabía lo que su prometido iba a enfrentar cuando viera a su padre. De cualquier forma, había poco que pudiera hacer para ayudarlo.

-Arksinad, ¿por qué no nos transportaste directamente al arca cuando quisimos robarla?

-Imposible. El castillo tiene sus bóvedas protegidas contra ese tipo de cosas.

Asintió, aunque ya sabía la respuesta. Había querido rellenar un poco de aquel silencio, mientras subían la trampilla a la superficie, a Eclant. Necrostacia hizo un lamento cantarín, en la espalda del guerrero, como intentando hacer lo mismo. Era la primera vez a Reed veía a un objeto emitir sonidos de aquella forma, más allá de las pocas veces que le había ocurrido con su escudo.

La espada comenzó a emitir silbidos y cantar, feliz de sentir aire fresco, y Reed no pudo menos que estar de acuerdo. No estaba muy seguro de que le hubiera gustado aquella experiencia en el hogar de Daivok, y tener el cielo azul sobre su cabeza le hizo librarse de gran parte de la tensión que lo había ocupado hasta el momento.

Arriba, sobre la superficie de tablas de madera del arca, encontraron a Allon dormido, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra el suelo, roncando. Los debía de haber estado esperando allí desde hacía un buen tiempo. El sol se encontraba en lo alto, casi por anochecer, así que calcularon que su estadía en la Forja había sido bastante prolongada.

Reaper partió con el cuerpo de su padre, bajando del barco de un salto.

-¡Reaper!- lo llamó Arksinad, despertando a Allon- ¿A dónde vas?

Como toda respuesta el guerrero levantó la mano libre que le quedaba, y siguió caminando sin voltearse. El mago se mordió los labios y junto con Reed lo vieron partir, con su padre de un lado y la espada dando tintineos del otro.

Por algún motivo a Reed aquella arma le despertaba una mala sensación. La melodía incompleta de locura que había hecho al encontrarse con Oblivion, la felicidad que había parecido demostrar al luchar y el hecho de que más que un arma se asemejaba a un ser vivo le generaban cierta incomodidad. La espada había reaccionado con inteligencia al encontrarse con su hermana, como si de viejos amigos o rivales se tratasen. Además, si Oblivion había carcomido la mente de Osald Assadan y lo había convertido en el monstruo que atacó la Forja y quiso matar a su hijo sin piedad, ¿quién podía saber qué haría Necrostacia con Reaper Assadan? Ciertamente parecía haber algo de cierto en que la espada se veía inútil en comparación a su hermana, y la mayor prueba era que Deihl la había utilizado durante años sin el menor cambio, ¿pero cómo podían estar tan seguros? Por su parte, prefería no tener ninguna de esas armas en sus manos. Él era Reed Id Vant, y lucharía como Reed Id Vant el resto de su vida, no importaba cuánto le pesase.

Tragó saliva, y por un momento se sonrió a sí mismo, viendo al guerrero desaparecer más allá. Era increíble, pero estaban haciendo leyenda. La Estrella Oscura, Necrostacia y Oblivion; habían encontrado semejantes tesoros, además del cadáver de Albion. Definitivamente, salvara a su pueblo o no, su historia quedaría grabada en alguna desconocida narración.

Ya hacía muchas horas que la noche había descendido sobre Eclant, y más allá, ajeno a todos, Reaper continuaba cavando sin descanso la tumba de su padre, cerca de su abandonado hogar.

Amu y Allon habían reaccionado mal al enterarse de la muerte de Osald, a quien tenían en alta estima, pero ambos creyeron que lo mejor sería dejar a su amigo solo en la costosa empresa que se había propuesto.

Los otros dos también consideraron que la soledad sería un remedio amable para la pena de su compañero, y decidieron dejarlo en paz, hospedándose en la casa de su prometida. Durante las primeras horas, al enterarse de lo que había sucedido con su suegro, Amu se encerró en su habitación y no volvieron a oír de ella hasta horas después, cuando les fue claro que la joven había intentado cubrir unas lágrimas.

Allon funcionó de manera sistemáticamente opuesta. Al enterarse de aquella muerte pareció entristecerse, luego meditar unos segundos y luego se encargó de darles conversación y no soltarlos en el menor instante. Por su tono de voz, Reed hubiera jurado que la muerte de Osald apenas le había afectado, pero con un oído atento podrían notar que el ritmo, la continuidad del habla del joven se quebraba si se disponía a hablar mucho y, aunque era sin duda un interlocutor listo y atento como siempre, lo poco que hacía era preguntarles y asentir, sin mucho más, con la mirada marina apagada enfocada en la mesa o vacía en sus rostros, haciendo inquisiciones inteligentes y observaciones que poco parecían importarle por dentro.

La charla se estiró un poco demasiado y por suerte al fin Allon decidió liberarlos, marchando hacia su hogar con gesto distraído. Arksinad y Reed se quedaron allí sentados, en el comedor de la joven, intercambiando algunas palabras y no mucho más pues no sólo no había necesidad sino que se encontraban completamente exhaustos.

Luego los embargó el sueño, y se entregaron a él con placidez. Su agotamiento era similar al que habían sufrido luego de realizar la excursión de días al interior de la montaña Belekraz, sólo que en vez de pegarse a sus cuerpos el cansancio se adhería a sus mentes y corazones.

La Forja de Xshathra, Exnar muerto, Deihr Bellow, los mercenarios muertos, Osald Assadan y las espadas legendarias, y por sobre todo en partes el portal que habían visto, el portal a la prisión de Baal. Todas aquellas visiones se le fueron sucediendo antes de que se durmiera, y todas lo llenaron de la misma vaga sensación de descontento.

*Reed.*

Despertó de un salto, muy agitado, y buscó la voz con desesperación. Estaba allí, debía de estar allí.

Todo era oscuro, apagado. No parecía haber nadie a su alrededor, y muchas horas habían pasado desde que el sueño lo tomara en el sillón, agotado por el viaje.

Buscó su escudo con la vista, y no lo encontró. Arksinad tampoco se hallaba en el comedor con él. ¿Se habría levantado? Eran horas extrañas para salir a dar un paseo. Por lo que le parecía, todo el pueblo estaba durmiendo.

Ni un sólo sonido. Una luz clara de luna se filtraba por la ventana, pero todo lo demás estaba apagado, estático.

*Reed.*

Otra vez, la voz suena. Hay alguien, sí. ¿Por qué no hay ningún sonido? Ni el cantar de un grillo, ni el más mínimo batir del viento, ni el crujir de la madera con la frialdad de la noche. Sólo se escucha su propia respiración, su propio latir, su propio pensar.

Y hay una figura, observándolo en la ventana. Sonríe. Es un ángel del silencio.

*No más.*

Las últimas palabras las sintió a media conciencia ser pronunciadas desde su boca, y luego abrió los ojos despertando de verdad.

Un sonido melodioso llenaba la habitación, iluminada por el sol y tan repleta de vida que su contraste con la que había habitado en el sueño le pareció escabroso. Se restregó los ojos y se incorporó, con la espalda dura por dormir en mala posición, para observar a Reaper allí sentado, ya bañado, con expresión agotada y la espada Necrostacia apoyada a su lado entonando una suave cancioncilla.

Arksinad también se encontraba en la mesa, aunque con la cara pegada a la tabla y dormitando. El muchacho se estiró, sonriendo ante esa visión, y observó a Reaper.

-¿Has terminado?

El otro asintió.

-Mi padre descansa en paz. Gracias, Reed.

No había motivo para agradecerle, pero de cualquier forma asintió. Luego miró a Necrostacia.

-La Forja... ¿No intentarán vengarse de que nos llevemos su tesoro? Saben quién eres.

Necrostacia dio un silbido agudo, como provocándolos. Reaper chistó y la espada calló no sin antes hacer otra melodía de indignación. Parecía un arma muy expresiva.

-Necesito saber con qué apagarle la voz- confesó el de Kamui- Si sigue haciendo tantas canciones, silbidos y estupideces voy a considerar devolvérsela a Deihr Bellow con un hermoso moño en el mango.

Hubo un chasquido de la espada, que para sorpresa de Reed literalmente logró verse ofendida. Era extraño, demasiado extraño que un objeto pudiese tener tanta personalidad. No obstante, poco tiempo había tenido que pasar para que se acostumbraran a este hecho.

Recordó a Oblivion, ahora dentro del sombrero del mago y alimentando a un demonio, y se permitió creer que aquella otra espada era más callada y tranquila que su hermana negra.

-¿Es...?- comenzó, y paseó sus ojos sobre el acero oscuro y curvo, repleto de runas- ¿Es realmente la espada Necrostacia?

Reaper levantó el arma. El movimiento produjo un ruido cortante en el aire que hizo que Arksinad despertara de repente asustado y aferrara su sombrero con fuerza.

El guerrero observó su nueva espada detenidamente, y luego se inclinó de hombros.

-No soy mi padre- admitió- Una imitación bien hecha podría engañarme. Por lo demás, Oblivion reaccionó de manera especial al encontrarse con esta arma, y arrastró a su portador hacia ella. Eso debería ser una buena señal... Pero...

Volvió a cortar el aire con una sonrisa y Arksinad ahogó una maldición, malhumorado por recién despertar.

-...parece casi inútil- admitió Reaper- Es un trozo de acero grande, sí, y es ridículamente fácil de alzar... Pero sólo eso puedo verle. En lo demás, sólo es una gran chatarra musical.

Ambos suspiraron. Era un magro tesoro por todo lo que habían pasado en la Forja, pero no importaba. Reaper la había tomado para garantizar la vida de Reed con Deihr,

así que el valor del arma lo debía traer sin cuidado. Era, en cualquier caso, una espada legendaria, aunque su poder en una lucha fuera poca cosa.

Reed perdió la vista en su escudo, que permanecía como siempre apoyado al costado del sillón, con la estrella negra engarzada en él despidiendo destellos glaucos como nunca antes lo había hecho. En sí su fiel arma parecía más brillante y nueva que nunca, y la Estrella Oscura que llevaba también volvía a hacer latir el sol de penumbras que llevaba dentro.

Recordó el sueño que había tenido, extrañado. Había sido demasiado real, demasiado creíble, y sin embargo lo más seguro era que sólo se tratara de una mentira, algo inexplicable en la realidad. Habría jurado que, en aquel mundo gris, sólo él se encontraba habitando, sólo él y alguien más.

Tragó saliva y le alegró ver que Amu ingresaba por la puerta de la cocina, trayendo una gran bandeja con té y masas, bizcochuelos y delicias para iniciar la jornada.

-¡Reed, ya despertaste!- la joven miró a su prometido, serio con la espada, al muchacho de Vant que la observaba amable y al mago, que con la cabeza levantada hacia arriba en la silla todavía parecía intentar dormir.- Les he preparado algo de comer. Allon debería llegar en cualquier momento, a despedirse.

Reaper la miró inquisitivo, y la pelirroja le sonrió, a lo que el guerrero correspondió. Siempre sacaban satisfacción mutua de enterarse el inesperado romance que su amigo tenía con Ann Midas, la adusta guardaespaldas de la reina por la que el joven Ser había perdido la cabeza y realizaba constantes viajes hacia Sadalsuud, buscando aliviar el continente que normalmente los separaba.

-Pero será distinto ahora- comentó la joven- Se encontrará con la reina en Kaus Australis y la acompañará hasta aquí. Parece ser que Shimari viene a visitarnos.

-Nos iremos antes de que ella llegue- suspiró él.

Amu asintió, con cierta tristeza reflejada en el rostro. Con Allon fuera y Reaper de nuevo en sus andadas, quedaría otra vez sola en su pueblo, sin ninguna de las personas que la habían acompañado durante la infancia. La visita de la reina, a quien consideraba una amiga, era el único consuelo que podía otorgarse de todo aquello.

Shimari quería saber lo que había ocurrido con el mejor herrero del reino, y probablemente sería invitada a la Forja, asumiendo que los habitantes de aquella inmensa fortaleza no se encontraran demasiado ocupados reparando el daño que les habían causado.

No pasó mucho tiempo hasta que Allon llegó, radiante, y entonces la joven puso la bandeja de bocados y té en el centro de la mesa. Todos tomaron uno, muy agradecidos, pero ninguno se dispuso a llevarlo a la boca mientras charlaban amigablemente, desmigando los bizcochos con cuidado para hacerlos desaparecer, o intercambiando las tazas de té para arrojarlas al macetero más cercano en un increíble trabajo en equipo.

Hablaron tranquilamente, todavía dolidos por la muerte del hombre, e inquirieron sobre la Forja de Xshathra, los problemas de la realeza de Kamui, la espada legendaria que habían conseguido y más cosas aun, contándose todo lo que faltaba contar luego de haber estado tanto tiempo sin verse. Allon continuaba negando con poca fuerza la relación con Ann que ya había confesado, sus amigos se le reían y poco a poco Reed pensó que, si Reaper había vivido toda su infancia con aquellos dos, poco le costaría sobrellevar la muerte de su padre en su compañía.

Pasaron el día así, descansando y relajándose, ayudando a Amu con los quehaceres del hogar y planeando su futura ida a Tikielder, para devolverle la Estrella Oscura al dragón y liberar el pueblo de Reed.

Como lo habían calculado, faltaban apenas unos pocos días para que *Emperador*, el barco de Van Lyder, hiciera su parada normal en aquella costa escondida en las cercanías de Eclant, para descargar o abastecerse de productos prohibidos en los mercados comunes. Reed confiaba en que Van Lyder no pondría ninguna objeción en llevarlo a Vant, y por eso fue que aquel día logró sumarle también más y más ansias a su corazón mientras se debatía por enfocar su mente en las trivialidades de la jornada.

Vant, a un turbulento mar de distancia, le esperaba. Cuando decidieron atar el Arca del Cielo al suelo, por pura precaución, su mirada gris no dejaba de perderse en el horizonte marino, como si pudiese realmente divisar a su pueblo desde allí. Le atraía, lo llamaba, y las dudas lo carcomían por dentro. Sólo se veía una línea, el azul contra el rojo recortados, y por dos segundos la gruesa sogá que sostenía se resbaló de entre sus dedos, pasando por sobre el arca y cayendo al lado de Allon.

-Reed, entiendo lo que te ocurre, pero intenta concentrarte- lo amonestó Reaper- Van Lyder llegará.

Asintió, pidiendo perdón, y estiró la cuerda al lado del sonriente Arksinad. Sabía que hacían ese pequeño trabajo para distraerle. El mago ya le había explicado con detenimiento que el Arca del Cielo no despegaría vuelo a menos que él lo deseara, por lo cual atarla no significaba ninguna medida de seguridad seria. Cuanto mucho, les daría a los niños que correteaban por Eclant mejores formas de subirse a ella para jugar en su ausencia.

Habían decidido dejar el barco volador atrás para evitar cualquier posible ataque aéreo de Skectral. El emperador dragón había roto el pacto que le ataba a no agredir a los habitantes de Vant, en sucio modo, y no podían saber realmente cómo reaccionaría cuando llegaran a la isla, si consideraría aceptar la Estrella para dejarlos en paz o si los agrediría directamente, sin precauciones. Arksinad se encontraba poco seguro de que su barco pudiera resistir el asalto de una de esas bestias, por lo cual Reed comprendió que prefiriera no arriesgarse a ingresar a su pueblo por los cielos campante. El barco de Van Lyder, aunque mucho más grande, era más disimulado y fácil de traer en secreto a Tikielder sin que nadie los detectara.

Ahora martillaban los pesados clavos de hierro contra el suelo, para mantener sujetas aquellas cuerdas. Habían conseguido todos los elementos del taller de Osald. Por un lado del arca Reaper y Allon ya se habían encargado de los primeros dos, mientras que del otro Arksinad y él se debatían con el primero, muy tentados de usar magia para lograrlo. Reed tomó el martillo y golpeó el acero, hundiéndolo en la tierra, pero pronto la herramienta se salió de sus manos, yendo a parar metros más allá contra una roca, produciendo un golpe sordo y fuerte.

-Reed, ¿recordaste no engrasarte las manos antes de venir aquí, verdad?

-Eluid- respondió él, viendo el martillo más allá y recordando- El hermano de Merady. Eluid quería matar a Skectral. Querría venir con nosotros.

Su mente no dejaba de estar en su pueblo, en lo que pasaría. Observó las expresiones de todos. Allon no parecía entender nada, Reaper estaba serio, como últimamente, mientras que el mago tenía cruzada una mueca de duda en el rostro.

-Reed...

-¿Puedes traerlo, no es así?- inquirió- Él es un cazadragones. Nos serviría mucho en el peor de los casos.

Arksinad cruzó una mirada rápida con Reaper, y se encogió de hombros. No parecía del todo convencido con aquella idea.

-Podría, aunque sería problemático para Merady. Debería traerla a ella aquí, hacer que ella invoque a su hermano, teletransportarla a Cel-Neckar... Y Reed, si Eluid va a Tikielder, no perderá oportunidad de atacar al dragón. No podremos detenerlo. ¿Realmente quieres eso?

Tragó saliva, dudoso. Sus amigos lo examinaban con detenimiento, y se encogió de hombros mientras caminaba lentamente para recuperar el martillo arrojado.

Atacar al dragón. Lo había visto en los ojos de aquel joven en cuanto mencionó a Skectral, y sabía que no habría forma de convencerlo de lo contrario. El pueblo de Rigel había quedado reducido a cenizas por culpa del emperador, y era entendible que jamás pudiese perdonarlo.

¿Pero cuánto peligro había en declararle la guerra a Skectral? ¿Tenía acaso que entregarle la Estrella Oscura, después de toda la crueldad a la que había sometido a su pueblo?

Sintió la boca secársele. La Estrella Oscura, completamente adherida al escudo. A su escudo. Si quería entregarla, debía entregar su arma también.

No.

No, no y no.

Le dolía la cabeza mientras alzaba el martillo. Sabía que lo seguían mirando, así que fingió sacudirse la tierra de los pantalones, mientras lo continuaba pensando.

Él mismo había pensado en atacar a Skectral, en momentos de triunfo luego de conseguir la joya que le había pedido. Pero no, no debía siquiera pensar en ello. El dragón de huesos los destruiría por completo, no podían enfrentarlo. No podían arriesgar vidas, o toda su misión no habría significado nada. Lo había hecho todo por una resolución pacífica, Scarrow había puesto su vida en juego para evitar un conflicto. Quizás aquel monstruo, con toda la inteligencia que poseía, conocía la forma de separar la Estrella Oscura del resto de su escudo.

El pensamiento le alivió los hombros, aunque sabía que era algo falso, inventado para darle tiempo a una elección que sabía estaba obligado a hacer. Contestó de espaldas, sin mirarlos.

-Está bien. Iremos sin avisarle.

Poco sabía que aquello no importaba.

Van Lyder llegó a las costas de Eclant luego de unos cuantos días, en los cuales la espera se le hizo a Reed insoportable. Sus entornos, sus compañeros e incluso Amu y Allon hacían todo lo posible para distraerle encargándole todo tipo de tareas: desde idas a comprar pescado fresco para la cena, clases de pociones de Amu de las cuales terminó aprendiendo absolutamente nada, prácticas de magia con Arksinad, infructíferas, entrenamiento de espada contra Reaper que le dejaba todo el cuerpo magullado y extensas charlas con Allon sobre la política del reino y las relaciones comerciales que había entre las grandes potencias. Aquello último no le servía de mucho ya que, aunque el tema le interesara en verdad, tan sólo le hacía recordar que había sostenido los

mismos diálogos con Van Lyder cuando viajó en su barco hasta Fariel, y su mente volvía a enfocarse en el mar y en la isla que lo esperaba.

Llegó a conocer Eclant muy a fondo, su apacibilidad, y poco a poco los pueblerinos lo reconocían en sus caminatas mañaneras y le saludaban, a lo que él correspondía amablemente haciéndoles reír con su acento. Realizaron distintas excursiones por los campos de maleza, aprendió a montar un preda –lo cual le hizo extrañar más a su fallecido Falkin- y comieron las comidas típicas del lugar de la mano de Allon, quien se tomó el último día de despedida, antes de tener que partir, para cocinarles a todos el estofado rojo característico del pueblo, servido en cuencos de pan tostado y aderezado con picante y sales marinas. Lo recordó siempre como una de las cenas más alegres que tuviera el placer de disfrutar en la vida.

Al siguiente día de aquello Allon partió hacia la ciudad central de Kamui Minmedor, Kaus Australis, capital de control desde Sadalsuud, en donde esperaba a la reina Shimari para escoltarla hacia Eclant con todos los honores. Las reuniones en la casa perdieron cierto toque, pero su estadía en aquel pueblo continuó como siempre, con él levantándose temprano, ayudando a Amu a tender ropa, paseando y dialogando, hablando, esperando, esperando y esperando, pues en el fondo era lo único que hacía. Sabía que, tanto como para él aquellos días de gozo eran un intento de distracción, para Reaper significaban dispersar su mente de la muerte de su padre.

Y luego, cuando creyó que la espera terminaría por matarlo, Reaper volvió a la tarde con una loncha de jamón para la comida y con la noticia que necesitaba: el *Emperador* estaba en la costa oculta, comenzando el proceso de embarcación que le llevaría toda la jornada. La alegría de todos los días lo llenó de nuevo, realzándolo, y decidió pronto ir hacia allí para reencontrarse con el capitán.

A la tarde partieron, luego de despedirse de Amu con promesas –especialmente de Reaper- de volver en cuanto la situación de Vant se concretara. La joven misma les empacó sus cosas, y luego se pusieron sus ropas –la túnica azul y desgastada del mago, con su sombrero y sus pantalones anchos bajo la camisa blanca con placa de acero, el abrigo negro de cuello alto que cubría la armadura de Reaper, de cuyas piezas sólo se conservaba el brazo y parte del pecho, y el abrigo rojo de Reed, que contrastaba con sus pantalones azules y le daba en general un aspecto de nobleza y renombre que no le pertenecía.

Partieron así, mirando el pueblo que dejaban y sabiendo que tardarían en volver; para meterse por la propiedad abandonada, a través de las altas y espinosas malezas hasta llegar a la costa hundida y redonda, la pequeña playa oculta donde el enorme barco de forma cuadrada los esperaba, con las letras que rezaban *EMPERADOR* aún relucientes, pintadas en oro.

Toda una actividad ilegal se desarrollaba allí con presteza: los marineros cargaban pesados toneles y los iban pasando entre sí por largas filas de personas, o abrían

complicadas trampillas bajo la arena ya excavada para depositar otras mercaderías que sacaban del barco, preparándolas para otra siguiente vuelta de comercio.

Cada paso lo ponía más ansioso, y notaba que el mango de la espada que le había dado Shimari, entre sus dedos, comenzaba a pegarse con su sudor. Necrostacia, en la espalda de Reaper, profería silbidos jubilosos y tensionantes, y a su propia espalda la Estrella Oscura brillaba como nunca, atrayendo las miradas de muchos marineros que, luego de escrutarlos con ojos reprobatorios, relajaban sus expresiones en alivio y les saludaban con la mano, reconociendo en aquel grupo al jovencito curioso que habían traído desde Tikielder y más aun a Reaper, a quien tenían en gran estima.

Descendiendo del frente del barco, de la escalera de madera, la figura alta y erguida del capitán salió a recibirlos, con las manos juntas tras la espalda y el porte elegante, indiferente a la situación ilícita que claramente estaba desarrollando.

Llevaba el mismo traje rojo de noble de siempre, con los flecos en hombros y los botones dorados, y su cabello castaño, por el momento desprovisto de canas, se encontraba atado en una coleta. Reed lo miró mientras la oscuridad se le desprendía y su rostro les sonreía, con su corazón acelerándose más.

Scarrow, su pueblo, Caxer, su madre. Pronto iba a verlos, después de tanto tiempo. Quien tenía al frente ahora era el hombre que lo había sacado de Vant, y sería el hombre que lo pondría allí de nuevo.

-¡Reaper! ¡Reed!- les tendió una mano que apretaron con gusto, una mano firme y segura- ¿Y su nuevo compañero es...?

-Arksinad- saludó con una reverencia el joven.

Hubo algo frío en los ojos del capitán, que ambos sabían tenía un desprecio arraigado por los practicantes de magia, sin contar a Scarrow. Ni podrían imaginarse lo que diría si se enteraba de que Osald Assadan, hombre al que admiraba y respetaba, había perdido la cordura y la vida luego de recibir una espada del rey de los magos.

-Es un placer- respondió el capitán quedo, y luego posó sus ojos en Reaper- Entiendo que la necesidad lo requería, pero intenta evitar que demasiada gente se entere de este sitio.

El otro asintió, restándole importancia.

-Es de confianza.

-Están aquí para que los lleve a Vant, asumo.- su mirada se posó en Reaper, entrecerrando los ojos, y luego en Reed por un buen tiempo, con detenimiento, tras lo cual una sonrisa afloró en su rostro- Parecen haber crecido un poco, muchachos.

-¿Puede llevarnos? ¿A la isla?

-¿Tengo alguna opción acaso?- se inclinó de hombros- Scarrow aún continúa allí, y no dejaría a un amigo como él librado a su suerte.

Los tres sonrieron ante aquella respuesta, reconociendo la amistad que el hombre le profería al viejo ermitaño, pero Lyder torció la boca para continuar.

-Aun así, no puedo prometerles mucho. Puedo acercarlos hacia Tikielder, pero desde hace un buen tiempo que los barcos no comercian por la zona. Al espantoso mar que la rodea se le ha sumado una neblina densa, que hace casi imposible la navegación, y el control del dragón que dificulta todo intento de contacto.- suspiró- A decir verdad, confiaba en que el Geral Veintiún se encargara de esa bestia antes de tener que llevarte de vuelta, Reed Id Vant.

Iban a responder, pero el golpe seco de un paso en la escalera del barco los interrumpió, haciéndolos mirar más allá, dentro del *Emperador*. Van Lyder suspiró, como si ya esperara aquella entrada triunfal.

-Pero eso no pasará- dijo una voz tras el capitán, y alguien que ya conocían comenzó a descender también por la escalera, oculto por la sombra, paso pesado tras paso pesado- Porque el Geral Veintiún jamás se ha encargado de los ataques de dragones en los últimos años, ni lo hará ahora.

Eluid Skardtrill dejó entreverse al fin bajo la luz del sol, sonriendo altanero como siempre y escudriñándolos también con sus ojos azul marino. Llevaba su enorme martillo sujeto a la espalda, con la capa blanca ondeando y la armadura de escamas puesta, refulgente entre las sombras.

-¿No es eso así, Arksinad?

Escombros, murales destruidos, cadáveres que aún quedaban por quemar, sangre por limpiar y destrozos varios a la misma estructura de la nave. El rostro de Sephid no cambiaba mientras se paseaba examinando el daño que había recibido la Forja en aquel último ataque, pero por dentro no dejaba de sentirse incomodado, hasta cierto punto ofendido. Los cultistas que había encontrado, agotados por la ardua tarea de reparación, le informaron la situación que había ocurrido con Exnar Gladiar y el herrero de Kamui, Osald Assadan, a quien Shimari tenía en gran estima.

Era lamentable, pero no dudaba que parte de las constantes manipulaciones del ahura se habían vuelto en contra suya para generar tanta perdición en su antiguo hogar. Los muros destruidos, potenciales rubíes perdidos en invocar demonios ya asesinados, Necrostacia robada y Deihr desaparecida, probablemente con intenciones de recuperar la espada o ayudar al elegido dentro de la dimensión de Baal.

Suspiró, lamentando de nuevo todo lo que había ocurrido, e hizo una seña al cultista que le guiaba para que lo dejara continuar el recorrido solo. A la reina también se le partiría el corazón de ver el lugar donde se habían conocido en tal estado, incluso más que a él a quien los años habían mermado las emociones.

Ayudaría con las reparaciones, como sentía era su deber, ayudaría a quien nombraran el nuevo representante y cuidaría aquellos muros destrozados de cualquier próximo ataque. Con la cantidad de daño que el gigantesco edificio había recibido, las barreras contra demonios eran cada vez más débiles.

Debería esperar a Shimari allí, de cualquier modo, y mantenerse en el sitio serviría para relajarse de sus últimos descubrimientos y recordar a Albion, recordar para descubrir qué había salido mal, qué estaba saliendo mal en el momento.

Cerró los ojos, y recordó las sombras que había visto, hacía poco. Uno de los guardias había sido hallado muerto, su cuerpo hundido bajo el mar por la pesada armadura y su garganta destrozada, el rictus quebrado y lleno de horror. Ni una espada legendaria ni ningún herrero rebelde habían causado semejante asesinato.

Algún mal nuevo habitaba la Forja, y por eso era su deber esperar. Albion le había dado aquel hogar, y no debía defraudarlo.

Sephid observó el brillante portal ahora, intacto entre tanta destrucción. Nunca había cesado de pesarle no poder pasar al otro lado, a la tierra de Baal, a la tierra de la

cual Albion había venido a este mundo para cambiar las vidas de tantos. Acercó los dedos al espectro de luces, como tantas veces, y la energía mágica, tal corriente eléctrica, lo repelió y le hizo retirarla de inmediato.

El pasado de su maestro y el futuro de la Forja se hallaban del otro lado. Era en ese tipo de momentos en los que sí maldecía ser un demonio, maldecía no poder conocer aquella tierra y ver sus maravillas, ver lo que Albion había dejado y lo que su hogar heredaría.

Como siempre, lo que haría sería aguardar.

-Es bueno que estén aquí- les dijo el joven mirando el techo de caoba, mientras reposaban- Temí tener que hacer esto por mi cuenta.

Van Lyder les había permitido pasar a bordo, indicándoles como nuevo camarote el que le había asignado a Eluid, cómodo y con suficiente espacio como para hacer entrar un colchón más entre los camastros que había dispuestos.

Esperaron allí alrededor de una hora hasta que el movimiento suave que los rodeaba les dio a conocer que el *Emperador* comenzaba a zarpar. Estaba claro que Van Lyder no perdería el tiempo luego para ordenarles que ayudaran con las tareas del barco, pero de momento Reed aprovechó para estirarse en su cama, viendo la ventana angosta y empañada que filtraba una luz tenue y relajándose sabiendo qué, desde aquel momento, lo único que podía hacer era confiar en el capitán y esperar que lo pudiera llevar a destino.

Recostado en su lecho sin armadura ni capa, Eluid parecía considerablemente más joven y alegre que cuando le habían visto acorazado en aquellos lejanos días. Se había quitado las vestimentas de guerrero en cuanto volvieron a la habitación, lo que a Reed le hizo pensar que realmente las había usado sólo para causarles una impresión cuando lo vieran.

La idea le pareció ridícula y extrañamente agradable. Tendrían todo un viaje para conocer al hermano de Merady, y no sabía qué sorpresas les podría deparar.

-¿Me ayudarán a matarlo, verdad?- les preguntó, levantando sus ojos hacia los rostros sombríos de todos- No estarían aquí si fuera de otro modo.

Luego se sentó de un salto, con las piernas cruzadas sobre el colchón y la mirada fija en la espalda de Reaper.

-No con esas armas, al menos.

-¿La reconoces?- inquirió el de Kamui levantando a Necrostacia, que dio un tintineo encantado e hizo brillar sus runas.

-No realmente- confesó Eluid- pero adivino que es una espada legendaria. Pocos herreros de esta era crean armas de ese tamaño y liviandad.

Reaper asintió, sonriendo, y apoyó la espada en el suelo con un golpe seco.

-En cuanto a Skestral, Eluid...

-De cualquier forma, no es que fuera eso a servirles mucho contra el dragón-completó el joven sin escucharlo y volvió a echarse hacia atrás, mirando el techo de nuevo.

El guerrero calló, y Reed y Arksinad se miraron, contrariados. El muchacho fue el primero en intentar preguntar a su nuevo compañero qué había querido decir con eso, pero la especie de gemido que salió de su boca y que quiso ser una pregunta fue apagado cuando el otro volvió a hablar, sin mirar a nadie en particular.

-¿Cómo se destruye una espada legendaria?

Tanto él como el brujo se inclinaron de hombros, pero Reaper sí respondió con facilidad, divertido al recordar las investigaciones que había realizado junto a su padre.

-Hechizos arcanos de primera clase, ya perdidos en esta era- asintió, ladeando la cabeza con interés hacia Eluid, y agregó- O utilizando otras armas legendarias que les sobrepasen en poder.

Todos levantaron las cejas, sorprendidos hasta entonces del extenso conocimiento que manejaba. Todos menos Eluid, quien sonriendo satisfecho volvió a hablar.

-Nueve- el cazador levantó todos sus dedos, menos el índice de la mano izquierda, y los fue bajando uno por uno- El Todopoderoso Dragón Diamante Negro, el Dragón Rey del Terror, el Dorado del Destino, el de Huesos, el Tirano Místico, el Escarlata de Attar, el Gigas, el de Endimión y el Dragón Colosal.

Volvió a levantarse, inquieto, y miró a Necrostacia otra vez, examinándola más de cerca.

-Todas esas especies de dragones podrían destruir una espada legendaria como esta con facilidad, ya que sus mismos colmillos pueden ser considerados un arma legendaria de mayor rango.

Detrás del de Kamui, para sorpresa de Eluid, Necrostacia comenzó a vibrar y retorcerse, enfurecida, con espasmos de miedo perfectamente claros de ver.

-Creo que no le apetece nuestro tema de conversación- notó Arksinad.

Reaper en cambio sonreía.

-No sería un gran cambio... Esta espada tiene pocas habilidades además de ser charlatana. Y si el dragón le hincara el diente...

El arma se sacudió como nunca, se libró de la mano de Reaper y salió despedida contra la pared de madera del camarote, quedando clavada allí en un movimiento que dejó a todos atónitos.

La puerta se abrió de un golpe y Van Lyder apareció, visiblemente irritado.

-Si de verdad quieren que los lleve hasta allá, recuerden que la primera regla es: ¡No destruir mi barco!

Y luego la cerró tan rápido como la había abierto, dejándolos sordos, helados, y por sobre todo haciéndoles irrumpir en una gran carcajada. Reaper prometió a su espada no mencionar más el tema de su destrucción y Necrostacia ronroneó como un felino, al parecer apaciguada.

-De cualquier modo- dijo Eluid terminando de reír, y secándose las lágrimas con la manga blanca de su camisa- Esa espada sigue siendo una ventaja. Hará más daño a la coraza del monstruo que cualquier arma común, está dicho. Reed, necesito saber todo lo que puedas decirme sobre Skectral. Dónde se oculta, su tamaño, sus llamas, todo lo que hayas visto o recuerdes de aquella bestia. Cada dato puede ser decisivo para resguardar la vida al cazar a un dragón.

Abrió la boca para contestar, y volvió a cerrarla. Reaper habló por él, suspirando.

-Eluid, no lo cazaremos.

El de Rigel miró a Reaper unos segundos con expresión congelada, sin poder comprenderlo. Luego dio una risotada forzada.

-¿No? ¿Acaso hablarán con él para que los deje en paz?- su rostro palideció al verles asentir- ¿Están acaso completamente locos?

Se puso de pie, pensativo, y comenzó a caminar de lado a lado por la habitación, en el poco espacio que dejaban las camas. Por su aspecto Reed hubiera jurado que se hallaba a punto de ser víctima de un colapso nervioso.

-¡Arksinad!- miró al mago, exasperado de repente- ¡Sabes cómo actúan! ¿Crees que aceptará irse porque sí, por un simple pedido? ¡Es un dragón!

-Sí- asintió el mago- Es un dragón, y uno que dio su palabra. Por el tesoro que Reed carga dejaría la isla en paz, para no regresar jamás.

Los ojos celestes de Eluid, frenéticos, pasaron del rostro del mago al escudo del muchacho, observándolo como por primera vez mientras su cara mostraba un tumulto de sentimientos varios, una mezcla de sorpresa, desilusión, furia y gracia desgastada, arruinada.

-¿Y se lo darán, así sin más?- preguntó- ¿Después de todo lo que pueda haber hecho sufrir a su pueblo, a Tikielder?

-No estamos en condiciones de luchar contra un dragón sin temer represalias- sentenció Reaper.- Y además, Reed ha hecho todo este viaje para...

-¡Huirá!- lo interrumpió el joven, furioso- ¡Huirá y no pueden garantizar que no rompa su pacto! ¡Tendré que buscarlo de nuevo, años y años porque ustedes no tienen el valor como para enfrentar el mal que puebla este mundo! Skectral es una escoria, un gusano con poder que necesita ser erradicado de la faz del mapa. ¿Cómo pueden no apoyar mi misión?

Ninguno respondió, y Eluid quedó cabizbajo, sin decir nada. Hubo un momento de silencio, corto pero tensionante, y luego el joven lo miró, con un aura extraña, más calmado pero también más peligroso.

-Reed.

Levantó la vista y sus ojos grises colisionaron contra el cielo claro de los de él.

-Skectral tiene a tu tierra de rehén, a cambio de una simple joya. Pero la mía no tuvo siquiera tamaña oportunidad. Rigel fue arrasado por completo, familias enteras ardiendo vivas entre las casas, frutos de labores de toda una vida destrozados por nada, niños, mujeres y ancianos masacrados por deporte. ¿Cómo sabes que lo mismo no puede ocurrirle a tu pueblo? Aún no nos conocemos bien, Reed Id Vant, pero debes alcanzar a darte cuenta que darle a ese ser lo que quiere y dejarlo marchar es lo más nocivo que podrías hacerle a tu honor, al mundo y a tu alma.

Se mordió los labios para no contestarle, bajando la vista. Lo doloroso de todo aquello era que los tres sabían que Eluid tenía razón, que tenía toda la razón que ellos simplemente no debían asumir, a sabiendas de los riesgos que el joven cazadragones decidía ignorar. Tenía razón, y sin embargo, ¿cuál era el punto de todo lo que había vivido, si tan sólo iba a atacar al dragón? El mundo era así, cruel e injusto, y ridículo era creer que las cosas se podían cambiar, que los héroes podían derrotar a los tiranos sin sangre derramada y que la realidad era salvable bajo algún aspecto.

No. Por mucho que en su corazón lo quisiera, no debía aceptar.

Pero... ¿debía entregar su escudo?

La duda lo seguía carcomiendo por dentro. Eluid chasqueó la lengua y marchó de la habitación, cerrando la puerta con un golpe.

El trío quedó en silencio unos momentos, y luego Arksinad se aclaró la garganta.

-Deben comprenderlo. Todos murieron, incluso sus padres, cuando el dragón atacó su pueblo. Sólo él y Merady pudieron salvarse, huyendo por un pasadizo secreto. Ha estado todo estos años buscando venganza, y no debe caerle bien que a quienes creía sus compañeros se la vayan a esfumar justo cuando está al alcance de su mano.

-No necesitas decírmelo, boca-cortada- Reaper se arrojó a la cama de un salto, serio aunque disfrutando la comodidad- Tiene razón. Lo sabemos. Pero...

Calló porque otra vez la puerta se había abierto, y esta vez fue Reed quien salió de allí como un trueno, no queriendo oír más, no queriendo seguir sufriendo la tortura que era decidir aquello.

El guerrero y el mago se miraron, y ambos suspiraron al unísono. Por como las cosas ya se iban dando, aquel sería un largo viaje.

No pasaron muchos días de travesía hasta que Eluid volvió a amigarse con ellos, aunque estaba claro que con todas las intenciones de convencerlos de atacar al dragón. Había cambiado su estrategia: su humor desesperado por uno jovial y astuto con el cual se decidió obviamente a llevar a Reed de su lado para poder concretar la venganza.

No era que no se juntara con los otros habitantes del barco: en su estadía allí; Eluid pasaba sus horas ayudando al capitán Van Lyder –que pronto notaron lo llenaba de tareas para mantenerlo alejado de Reed, tareas que el joven cumplía casi sin esfuerzo y siempre con su característica arrogancia- charlando y bebiendo copas con Reaper, con quien comenzaba a desarrollar una verdadera amistad; o hasta en el camarote de Bella, la joven marinera del *Emperador*, única tripulante femenina del viaje que había tomado cariño a sus rasgos celestianos, la piel pálida y cabellos claros que no solían verse en los mares de Kamui en donde se había criado.

Era posible que el capitán le hubiera pedido a Bella también que distrajera a Eluid –Reaper, quien conocía a la joven de piel olivácea, verdaderamente parecía pensar eso- pero no había duda de que aquel o cualquier intento de quitar al vengador de su objetivo principal se probaba fútil e infructuoso.

Conseguía todos los días un instante para hablar con Reed: ya fuera mientras desayunaban sobre cubierta, compartiendo el alimento, mientras amarraban sogas o arrojaban redes, incluso con la excusa de enseñarle a luchar o a la noche, en la habitación, sosteniendo largas conversaciones mientras Reaper y Arksinad dormían –o fingían hacerlo- a pierna suelta.

En principio no iba directo al tema. Le narraba las historias de sus cazas de dragones, con extremado detalle, sabiendo cómo al muchacho le fascinaban aquellos cuentos desde hacía tiempo por boca del mago, y dejando su imaginación fluir por su cuenta. Era fácil, para alguien como Reed, comparar las fáciles victorias de Eluid contra los dragones de Gikeldor con la posible lucha que podría librarse contra el dragón de huesos en su pueblo.

Luego intentaba convencerlo, acudiendo a una infinidad de argumentos, algunos muy racionales y otros ardientes, apasionados de venganza y que despertaban ira hacia

el enemigo en su corazón, hablándole de la crueldad de los dragones, de las promesas que les había visto romper, enumerando las muertes que producían, la devastación que traían al mundo y más aun cómo osaban considerarse la especie superior, cómo se jactaban en ocasiones de que asesinar humanos o ahuras era lo mismo que matar ganado.

Al final encontró, por pura casualidad, el punto que más dolía a Reed: su escudo. El muchacho había tomado un cariño increíble hacia el objeto, y lo que más parecía afectarle era saber que la Estrella Oscura que debía entregar se encontraba inexorablemente unida al mismo, imposible de separar bajo ningún medio. Tan sólo halagar el arma hacía que este se sumiera en una larga melancolía, de la que sólo salía recordando a su familia y maestro y meditando que, de rendir su tesoro, tenía que comprender que lo hacía para salvar las vidas de ellos.

Lo que él quería, más que nada, era un final feliz. Y he aquí la problemática del asunto: entregar a un ser como Skectral el tesoro de Albion junto con su propio tesoro lo hacía sentir débil, incompleto, pisoteado por la existencia y le generaba tanta ira hacia esta que los pensamientos sobre la Nada afloraban de nuevo, carcomiéndole los sesos.

Pero pelear... Luchar sólo era deseable en la victoria absoluta, como en los cuentos de hadas que antes había leído y creído, antes de ver al verdadero mundo. Los héroes de allí no mataban, y si lo hacían, era a monstruos irredimibles. Cuando la espada del héroe atravesaba el corazón de una bestia, el mal desaparecía y todos se alegraban y festejaban, celebrando una paz que duraría por siempre.

Era un sueño, y si lo era entonces la realidad no era más que una pesadilla. Pero Eluid, tejiendo palabra tras palabra, lo convencía de a poco de que aquel sueño no era descabellado, de que su vida podía tener el final feliz que tanto había deseado.

Sabía que era superficial, en el fondo, pero no le importaba. Skectral era el enemigo; aun más que Vannael, aunque fuera el rey mago quien hubiese ordenado los ataques de dragones por algún misterioso propósito, había sido el dragón mismo quien lo había afectado en lo personal, matando a su padre y haciendo estragos en su vida. Si aquello era como en un cuento, Skectral sería el enemigo final a vencer, y la gloria lo esperaba al terminar.

Luego de un tiempo y al verlo tan decaído, como si fuera un juego de ajedrez, Van Lyder también cambió su estrategia y dejó tranquilo a Eluid de sus tareas diarias, pasándoselas en cambio a Reed para mantenerlo ocupado y usando la excusa de enseñarle para poder mantener conversaciones con él, pasando por alto el hecho de que todo lo que podía haberle enseñado a aquel muchacho ya había sido dicho en la primera travesía que hicieran juntos, de Tikielder a Fariel.

Al principio, similar al otro, no dijo nada en especial. Lo inquiría sobre sus aventuras y vivencias, escuchando atentamente, y charlaban sobre Scarrow, su pueblo y sus vidas, incluso sobre Arksinad en quien el capitán no parecía confiar en lo más mínimo, situación a la que Reed ya estaba acostumbrado. Le hacía repetir lo poco que sabía de navegación, dejándolo tomar el timón en algunos momentos, y sostenían largas charlas sobre cualquier trivialidad, hasta sobre la cena que disfrutarían a la noche.

Pasaron muchos días de travesía marina así, con tanto Eluid y Van Lyder llenando la cabeza de Reed por ambos lados, insinuando cada curso de acción como el mejor. Arksinad y Reaper, que leían y entrenaban con tranquilidad, se preocupaban ante la mente confundida del joven, pero se habían hecho la promesa de seguirlo en cuanta decisión tomara, apoyándolo siempre. Intentaban alegrarlo en las cenas nocturnas, dadas en una larga mesa con todos los marineros, haciéndole beber y hablándole

animadamente o buscando distraerle como en Eclant, con libros, magias o espadas. La mente de Reed sin embargo nunca soltaba el asunto, cada vez más urgente y potenciado por lo que hablaba con el navegante y el cazadragones, verdaderos diablos de hombro.

La charla más significativa, sin embargo, la tuvo con el capitán, una tarde en la sala de mando mientras hablaban de Scarrow y la situación con su isla.

-Reed Id Vant- le refirió el hombre- ¿Has pensado en atacar al dragón, en algún momento? ¿En faltar a tu promesa, como él lo hizo?

Era la primera vez que lo encaraba tan directamente, por lo que Reed se sorprendió. Titubeó unos momentos, sin responder, y Van Lyder tomó la palabra.

-Muchacho, espero que Scarrow pueda aclarar tu mente cuando lo veamos. Atacar a Skestral no es un paso que puedas decidir libremente sin poner cientos de vidas en riesgo. ¿Lo sabes, verdad?- se aproximó a Reed, apoyado cerca del timón y puso la mano en su hombro- Debes entregarle la Estrella a Skestral y terminar con todo de una vez. Nada sale bien de meterse con dragones.

Su boca se frunció al observar que Reed no lo miraba, y suspiró, retrocediendo.

-Eluid Skardtril te está convenciendo, poco a poco, de cometer una locura. Apela a tu sed de venganza, cuando en realidad es la suya la que quiere saciar, por encima de todo lo demás. Pero...- lo miró a los ojos, y esta vez la mirada gris del joven se levantó para verlo- Un vengador nunca sonríe, Reed Id Vant. Es algo que uno llega a aprender luego de muchos años de vida.

-Dawr- pronunció el muchacho en cambio- Fireo, Gorion, Luka. Caxer, Scarrow. Majaka Id Vant, Hawke Id Vant.

El hombre no dijo nada, observándolo mencionar todos aquellos nombres, y Reed se puso de pie, resuelto.

-Muchos de ellos ya están muertos, y otros podrían estarlo en cualquier momento, sólo porque ese ser decidió que así lo fuera. ¿Tengo que darle a ese dragón lo que quiere y dejarlo ir, con mi tierra en ruinas? ¿Qué clase de mundo es este, en el que nadie se dispone a luchar? ¡Eluid tiene razón! ¡Es un mal, algo para borrar, inútil para todo!

-La vida es así, Reed Id Vant. En ocasiones hay que bajar la cabeza hacia los dragones, dejarlos partir y volver a ponerse en pie.

-¡No! ¡Todos los seres que hacen así la vida deben caer! ¡Ellos, no nosotros!- estalló y Van Lyder levantó las cejas, sorprendido.- ¡Ni uno de ellos debería quedar en pie!

Iba a pronunciar la palabra “asesinos”, al aire, pero quedó callado al instante, sin poder sacarla de su cuerpo, de su propio ser. Poco lo diferenciaba, que no fuera el dejar de actuar y la culpa. Se sentía capaz de llorar.

El capitán sonrió, sorprendiéndolo esta vez a él. Lo miraba con aun más franqueza que antes, como reconociéndolo de nuevo, y Reed no dijo más, viendo al hombre sacudirse el cabello.

-El problema es... -dijo Van como distraído, suspirando- Que cuando un dragón cae, muchos caen con él. Scarrow lo supo, y por eso te mandó a esta misión. Debes creerme, Reed Id Vant. Cuando llegue el momento, la decisión será sólo tuya, como el escudo que llevas.

Reed estuvo por contestar, confundido con lo último, pero el hombre habló de nuevo, saliendo del cuarto y de espaldas.

-Y, decidas lo que decidas, tienes mi palabra de que te apoyaré. Pero sinceramente espero que nadie deba arrepentirse de esto.

Y marchó de allí, dejándolo solo y aun más lleno de dudas que antes, con el corazón latiendo de ira, preocupación y ansiedad por llegar a su pueblo y hablar con su viejo maestro, que sabía podría aclarar mejor su mente que las palabras de cualquiera de los tripulantes de aquel barco.

Aquella noche tuvieron una excelente cena: el capitán quiso agasajar a los invitados y a sus propios marinos con un festejo, ya que calculaba no faltaría demasiado para que el barco se adentrara en el turbulento mar de Tikielder, temido desde hacía años por todos los comerciantes del mundo por su reputación de indómito y violento.

Ahora la situación sería peor, si a ello le sumaban el dominio del dragón en la isla, controlándolo todo, y la niebla que se decía envolvía el lugar por kilómetros a la redonda. Sin barco alguno que pudiera ingresar allí, Reed se preguntó cómo estaría yendo la recolección de cultivos del lugar; único modo junto con la ganadería de que los pueblos que habitaban Tikielder pudieran abastecerse ante aquella crisis. Por su parte, Vant nunca había dependido mucho del comercio, debido a la política aislacionista de quienes lo habían administrado por generaciones. Suspiró recordando cuánto le había molestado aquello de niño y se enfocó en su plato, aspirando el aroma: pescado salado picado en un cuenco con grasa, pan, verduras varias y picor, al estilo de Minmedor. El capitán incluso había hecho abrir chuletas de cerdo en conserva, tesoro como no los hubiera, y las había repartido entre sus marineros, mientras los hombres cantaban y bebían cerveza y ron, coreados por Necrostacia que parecía tan o más alegre que todos ante el banquete que se daba.

Reed bebió, se emborrachó, gritó, cantó, bailó y se divirtió, olvidando por el momento su futuro y recordando una noche similar en Mib, un pequeño pueblo de Fariel. Hubo competencias de cartas, donde Bella venció a todos, de puntería con cuchillas, bromas e incluso actuaciones y canciones improvisadas por Arksinad, abuchoneadas por todos entre las risas y gritos.

Fue una verdadera fiesta, y volvió de ella totalmente agotado, para acostarse en su cama. Sólo Van Lyder quedó despierto en vela, junto con Bella y Arruerie, sus dos personas de más confianza, esperando y viendo al barco avanzar, con la vela totalmente izada y empujada por el viento nocturno sobre sus cabezas. Más allá Reaper y Eluid cantaban abrazados de lado a lado, completamente borrachos, pero de momento el capitán los ignoraba con la esperanza de que no cayeran por la borda.

-Nos acercamos- dijo, viendo el espectáculo frente a sus ojos.

En la noche, el horizonte del mar era una línea negra, repleta de destellos verdes como truenos, algo infinito que cualquier persona podría haber confundido con el infierno o un dios. Bella tragó saliva, a su lado, y el capitán forzó una sonrisa.

-Esta noche será la última cómoda, hasta que estemos ahí. Luego las cosas se nos pondrán difíciles.

Los otros dos asintieron, y el hombre los dispensó, quedándose allí, parado y viendo aquella línea negra acercarse a él, aquella informe masa de niebla y truenos ir

hacia el barco, porque realmente no parecía que ellos avanzaran hacia Tikielder sino que el terreno de la isla se movía hacia ellos, dispuesto a devorarlos, a tragarlos por completo.

Y mientras el hombre observaba, Reed dormía placido, sumido en sueños fríos y recuerdos, con Arksinad roncando a su lado a pierna suelta. Su escudo estaba contra la cama, apoyado estático, y la Estrella Oscura en él brillaba como nunca, sin iluminar la habitación.

Tuvo un dormir relajante, tranquilo y fresco, como no los había tenido desde hacía un buen tiempo. Se sintió descansado por primera vez, hundido en su colchón helado pero en calma, rodeado por nada, alejado de todo, feliz al fin, calmado al fin.

Luego, lo despertaron los alaridos.

### 13. La Isla Da Skel

-Imagino que la honorable Cámara de los Diez se pregunta por qué me he visto obligado a reunirlos aquí, con motivo urgente, qué circunstancias me impulsan a obrar de este modo...

El salón de asamblea estaba oscuro, pero las siluetas de los Diez podían vislumbrarse perfectamente, aun aunque no entrara la luz en aquella parte del Castillo de Faudó. La figura de Vannael, blanca como siempre, despedía un brillo propio que repelía las sombras de su contorno.

-No dudo que debe ser desconcertante ser llamado así, retirado de sus asuntos personales, y más aun cuando quien llama es rey de otro tablero, pero...

Levantó sus ojos rojos, más brillantes que nunca.

-...lo que he visto, es vital que lo sepan.

Se encontraba abajo, en calidad de petición, pero su agregada calidad de rey había hecho que dispusieran un majestuoso asiento para él y distintas banquetas para sus acompañantes, todas sin usar. Tras la silueta alta y pálida, la penumbra dejaba entrever las formas de Duran, Gallahard, Zark y Mila, principales confidentes de aquel líder, todos callados y escuchándole hablar, con distintas motivaciones.

Tanto la joven bruja como Zark sonreían abiertamente, amparados por la oscuridad. Gallahard parecía comprender más bien poco, concentrado en desentrañar las figuras de los miembros del Consejo para su deleite, y sólo Duran tenía una expresión de profundo disgusto, imposible de disimular.

-¿Qué tan importante puede ser lo que ha visto como para que el mismísimo Vannael venga en persona a comunicárnoslo?- inquirió el anciano Unnaon Alpha, primero del consejo y por tanto siempre el primero en hablar.- ¿Acaso se encuentra Fariel en un grave peligro?

-En efecto.

Varios murmullos recorrieron la sala circular, mientras los gobernantes atajaban la noticia. Duran aprovechó la distracción para observar al niño, Unnaon Zetha, y negar con la cabeza con tristeza. Aquella pobre criatura parecía verdaderamente asustada, aunque fingiera no estarlo. ¿Cuál había sido la locura de la familia Vander al no esperar antes de forzarlo a aquella posición?

Cuando las voces subieron de tono el primero de ellos, pasando una mano por su inmaculada barba, tosió y los llamó a silencio. Al instante obedecieron, y tomó entonces

la palabra Unnaon Gamma, una mujer morena que Duran no tenía ninguna duda había sido o sería amante de su lujurioso compañero, a juzgar por los ojos interesados con los que este la observaba.

-¿Cómo accedió a esa información, Su Majestad?

El hombre sonrió bajo la máscara.

-Creo que es sabido que poseo el poder de observar los hilos del destino, hasta cierto punto. Es una habilidad dolorosa pero verdaderamente útil para quien debe hacerse llamar rey y planea poner el bienestar del pueblo como su máximo interés. Aun así...- estiró los brazos, abriéndolos de par en par- No fueron sólo mis ojos los que detectaron la amenaza que se extiende sobre su reino. Dordo Id Quaria, a quien imagino conocen y que posee el mismo poder que yo, ha confirmado mis palabras. Y la Torre de Babel ha puesto todos sus mecanismos en funcionamiento para buscar la verdad de las estrellas... El resultado no varía. Fariel se encontrará en guerra, antes de que pasen tres ciclos.

Esta vez el murmullo fue ensordecedor. Duran suspiró, pero se encontraba realmente sorprendido. ¿Dordo? Su viejo maestro había predicho eso, no sólo el rey del que ahora tanto dudaba. Aquello sólo podía significar que la visión era cierta, pues difícil era creer que dos vedores de los hilos del destino pudieran equivocarse al mismo tiempo. Fariel iría a la guerra, pero...

-¿Con quién?- inquirió Unnaon Epsilon, completando su pensamiento con igual ansiedad que la él que sentía por dentro.

-Como lo vea, usted está acusando al reino de Kamui- señaló la anciana Unnaon Io, manteniendo la compostura ante el escándalo.

El mago no respondió, sino que la miró fijo durante unos momentos e hizo un vago asentimiento.

-El enemigo está cerca, eso es cierto.

-Sólo dos reinos podrían hacer frente a Fariel en una guerra, ya que Gikeldor está en bancarrota. Uno es Cel-Neckar, pero sería ridículo creer que su rey nos avisara tan cordialmente del ataque antes. Lo cual nos deja a Kamui.

Había hablado Unnaon Beta, el hombre de piel oscura y rostro impasible.

Duran intentaba no chasquear los dientes, enfurecido sin motivo alguno. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Guerra?

-No faltarían antecedentes- respondió el rey de Cel-Neckar- de conflictos entre Fariel y Kamui. Cuando la guerra apenas termina y dos reinos parecen quedar en paz, el vencedor de la anterior batalla espera el momento indicado para efectuar el golpe fatal.

-¡Ridículo!- por primera vez Unnaon Io levantó la voz, escandalizada- Su Majestad Shimari no haría semejante jugada contra la paz que a tan duras penas pudimos recuperar. ¡Kamui ganó aquella guerra, y Fariel lo comprende! Pero...

-Su Majestad Shimari Kaharis Herton es joven, venerable Unnaon Io, joven e influenciabile. Tengo entendido que pasa gran parte de su tiempo en compañía de aquel hombre que la frecuenta en calidad de guardaespaldas... Sephid Silas, ¿no es así?

Todos en la cámara callaron, meditando eso, y Unnaon Omega, miembro tanto del Consejo como del Geral, habló, poniendo tanto respeto como pudiera a sus palabras.

-El guardaespaldas de Shimari pertenece a la Forja de Xshathra, Su Majestad. No veo por qué...

-En eso te equivocas, Unnaon Omega- Vannael lo miró apacible y el hombre calló, pero el rey desvió sus ojos de él y los dirigió al anciano primero, con seriedad- Sephid ha sido visto en compañía de los mandatarios kiels en Gikeldor, ¿o me equivoco?

Se produjo silencio, y Duran observó la expresión interesada del viejo. Era evidente que como gobernante principal del reino había cosas que él sabía y sus congéneres no podían llegar a imaginar.

-Vannael, no estará insinuando que...

-La especie kiel planea retomar los territorios que perdió, eso puedo garantizarles. Pero como apenas dominan Gikeldor, lugar azotado por las desgracias, sus sueños y ambiciones se han visto desplazados como su imperio del continente central... Hasta que observaron a otro reino barrer a quienes los barrieron a ellos. Hasta que recurrieron a Kamui. Un sólo hombre que influencie una reina, y Fariel podría ser suya de nuevo.

-¿Gikeldor y Kamui, aliados contra nosotros?- Unnaon Tau suspiró, manteniendo la compostura- Es una acusación grave, Su Majestad. ¿Tiene algo que pueda respaldarla, además de sueños y visiones?

Unnaon Tau, veterano de Fariel, herido en combate al punto de perder un brazo, un ojo y una pierna, conocedor de las artes de la estrategia y quien seguramente había perdido innumerables camaradas contra los ejércitos de Kamui... y el único en poner en duda aquellas palabras con tal de evitar una nueva contienda. La vida era verdaderamente sabia, pensó Duran. Aquel sería el momento decisivo, y por unos segundos se tranquilizó hasta que Vannael habló.

-En efecto.

Todos quedaron mudos, y Duran se revolvió sobre sus pies, estupefacto. A su lado Zark rio y se relamió, complacido. Instaron a hablar al rey, y Vannael extendió un brazo, con el otro en el bolsillo.

*-Selaphiel Shunoros*

Una luz salió de la punta de su dedo y comenzó a expandirse, a salirse de control para formar un espectro grande, sobre él. Mientras aquello se formaba, habló.

-De las muchas habilidades que me han sido concedidas, la más útil quizás es esta: poseo el poder de revelar imágenes de cosas que han sido, capturar los espectros de luz que los movimientos forman y reorganizarlos de nuevo para que cualquiera pueda acceder a ellos.

Todos observaron, asombrados, la imagen que se formaba al lado del rey, entre chispas etéreas y luces volantes, completamente nítida.

Una carpa, y una sombra. Dos generales de Fariel hablando, y la cosa demoníaca que reptaba sobre ellos, colgada del techo, revelándose entonces al mostrar un rostro joven y de expresión neutra, con el cabello rubio y ojos carmesíes, brillantes.

Duran observó boquiabierto la imagen del guardaespaldas de la reina, infiltrándose dentro del Templo del Centro del Mundo, adoptando una forma de pura oscuridad, invisible como un demonio. El corazón le latía como nunca al ver esas escenas.

Luego fue el interior de Dammed Oah, la ciudad maldita que estaba bajo Fariel, y el hombre caminando por sus calles vacías en calma, adentrándose al edificio central.

Allí, la visión de un cuerpo durmiente, blanco e inmaculado, con el cabello albino largo, increíblemente largo y el rostro sereno y noble. Sephid intentaba atacar a aquel hombre, pero su ataque era desviado y las gemas cubrían al durmiente, defendiéndolo.

-¿Qué significa esto, Vannael?- inquirió Beta.

-Creo haberles dicho, hacía tiempo, que el último objetivo de Albion fue salvar al héroe que salvaría esta tierra, conservarlo para cuando su regreso fuera necesario.

Todos lo miraron, contrariados, y el anciano Alpha asintió lentamente, atento. Duran tan sólo lo veía a medias, observando también el cuerpo durmiente, viendo su

extraña fisonomía y sus orejas apenas puntiagudas, demasiado pequeñas para que fuera un elven y demasiado levantadas para tratarse de un ahura.

¿Qué era ese ser?

-Él es el héroe que salvará Fariel, a quien Albion erigió un templo en honor a su futura gloria. Él es Idgray –recitó su rey, y todos observaron a aquel hombre aun más, fascinados- Y es quien puede librar a su reino de la amenaza de Kamui y de los kiels. Es por eso que el demonio que corrompe a Shimari ha intentado librarse de su enemigo antes de que despierte, pero la magia del legendario Albion, siempre presente, nos ha salvado de la afrenta.

Nadie podía hablar, completamente anonadados. Oculta de todos, la sonrisa de Vannael se ensanchó. Por primera vez hasta Gallahard estaba concentrado en aquella figura, que atraía todas las miradas incluso por sobre el cadáver de Albion que la imagen apenas dejaba vislumbrar. Unnaon Delta, tras sus cortinas, habló con su voz rasposa.

-Por eso, tal como lo pidió, decidí impedir que tocaran el Templo del Centro del Mundo.

Tosió y todos lo miraron, pero luego prosiguió no sin cierto esfuerzo, la voz amortiguada por los velos que lo cubrían.

-Y más aun- volvió a toser, su fuerza disminuyendo, pero todos le escucharon más nítidamente que nunca- No debería sorprendernos que Yeguilex DaWillse, quien sabemos siempre tuvo intereses kiels en mente, fuera el primero en adentrarse allí con el objetivo de librarse del héroe que nos salvará, triunfando sobre nuestros Bellow con el apoyo del enemigo kiel y Kamui para respaldarle. Todos sabemos que no quisimos ofrecer al ahora general recursos para concretar su misión, a sabiendas de que su lealtad estaba en otro imperio, pero aun así logró sobreponerse misteriosamente a todos los demás contendientes que buscaban la Estrella. ¿No lo encuentran curioso, mis compañeros?

Unnaon Delta. Duran se encontraba tan impávido como confundido, intentando ver más allá de las cortinas. Aquel hombre... aquel hombre tenía algo extraño, algo que se le escapaba de sí, oscuro como Mila quien sonreía torva al escucharlo.

Pronto una luz se hizo en su mente, al percibir las sonrisas de su rey, la joven bruja y Zark. Por supuesto. Un aliado en la misma Cámara de los Diez, dispuesto a seguir sus órdenes y plantar la semilla del conflicto en las mentes de los máximos dirigentes de la ciudad, dispuesto a propulsar el reino a una guerra con Kamui.

Pero, ¿con qué motivo? Debía hablar con Unnaon Zetha, y debía averiguar más de aquel misterioso mandatario que tan regulado a la agenda del Rey Mago parecía. Suspiró, y la siguiente resolución lo tomó por sorpresa.

-La Cámara debe actuar en consecuencia- asintió Unnaon Ipsilon.

-Propongo mandar un emisario a dialogar con Shimari... a solas- Unnaon Tau aún parecía poco convencido, y sus labios se apretaron al dar su respuesta -Sulfur Houppe es miembro del Geral Veintiún, noble de Fariel y campeón de Gikeldor, pero su corazón es honrado y conoce los secretos de aquel pobre continente. No dudará en revelar la verdad a la reina, la verdad de su guardaespaldas y la batalla inútil a la que podría arrastrarla.

Vannael asintió, complacido, y a Duran también le hubiera parecido una buena idea de no ver a su rey tan calmado con como las cosas se desarrollaban. Conocía a Sulfur Houppe, miembro veinteavo del Geral, y la descripción que el veterano había hecho de él no podría haber sido más apropiada. Si alguien podía revelar algún tipo de verdad a la reina, sería aquel héroe. Pero entonces... ¿Por qué no se preocupaba Vannael? ¿Acaso

había hablado la verdad, y tan sólo seguía siendo el rey bondadoso que él siempre había conocido, intentando avisar a un reino vecino para resguardarlo de un inútil conflicto?

Duran se meció la barba, contrariado con su lealtad, y escuchó la siguiente resolución.

-Arrestaremos al general Yeguilex DaWillse en cuanto muestre el primer indicio de tramar algo contra nuestra autoridad- profirió Unnaon Beta con seriedad, e inclinó la cabeza, para concluir- Esperamos que su héroe pueda salvarnos si una amenaza se desata, Su Majestad.

La figura blanca inclinó la cabeza, el cabello negro enmarcándola y por unos segundos pareció tan sólo una máscara, libre de todo lo que la rodeaba. Luego asintió lentamente, mirándolos a los ojos.

-Así lo he visto, y así ocurrirá. Idgray Decaheron despertará el día elegido, y cumplirá las profecías de Albion para salvar a Fariel de los kiels y del demonio que manipula a la reina. Sólo su poder le pondrá fin a la amenaza, y todos los pueblos del mundo se arrodillarán ante su espada, Drassil.

Por algún motivo, la vieja y recta espalda del Dos tuvo un profundo escalofrío al oír aquello. No sólo por la mención del demonio, que a sus oídos resultaba hipócrita sabiendo qué tipo de humana era Mila. Por lo que sabía, Shimari no era la única realeza que prestaba oídos a alguien asociado con las tinieblas... Pero no, no era aquello lo que le preocupaba, y más en cuanto se convencía de que la joven bruja no tenía influencia sobre el rey mago sino más bien todo lo contrario.

Una guerra comenzaría, y algún engranaje de eras pasadas estaba poniéndose en marcha, bajo las narices de todos, una trama que incluía aquella ciudad enterrada, a Albion e incluso a los reinos actuales que dominaban el globo. Algo iba a desatarse.

Drassil. Recordó las leyendas de la espada, y observó el rostro de su rey, serio pero febril como nunca antes lo había visto. Estaba tramando, planeando, persiguiendo algún objetivo inalcanzable para los demás, para quienes no brillaban tanto como él. Si los dechados como Vannael no podían ser confiables, era deber de los segundos actuar por el interés del bien común. Si descubría que sus sospechas eran ciertas y que su señor tenía poco de luz en su ser, él se encargaría de desvirtuar todos sus planes.

Sería el escudo de la paz, costase lo que costase.

Gritos desgarradores, que primero parecieron de dolor y luego comprendió eran de espanto, lo obligaron a abrir los ojos y levantarse de un salto.

Todo estaba oscuro. La brisa nocturna había apagado las lámparas de aceite y mientras se vestía con prisa Reed sintió frío, se sintió tambaleante y extraño, como si continuara soñando.

Otro grito, más similar a un quejido, y el sonido inconfundible de alguien devolviendo el alimento que había ingerido en la excesiva fiesta de anoche. Arksinad comenzaba a desperezarse con lentitud, pero Reed no lo esperó y corrió hacia borda subiendo los escalones de madera, esperando ver qué ocurría.

Un montón de marineros estaban pegados contra la baranda de caoba del barco, observando. Dos de ellos, por otro lado, hacían lo mismo pero para vomitar. Caminó dudoso hacia los hombres, y vio que Reaper hablaba con el capitán, quien lo miró de reojo unos segundos y luego asintió leve, seña que no supo interpretar.

Así pues, se movió hacia el borde del *Emperador*, ocupando un espacio que otro marino había dejado.

Sintió las tripas helársele cuando vio el morboso espectáculo que la cercanía a Vant les deparaba. Había, flotando a la deriva, una gran balsa de madera, construida rudimentariamente con troncos y atada con sogas. Sobre ella viajaba una masa putrefacta de cadáveres, cadáveres y más cadáveres carbonizados; algunos hechos cenizas ardientes y otros apenas golpeados por el calor, las expresiones derretidas en muecas espantosas de sufrimiento, pegados unos contra otros por un fuego que todavía ardía, verde y centelleante, carcomiendo incluso la estructura que llevaba aquel macabro funeral. Los cuerpos estaban apilados en formas imposibles, estrujados, fusionados unos con otros en una pirámide humana de dolor y espanto. Aullaban, en su mudez, se retorcían de dolor.

Tragó bilis. A su lado otro hombre vomitó, y él se sintió tentado de hacer lo mismo. Lo que hizo en cambio fue forzarse a evitarlo y observar más detenidamente, ajeno a todo lo demás.

Un brazo. Un globo ocular, colgando de una cuenca vacía. Huesos. Huesos negros. Cenizas, humeantes. Había cuerpos de niños ahí, niños con suficiente edad como para tratarse de Cax, mujeres con suficiente edad como para tratarse de su madre y ancianos de suficiente edad como para ser Scarrow. Cerró los ojos con fuerza y barrió esos pensamientos de su mente.

Skectral.

Todo era oscuro, macabro. El cielo sobre sus cabezas era de un color opaco, imposiblemente negro, cuando la lógica dictaba que debía ser una refrescante y soleada mañana. Levantó la vista y vio que en medio de aquella masa humeante se alzaba un estandarte, con una palabra escrita en sangre reseca y bordó.

### *Vengadores*

No existía palabra en ningún idioma conocido que pudiera expresar lo que sentía en ese momento. Sintió una figura conocida a su lado, y pudo ver a Eluid apoyándose allí, la cara desgastada por la resaca de anoche aclarándose de repente por el terror de lo que observaba, quedando en un silencio atónito y de ojos abiertos.

No le prestó atención, y siguió observando, memorizando. Un pequeño pie, que no podía ser de alguien que superara los ocho años. Una calavera con pelo pegado aún arriba, completamente chamuscado. Manos, manos por doquier, la piel pálida y agujereada, contraídas y con las uñas arañando carnes ajenas. Habían sido quemados vivos, todos juntos. Habían sufrido una muerte espantosa y agonizante a manos de aquel fuego verde.

Skectral.

Maldijo siquiera haberlo dudado.

-Reed...- comenzó Eluid.

-No es necesario- lo cortó él, estirándose hacia atrás, alejándose de lo que veía- Lo haré.

Se volteó. Los puños le temblaban. Por todos lados el barco era un caos, y más allá podía ver a Arksinad hablando con Reaper, con tristeza.

-Mataré al dragón- terminó Reed, volviéndose para mirar al otro a los ojos.

Eluid no le respondió, pero asintió.

Hubo una suave brisa, helada. Muchos marineros que recién despertaban se aproximaron para observar aquella monstruosidad, pero el macabro espectáculo fue interrumpido al instante. Una niebla verde invadió las aguas por completo, rodeándolo todo, impidiéndoles ver nada que no fuese el barco y sus tripulantes.

Era algo denso, pesado, con demasiada consistencia como para tratarse de una simple niebla. Reed comenzó a recordar, y luego oyó desde esa misma bruma una risa distante, impregnada en toda la falta de aire que les rodeaba. Se le puso la piel de gallina al reconocer la voz cavernosa del dragón.

-Estamos en su territorio- anunció Eluid.

-¡Bajen las velas!- gritaba Van Lyder, dando órdenes a sus aterrorizados hombres- ¡Apaguen toda luz! ¡Apresúrense! ¡Que no quede un sólo destello en esta nave!

Los marinos cumplieron el encargo con tanta velocidad como temor, y al instante se encontraron en un velero apagado, flotando en lo oscuro, rodeados de aquella sustancia verde que emitía ecos cavernosos y profundos como intentando comunicarse. Para Reed se sentía como si hubieran ingresado en los mares del averno, en vez de estar simplemente regresando a su hogar. Tras la espalda de Reaper, Necrostacia comenzó a emitir una cancioncilla tenebrosa, pero tuvo que callar cuando el guerrero hizo el amague de arrojarla por la borda.

Todos respiraban profundo, espantados en el más absoluto silencio, sobresaltados cuando entre la niebla se veían destellos de relámpagos o se oía aquella voz profunda, de tormenta. El fenómeno les ponía los pelos de punta a todos, por lo que no fue extraño que a los pocos segundos Lyder llamara a Arksinad a su lado.

-Eres un mago. ¿No puedes hacer que esta niebla retroceda?

-No sin que el dragón se percate- le sonrió este- Esta niebla es su modo de rastrear. Mientras permanezcamos así estaremos bien.

-Yo creo que ya nos detectó- dijo Eluid desde la borda, señalando el agua que había debajo.

El barco estaba avanzando solo, a gran velocidad, como si la misma corriente marina lo empujara hacia la extensa masa oscura que se podía vislumbrar en lo lejano: la Isla Tikielder que ya se hallaba en el horizonte, a pocas horas de viaje. Los marineros comenzaron a jurar y entregar sus nombres a una variada cantidad de dioses, con lamentos y maldiciones, pero a una amonestación del capitán hicieron silencio y se mantuvieron expectantes.

-Está frío...- comentó Bella, frotándose los brazos.

Todos asintieron. La temperatura había bajado una buena cantidad de grados. El barco comenzaba a moverse cada vez más deprisa, atraído hacia Tikielder en la lejanía.

Hubo un chasquido de dedos.

-Esto no puede ser obra del dragón- Eluid abrió los ojos de repente, sorprendido- No es un dragón marino, ni uno de viento. Lo que significa...

-¡Scarrow!- Reed sintió alegría rebotar entre toda la oscuridad, y el capitán también sonrió, contento con aquella noticia. El viejo mago continuaba con vida, y los ayudaba desde lejos con su viento, llevándolos hacia donde debían llegar.

El susto les cortó cualquier celebración al momento, pues el *Emperador* comenzó a levantarse de sobremanera, con una inmensa ola bajo él. El mar de Vant comenzaba a hacer sus efectos, a mostrar su ferocidad, deteniendo el avance del barco que la magia de Scarrow intentaba atraer hacia la isla.

Van Lyder sonrió, como siempre que las peores tormentas se avecinaban sobre él, y se llamó a timón. Los marineros desplegaron las velas secundarias y Arruerie soltó amarras de peso para aligerar la carga, dispuestos todos a pasar aquello en cuanto fuera posible.

Hubo un enorme salto, y Reed sintió con el corazón desbocado como la estructura caía metros y metros hacia abajo, con todos encima. Resbaló al tocar de nuevo el suelo y se deslizó por la madera, pero Reaper lo sujetó por el cuello de su abrigo a tiempo. Eluid maldecía, sujeto a la baranda de la borda, mientras que Arksinad se aferraba a una soga con sus dos pálidos brazos segmentados.

Se les avecinó un chapuzón, una ola gigante que los golpeó de lleno, y todos quedaron empapados. El *Emperador* comenzó a elevarse por los aires, remontando otra embestida, y sus tripulantes observaron con horror la siguiente que vendría, un cuerpo de agua tan grande como una torre, furioso, visible tan sólo como una potente oscuridad tras la niebla verde, una oscuridad que se aproximaba más y más para devorarlos.

Van Lyder rio, y giró el timón de su nave. El enorme barco viró cuan rápido se le permitía, sobre la primera ola, y la siguiente volvió a golpearlos desde arriba, haciendo que dos marineros salieran despedidos por la borda. Eluid y Bella les lanzaron sogas.

Hubo un trueno, otras olas más pequeñas, caos y confusión. Poco a poco aquella catástrofe comenzó a mermar, con oleajes cada vez más suaves, nivelando el movimiento del barco y dejándolos descansar. Varios hombres escupían el agua salada a borbotones, y Reed se halló a sí mismo en el suelo de madera, completamente empapado, con un Arksinad muerto de risa a su lado, un sonido extraño y cantarín, ridículo entre tanta oscuridad, relámpagos, ecos y terror, completamente diferente a la locura que los rodeaba y quizás por ello más demente que todo. Sonrió también él, y allá contra la baranda, al lado de un confundido Eluid, Reaper lo imitó enseñando los dientes.

-Bienvenidos a mi hogar- les dijo él al mago y al kamuita, mirando el oscuro cielo y levantando su mano hacia un sol inexistente allí en esos días.

Necrostacia cantó una sola nota, alegre, y Reed sintió su corazón, hasta hacía un rato plagado de ira, moverse por una nueva calidez.

Scarrow. Su maestro lo esperaba.

Más allá, a lo lejos, la Isla Tikielder comenzó a hacerse más y más visible, dentro de la niebla que se transparentaba permitiéndoles observar lo que había en la lejanía; al

menos las siluetas definidas de las montañas que siempre la coronaban, punzantes y oscuras, tenebrosas ahora. Reed se incorporó y agudizó sus ojos grises, para observar el nuevo paisaje. No pudo dejar de tiritar.

Toda la tierra estaba cubierta, rodeada por aquella niebla verde y coronada por las nubes negras y relampagueantes que delimitaban el territorio del dragón. Parecía muerto, reseco y ardiente, verdadero terreno para un averno como en el que había pensado entrarían, y si hubieran visto barcos de esqueletos navegando hacia ellos no le hubiera sorprendido más que la monstruosa abominación de cadáveres con la que se habían cruzado hacía rato. El lugar tenía poca relación con la isla en que había crecido, era una versión corrupta de sus mejores épocas, un calvario de roca negra y humo esmeralda a imagen del dragón que la había conquistado. Era algo macabro de ver, que le tomaba el alma, y más si recordaba las suaves llanuras y los vivos bosques que había visitado antes, en tiempos de infancia y felicidad, en tiempos de ignorancia.

Paseó su mirada por sobre las colinas, una por una, maldiciéndolo todo. Su puño se quiso apretar en vano sobre la espada que no había puesto en su cintura, pero pronto sus dedos quedaron congelados.

Sus ojos solos fueron atraídos hacia el pequeño punto blanco que, desde la cima de una montaña, revoloteaba hacia el otro lado de la isla, a donde ya no podrían divisarlo. La niebla a su alrededor se cubrió de aquella voz cavernosa, y muchos se taparon los oídos, espantados.

Era Skectral.

La brisa ligera de Scarrow tardaría en hacer llegar el barco a tierra firme, pero ninguno de los que allí estaban quiso hacer el menor amague de ir a los camarotes a descansar, atentos hacia donde les llevaban y aún excitados por todo lo que había ocurrido en las últimas horas.

-Estamos... nos está dirigiendo al puerto- musitó Van Lyder, preocupado.

El ancho puerto de la isla, de donde el mismo barco había partido hacia Droppedam cuando Reed lo tomara hacia tiempo. Era lo peor que podía ocurrir si querían mantener su llegada a Tikielder en secreto, pero como si desde donde fuera que estuviese su conductor los hubiera oído, pronto el barco comenzó a virar, empujado por el viento hacia otra zona de la isla.

-¿Y ahora, capitán?

El hombre tardó unos segundos en responder.

-Nos está dirigiendo hacia una pequeña playa escondida, similar a la de Eclant. Habrá que tener cuidado con este giro de los acontecimientos.

Sostenía las manos tras la espalda, firmes, pero parecía tentado de pedir a alguno de sus hombres una botella de ron en cualquier momento, aunque fuese para calmar la sed. A su lado Reed observaba su hogar próximo, más allá Reaper portaba a Necrostacia sobre una rodilla, golpeteando con los dedos sobre sus runas, y Arksinad se sostenía el sombrero y miraba con expresión divertida.

Silencio, mucho silencio dominaba la nave en aquellos momentos. Sólo se oía el suave chapuceo del *Emperador* contra el agua, y de vez en cuando las respiraciones profundas de los marineros, expectantes. Tikielder misma parecía completamente muerta, desprovista del más mínimo ruido. De no haber sido por el viento que los llevaba, hubiera sospechado que todos allí ya habían fallecido.

Al cabo de un rato Eluid subió a cubierta, llevando su armadura completa con la capa blanca y el enorme martillo anaranjado, y sosteniendo con dificultad la cadena del escudo de Reed, que le tendió al instante junto con la pequeña espada, regalo de

Shimari. El muchacho se ciñó el arma al cinto y su escudo a la espalda, sintiéndose más completo, y estiró la mano hacia la isla, tomando el aire invisible entre sus dedos.

Tan cerca...

Poco a poco la orilla se divisaba más y más. Estaban a punto de tocar tierra. Por entre la niebla, dos siluetas humanas se divisaban, aguardando. El corazón le dio un vuelco. ¿Scarrow...?

La nave viró y se detuvo en la orilla sin ninguna clase de ruido. Todos se miraron, inquietos, y el capitán se aproximó por la borda. La niebla impedía divisarlas bien, pero aquellas dos figuras sin duda eran humanas.

-¡Salve!- gritó Van.

-¡Bajen del barco y preséntense ante el Gran Dragón!- le respondió uno de los hombres de allí abajo. Reed lo reconoció al instante. Era uno de los granjeros de su pueblo, al menos mientras él había estado allí. Ahora portaba una tosca armadura de acero y tenía el lánguido rostro tembloroso, surcado de viruela y cicatrices. Van Lyder se inclinó contra la baranda, para hablar mejor.

-¿Nos encontramos en Tikielder, no es así?

-¡Ya no llamamos así a la isla!- se escandalizó el hombre- ¡Bajen, o haré llamar al dragón!

Ahora fue Reed quien asomó por la borda.

-¿Juyed?

El guardia quedó callado unos instantes, sorprendido. Se lo sintió cuchichear con su compañero por unos instantes y luego exclamó.

-¿Reed? ¿Eres tú?

-¡Soy yo, Juyed!- respondió alegre de verlo- ¿Qué haces vestido de esa forma?

-¡Reed, eres un verdadero tonto! ¿Por qué volviste? ¡Podrías haber sobrevivido!

-¡Vine a salvarlos!

Lyder habló a su lado, dando órdenes en voz baja.

-Bajaremos Reed, Reaper, Arksinad, Eluid y yo para hablar con estos guardias y hacerles entrar en razón. Asumo que el dragón ha puesto hombres en todas las playas, para que le informen.

Todos asintieron, preparados, y el hombre respiró hondo.

-Arruerie, toma el mando del barco mientras yo no esté. Encárguense de que nada ocurra. Intentaremos conseguir un lugar seguro para quedarnos, pero de haber problemas, no duden en retroceder.

Hubo otro asentimiento, y los marinos desplegaron la planchada del barco, justo frente a los dos guardias. Los cinco elegidos para dialogar, armados hasta los dientes y ya preparados, se dirigieron por allí para pisar tierra firme.

Era un descenso deprimente, pero aunque la situación fuera confusa Reed no podía evitar sentir cierta alegría. Su primer paso de vuelta en Vant fue pisar arena pastosa, fría y húmeda con su bota negra, y luego mirar a los dos aldeanos convertidos en rudimentarios soldados a los ojos, sin entender qué ocurría. Ahora, dentro de la isla, lo podía ver todo con claridad. Los que los recibían se les aproximaron, levantando pequeñas lanzas de punta negra, cosas que nunca habría imaginado ver en manos de un habitante de por allí.

-¡Alto! ¡Arrojen sus armas al suelo y el Gran Dragón les perdonará la vida!

-¿Es que ahora trabajas para Skectral, Juyed?- preguntó Reed, pero no se molestó en librarse de su escudo ni de su corta espada.

El guardia más bajo estaba completamente serio y centrado en ellos, pero la papada de Juyed subió y bajó varias veces en su lugar, haciéndole temblar todo el rostro hasta que estalló.

-¡Reed, nos tiene esclavizados!- masculló- ¡Tiene a nuestras familias! ¡No deberías haber vuelto, se enterará!

-Voy a solucionarlo todo.

Más atrás, Reaper demostró su impaciencia apoyando el brutal espadón Necrostacia contra la arena en un gesto muy amenazante. Eluid también parecía desafiante, con el largo caño de su martillo sostenido sobre la espalda, mientras que en cambio Arksinad intentaba vislumbrar las formas oscuras y altas de la isla en la que se hallaban sin prestar la más mínima atención a los temerosos guardias.

El otro hombre habló, dirigiéndose a Van Lyder al sin duda visualizarlo como el líder del grupo. El capitán se había detenido al medio y frente de todos, por delante de Reed; y todo su porte y apariencia daban la sensación de alguien en completo control de la situación.

-Diles que bajen sus armas, forastero.

A aquel fofo e improvisado soldado Reed no lo conocía, así que calculó que pertenecía a alguno de los otros pueblos que cubrían Tikielder, muchos de los cuales apenas tenían contacto entre sí, o incluso a la pequeña ciudad que había o al puerto, por el estado deplorable de su físico. Eluid alzó la quijada y habló.

-Somos cinco contra dos, y venimos mejor armados. El resultado de una batalla entre nuestros bandos está decidido; no pueden doblegarnos. Ni siquiera estoy contando toda la tripulación del barco, lista para caer sobre estas arenas en cualquier momento. ¿De verdad quieren que usemos nuestras armas contra ustedes, y no contra Skectral?

Juyed dio un paso hacia atrás, atemorizado, pero el otro guardia, sin darles tiempo, tomó algo de su bolsillo y lo sopló con toda la fuerza de sus amplios pulmones.

Era un silbato. Los cinco se alarmaron al oír aquel chistido cubrir una gran área con su sonido, seguido por los gritos del hombre.

-¡Forasteros! ¡Intrusos! ¡A ellos!

-¡Venimos a salvarlos!- masculló Reed, indignado. Frente a él Juyed se armó con su lanza, envalentonado por la actitud de su compañero, y a los costados entre la niebla muchas siluetas comenzaron a emerger, corriendo hacia el grupo.

Decenas de guardias aparecieron allí al instante, portando variadas armaduras, desde cuero hasta plata, y blandiendo pequeñas lanzas o sables, incluso barras de acero sin tallar. Reaper dio una carcajada, y alzó a Necrostacia preparándose para la lucha al mismo tiempo que Eluid. Van Lyder hizo un gesto de sorpresa y decepción y desenfundó de su cintura dos espadas finas y alargadas, rectas y cortadas en la punta como si de ganchos se trataran.

Cuatro llegaron a la proximidad sumándose a los dos que allí ya estaban, y la batalla dio comienzo.

Reed se vio muy a su pesar enfrentado contra Juyed, desviando con cuidado los torpes lanzazos que daba el hombre mientras concentraba su mente en las luchas de sus compañeros, temiendo lo peor. Más allá un sólo golpe de Necrostacia bastó para tumbar al hombre del silbato contra la arena, tembloroso e inconsciente, y Reaper se giró para golpear con lo plano de su arma a otro oponente, que Eluid atacó al mismo tiempo en las piernas con su martillo. El resultado fue también su caída de cara contra la arena, impulsada por el peso de la armadura.

Más refuerzos llegaban. Van Lyder los encaraba de a uno con sus espadas y los derrotaba sobrepasándolos con una increíble velocidad, sin sudar una sola gota. Arksinad usaba su magia para retener a otros dos hombres, cuidándose en extremo de no matarlos. Juzgando por lo que había ocurrido en la cima de Belekraz y la filosofía que el mago solía tener para con sus enemigos, Reed no tuvo duda de que su amigo lo hacía en un intento de no despertar su rencor. La dificultad de controlar la energía oscura con la que aprisionaba a esos hombres para no terminar sus vidas se le notaba en el rostro, aunque intentaba mantener su eterna sonrisa.

Otro nuevo guardia, con una capa que indicaba mayor rango, encaró al capitán. Lyder lo desarmó en unos simples y veloces movimientos y lo hizo caer de rodillas, poniéndole sus espadas al cuello. El hombre cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza, esperando la muerte, pero lo que recibió fue un puntapié en la cara que lo dejó inconsciente.

Mientras esto ocurría nuevos guardias llegaban y Reed seguía observando todo, bloqueando la lanza de Juyed con los movimientos de su pequeña espada, sin sacar siquiera el escudo. Del lado de Eluid un nuevo hombre comenzaba a darles más lucha, esquivando los golpes del martillo con destreza, hasta que en uno de sus movimientos dejó una abertura y la espada de Reaper lo golpeó de lleno, haciendo brotar una buena cantidad de sangre.

-¡No los maten!- se exasperó Reed mientras esquivaba los golpes de su contrincante- ¡No saben lo que hacen!

-¡A mí me parece que saben bastante, Reed!- gritó Reaper, al tiempo que esquivaba al hombre contra el que peleaba, y Eluid lo quitaba del juego de un martillazo. Van Lyder y Arksinad peleaban contra un soldado cada uno. El mago comenzó a recurrir a lanzar hechizos de impacto menor a las rodillas de los guardias, haciéndoles caer al suelo, pero poco a poco se dieron cuenta de que serían sobrepasados en número, incluso si decidían pedirle ayuda a los del barco. Los soldados de la isla simplemente no paraban de llegar, en grupos armados y desesperados por aniquilarlos, peleando con las vidas de sus familias en mente.

-Reed, si esto sigue así...- Arksinad apenas lo miraba, arrojando a otro guardia con una corriente oscura contra una de las rocas de la playa- Voy a tener que pedirte que no me odies si ataco de verdad.

Reed maldijo, y por unos segundos bajó su arma. Ante esta distracción Juyed quiso aprovechar, lanzando una estocada mortal hacia su estómago. Algo violeta y luminoso, muy veloz como para que pudieran prestarle atención, irrumpió con un chipoteo aquel ataque, haciendo estallar la negra lanza en pedazos.

Más guardias llegaban, y una voz gritó.

-¡Hermano! ¡Hacia aquí! ¡Rápido!

La sorpresa en Juyed fue palpable. Un segundo hechizo violeta lo impactó de lleno en el pecho, mandándolo desmayado contra la arena y Reed, que había reconocido la voz al instante, echó a correr hacia desde donde creía provenía.

La espada de Reaper rio encantada al golpear a otros tres enemigos, y el capitán dio un silbido y una seña para que siguieran a Reed. Corrieron hacia la niebla de donde había sonado aquello, embistiendo a quienes surgían para mantenerlos a raya, desapareciendo ellos mismos por el vapor cada tanto y volviendo a aparecer uno al lado del otro, perdidos, guiándose por la voz.

-¡Aquí! ¡Rápido!

Reed observó un gran pozo en la arena, y una silueta que por allí se metía. No lo dudó un segundo y saltó, cayendo por un agujero bajo la tierra seguido de sus cuatro camaradas, Arksinad al último –el mago siempre sería lento a la hora de correr- mirando hacia arriba y sujetando su sombrero con fuerza.

Sobre sus cabezas la arena de la playa comenzó a cerrarse, ocultando aquella entrada secreta. Cayeron no sin cierto estrépito desplomándose contra un suelo liso y acolchado de tierra, mientras el dueño de la voz que les había ayudado los observaba con expresión admirada.

-Hermano, has tardado un poco.

-¡Cax!- Reed sonrió y se incorporó, observándolo. Su pequeño hermano había crecido bastante desde la última vez que lo viera: los ojos, grandes y violáceos, habían perdido las ojeras negras que alguna vez su enfermedad de la infancia les diera, el porte era esbelto y, aunque siguiera siendo un niño, hubiera jurado que había logrado crecer unos cuantos centímetros durante toda su ausencia.

Cax rio, y ambos se abrazaron con fuerza, felices de verse. Lo separó con sus brazos y lo observó detenidamente. No había ninguna cicatriz en su rostro, y más allá de su crecimiento el único cambio que podía divisar en él era su cabello, que había crecido hasta delante de las orejas, enmarcando su ancho rostro en mechadas descendentes.

Además de eso, vestía ahora una túnica violeta, que le quedaba amplia y le ocultaba las manos, con un sombrero grande atado en la espalda. Recordó al instante que su pequeño hermano se había convertido en un mago luego del ataque del dragón, y se maravilló de cuánto habían cambiado las cosas.

-Son absolutamente iguales- le sonrió Arksinad al niño, y Reaper asintió recostándose contra la pared. El único que aún parecía inquieto era Van Lyder, quien contemplaba el hueco tapado con atención.

-¿No sabrán que estamos aquí, niño?

-En absoluto- su hermano despegó los ojos de él y miró al hombre- Skectral nunca ha podido averiguar dónde y cómo nos escondemos.

-¿Fuiste tú el que nos acercó con la marea?

El niño negó con energía.

-Mi maestro. Les explicaré luego. Debemos ir con los demás rebeldes.

*Rebeldes.* La palabra sonó como una melodía en los oídos de Reed. Habitantes de la isla rompían su cascarrón de terror e ignorancia y hacían frente a la maldad del tirano que lo conquistaba todo. Sí, definitivamente era una idea increíble, digna de la mejor historia. Lo único que contrarrestaba en cierto modo el placer que le otorgaba era el oír la palabra *maestro* de los labios de Cax. Sin poder evitarlo, le había causado una cierta punzada de envidia.

Se había considerado alumno de Scarrow durante toda su vida, y sin embargo siempre había tenido que admitir que en aquel papel su persona quedaba pequeña. Su habilidad con la magia, área en la que el viejo mentor era reconocido por doquier, distaba mucho de ser siquiera considerable. Y que tuviera un nuevo alumno, con tanta habilidad...

Avanzaban tras Caxer, caminando por un largo pasillo excavado bajo la tierra. Todos estaban atentos y preparados, sin dejarse relajar por el momentáneo sentimiento de seguridad que los había embargado, aún tensos por la batalla anterior.

-Gracias por salvarnos- espetó Reaper.

-¿Los salvé?- murmuró el niño- Creí que estaba salvando a aquellos pobres guardias.

La respuesta le valió una sonrisa por parte de todos. Viéndolo caminar frente a él, Reed lo observó con más detenimiento. Durante su infancia Caxer había sido víctima de graves enfermedades, por lo que su contacto había sido limitado. Lo veía en la cama, pálido y agonizante, o entreveía sus ojos púrpuras espiándolo por la ventana mientras jugaba con Scarrow o los otros niños de la aldea, ojos febriles y anhelantes. Por su débil condición ni siquiera lo dejaban aproximarse al viejo mago, que actuaba como podía para suministrarle medicamentos y potajes que aliviaran su dolor, usando a Reed o a la madre como intermediarios.

Cuando por fin se le había acercado, apenas años antes de la llegada de Skectral, lo que había descubierto era que su pequeño hermano le guardaba una admiración increíble, fuera de sí, tanto a él como al viejo mago, y que su curiosidad y ánimo por la aventura eran iguales o mayores a los que él portaba.

En cierta forma –pensó ahora, mientras lo seguía, cayendo en la cuenta- debía de agradecerle a Cax mucho de lo bueno que a él le había ocurrido en Vant. Fue la búsqueda de medicamentos lo que le llevó a conseguir el escudo, y fue también aquel enfermo niño lo que acaparó la atención y mimos de su madre, dejándole el espacio libre para entregarse a la tutela del viejo mago y a las andadas. Los últimos años antes de que se fueran habían hablado mucho, pero nunca había podido agradecerse.

Hizo una pausa, y sonrió. No, quizás no era el tipo de cosa que tuviera que agradecerse.

-¿Dónde has estado, Reed?- el pequeño mago habló de repente, quitándolo de su ensimismamiento- ¿Esa de allí es la Estrella Oscura? ¿Tú la conseguiste?

Su mirada se giró para ir más atrás del hombro de Reed, al escudo, y siguió preguntando.

-¿Es verdad que la protege un cocodrilo gigante? ¿Has luchado contra alguien? ¡Hermano, tengo tantas preguntas para hacerte!

-Y las responderé- rio- Pero no en este momento. Hablaré cuando estén todos. Quiero escuchar también lo que tú y Scarrow tengan para contarme.

-Oh, es poca cosa- Cax volvió su cabeza hacia el frente, decepcionado- Te esperaba con ansias. Nada interesante ha ocurrido, desde que...

Hizo una pausa y se detuvo. El túnel se bifurcaba por dos lados, pero al cabo de un segundo continuaron por el izquierdo, mientras seguía hablando.

-Bueno, digamos que he estado escapando y ayudando a construir todo esto- terminó, con una mueca poco convincente.- Mamá estaba aterrada.

Parecía distraído en el momento, como recordando algo. El grupo de atrás lo miraba al caminar, atentos, con el martillo de Eluid arrastrándose por el suelo con pesadez, y el niño dudó unos instantes hasta que el cazadragones le habló, para sacarle de aquello.

-¿Tú construiste todo esto?

-No, no todo. No soy tan bueno. La mayoría de los refugios los hizo Scarrow, trabajando a espaldas del dragón. Yo ayudé con las entradas. ¡Por toda la isla –dibujó un círculo con el dedo mirando el techo- dispersadas! El maestro dijo que servirían para salvar vidas y guardar esperanza.

La palabra *esperanza*, al igual que *rebeldes*, sonaba como música en los oídos de Reed. Eluid volvió a preguntar, señalando con un dedo el camino que ya habían hecho.

-¿Alguna entrada nos acerca a la guarida del dragón?

-La más cercana es la del norte, que lleva al pueblo de Riho. Es un largo camino –rio el niño- y la que más peligros pasó el maestro para construir.

Esta vez Arksinad inquirió, sonriéndose y mostrándose excesivamente complaciente con el pequeño.

-¿Y dices que fue Scarrow también quien guió nuestro barco?

-¡Sí!- el otro parecía encantado, caminando e ignorando quién hacía las preguntas, feliz de poder hablar- Tuvo un idea genial, para evitarles problemas y poder asegurarnos siempre de que Reed vendría. Una brisa pequeña, que rodeara la isla, llevando lo que encontrara a distintos puntos de esta. Y...

Continuó hablando, entusiasmado, y Reaper silbó. Arksinad miró a Reed mientras tanto y le comentó, entretenido.

-A decir verdad Reed, hasta ahora tenía mis dudas de que fuera el verdadero Scarrow la persona a quien habías conocido.

El joven de Vant suspiró, amargado de que nunca le creyeran, pero continuó avanzando por el túnel también contento. Aunque las circunstancias fueran magras, al fin se hallaba en su casa, al fin había vuelto a reclamar su lugar y había traído compañeros fieles junto con él. Como se lo viera, aquello era una verdadera aventura.

-Sabía que vendrías hoy- murmuraba Caxer, quizás a sí mismo, mientras los guiaba- Lo sabía. ¿Qué lugares has visto? ¿Enfrentaste un kiak? Te ha crecido el cabello, hermano, ¿no te incomoda los ojos?

-¿Un qué?

Apenas podía seguirle el ritmo, a aquella mente excitable y repleta de ideas desconocidas. Su hermano iba a explicarle más, pero Necrostacia hizo un tintineo y él se detuvo de repente, parando toda la comitiva y dándose la vuelta hacia la espada.

-Acaba de hablar- dijo, aterrado.

Reaper y Eluid se miraron, entre divertidos y atónitos, y el guerrero asintió.

-Es una...

-¡Espada legendaria!- lo interrumpió su pequeño interlocutor, y se aproximó a verla- ¡Es enorme! ¿Esas son runas? ¿Te eligió?

Dio un golpecito a Necrostacia con el dedo.

-¿Cómo te llamas?

Como toda respuesta el arma comenzó a emitir chillidos espeluznantes, desgarradores, gritos de furia, odio y terror, y el otro tuvo que forzarse a retroceder, sorprendido.

-No le agrado- comentó como si le hubieran herido el corazón.

Reaper se encogió de hombros, sacudiendo su espada para hacerla callar, y el niño se caló el sombrero y siguió avanzando, sus expresivos ojos algo entristecidos por aquel acontecimiento.

-¡Ya estamos llegando!- anunció luego de un rato más, cuando las piernas de todos comenzaban a cansarse.

Pasaron por una pequeña abertura a un espacio extenso, donde una luz magnífica pendía del techo e iluminaba todo a la perfección. Había dispuestas varias mesas largas, todas atiborradas de gente: refugiados de todo pueblo, género y edad se hallaban allí compartiendo alimento, charlando, discutiendo y generando calor para pasar el frío que había afuera, armando un bullicio que Reed estuvo sorprendido Skectral no pudiera oír desde las montañas.

Muchas de las personas que allí había se voltearon al ver a los recién llegados, pero el gentío era tanto que la mayoría ni se percató o no pareció interesarse, ocupados como estaban en comer, beber, discutir acaloradamente e incluso luchar en algunas instancias, presos del hambre y el miedo como se encontraban. Notó el muchacho que la mayoría

vestían harapos y parecían hallarse en malas condiciones, lo que no prometía nada bueno en cuanto a comida se refirieran.

Reed buscó ansioso con la mirada alguna figura conocida, pero todos los rostros le eran nuevos. Cax guió el grupo hacia una de las mesas, ya servida y sin tocar, en donde el gentío se agrupaba hablando con una figura de capa parda que les dirigía palabras displicentes y llenas de calma, de forma amena pero con prisa.

-¡Maestro!- gritó Cax- ¡Ya está aquí!

El gentío comenzó a dispersarse, y lo primero que Reed vio allí fueron los brillantes ojos verdes del viejo mago, observarlo con alegría. Scarrow olvidó toda calma y corrió a darle un gran abrazo, que él correspondió atónito de felicidad. Había temido...

Había temido llegar allí y no encontrarlo, o hallarlo en las manos del dragón, pero aquello no había ocurrido. No podía estar más contento con como las cosas se daban, incluso allí, y mientras separaban su abrazo observó también el rostro cambiado de su mentor, las nuevas arrugas que le poblaban las sienes y el cabello, antes castaño, ahora surcado de canas por doquier. Como siempre, aunque la desgracia marcara su frente, los ojos de Scarrow continuaban siendo completamente inalterables, sabios y sufridos, en el rostro aguileño de barba y peinado perfectamente arreglados.

-¡Reed, ya estás aquí! ¡Bienvenido de nuevo!

El viejo mago volvió a abrazarlo, feliz, y luego observó a quienes lo acompañaban. La sorpresa le mudó la expresión al encontrarse con tantos.

-¡Reed, vaya que me hiciste caso cuando te indiqué que tuvieras compañeros!- rio y les señaló la mesa que había disponible, con largos asientos de madera para que reposaran y un banquete justo sobre ella- Deben de estar cansados. Por favor, si son amigos de Reed, pueden considerarse también mis amigos. Coman y beban, tómense un tiempo.

-Maestro, ¿en dónde se encuentra mi madre?

Scarrow lo miró de forma curiosa.

-Está enferma en este instante, así que no podrá recibirte. Pero descuida, Reed: está viva. Podrás verla luego.

La respuesta lo alivió. Así que los tres estaban bien, como lo había anhelado.

Caxer se sentó en la banca de un salto, e indicó a Reed que hiciera lo mismo a su lado, a lo que el muchacho obedeció sin despegar los ojos de Scarrow. La gente que había alrededor apagaba las voces, pero pudo oír con claridad cuando Reaper se aproximó al hombre con un saludo.

-¿Tú eres...?

-Reaper Assadan, de Eclant- le tendió una mano, y Scarrow la sacudió firme.

-¿Has acompañado a Reed en su travesía?

Reaper asintió, y el otro le sonrió encantado, indicándole de nuevo que tomara asiento. Saludó luego a Eluid, mirando con detenimiento las calaveras de dragones que formaban el peto de su armadura, y luego tendió la mano a un educado Arksinad.

-Eres un mago- notó, viendo la túnica descosida y el sombrero- Y no uno cualquiera.

Sus ojos verdes se entrecerraron, sin soltar la mano de aquel joven. La aferró con más fuerza y la levantó, dejando que la manga azul resbalara y mostrara el tajo cosido que la segmentaba totalmente del cuerpo.

La mirada de águila se enfrió, y Scarrow desvió la vista momentáneamente hacia Reed, soltándolo al instante.

-Reed.

-Maestro, Arksinad es mi amigo- notó el muchacho, apurado por la situación. Le apenaba siempre la antipatía que todos parecían profesarle a su compañero en cuanto lo veían- Confío en él.

El brujo sonrió agradecido al oír eso, y Scarrow lo observó con más detenimiento.

-¿Arksinad, dices?

Asintió.

-Arksinad Eel- descorrió la túnica de su cadera, levantando la blusa blanca para mostrar el tatuaje que allí había, cerca de otro corte que lo rodeaba- Número Nueve del Geral Veintiún, y alumno de Vannael. Pero no se preocupe. En cuanto al Geral, me considero en la misma situación que usted.

Lo había dicho al ver la cara contrariada del otro al mencionar la organización, pero el rostro de Scarrow ya se había suavizado para ese entonces.

-No dudo de que hay más de un secreto en ti- concluyó- Pero eres amigo de Reed, y por tu apellido puedo adivinar que protegido de Vannael. Será un placer acogerte en estos muros.

El mago continuó sonriendo, pero por unos instantes sus ojos volvieron a Reed, como pidiéndole ayuda. El muchacho no tardó en dirigirse a su maestro de nuevo.

-Lo de Vannael es... complicado, maestro. Debo contarle muchas cosas.

Scarrow lo miró contrariado, sin comprender, pero dejó marchar a Arksinad hacia la mesa y sus ojos se iluminaron de nuevo al ver a la figura que permanecía apoyada en la pared, observándolo.

-Scarrow...

-¡Van!

El mago tendió una mano que bien podría haber sido un abrazo hacia el apretón firme que proponía el capitán, y ambos se miraron con la alegría de los viejos amigos que vuelven a encontrarse. Comenzaron a hablar animadamente por un buen tiempo, como lo habían hecho al principio de todo, cuando el hombre había ido a buscar a Reed: sobre el comercio, cómo se había dificultado la ruta del de Kamui por la niebla de Skestral, los problemas de Scarrow que el viejo mago afrontaba con dolorosa templanza y demasías que siempre gustaban comentar en sus reencuentros. Reed los observó reír y decidió despegar la vista de Scarrow para concentrarse en la comida que había en la mesa, mientras a cada lado suyo Arksinad y Caxer entablaban un diálogo animado, y al frente Eluid y Reaper hacían lo mismo.

El alimento parecía abundante, pero al mismo tiempo Reed podía comprender que no lo era. Las expresiones de muchos de los que lo rodeaban, mirando sus platos con deseo en los ojos, le hizo pensar que aquel banquete era un lujo que Scarrow se estaba permitiendo darles en su llegada y que no era poco acertado creer que muchos de esos hombres no hubieran comido en días.

Prestó atención a las otras mesas, y vio sin embargo que también había comida servida allí, en abundancia, e incluso varios de los más ancianos y niños se hallaban sentados ya en los bancos masticando. Aquello lo hizo exhalar aliviado consigo mismo. No comerían frente a un montón de hambrientos.

Entonces, ¿qué eran esas miradas recelosas, casi rencorosas que aquellas personas le dirigían?

Tragó saliva y se sirvió en su cuenco una pata de pollo, cocida en sal hasta ser crujiente, que acompañó con un puré de patatas espeso y frío, poco condimentado. Era alimento sencillo, y sin embargo todo le sabía a gloria. De beber sólo había agua, pero

servida en los largos vasos de terracota el agua de la isla tenía un sabor nuevo, fresco, vigorizante que andaba deseando desde hacía meses.

Echó un trago y los otros también se sirvieron, pero nadie probó bocado hasta que vieron al mago y al capitán sentarse, aún dialogando entre ellos.

-¿Han venido en tu barco, Van?

Scarrow se sentó en la cabecera, displicente, y tomó algo del cuenco con setas para echar algunas en su plato.

-En efecto- dijo el capitán imitándolo, al lado de Eluid, y quitándose los guantes blancos para servirse.- Ha sido una travesía difícil.

-¿Y tu tripulación te espera a bordo?

-Tiene comida y agua de sobra, así que no será ningún problema mientras se mantengan alejados de la mirada de Skectral- indicó- Me parece más problemático para ustedes darnos de comer a nosotros.

El capitán hizo un gesto hacia la comida que allí había, correcto como siempre, y añadió.

-No creo que aquí en este refugio sobre el alimento.

-Bah, ni te molestes- Scarrow le quitó importancia con un gesto de la mano, y cortó un pedazo de pan para comerlo con las setas- La esperanza se nos agotaba más rápido que la comida, y con ustedes ha resurgido de nuevo. Reed, pude ver que tienes allí la Estrella Oscura- dijo mirándola, y el muchacho se sobresaltó, asintiendo- Estoy orgulloso de ti.

Sonrió, pero Reed no pudo imitarlo, y en cambio su mirada se perdió en su plato bajo tanto la del capitán como Eluid. Por supuesto. Su maestro pensaba...

-Con su llegada, los días para que este infierno termine están contados- les sonrió a todos el viejo mago, y miró a Van- así que estoy dispuesto a liberar un par de recursos para su comodidad. Podremos producir todo el pan y las setas del mundo en cuanto Skectral nos haya dejado libres.

-Por si acaso, les he traído algo desde el *Emperador*- notó Van Lyder, y Scarrow asintió agradecido- Carnes en salazón de Kamui, setas, té para ti y armas por si las moscas. Algo de azúcar y grano también, aunque deberán racionarlo.

Reed observó también agradecido al capitán, ni enterado de que la mercancía que el barco llevaba había sido destinada a ayudar a los refugiados de Vant. Observó los rostros de quienes lo rodeaban, sucios y bulliciosos, y se temió sin embargo que fuera poco el alivio que pudieran proporcionarles los recursos del hombre.

El salón era amplio, pero la gente lo hacía acogedoramente cálido y animado. Recorrió con la vista a los que había: niños tomando de pecho, mujeres en vestidos maltrechos y muy usados, ancianos, hombres fornidos comiendo y discutiendo acaloradamente junto con un tonel de cerveza, e incluso un par de perros famélicos daban vueltas por el salón a la espera de algún hueso.

De nuevo sus ojos grises se cruzaron con varias miradas reprobatorias, así que hundió la vista en el puré y sacó algo de pan al mismo tiempo que bebía agua copiosamente, casi al punto de atragantarse. ¿Qué ocurría?

-¿No han pensado en evacuar la isla?- Reaper miró al maestro mientras arrancaba la piel crujiente del pollo, relamiéndose los dedos. Necrostacia a su lado hacía un tintineo melódico, apenas oído entre todo el ruido de alrededor, por lo que a nadie le llamó la atención.

-¡El dragón se los come, a cualquiera que intente escapar!- respondió Cax animado, mordiendo de un enorme muslo de ave también y bamboleando las piernas bajo la tabla.- Nadie puede dejar Da Skel.

Lo decía con el tono de quien comenta el clima o un aburrido sueño que había tenido la vez pasada, lo cual incomodó un poco a Reed. Otra cosa había llamado más su atención de cualquier modo.

-¿Da Skel?- murmuró.

-Isla Da Skel- lo corrigió Cax mirándolo campante, y tragando con mucho sonido- Skectral decidió que no seguiría sin elegir cómo llamar a lo que considera su propiedad. Los que estamos aquí sin embargo solemos usar el nombre anterior.

-Y en algo puedo coincidir ahora con ese monstruo- habló ahora una voz grave desde otra de las mesas, una con la suficiente autoridad como para hacer callar a todos- Ya que este basural tiene poco que ver con nuestra amada Tikielder. *La Isla Del Calvario* es mucho más adecuada.

Todo el grupo desvió la vista hacia donde provenía la voz: un hombre grande y de aspecto siniestro, experimentado, con la calva cabeza cubierta de quemaduras y cicatrices apenas tapadas por una tela oscura. Tenía la piel tostada y rugosa, curtida por el sol y toda su complexión lo hacía ver como alguna clase de soldado.

-Oh- Scarrow se limpió la boca con una servilleta, e hizo un gesto hacia él- Les presento a Ibmema Id Ossat, de la más grandiosa ciudad que esta isla tiene para ofrecer. Fue uno de los pocos que pudieron sobrevivir a un ataque de Skectral, y está entrenado en el arte de la guerra.

El hombre no dijo nada más, volviendo a su plato, pero otro de los que allí comían gritó, haciéndose oír por entre toda la multitud.

-¡Tikielder! ¡Fue Tikielder, es Tikielder y será Tikielder hasta el fin de los tiempos!

Lo recalcó golpeando su jarra de cerveza contra la mesa, ya borracho, y muchos lo corearon con vítores y levantadas de brazos entusiastas. Reed observó sin embargo que la mayoría estaba cabizbaja ante el comentario, temiendo represalias de Skectral incluso allí donde el dragón no podía alcanzarlos. Se concentró más en el rostro lastimado de Ibmema Id Ossat, taciturno y estoico, y un recuerdo desagradable le vino a la mente.

-En el mar... Había...- de pronto tuvo que esforzarse, pues todo parecía distinto, irreal. Las luces sobre el techo eran demasiado brillantes, las risas de las personas lo aturdían, los movimientos se le difuminaban en el espectro de las cosas- Una balsa.

Scarrow lo miró primero, y luego todos.

-Una balsa con cadáveres- terminó, girando su cabeza para observar a su maestro.

En un sólo instante toda la sala quedó callada, absolutamente perpleja, el más puro silencio. Lo único que se oyó eran los llantos de los niños y el crepitar de una de las llamas mágicas que iluminaban, mientras que lo demás fue nada, tensión y respiraciones, expectación pura.

Era como si todo se hubiera opacado. Necrostacia cantó una nota, pero nadie le prestó atención.

El viejo mago se puso de pie de inmediato, y caminó hacia él para apoyarle una mano en el hombro, hablándole a toda la multitud.

-¡Reed, hijo de Hawke, ha vuelto!- su voz fue potente, amplificadas, y todas las miradas se clavaron en él- No sólo vuelve a su hogar tras una larga travesía, ¡sino que trae la llave que puede salvarnos del peligro que afuera nos aguarda! Les ha probado a muchos de ustedes que huir nunca fue su elección.

La mirada del hombre era clara, pero Reed se sintió sobrecogido y no quiso contemplar los ojos clavados en él. Scarrow continuó hablando.

-La liberación de la isla está pronta. ¡Confíen en nosotros! ¡Confíen en Reed! Ha sufrido tanto o más que ustedes y está agotado, pues su camino no ha sido librado de peligros. ¡Déjenlo descansar, y les prometo que salvará su hogar!

Así habló, y luego volvió a tomar asiento, dejándolo anonadado. Uno de los hombres levantó la jarra llena para pedir un brindis por él, y algunos pocos lo imitaron con tal de beber un poco más de alcohol. Luego comenzaron a escucharse distintos saludos y pésames por la muerte de su padre, que el muchacho recibió incómodo, y poco a poco el bullicio general volvió al salón, llenándolo por completo y haciendo que la charla de la mesa fuera más privada. El único que no parecía hablar con nadie era el tal Ibmemma Id Ossat, quien cabizbajo comía en un silencio sepulcral, ignorando ya a todos a su alrededor.

-No están muy contentos contigo- comentó Cax sonriente.

-¿Eh?- miró a su pequeño hermano, sin comprender, y el niño se inclinó de hombros.

-Bueno, pensaron que habías huido. Ya sabes, como papá era el encargado del pueblo, y tú su sucesor directo... Creyeron que habías querido librarte de la responsabilidad y habías dejado a mamá y a mí solos apenas tuviste la oportunidad. Por supuesto –un extraño brillo apareció en sus ojos- yo sabía la verdad.

-¡Jamás haría eso!

-Reed, no te preocupes- Scarrow movió su palma hacia abajo, restándole importancia- La gente desesperada siempre necesita entregar sus problemas a otros. Que no te afecte.

Suspiró, más calmado por las palabras de su maestro, pero descubrió que ya no tenía más hambre. Aquello lo había decepcionado de verdad, ¿cómo habían podido creer...? ¡Si quería salvar Vant! ¡Quería matar a Skectral!

Miró su plato de nuevo, cabizbajo. Acaso, si tenía suerte, aquellos dos objetivos coincidían. Pero debía hablar a solas con su mentor en cuanto tuviera la oportunidad. Necesitaba saber qué pensaba él sobre la idea de matar al dragón, sin entregarle lo que quería, sin entregarle su escudo.

Era su pilar, y lo sabía.

Frente a él Reaper y Eluid charlaban, mientras que Van Lyder comía con prolijidad y silencio, sin decir nada. Los tenía a todos, a todos ellos de su lado si quería atacar a aquel monstruo, y sin embargo nunca lo hubiera hecho sin la aprobación de Scarrow. Con ella, estaría seguro de marchar. Había estado esperando el momento desde hacía tiempo, mucho más del tiempo en el que sus pensamientos habían formado con consciencia la idea de venganza.

Arksinad bajó la voz, dirigiéndose a Caxer.

-Oye, ¿por qué todos callaron cuando Reed mencionó la balsa?

-Ah...- el niño se relamió los dedos y también bajó la voz, por lo que Reed tuvo que concentrarse para oírlo- Es que fue terrible.

-¿Terrible?- sonrió el mago, con interés. Ambos parecían dos mujeres cuchicheando sobre trivialidades. No cesaban de darle escalofríos.

Caxer Id Vant se aclaró la garganta.

-Bueno, todo comenzó cuando, además de pedir sacrificios, Skectral obligó a los hombres de las aldeas a construir su palacio de mármol en las montañas de Vant.

»Es un trabajo arduo e increíblemente pesado. Los bloques de mármol son inmensos y para llevarlos a la montaña hay que cargarlos con sogas en subida durante todo el trayecto desde Ossat a Vant... Eso no impidió que muchos se ofrecieran para realizarlo. Esperaban que con ello el dragón mostrara algún tipo de agradecimiento dejando a sus familias fuera de sus fauces, pero la realidad es que Skectral nunca supo identificar siquiera el hermano de cuál de sus trabajadores era el bocado de carne que arrebatada del suelo. Al dragón simplemente no le importa.

Sus ojos grandes y expresión siempre asombrada le daban un aspecto extraño al contar la historia. Prosiguió.

-Luego de eso Skectral ordenó a Scarrow que viviera en el palacio en construcción, para que lo ayudara a convencer a los hombres de trabajar y los asistiera en su tarea. El maestro accedió encantado, aprovechando cada oportunidad para ayudar a todos a refugiarse y escapar de las garras del tirano. Ya saben, con una mano alababa al dragón, y con la otra indicaba a los esclavos la entrada más cercana al refugio.

»Pero por cada uno que nuestro maestro salvaba, diez morían por el ataque del monstruo o por los trabajos forzados que debían realizar. Y la cosa empeoró cuando Skectral quiso poner la isla más aun bajo su dominio al exigir un tributo de todas las aldeas.

-¿Tributo?- Reed no lo podía creer- ¡¿Más sacrificios?!

-No- su hermano suspiró- Y ese fue el problema para todos. Nos habíamos acostumbrado a ver morir a un hombre cada unos días, como si pensáramos que esto era un huracán y no había nada que pudiéramos hacer más que lamentarnos. Pero lo que Skectral pedía ahora eran cosechas. El sesenta por ciento de las cosechas de cada aldea, pueblo o ciudad, traídas directamente a su palacio a tiempo so pena de ver sus hogares y campos quemados.

»Pueden imaginarse lo que ocurrió. Ya el clima había sido malo desde la llegada del dragón: mamá tuvo que sacrificar dos de nuestros cerdos ya que los cultivos se habían arruinado por completo. Sumen a eso la falta de mano de obra, ocupada en la inútil tarea de llevar los bloques de mármol y alzar la morada del dragón, más el efecto desesperante de la niebla contra la moral y no se sorprenderán de saber que desde ese día muchas de las familias de aquí comenzaron a morir de hambre. Eran días largos y abrumadores, de trabajar, de recolectar sabiendo que mucho se perdería, de separar el más mínimo grano o vegetal para mantener con vida a los niños y decidir quién de la familia no comería aquel día, temiendo siempre que quienes trabajaban lejos del hogar hubieran perecido... El maestro dijo que el aura del dragón ayudaba. Se alimentaba de toda esa desesperación, y crecía. Y el sentimiento se ahondaba en todos, y nadie se unía porque simplemente el dolor era demasiado, y pronto algunos pueblos lucharon entre sí para robarse comida y Scarrow tuvo que ser intermediario para separarlos... Fue espantoso.

Observó a Cax en silencio, y se dio cuenta que no eran unos solos pocos centímetros en lo que había crecido. Que contara todo aquello con tanta naturalidad, con tanta calma... Él había luchado, había matado a un hombre y se había descubierto en la oscuridad, había sentido los pensamientos que anhelaban el fin de todo en lo más hondo de su ser y había superado sus miedos... Pero Caxer los había vivido, día a día, terrores insaciables que se alimentaban de hombres; la hambruna, desesperación, el cambio y la miseria. Aquella existencia no podía haber sido fácil, pensó y se tuvo que reprimir para no darle otro abrazo a aquel pobre niño que recién redescubría.

-¿Cultivos?- Arksinad parecía anonadado, algo poco común en él- ¿Por qué un dragón de huesos querría arroz y vegetales?

La pregunta quedó resonando en la mente de Reed, helándolo.

-Ese es el punto- una sonrisa amarga se dibujó en la boca del niño- Un grupo de campesinos llegó a la misma conclusión y se armó de valor, subiendo a pie la montaña hacia el palacio de mármol.

»Eran cinco. No querían hacer nada, sólo enterarse de cómo consumía los cultivos Skectral, qué clase de utilidad les daba, rogarle que cediera una pequeña parte para sus familias y pueblos. Cuando llegaron el maestro Scarrow les cerró el paso, impidiéndoles pasar al palacio. Skectral no toleraba que los aldeanos ingresaran a su guarida y salieran con vida, y lo que buscaba él era evitar más derramamiento de sangre en aquella terrible época.

»Intentó convencerlos de que dieran la media vuelta y se marcharan, incluso les indicó cómo encontrarme para que les hiciera ingresar al refugio, pero ellos no desistieron. Simplemente querían saber, y ya estaban demasiado cansados como para pensar en huir.

La escena se desarrolló perfectamente en la mente imaginativa de Reed. Podía ver a los cinco hombres, vestidos con harapos, a su maestro cerrándoles el paso con expresión preocupada, siempre por el bien de los demás, las palabras cansadas y más arriba sobre la montaña el palacio en construcción, blanco, imponente, terrible, albergando al tirano durmiente.

-Quiso convencerlos...- murmuró.

-Y lo logró- Cax asintió lentamente- Les hizo pensar en sus familias, hablándoles del alimento que cultivábamos en el refugio gracias a la magia, y poco a poco los hombres desistieron, dándose la vuelta para llevar a sus relativos allí y poder descansar.

»Fue sin embargo demasiado tarde. Ellos aceptaron, comenzaron a emprender el descenso... y entonces el dragón voló y cayó frente a todos, cerrándoles el paso. Las voces lo habían despertado, y estaba hambriento.

Reed cerró los ojos, y recordó. La risa macabra, la voz como una legión, la niebla y los truenos verdes, los ojos refulgentes en la coraza blanca, huesuda, repleta de púas y armada con fauces brutales, sonrientes. Un escalofrío lo recorrió a lo largo de la espalda. Creía saber cómo terminaba aquella historia.

-Uno de los campesinos, armándose de valor, habló al dragón y le explicó para qué habían venido. El dragón se burló de él y accedió a mostrarle qué había hecho con el grano... Por lo que golpeó con su cola uno de los muros de su palacio, destruyéndolo.

-¿Destruyéndolo?

-Los trabajadores lo reparan, así que no lo considera su problema –Cax se encogió de hombros- El mármol de Ossat es casi infinito. Lo que ocurrió fue que del muro roto todo el grano comenzó a caer: el grano y los vegetales ya podridos de hacía días, semanas, meses, el alimento que habían sudado para conseguir desperdiciado e inutilizado, almacenado como un tesoro por el sólo placer de verles morir de hambre. El dragón caminó sobre el alimento, pisando el fruto del escarmiento de los hijos, mujeres y familias de todos, y Scarrow rogó a los hombres que dieran la vuelta y marcharan. Fue inútil. Dos de ellos, cegados por la furia, corrieron a atacarlo.

El niño hundió la cabeza hacia abajo, por primera vez mostrando como todo aquello le afectaba. Sus manos estaban en sus oídos, como protegiéndose del daño. Hablaba en un murmullo constante, pero el muchacho y el brujo estaban tan sumidos en la historia que ya no tenían problemas para escucharlo.

-Lo que les hizo Skectral fue espantoso, duró un largo tiempo y, para terminar, todo pueblo de Tikielder tenía un pedazo de aquellos desafortunados en su camino, encendido fuego junto con los cultivos que el dragón arrojó por la montaña.

»Pero no terminó allí. Las familias de los hombres, esperando mas represalias, buscaron escapar de la isla, pero no ir al refugio pues el terror les cegaba. Construyeron balsas para ello y se dispusieron a marchar, pero entonces el monstruo de nuevo se les adelantó, esperando aquello, y ordenó a los otros aldeanos que los metieran en una casa impidiéndoles salir. Todos accedieron ya que los castigos que prometía de no hacerlo eran terribles... Una vez estuvieron encerrados, lo que hizo fue...

Tragó saliva, y Reed recordó lo que había visto en la balsa. No quería oír más.

-Fuego...- concluyó Caxer, y un temblor le sacudió- Fuego verde, calentándolos a todos juntos, apretujados, una muerte lenta y dolorosa, cruel. Aún puedo oír los alaridos. Al final apenas podíamos reconocerlos. No puedo describir aquello. Mamá, yo, ambos tuvimos pesadillas por un largo tiempo.

Reed asintió. La balsa, los rostros deformados, fusionados, apretados, las muecas carbonizadas de dolor, las uñas arañando brazos ajenos en agonía, la piel derretida, niños, ancianos, mujeres, espanto y pena. Apretó los puños. Aquel dolor lo fortalecía, reforzaba su decisión. Debía hacerlo pagar. Había sido un tonto al creer que algo en común había tenido con el dragón, sólo por matar a un hombre.

-Lo que quedó lo hizo colocar en una balsa, y la soltó hacia el mar para dejarlos ir. Desde aquel día nada fue lo mismo.

Concluyó así todo, y dejó su presa de pollo en su plato, carente ya de hambre. Reed se desplomó en su silla, impactado, mientras que Arksinad miraba al niño con una mezcla de respeto y asombro.

Luego los tres oyeron una risa, frente a ellos, una lenta y maligna, forzada, grave y oscura. Reaper había oído la historia, adelantado sobre la mesa con un codo sobre su rodilla levantada y el otro brazo hacia atrás, la piel tostada contrastando con el mango inmaculado de Necrostacia.

Terminó de reír, y sonrió ante las miradas sorprendidas de los tres.

-Ya lo has oído, Reed. Ese hijo de puta no puede quedar vivo.

Y Necrostacia cantó una sola nota, muy aguda, y lo cerró con una horrenda risotada.

## 14. La Palabra Que Fue Escrita

Para mantener los horarios siempre en vigencia, las luces mágicas que Scarrow había colgado a todo lo largo del entramado de cavernas que conformaba la guarida de los rebeldes tenían la propiedad de cambiar su forma de iluminar imitando al aura del amanecer, atardecer o al resplandor de una vela cuando caía la noche.

Si bien el efecto era artificial, cualquiera de los que allí estaban lo hubiera elegido una infinidad de veces antes de la noche eterna que había en la superficie gracias al dominio del dragón. Les permitía a todos disfrutar de una sensación de normalidad, de la claridad del día a día en aquel lugar seguro y de recordar también momentos más felices sin ilusionarlos del todo.

Mientras comía en el gran salón Reed observaba las llamas azuladas, aquel brillo diurno y relajante que siempre había amado, nada distinto al que entraba por los ventanales del palacio de Sadalsuud.

Le gustaba comer así, lento, en soledad, iluminado por el día. Creía que era una de las pequeñas cosas que conformaban los pocos placeres que obtenía de la vida, tal como lo había descubierto al hacerlo en el arca del cielo.

En ocasiones la compañía no le molestaba. Caxer estaba a su lado, sorbiendo una sopa naranja y helada, y hubo un movimiento algo brusco en el banco del otro lado cuando Scarrow se apoyó allí, agitado.

-Debemos hablar.

La frase, amenazante como siempre, le hizo bajar la vista sin decir nada. ¿Así que ya se había enterado? Un sólo día podía bastar para que alguno de sus acompañantes dijera al viejo mago lo que tenían en mente.

-¡Matar al dragón!- exclamó el hombre indignado. Reed agachó más la cabeza hacia su plato, aunque estuviese vacío. Scarrow resopló. Parecía realmente molesto.

-Yo...

-Quizás debería haberlo visto- el hombre lo interrumpió, sin prestarle atención. Del otro lado Cax seguía bebiendo su sopa, muy relajado- El pueblo, totalmente atacado y destruido... La culpa es de Skectral, no puedo negarlo. Pero Eluid...

Los hombros de Reed se relajaron y se permitió suspirar. Se refería a Eluid, no a él. Debía haberlo imaginado: la sangre caliente del cazadragones hacía que mantener su sed de venganza en secreto fuese una tarea casi imposible. Scarrow lo miró como lamentando aquello y se explicó.

-Tuve una discusión... con el muchacho de Cel-Neckar. ¿Skardtril, no es así? Al parecer tenemos ideas muy diferentes sobre cómo resolver todo este asunto.

Reed no respondió, pero observó el rostro de su maestro. Scarrow le palmeó la espalda, sin mirarlo.

-Lo entiendo, de verdad. Pero su venganza podría costarnos mucho. –Tosió y luego se incorporó- Lo siento, no debería estar preocupándote con estas nimiedades. Lo importante es que estás aquí. Estás aquí, y pronto deberás contarme tu historia- rio y se estiró, de repente más alegre- ¡No creas que podrás escapar de ello!

Asintió, apurado, y Scarrow comenzó a marcharse.

-Skectral no se encuentra en la isla actualmente. Pero volverá en unos días. Hasta ese momento, procura relajarte. Disfruta de tu hogar, sin importar qué tan cambiado esté.

Apenas desapareció tras la entrada Reed se sintió desplomar contra la silla, desesperanzado. A su lado Caxer dejó de sorber la sopa, y comentó.

-También quieres matar al dragón, ¿verdad?

Lo miró y asintió tomándose su tiempo. Caxer lo imitó decidido, sin decir una palabra. Su hermanito al parecer tampoco podía comprender con qué motivo Scarrow se empeñaba tanto en dejar vivo a Skectral, qué tanto miedo podía darle un conflicto con aquella bestia. Esa misma noche hablaría con el viejo mago y le explicaría la idea que se había solidificado en sus pensamientos.

O quizás la próxima noche. No había demasiado apuro, si Skectral realmente había dejado la isla por el momento.

Recordó algo súbitamente.

-Cax...

Su hermano dejó su plato y lo miró, atento.

-¿En dónde está madre?

Esta vez el niño pareció apesumbrado. El gesto le dijo a Reed todo lo que necesitaba saber en cuanto a la seguridad de Majaka Id Vant. Se incorporó de un salto, aterrado.

-¿Está viva?

Caxer asintió.

-¿Dónde?

-Hermano... Scarrow quería hablarte de ello luego. No quiero adelantarte nada, pero mamá se encuentra bien. Su vida no está en peligro, o al menos no más que el que tenemos nosotros ahora mismo.

La respuesta lo relajó, aunque se sintió vagamente traicionado. Scarrow le había mentido al llegar, aunque fuera con los mejores propósitos en mente. ¿Dónde se hallaba la mujer que lo había traído a ese mundo? No era que Reed hubiera sido particularmente atento a su madre –y hasta, de alguna bizarra forma, se podía decir que Scarrow había sido tanto madre y padre para él- pero ya no quería perder ni una sola pieza de todo lo que había conocido en Vant, por más repulsivo que le resultara. Hasta habría dado su vida por salvar a los lobos de los pantanos si la situación lo requería.

Quería que todos los pedazos estuvieran de nuevo, como si nunca nada hubiera ocurrido. Sabía que era imposible, pero las principales piezas debían de poder mantenerse. Su madre era una de ellas.

Tanto él como su hermano dejaron el comedor principal para avanzar por los interminables pasillos de tierra húmeda, repletos de entradas a habitaciones con variadas marcas, que se extendían cada vez más en cuanto nuevos rebeldes aparecían. No faltaría

mucho para que el dragón se percatara de que sus víctimas se desvanecían frente a sus fauces.

Pero de momento había espacio, tanto que Reed seguía necesitando de Cax para hallar su cuarto, ubicado en el ala noreste del entramado de cuevas y pasajes, cerca de un claro donde el agua se juntaba bajo un cavernoso agujero iluminado por el sol, creando un arcoíris entre las cascadas que a Reed le pareció uno de los espectáculos más hermosos que hubiera visto. La habitación que compartía allí con sus amigos y Eluid era relativamente amplia y desprovista de ventanas, por lo que a cada tanto Reed se veía obligado a salir hacia aquel claro a relajarse, hartado de hallarse cada dos por tres dentro de algún lugar subterráneo.

Había que admitir, sin embargo, que de todos los lugares bajo tierra en los que se había hallado, ninguno había sido tan placentero como este. El calor de la Forja o Belekraz y el terror de la ciudad maldita no podían compararse con la tierra húmeda y nueva de Tikielder, con la presencia cercana de sus amigos y familia.

Además, un aire fresco recorría todo el refugio constantemente, manteniendo a todos relajados y dispuestos. Era evidentemente un producto de su maestro, y el consenso común era que ayudaba a dormir de forma excelente en los improvisados colchones que los habitantes de la caverna debían hacerse para descansar.

Ahora en la habitación soplaban, sintiéndose especialmente en el espacio que quedaba entre las camas. La suya era grande y cómoda, y Reed no dudó de que su maestro la hubiese estado reservando especialmente para él.

La luz mágica resplandecía flotando sobre el techo como un brillante zafiro. Cax pasó de un salto y se arrojó sobre la cama de Reed sin pedir permiso. Más allá en otra Eluid se hallaba sentado, limpiando su martillo y murmurando, completamente ajeno a los recién llegados.

-Es mi única oportunidad...

Reaper se hallaba frente al cazador, de brazos cruzados contra la pared. Arksinad, acostado sobre su cama, dio un largo silbido, y Caxer se dirigió a Eluid sin ningún preámbulo.

-¿Has discutido con mi maestro? ¿Porque no quiere matarlo?

Reed se sentó junto a su hermano, observando al cazadragones. El joven salió de sus murmuraciones y se dio vuelta para clavar su mirada marina en el niño, con seriedad. Era increíble, pensó Reed en ese momento, cómo Eluid se parecía a su hermana.

-Tu maestro va a arruinar la única oportunidad que tengo de ajusticiar a Skectral. Luego de eso el dragón huirá, y serán más años los que deberé pasar cazando, más años tratando con endiablados gusanos para volver a saber cuál es el siguiente pueblo que este monstruo estará destruyendo.

Gritó una maldición, y pateó el suelo. Reaper suspiró, frente a él, pero el mago comentó, incorporándose de la cama como un resorte.

-Entiendo cómo piensa Scarrow, Eluid. No es asunto fácil batallar contra un dragón de huesos. Si algo sale mal...

-¡Oh, vamos!- el otro lo miró, indignado- No actúes así, tú que sabes la verdad. Sólo porque él...

Iba a decir algo, pero calló al instante al percatarse de que Reed también se hallaba allí.

-¿Qué cosa?

-Nada- gruñó el joven- Déjalo.

Reed apretó los labios, curioso. Era evidente que ellos sabían algo de su maestro que él no. ¿Qué había hecho Scarrow como para ser tan reconocido en todo el globo, como lo era? Por sobre todo, lo que más le enfadaba era incluso que gente como Arksinad también pareciera saber. Consideraba al mago su amigo y nunca él había hecho siquiera una mención de la historia de Scarrow Arderaid cuando vivía en Cel-Neckar, de lo que pudiese haber escuchado de boca de Vannael o los otros magos del Geral.

-Scarrow jamás pisó de nuevo el continente central luego de todos estos años-comentó Cax a su lado, hacia Eluid- ¿Tiene que ver su confinamiento con este dragón?

Les sorprendió a todos que aquel niño fuera tan perspicaz. Los ojos de Reed se abrieron de par en par. Era cierto. Su maestro no cesaba de relatarle historias de lo que había vivido en el resto del mundo, de las maravillosas ciudades de magos, de las cervezas de los pueblos, los mares peligrosos, las aventuras y las extrañas criaturas, y sin embargo nunca había manifestado la más mínima intención de dejar el suelo de la isla en todos los años en que lo había conocido.

Eluid se inclinó de hombros y continuó pasando aquel desgastado trapo sobre su martillo, dando por cerrado el tema. A Reed no le importó. Se sentía un idiota por jamás haber inquirido a su maestro sobre ello. ¿Qué sabía él? Se hallaba desesperado por salvarlo, pero realmente desconocía lo importante en cuanto a lo que refería a aquel hombre. ¿Quién era Scarrow? ¿Por qué había huido a Vant, por qué evitaba tanto al Geral?

Sus ojos grises se posaron en Arksinad al instante, inquisitivo.

-Tú eres del Geral. Estabas en el consejo.

-Tan sólo una vez- respondió el mago- Las reuniones no son constantes. Y no hay mucho que te pueda contar. Vannael y los demás magos sabían, pero por ser un niño nada quisieron decirme. Sólo puedo decirte que desde hacía años Scarrow había desaparecido de Babel, y que su asiento vacío tenía engarzado la palabra *Cobardía*.

Aquello era muy extraño. Se preguntó si el mago no le estaba mintiendo. Lo más probable era que sí, que le ocultase algo. No lo culpaba sin embargo. Debía de tener sus motivos para no revelar la verdad.

-¿Cobardía?- inquirió Caxer, con Reaper asintiendo, sumido en la misma curiosidad.

-Oh- el mago se echó hacia atrás, siempre feliz de poder exponer información- En el Consejo, los primeros nueve miembros del Geral Veintiún tienen escrito en sus asientos una palabra que define su futuro.- vio las expresiones confundidas de todos y se aclaró la garganta- Un pecado que te marca, que será fundamental en tu existencia. Ya saben, mi maestro era la Vanidad, el viejo Duran siempre fue Ira, Bali de la Forja la Avaricia... Y Scarrow fue Cobardía. No dudo que debe ser la palabra que menos uno quiere ver escrita en su futuro, y más si uno es un brillante mago de una de las organizaciones más prestigiosas del mundo.

*Cobardía. El miedo*, pensó Reed, el miedo a algo. El constante temor, podría llamarse. Algo que asustara a su maestro lo suficiente como para impedirle volver al gran continente. Debía pensar en ello.

-¿Y cuál era el tuyo, boca-cortada?

-Pereza.-sonrió el mago relajado.- Aunque intentar averiguar por qué motivo es demasiado cansancio.

Los ojos del guerrero rodaron al escuchar la broma, y Eluid negó suspirando. El cazadragones se incorporó y levantó su martillo naranja para reflejar su fulgor a la luz

de la magia, impecable. Reed notó que tenía dos gruesas runas a los lados, runas que sabía pertenecían a hechizos eléctricos de impacto. Aquella no era una espada legendaria, pero sin duda era un arma de temer.

-Mataré a Skectral- afirmó por última vez, viendo su martillo- Cueste lo que cueste.

Y, aunque ninguno lo hizo físicamente, en su interior todos asintieron pensando que era lo correcto. En los ojos de varios, sin embargo, las dudas aún destellaban.

Quedaban algunos días para que el dragón volviera a la isla, y aunque las tareas que se debían llevar a cabo en el refugio no eran pocas, Scarrow se oponía terminantemente a dejarlos hacer algo que no fuese descansar, por lo que el grupo se encontró con que la mejor forma de pasar los días era entrenando, charlando y comiendo, o incluso intentando ayudar con las construcciones cuando el viejo mago no los veía.

Cada cuanto se cruzaban con Van Lyder, que intentaba en todo momento buscar el modo de establecer contacto con la tripulación de su barco, o con el taciturno Ibmeta que los miraba distraído, ajeno a todo. Reed se acostumbró a ver a aquellos dos hombres hablar con Scarrow continuamente, haciéndole preocupar más de una vez que el capitán revelara a su maestro su plan antes de que él pudiera hacerlo.

El hombre sin embargo nunca pareció mencionar una palabra, aunque las miradas que le dirigía a Reed al encontrarlo con Scarrow eran harto evidentes. Quería que le dijera. Ambos querían saber la opinión del mago, aunque Reed no podía lograr pronunciar las palabras, atemorizado por lo que pudiese oír.

Mientras tanto lo que sí oía, cuan fuera para calmar su mente, eran las discusiones que a cada rato se daban en el refugio. La ausencia temporal de Skectral daba mucho de qué hablar en los pueblos de la superficie y la mentalidad general era que había que aprovechar para poner pies en polvorosa de la isla, huyendo al gran continente en cuanto pudieran. Scarrow se oponía firmemente a esto. El mar de la isla no dejaría que se alejaran mucho, y peor aun toda la zona se hallaba ya bajo la influencia de Skectral. Quien huyera tendría los días contados.

El dragón sabía eso, de acuerdo a Scarrow, y era probable que aquella escapada momentánea no fuera más que un juego mental, una treta para procurarse más víctimas. Aquella idea logró aterrorizar a todos lo suficiente como para mantenerlos seguros en el subsuelo.

-Pero, no sería malo aprovechar- oyó Reed decir a Van Lyder un día en el salón, hablando con su maestro- Esta ausencia debe tener una utilidad. Traeré los recursos del *Emperador* aquí, viejo amigo. Que la gente se organice y transporte adentro lo que nos pueda hacer falta. Si nos movilizamos rápido...

-Una excusa- pronunció una voz grave tras el capitán.

Van Lyder miró a Ibmeta, sentado en su banco de madera con expresión grave, y Reed que creía estar tan sólo en calidad de espectador también lo hizo, observando sus rasgos duros y quemados.

-¿Disculpa?- inquirió el capitán.

-Está buscando una excusa... para prender fuego a los rehenes- concretó el hombre. Luego no dijo más, y se quedó mirando la nada en un largo silencio. Scarrow tosió con incomodidad y Lyder lo miró, contrariado.

-¿Qué rehenes?

-De eso quería hablarles, Reed, Van. Los he llamado para contarles. Reed –se dirigió a él- Asumo que te has dado cuenta de que te he mentado, ¿no es así?

-Mi madre- respondió de inmediato, asintiendo. Scarrow asintió a su vez.

-Siento mucho no habértelo dicho en primera instancia. Majaka Id Vant se encuentra capturada junto con otras decenas de personas, en el palacio de mármol de Skectral.

Se incorporó de un salto, aterrorizado. Scarrow levantó una mano y con ello pudo calmarlo un poco, pero los dedos de Reed ya se cerraban casi compulsivamente en la espada que siempre llevaba al cinto.

-Están bien- sonrió el mago- Ella y los demás. Hay más alimento allí del que podemos disfrutar aquí o peor aun en los pueblos de la superficie... Pero Skectral no ha hecho esa jugada por nada. Temo estar seguro de que aquel monstruo sabía que Majaka era tu madre. Lo que significa...

-...que quería un rehén para cuando Reed llegara- Van Lyder lo observó de reojo, atento. Aquella mirada que nada traspasaba a Scarrow hablaba mil cosas al muchacho, que tragó saliva viendo a su maestro.

-Pero, si pudiéramos rescatarla...

Al costado, Ibmema Id Ossat forzó una risa amarga, señalando su calva, el cráneo quemado, herido por siempre, cubierto por apenas una tela.

-Ya intenté eso, muchacho.

-Ibmema tuvo la misma resolución que tú- asintió Scarrow- Pero Skectral esperaba aquello. El escuadrón de Ossat que partió en busca de los rehenes fue carbonizado en unos instantes. Este hombre que ves aquí fue el único sobreviviente.

-Un segundo intento no causaría que el dragón atacase a los rescatistas... Sino que quemara la sala en donde tiene a los rehenes- Ibmema agrió su rostro.

Toda su expresión era de una profunda desesperanza.

Volvió a tragar saliva, sintiendo una sensación helada subírsele por el pecho, viendo las horrendas cicatrices que el monstruo le había dejado. Aquel encuentro hablaba mucho de Ibmema. Que sin poderes, sin magia o ninguna arma legendaria pudiera haber escapado de las fauces del emperador de los dragones... No era una hazaña fácil de ignorar.

-Entonces...

-Entonces sólo queda entregar la Estrella Oscura a Skectral- asintió Van Lyder- Al dragón no le costaría nada asesinar a todas esas personas ante la menor complicación.

Su maestro asintió contento, e Ibmema chasqueó la lengua con desagrado. Por su parte Reed no podía creer que pudiese sentirse tan mal de un momento a otro. Una sensación espantosa le llenaba la garganta.

Necesitaba su escudo. Necesitaba el escudo que debía entregar. Ya no había indecisiones, ya no había vueltas, Skectral lo había forzado a esa posición con total consciencia, y la vida de su madre pendía de ello. Era simplemente así: uno podía juntar la resolución necesaria para atacar al monstruo, pero se necesitaba un odio aun muchísimo mayor para atacar a la criatura de quien dependía la existencia de tus seres amados.

Se marchó de allí bajo la atenta mirada del capitán, con Scarrow interpretando su silencio tan sólo como preocupación por su progenitora.

Quizás era mejor así. No iba a necesitar confrontar a su maestro, no habría peligros y todo se resolvería correctamente. El único inconveniente...

Eluid y Reaper se hallaban en el claro exterior, entrenando bajo un cielo nublado mientras que Arksinad y Caxer charlaban animadamente, comiendo restos de pan con sal que untaban con parte de la mantequilla que habían decidido guardar del desayuno.

El martillo y la espada legendaria chocaban a gran velocidad, con ambos combatientes realizando maniobras exageradas para esquivarse, y deteniendo sus armas justo en cuanto pensaban que podían causarle daño al otro. Necrostacia reía encantada, bailando en la mano de Reaper con facilidad, recibiendo los golpes –golpes que causaban chispas, cargados de electricidad- del arma del cazadragones con carcajadas vanas, e incluso impulsando la mano de su dueño cuando la situación lo requería.

Se sentó junto a su escudo, acariciándolo. El acero –o lo que fuera ello- brillaba con una extraña cualidad, y las runas plateadas sobre los discos rojos parecían más claras que nunca, misteriosas, aleatorias. En el centro la Estrella Oscura resplandecía como nunca lo había hecho, palpitando ante cada golpe que los combatientes daban, una masa esmeralda agitándose en su interior, como golpeando, quizás intentando escapar...

Intentó ver su reflejo en aquella oscuridad, pero le fue imposible. Su escudo. Era suyo, siempre lo había sido. Y ahora debería entregárselo, al monstruo que tanto daño le había causado.

-¡Pelear bien!- rio Eluid, y giró su arma para golpear el suelo. El relampagueo obligó a Reaper a saltar hacia atrás, adoptando una posición defensiva, y el de Cel-Neckar se lanzó en una embestida que el guerrero logró frenar con Necrostacia, haciendo que volvieran a chocar armas.

Ambos cayeron al suelo, y Eluid dio una carcajada, contento con el resultado. Más atrás Arksinad y Caxer aplaudieron a los luchadores.

El kamuita se incorporó primero, y le tendió una mano al cazadragones.

-Ese martillo... ¿Dónde lo conseguiste?

-Un herrero kiel en Gikeldor- Eluid tomó la mano que le ofrecían y se incorporó sonriente- El mejor que hay por allí. Fue una oportunidad única conseguirlo ya que la Forja suele comprar todo lo bueno que producen en esos lugares.

-Dímelo a mí- Reaper asintió y vio como Eluid se sacudía el polvo de sus ropas- Mi padre solía tener que regatear que productos *no* venderles.

-Osalid Assadan- asintió el otro también, reconociéndolo- He oído hablar de él. Y de su muerte- volvió a asentir, como admitiendo lo que el otro ya sabía- Lo oí en el barco mientras hablaban.

El joven no dijo nada, y Eluid le apoyó una mano en el hombro.

-Sé lo que es perder un padre, y mucho más que eso.

La bilis de Reed subió por su garganta al oír aquello. Lo que estaba por decir no le caería bien a nadie.

-Oigan, chicos...

Reaper, Arksinad, Eluid y Caxer lo miraron. Suspiró y comenzó a contarles todo.

Las reacciones fueron casi exactamente las que esperaba. Caxer asintió, ya sabiendo todo aquello, en cierto modo indiferente a lo que ocurría. Arksinad y Reaper mostraron signos de no estar felices con la decisión final, pero aceptaron en silencio que si la vida de tanta gente estaba tan fácilmente al alcance de Skectral de nada serviría atacarlo, adhiriéndose al plan de entregar la Estrella.

Eluid fue quien le sorprendió. Quedó en silencio durante unos instantes, mirándolo a los ojos con una expresión que jamás había visto en su vida.

Luego dio un largo suspiro resignado.

-Debí haberme esperado algo así.

Dio la vuelta y marchó. Ninguno hizo nada, y Reed no se atrevió a seguirlo. Ya ni siquiera había hecho una escena o se había enfadado, todo lo que rodeaba al joven era la misma desesperanza que había mostrado Ibmema Id Ossat ante su situación, la misma que de algún modo sentía él mismo. Habían perdido, habían estado un paso por detrás. Quizás ninguno había sufrido tanto como el cazadragones ni tenía el mismo deseo de venganza que este, pero todos podían entender su odio hacia la criatura que ahora iba a salirse con la suya.

Eluid se encerró entonces en la habitación durante un buen tiempo, y nadie lo volvió a ver en todo el resto del día, prefiriendo dejarlo solo o evitar su humor. Lo que hicieron en cambio fue procurar distraerse, una distracción muy vana para Reed en cuanto sabía que cada segundo lo acercaba más y más al momento en que debiera entregar su escudo.

Pasó por ello mismo toda la jornada con el escudo sobre su espalda, llevándolo al comedor, a la zona donde ayudaron a descargar alimentos que traficaban de los pueblos, a las granjas mágicas donde recolectó hortalizas llenándose las uñas y manos de tierra húmeda y fértil, incluso al baño compartido que habían improvisado con la cascada que caía en el claro y una enorme bañera oxidada que Caxer había hallado en un basural cerca de la entrada más próxima a Ossat, y que habían tenido que cargar días antes Reed y Reaper por todo el trayecto de la isla. La maraña de túneles todavía los seguía perdiendo, y los únicos que parecían ubicarse realmente allí eran el cazadragones, y su pequeño y entusiasmado hermano.

La jornada de distracción probó ser infructífera al final, y de tanto esfuerzo y trabajo Reed se vio al cabo de un rato agotado, metido por completo en la bañera con sólo los ojos afuera, espionando el claro. Su escudo estaba apoyado a su lado, contra el latón oxidado, pero prefería evitar verlo. Mientras antes se separara de él, mejor sería todo.

Pero no podía hacerlo.

Se sumergió del todo y contuvo la respiración, esperando. Quizás Skectral no volvería. Quizás haberse ido, dejándolos con miedo, había sido su última burla antes de partir.

Abrió los ojos. Su cabello azabache flotando en el agua fue lo primero que vio.

Luego vio una silueta, similar a una mano.

Salió del agua soltando el aire repentinamente, mirando hacia los lados. Cax se hallaba cerca, sonriendo.

¿Pero estaba lo suficientemente cerca como para haber hecho aquello? La verdad era que no quería pensarlo. La experiencia lo había asustado y prefería atribuirlo al horrible estado de ánimo que tenía en el momento.

-¿Intentabas ahogarte, hermano?

No dijo nada y sonrió. Caxer se fue al rato, y su escudo hizo un sonido lento y apagado, que Reed escuchó con atención sin hablar. Quizás fuera lo último que oyera de él.

Se secó y vistió y luego marchó a la habitación, fulminado por el cansancio. Eluid ya no se hallaba allí. Mejor. Aquello lo salvaba de una posible incómoda confrontación.

Cayó sobre su cama con el cuerpo recto, como un objeto derribado, y se sumió al abrazo del colchón en un sueño profundo y triste, uno que contenía todo el dolor y lágrimas que no se permitía derramar.

Era, en principio, un lugar desconocido.

Un castillo. ¿Quizás alguna especie de museo? Era enorme y espacioso, sí, y los grandes ventanales no dejaban ver nada de lo que había afuera.

No era que importara mucho. Lo que había adentro le llamaba más la atención. Enormes esculturas de hielo, magníficas, estáticas, en diversas poses, cuerpos humanos, aves reales, armas y bailarinas de agua congelada decoraban toda la galería como figuras de arte, vanas y solitarias.

*Qué es esto.* Pensó.

Lo pensó porque no podía hablar. No así, no en esa forma. No sabía por qué, pero sabía eso.

Sabía también que buscaba algo.

*Reed.*

Aquella fue otra voz, sorprendiéndolo. Ahora sabía también que no estaba solo. Nunca lo había estado.

Buscó entre las esculturas de hielo, avanzando con velocidad. Se oían los pasos, cada vez más fuertes, el correteo incesante de alguien que le huía juguetonamente, que se le escapaba y se ocultaba tras las garzas heladas, tras los enormes mostradores donde la figura de un mago se alzaba, transparente y erguida.

Se estaba acercando.

*¿Quién eres?* Pensó.

La figura tras el hielo no contestó. Sólo los separaba aquella escultura. Si se movía rodeándola, podría verla. Podría hacerlo, sabía que esta vez no le huiría, no continuaría aquel inútil juego de perseguirse.

Una tristeza profunda lo invadió. Algo que le caló el alma por completo. Creía que no era su tristeza, alguien más se la estaba mostrando, la compartía con él. Quería mostrarle su dolor.

Asintió de nuevo.

-Te buscaré- le dijo.

Luego abrió los ojos. Había hablado, no allí porque no podía, sino en la vida real, en la más pura realidad. Se hallaba cubierto de sudor y tenía un sabor agrio en la boca, toda reseca.

Era de noche y la habitación estaba en penumbras. Un silencio profundo lo invadía todo.

Esperó apenas unos segundos y se incorporó, mirando a su alrededor. Tan sólo Reaper se hallaba en su cama, durmiendo sin hacer el menor ruido. Buscó a su hermano y comprendió que tampoco se hallaba allí.

No debía de ser tan tarde, pensó mientras se incorporaba del todo y salía al refugio. Necesitaba urgente un trago de agua con el cual mojar la garganta.

Caminó por el pasillo rocoso hacia el claro, apenas iluminado todo por la tenue luz que se filtraba desde allí. Poco a poco el sueño lo iba abandonando, y el aire se llenaba de murmullos, chispas y sonidos que le llamaron la atención y que provenían del lugar a donde se dirigía.

El claro en la caverna estaba hermoso en aquel momento, bañado por la luz de luna y con las cascadas a su alrededor cayendo continuamente, frescas y deliciosas cuando él las probó. Pasándolas varias figuras se encontraban, y Reed bajó por la tierra húmeda, aproximándose a verlas.

Arksinad y Caxer entrenaban en una batalla mágica. El mago de Cel-Neckar se notaba cansado mientras desviaba los proyectiles del pequeño niño, una y otra vez con su báculo, pero su hermano no parecía perder un ápice de energía y atacaba con todas sus fuerzas, sonriendo feliz de poder practicar su magia con alguien al fin.

Más allá, Scarrow se hallaba supervisándolos, sentado en una mesa de piedra improvisada y gritándole instrucciones a Cax de vez en cuando. Los tres magos del refugio se hallaban allí en vez de dormir, el anciano, el joven y el niño.

-Caxer, estás dispersando mucho los proyectiles. Concéntrate en ellos mientras los disparas. Aumenta su fuerza en el aire.

Reed observó, maravillado. Su hermano levantó una vara pequeña, improvisado regalo de Van Lyder, y una esfera violácea partió de allí, hacia el brujo.

Arksinad sonrió y movió sus dedos hacia el costado. La energía oscura surgió de la nada y se tragó el pequeño hechizo, sin más resultado.

Su amigo golpeó entonces el suelo con su báculo, y varias cintas oscuras, fantasmales se dirigieron hacia el niño. Caxer armó rápidamente un campo de energía a su alrededor, y las cintas se estrujaron sobre él, intentando romperlo.

-Mantén la fortaleza mental- ordenó Scarrow a su pequeño alumno. Reed se sentó al lado de su maestro y ninguno habló, observando la batalla. Estaba claro que Arksinad apenas jugaba con su pequeño rival, pero la magia de Caxer le dejaba asombrado de cualquier forma. Jamás había creído que vería a su hermano hacer algo como eso.

Las cintas espectrales estrujaron el campo de fuerza con más poder, y Caxer lanzó un aullido, arrojando otro proyectil hacia abajo, dispersando su propia barrera y corriendo hacia Arksinad, quien lo miró contrariado.

-¿Eh?

-¡Hassal!- gritó el niño.

Varios nuevos cohetes de luz volaron hacia el de Cel-Neckar, quien creó su propio campo de fuerza para resistir el asalto. Su hermano saltó hacia su oponente y golpeó el campo de fuerza con su báculo. Una sombra comenzó a emerger del interior.

-Suficiente- dijo Scarrow.

No lo habían podido escuchar. Una figura de roca se armó entre los dos contrincantes, separándolos. Reed observó que se trataba de una doncella de piedra, creada desde la mismísima nada. Scarrow no había movido ni siquiera un dedo para hacer esa escultura.

Su hermano cayó al suelo, y Arksinad deshizo su campo de energía, sonriéndole.

-Has estado increíble.

-¡Gracias!- sonrió Caxer, incorporándose y limpiándose el polvo de la túnica y el sombrero, absolutamente feliz. Desvió su mirada hacia Reed y lo saludó con el brazo con alegría.

Reed también lo saludó. A su lado Scarrow asentía, satisfecho. La doncella de roca se movió hacia el costado, poniéndose frente a Caxer.

-Lo que principalmente te falta es autocontrol y puntería- dijo el viejo mago- Así que lo que haremos será practicar con gólems como este. Los moveré por la arena y tú deberás tumbarlos con golpes muy precisos... Pero mañana. Ya es hora de que te acuestes a dormir.

Caxer pareció a punto de querer quejarse, pero la severa mirada de su maestro le hizo desistir al segundo. Se retiró del lugar con la mirada gacha y arrastrando los pies, listo para dormir. Reed calculó que estaría fulminado en apenas unos segundos.

Arksinad lo siguió, sonriendo y saludando a ambos con el brazo. Parecía víctima del sueño también, y la luz lunar destacaba aun más su impresionante palidez mientras bostezaba. Reed le correspondió el saludo, pero luego observó de reojo la extraña mirada que Scarrow dirigía a su amigo.

Apenas ambos se fueron, su maestro le habló.

-Reed, deberías saber que Arksinad...

-Es un brujo- asintió el muchacho.- Lo sé.

-¿Y confías en él de cualquier modo?- inquirió el mago.

Su mirada no le juzgaba, sino que era de absoluta curiosidad. Quería saber en qué pensaba. Asintió convencido.

-Supongo que pudo verlo en esa batalla. Aquella sombra... hay un demonio dentro de Arksinad, uno horrendo y hambriento. Pero sí, confío en él. Creo que puede controlarlo.

El otro asintió lentamente, con un suspiro. Se encontraba muy pensativo, y Reed también. El frescor nocturno, el hecho de que todos durmieran, el sonido de las cascadas heladas y el resplandor lunar filtrándose sobre el claro, todo producía una ensoñación, una necesidad de introspección.

-Un alumno de Vannael... en simbiosis con un demonio. No esperé ver eso nunca.

-Vannael- Reed dudó unos segundos, sin saber cómo decir aquello- Llegué a ver el rey de Cel-Neckar en mis viajes, maestro. Ya no es quien usted me describió.

Esta vez sí que el gesto de Scarrow fue de absoluta sorpresa. Lo miró atónito.

-¿De qué estás hablando, Reed?

-La...- dudó un poco más, confundido, pero luego se decidió a proseguir- La razón por la cual Arksinad es como es, sea cual sea... Viene de su maestro. No sólo eso, sino que Vannael fue quien nos atacó cuando fuimos a robar el arca voladora...-volvió a hacer una pausa- ...para eludir los Daevas que envió a por nosotros.

Aquello resumía muchas cosas, pero ni en sueños todo. Faltaba lo más importante, la teoría del mago de que había sido Vannael quien había organizado e impulsado los diversos ataques de dragones como Skectral en los distintos lugares del continente. Pero por algún motivo no se sentía capaz de contar aquello. Sentía que, si llegaba a creerlo, Scarrow se sentiría traicionado como nunca al enterarse.

-¿Daevas?- el rostro de su maestro palideció- ¿Estás hablando en serio?

Asintió, decidido.

-Pero...- los ojos verdes del otro se movieron febriles, pensando a toda velocidad- Si eso fuese cierto, algún tipo de influencia demoníaca... ¡Ningún mago puede invocar daevas a su antojo! Se necesita maná oscuro, producto de demonios. ¿Estás acaso insinuando que Vannael es un brujo? Reed, ¿cómo puedes saber que Arksinad no te ha mentido y manipulado?

No contestó nada, pero observó al viejo hombre en silencio. Scarrow se lamentó y negó con la cabeza.

-Lo siento. Debo confiar en ti. Es sólo que... Vannael, el Vannael que conozco, jamás haría eso. Y si lo que dices es cierto, entonces, ¿qué me queda pensar? O que el hombre que me salvó, mi guía fue siempre un monstruo, o que ahora mismo la mente de Vannael se encuentra en peligro, influida por oscuras criaturas. Debo salvarlo, Reed.

Todo se le dio vuelta. ¿Salvar a Vannael?

-Maestro, no creo que...

¿Debía contar también lo de los dragones? Observó el semblante preocupado del viejo mago y cerró los labios con fuerza.

Se hizo silencio durante unos segundos, y luego Scarrow asintió.

-Cuando... cuando todo esto termine, iré de vuelta al continente central, por última vez. Hablaré con Vannael. Si todo esto es cierto, necesito enfrentarlo y aclarar las cosas.

Reed le correspondió, aunque dudaba de que fuera sabio. La locura que había sentido en aquel majestuoso hombre, el hecho de que Mila y los Daevas trabajasen para él, incluso quizás Skectral... No parecía que el rey mago fuera alguien muy abierto al diálogo.

¿Pero qué podía saber él? En cambio, lo que sí tenía era una pregunta, una que sabía no tendría mejor momento para hacer que aquel. Incluso ahora, que ya habían decidido no atacar a Skectral, incluso en aquel instante aquella pregunta había germinado en su cerebro y no iba a irse. Necesitaba saberlo.

-Dime, Reed- le dijo el mago, viéndolo a los ojos.- Sé que tienes algo que preguntar.

Se sobresaltó y escudriñó el rostro arrugado. Los ojos siempre serían iguales, sabios y cansados. Desvió su mirada a la quemadura que Scarrow siempre habría traído en la frente.

-¿Cómo lo supo?

-La curiosidad tuya y de Caxer sobrepasa varias veces la de un hombre normal- rio el otro jovialmente, y el muchacho se forzó a sonreír- Pues, libérala. Pregunta.

-Dice que Vannael lo salvó- dijo al fin, tragando saliva- Y me ha contado innumerables historias del gran continente. Pero, ¿por qué jamás pensó en regresar? ¿Por qué decidió venir a Vant?

Esta vez el rostro estaba muy sorprendido.

-¿Es eso lo que querías saber?

*En parte*, pensó pero asintió, seguro. Scarrow ladeó la cabeza.

-Esperaba...- no miraba nada, sólo las cascadas más allá, el sonido que hacían, la brisa que erosionaba el agua calma- Esperaba que quisieras otra cosa. Creía que te hallabas en dudas, Reed, con respecto al dragón y a tu pueblo.

Así que después de todo, lo sabía. Su maestro lo conocía como la palma de su mano, había estado esperando el momento en el que Reed se aproximara a hablarle. Pero, aun con eso, la pregunta había cambiado desde que se enteró de la situación de los rehenes. Ya no podía seguir queriendo atacar a Skectral.

-Nunca podré perdonarlo- dijo, un odio nuevo marcando sus palabras, y la mirada de su mentor clavada en él- Por lo que hizo aquí, por lo que le sucedió a esa gente, a los habitantes de esta isla. Jamás perdonaré a Skectral. ¡Y en cierta forma, tampoco puedo perdonarme a mí mismo! Yo mismo he matado a un hombre, maestro, y he vivido más de lo que muchos pueden jactarse, he experimentado el más absoluto horror y he visto maldades incontables. Pero lo que siento ahora por eso... es inútil. Si ataco al dragón, mi madre y otras decenas de personas perecerán al instante. Si intento evadir el destino, se cerrará sobre mí con más fuerza que antes, estrujándome como siempre. Así que sí, entregaré la Estrella Oscura. Entregaré mi escudo. Pero perderé algo más al hacerlo.

Se sostuvieron la mirada un poco más, en silencio. Reed observó como el temor marcaba cada gesto del viejo mago. Notó que era lo que Scarrow esperaba escuchar, lo que temía. Lo había sabido desde hacía mucho antes, lo había previsto hacía meses, al verlo partir a bordo del *Emperador* con su escudo en la espalda.

-Reed...- murmuró.

Desvió él mismo la vista, sin decir nada. Su maestro miraba el suelo.

-No... no quiero que te equivoques. Sólo por eso temía atacar al dragón. No quería imaginarme que pasaras toda tu vida arrepintiéndote, como yo. Entregando todo tu futuro por una inexistente perfección. Que sufieras por toda tu vida...

-¿Qué fue lo que ocurrió, maestro?

Scarrow no respondió, mirando el suelo, y él esperó unos segundos en vano, interpretando aquel silencio como una negativa a hablar. No había mucho más que hacer entonces. Se dispuso a incorporarse, y entonces la vieja voz de su amigo resonó.

-Ocurrió hace tanto tiempo... Y aún siento que fue ayer. Creo que todo lo que marca la vida es así. Se queda contigo para siempre, formándote, obligando tus decisiones como una dolorosa cicatriz. Sí, puedo asegurar que es así.

Se sentó del todo, las palmas entre las piernas y la mirada atenta a su mentor, a su mirada gacha y esquiva, al miedo, viejo y frío impregnado en las palabras.

*Cobardía.*

-Antes de venir aquí, antes de estar en Vant y conocerte a ti y a Cax, solía vivir en Cel-Neckar. Había nacido en un pueblito alejado de Babel, llamado Dour, y pasaba mis días rehuyéndole a aquel lugar para conseguirme una fama, frecuentando nobles que pudieran precisar mi magia, cazando perdidas criaturas y ampliando mis círculos para ascender en el mundo.

»Era joven cuando entré al Geral Veintiún, ¿lo sabías? Era joven y orgulloso, uno de los alumnos estrella del legendario mago inmortal Dordo, miembro clave del consejo

y jactancioso del número Seis que llevaba en mi hombro. Había incluso acompañado a Vannael en algunas de sus misiones, cosa de la cual pocos magos podían presumir, y me sentía feliz de poder considerarlo un amigo. Mi magia comenzó a ser conocida por todo el continente, y no pasó demasiado tiempo hasta que por mi fama los encargos llegaron desde cualquier lado, sea Fariel, sea Kamui o incluso en tierras de Gikeldor...

Hizo una pausa allí, y pareció morderse los labios. Luego prosiguió.

-Vivía feliz. Me jactaba, sí, era arrogante y disfrutaba la vida, pero también me hallaba profundamente avergonzado de mis orígenes. No es que Dour haya sido un pueblo muy impresionante, ¿sabes? Así como tú hace unos años, me irritaba la insoportable sencillez de sus habitantes. Criar ovejas, cultivar, vivir allí ajenos a todo, fuera de toda molestia. ¿Cómo podía interesarme aquello?

»Así que me alejé de aquel pueblo. Prometí viajar y jamás volver a poner pie en aquella mediocridad, jamás relacionarme con ellos. Incluso abandoné a mi propia familia, e hice rumbo hacia todos los lugares que me llamaban, acompañado de mis amigos, de Vannael, de Haluar, o de otros magos del Geral que querían saciar sus ansias de gloria o su curiosidad.

»En mis viajes vi muchas cosas. Uno lo hace, ahora sé que lo sabes. Vi sufrimiento, vi dolor y ambición, vi monstruos de corazón humano y humanos con el alma de un monstruo, fatigando la tierra... Pero también vi sencillez y paz. Vannael mismo me lo dijo en ese momento, que aquellos que parecían estúpidos a mis ojos eran a su manera más sabios que él o yo. Fuertes, consistentes, siguiendo su labor sin traiciones. Fue entonces cuando lo entendí: que llevar una vida feliz poco tenía que ver con matar dragones, o con la fama y la fortuna que perseguía.

»Pero no me importó, y seguí mis aventuras, incluso cuando todos mis amigos habían quedado atrás. Seguí recorriendo el mundo, intentando probar algo, probarme algo a mí mismo, enfrentando seres como nadie nunca los vio.

»Verás, Reed, lo que más me preocupaba en el momento: no Dour, que ya había quedado muy olvidado en mi memoria, sino el simple hecho de que mi asiento en el consejo llevaba la palabra *Cobardía*, marcando mi destino con su oscura letra. Yo quería probar que no era un cobarde. Yo enfrentaba los males del mundo y creaba un futuro mejor, así que, ¿cómo podían osar llamarme así?

»Me imponía aquello con fuerza, buscando que mi fama aplacara el peso de la palabra que fue escrita. Pero no importaba qué dragón aniquilara, qué pueblo salvara, qué mares surcara, la palabra jamás cambiaba. Era una mancha en mi historia, y me hacía desesperar. La magia adivinatoria en Babel me catalogaba de *Cobarde*, incluso después de todo lo que había hecho.

»En mi último viaje a Gikeldor, ya presa de la desesperación... Descubrí algo que me hizo desistir. Abandoné por completo mi tarea, presa de la más fatigosa desesperanza, y decidí plantar pie como mis colegas lo habían hecho, esperando ignorar la palabra del asiento con una vida más calmada, la que solían recomendarme.

»Y fue exactamente allí, mientras me decía que ya nada me quedaba por hacer, que conocí a una muchacha. Sus padres la obligaban a trabajar en la posada de su pueblo, pero no me costó mucho hacer que nos fuéramos. Y el lugar al que decidimos dirigirnos, fue...

-Dour- completó Reed.

Su maestro asintió lentamente, subiendo la vista para clavar sus brillantes ojos verdes en los de su alumno.

-La amaba, ¿maestro?

No comprendía del todo a dónde se dirigía Scarrow con su historia, pero quería saberlo. Quería oír más.

-Sí- le dijo el viejo mago, sin añadir nada más, pero aquella sola palabra contenía tanta emoción que Reed no lo necesitó- Juntos viajamos hacia Dour, dispuestos a pasar nuestros días allí y forjarnos un futuro. Sabes, es probable que la humillante palabra del asiento se hubiese borrado, justo en ese momento, pero a mí ya no me importaba. Me desconecté del Geral, de las aventuras y de mi fama, y viví con Lu años de felicidad. Lu era su nombre. Con ella en Dour disfruté una paz como nunca la había tenido antes, como nunca la volví a tener. Mi feliz estadía en Vant es apenas lo que más se le parece. Poco a poco olvidé mis problemas. Mis colegas magos me llamaban a las reuniones, pero yo estaba desinteresado de aquello, de los grandes hombres y sus conflictos. Quería pasar mi tiempo con Lu, tener hijos, quizás hacer una granja, quizás más adelante viajar, quizás mostrarle las maravillas que ya conocía. Fui feliz.

Scarrow volvió a bajar la vista, y Reed suspiró. Su mirada gris pasó de reojo por la doncella de piedra, el golem que su maestro había creado para separar a Cax y Arksinad. Era una figura menuda, poco importante, el cabello esculpido en una coleta baja y el rostro dulce, apacible. No necesitó saber más que aquello.

-¿Qué pasó entonces?

El viejo hombre quedó callado, tragando saliva, pero esta vez él no dijo nada, esperando tranquilo.

-La paz de Dour terminó. Se vio arrasada al recibir el ataque de un dragón. Y esta vez, luego de tanto, la suerte de mi pueblo natal me importó. Mis padres ya habían muerto, antes de que volviese, sin poder reencontrarnos, pero ya conocía a los habitantes y me sentí profundamente afectado, dispuesto a hacerlo todo. Me importaba. Me importaba por Lu, por los demás, por los animales e incluso por las estúpidas chozas que construían. Me importaba muchísimo, así que decidí enfrentar al dragón. Ignoré los reclamos de mi prometida, de mis amigos y los aldeanos, y marché para cobrar una última batalla contra la cobardía, subiendo al arrecife de montaña donde nuestro nuevo tirano se refugiaba.

-¿Ese dragón era...?

-No, no era Skectral- el cabello canoso de su maestro se sacudió al negar- Pero era un dragón de huesos sí, quizás familiar del que nos acecha ahora. Sabía qué tan fuerte era, pero de cualquier forma decidí atacarlo, movido por un ansia de venganza como la que sé que tienes ahora. Quería corregir ese posible error en mi destino. ¡Si mi vida iba tan bien!

»Subí hacia las cuevas que le hacían de refugio, la construcción rocosa cerca de mi pueblo, con mi báculo en alto y dispuesto a encararlo. Ya muchos pueblerinos habían huido, y había conseguido esconder a otros, pero no iba a estar satisfecho hasta que mi agresor hubiese sido eliminado. Entré a su morada.

Otra vez el silencio.

-¿Logró matarlo?

-No- una mueca triste movió la cara del viejo mago- Lamentablemente no pude. Me planté frente a él, con mi vara cubierta de viento y todo mi instinto puesto en acabarlo. Y hablamos. Su nombre era Karava. Me aseguró que no había necesidad de luchar. Que dejaría el pueblo en unos días. Que le habían obligado a actuar así.

»No me importó. Estaba ciego de ira, sabiendo que pueblerinos habían muerto por él. Quizás lo consideraba mi última prueba. Lo atacué, y él se defendió. Luchamos

durante un largo tiempo; Karava era un dragón viejo, debilitado, y por un momento estuve seguro de que no saldría de allí con vida.

»Pero lo hizo. Herido de gravedad logró forzar mi desmayo, y escapó apresurado.

»Cuando desperté, la felicidad me inundó. Lo había hecho huir. Había defendido mi hogar, mi futuro. Lo había logrado, o eso creía. Cuando bajé al pueblo para comunicarles a Lu y los demás la noticia...

Su voz se quebró unos segundos, e hizo silencio. Reed se hallaba fascinado, triste. Quería oír más, pero al mismo tiempo le aterraba. Lo que había pasado...

-Karava se había cobrado su venganza. Los dragones no perdonan, Reed. Ni olvidan. El pueblo de Dour ya no existía. En su lugar lo que había era una fosa de fuego humeante, donde los cadáveres ya no podían distinguirse entre sí. Los había quemado vivos, a todos, incluso a Lu. Los había forzado a salir de los refugios, calentando la tierra hasta hervirla. No quedaba nada.

Dos gruesas gotas hicieron trazos en las mejillas del viejo hombre. Reed lo observó atento.

-Y así la palabra que fue escrita cobró un nuevo sentido. Yo sería un cobarde siempre, no por el mal, sino por mí mismo. Nunca volví a Dour, ni a Babel, ni a mis amigos ni al consejo. Decidí alejarme de todo. ¿Cómo podía volver, sabiendo que mi odio había terminado con mi pueblo y mi amor? ¿Lo entiendes, Reed? ¡Sabía que Karava no mentía! ¡Los dragones nunca mienten, tampoco! Pero había querido probarme tanto...

Los gruesos gotones se derramaron por su barbilla, humedeciendo la túnica marrón con dos pequeñas manchas negras. Scarrow se estremeció, mostrándose como nunca, angustiado, débil, dejado.

-Nunca me lo podré perdonar. Sólo vi a Vannael luego de ello. Escuchó mi historia, y me recomendó a Vant para retirarme. Nadie me molestaría allí, nadie me conocería. Jamás volví a verlo. Me dirigí aquí, dispuesto a terminar mis días en este pueblo. Hasta que te conocí, no me creí capaz de volver a sonreír.

-¿Qué ocurrió con Karava, maestro?

El hombre alzó la vista.

-Huyó malherido, a otro pueblo. Oí que Vannael fue a enfrentarlo, y lo erradicó de la faz del mundo con un sólo ataque.

Reed asintió. En aquel sentido, el rey mago no le caía mal. Pero parte de lo que Scarrow le había contado le seguía dando vueltas en la cabeza. Aquel viejo dragón de huesos que había querido huir había dicho ser *obligado* a atacar Dour. Obligado. Si eso era cierto, se correspondía con la teoría de Arksinad. Si su maestro supiera que Vannael mismo había ordenado el ataque de Karava a su pueblo, ¿qué pensaría? Se sentía feliz de no haberle dicho nada de aquello.

-Reed...- la voz de su mentor estaba reseca por el llanto, pero en ella había una nueva energía. Había logrado abrirse, descargar lo que había vivido.- Si de verdad quieres atacar a Skectral, estaré allí para ti. Pero...

-No- dijo él, tomándolo de las manos, y sonrió. Tenía sus propios ojos humedecidos, pero asentía- Está bien, maestro. Nada realmente importa. Puedo soportarlo. Daivok, Skectral, incluso lo suyo. Aceptaré este destino.

Se miraron, ambos escudriñándose, y Reed sonrió apenas. Se sentía profundamente triste.

-Reed, dame tu mano- dijo de pronto el viejo mago.

Titubeó, soltó las manos que sostenía y se arremangó el brazo derecho, acercándolo a Scarrow.

-He pensado...- dijo su mentor, examinándolo detenidamente- Que podríamos hacer un Sello de Convocación entre nosotros. ¿Sabes lo que es?

Asintió.

-Arksinad tiene uno.

El dedo de Scarrow se apoyó sobre su muñeca, y Reed sintió que le quemaba de una forma extraña, helada. Soportó la sensación y observó cómo le dibujaban una intrincada runa en la piel blanca y tersa.

-Si necesitas mi ayuda, Reed, sólo tócalo y piénsalo. Estaré allí para ti.

Miró la mano de su maestro, su expresión concentrada y sonrió de nuevo. Podía confiar en él. Scarrow había vivido lo mismo, había enfrentado la misma decisión y las cosas habían salido tan mal como creía. Eran, en cierta forma, iguales, aunque Reed se sentía tan sólo diferente por la muerte de Daivok.

De cualquier forma, ya lo había dicho: nada realmente importaba. Estaba escrito, debía soportarlo, encararlo. Así era la vida, y tenía la oportunidad de descubrirlo sin el dolor que había pasado aquel hombre.

-Listo- sonrió Scarrow, dejando a Reed ver la marca. El sello de convocación resplandecía apenas, azulado, no muy grande ni notable, mucho más prolijo del que Arksinad usaba para llamar a Merady.

Pasó sus dedos por la piel, sintiendo la pequeña concentración de magia en el símbolo. Se hallaba disperso, distraído. Había pasado mucho y necesitaba buenas horas de sueño para incorporarlo.

Estuvo a punto de pedirle a su maestro lo contrario, que le enseñara a hacerle un sello a él, para poder corresponderle. Lo interrumpió un estruendo, unos pasos agitados y un sonido por toda la guarida. Un hombre se aproximó corriendo, ingresando al claro.

-¡Scarrow! ¡Scarrow!

-¿Qué ocurre?- el mago se incorporó, atento. El recién llegado estaba cubierto de un sudor perlado, frío. Se secó la frente, dirigiéndole una mirada perdida a Reed, y luego sollozó, conteniendo una profunda angustia.

Supo que no quería escuchar lo que vendría. Ni él ni su viejo amigo. El mensajero habló de cualquier forma.

-No te podía encontrar... -gimió, temblando- El... el palacio de mármol... ¡Skectral ha vuelto! ¡Lo ha hecho! ¡Atacó a los rehenes!

## 15. Cuando El Dragón Cae -Primera Parte-

La noticia recorrió la guarida de los rebeldes, llegando a oídos de todos incluso antes de que amaneciera: Skectral había vuelto a la isla, y su primera obra había sido derrumbar la parte del edificio donde se albergaban las decenas de habitantes que tenía capturados, con uno de sus poderosos relámpagos.

La reacción general fue como un estallido. No sólo cada uno, sino en completo unísono todos explotaron, hartos de todo, y decidieron atacar al tirano. Los gritos comenzaron a sucederse, uno tras otro. Scarrow intentaba calmarlos con sabias palabras, pero Reed veía cómo los mismos puños del viejo mago temblaban.

No.

Ahora todo había cambiado. No sólo Skectral ya no tenía a los rehenes, sino que además había cometido la villanía de atacarlos sin causa.

Las cosas habían dado una vuelta de tuerca rápida. Reed corrió siguiendo a su maestro, encontrándose con un sorprendido Reaper y un sorprendido Eluid en el pasillo, ambos ya vestidos.

-¡Reed!- el de Kamui se le aproximó, corriendo- Están entrando a los rehenes como refugiados. ¡Los lograron sacar de los escombros!

Asintió, con el corazón latiendo con más fuerza. Existía la posibilidad de que su madre estuviera viva. Había visto el incompleto palacio de mármol desde lejos, y su estructura era lo suficientemente grande y dispersa como para que pudieran haber sobrevivido a un derrumbe interior. Debía ser así.

Corrió por los pasillos subterráneos, acompañado de ambos guerreros, mientras Scarrow quedaba atrás, deteniendo a hombres que salían de sus habitaciones armados, dispuestos a iniciar pelea. No era pelea de cualquier modo lo que Reed quería en aquel momento, aunque la excitación comenzaba a incorporarse en él. No. Quería primero ver si su madre vivía.

Luego...

Recordó lo que su maestro le había contado, y cerró los ojos durante unos segundos mientras recorría el recto camino. Había sido triste, personal, pero creía que ya no importaba. Ni siquiera eso. Si no atacaban a Skectral por su cuenta, alguien más lo haría. Si no se vengaba de Skectral, él, si no lo mataba...

-A la derecha- direccionó Eluid, y ambos lo siguieron. Era un largo recorrido hacia la entrada por donde transportaban a los heridos del ataque del dragón. Reed se preguntó qué estaría pensando el hermano de Merady sobre ese giro de los hechos. Aunque su semblante estaba preocupado, debía de estar dándose cuenta de que aquello hacía que las cosas pudieran volver al plan original.

Ingresaron a una sala de preparación donde varios hombres disponían colchones improvisados y camillas para la gente que iban pasando, uno por uno, a lo largo de una entrada abierta por la que la verde oscuridad se filtraba. Aquel pasaje no debía de estar muy alejado del palacio de mármol.

Reed recorrió el lugar con la vista. Lyder o Ibmem no se hallaban allí, pero Caxer sí. Su hermano parecía presa del sueño y se hallaba sentado al lado de un cuerpo, aplicándole magia curativa a las profundas heridas que tenía en la piel. Observó unos segundos al hombre tendido, la carne viva donde un bloque de piedra le había caído, y cómo el tejido se recomponía lentamente, acelerado por la magia del pequeño.

Hechizos curativos. Quien dijera que Cax era inútil se iba a llevar varias sorpresas.

-¿Y madre?- preguntó.

El niño se inclinó de hombros. Era claro que prefería ni pensar en aquello.

Asintió y se acercó a la entrada del túnel. Otro cuerpo estaba siendo bajado, una robusta mujer que apenas podía respirar. Quizás estaba ciega. Eluid y él la tomaron de las axilas y los pies, depositándola en otro colchón formado de mantas.

Más y más heridos ingresaban por el túnel, ayudados por hombres de afuera que los conducían. Supuso que era un trabajo tensionante, sabiendo que el dragón podía aparecer por allí en cualquier momento, detectar lo que hacían y la guarida.

-¡Otra! ¡Cuidado!- gritó una voz arriba.

Contuvo el aliento mientras bajaban a otra mujer. No tuvo dudas, reconociéndola al instante.

-¡Madre!

Majaka Id Vant no estaba famélica, como la había imaginado, pero permanecía inconsciente y se había dado fuertes golpes en la cabeza, donde unos hematomas casi violáceos abundaban. Tomó a la mujer con cuidado de los pies, y Reaper lo ayudó a bajarla.

No tenían ninguna camilla ya, así que Eluid se quitó la capa y la depositó en el suelo. La tendieron sobre ello y pronto Reed se le arrodilló, consternado.

-¡Cax!

Su hermano se aproximó, presto, y la observó. Sólo le tomó unos segundos sonreír.

-¡Está viva! ¡Respira! Sólo son heridas leves.

El alivio fue tanto que creyó que la vista se le nublaba. El rostro de su madre, ya algo avejentado, le trajo viejos recuerdos de su infancia. Era muy similar a él, quizás exageradamente, con el rostro ancho y los ojos ahora cerrados de color gris. Recordar aquellos ojos lo trajo de vuelta a los ojos de su padre, a su última mirada, ya cadáver.

No iba a perdonarle nada a Skectral.

Se dirigió al agujero, a seguir ayudando. Que su madre estuviera allí no era excusa para limitar lo que pudiera hacer por los demás heridos. Pronto la habitación se llenó, tanto de gente que venía a ayudar, de gente armada que debieron contener para que no salieran hacia el palacio, y de nuevos cuerpos que entraban por el agujero, cada vez más rápidamente en cuanto el miedo de los de arriba aumentaba.

Poco a poco el número de ingresantes fue disminuyendo. El último cuerpo fue el de un viejo, delgado y a quien las rocas habían golpeado de lleno al desprenderse con aquel

trueno. Dos hombres fornidos lo bajaron con cuidado, y tanto él como Eluid lo recibieron, buscando algún lugar donde ponerlo mientras Reaper convencía a los enojados refugiados de detener cualquier intento de lucha y ocuparse en atender a los heridos.

La piel del viejo estaba helada. El peso carecía de presencia.

Estaba muerto.

Levantó la vista hacia Eluid, y el cazadragones asintió, comprendiendo lo mismo. Lo depositaron suavemente sobre la tierra. Hubiera jurado que el de Cel-Neckar había perdido unos tonos en el color de su piel.

La trampa sobre sus cabezas se cerró, y pronto el refugio pareció perder algo de aire, algo de vida, algo de color, incluso librado de la opresiva negrura del exterior. Hubo una especie de silencio, contrapuesto con las discusiones que hacían los hombres que ingresaban, armados con bastones y hierros y dispuestos a enfrentar a Skectral ahora mismo. Reaper intentaba contenerlos, pero ellos gritaban y rugían, hastiados ya de todo, y entonces Reed comprendió que al guerrero le sería imposible calmarlos.

Se aclaró la garganta.

-¡Atacaremos a Skectral!

Los que discutían callaron, dejando de insistirle al kamuita. Todos se dieron vuelta y lo miraron. Él los miró a su vez, a todos, a los ojos que reflejaban su ira, su dolor. A su lado, Eluid asintió acompañándolo.

-¡Lo mataremos!- continuó- ¡Pero deben esperar! Si marchamos ahora, ciegos de furia, sólo seremos más víctimas en su cuenta. Matar a un dragón no es tarea tan sencilla. ¡Esta noche planearemos, pero luego, sin duda caerá!

-¿Y a cuántos dragones has matado, Reed Id Vant?- uno de los rebeldes se aproximó, chocando contra el brazo extendido de Reaper- ¿Cuánto crees haber vivido, para hablar así?

-Repite mis palabras- interfirió Eluid a su lado, adelantándose sonriente- Porque me ha oído y porque yo sí he matado dragones, decenas y decenas de ellos.

El rebelde retrocedió un paso, intimidado por el cazadragones. El joven a su vez incrementó su sonrisa y señaló a Reed.

-No les está diciendo que dejemos ir a Skectral. Les está pidiendo que aseguremos una victoria. Pero si realmente desean marchar ahora contra ese gusano, sin plan de por medio, estaré de lo más contento en permitirles ir. Claro está, me pregunto con qué utensilio me será más fácil raspar sus restos de los suelos del palacio luego de que realmente lo hayamos matado.

Aquello pareció bastar. Los hombros de aquellos futuros vengadores se aflojaron, sus miradas se detuvieron unos segundos en el piso y a los pocos segundos se encontraban ya ayudando en lo que importaba: cargar a los heridos hacia las habitaciones, donde pudieran ser atendidos correctamente.

-Algo grande va a iniciar- le sonrió el cazadragones- Gracias a ti, Reed Id Vant.

Asintió, viendo de reojo el cuerpo inconsciente de su madre. Se hallaba en cierta forma distraído, más sereno que nunca. Reaper hizo un gesto y se fue por la puerta.

-Iré a despertar a boca-cortada. Estoy seguro de que podrá ayudar.

Desapareció por allí, cruzándose a la lejanía con un preocupado capitán Lyder que corrió hacia ellos. El hombre se aproximó a Reed, agitado.

-Sorrow me lo contó todo. Tu madre...

-Está bien. Pero aún no sabemos cuál es la situación.

-Registramos un avistamiento de Skectral, hace unos momentos- dijo el capitán, secándose el sudor de la frente con la manga. Luego lo miró de reojo, a él y a Eluid.

Su mirada se detuvo unos segundos, como si de repente se le hubiese ocurrido algo terrible. Parpadeó un tiempo, desorientado. Reed pensó que jamás lo había visto así.

-¿Capitán?

-Traeré ayuda... de mi barco- ladeó la cabeza unos segundos, presa de alguna clase de hipnosis- Eluid, ¿podrías indicarme cómo llegar a la entrada por la que ingresamos?

-Claro- asintió el cazadragones, y se entregó a ello. Reed suspiró, separándose de ellos dos, y se arrodilló junto a su madre, tomando su mano entre las suyas, sintiéndola estar viva, mientras más allá Caxer curaba a los que se hallaban en estado más crítico, un sólo niño, poco ante la oleada de inconscientes, heridos y muertos que se presentaba ante él.

Al final, los daños causados fueron en cierta forma menores de los que Reed había temido, aún siendo significativos. Del más de medio centenar de personas que Skectral mantenía cautivo en su palacio de mármol, cinco se hallaban milagrosamente sanos, alrededor de treinta o cuarenta tenían heridas graves pero no intratables, menos de media docena se hallaba en estado crítico, al borde de la muerte, y tres habían muerto, sea por los golpes de las rocas o por la conmoción de lo sucedido.

Aquel dato importó poco o nada en las mentes de los rebeldes, que tomaron el suceso con la misma fuerza que lo hubieran hecho de haber Skectral aniquilado a todos. Pronto Reed no pudo recorrer los largos recodos de la guarida sin oír constantemente las exclamaciones de odio, los rugidos, los juramentos y llamados a armas que se hacían todos, enfurecidos y dispuestos a atacar, organizándose con un ímpetu que jamás habría creído existiría en la isla.

No pasó mucho tiempo hasta que Eluid y Reaper recibieron pedidos para entrenar, de grupos de granjeros que jamás habían cargado algo más que una hoz en su vida. Un par incluso se dirigió hacia Cax, con la esperanza de albergar algún tipo de talento mágico en sus cuerpos, pero el niño se hallaba enfrascado atendiendo a los heridos –al parecer, Arksinad no entendía un comino de magia curativa- y el pedido quedó en la nada. Aun así, que siquiera aquello hubiera ocurrido sorprendía a Reed enormemente. Conocía a los habitantes de Vant, los de Tikielder, conocía lo orgullosos que eran, lo reacios al cambio y a lo que afectaba la tradición, la costumbre. Rebajarse a pedir entrenamiento a lo que seguro consideraban niños o extranjeros debía de haber sido un duro golpe para ellos.

Lo que probaba aun más que la ira estaba venciendo todo. La sensación general se incrementaba más y más y pronto vio como hasta las mujeres se sumergían en ello, dispuestas a prestar lucha tanto como sus esposos e hijos.

Pronto Scarrow organizó un gran banquete con lo que Van Lyder trajera de su barco, como método para reunirlos a todos y ordenar las ideas. Reed no estaba seguro

de qué pretendía exactamente su maestro con aquello, pero en verdad no le importaba: en cualquier caso, sería perfecto para aclarar las cosas de una vez.

En un frenesí, todo se delimitaba, lo conducía hacia el final glorioso que había ansiado. Ya no había demoras, ya no había excusas, ya no había lamentos. Scarrow debía comprenderlo. Su historia no terminaría como la de Dour; no permitiría que fuese así.

Como lo veía, analizándolo con frialdad, el error de aquel joven Scarrow había sido apresurarse, desconfiar de sus compañeros, de quienes le habían aconsejado. Karava podría haber huido, sí, pero también podría haber muerto de haber sido atacado por el mago y otros miembros del Geral, incluso por Vannael. Su maestro no había buscado aliados, y su pueblo había perecido. El pueblo de Eluid también había ardido, desprovisto de héroes que lo salvaran. Pero Vant, Tikielder le tenía a él, tenía a Reaper Assadan, Arksinad Eel, incluso la tripulación del *Emperador*, aldeanos dispuestos a entregar la vida y tanto a un viejo Scarrow como a un Eluid para cobrarse venganzas de años pasados. *Búscate aliados*, le había dicho su maestro, y en cierta forma lo había dicho reconociendo aquel error. No importaba. Lo había hecho. Tenía aliados, amigos que sabía arriesgarían la vida junto a él. Estarían con él en la cena, y le seguirían hacia donde fuese.

Pasó el resto del día oyendo las discusiones, las maldiciones, los gritos y recorriendo el lugar, haciendo lo que pudiera para ser de ayuda. Caxer iba de habitación en habitación, usando su magia con cada cuerpo, ignorando las heridas leves o tratables con ungüentos para demorarse en las contusiones del cráneo, en los huesos expuestos y las altas fiebres. Se dedicó a seguirlo, alcanzándole cualquier cosa le pidiera, atento a cómo trabajaba, acompañado de Arksinad que utilizaba hechizos para relajar a los pacientes y hacerles dormir.

-En realidad- le confesó el brujo en un momento, viendo a Cax curar a un hombre al que las rocas habían roto varias costillas- No existe tal cosa como “magia curativa”. Toda la magia curativa es sólo magia de cuerpo, que acelera lo que este ya hace. Es decir, si el cuerpo no puede curarse a la larga... la magia no lo hará a la corta.

Su hermanito los interrumpió, suspirando agotado y echándose hacia atrás.

-El maestro quiere que entrene esta noche- dio un quejido superado, difícil de atribuir a un niño, y se incorporó con dificultad quitándose el polvo de la túnica- Si sigo así, no me podré mover mañana. ¿Dónde es la habitación siguiente?

Pasaron por varias camas, incluida la de Majaka Id Vant, y Reed vio a su hermano obrar hasta el punto de estar exhausto, agotado de tanta magia, distribuyendo su maná equitativamente entre todos los heridos.

Con su madre sólo curó un poco las heridas de la cabeza, donde los hematomas se habían aflojado para ser una mancha de un color verde muy oscuro, mohoso. Majaka seguía inconsciente, y el niño dedujo que despertaría en unas cuantas horas.

-Mamá se dio un buen golpe- afirmó- Debe de haber estado cerca del muro cuando el dragón atacó.

*Es una suerte que la tengamos aquí,* leyó Reed en sus grandes ojos, pero el niño no dijo nada más.

Aquello le hizo recordar que quería saber exactamente cómo había actuado el dragón en aquel atentado. Al preguntar a los que estaban conscientes, poco pudo conseguir. La mayoría admitió no haber visto al dragón, pero sí oír el estruendo y perder la consciencia, y muchos afirmaron haber visto el relámpago que impactó la cúpula donde se alojaban, golpeando el punto donde la estructura en construcción se hallaba más débil y provocando aquel desmoronamiento.

Fuera como fuera, le hervía la sangre al oírlo. Había muerto más gente. Su madre pudo haber sido una de ellos... Pero aquella jugada le había costado mucho a Skectral. Había sido muy, muy, muy estúpida para un ser que podía jactarse de poseer una inteligencia sobrehumana: le negaba su poder de mantener un rehén, y quitaba a Reed de toda obligación de negociar entregar la Estrella Oscura.

El pensamiento le hizo volver la mente hacia su escudo, que llevaba en la espalda. No había querido separarse de él en las últimas horas, aterrado al saber qué tan cerca los hilos del destino habían estado por conducirlo a dejar de tenerlo por siempre. Era una carga liviana, feliz, un recordatorio de cómo todo podía siempre cambiar.

Van Lyder regresó al atardecer, antes de que se ocultara el sol, aprovechando que la larga ausencia del dragón había alterado la presencia de los guardias costeros y acompañado de una decena de hombres de su tripulación –incluida Bella- que le ayudaron a descargar muchas de las provisiones del barco: aceite, carne en salazón, granos y otros alimentos en conserva, así como antorchas de mano y armas, telas para abrigarse y algo de mantequilla.

Había sido un trabajo rápido el de transportarlas, ayudados por su experiencia en el contrabando, y los habitantes del refugio recibieron todo con los brazos abiertos, más que agradecidos.

El capitán había separado otros paquetes, especialmente para ellos. Entregó a Caxer una túnica nueva, de color violeta y cargada de adornos, que el niño arrancó de sus manos con un agradecimiento prolongado y corrió a ponerse, entusiasmado.

A Reed se le aproximó con algo envuelto, que le entregó silencioso. El joven lo abrió de un tirón, casi tan excitado como su hermano, y lo deslumbró una nueva espada corta, de forma distinta a las que antes le habían dado, aserrada y con intrincados diseños, tan filosa que parecía cortar el aire mismo.

-¡Muchas gracias!

-No tienes qué agradecer- Van Lyder sonrió y luego ladeó la cabeza- Error, tienes mucho que agradecer. Armas como esa no se hallan en todos lados. Su nombre es *Signus*.

Asintió, entusiasmado, y observó como la luz mágica de la sala se reflejaba en aquel acero blanco, extraño. Puso una mano tras la espalda y la blandió hacia adelante, echando sonidos cortantes. Era un arma impresionante, y no quería saber de dónde la había sacado el buen capitán.

Lyder sacó otro paquete alargado, y Reaper, que se hallaba a su lado, observó como el capitán avanzaba hacia él. A su costado, apoyada sobre la tierra, Necrostacia lanzó un quejido prolongado, quizás creyendo estar a punto de ser reemplazada por otra espada.

Reaper le chistó, y la legendaria le chistó de vuelta, más largo. El guerrero puso los ojos en blanco.

La mirada se le serenó al ver lo que el hombre le tendía. No era ningún arma, en absoluto, sino un largo manuscrito de hojas amarillentas y gastadas.

-Esto llegó a mí hace algunos años- le dijo- Por la caligrafía y la firma, puedo adivinar que pertenecían a tu padre.

El joven las revisó, su rostro áspero marcado por la obvia emoción del reconocimiento.

-¿De dónde las sacaste?

Van Lyder se encogió de hombros.

-Explican sobre la magia de luz que Osald investigaba, magia divina de gran rareza en el mundo. Sé que la magia no es lo tuyo, pero... Creí que querrías tenerlo.

Assadan lo miró a los ojos, y asintió, guardando el manuscrito bajo su abrigo negro. Necrostacia dio un canturreo suave, contenta de no enfrentarse a ninguna competencia por el dominio de las manos de su amo.

-Gracias.

No hubo más regalos desde allí, pero tampoco hubo tiempo de disfrutar los presentes ya que los preparativos para la cena debieron organizarse. La noche pronto llegaría y había largas mesas que servir, bancas que ordenar y comida que preparar. Scarrow había organizado ya a un gran grupo de rebeldes que se ganaban la vida ayudando al mago a mantener el orden en la guarida, y fueron ellos mismos los que pusieron manos a la obra para armar el banquete que se daría, abrir los toneles de cerveza, distribuir el alimento...

El trío, acompañado de Eluid, Caxer y el capitán, miraban sentados cómo ocurría todo, asistiendo con lo que podían sin animarse a mucho por no querer estorbar. No pasó demasiado tiempo, relajados como estaban, hasta que la noche llegó y pronto la gente comenzó a inundar el salón, dejándolo aun más ocupado que cómo estaba cuando habían llegado por primera vez.

La comida era, supuestamente, un modo de festejar el hecho de que los rehenes se habían recuperado. En realidad Reed dudaba que aquel fuera el espíritu general: festejaban, sí, y comían a grandes bocados, muchos gritando o riendo, pero había una expectación en todos, el saber que aquella gran reunión tenía otro propósito: el de

decidir cómo actuar. El ánimo del pueblo no se calmaría hasta que la situación actual terminara, no había lugar para verdaderos festejos mientras durara.

Estaban furiosos. Los ojos de Reed pasaban de sonrisa a sonrisa, de rostro en rostro. Las miradas de los refugiados estaban cargadas de una hostilidad que parecía a punto de explotar en cualquier momento, y sin embargo ninguna pelea se desató en toda la noche, pues sabían quién era el verdadero enemigo. Todo aquello, si bien terrible y tan diferente al Vant que había llegado a extrañar, le produjo una embriagadora sensación. Sabía que estaban con él.

La celebración continuó hasta bien entrada la noche, con la cerveza corriendo libre y los cantos desafinados. La mesa en la que ellos se hallaban ahora era la misma en la que habían estado cuando apenas llegaron, días atrás. De vez en cuando Reed podía ver cómo las miradas de todos se clavaban en ellos, en Scarrow, Eluid y él, incluso a veces en Reaper. Tragó saliva. Eran formas de verlos distintas, diferentes a las acusaciones que había recibido entonces. Aquella gente estaba esperando.

El caza-dragones parecía muy contento con aquello, comiendo con buen ánimo y charlando con Reaper. El único que parecía ligeramente incómodo era Van Lyder, su mirada sería recorriendo la multitud en silencio; cada tanto regalaba vagos gestos a los tripulantes que había traído al refugio.

Cuando ya casi no quedaba cerveza en los toneles, un hombre fornido se incorporó, alzando su jarra medio vacía, la espuma chorreando a los costados por el movimiento.

-¡Por Skectral!- rio- ¡Maldito mil veces!

Muchos lo imitaron, entre gritos, insultos y carcajadas. Reed observaba a varios mientras los recordaba arando, peleando por propiedades, criando a sus hijos. Lo que el peligro hacía a los pueblos... La isla jamás volvería a ser la misma.

-¡El dragón debe morir!- gritaron otros, al unísono.

Hubo asentimientos generales. Eluid sonrió aun más y Scarrow bajó la vista, pensativo.

-¡Muerte al tirano! ¡Quemó nuestras casas, a nuestras familias! ¡Destruyó la vida en Tikielder!

Los ánimos comenzaban a propagarse más y más. Observó la expresión seria de Reaper, y el rostro melancólico de su maestro. Había un silencio expectante en la mesa principal. Lo que estaba ocurriendo lo esperaban, como una tormenta por desatarse.

-¡Muerte!

El que había gritado a su lado era Eluid, dando una carcajada y tomando de un sólo trago su jarra de cerveza. Ninguno de los otros dijo nada por un momento, y luego las voces comenzaron a corearlo, una tras una, en un frenesí similar al redoble de los tambores, los vasos golpeando las tablas, las rodillas flexionándose como una marcha, golpe tras golpe, pierna tras suelo y brazo al cielo, rugido abismal resonando en el salón:

-¡Muerte al dragón! ¡Muerte al dragón! ¡Muerte al dragón!

Van Lyder chasqueó la lengua, disgustado. Caxer también aplaudía, y una sonrisa se asomó tanto en los labios de Reaper como de Arksinad. Sólo Scarrow permanecía mudo, hundido en sí mismo.

-¡MUERTE A SKECTRAL! ¡MUERTE AL DRAGÓN!- los alaridos resonaron con más fuerza. Varias jarras fueron arrojadas al suelo, pero el estallido del vidrio quedó totalmente desapercibido ante el fervor, ante el coro que exigía venganza con más y más violencia. Niños, mujeres, hombres, ancianos, todos levantaban sus copas y brindaban a salud del ser que querían eliminar, descargaban su ira y se unificaban, clamor tras

clamor. Reaper mostraba los dientes, Caxer también se les había sumado junto con Eluid, y Arksinad ya levantaba el brazo.

El grito de Van Lyder hizo callar a todos.

-¿Es que están dementes?!

Las voces se apagaron, poco a poco. El capitán se había incorporado, respirando agitado, su copa de vino derramada y goteando desde la mesa.

-¿Matar al dragón? ¿Muerte a Skectral? ¡Entiendo su ira, créanme! ¡Pero lo que dicen es locura! ¡Todos van a morir!

Se produjo el silencio. Había miradas hostiles sobre el marinero, pero él no se dejó amedrentar. Alzó la vista, encarando a todos.

-Ustedes son granjeros. No conocen de luchar. No...

-¡Pues enséñanos, extranjero!- gritó un viejo arrugado, y muchos lo corearon- ¡Enseñanos a no morir! ¡Pero no esperes que estemos aquí de brazos cruzados mientras ese monstruo nos consume!

-¡Yo les enseñaré!- Eluid se puso de pie también, sonriendo feroz- Si lo que reclaman es venganza, venganza puedo respetar. Los ayudaré a...

-Seguro todo esto te ha convenido mucho, ¿no, Eluid?

Van Lyder observaba al cazadragones con una expresión de lo más extraña en el rostro. El joven se interrumpió y lo encaró, sus ojos azules escarcha.

-¿Insinúas algo?

El hombre no tuvo tiempo de contestar, porque Reed se incorporó de un salto, al lado de su nuevo amigo.

-Capitán. Prometió que estaría conmigo.

Distintas emociones recorrieron el rostro de Lyder. La cara se le contrajo en algo que podía haber sido miedo, otra acusación, indignación y al final pena.

Bajó los ojos, dándole una última mirada a Eluid.

-Y lo haré, Reed Id Vant.

Asintió, en un mudo agradecimiento. Algo ardiente le subía por el pecho. Observó la sala, muchas miradas estaban clavadas en él, atentas, expectantes. Dio un último vistazo al rostro cabizbajo de Scarrow e incorporó un brazo al cielo.

-¡Gente de Tikielder! ¡Mataremos al dragón!

Todos asintieron, decididos. Reed sintió parte de su corazón romperse al ver, por unos segundos, el rostro desolado de su maestro aceptar aquel destino. Que le perdonara, que entendiera lo que ocurría. Él había fallado, sí, pero no había razones para creer que su alumno fuera a imitarlo. Tenían oportunidades. Podían hacerlo.

-¡Podemos hacerlo!- gritó.

Los vítores lo sorprendieron. Todos gritaron, celebrando, y levantaron de nuevo las jarras hacia él. La emoción lo embriagaba. A su lado Eluid le sonreía, animándolo a más.

Se serenó.

-Podemos hacerlo... Pero no debemos arriesgarnos a perder. Entiendo cómo se sienten, y el capitán también lo hace- hizo un vistazo al hombre, y pasó sus ojos de reojo por la mesa. Arksinad, Reaper y Caxer ya se habían incorporado junto con él, sonrientes- No todos iremos allí a enfrentarlo. Primero planearemos. Habrá tiempo de sobra. ¡No se arriesguen a perder más vidas! Si algo sé ahora –miró a su maestro por última vez, y luego encaró a la muchedumbre con más fuerza que antes- ¡Es que Skectral caerá!

Los últimos vítores resonaron por todo el salón, aturdiendo. Arriba, sobre la tierra de la superficie donde el gusano gobernaba, el sonido debía de estar causando derrumbes.

Prosiguieron un largo rato, lleno de brindis, abrazos, lágrimas y cantos. Luego poco a poco todos callaron, al ver a Scarrow incorporarse.

El viejo mago parecía sereno, observándolos a todos. Miró a Reed un largo rato, asintiendo con aceptación, y el muchacho creyó que nunca habría podido estar tan agradecido con su viejo mentor como en aquel momento.

-Scarrow...- comenzó Van Lyder, pero el mago alzó una mano.

-Van. No te preocupes.

Su voz resonó por todo el salón, incrementada por la magia.

-¡Habitantes de Tikielder, unidos por venganza!- dijo, y todos callaron atentos- Apoyaré a mi alumno hasta la muerte, pero no quiero que ustedes hagan lo mismo de ninguna forma. ¡Todos los que sean guerreros, quienes hayan tenido experiencia con armas, se pondrán bajo el entrenamiento y la supervisión de Ibmema Id Ossat!

Los rostros se voltearon hacia el viejo soldado, sentado rodeado por otros brutos que vitoreaban y bebían, en silencio. Un orgullo extraño pasó por su rostro quemado, y asintió con los ojos brillando. Era claro que había estado esperando aquel momento.

-Ibmema es un soldado con experiencia- mencionó Scarrow Arderaid- y ha sobrevivido al dragón. Sabrá cómo entrenarlos, qué hacer de ustedes. Sabrá si tienen oportunidades o no... Los que no hayan luchado, ¡tengan fe! ¡En Reed, en sus compañeros y en mí! ¡Tengan esperanza! Antes de los tres días, ¡la isla será liberada!

Era una promesa increíble, y sirvió como cierre del festín. Los últimos festejos se celebraron y pronto todos volvieron a perderse en la música y el alcohol, prolongando la jornada hasta bien entrada la luna y hasta que el sol emergió del este, haciendo resplandecer las nubes esmeraldas que cubrían todo el territorio.

Reed se acostó en ese momento, agotado, entrando al acogedor abrazo de su colchón con brazos abiertos, su escudo al lado y el corazón contento. La decisión no sólo estaba tomada, sino también firmada. Podía relajarse.

Al menos, hasta que ocurriera el enfrentamiento.

La siguiente mañana en Tikielder fue de lo más animada. Reed se despertó lleno de vitalidad, desayunó llevándose la comida a su propia cama –sobras frías de lo de anoche, en verdad, pero deliciosas- y pasó gran parte de las primeras horas del día caminando por los corredores del lugar, viendo las habitaciones donde Ibmema hacía pruebas a los soldados, seleccionaba quienes servirían para luchar y los obligaba a blandir la espada contra él, con resultados desastrosos. No importaba. El sólo hecho de ver a algunos de los antiguos agricultores blandir una espada, de ver a los viejos amigos de su padre luchando mano a mano para tener una oportunidad de salvar al pueblo lo llenaba de un inusitado orgullo.

El grupo también había puesto manos a la obra. Caxer seguía revisando a los enfermos, habitación tras habitación. Scarrow, Eluid y Van Lyder se juntaban en la sala general, diseñando el plan para matar al dragón. Arksinad y Reaper pasaban los días también entrenando o paseando, ayudando en lo que hiciera falta.

A la tarde recibió un llamado de un mensajero desconocido: su madre había despertado. Corrió de inmediato a verla, sabiendo dónde se hallaba tras haberla intentado despertar varias veces.

La habitación de Majaka Id Vant estaba clara y silenciosa, apacible. La mujer se encontraba reposando con la espalda apoyada en el borde de una improvisada cama, el rostro vendado pero ya desinflamado, tranquilo. Caxer había dicho que el derrumbe no le había causado daños significativos, pero Reed creía que eso sólo había querido significar que no había riesgos severos de muerte.

-¡Madre!

-Reed...

Majaka sonreía y sostenía la mano de Caxer en la suya. El niño, enfermo siempre en su infancia, había sido su favorito durante mucho tiempo, aunque a Reed no le importaba. Se arrodilló junto a ella, desviando la vista hacia atrás. Tanto Scarrow como Van Lyder se hallaban allí también. La emoción había hecho que no los viera al pasar.

-¿Te sientes bien?

-Pensé que... pensé que no volvería a verte... Que te habías salvado...

Inclinó la cabeza, afectado.

-Estoy aquí.

La mujer sonrió, observando a sus dos hijos. Los duros días que había vivido, la pérdida de Reed y la muerte de su esposo le habían dejado marcas en el anteriormente bello rostro, pero seguía siendo joven. Van Lyder tosió y se adelantó un paso.

-Señora. ¿Podría hacerle unas preguntas?

Confundidos, tanto ella como sus hijos miraron al hombre, quien no perdió el tiempo para hablar.

-Cuando Skectral derrumbó el palacio... ¿entró desde el techo?

Reed se volteó para observar a su madre, expectante. No entendía qué quería saber el capitán realmente, pero suponía que tenía que ver con el plan que tramaban para matar a la bestia. Eluid mismo le había dicho que todos los detalles eran importantes en una cacería de dragones.

Majaka cerró los ojos unos segundos. Parecía dolerle recordar.

-No... No lo sé. Había tanto polvo...

-Pero si no me equivoco, usted fue una de las que más cerca de las altas ventanas estuvo. Debió de haber visto al dragón cuando arrojó el relámpago.

-Intenta recordar, Majaka- sonrió Scarrow amablemente, y la mujer le intentó corresponder con una extraña mueca- Si no puedes hacerlo, no te preocupes y duerme. Otros también lo habrán visto.

-No entró- respondió su madre con más resolución- Lo hizo desde afuera. No lo vimos... Nos tomó de sorpresa.

Van Lyder asintió con un gesto nuevo, mirándola a los ojos, dio las gracias y se retiró de allí. Tanto Caxer como Reed se miraron y se inclinaron de hombros, sin entender demasiado.

Luego de un rato su hermano tuvo que irse, a atender a los otros heridos que podían haber despertado y cambiar algunos vendajes. Scarrow se fue al rato, a seguir organizando las cosas, y él se mantuvo a solas con su madre, sentado a su lado,

contándole cosas y viéndola dormir, sin saber realmente qué hacer. Se pondría mejor. Se había dado un buen golpe que la podría haber matado, y aquella sería otra de las razones por las que nunca perdonaría a Skectral, pero sabía que se mejoraría.

No la había perdido.

Le habló, dormida o despierta. Le contó de sus viajes, de sus amigos, de cuánto la había extrañado. Le habló mientras la veía entrecerrar los ojos, de los lugares que había visitado y de quienes había conocido. Majaka asentía, le contestaba algunas cosas, reía con otras, interesada en conocer más. Sabía que era una mente distinta, y que no podía decirle mucho. Si le contaba de los daevas, de su amigo brujo, de que se había enfrentado al rey de los magos, había puesto la Forja en su contra y había matado a alguien...

No, era probable que no lo tolerara. Así que le contó lo suave, lo divertido de su aventura, el bosque sagrado y sus criaturas, los falkins que ya extrañaba y los viajes volando en el arca del cielo, incluso los manjares de Kamui y la hospitalidad de la reina. Majaka sonreía satisfecha, escuchándolo todo, y durante un tiempo Reed se sintió realmente en paz.

Luego, mientras contaba sobre Fariel, recordó una pregunta que se había hecho hacía tiempo.

-Madre...

-¿Hm?

La voz de Majaka estaba amortiguada por el sueño que le devenía. El golpe de su cabeza había hecho grandes efectos y Reed supo que aquel sería el último momento que tendría en la jornada para sacarse las dudas.

-¿Existió en la familia algún mago del que yo pudiese descender? ¿Algún Albion?

La mujer sonrió, aun dormitando. Tardó unos segundos en contestar, segundos que le supieron a eternidad. Cuando habló, su voz pausada y cansina no parecía exenta de humor.

-No digas bobadas, Reed Id Vant. Scarrow ya le llenó la cabeza a tu pequeño hermano con su magia, ¿ahora también tú?

Suspiró aliviado, riendo. Como lo imaginaba, algo como aquello era imposible.

Entonces, ¿quién había sido Albion? ¿Cómo había podido pasar la prueba que pedía compartir su sangre? Seguía sin poder creer que fuese un simple truco de su escudo.

Como fuera, aquella historia ya podía ser olvidada. Dammed Oah, el cadáver del legendario mago, la Estrella Oscura, en cierta forma todo aquello había quedado atrás y ya no le importaba. Jamás se resolvería, y las cosas seguirían bien.

Meditó un rato, regocijándose en cuánto, de alguna forma, le gustaba ello. Años antes hubiera matado por resolver todo el misterio, pero ahora sólo quería liberar a Vant y estar en paz consigo mismo. Quizás luego tendría tiempo para aventuras de tal calibre, para antiguas conspiraciones y ciudades hundidas.

Volvió la vista hacia su madre. Dormía ya, los párpados pesados y la sonrisa todavía puesta en el rostro, levemente.

Tomó su mano un rato más, y salió de allí en calma.

Esta vez los sonidos del claro reverberaban desde lejos, dejando ecos en toda la profundidad del refugio y alterando la calma de las habitaciones abiertas donde la gente iba a dormir. La razón era simple: Caxer procuraba voltear a los gólems que Scarrow creaba, arrojando hechizos de energía que erraban para dar contra las paredes, arrancando estruendos en la caverna apenas amortiguados por las frías cascadas que caían, impávidas.

Reed se sentó de nuevo al lado de su maestro, viendo a su hermano practicar. Más abajo sobre un borde Arksinad también tamborileaba los pies sobre el agua, acompañado de Reaper. Los delicados tobillos del mago también habían sido amputados y se mantenían unidos por los hilos oscuros de Asherat, dándoles un aspecto que Reed observó con detenimiento, curioso. Eran unos pies extraños. Por culpa de las cicatrices que le cubrían creía, Arksinad no era muy propenso a mostrar su cuerpo, así que cada vez que veía los brazos o piernas segmentadas se ensimismaba contemplando los extraños que le resultaban, en más de una forma. Había algo... diferente.

Dudó unos segundos, y se volteó a ver a su maestro. Si Scarrow había notado la herida del brujo, no daba ningún signo. Su mirada estaba atenta en cambio a su pequeño alumno, creando con su mente constantes figuras de tierra, doncellas que se arrojaban contra Caxer y esquivaban los ataques de este, danzando alrededor del cansado niño.

-¡Guía los proyectiles!- ordenó el viejo mago- ¡Si no lo haces, arrojar magia no tiene ninguna utilidad!

Le sorprendió el tono duro que había utilizado, muy distinto al que tenía con él años antes, cuando lo había entrenado en el arte de la espada. Observó la expresión consternada de su mentor y sonrió, comprendiéndolo.

-Está buscando agotarlo, ¿no es así?

El hombre asintió, conciso.

-Conozco a tu hermano. Querrá participar en el ataque a Skectral, cueste lo que cueste... Pero si logro que esté completamente dormido para ese entonces...

Rio por lo bajo, viendo a Caxer derribar a tres gólems con una exclamación orgullosa, y Scarrow lo acompañó con una sonrisa divertida.

El niño continuó su lucha con más energía, ganando habilidad a cada instante. A esas alturas Reed ya no dudaba de que su hermano sería un gran mago cuando llegara a la edad adulta. Lo vio saltar, conjurar barreras, proyectiles, escudos, moverse y ser golpeado; los únicos sonidos que hacían eco junto con el caer del agua, y luego alzó la vista y observó la luna, allá distante, disimulada por la niebla de Skectral pero visible y hermosa. La luz que proyectaba siempre encajaba con el hueco del claro, haciendo bellos contrastes con el agua en movimiento, con las sombras cavernosas del lugar.

Sombras. Por dos segundos sintió su mente estallar, su corazón acelerarse. Hacía mucho tiempo que no tenían noticias de los daevas, desde que les habían perdido el rastro en el Bosque Sagrado usando el Arca. Pero era difícil creer que aquellos monstruos se rindieran tan fácilmente. Los estaban buscando, seguramente, mientras ellos se hallaban en su hogar. Cada segundo que permanecían allí ponía más en riesgo la vida de su maestro y su familia. Pero, ¿podrían realmente llegar a Tikielder esas criaturas? ¿Existían sombras en el mar, por las que pudiesen viajar?

Se incorporó de golpe, atrayendo la mirada sorprendida de todos.

-Deberíamos apurar el plan- dijo observándolos- Por los...

-Daevas- asintieron sus dos compañeros, y Reaper habló- En cuanto Skectral se haya ido, el comercio volverá aquí y también la oportunidad de esas cosas de infiltrarse en un barco para seguir cazándonos.

Scarrow miró al trío, interesado, y se meció la barba con una expresión serena.

-Me habías hablado de eso, Reed, y aún mi mente no se acostumbra a la idea... Vannael, invocando daevas. Vannael, brujo.

El comentario hizo que Arksinad contemplara al viejo mago largamente, sin decir nada. Scarrow lo miró desde arriba, los párpados entrecerrados y la expresión juzgadora.

-En toda mi juventud acompañé a Vannael, y jamás vi un sólo ápice de maldad en su persona. Talento sí, incluso un alma solitaria e incomprendida, pero nunca maldad. Lo llamábamos el *Mago Brillante*, mis colegas y yo. Inventaba una docena de hechizos por día, pasaba el tiempo recorriendo el mundo y nadie podía comparársele. Pero si en verdad...

-¿Colegas?- la sonrisa de Arksinad interrumpió a Scarrow. El brujo retiró los pies del agua en un sonido cristalino y se volteó para verlo- Creo que conocí a quienes le conocieron, maestro Scarrow. ¿Haluar Marketz le es familiar?

El rostro de su mentor se aflojó, la boca formando un perfecto círculo, pequeño y asombrado.

-Éramos amigos- admitió- El profesor y yo.

-¿Aibol Saendil?

Esta vez la mueca del mago se torció.

-No tuve el placer de interactuar mucho con él, pero sé que era un buen amigo de Haluar.

-Ambos están muertos- el brujo no quitó su sonrisa al decirlo, ni tapó la falta de tacto con la que había revelado la noticia- Estimo que asesinados por los daevas y Vannael. Habían sido parte de un grupo que investigaba a mi mentor. Concretamente...

-Lo que Arksinad quiere decir es- interrumpió Reed, temiendo que su amigo se granjeara otra enemistad- ¿No había ningún motivo para sospechar del rey, maestro? Usted lo conoció, ¿jamás vio algo extraño en él? Que pudiese llamar su atención...

El hombre negó, ensimismado. Asimilaba lentamente la muerte de aquellos hombres que le habían acompañado años atrás, que habían sido sus amigos y colegas y había dejado al huir a Vant. Reed notó como su maestro comenzaba a sentirse culpable, y miró a Arksinad, acusador.

El mago también pareció sentir culpa, abriendo los ojos apenado y sin saber qué hacer. Suspiró, perdonándolo sin decir nada, y se sentó más cerca de su viejo mentor.

-Vannael... Y Haluar, incluso Aibol. Los abandoné- musitó Scarrow- Sin darme cuenta de cuánto me necesitaban.

Su rostro volvía a contraerse de nuevo, similar a cuando le había contado su historia, lo que había ocurrido con Lu, Dour y Karava hacía ya tantos años. Reed podía verla ahora bien, aquella oscuridad que siempre había estado en los ojos de aquel hombre, que de niño había confundido con anhelo. Era anhelo sí, pero anhelo de un pasado arruinado y por ello mismo también podría haber sido tristeza.

La tristeza se reflejaba en un párpado tembloroso, en una angustia difícil de definir, lejana. Quería acabar con esa angustia, le molestaba. Lo irritaba de sobremanera, ya que *nada importaba*: lo que se pudiera solucionar, se solucionaría.

Sabía que Scarrow volvería a Cel-Neckar, en cuanto mataran al dragón. Se preguntaba qué tan conveniente sería ello para Arksinad y su situación con los daevas.

En cierta forma aquello le gustaba. Tener a su maestro cerca aclararía su mente y le serviría para eliminar del todo las ideas que le rondaban.

Sonrió para sus adentros, descubriendo la forma de rescatar a aquel hombre de los pensamientos que le carcomían la cabeza. Scarrow no había estado cuando aquellos colegas lo necesitaban. Pues bien, él lo necesitaba ahora.

Rozó con su dedo el sello de su muñeca, con suavidad, intentando aplicarle energía mágica. Era una tarea complicada para alguien tan inepto con las artes de convocación como él, pero creyó que lo había logrado de forma impecable.

Scarrow levantó la vista de golpe, sorprendido. Parecía haber olvidado el sello que había hecho con su alumno. Sus ojos esmeraldas tardaron en fijarse en Reed, y cuando lo hizo la conmoción fue grande, arrancándole una sonrisa orgullosa.

Luego desapareció con un relámpago, y volvió a aparecer frente al muchacho, tan rápido que los demás allí no tuvieron siquiera tiempo de sobresaltarse. Lo abrazó con fuerza, como nunca antes lo había hecho, tanto que lo que el joven sintió fue el peso de su capa, el calor que adentro emanaba, demasiado sorprendido como para devolver el gesto.

-Me has dado grandes oportunidades de redimirme, Reed Id Vant. Jamás lo olvidaré. Gracias.

Estaba demasiado anonadado como para responderle, pero observó esa expresión más segura con los ojos bien abiertos y asintió apenas, confundido. Al ver esto Scarrow rio, más animado, y se giró hacia Caxer.

-Suficiente por hoy. A dormir. Mañana será un largo día.

Esta vez el niño no chistó, encantado de poder descansar y agotado por todo el esfuerzo de la jornada. Saludó a todos con la mano y salió de allí corriendo hacia su cama como un perro tras un hueso.

Reed lo vio partir, y vio como sus compañeros también se incorporaban.

-Creo que lo mejor será imitarlo- sonrió el brujo- Los planes para nuestro gran final serán mañana mismo.

Reaper también pareció coincidir, dando un gran bostezo, y ambos marcharon por donde Caxer había salido, hacia la habitación que compartían con Eluid.

En apenas unos segundos el lugar había quedado vacío y calmo, más fresco y ligero que antes. Dejó de ver la entrada por la que todos se habían ido, extrañado, y observó a su mentor. Tenía algo más en mente que decirle.

-Ma...

-Reed.

Scarrow sonreía, como nunca lo había visto antes. Aquel experimento con el sello de convocación parecía haberlo cambiado todo; su mirada era despierta, su rostro avejentado fresco y con energías, sabio y capaz. Algo había pensado, algo había descubierto o reconsiderado, pero Reed no podía saber qué.

En cualquier caso, prefería con creces aquella versión de su maestro al Scarrow encogido y derrotado que ya había conocido. El nuevo Scarrow parecía haberse reafirmado, cualquiera fuera el motivo. Había pensado ofrecerle hacerle un sello, para estar siempre a su alcance, pero ahora lo veía distinto. El cambio le hizo retirar su pedido antes de pronunciarlo.

El hombre levantó dos dedos, y la mesa de roca que había creado se desmoronó. Lo que hizo en cambio fue quitarse las sandalias y sentarse cerca de donde el agua se juntaba, clara y cristalina, mojando los pies igual que Arksinad.

Reed lo imitó, quitándose las botas, y sintió el placer de tener los pies hundidos en el frescor transparente, el silencio y las cascadas, el murmullo constante de la espuma que se hacía burbujas que brillaban ante la luna, para desaparecer al poco tiempo. Las miró un rato, moviendo los dedos para sentir como la pequeña corriente los masajeaba, y luego miró a su lado el gesto decidido y franco de su maestro.

-Cuéntame tu historia- le dijo el hombre, mirando la superficie del agua- Desde que saliste de la isla hasta que volviste.

Lo observó, y Scarrow se volteó hacia él con una media sonrisa. De alguna forma, supo que aquel sería otro momento que jamás olvidaría en su vida.

Dejó mil imágenes pasar por su mente en rápida sucesión: los bosques, montañas, las ciudades y pueblos, los ojos brillantes de Mila, los ojos de Daivok al caer; la lava haciéndolos resplandecer, el porte de Yeguilex en la montaña, de brazos cruzados y con su capa ondeando, el pasto que Bullwe mascaba, la mirada resentida de Osald Assadan y la falsa sonrisa de Exnar, inclusive las manos de Deihr Bellow al manejar su daga y el cabello rojo de Amu, con la luz del sol sobre él. Lo recordó todo en unos segundos, enlistándolo, preparándose para dejarlo salir, recordó lo misterioso de Dammed Oah, el miedo que había sentido allí ante Asherat y la pelea de sus amigos, el contacto de Vannael al atacarlo y a Merady discutiendo con su hermano, mil estrellas subiendo por los cielos de Sadalsuud y el cielo nocturno del arca, pasando tras él, dejándole surcar el mundo.

Cerró los ojos unos segundos, aspirando el aire. Era él mismo, allí en ese claro como allá, a gran altura y viajando.

Luego, comenzó a hablar.

Se despertó la siguiente mañana contento, con la luz mágica desplegando una calidez sorprendentemente similar a la que hubiese recibido del sol tras una ventana abierta.

Se estiró tan largo como era, sintiendo cada fibra de su cuerpo despegarse y llenarse de energía, y comenzó a vestirse mientras recordaba la noche anterior, las reacciones de su maestro y cómo había podido contarle todo, cada aspecto de su viaje descargándose con él como jamás lo habría podido hacer con nadie más.

El ya casi anciano hombre se había mostrado más que comprensivo con la forma en la que los hechos se habían dado, y muy curioso con respecto a la gente que Reed había conocido, en especial Mila, Yeguilex y Daivok Bellow.

La razón por la primera era evidente: parecía seguro de que aquella joven había logrado influir en Vannael, de alguna forma. Reed pudo notar el alivio de su mentor en cuanto le habló de la bruja, de los monstruos e ilusiones que les convocó y de su relación con Arksinad. Se había dado cuenta entonces de por qué sentía ese alivio: al poder echarle la culpa de la corrupción de Vannael a aquella mujer, se permitía no albergar ninguna duda en el joven brujo en el que su alumno tanto había confiado.

Preguntó también sobre el general, sobre los kiels -parecía sorprendentemente enterado de los intereses kiels para con el territorio de Fariel- y sobre el líder de los Bellow y su hermana adoptiva, adivinando al instante por el tono de Reed cuántas complicaciones le habían dado a su mente. El joven lo contó todo, sin guardar ni un ápice de información. Era algo que le limpiaba el alma y que pudo agradecer.

Al escuchar sobre la muerte de Daivok Bellow, el viejo mago lo miró con sus ojos brillando y la boca fruncida en una aceptación dolorosa.

-Sabes que no está bien matar, Reed. No necesito decirte eso. Sé también que no lo repetirás. Lo que te preocupa tanto entonces... ¿es culpa? ¿O quizás algo más?

Entonces no respondió, pero aquella pregunta le sirvió mucho, aquella noche, para replantárselo todo. No, no era culpa. Al menos no sólo culpa. Tenía miedo, y proyectaba, miedo de sí mismo, de la emoción que había sentido, pero también pena por haber llegado a aquella solución, con alguien tan complejo como el ahura, alguien que decididamente no era tan malvado como para ser eliminado por odio, ni quizás lo suficientemente bueno como para ser perdonado. Lo había borrado todo, en un instante, presa del disgusto.

Se había quedado dormido luego con esa frase en mente, y supo que soñó algo, algo de nuevo con esculturas de hielo, con Sarei -era Daivok, sí, pero entonces, por algún motivo lo llamaba con el alias que había utilizado- allí y con una mirada gris, igual a la suya.

A diferencia de la mayoría de veces que tenía sueños como aquel sin embargo, esta vez el amanecer lo había llenado de vitalidad y poder. Cuando llegó al comedor principal se sorprendió de ver que todos se hallaban allí reunidos frente a un ancho mapa de la isla: Scarrow, Van Lyder, Eluid, Reaper, Arksinad, su pequeño hermano e incluso el taciturno Ibmema Id Ossat, quien ahora tenía una expresión más franca y concentrada en el desgastado rostro.

Todos se voltearon al verlo entrar, ofreciéndole algunas sonrisas, y el muchacho los observó sin comprender del todo qué estaba ocurriendo.

-Ya era hora de que despertaras, dormilón- Arksinad le arrojó una barra de pan para que desayunase, y Reaper le indicó que se acercara- Repasaremos el plan ahora mismo.

Tomó la comida y comenzó a masticarla, distraídamente, mientras se juntaba con los demás. Plan. Aún no caía en aquello. De hecho, ni siquiera había caído en la cuenta de que Skectral ya estaba en la isla, de que Scarrow no se había reportado con el dragón y de que todo sucedería en poco tiempo.

Se aproximó a la mesa, poniéndose al lado de Eluid, y examinó el mapa de Tikielder, probablemente otro regalo de Van Lyder. La isla era más grande de lo que siempre la había imaginado, montañosa y repleta de verde, un paraíso vacacional de no ser por los monstruos que la acechaban.

El cazadragones señaló la ficha blanca que habían puesto sobre el valle de Vant: indicaba dónde se hallaba el palacio de mármol del tirano. Reed prestó atención: la salida más cercana a aquel lugar era por la que habían decidido ingresar a los rehenes heridos hacía días, pero el grupo había marcado otra, un poco más alejada, para poder rodear aquellas montañas y atacar por detrás.

Se sorprendió. Conocía ese lugar, por el que habían decidido ir. De niño solía ser su sitio favorito, donde se acostaba en los pastizales y veía a las nubes moverse con pereza, intentando alcanzarlas con la mano. Incluso, si mal no recordaba, había estado allí el día en que el dragón había caído sobre su pueblo.

-Cax conoce ese atajo. Puede llevarnos a lo más alto del palacio de Skectral, a la morada del dragón, sin necesidad de estar pasando por los otros niveles repletos de guardias.

Asintió. No le parecía extraño que su hermano también conociera el lugar, después de todo, cualquier niño con curiosidad y deseo de recorrer Vant podría haberlo localizado.

-En cuanto a los guardias, Ibmemá lanzará su ataque incluso antes de que nosotros nos dirijamos allí, acompañado de medio centenar de isleños que apoyan nuestra causa y que parecen capaces de combatir. La idea es que nadie se interponga entre nosotros y Skectral cuando estemos con él.

Reed asintió de nuevo, sin hablar, y muchos lo imitaron. Lo que menos quería era tener a guardias como Juyed inmiscuyéndose mientras intentaban derrotar a aquel monstruo, causándole problemas o más riesgos de muertes.

-La tripulación del *Emperador* también está dispuesta a luchar- dijo Van Lyder, indicando una pequeña playa cerca de donde pasaban- en el caso de que haya también guardias apostados y las cosas se nos compliquen. Estarán esperando una señal.

-Skectral ha redoblado la cantidad de hombres que controlan la tierra por rebeldes desde nuestro accidente en la playa- Eluid le asintió al capitán, aunque Reed sabía que ahora había cierto nivel de enemistad entre ambos- Necesitaremos cualquier ayuda posible. No tenemos que tener en mente nada que no sea matar al tirano.

Todos miraron al joven, y él los miró uno a uno a los ojos, decidido.

-Reaper, Reed, Arksinad, Scarrow y yo. Nosotros cinco lo enfrentaremos. Capitán, será mejor que usted y su tripulación vayan a apoyar Ibmemá una vez hayamos ingresado al palacio.

El hombre asintió, sabiendo que por muy buen duelista que fuera no tenía ninguna arma o magia que pudiera hacerlo útil a la hora de enfrentar una bestia acorazada de fuego y truenos. Eluid pareció querer proseguir pero Caxer lo interrumpió, con una exclamación.

-¿Y yo? ¡No pueden dejarme afuera!

-Eres demasiado joven- comenzó su maestro- Prometí a Majaka que...

-¡Tonterías!- su hermano se incorporó, furioso- ¡Me he esforzado mucho para esto! ¡Quiero ir con ustedes!

Scarrow dudó, y miró a Reed inquisitivo. El muchacho se inclinó de hombros. Por algún motivo no sentía que la vida de Caxer pudiera estar en riesgo, pero aun así...

-¡Iré quieran o no, maestro!- repuso el niño- Utilizaré un conjuro de invisibilidad si es necesario. Me necesitarán...

-Quizás alguien que pueda curar o crear campos de energía nos sea útil- asintió Eluid- Necesitaremos todo el refuerzo posible.

El rostro de Caxer Id Vant se iluminó, agradecido. Reed también comprendía lo que el cazadragones hacía. Debía de estar viéndose reflejado en aquel niño, con su pueblo masacrado y sus ansias de venganza. Por supuesto que para él, Caxer debía enfrentar al monstruo que había destrozado su vida.

-Está bien- Scarrow suspiró largamente, mirando a su pequeño estudiante de arriba a abajo- Irás. Pero límitate a reforzar al grupo. Y, si ves que la situación es peligrosa...

-Huiré- asintió él feliz, y Reed no dudó de que la idea ni pasaba por su mente- Me escabulliré y correré muy lejos, con sortilegios de invisibilidad y todo...

-Sobre eso- lo corrigió Eluid- Los dragones detectan cualquier tipo de magia aplicada. No tiene caso.

No pareció importarle mucho escuchar aquello. Reed vio como Caxer le sonreía, encantado de poder participar en la batalla junto a él. Devolvió el gesto mientras por dentro sentía crecer cierta preocupación, esperando que las cosas se desarrollaran bien. El gran momento que tanto ansiaba pronto llegaría.

-En cuanto a ti, viejo amigo- el rostro del capitán mostraba amargura al hablarle al mago, aunque Scarrow se veía decidido- Mi tripulación y yo te ayudaremos a pasar por el barullo hacia el palacio del dragón. Skestral atacará enseguida si te ve ingresando por el camino secreto.

El hombre asintió, meciéndose la barba distraídamente. Miró al capitán y le sonrió, a lo que Lyder desvió la vista con dolor, y Eluid prosiguió con el plan.

-Scarrow, es fundamental que utilices todos tus medios para impedir que Skestral vuele. De poder sobrevolarnos el dragón, estaremos absolutamente perdidos. La mayoría de nuestras armas no podrán alcanzarlo y él sí podrá cargar un ataque lo suficientemente potente como para erradicarnos.

-¿Algún otro consejo, aparte de impedirle volar?- inquirió Reaper, con los dedos tensándose sobre la enorme espada Necrostacia que llevaba atrás, silenciosa ahora.

-Esquiven los relámpagos como si su vida dependiera de ello- respondió el otro- Porque lo hace. Son una muerte instantánea. Atacaremos en conjunción con nuestras magias y armas para lograr destruir su coraza... Pero yo no me confiaría. Es incluso más dura que el acero, y los dragones de huesos no carecen de ella en ningún lado excepto la boca... Lo que puede ser el mejor punto para atacarlo. Para matar a un dragón, hay que destruir su cabeza.

Sintió como el corazón le latía más y más fuerte en el pecho, aunque creyó que su expresión no lo demostraba. El momento llegaría. Parecía todo demasiado rápido, como si el tiempo se hubiera apresurado y él aún estuviera atrás, sin poder llegar al presente.

-Reed- el guerrero de Cel-Neckar se dirigió a él con una sonrisa- Tu escudo puede servir para desviar los ataques. Úsalo. En especial las llamas. Son particularmente anchas y serán difíciles de evadir.

Sonrió también. Como si le fuera posible no llevarlo. En cierta forma, matar a Skestral junto con la Estrella que le había exigido tenía una adición satisfactoria a todo el asunto.

-¿Algo más?- inquirió Arksinad.

-No se dejen morder.

Pareció una broma, pero el rostro de Eluid era serio. Reed recordó lo que el joven les había contado de los dientes de los dragones, de su capacidad de pulverizar cualquier arma. La espada Necrostacia también pareció recordarlo al mismo tiempo pues comenzó a dar espasmos tras Reaper por un buen rato, chillando.

-Esta lucha será larga, será encarnizada, y no puedo asegurar que todos volvamos con vida...- comenzó Eluid, haciendo un breve silencio.

Luego dio una de sus sonrisas, orgullosa, altiva y mostrando los dientes, y levantó una mano hacia el mapa.

-Por Rigel.

-Por Vant- dijo Reed imitándolo.

-¡Vant!- sonrió Cax e hizo lo mismo. Arksinad y Reaper se sumaron, también un silencioso capitán y un Scarrow que Reed supo tenía otro pueblo en mente.

Sólo Ibmem no participó, más serio, y los otros golpearon la mesa con fuerza y un clamor alto, certero.

La misión comenzaría esa misma noche.

## 16. Cuando El Dragón Cae -Segunda Parte-

La perspectiva de tener que enfrentar a Skectral en unas cuantas horas era alarmante, pero Reed no sentía que pudiera permitirse demostrar el miedo que estaba sintiendo en aquel momento.

Miedo. Tenía toneladas de él, entremezclado con nerviosismo, pero sabía lo que iba a hacer y poseía una confianza ciega en que Scarrow no le fallaría. Se dedicó a entrenar con su nueva pequeña espada, *Signus*, una y otra vez, asegurándose de que sus músculos estuviesen como nuevos cuando tuviera que luchar de verdad. Hasta la posibilidad ínfima de tener un calambre en aquella batalla lo aterraba.

Ansia y miedo entremezclados. Debían ser eficaces. Si el dragón lograba escapar con vida...

Si el dragón lograba escapar, adiós a Vant y a la isla.

Tragaba saliva cada vez que lo pensaba, recordando la tristeza en los ojos de su maestro. Esa mirada esmeralda había visto a su amor carbonizado, había tomado las manos ennegrecidas y había llorado alguna vez, su vida arruinada para siempre.

No iba a dejar que algo así sucediera de nuevo.

Y, tras horas de espera que parecieron siglos, de turbios pensamientos y temores que sabía compartía con todos sus compañeros, el momento llegó. El capitán Van Lyder se aproximó a su habitación, con las manos tras la espalda y el porte recto de siempre.

-Vayan preparándose. Salimos en unos minutos.

Era inútil ordenarlo, pues la expectación ya había hecho que todos estuviesen preparados desde hacía horas. Eluid llevaba puesta su armadura de escamas naranjas, fulgente como la lava a medio solidificar, y tras la capa blanca la enorme cabeza de su martillo rúnico asomaba. Reaper se encontraba a su lado, el abrigo puesto con su capucha, y debajo de aquella negrura los restos de la armadura que solía usar, destruida ya en su mayor parte durante la batalla con su padre: sólo partes de las perneras, hombros y un brazo quedaban, pero al guerrero no parecía importarle dado que menos armadura lo hacía más veloz para esquivar. Tras él el espadón Necrostacia buscaba mimetizarse con su túnica, en silencio como si entendiera la tensión del momento.

Contra la pared se hallaban los dos magos, Arksinad con su báculo *Péndulo* con el rubí rojo en la punta, y Caxer, quien parecía el más dispuesto de todos a salir corriendo de lleno hacia el palacio de mármol, el amplio sombrero que le habían regalado en sus

manos. En contraparte, Reaper era quien realmente se veía más calmo del grupo, sereno como lo había estado desde los sucesos en la Forja de Xshathra.

¿Y él? Reed tomó aire, en una gran bocanada, y lo soltó lentamente, sus dedos apretando con fuerza la cadena de su escudo, cargado tras la espalda. Su nueva espada también lo acompañaba atada en su cintura, escondida tras el usual abrigo rojo de bordados dorados.

Cerró los ojos unos segundos, recordando de nuevo haber soñado con ese extraño lugar, con las esculturas heladas y la figura. No sabía qué significaba realmente ni por qué le producía tan extrañas sensaciones, pero debía ignorarlo por el momento. Observó detenidamente a cada uno de sus compañeros, en un silencio sepulcral, y por unos segundos creyó ver a Daivok allí, detenido cerca de él.

Pero ya no tenía ninguna culpa, ningún remordimiento. Cuanto mucho, se sentía culpable de haber hecho a Scarrow llorar, cuando había hecho todo ese viaje para evitarlo. No importaba ya, como todo. Una vez Skectral estuviera muerto, quizás su amigo y mentor encontrara el tipo de descanso que necesitaba: el saber que las cosas podían marchar bien.

Lo iba a demostrar.

Se dirigieron juntos al comedor, deshabitado y a oscuras a esa hora. Las penumbras le daban un aspecto que jamás habían podido imaginar antes.

Tanto Scarrow y el capitán Lyder estaban sentados allí, inmersos en una charla hacía unos segundos. El viejo mago se incorporó y el marino habló, la voz queda y algo triste.

-Ibmema y los hombres ya han partido a atacar el palacio hace un rato. Nuestro turno es ahora.

Todos asintieron, y el hombre también se paró.

-A la superficie, pues.

Reed notó que su maestro llevaba el báculo de madera adornado con plumas que le había visto hacía años, su arma cuando era un miembro del Geral, más rústico que el de Arksinad pero también más libre, natural como el viento. Caminó tras él, viendo su paso firme y pausado, los ojos fijos en ello hasta que toda la comitiva llegó a la entrada que buscaban y comenzó a trepar, uno por uno.

Cuando el último de ellos llegó a la superficie, Scarrow golpeó la tierra con su vara y esta se cerró sobre sí, tapando el agujero.

-Así comienza- recitó el mago- Estén atentos.

Avanzaron sin pronunciar una sola palabra, cuidando cada paso y amparados por la penumbra que dominaba el terreno. Se movían con gran sigilo, buscando guiarse sin tener que recurrir a los caminos e intentando hacer el menor ruido posible para no alertar a guardia alguno.

Cada tanto se detenían, cuando la bruma verde era demasiado densa como para orientarse, y Caxer o Reed volvían a direccionar la marcha, más conocedores del terreno de la isla. Los demás los seguían con tal tensión que parecía como si el dragón pudiera caer sobre ellos en cualquier instante.

No se percibía una sola alma por allí, ni siquiera animales. Era probable también que la mayoría de los cerdos o aves de corral ya estuviesen muertos o hubieran sido sacrificados para enfrentar la hambruna.

Pasaron a través de una aldea en la que ni una sola ventana estaba abierta, ni una sola luz encendida. A Reed le dio escalofríos, recordando los viejos cuentos infantiles que solía oír por allí de pueblos fantasmas.

-La gente no suele salir en la noche- comentó Caxer, como si fuera divertido.

Scarrow suspiró, indicándole dirección con la cabeza, y el niño los condujo por un camino que bordeaba las montañas. Más arriba se podía ver el palacio de mármol, blanco y espectral, y pronto los sonidos comenzaron a emerger de allí, primero demasiado vagos para ser captados pero luego nítidos: gritos, choques de armas, fuego. Una pequeña batalla se estaba sucediendo en la entrada del recinto.

Debían apurarse.

-Por aquí- indicó su hermano.

Reed no conocía aquella ruta para ir a la ladera del valle, pero decidió seguirlo ciegamente. Había que saltar un barranco de considerable altura para llegar. Dudó unos segundos y Scarrow, con todo lo anciano que era, le pasó al lado y saltó por su cuenta, cayendo con gracia. Su alumno se preguntó si en verdad el viejo mago no podía volar.

Lo siguieron Van Lyder, Reaper y Eluid, que hicieron saltos atléticos aun con todo el peso que cargaban, y luego Arksinad y Caxer, relativamente menos ortodoxos para tocar el suelo. Reed suspiró, acostumbrado a ser la retaguardia, y saltó hasta impactar contra la fría arena, que sintió quedarse entre sus dedos, húmeda y compacta.

Por algún extraño motivo sintió ganas de zambullirse en la turbia agua marina que tenía frente a sus ojos, muy oculta por la niebla. Más allá veía también varias figuras que por suerte aún no se aproximaban hacia ellos: los guardias costeros que el dragón había puesto.

-La niebla del dragón nos salva- comentó el capitán, disimulando su presencia al pegarse a la pared natural del barranco- Debemos aprovechar esta oportunidad. Si damos una señal de nuestra posición ahora, sin duda mis hombres podrán verla.

Reed vio a su maestro asentir, y levantar su báculo. No pareció ocurrir nada, y el hombre tuvo que aclarar, sin perder de vista la costa.

-Les he mandado una corriente de viento para que se mantengan atentos. Caxer -se dirigió al niño- Es tu turno. No queremos que el dragón deje de estar en su palacio: la señal debe ser apenas visible, un punto en la bruma...

El pequeño mago asintió, y golpeó la arena con su vara. Una esfera que tenía tres veces su tamaño voló por los aires, de un color naranja intenso, ofensivo, para estallar en un resplandor que cubrió buena parte del mar que allí se veía. Todos quedaron helados.

-¡Oh, vaya Cax! ¡Desde Kamui debieron ver esa señal!- masculló Reed y observó el otro lado de la playa.

-¡Lo siento!- se excusó su hermano imitándolo, pero se interrumpió antes de dar más explicaciones.

Como esperaban, los hombres que hacían la guardia corrían apresurados hacia ellos. Una de las siluetas tras la niebla sin embargo parecía disminuir en vez de incrementarse, marchando en dirección opuesta.

-¡Va a avisarle a Skectral!

-*Aurion*- dijo Arksinad y trazó una línea horizontal con el dedo, apuntando al hombre que corría. El hechizo invisible fue veloz hacia el sujeto y lo tumbó en la arena, dejándolo inconsciente.

-Eso bastará- comentó Reaper, viendo como los otros guardias iban hacia ellos, armados de lanzas y pequeñas espadas.

Vistos más de cerca, algunos de ellos tenían tanta apariencia de campesinos que no hicieron más que darle lástima. Alejados de sus familias, esclavizados, forzados a trabajar en algo que iba en contra de todo interés o ideal que pudieran tener...

No tuvo mucho tiempo de lamentarse, pues el que más cerca estaba de ellos arrojó su lanza contra él. El escudo brilló con su luz grisácea y Reed lo viró para defenderse, partiendo el proyectil. Aquello iba en serio.

Scarrow giró las manos, y el viento movió la arena hacia los ojos de aquellos hombres, cegándolos. El anciano luego las elevó sobre sí, y la brisa levantó a cuatro de ellos varios metros, para luego hacerlos caer inconscientes.

Era una buena demostración de magia, que les dio ánimos a todos para luchar. Eluid y Reaper saltaron al mismo tiempo, tumbando a otros dos recién llegados de un sólo golpe. Arksinad encerró a otro con su energía oscura, haciéndolo caer herido. Reed volvía a agradecer que su amigo brujo se contuviera, al menos por él, y no comenzara a matarlos por doquier como lo había hecho en Belekraz. Al mismo tiempo Caxer no parecía luchar, sino que se mantenía atrás lanzando conjuros de apoyo: Reed sintió como su cuerpo se aligeraba, como se hacía más rápido y más atento, más despierto para luchar. La sensación era increíble, y sólo podía describirla como todo lo opuesto a una borrachera. Ahora era él mismo.

Continuaron luchando. Reed observó que el capitán no perdía vista de la orilla, esperando la llegada de sus aliados, mientras derrotaba a más y más guardias con gran velocidad.

Por su parte, optó luchar sólo contra aquellos que no le resultaran familiares, e intentar ignorar los rostros patéticos y aterrorizados de a quienes vencía. Esquivó otro lanzamiento de un gordinflón a quien jamás había visto, usó su escudo para desviar el ataque y le pateó los pies, haciéndolo caer.

Ahora venía lo ridículo, de lo que tanto solía sentirse parte. No podía matarlo, ni tenía la sangre fría como para incapacitarlo, y no podía tampoco dejarlo allí consciente, donde pudiera incorporarse para seguir luchando o alertar a su nuevo amo. Necesitaba desmayarlo.

Le dio un golpe en la nuca, donde creía la gente debía ser golpeada para perder la consciencia. Lo único que logró arrancarle fue un grito, y bastante culpa a sí mismo. El improvisado soldado lo miraba con el gesto de quien no entiende qué ocurre.

-¿Por qué harías eso?- gimió.

Comenzó a sentirse nervioso, sin saber qué hacer. Arksinad, viéndolo en problemas, muy campante apoyó la mano contra el hombre y su mandíbula se desprendió, oscureciendo la escena. La música ya conocida brotó y el pobre desgraciado cayó desmayado, presa de aquel macabro hechizo.

-De nada- le sonrió el mago.

Intentó forzar otra sonrisa igual, pero aquello tampoco le parecía una buena solución. Las pesadillas de aquel granjero jamás acabarían.

-Whoa, sí. Violar su mente con terror hasta hacerle perder la consciencia- Eluid tenía su martillo apoyado en otro guardia, que decía incoherencias sobre el suelo. Seguro eso era lo que Reed buscaba.

-Francamente estoy más sorprendido de que haya funcionado por una vez- notó Reaper, quien cargaba un enemigo desmayado sobre el hombro, y Arksinad masculló por lo bajo insultos mientras levantaba el ala de su sombrero para mirar el horizonte nebuloso.

No dijeron más, viendo la nueva oleada de hombres y más hombres que corrían hacia ellos. Debían de tener un sistema para alertar a los guardias de toda la periferia isleña, y lo estaban usando para traer a todo quien pudiese presentar batalla a la comitiva.

Arksinad usó el *Shinoras* contra el suelo. La luz hizo un gran pozo en la arena y varios de los que venían tropezaron y cayeron allí, fuera de batalla. Pisándolos Eluid corrió hacia los demás, golpeando la playa con su martillo y creando un relámpago que arrojó a otros cuantos por doquier.

Un hombre arrojó una cuchillada contra el joven, pero un escudo invisible la repelió y Eluid le propinó un cabezazo que lo dejó fuera de combate. Reed se giró para ver a Caxer alzar su vara, el temor de sus grandes ojos reflejando la cantidad impresionante de guardias que venían, más y más sin parar de llegar, de todos lados.

Estaban contrariados. Habían asumido que el ataque de Ibmema al palacio atraería más atención y el camino por la playa estaría casi desprovisto de inconvenientes. Si la cosa seguía así, los guardias les ganarían por puro número.

Reed luchó con un grito, recibió un corte sobre la mejilla, golpeó con el puño la cara de alguien que intentaba derribarlo, bloqueó flechas con su escudo, de espaldas con sus compañeros, viendo como Scarrow volaba por los aires a montones de enemigos, viendo la destreza inimaginable del capitán y el dúo de Reaper y Eluid consiguiendo victoria tras victoria, con Arksinad tras él cubriéndolo con su magia. En un momento había tantos que comenzó a pensar que ni siquiera la huida sería posible. Debían buscar otro camino.

Fue entonces cuando la enorme silueta del *Emperador* oscureció la costa, y de su borda saltaron los marineros, armados de sables y dagas y liderados por Arruerie y Bella.

-¡A ellos! ¡A ellos!- gritaron, y Van Lyder los coreó con una carcajada como jamás le habían escuchado, cansado pero orgulloso.

Los tripulantes del barco cargaron contra los pobres guardias, quienes no esperaban aquello, y los arrasaron por completo en una masa humana que pareció terminar la lucha en unos pocos instantes. Se movían sobre la arena con gracia, repartiendo cuchilladas por doquier y hasta Reed tuvo que esquivar a algunos, por miedo a que lo pudiesen confundir.

No le sorprendía que una tripulación que se dedicaba bajo la mesa al contrabando supiera luchar, pero al menos se permitió agradecer que pocos fueran los aldeanos que murieron ante el asalto. La mayoría quedaron heridos, tendidos, y luego de que finalizara aquella victoria los mismos marineros que los habían atacado se organizaron para vigilarlos y curarlos, pues sabían bien quién era el verdadero enemigo.

Cuando todo se calmó, Van Lyder y Scarrow se reunieron, con Eluid cerca de ellos quien limpiaba la sangre de su martillo con su inmaculada capa. Necrostacia coreaba el final de aquella batalla, apoyada sobre el hombro de Reaper, al parecer muy feliz de haber podido luchar junto a su nuevo amo otra vez.

-Temo que ya hemos hecho demasiado barullo por esta parte...

-De todas formas, ya no podemos echarnos atrás. Llegaremos al palacio cueste lo que cueste. Debemos ir con más prisa.

Todos asintieron, y sin tomarse un sólo segundo para descansar, la mayoría partió dejando a un par de marinos atrás para que cuidaran a los incapacitados soldados costeros.

El resto continuó subiendo una colina desde la playa, que conducía hacia una de las muchas aberturas que aún tenía la construcción que el tirano dragón había ordenado erigir. El hecho de que el palacio de mármol estuviese tan incompleto les servía mucho para infiltrarse por donde desearan, pudiendo asistir a los hombres de Ibmema desde cualquier lado.

Cuando ya habían dejado la costa atrás y lo que pisaban era camino verde y rodeado de arboles, Scarrow se detuvo en seco. A excepción de los ruidos que provenían de la batalla en la montaña, tampoco parecía haber un alma en el bosque y los alrededores. Reed notó que los marineros del *Emperador* miraban el cielo con temor, esperando vislumbrar al dragón en cualquier momento, seguramente acostumbrados a verlo rondar la isla desde el barco.

Su maestro observaba las montañas, la construcción blanca en el valle –muchos pilares, era lo que Reed más podía ver, techos y cúpulas aleatorias, bordeando la geografía elevada de forma caótica- y el camino que debería seguir. Se dio vuelta y se dirigió a Cax.

-Guíalos. Nos veremos allí.

El niño asintió y el mentor partió junto con Van Lyder y los marineros, para ingresar por una de las aberturas principales, perdiéndose en el camino que ascendía, en la noche que parecía fría y calma, completamente ajena a los estruendos que se desataban en la isla.

Los demás que habían quedado –Reed, Reaper, Arksinad, Eluid y Caxer- se movieron por su cuenta, ignorando el camino para rodear la verde montaña sobre la que se erigía el hogar del enemigo. Reed alzaba la vista cada tanto, sintiendo al tocar la ladera de la pendiente el pasto lleno de rocío, frío por la noche, adivinando en la lejanía a pequeñas figuras que luchaban ingresando al palacio, los destellos y alaridos que se dejaban percibir.

Se enfocó en el sendero curvo que seguía, sintiéndose más nervioso que antes. El momento se aproximaba. Interrumpieron el paso que ya se vertía entre dos altas colinas y Caxer comenzó a trepar por una, guiando la comitiva y ayudándose con sus pequeñas manos, la vara sujeta tras él.

-No es un ascenso largo, pero quizás sea cansador. ¿Has venido por aquí antes, hermano?

Comenzaron a imitarlo y a trepar, en cuatro patas para poder sujetarse bien, tomándose de la misma tierra húmeda, del pasto que crecía como enredaderas bajo ella, ensuciándose las manos para ascender.

-Sí- contestó- Es mi lugar favorito.

Caxer sonrió, compartiendo aquella opinión, y continuó la subida cada vez menos empinada. Tierra húmeda, manchando las manos. Enfrentarían a Skectral con las manos sucias. A Reed le sorprendió que un pensamiento así le llegara, pero se encontró también considerando que aquello era común en los instantes de más nervios: el traer a sí mismo cosas comunes, incongruentes, detalles que servían para calmar por lo triviales que eran, o quizás cosas jamás vistas que la perspectiva de poder morir revelaba para aferrarlo a uno a la vida.

Alzó la mirada, viendo las columnas blancas de lo más alto del palacio, que formaban algo similar a un imponente aposento destechado. Caxer avanzaba frente a él, la amplia túnica dificultando su movimiento. La pendiente comenzó a hacerse menos pronunciada con cada paso que avanzaban.

Y allí, frente a ellos, tras la estructura gruesa e inmaculada, la guarida de Skectral se alzaba.

Scarrow avanzó, sorteando cuerpos sangrantes, esquivando combates con más destreza que la que su anciano cuerpo debía haberle permitido y con la firme decisión en su mente, dejando todo atrás hacia Skectral.

Se había separado del capitán ya, más abajo en la encarnizada lucha que se estaba dando en los primeros niveles del palacio, donde el hombre y sus marineros habían servido enormemente para equilibrar la balanza que Ibmema y los aldeanos rebeldes intentaban tumbar. Varios de los soldados dejaban sus cascos y se unían al ejército invasor, las discusiones a floraban, surgían gritos y las muertes recrudecían la tragedia.

Era tal como lo había imaginado. No había forma de hacer aquello sin muertes.

Pero acaso...

El capitán se había ofrecido a acompañarlo, en aquel último tramo, pero él se había negado. Pobre capitán, atento y justo a su manera. Jamás podría agradecerle del todo. Y Reed...

Se enfocó en lo que debía hacer. Ya estaba cerca. Pocos habían podido adentrarse tanto en el palacio así que las luchas eran aisladas, y mientras pasaba las separaba usando su viento: echó a dos hombres que se ahorcaban por ambos lados de la montaña, separó a otros dos contra distintos muros, y logró alejar a un marinero que se abalanzaba sobre un guardia, sin poder sin embargo frenar a tiempo la cuchillada que le desgarraba las tripas.

No importaba. Reed tenía razón, esa era la simple verdad. Debía ignorar el dolor, seguir adelante.

Las habitaciones que pasaba guardaban el escaso grano que los aldeanos habían podido ofrecerle al monstruo, y que algunos pocos soldados habían saqueado al emprender la huida apenas el conflicto dio inicio. Scarrow avanzó prestando atención a las cascadas que caían por los blancos muros, a los intrincados diseños de algunas partes, a lo bien que la luna se filtraba por el inexistente techo del lugar, apenas arcos decorados. Skectral tenía buen gusto, tenía que admitir aquello.

Le sorprendió ver a un joven guardia frente a la ornamentada puerta de madera que daba a los aposentos del dragón.

Se acercó, reconociéndolo y más que nada sintiéndose curioso.

-Luka. ¿Qué te trae por aquí? Puedes huir ahora.

Era uno de los tantos jóvenes de Vant, que incluso Reed conocía y que tenía la peculiaridad de tener el cabello rubio como nadie en la isla. Su rostro marcado y pecoso estaba azorado ahora bajo el casco que le quedaba grande.

-¡Maestro Scarrow! Yo... la batalla... ¡Debo avisarle al amo! ¡Rebeldes! ¡Nos atacan!

Negó con un suspiro, dándose cuenta de lo aterrado que aquel muchacho estaba.

-Puedes huir, Luka. No necesitas obedecer más a Skectral. Ve.

El novato soldado pareció querer llorar ante la noticia, pero plantó pie con más fuerza, apoyando la mano sobre la puerta de madera. Tragó saliva de forma sonora.

-Tiene a mi familia... Los matará...

-Luka.- lo calmó como pudo, acercándose y sosteniéndole la mirada- Luka. Puedes irte.

Observó aquellos ojos atontados, humedecidos, el miedo y esperanza que luchaban tras ellos. Volvió a hablar, más decidido que nunca, recordando palabras similares dichas hacía años.

-Voy a matar a Skectral.

El joven se limpió las lágrimas, tembloroso, y dio un paso hacia el costado de la puerta. Continuaba confundido pero parecía haber perdido cualquier ánimo de pelear.

-Scarrow...

-Ve con tu familia- dijo el viejo mago, apoyando la palma sobre la madera y empujando- Todo estará bien.

Le sonrió, cerrando los ojos y dejando que las arrugas en las comisuras se marcaran. Luego lo dejó atrás y atravesó la puerta, su expresión serena, encarando la altura.

Ya era hora de salvar la isla que tanto lo había salvado a él mismo.

Podrían haber ingresado en la guarida del dragón ahí mismo pero, aferrándose al plan, lo que hicieron fue voltearse de espaldas tras los blancos pilares que sostenían el sitio, ocultos en las sombras que proyectaban y expectantes ante cualquier cosa que pudiese ocurrir.

Reed se volteaba cada tanto, observando el lugar en el que lucharían. La sala donde el dragón descansaba normalmente era redonda y blanca como el hueso, con columnas que sostenían una cúpula trunca para dejarle volar, y arroyos que nacían desde allí rodeando el suelo con agua cristalina y fresca. Más allá podía vislumbrar estatuas con forma de dragones y bestias, e incluso calaveras humanas desparramadas por doquier.

Sintió un escalofrío e intentó agudizar sus sentidos. ¿Dónde se hallaba el dragón? Debía haberse percatado de que su palacio estaba bajo ataque. Si decidía participar en la lucha de abajo, el plan se complicaría enormemente.

Observaron como la puerta de madera que conducía allí se abrió y Scarrow pasaba por ella con expresión decidida. Los ojos verdes del mago parecían brillar en aquella oscuridad.

Dio una ojeada fugaz al punto donde los jóvenes se escondían, pero su expresión no demostró el menor tipo de reconocimiento y continuó allí de pie, sin decir nada. Reed se sintió tentado de chistar algo para llamar la atención de su maestro, pero entonces todo oscureció.

No oscureció. Más bien, una enorme sombra se posó sobre todos ellos, helándoles la espalda. Scarrow se percató primero y de inmediato se puso de rodillas. Sobre sus cabezas una masa blanca revoloteó, echando humo y destellos de las fauces, y entró por la cúpula del palacio, usando las garras en las alas para aferrarse a los bordes de la cornisa y aterrizar con un gran estrépito.

¿Era posible que el dragón hubiera crecido, luego de tan poco tiempo? La idea lo horrorizó, pero recordó lo que le había contado su viejo amigo sobre el área de dominación de la raza de huesos, de cómo tomaban más poder mientras más expandían

su influencia en una zona. La verdad era que, viendo lo gigantesco que era, recordó de nuevo tras la columna el terror que había sentido la primera vez que había visto a Skectral, esforzándose para pegar los ojos en él y tomar consciencia de lo que enfrentaría.

Pura coraza espinosa, blanca, cuyo tamaño hacía la larga cola salir por entre las columnas, dominando toda la habitación, la energía surgiendo como luz verde de sus ojos y fauces, las fauces torcidas en una expresión macabra, malevolente. Observó las garras, tan grandes que no dudaba que de un sólo zarpazo podría partir al medio a cualquier hombre; la cola que se enrollaba sobre un pilar, con suficiente fuerza como para resquebrajar el mármol, su punta filosa y aserrada. Todo en esa bestia era duro y blanco, similar al hueso aunque Reed sabía que mucho más resistente, tanto como el acero.

Se obligó a tomar aire y a soltarlo de a poco, dejando el pánico escapar de su cuerpo. Se iban a necesitar muchos ataques para resquebrajar aquello.

Skectral abrió las fauces, hacia arriba, y arrojó una llamarada que cubrió todo el cielo, lenguas que cayeron como meteoros sobre la isla e incendiaron lugares en la lejanía. Los ojos del monstruo eran fuego, un verde que brillaba hasta dar la impresión de que, tras la coraza, el dragón era sólo energía pura contenida.

El ser no paró de moverse tras la demostración de su poder; las garras se retraían, la cola movía el pilar que sujetaba y las alas aún batían un poco, frente a Scarrow. Otra vez Reed tuvo la misma impresión de que sería ridículo escuchar a aquella cosa hablar, que simplemente no podía hacerlo y lo único en lo que estaba pensando era en devorar al viejo mago.

*-Saludos, Gran Mago Del Viento.*

Lo había saludado, y la voz fue tal que todos tras las columnas se aferraron más fuertes de sus armas, impresionados. No parecía provenir del dragón, ni de sus fauces entreabiertas, sino de toda la isla, de la niebla que rodeaba el lugar, un millón de voces superpuestas en algo profundo y cavernoso, de otro mundo.

-Saludos, Gran Dragón de Da Skel- le correspondió Scarrow, poniéndose al fin de pie.

*-Te has ausentado por mucho tiempo-* el tono de aquellas palabras era malicioso, divertido- *¿A qué se debe?*

-He estado buscando a los rebeldes, Gran Dragón.

La respuesta pareció divertir mucho a Skectral, quien soltó una carcajada abismal, que resonó por todo el salón. Reed observó cómo Eluid jadeaba, presa de la emoción, aferrando su martillo con fuerza y cómo Arksinad y Caxer se echaban al suelo, cubriéndose. El único que parecía sereno era Reaper, que observaba al monstruo con atención.

*-¡Buscando rebeldes!-* volvió a reír, su cola enroscándose y desenroscándose con fuerza- *Seguro los has encontrado, viejo mago. Si te interesa, puedo decirte que hace días hubo un altercado en la costa. Al parecer un barco pudo ingresar aquí. ¿Puedes imaginarlo?*

Scarrow no respondió, pero sus ojos se enfrentaron a los de Skectral en un silencio prolongado.

*-No he olvidado al joven Reed y a su empresa.*

El escuchar su nombre salir de la boca de aquella bestia lo hizo estremecer, y esta vez él aferró con más fuerza la cadena de su escudo, con la estrella negra que portaba.

-Reed aún no se encuentra en la isla, Gran Dragón.

Skectral no respondió nada por un buen rato, observando al mago. Su cola se desenroscó del pilar que ya había estrujado y golpeó el suelo con un gran estrépito, no muy lejos de donde se escondían.

*-Mientes. Puedo verlo, tan claro como el cambio que hay en ti. No puedes engañar a un dragón, Scarrow.*

-No intento engañarlo, mi señor...

*-¿Debo suponer entonces que allí abajo mis guardias no están peleando?- el monstruo resopló, entre divertido y enojado- Puedo oírlos, podía verlos matarse entre ellos como bestias desde el cielo. ¡No oses subestimarme, Scarrow Arderaid! Este pequeño juego comienza a cansarme. ¿No será que el joven Reed ha decidido... abandonar su misión?*

La respuesta de Scarrow tuvo tanta resolución que casi se sintió tentado de creerle, aun en esa situación.

-Reed le traerá la Estrella Oscura en cuanto pueda encontrarla, Gran Dragón de Da Skel. El momento aún no ha llegado.

Skectral volvió a pegar otra risotada y entreabrió más las fauces, torciendo la cabeza con sorna hacia el mentor.

*-Ustedes, los humanos, son tan divertidos. Uno puede aplastarlos, morderlos, masacrarlos y quebrarlos, y aun así nunca aprenden, encerrados en sus pequeños códigos. Creen que sólo nosotros somos sádicos, que los cazamos como ovejas, sin verse a sí mismos. Dime, Scarrow, ¿querías saber para qué vine a Vant?*

El mago no contestó. Miraba al dragón una expresión de lo más extraña en el avejentado rostro, una que lentamente se convirtió en una inquisición.

*-Quería organizar sus dulces vidas. Quería verlos luchar, matarse entre sí por miedo y odio. La Estrella, tu esclavitud... No tienen valor alguno para mí. Pero el sufrimiento de los humanos es mi regocijo y sustento, la fuente de mi dominio y poder. Un humano no puede entender ese concepto. Que alguien se encuentre a sí mismo, en la crueldad, verdaderamente no pueden comprenderlo. Pero sí pueden comprender que lo haga en la venganza, un sentimiento mucho más... comprometido, que la crueldad.*

*»Y creen en su venganza como una noble causa, se aferran a ella aunque les dañe, pierden todo por obtenerla. Dime algo, Scarrow. Si me mataras, ¿qué crees que conseguirías?*

-Liberaría la isla.

Por tercera vez el dragón rio.

*-¿Lo ves? ¡Incluso tú, que ya lo viste, no puedes comprenderlo! Ahora mismo, planeo abandonar estas tierras. Ya son libres, pero serían incapaces de aceptarlo, como yo lo fui de no deleitarme en su sufrir. Esta isla ya está liberada, ¡pero en el fondo, eso no te satisface!*

Todos se hallaban atentos, escuchando las palabras del dragón y aprovechando aquel momento para calmar sus nervios, en silencio y sin cruzar mirada. Scarrow también parecía atento, si bien algo ensimismado por lo que oía, y pronto Skectral volvió a hablar.

*-No, no es eso lo que busca un alma humana. De todas las especies que infestan el mapa, no hay ninguna más desagradable –su cola comenzó a golpear el suelo para marcar cada palabra, con inusitado desprecio- hipócrita, falsa, y detestable que la de los hombres. De matarme ahora, Scarrow, lo único que ganarías sería el placer de verme morir. ¡Y el placer, oh, el placer es lo mismo que la diversión! ¿Es mi crueldad tan diferente a su supuesta justicia, humanos?*

-No lo sé...- el ermitaño se frotó las sienes- No lo sé.

*-Pude verlo. Convives con tuyos que son iguales a dragones, o mucho peores. Te engañas, viejo mago. El mal persiste siempre, lo quieras o no.*

-¿A qué viene todo esto, Skectral? Estás mucho más hablador que de costumbre.

El monstruo no tardó en contestar. Se movía como un felino, como lo había hecho en la montaña la primera vez que había hablado con Scarrow, aunque ahora sí sus oraciones eran claras y parecía mostrar la inteligencia que tenía.

*-Quiero hacerte entender. Lo tienes cerca, y no puedes verlo... pero imagino que lo harás.*

»*Ahora sonríe, Scarrow. –estiró las fauces Skectral- Mi influencia ya no te ata, ni a ti ni a los tuyos. En cuanto a mí, hay cuentas que debo saldar. ¿Qué querías decirme? ¡Habla!*

-Ya lo sabe. Los guardias atacan el palacio. Quizás...

El monstruo encogió sus grandes y espinosos hombros, con el rostro congelado y distante.

*-Déjenlos matarse. Quemen los cadáveres, úsenlos de alimento, quiébreense como deseen. Este sitio ya no es mi problema.*

Scarrow asintió, y el dragón comenzó a batir sus alas, volviendo a emprender el vuelo. Logró remontarse varios metros de altura, pero enseguida fue impulsado hacia el suelo. El viento sobre la cúpula del palacio se había alterado en una gran corriente, dificultándole la salida.

*-Estás colmando mi paciencia, Scarrow. Veo que no quieres dejarme ir. ¿Ahora qué ocurre?*

-He venido a matarte, Skectral.

No había hablado Scarrow, sino Eluid, saliendo tras la columna y colocándose entre el mago y el dragón, con el martillo relampagueante en las manos.

Skectral pareció tomarse unos momentos para observarlo, en silencio. Su voz sonó queda después, profunda y carente de humor.

*-Te conozco. El joven vengador de Rigel, jugando a ser un héroe todos estos años...*

Eluid no dijo nada, aunque parecía bastante emocionado. Skectral volvió a encarar a Scarrow, inquisitivo, y entonces el resto emergió de las columnas: Reed, Reaper, Arksinad y Caxer salieron del amparo de las sombras y pusieron pie en la morada de la bestia, mirando al ser altivos y preparados para luchar.

El imponente dragón los observó uno por uno con su mirada ausente, las enormes garras resquebrajando el suelo al desplegarse y la cola moviéndose con pereza, amenazante. Luego se detuvo en Reed.

*-Me veo muy solicitado. Imagino que esto no es un comité para entregarme la Estrella Oscura...*

Nadie hizo nada, y el monstruo encogió su cabeza sobre los hombros, como rindiéndose. Enseguida se estiró hacia adelante, lanzando una gigantesca llamarada de fuego infernal hacia ellos.

*-Manifiesto De Aeolos-* recitó Scarrow, y giró su vara con velocidad. Un viento golpeó contra la llamarada y la dispersó, haciendo que cayera sobre las columnas, incendiando el suelo y los alrededores, inclusive la superficie del agua.

Había sido sin embargo una distracción. El dragón comenzaba a remontar vuelo tan rápido como podía, aprovechando aquello, dispuesto a elevarse por el cielo y bombardearlos con sus llamas desde donde no pudieran alcanzarlo.

-¡Scarrow!- gritó Eluid- ¡No lo dejes subir!

El viejo mago permanecía sereno, aun en esa situación. Alzó su vara y movió dos dedos hacia arriba, para luego hacerlos descender.

-Lu.

Nadie que no fuera Reed pudo comprender el nombre de aquel conjuro. Sobre la cúpula abierta del palacio el viento se arremolinó con más y más fuerza, formando un tornado que creó la imagen de una doncella, los rasgos nublosos e imposibles de definir, la figura gentil y misericordiosa. Sujetó al dragón con manos de tempestad y lo envió con fuerza hacia el suelo, impidiéndole volar.

Skectral no decidió seguir intentándolo, sino que arrojó otra enorme llamarada hacia el mago. Reed se interpuso, bloqueándola con su escudo: su arma comenzó a repeler el fuego, que se escapaba tras los costados con una presión insostenible, despegando silbidos y calentando todo el lugar. Resistió el ataque por un tiempo, y cuando terminó giró la barrera para enfrentar al monstruo, que comenzaba a avanzar en sus cuatro patas hacia ellos, amenazante.

-*Cinco mocosos y un mago. ¿Con eso pretenden matarme a mí, al más poderoso de los dragones de hueso? ¡Qué patético!*

Eluid saltó hacia él, ignorando cualquier defensa, y descargó un relámpago con su martillo. La coraza de Skectral apenas pareció notar algún daño y el cazadragones tuvo que saltar hacia atrás, para esquivar una enorme garra. Reaper aprovechó para golpearlo con Necrostacia, pero la espada tampoco parecía tener efecto.

El viento que Scarrow había conjurado lograba inmovilizar considerablemente al oponente, haciéndoles más fácil esquivar los impresionantes ataques que les lanzaba. Caxer, más atrás de todos, conjuró magia corporal en Eluid y Arksinad. El mago saltó al costado de la creatura y levantó la mano.

-¡Shinoras!

El resplandor no pareció hacer nada. Eluid golpeó la misma zona con su martillo, y por primera vez pudieron ver unas resquebrajaduras, apenas visibles en la gruesa coraza.

Aquello pareció hacerlo enfadar aun más. Skectral rugió y algo similar a niebla emergió de todo su cuerpo, lanzando a todos hacia atrás. Reed se vio chocar contra una columna, y su escudo salió despedido de sus manos.

-¡Soy fuerte!- el dragón lanzó un zarpazo hacia Eluid, dispuesto a acabarlo, pero la barrera creada por Caxer lo detuvo. La magia resistió sólo unos instantes antes de estallar, pero le dio suficiente tiempo al joven para saltar hacia atrás, salvando su vida-  
*¡Soy más fuerte que mil de ustedes! ¡Más grande que todas sus bestias, más poderoso que cualquiera de sus amos! ¡Yo reino!*

Rugió profundamente, un sonido que debió haberse oído por toda la isla, y de un coletazo tumbó algunos de los pilares que ya se estaban incendiando. El mármol cayó sobre Caxer en grandes bloques, pero Reed atinó a patear el escudo hacia el niño, bloqueando el daño pero dejándolo aprisionado.

-*¡Quemaré este mundo por mil años antes de que puedan enfrentarme, insignificantes humanos!*

Scarrow levantó dos dedos, y los escombros que sujetaban a Cax volaron hacia el dragón, golpeándolo y haciéndolo retroceder hasta que los pulverizó con otra llamarada. Reed notó que el escudo sobre su hermano brillaba, y la Estrella Oscura se resquebrajaba poco a poco por el golpe que había recibido.

Se había roto.

¿Acaso aquello era posible?

-¡Reed, salta!

La voz era de Arksinad. Ahora lo veía todo lento, irreal, como si soñara, tal como esperaba que pasara ya que era la mejor forma de estar calmado. De la boca de Skectral una buena cantidad de relámpagos glaucos partían hacia él, demasiado rápidos como para que pudiese esquivarlos.

Intentó cerrar los ojos antes de morir, pero antes de poder hacerlo otro relámpago cayó frente a él y una figura se interpuso, bloqueando el ataque.

Scarrow recibió de lleno los truenos, que lo mandaron volando hacia los escombros, golpeando una columna como un muñeco de trapo y desplomándose allí mismo sin vida. Todo pareció quedar congelado, y por unos segundos Reed se permitió albergar dudas. El cadáver de su maestro quedó boca arriba, los ojos sin el brillo y la expresión del todo ajena a la batalla, contemplando el cielo nocturno de Tikielder.

Oyó a Caxer dar un alarido, y sintió como sus propias piernas se movían solas, dirigiéndose hacia ellos. Estaba muerto. Usando el sello de convocación para interceptar el ataque, lo había salvado y había perdido la vida en un instante.

Ni siquiera sentía algo todavía. Caxer lloraba a borbotones, ajeno a la pelea que los otros tres seguían librando contra el dragón, pero él no podía llorar aun. No lo concebía.

Ningunas últimas palabras de aliento, ni una muerte con sonrisa, ni la mirada de quien podía estar a punto de reencontrarse con su amada. Todo lo que quedaba de Scarrow era una expresión serena, ausente, un cadáver frío y con el pecho chamuscado, similar a un muñeco de cera. Le cerró los ojos lentamente, y sintió como un ardor en su interior despertaba.

Poco a poco los sonidos volvieron. No se había percatado, pero desde que había visto aquello, ningún ruido había hecho presencia en él. Con el clamor de la batalla algo comenzó a crecer en su pecho, una ira profunda, un rencor como el que jamás había sentido.

Reaper estaba a su lado, junto con Necrostacia. El guerrero miraba el cielo y su pie se apoyaba sobre el escudo, el escudo con la estrella rota, despidiendo destellos verdes, aquello que siempre se había retorcido dentro de la joya derramándose lenta y viscosamente hacia él. Parecía sorprendido, pero Reed se hallaba demasiado atontado como para adivinar por qué.

Algo reptaba de la Estrella Oscura quebrada, subiendo por el pie de Reaper con una luz especial, verde y extraña, entrando hasta envolver a Necrostacia por completo.

-¡Va a volar!- Eluid estaba en el suelo, la sangre salía de su boca e intentaba incorporarse- ¡Nos matará a todos!

El terror en su voz era tangible. Ahora se oía un batido: el conjuro de Scarrow había desaparecido con su muerte, y Skectral aprovechaba para volver a remontar vuelo. Los destruiría a todos, allí mismo, y luego encendería la isla, mataría a los rebeldes, a los guardias, a todo lo que estuviera vivo en Tikielder.

-¡Que alguien lo detenga!

Frente a él Reaper observaba al dragón, Necrostacia llena de una nueva energía, algo que hacía resplandecer sus runas y creaba marcas como tatuajes en el brazo tostado del guerrero. El de Kamui se quitó su capa negra con un movimiento, quedando con la camisa sin mangas, sin ningún tipo de armadura; y observó al dragón que se alejaba, flexionando las rodillas para saltar hacia él. Su mirada era decidida, asesina, sus pupilas despeaban ahora destellos verdes poco naturales mientras la espada que había llevado despertaba con el poder de la Estrella Oscura.

Saltó.

Entonces la consciencia de Reed volvió por completo.

-¡No!- gritó, intentando detenerlo. Tampoco quería ver morir a Reaper.

El otro no le hizo caso y corrió hacia Skectral, que ya comenzaba a ser inalcanzable con cada batir de alas. Eluid y Arksinad se hallaban en el suelo, mirando boquiabiertos la escena, y Reaper llegó hasta el punto en el que podía rasguñar ya a la criatura con su arma.

-*¡Esta isla va a ARDER!*- bramó el monstruo, y lanzó una potente llamarada hacia su adversario.

Reaper bloqueó el ataque con Necrostacia, quien dio un alarido divertido mientras desviaba las llamas verdes, esparciéndolas por doquier. Más columnas se prendieron fuego y parte de la estructura comenzó a derrumbarse, pero el guerrero saltó hacia uno de los escombros y lo usó para impulsarse más hacia el dragón, saltando por sobre su cabeza.

-¡Reaper!- gritó Arksinad.

Relámpagos brotaron de la boca de Skectral hacia él, pero todo lo que hicieron fue rebotar contra Necrostacia, las runas del arma lanzándolos de nuevo contra la cabeza del monstruo y despegando de ella gruesas escamas blancas.

Las carcajadas desesperadas de la espada negra tronaban por todo el salón, despertando ecos en cada rincón del palacio. En ese momento, por primera vez realmente, Reed pudo observar algo parecido al miedo reflejado en el semblante del dragón, mientras Assadan caía sobre su hocico y elevaba su arma con las dos manos, sujetando el mango de hueso con firmeza.

Tras la zona fracturada la espada se insertó, atravesando la cabeza de Skectral de arriba abajo y arrojando más partes de coraza. Uno de los pedazos se desprendió hacia Scarrow, y Reed se arrojó para cubrir el cadáver: más allá podía ver a su escudo, la Estrella engarzada hecha de amatistas ya libre de la oscuridad que contenía, que ahora estaba donde debía.

-*¡Se arrepentirán!*- el dragón comenzó a retorcerse, intentando zafarse de Reaper, golpeando la estructura con su cola y perdiendo el control de su vuelo.- *¡Todos ustedes!*

Toda su coraza pareció resquebrajarse en un instante, la luz filtrándose de ella como los rayos de un sol pálido y enfermizo, mientras se estremecía y sacudía con violencia, dominado por la furia que le permitía seguir maldiciéndolos.

-*¡No los perdonaré! ¡Están muertos! ¡Lamentarán el día en el que decidieron atacar al gran emperador!*

La espada se hundía más y más, y Skectral caía. Al impactar el suelo, con Reaper aún sobre su cabeza, una explosión de su última energía se extendió a todos, una ventisca ardiente que les obligó a cerrar los ojos, erosionando el mármol y el agua de las cascadas, avivando el fuego que consumía el lugar.

Necrostacia calló su risa luego de un rato. Para cuando pudieron volver a ver, todo lo que quedaba de Skectral era una coraza blanca, una armadura ósea de ojos huecos que aún sonreía con malicia, congelada y muerta en el centro de su palacio.

## 17. Volver El Péndulo

Francamente, no había un mejor té que el que se cosechaba en los elevados terrenos de Cel-Neckar. En la taza que Duran sostenía con ambas manos la porcelana se calentaba por una infusión clara y cristalina, donde los restos de hierbas se adivinaban como sombras granuladas al fondo, similares a la tierra fresca de donde salían. El aroma subía junto al vapor casi invisible, llenando con su esencia la sala y envolviendo los sentidos, relajándolo todo en la forma de un orden adecuado, un ritual a seguir, viejo e incuestionable.

Aquello era el té para él: orden. Todas las cosas eran orden, y servían al orden. En Fariel el té no había sido tan popular como lo era en Cel-Neckar, pero a Duran no le sorprendió que Unnaon Zetha hubiese podido facilitarle tamaña cosecha aún tan lejos de los cultivos.

La familia Vander tenía contactos, y debía de tener información.

Casi hubiera sonreído, viendo al niño que permanecía sentado en el sillón frente a él, el sombrero quitado a su lado haciendo que la luz contrastara su rostro pálido con las marcas negras que rodeaban sus ojos, volviéndolo similar a un mapache. Debían de hacer una pareja muy particular, el anciano y el prodigioso joven, juntos en una celebración como aquella. Lo observó un rato más, mientras continuaba con su taza sin decir nada. La mirada de Zetha era acusadora, quizás temerosa, pero había accedido a aquella reunión secreta y Duran no dudaba de que las simpatías de aquel pobre muchachito estaban con él.

Dos sirvientas se aproximaron, y se llevaron la bandeja que entre ambos reposaba. Había llegado el momento de hablar.

-Lo que pasó en el Castillo de Faudo...

-Guerra.

Asintió, sin más. Unnaon Zetha parecía sereno, pero su voz había temblado al pronunciar esa palabra, sintiendo y entendiendo realmente todo su peso. Estaba asustado, como debía ser. Era un niño, ¿a qué niño no podría asustar la guerra?

-Quizás pueda evitarse- agregó, y el pequeño asintió lento, apesumbrado. No parecía creerlo de verdad.

-Vannael...

Duran agudizó sus oídos, esperando oír lo que vendría.

Nada siguió de aquel nombre, sino que el heredero de los Vander observó el suelo, contrariado. Sus pequeñas piernas se movieron bajo la amplia túnica negra, removiéndose con incomodidad.

-Te estás preguntando qué busca nuestro rey- le dijo, y el otro lo miró sorprendido, descubierto- Pues bien, te confesaré algo: yo también me lo pregunto.

Se produjo un silencio. La mirada del joven era esperanzada. Debía de estar desconfiando. Debía de saber algo, y por supuesto que no creía que fuera seguro contárselo a la mano derecha de Vannael.

-¿Sabes algo sobre nuestro rey, Unnaon Zetha?

Asintió, cabizbajo, pero no agregó nada más. El Dos se contuvo de no suspirar. Llegaría a algún lado, costase lo que costase.

-Ruin...

Qué alivio. Aquello era un avance.

-Ruin Levan Aurora- recitó, observando con detalle la expresión casi emocionada de aquel pequeño mago al oír el nombre- La princesa de Pólux, hospedada en Cel-Neckar por la familia Vander, asesinada hace unos cuantos años. ¿Sabes algo sobre eso?

-Era como una hermana para mí- contó el niño, y levantó los ojos oscurecidos hacia el anciano- En verdad... ¿En verdad ha muerto?

Por unos segundos todo aquello le dolió en lo más hondo, esa expresión desolada, angustiada que jamás una criatura de aquella edad debería haber portado. Sin embargo, había que ser duro. La realidad era la realidad, y el orden sólo podía construirse con ella.

Asintió.

Zetha pareció recibirlo como un golpe al estómago, pero luego de un rato soltó.

-Ella sospechaba del rey.

La noticia no lo sorprendió en lo absoluto. Lo sabía. Lo había previsto ya, tanto Ruin, Haluar, como Aíbol, todos ellos conspirando para descubrir más sobre Vannael, todos ellos asesinados... ¿por el alumno del rey? ¿Era acaso un asunto de lealtad? Y sin embargo, Merady le insistía que el joven protegido de Su Majestad era absolutamente inocente. Le resultaba difícil no creerle, en vista de los últimos hechos.

-Y terminó muerta.- se acarició la barba un largo rato, con la mano enguantada en armadura, y miró al niño a los ojos- Ella vivía en el palacio de tu familia. ¿Tienes acceso a sus investigaciones?

El otro negó.

-Era demasiado... recelosa. No se fiaba de nadie, no se llevaba bien con nadie y cuando salía solían rechazarla... por ser una elven. Sólo conmigo se soltaba, en ocasiones- tragó saliva -Y una vez me lo contó. Me dijo que sospechaba de Vannael, que él había sido el culpable de lo que había ocurrido con Pólux y los dragones.

-¿Y luego?

-No le creí- afirmó Zetha- Me pareció ridículo en el momento.

-¿Y ahora?

El niño se desparramó sobre su sillón ante la pregunta, sus manos rozando la mesa que los separaba en el espacioso lugar, la expresión confundida.

-¿Observó, maestro Duran, cómo Unnaon Delta siempre se alinea con las intenciones de nuestro rey?

Asintió, sorprendido ante la perspicacia que demostraba. El Vander lo miró de reojo, como adivinando aquel pensamiento, y pareció enrojecer antes de volver a hablar.

-Pues... hace algunos años, me decidí a espiar a Delta.- lo contó avergonzado, y hasta casi intentó forzarse sonreír, algo que las marcas negras de los ojos hacían resultar desastroso- Fue una travesura: utilicé mi magia para ocultarme entre las plantas de su jardín, encanté toda la flora para que observara por mí. Quería verlo tras las cortinas, siempre consumido por la curiosidad al encontrármelo en el castillo. No lo logré. Lo que vi en cambio fue a cierta persona ingresando a su mansión.

Duran contuvo la respiración, expectante.

-A la misma joven bruja- le dijo el niño- que ahora veo paseándose con Vannael.

Se incorporó de un salto, casi arrojando la silla tras él, y Zetha retrocedió asustado.

-¿Lo dices en serio?

El otro asintió, cada vez con más temor. Duran lo contempló, sintiendo la ira concentrarse en él más y más. Unnaon Delta, rodeado siempre de cortinas, invisible, siempre sirviendo al rey mago con sus propuestas y prohibiciones. Un agente encubierto, facilitando la manipulación de Vannael a la Cámara de los Diez, por cual nefasto propósito hubiera. Había prohibido el acercamiento al Templo del Centro del Mundo, favorecido la idea de la guerra contra Kamui, hasta incluso limitado construcciones bajo la agenda de su verdadero amo, corrompiendo todo ideal que atara su deber hacia el pueblo de Fariel.

Aquello era lo mejor que había oído. Delta era una figura política de vital importancia para Deneb Algedi, pero también era alguien a quien no tenía muchos problemas para atreverse a interrogar por información.

Se acarició la larga e inmaculada barba una última vez, perdido en sus pensamientos. La mansión de Unnaon Delta. Hechizos de alto nivel la protegerían de invasores, permisos especiales mágicos y runas de todo tipo. No sería una tarea fácil.

-Has sido muy valiente hoy, Unnaon Zetha- le dijo al anonadado joven, que lo escuchó sin decir nada- Te lo agradezco.

Luego se permitió sonreír, aunque fuera un poco. Hacía años que no enfrentaba un verdadero desafío como aquel, que no ponía su viejo pellejo en riesgo por una prueba sólida que le permitiera cambiar el rumbo desviado de las cosas, salvar a cualquier potencial víctima.

El momento llegaba. El orden sería recuperado.

Creía que, como en las historias que leía cuando era joven, todo terminaría en ese instante. Pero aunque Skectral y Scarrow habían muerto, el mundo continuaba. Lo hacía pausadamente, estático, pero lo hacía. Observó cómo Reaper caía al suelo, los pies raspando mientras se deslizaba por la coraza ya vacía del dragón. Todos los demás estaban arrojados más allá, inclusive él, que aún cubría inútilmente el cadáver de Scarrow con su cuerpo.

De todos quizás era Eluid quien parecía más sorprendido. El joven se incorporó con dificultad, adolorido, y caminó hacia Reaper. Su armadura naranja, anteriormente

brillante e imponente, había sido reducida a varios pedazos y la sangre ya reseca manchaba sus ropas y la comisura de sus labios.

No importaba. Caxer lo curaría. Pero Scarrow...

Levantó aquel anciano cuerpo, muchísimo más frágil de lo que lo había imaginado. Estaba sereno, en calma, una expresión difícil de imaginar ante lo caótico de la situación, la confusión general y los aullidos de Caxer que lloraba junto al cadáver, devastado. Más abajo las luchas en el palacio parecían proseguir, con cada vez menos fuerza.

Siguió observando el rostro. No podía llorar, simplemente no le surgía. En cierta forma le parecía irónico. Perseguido por el pecado de enfrentar el mal, aquel hombre había huido a Vant para morir por el mismo destino.

Sintió la garganta arder, mientras seguía oyendo los sollozos atragantados de Cax. Tras él hubo un ruido: Eluid había arrancado uno de los colmillos más pequeños de Skectral, del tamaño de una espada curva e irregular, y procedía a guardarlo en su espalda, sujeto tras la cintura.

Se estaba llevando un trofeo. La puerta se abrió en ese mismo instante, y Van Lyder interrumpió en la sala: el cuerpo quemado, heridas en el rostro y la ropa hecha jirones en algunos lados, pero vivo al menos y agitado, buscando algo con la mirada. Su rostro pareció emocionarse al ver a Scarrow tendido en el suelo, y corrió directamente hacia él, tendiéndose entre Reed y Cax, desviando los ojos sólo para ver la enorme carcasa de Skectral.

El capitán no lloró ni dio palabra, como Reed, ignorando todo lo demás. Su semblante permaneció ambiguo, entre iracundo y triste, observando el rostro de su viejo amigo por un buen rato para luego incorporarse.

-Debemos avisar...- comenzó Eluid.

El marino sujetó al cazadragones del cuello, golpeándolo contra la coraza de Skectral con una furia inusitada, arrojándose sobre él con todo su peso. Las lágrimas se le adivinaban apenas como un brillo distante en los ojos.

-Tú... Lo sabías...

Parecía no poder decir lo que quería, pero Eluid tampoco le respondía, observándolo sereno. Pasó un instante así, callado, ante las miradas apenas sorprendidas de todos, adormecidas por lo ocurrido. Luego Eluid habló.

-Quita tus manos de mí ahora mismo.

Lyder exhaló con furia, pareció estar apenas a unos segundos de intentar golpearlo, pero terminó por desistir y marchar por donde había entrado, dando voces a gritos.

-¡Detengan esta locura! ¡Skectral ha muerto! ¡Cesen la lucha, el dragón ha sido derrotado!

Su grave voz se terminó perdiendo al cabo de un rato, y Eluid se desplomó en el suelo, su mirada azul decidida con algo extraño y oscuro en ella, algo que no habían visto antes. No miraba a Scarrow, ni a la habitación, sino simplemente al frente, sin ver nada con ello.

Los otros dos en cambio ya se habían acercado a Reed, Arksinad cauto, preocupado, y Reaper llamativo por cómo Necrostacia resplandecía a su lado, cómo su brazo se había llenado de aquellas extrañas runas que lo rodeaban por completo, con un brillo apenas visible que cada tanto se deslizaba por ellas.

-Reed...

-Arksinad- su voz debía de sonar queda, pues sus dos amigos parecieron sobresaltarse, prestando atención- Eres un nigromante. ¿No puedes...?

El mago se arrodilló junto a él, sin contemplar el cadáver que allí yacía. Los llantos de Caxer ya se habían calmado y ahora el niño respiraba espasmódicamente contra una columna y con los ojos cerrados, sin hablar.

-Sabes que no, Reed.

Sí, lo sabía. Ni siquiera estaba seguro de por qué había preguntado aquello, pero no le importaba. Contempló otra vez la expresión serena del cuerpo, la forma en la que la ropa se plegaba sobre su cuello, la capucha sirviéndole de almohada.

-Vannael- pronunció.

Casi sintió la presencia de Arksinad a su lado oscurecer. El mago no necesitó contestar, pero había recibido obvia factura de los pensamientos que Reed estaba teniendo en aquel momento. Si había que buscar un responsable... Tanto por el ataque a Dour que había arruinado la vida de aquel hombre, así como el ataque a Vant que la había acabado...

Vannael. No sentía odio realmente, o al menos no sólo odio hacia aquella persona. Su odio era más escatológico, abarcativo de la realidad, profundo y arraigado. No odiaba a Vannael, pero deseaba verlo como un enemigo. Y si el rey mago había sido el causante de los ataques de dragones, ¿qué otra opción le quedaba entonces? Debía ser él. Eluid, Merady, Arksinad, Reaper y su padre, incluso él y su maestro, todos habían sido conectados por el obrar de Vannael y habían visto a sus seres amados morir por lo mismo.

Él era el culpable.

-Trajo a Skectral aquí, así como lo hizo en el pueblo de mi maestro con Karavadijo.

Arksinad no respondió nada, pero su mirada parecía evidenciar que creía lo mismo. Lo peor de todo era que Reed no podía encontrar el *por qué*. ¿Por qué iba a hacer algo así Vannael? ¿Qué sentido había en crear tanto dolor?

No importaba. Debía...

-Scarrow murió para salvarte- le dijo Reaper, más directo- Sabía lo que hacía, y lo hizo por ti. No desperdices aquello.

A su lado Necrostacia daba una fúnebre melodía, su voz más clara que nunca ahora que lo que había estado en la Estrella Oscura estaba de nuevo en su acero.

Las cosas no siempre funcionaban así. Reaper debía entenderlo. Se incorporó al instante, sintiendo por fin las lágrimas aflorar en su rostro con impresionante calidez, y comenzó a caminar para salir de allí.

-¿Quieres que te acompañe?- inquirió tímidamente el brujo.

Negó con la cabeza, y siguió caminando hasta pisar el pasto húmedo, hasta sentir la tierra hundirse bajo sus botas, la pendiente empujándolo con fuerza hacia abajo.

Luego echó a correr, dejando todo atrás.

Los que quedaban en la sala quedaron en silencio, sin verlo partir, inclusive Caxer que ya permanecía calmo y apagado cerca de la columna, ausente. Luego de un rato las puertas volvieron a abrirse y los hombres empezaron a entrar: hombres vestidos como granjeros, como marineros, como soldados y rebeldes, hombres que habían arrojado sus armas y contemplaban al cadáver del monstruo, con Eluid sentado allí en silencio. Los dirigían Ibmeta y Van Lyder para llevarse el cuerpo del mago en una improvisada camilla, pero al rato muchos que sobraban se encargaron de propagar la noticia, corrieron hacia cada pueblo con las buenas nuevas, mientras la niebla retrocedía de la isla lentamente, despejándolo todo para revelar un cielo de mañana, calmo y azul.

Había una gran alegría, aunque mermada porque sabían el sacrificio que se había realizado, veían los cadáveres de quienes habían muerto inútilmente y la pérdida de Scarrow, que tanto había hecho por el pueblo ante la tiranía del dragón. Se comenzó a hablar de una comitiva funeral, de un nuevo día y una nueva era para todos. Oyeron incluso a Ibmema murmurar.

-Habrá un gran festejo. Debemos honrar al mago.

Y luego partieron, llevándose aquel cuerpo, una gran fila de hombres heridos, mientras el sol apenas rozaba la tierra y la gente salía de sus casas poco a poco, las ventanas abriéndose y cabezas asomando por los huecos de los refugios con esperanzada desconfianza. Partieron y dejaron de nuevo un vasto silencio, pero luego llegó un estertor, y luego otro, un sonido seco, apagado, que al cabo de un rato se percataron era Eluid riendo.

Reía como desquiciado, con tristeza, y sujetaba el colmillo de dragón que había arrancado casi con sorna, la mirada orgullosa ahora turbia, casi arrepentida.

-¡Está hecho!- dijo, levantando el colmillo hacia el nuevo amanecer que los cubría, hacia la cúpula por la que Skectral había intentado escapar.- Está hecho y sin embargo, apenas me siento mejor.

Corrió con toda la fuerza que sus piernas podían permitirle, la mirada perdida y ciega ante los obstáculos, el rostro bañado en gruesos gotones calientes que le resbalaban por el mentón, cayendo en su abrigo o hasta desprenderse de su rostro hacia el aire, hacia el viento. Continuó así hasta bajar toda la pendiente, bordeó la montaña, cruzó por las casas de Vant, por los hogares que poco a poco se abrían, viéndolo pasar como una furia, temerosos de que significara que el dragón había vuelto.

Luego todo oscureció, y entendió que estaba a punto de adentrarse en el bosque. Hubo algo similar a un estallido en su espalda y algo voló hacia él: su escudo había golpeado contra una roca y caído frente a sus pies, brillante, intocable, con la estrella de amatista opaca y resquebrajada.

Se dio cuenta de que lo había estado arrastrando al correr, todo ese tiempo. Su propia mano apretaba con firmeza la cadena dorada, con tal fuerza que le sorprendía que la sangre no manara.

La abrió, dejando el arma caer, y se examinó la muñeca. El sello de convocación de Scarrow continuaba allí, apenas borroso pero presente, como grave recordatorio de su error. Si tan sólo no lo hubiese hecho...

Las lágrimas ya no caían, mientras observaba el sello. Lo rozó con la mano con suavidad, y activó su poder en él.

Nada ocurrió.

Ni siquiera se entristeció; lo esperaba. No estaba seguro de qué sentía realmente. Era en cierta forma culpa, una culpa abismal y ridícula, que condenaba su necedad al no escuchar a su maestro, a nadie, a ser tan egoísta con su propia historia y su futuro e ignorar los llantos de los demás, de Lu, de aquellos pasados ejemplares.

Pero a todo aquello lo opacaba la ira. Su mente vagaba buscando un culpable con saña, y veía como principal candidato a Vannael.

Pateó una piedra con todas sus fuerzas. La roca saltó hacia adelante, dio un tumbo en el suelo y terminó cayendo en un gran charco de agua cristalina que se abría del otro lado, calmo, y las gotas salpicaron sus botas. Le había dolido. En cierta forma era reconfortante, pero lo irritaba aun más.

Se quitó ambas botas y se sentó allí en la orilla, sumergiendo los pies en el agua helada. Cerró los ojos. Debía calmarse. Debía analizar la muerte de Scarrow tranquilamente; todos ellos, Eluid, Arksinad, incluso Reaper parecían hacerlo así, entendiendo aquel suceso como inevitable, como si fuera algún tipo de ley que los ancianos maestros debieran perecer en las historias sobre matar dragones.

Pero ese no era el final que quería. Quería a su maestro, y un final sin él no era perfecto. Era otro fracaso, aunque Skectral hubiese muerto, que le hacía lamentar cada uno de los pasos que había tomado.

¿Que los mentores debían morir? ¡Ridículo! ¿A quién podía ocurrírsele algo así? Si los mentores son más fuertes, más sabios, viven más y persisten, y no tiene sentido que sean ellos los que deban sacrificarse por el bienestar de sus jóvenes e inexpertos alumnos, por los sueños que brotan en esas perversas mentes.

Tomó otra piedra de su costado, y la arrojó contra el agua, dispersando líquido por doquier. Después del chapuzón sintió otro sonido extraño, como un crujir, que le hizo desviar la vista hacia su escudo no sin recelo.

La estrella de amatista comenzaba a regenerarse, creciendo, terminando de llenarse por completo y cerrándose para devolverle la armonía al diseño del arma. La estrella oscura ya estaba vacía, y ahora era simplemente una gema violácea, en apariencia mucho menos imponente que la joya negra que había sido antes.

Salió del agua y pasó las manos por esa superficie dura y helada. Su escudo vibró. Había visto algo así antes: se parecía a las enormes piedras violetas que cubrían a la hundida Dammed Oah, obra del legendario mago Albion.

Albion había creado aquella estrella púrpura, para encerrar a lo que fuese que había entrado a Necrostacia durante la batalla contra el dragón. Intentó recordar, tan sólo fuera para olvidar el recuerdo del cadáver de Scarrow que lo atormentaba. Había visto algo verde y viscoso, luminoso y lleno de poder meterse en el arma desde la abertura que se había generado en la joya.

Tuvo un escalofrío, y sintió que lo mejor sería ignorar también aquel tema. Debía lavarse el rostro y volver con los demás, para no preocuparlos.

Tomó agua fría, cristalina y pura, y la arrojó contra su cara bañándose en ella. Al intentar tomarla de nuevo dos ojos amarillos lo observaron desde allí, con una expresión que había visto una sola vez en su vida.

Daivok Bellow se reflejaba en el agua, juzgándolo con su mirada. *Me mataste, decía, y tu odio por los errores del mundo mató a tu maestro. Scarrow Arderaid murió porque deseabas algo im...*

Pasó la palma por el agua, desbaratando esa imagen con furia. Había otra entonces: los ojos grises de su padre le observaban con una frialdad muerta, reseca.

*-Debes enfrentar la realidad, Reed.*

Golpeó de nuevo el agua, sintiendo su pulso acelerarse. Se estaba volviendo loco, realmente estaba ocurriendo. La figura de Hawke Id Vant se contorneó en formas imposibles y formó la imagen de Scarrow, mirándolo con una sonrisa apacible, serena.

Detuvo su mano antes de eliminar aquella ilusión. Temblaba. Las lágrimas volvieron a aflorar a sus ojos y se deslizaron hacia la superficie del charco: la figura de su mentor se desdibujó, se convirtió en mil rostros, en mil opiniones, en mil frases y bocas, ojos juzgadores y nombres. Shimari, Deihr, Osald Assadan e incluso el capitán Yeguilex aparecieron allí, hasta que aquella multitud de imágenes se definió en una silueta gris, algo que le sonreía del otro lado, le hablaba como si quisiera contarle un secreto, algo sólo entre ellos dos.

*-No nos entienden, Reed. No pueden entendernos.*

Jadeó, presa de la emoción y el miedo, y echó a correr aferrando la cadena de su escudo, huyendo de allí a toda velocidad. No quería pensar en nada de ello. Habían sido sueños al inicio, visiones nunca reales, pero aquello lo había aterrado en verdad.

Tenía miedo de sí mismo.

Continuó corriendo sin ver, aterrado, dejando que sus piernas lo llevaran a donde quisieran, arrastrando su escudo tras él mientras aferraba la cadena casi con desesperación, buscando un tipo de protección que el arma no podía brindarle. A su alrededor los colores y formas eran grises, opacos; la luz de la mañana comenzaba a verterse en todo dándole una nueva vida, pero la velocidad con la que iba difuminaba el entorno al mismo tiempo, perdiendo el efecto.

Pronto comenzó a perder impulso, por el agotamiento. Si seguía así, se convertiría en mejor corredor que Reaper a base de sustos y alucinaciones.

Siguió avanzando, ignorándolo todo. No estaba seguro de a dónde quería llegar en realidad, pero...

Tropezó con una rama, y se sintió disparar hacia adelante. Dos manos lo frenaron antes de que cayera, alguien que lo levantaba con un gesto sorprendido, pecoso, y una expresión no muy lista al examinarlo contrariado.

-¡Reed! ¿Estás bien?

La voz le era familiar, pero no podía recordar de dónde. Alzó su mirada perdida y contempló el rostro de Luka, uno de los pueblerinos que solía jugar en Vant con él, las pocas veces que se había integrado al grupo de niños antes de conocer a Scarrow.

-Luka- dijo, calmándose un poco, respirando aún agitado y sin saber qué hacer- Scarrow...

El rostro del joven también pareció entristecerse. Conocía a Reed y al viejo mago, la amistad que profesaban.

-Se ha ido- le dijo, sin saber mucho qué hacer, pero Reed lo escuchó muy atento, tal si se tratara de una lección de vida- Ha salvado esta isla. Nos salvó a todos.

Asintió lentamente, con la expresión neutra. El pueblerino lo ayudó a incorporarse, señalando unas chozas que había más allá, donde la gente salía y tendía telas, aireaba las casas y se preparaba para recorrer la arruinada Tikielder.

-Haremos un festín esta noche, para las personas de cada poblado de la isla que quieran asistir. Lo estamos preparando ahora mismo, al sudeste del pueblo. Querrás estar allí.

Asintió de nuevo, caminando como adormecido, atento a todo y sin comprender.

-Podrás despedirte de Scarrow. Todo el pueblo lo verá partir.

Lo comprendía ahora. Hizo un asentimiento general, un agradecimiento mudo que quizás el otro no llegó a captar, y partió por su cuenta hacia donde estaban sus compañeros, cargando el escudo tras él. Habían sido un desliz, simplemente, aquellas alucinaciones producto de la tristeza que tanto contenía, de la ira que no dejaba salir. Lo mejor sería ignorarlas por el momento, enfocarse en lo que debía hacer.

Se decidió a pasar buena parte de la tarde dando vueltas por las colinas, revisitando los lugares que antaño habían sido su refugio, escape y hogar. Con el dragón fuera, el sol brillaba con la promesa de libertad sobre las altas montañas de Tikielder, la niebla había retrocedido en su mayoría de las playas y la oscuridad se había extinguido para dar lugar a una isla renovada, herida, pero con la esperanza de un nuevo amanecer frente a los ojos de sus habitantes.

No sería fácil, pensó mientras caminaba viendo las chozas, viendo a la gente airearse, dejar salir al ganado para pastar, remover la tierra que pronto volvería a ser fértil. Da Skel había sido un calvario, sí, y de los recuerdos del calvario uno no podía huir con tanta facilidad. Sería un largo camino hasta que el verde del lugar fuera el mismo verde de antes, hasta que las fieras perdieran el temor a dejar el bosque y los pueblerinos el de poner pie fuera de sus hogares; pasaría tiempo hasta que la gente dejara de ver el cielo con pavor cada segundos, esperando ver a un dragón caer con la promesa de una nueva pesadilla.

Había reorganizado sus vidas, Skectral, en verdad lo había hecho. La amargura le subió por el cuerpo como una bilis densa y agria, pero la dejó pasar mientras se calmaba viendo los rostros sucios que lo saludaban sorprendidos, tan impactados como él por la nueva libertad que tenían.

Scarrow había luchado por ello. No debía olvidarlo.

Exploró cada húmedo rincón del lugar, aprovechando que ningún ojo podía verlo. Caminó entre sitios que jamás había visitado y que ahora le parecían más próximos que nunca: pueblos que Vant había rechazado y con cuyos habitantes en esa mañana iban de mano en mano, trabajando, riendo y celebrando. La atmosfera era de total incredulidad: muchos de ellos habían esperado terminar el resto de sus vidas bajo el dominio de Skectral.

Creyó ver animales pasar entre los arboles de vez en cuando, ya fueran mapaches o ardillas, aunque el suceso no logró arrancarle una sonrisa. Había aprendido que las bestias percibían las influencias mágicas más rápido que un humano, así que ya había imaginado que algo como eso sucedería una vez el dragón hubiese muerto.

Lo que quería en realidad era llegar al pantano, al lugar en donde había obtenido su escudo. No podía entender del todo por qué, pero pensaba que un gran cambio se había producido en él aquel día, cuando el lobo lo atacó e hizo contacto con su arma por primera vez. El escudo también había sido lo que lo había unido a Scarrow, ¿acaso sería por ello? Quizás, de algún modo, quería revisar el vínculo temporal que le había atado a su fallecido maestro, juzgar cuánta bondad les había hecho.

Pero no se decidía a ir allí, harto de todo y con pocas ganas de tener que atacar a los famélicos lobos que pudieran arrojársele. Ya habían pasado horas desde que había huido del palacio de mármol, así que se decidió del todo a volver con sus compañeros. Se preguntó en ese momento qué haría la gente con el palacio: o sería destruido, como víctima de la furia de quienes no pudieron atacar al dragón, o se convertiría en un monumento por lo ocurrido en la zona, uno que abriría las políticas de las aldeas de Tikielder a buscar la protección de los reinos superiores que tanto se habían entusiasmado en rechazar antes.

No importaba. Ya había llegado a donde se celebraría el festival, podía verlo con claridad: el terreno era espacioso y casi plano; y en él habían colocado varias mesas sacadas desde la guarida, largas y de madera, sostenidas con troncos o cualquier cosa que pudiera utilizarse. De cualquier forma, las mesas obviamente no eran suficientes para contener a la cantidad de gente que iría: habían dispuesto también en el suelo

manteles, sábanas y pequeñas bandejas para servir algo de comida. Reed dudó que hubiese mucha, a menos que la felicidad condicionara a cada pueblerino a entregar las reservas secretas de sus casas, se deberían contentar con algo de estofado y pan.

El cuerpo de Scarrow debía de estar cerca. Lo cremarían, como había oído se hacía en Vant con figuras heroicas o importantes, ardería en un fuego chisporroteante y alto durante la noche en la que se hiciera la celebración por la victoria, ante cientos de lágrimas y saludos.

Era apropiado, supuso. Observó más allá a la gente que iba y venía, a las enormes ollas donde algunos cocinaban atareados y a los pocos que estaban sentados en las mesas: las habían reservado evidentemente para todos los combatientes por la liberación de Tikielder. Podía ver a algunos de los hombres de Ibmeta hablar con tranquilidad allí, lado a lado con marineros del *Emperador*. Les sonrió con dificultad cuando lo saludaron, y siguió avanzando.

No quería hablar con nadie. Se sentía como un fantasma, ignorando a todo el que le rodeaba, caminando apático y sin pena entre las multitudes que celebraban la vida y la muerte. Terminó caminando hacia Vant, ignorando todas las casas que hacía ya tanto tiempo no veía y buscando la suya, la más grande de todas que bordeaba por la derecha el camino principal.

No le hizo falta forcejear: la puerta no traía llave. Suponía que nadie estaría allí, el frío y el abandono lo golpearon con fiereza al entrar y cerrar la puerta tras él.

Todo estaba oscuro, helado. La única luz que había se filtraba por las rendijas de una ventana firmemente cerrada.

Avanzó un poco, sin poder dejar de maravillarse. Sentía que hacía decenas de años que no ponía pie en su hogar. Era muy distinto a la mayoría de chozas de Vant; hecho como una verdadera casa, grande e intrincada, con variados adornos colgando de sus paredes por doquier.

Se quedó quieto al oír un ronquido. Su madre estaba allí también, desfallecida; probablemente la habían trasladado en cuanto los habitantes de la guarida escucharon las buenas nuevas. La contempló unos segundos dormir, respirar apaciblemente en calma, agotada pero con señales de estar cada vez más cerca de recuperarse.

Luego salió de ese cuarto, y decidió a acostarse hasta que la fiesta comenzara. Lo viera como lo viera, lo que necesitaba en el momento era darse un buen baño y descansar.

Lo despertó la oscuridad, o más bien el sentimiento de que ya había pasado demasiado tiempo en ella, de que no debía dejar que lo consumiera. La casa estaba tan opaca y silenciosa como siempre, pero ahora desde las afueras podía oír sonidos, risas, cantos varios y ahogados, alaridos desesperados.

Dragones.

El terror lo embargó mientras se incorporaba, haciendo un desastre de las sábanas que se había echado encima. Buscó su escudo con desesperación y lo halló a su lado, pero en ese instante se calmó.

Risas. Cantos.

No, había sido su paranoia. Lo que hacían allí afuera era celebrar.

Se sentó en lo oscuro, al borde de su cama, las manos juntas y la mirada atenta, escuchando cada pequeño sonido del festival que debía de estar ocurriendo. La noche seguramente ya había caído, y se sentía resentido pero descansado. Debía despedirse de lo que quedaba de Scarrow.

Se dio un baño rápido, aún a oscuras, dejando todo así como si la oscuridad fuese un ungüento ante la amargura que sentía. Luego se vistió con ropa limpia y salió de su hogar, viendo la desolada noche que afloraba en Vant. Las estrellas ahora iluminaban el pueblo, cuyo vaciamiento hacía recordar al que había tenido durante la tiranía del dragón.

Pero este vaciamiento era por fiesta, no por temor. Las casas esta vez sí estaban desocupadas. Avanzó por donde venía la luz, atraído por los sonidos, y aún con algo de sueño se adentró al festival de la isla Tikielder.

Lámparas en postes colgaban por doquier, entre pequeñas fogatas que chisporroteaban alegres como centro de una multitud de personas. La gente bailaba, presa de una felicidad similar a la locura, se movía con gracia y reía mientras bebían y comían abundantemente, viendo las estrellas que brillaban de nuevo sobre todos con la promesa del retorno a los buenos tiempos. Reed pasó entre varios pueblerinos que lo saludaron en un éxtasis de celebración: toda la llanura estaba ocupada de gente, gente sentada, niños correteando, ancianos en sillas y bailes, gritos y cantos muy desafinados pero llenos de alegría.

Atravesó a toda esa masa humana, viéndolos contornearse y moverse con gracia. Cada paso le hacía entrar más y más en calor; la multitud, el fuego, la calidez de todos allí. Había salvado a su pueblo. Scarrow había muerto por ello. Lo intentaba recordar cada vez con más fuerza, pero por mucho que lo hiciera no conseguía arrancarle ningún significado. Varios hombres que habían sido guardias para el dragón le invitaron un trago, pero él los rechazó ignorándolos y siguió avanzando hacia las mesas en donde se figuraba el resto estaría. Avanzar era difícil ya que tenía que esquivar a los pequeños picnics que las familias habían hecho en el suelo sin pisarlos a ellos o a la comida, debía evitar con habilidad a quienes bailaban e ignorar también a todos los que intentaban invitarlo a beber, reconociéndolo como uno de los héroes que había salvado la isla.

Pero, al cabo de un rato, pudo verlo: una de las mesas de madera estaba ocupada por Reaper y Arksinad. Parecían tener una discusión acalorada y naturalmente le habían dejado un lugar disponible para cuando decidiera aparecerse. Más allá en otra mesa alejada Van Lyder devoraba carne codo a codo con Arruerie y Bella entre un montón de campesinos y marineros entremezclados, la expresión ausente y serena.

No podía ver dónde se hallaban Eluid o Caxer. Se encogió de hombros y se sentó en la mesa, donde su irrupción apenas desbarató un poco la charla que el mago y el guerrero sostenían.

-Era la Estrella- decía el kamuita, atento a la enorme espada negra que ahora resplandecía a su lado- Por eso Necrostacia no parecía tener ningún poder... Pero ahora...

De reojo ambos observaron el arma, quieta, callada en ese momento. Sí, definitivamente ahora era diferente, parecía más imponente y poderosa que nunca.

-Entonces... Albion creó la Estrella Oscura para encerrar el poder de Necrostacia... ¿Por qué motivo?

Esta vez Reaper se encogió de hombros, sin saber cómo continuar aquella historia. Pero era cierto, pensó Reed en silencio mientras observaba el brutal espadón. La Estrella de amatista sin duda había sido creada por Albion, y su función era retener aquel poder que había vuelto a la espada durante la batalla contra Skectral. ¿Qué era aquello siquiera? La verdad era que sabían tan poco que no tenía sentido ponerse a pensar en esas cosas.

Tomó una presa de pollo de la fuente y comenzó a masticarlo con desgano, mientras seguía oyendo a sus amigos hablar. Sabía que estaban conscientes de cómo se sentía y hablaban entre ellos para distraerle, y lo agradecía. Mientras escuchaba, su vista se fijaba en el brazo descubierto de Reaper: runas intrincadas subían por este, hasta el hombro, runas negras que parecían lastimadas en la piel, reseca y a veces brillosas como la misma Necrostacia. No sabía qué significaban, pero ahora recordaba con disgusto la mala sensación que había tenido al ver la espada negra las primeras veces. Si Reaper podía dejarla en algún lado y alejarse de ella, en cierto modo lo agradecería.

-¿Y Eluid? ¿Caxer?- inquirió, interrumpiendo ahora una animada charla sobre si el huevo con azúcar era una delicia –opinión de Arksinad- o la basura más empalagosa jamás creada en el otro lado del mapa -opinión de Reaper-. Ambos lo miraron como si hubieran estado esperando oírlo hablar.

-Desconozco en dónde está Eluid- dijo el guerrero- Pero Caxer se encuentra por allá.

Señaló con un gesto la gran hoguera, donde el cuerpo de Scarrow ardía en el medio de todas las últimas víctimas de la tiranía de Skectral. Reed vio el lejano fuego alzarse hasta el cielo, el negro humo que salía, dándole aun más calidez a esa negra noche. Hasta en muerte Scarrow servía a Vant.

Su pequeño hermano permanecía sentado en cuclillas, observando lo último de su maestro irse, los párpados marcados por lágrimas cerrándose de sueño y rechazando cuanto bocado le ofrecieran, atento al más mínimo detalle. Era un niño inusual, Cax, realmente lo era. Suspiró preguntándose si no debía contenerlo o imitarlo y decidió que lo mejor era ignorar aquello por el momento, concentrarse en comer algo.

-Sabes Reed...- Arksinad habló, los ojos castaños adormecidos brillando con el resplandor de todos los fuegos y lámparas que montaban aquel escenario- Hay una forma... De volver el péndulo hacia atrás.

Su mirada estaba enfocada en Caxer, en la gran hoguera donde Scarrow ardía, en la gente que bailaba y le daba vida a aquel festival. Las últimas palabras que pronunció excavaron algo extraño en él, quien abrió los ojos con sorpresa para ver al mago. Arksinad no dijo nada, probablemente preparándose para hablarle después.

No sabía qué significaba aquello, pero las palabras le sonaban ajenas, encontradas, una promesa vacía que al menos prometía algo.

Volver el péndulo...

-Reed, lo de Scarrow no fue tu culpa- interrumpió sus pensamientos Reaper- No...

-Lo sé- lo interrumpió él, en un tono tan cortante que el guerrero calló- La muerte de Scarrow no fue mi culpa, fue culpa de Skectral, de Vannael y de cualquiera que haya hecho el mal a él o a esta isla. No necesitas recordármelo.

El otro asintió, algo sorprendido, pero no le dijo nada. Los tres callaron y contemplaron en silencio la danza que ahora se propagaba, los aldeanos que corrían por doquier derramando la cerveza de las jarras y las cintas que las mujeres envolvían entre

las lámparas con gracia y agilidad. Todo era demasiado cálido, sí, pero allí o allí se podía ver a alguna que otra familia llorar sonriendo, reír llorando de anhelo o felicidad. Era un espectáculo agradable y difuso, también similar a un sueño.

*No quise hacerte llorar, Scarrow*, pensó entonces él con amargura mermada, y se procuró un gran trago de cerveza. Pero lo había hecho, y se culpaba aunque su mente siguiera señalando a los males del mundo.

Pasó un tiempo así, relajado viendo el festejo sin ser partícipe de él. Pudo ver a Luka bailar entre los pueblerinos, a Ibmemma sentado, ahora incluido entre un montón de granjeros borrachos que charlaban, incluso a gente que hacía años no veía y que lo saludaban con movimientos de cabeza, movimientos a los que apenas correspondía. Pasaron las horas y vio también como Caxer dejaba su puesto, presa del sueño, y se dirigía a su hogar, a cuidar a su madre que aún continuaba en reposo.

Echó otro trago a la cerveza, saboreando la espesura, el dejo invisible del alcohol, lo fresco que resultaba para la garganta y lo difuminado que resultaba en la mente. Apoyó el vaso con un golpe seco y entonces vio a Van Lyder incorporarse en su mesa, atrayendo la atención de todos.

-¡Habitantes de la isla! ¡Ciudadanos de Tikielder!

Los bailes cesaron de inmediato, y el sonido y la música se apagaron para dejar pasar la voz grave y segura de aquel hombre.

-Hoy es un día para recordar. Hemos salvado la isla y hemos devuelto el orden al mundo... ¿Pero a qué costo? ¡Muchos de los nuestros han muerto, antes y en esta batalla!

Muchos asintieron, complacidos pero serenos. El capitán volvió a hablar, sin dirigirse a nadie en particular.

-Les pido un momento de silencio. Por quienes murieron bajo la tiranía de Skectral. Por quienes fueron obligados a dejar a sus familias. Por Scarrow, Gran Mago del Viento, quien se sacrificó en batalla para salvarnos a todos. Les pido un momento, y también quiero que comprendan.

»Han vivido toda su vida evitando las guerras, las batallas. Han ignorado eso, creando un mundo a partir de esa paz, sin saber que la guerra no es más que otra parte del mundo. Si quieren seguir adelante, más les vale que lo acepten... ¡Peligros abundan por doquier! ¡Y si aquí habría dragones, en el resto del mapa hay seres repugnantes, demonios y mentes perversas que intentan clamarlo todo para sí! No pueden seguir como si nada con sus vidas, ahora.

Había expresiones contrariadas, aún cerradas, pero Reed observó la firmeza en la mayoría de miradas que asentían, presintiendo que aquello iba a ocurrir, seguros de que el cambio tenía que suceder.

-Algo pasó aquí, en Tikielder.- prosiguió Lyder- Así que escúchenme, y en honor a la muerte de Scarrow, quiero que tomen conciencia. Y que estén preparados. Esto sólo puede ser un inicio: la isla debe abrirse del todo a los Reinos Superiores. Si lo desean, estoy dispuesto a encargarme de establecer el contacto con Sadalsuud.

Hubo más asentimientos, ni siquiera reticentes. Ya lo sabían, el ataque de Skectral les había enseñado que era imposible valerse por su cuenta. Las viejas políticas de Vant iban a ser desplazadas con presteza. En la mente de todos, la misma estructura del mundo había cambiado, se había expandido para hacer lugar a los horrores que habitaban el mapa y a los intereses puestos en aquella joya en un turbulento mar. No, Reed ya no lo dudaba. Expandirían las fronteras de Tikielder, contactarían con Kamui,

Fariel y Cel-Neckar, Ossat se convertiría en una gran capital y el Palacio de Mármol en un monumento al inicio de aquella nueva alianza entre pueblos y ciudades.

Y quizás, en unas decenas de años, Tikielder sería otro lugar considerable, como la Isla de la Luna bajo el mar de la ciudad de los magos. La idea le produjo un cosquilleo extraño en la espalda, no esperado, y el desagradable pensamiento de que el ataque de Skectral, a largo plazo, había sido provechoso para sus habitantes. Los había despertado, había producido guardias, lealtad entre la gente y un nuevo sentimiento de propiedad. La isla ya no estaba tan indefensa como antes.

Habían aprendido con dolor. Se preguntó si la carcasa del dragón aún seguiría allí, en el palacio de mármol, y alzó la mirada para ver la estructura blanca alzándose entre las montañas de Vant, ahora silenciosa y distante...

Los aplausos al discurso de Van Lyder no fueron exagerados, sino firmes y verdaderos. Reed no pudo sonreír, mientras observaba el cielo nocturno sobre el palacio, la blancura resplandeciente que emitía.

No. Nadie lo derrumbaría.

Aquella mañana la enormidad del jardín de Babel estaba más viva que nunca. Los zarzales crecían entre los postes y se mezclaban con las enredaderas, las frutas nacían con prisa bañadas de un suave rocío y cientos de colores se enterraban en el verde, en el profundo y amplio laberinto de plantas y arboledas que cubrían toda la zona del castillo del Rey Mago.

Decenas de jóvenes aprendices se encargaban de regular el crecimiento de las plantas, uno de los muchos ejercicios durante su tutela, pero en aquel momento no había ni uno solo rondando por los alrededores. Sólo Vannael paseaba tranquilo en su propiedad, dejando lo largo de su abrigo blanco arrastrarse en el suelo tras él y contemplando con distracción una manzana madura tan grande como la blanca mano con que la sostenía.

El rey acercó la fruta a su rostro, a la máscara blanca y negra que lo cubría. La manzana brillaba, encerada y con un color tan rojo que era agobiante, un color que contrastaba tanto con el guante que parecía dañar la vista.

Del suelo de tierra del jardín un sello mágico se dibujó, y un hombre emergió tal un tallo o planta, apareciendo allí como si fuera lo más natural del mundo.

La comparación era acertada, ya que vestía ropajes verdes abiertos que le daban un aspecto similar al maíz, mostrando un torso pálido y descubierto. Era también increíblemente alto: aun poniéndose de rodillas ante su rey se evidenciaba su talla, que combinaba bien con su aspecto casi raquítrico y muy sereno.

-Jarbil- pronunció Vannael, dejando la manzana caer al suelo. Su voz era grave y pausada como siempre, pero había ahora cierto dejo de tristeza en ella.

Al oír su nombre, Jarbil Pil se incorporó de inmediato y cruzó sus largos dedos frente al rey. Las marcas que llevaba se unieron entre ellas formando el símbolo del número Diecisiete, que lo indicaba como miembro del Geral.

-Su Majestad- dijo el hombre, inclinando la cabeza- He cumplido mi misión. Sulfur Houppe se dirige ahora mismo hacia Deneb Algedi. Partirá luego a Sadalsuud a dialogar con la reina Shimari sobre las visiones que usted ha tenido.

Su rostro enjuto no demostraba ninguna emoción, y la máscara de Vannael tampoco. Se incorporó al cabo de un rato, atento al silencio de su amo, y el rey lo dispensó con un vago movimiento.

-Has hecho un buen trabajo, Jarbil. Sabes cómo debes proseguir.

Apenas una siniestra sonrisa se insinuó en la boca recta del otro mago. Se volvió a enterrar en el suelo tras el sello como lo había hecho al aparecer, y pronto el jardín volvió a quedar en silencio de nuevo, un silencio interrumpido por una brisa fresca que sacudía el follaje con suavidad y pena.

Volvería a llover. Vannael observó el cielo, y como lo esperaba de entre los arbustos Mila apareció, alzando con gracia la manzana que él había despreciado.

-Las cosas marchan bien- le dijo ella.

Asintió, sin decir mucho más. Mila dio una mordida a la fruta, observándolo sonriente, pero el monarca sólo tenía ojos para el cielo que había allí, para la tormenta que pronto caería sobre la ciudad.

-Un sabio me dijo que por cada vez que intentamos pensar en el pasado, algo nos devuelve la mirada desde allí, expectante, anhelando todo lo que ganamos y llorando lo que perdimos.

La joven lo miró curiosa, sin entender. Sus ojos amarillos parecían brillar más y más a medida que el jardín se oscurecía con las nubes que llegaban al firmamento.

-Scarrow ha muerto- le dijo.

-Como debía ser- Vannael asintió otra vez- Mi magia va mas allá de predecir, Mila. Mi magia es una guía, un estandarte de luz para cumplir mi objetivo, y me muestra cada camino a seguir, por mí y mis enemigos. Yo *veo*.

Mila sonrió, admirada, y observó cómo Vannael sujetaba su máscara y dejaba soltar los lazos que la ataban a su cabeza. El cabello negro se movió con más libertad, y la luz que venía de tras las nubes enmarcó el contorno alto del hombre que le daba la espalda, contemplando aún el cielo. La joven bruja quiso decir algo, sobre los daevas, sobre Scarrow y su muerte, sobre lo que fuera para poder alcanzarlo. Tuvo que callar sin embargo al sentir la grave voz de su conjurar.

-Veré ahora la pequeña silueta de un hombre, que cruzará una puerta para desvirtuar sus anteriores luchas y despertará a un terror insondable. Los ojos de dios. *¡Zadakiel Shunoros!*

Continuó observando la figura de espaldas, el cabello como plumas de cuervo y largo, la luz que cubría ahora su sien como un halo sagrado. No, ya no tenía sentido. Cuando Vannael usaba su magia para ver y prevenir los hilos del futuro, nadie podía comunicarse con él. El rey se iba a otro reino, a un reino de posibilidades, de conocimiento infinito, de caminos y llamados.

Mila plegó la falda roja de su vestido a su lado y tomó asiento, viendo el rostro calmado de Vannael. Sonrió para sí misma y le dio otro mordisco a la manzana, crujiente y fresca.

Aquello duraría algún tiempo. Vannael no solía apreciar utilizar aquel hechizo, sabiendo las misteriosas fuerzas que regían el destino del mundo, pero cuando se entregaba a ello podía permanecer horas en trance y volver con miles de voces nuevas y planteos posibles, siempre a un paso de lo terrible. Iba a necesitar ayuda.

Estaría allí para cuando él volviera, dispuesta a ofrecer lo que pidiese. Era lo único que podía hacer por el único hombre que la había aceptado como era. De momento, sabía que su misión era encargarse de que los jóvenes que llevaban a Necrostacia pasaran por el portal de la Forja, en donde la espada haría su trabajo para despertar a un antiguo terror. No sabía qué los encaminaría allí, no tanto como su señor, pero usaría a los daevas y a cualquier medio que fuera necesario para que nadie los detuviera.

Nadie, en especial aquel misterioso guardián de la reina que tanto parecía conocer a Albion. A Mila no le importaba el peligro que aquella presencia acaecía, la oscura energía que veía en él a través de las sombras que tenía deambulando por la fortaleza móvil. Sentía su propia devoción crecer, al ver la figura resplandeciente del Rey Mago.

No.

No importaba que fuera una bruja, o un demonio, todo ser vivo tenía un punto débil, a eso ella lo sabía muy bien. Tenía un plan para lidiar con aquel joven.

El fuego chisporroteaba con fuerza, consumiendo los grandes leños donde habían dispuesto los cuerpos y formando lo que parecía ser un muro de llamas ante la mirada de los tres jóvenes que permanecían allí sentados, en silencio, contemplando el crepitar de la hoguera hasta que les dolían los ojos.

El festival ya había menguado casi por completo. En otras partes de la isla la gente seguía celebrando, podían oírlo, pero allí ahora lo único que había era aquel fuego, la oscuridad nueva dejada por las ya idas lámparas y el sonido de ese resplandor al elevarse, al danzar, creando formas nuevas mientras más cansaban la vista en él.

Reed de a momentos veía los colores transmutarse, el azulado y el naranja de las llamas mezclarse en un caos hasta dar con el verde claro y cargado de energía de las llamaradas de su ya asesinado enemigo. Cuando eso pasaba cerraba los párpados pesados y los dejaba descansar un rato, en silencio, para luego volver a abrirlos y observar la luz, el resplandor, para intentar divisar cualquier negrura que pudiera ser su maestro.

La gente había marchado de allí feliz y saciada. Sólo estaban los tres a esa hora, y sentía que aquello no era en lo más mínimo una despedida, sino el comienzo de una nueva aventura.

-Puedes decírmelo, Arksinad.

El mago se aclaró la garganta, mirándolo no sin aprensión y preparándose para hablar. Del otro lado Reaper clavó a Necrostacia en el suelo y se tendió con la cabeza sobre los brazos, relajado.

-Quizás hay una forma de evitar que Scarrow muera.

Volvió a cerrar los ojos, en silencio.

No, esta vez las llamas no habían cambiado de color. Estaba esperando aquella oración, desde hacía mucho tiempo.

No la creía, y sin embargo...

Miró a Arksinad inquisitivo. El mago tomó su sombrero colocándolo sobre la falda y fijó la vista en las llamas, con ensueño.

-Es un mito... Pero fallaría si no te lo dijera. Una manera.

-¿De revivir a mi maestro?

Arksinad negó.

-De evitar que muera, no de traerlo de vuelta a la vida.

-Pero ya está muerto- dijo Reed, desesperanzado, y sintió que su voz provenía de otra parte, llena de una angustia que irrumpía la calma que el momento le daba- Ya está muerto.

-¿Recuerdas el portal que vimos en la Forja de Xshathra, Reed?

Tardó unos segundos, pero luego asintió. Reaper se incorporó sobre los codos, atento: había estado junto a Osald en aquel momento y jamás lo había visto; pero él y el brujo sí. La puerta que comunicaba con la supuesta prisión de Baal se hallaba oculta en el cuarto nivel de la Forja, una estructura increíble y opaca que parecía funcionar con los rubíes que allí creaban al sacrificar desafortunados.

-Baal- dijo.

-Creo recordar que cuando nos conocimos les hablé de querer buscar audiencia con el dios Baal- sonrió el mago, recordando esos tiempos, y los otros dos asintieron- No les menté en ese entonces.

Reaper ya se había sentado de nuevo, y Reed no miraba el fuego sino que se enfocaba en su amigo. Arksinad elevó su sombrero y lo mostró ante las llamas, dejando que estas iluminaran los remiendos e hiladas que llevaba.

-Baal... es el dios del sol sí, pero también el dios del destino y el tiempo. Puede dar vuelta cada péndulo, cada reloj de arena, cada historia. Quería... quería pedirle que me volviera a como era antes. A cuando estaba vivo.

-Para quitarte a Asherat de encima- Reaper abrió los ojos de par en par, y Necrostacia canturreó a su lado- ¿Es eso posible, boca-cortada?

La respuesta fue una inclinación de hombros.

-Es probable. La leyenda dice que el dios habita en la Ciudad Dorada. Sabemos cómo llegar allí, ¿por qué no intentarlo? Más aun, se dice que todo quien consiga el Rubí de Sangre que el dios Baal protege...

-...podrá comandar al dragón del destino como gusté- Reaper terminó aquello, sereno.- Recordé esa historia cuando visitamos la Forja, los múltiples rubíes que tenían. ¿Crees que intentaban crear el Rubí para domar a Baal?

El mago negó, y levantó su báculo. Los ojos de todos se fijaron en la joya que coronaba la punta: un rubí grande como una manzana, resistente y traslúcido.

-Este de aquí, es igual a todos los que pudimos ver en la Forja. Fue regalo de mi maestro... Y si no me equivoco...

Dejó el báculo en el suelo, de nuevo, y habló contemplando las llamas.

-...fue creado con el sacrificio de todos aquellos que perecieron ante los ataques de dragones ordenados por Vannael. De la misma forma que los cultistas sacrificaban prisioneros y esclavos para crear rubíes, mi maestro hizo que dragones sacrificaran pueblos para crear esto.

Tanto el rostro de Reaper como de Reed mostraron semblantes de asco, viendo la joya ahora con nuevos ojos. Sangre, sangre coagulada a puntos imposibles, la magia de muchos sacrificios unidos en esa estructura diminuta y carmesí. Reed observó las llamas y luego el báculo: Dour, Rigel, aquellos pueblos masacrados para crear tan minúscula piedra. ¿Con qué motivo el rey haría algo así?

Arksinad pareció adivinar sus pensamientos.

-Eso es lo principal de lo que quería hablarte, Reed. Si las leyendas sobre el dios Baal son ciertas, es posible que también él pueda evitar la muerte de Scarrow... Manipular el destino, haciéndolo retroceder hasta el punto en el que Scarrow iba a recibir los relámpagos y dándote la oportunidad de salvarlo. Un dios del tiempo podría funcionar de ese modo.

Asintió, conteniendo las dudas que afloraban en su mente. ¿Tiempo? ¿Arksinad realmente hablaba de viajes en el tiempo?

Había vivido ya muchas cosas, luchas contra legendarias criaturas, espadas de poder, sacrificios, demonios y dragones. Pero viajar en el tiempo le parecía un asunto de absoluta ficción, ridículo hasta entonces.

-Pero si haces eso... Estarás siguiendo la voluntad de Vannael- el mago lo miró con firmeza, y retiró su báculo del suelo- No tengo ninguna duda. Mi maestro envió a los dragones para crear este rubí. Lo hizo para permitirme entrar a la Ciudad Dorada, y me dio a Asherat y a los daevas para darme también la necesidad de hacerlo. Él *quiere* que yo pase al otro lado, cual sea el propósito.

Asintió lentamente, incorporándose él también. Todo había sido un plan de Vannael, desde el principio. Se preguntó si también había tenido en cuenta el rey mago que descubrirían el acceso a la prisión de Baal, si había tenido en cuenta que Reaper activaría Necrostacia o que la muerte de Scarrow también sería un incentivo para viajar al otro lado de aquel portal.

No importaba.

Nada importaba realmente.

Le dio la espalda a las llamas, dejando que hicieran oscurecer su figura. Frente a él Reaper y Arksinad estaban de pie, esperando su decisión, leales y de confianza.

-Iremos a ver a Baal- les dijo, con una voz serena como jamás la había tenido- Dejaremos Tikielder en cuanto sea posible.

Estaba echada, la suerte estaba echada. No sabía qué quería Vannael, pero creía en las palabras del mago. Había manipulado todo para que llegara aquel momento, a Arksinad, a Scarrow, incluso a Osald Assadan y a Skectral. Pero lo viera como lo viera, aún no podía odiarlo. Aún quedaba algo de esperanza.

¿Que los mentores debían morir? Sí, aquello era común en las historias, y una historia había pedido. Pero no sería así en la suya. Cambiaría aquel destino así tuviera que obligar al dios del tiempo a obedecerlo, costara lo que costara. Crearía su propia aventura, donde las cosas salían bien y la existencia misma adquiriría un nuevo valor y significado.

A su espalda, su fiel escudo reflejaba las llamas. Ya no más ilusiones, ya no más temores e indecisiones. Iba a hacerlo.

Scarrow volvería a sonreír.

## 18. La Noche De La Corona Roja

Si hubiera tenido que poner la mayoría de sus primeros recuerdos en palabras, hubiera dicho que eran negros.

Era una forma de decirlo, sí, y una poco apropiada quizás. Sabía que había llevado una vida normal en la antigua Quaria, de niño, sabía que había sido parte de una familia importante y que le habían acogido y mimado con cariño antes de que la plaga de demonios se desatara en la ciudad.

Ya nadie quedaba allí, y sus memorias eran tan difusas como las de Dordo, el único habitante vivo del viejo mundo que aún ponía los pies sobre el continente. Conocía a Dordo, era parte de la Organización. Pero no tenía sentido hablarle: comparado con el terrible hombre que había sido al formar parte del grupo de Albion, el ahora senil e inofensivo mago del Geral dejaba mucho que desear.

Sephid suspiró, sintiéndose injusto para con el anciano. Dordo era mayor que él apenas por unos cuantos años, pero cuando más de cuatro siglos pasaban uno solía empezar a olvidar aquellas pequeñas diferencias. Más aun, su inmortalidad era muy distinta a la del viejo hombre. Obviando su mente, Dordo Id Quaria había tenido el mismo avejentado cuerpo hacía tantos siglos como ahora, mientras que él había experimentado el salto de la niñez a la juventud en aquel periodo tan prolongado de cuatrocientos años. Calculaba que le quedaban aún otros cuatrocientos años para la completa adultez, y otra cantidad igual para llegar a lo más profundo de su vejez, antes de desvanecerse.

Era un largo y considerable camino el que tenía por delante, pero no podía mentir y decir que le agobiara. Sí, definitivamente vería a muchos de sus seres amados morir, y sí, era seguro que tanto tiempo le depararía incontables sufrimientos. ¿Pero cómo podía molestar eso? ¿Qué vida no era gris, en aquel mundo tan variado? No por ello iba a odiar a la vida misma.

A decir verdad, desde que había conocido a Albion o a Shimari, se había considerado un hombre de mucha suerte. Toda aquella infancia negra, como le gustaba llamarla, había sido un ínfimo punto de descenso dentro del gran espectro de su vida.

Jamás hubiera creído que iba a vivir tanto, cuando era aquel niño que jugaba en las opulentas habitaciones del palacio de la familia Silas. No recordaba qué creía entonces, ni en qué pensaba o si de verdad era consciente y pensaba en algo. Todos los recuerdos

que realmente guardaba con claridad empezaban cuando el demonio lo había infectado, el día en que la crisis se desató en Quaria.

De la crisis recordaba mayormente que el sol no existía, que había desaparecido de sobre sus cabezas. Lo peor –tanto para su adinerada familia como para todos los pueblos que ocupaban la zona- era que no había forma de saber qué ocurría en verdad. Había oscuridad sí, había neblina y demonios por doquier, daevas que se hacían sombras y criaturas de lo más extrañas ocupándolo todo; ¿pero por qué motivo?

Nunca había podido descubrirlo, y más aun todos habían huido del lugar o muerto. De no haber marchado antes la raza humana a las tierras de Kamui o a intentar tomar el territorio kiel del norte, podría haber asegurado que no quedaría uno solo en el mapa en la actualidad.

Tantos habían escapado, con mucho sufrimiento. Recordaba a su verdugo, a la criatura que había atacado a su hogar con tanta prisa y gracia. Era un demonio, sí, se había hecho llamar un daeva aunque en nada se parecía a las sombras bestiales que ahora se conocían por ese nombre. Se lo veía como un ser humano, similar a un cadáver y al mismo tiempo elegante, las ropas nobles con tantos volados y arreglos que parecían una deliberada parodia de la familia a la que iba a asaltar, los ojos amarillos tan brillantes y escabrosos que le despertaron miedo al primer momento.

Diwzhat, así se había hecho llamar, Diwzhat El Hipócrita. Lo había pronunciado de corrido, mientras se sentaba en la mesa principal y se ponía a observarlos uno por uno, a su padre, a su madre, a sus abuelos, tíos y hermanos. Había tenido hermanos, sí, pero Sephid ya no los recordaba.

Tampoco recordaba el evento de la mesa, porque jamás había estado allí. Se encontraba en su habitación en ese momento, lo que lo había condenado tanto como salvado. Supo luego que el demonio pidió permiso para ingerir alimento, y que su padre le rogó que se marchara. La criatura le sonrió y les dijo que, ante tamaña falta de educación, se alimentaría con uno de los comensales.

Había oído entonces sí los gritos de espanto en la mesa grande, y había sabido luego que ninguno de los que estaban allí se podía mover, petrificados por el poder del demonio. El ser entonces oyó un par de ruegos más, y por último le dio a la familia Silas una elección: perdonar la vida de los comensales, a cambio de devorar a alguien de afuera.

Accedieron encantados, y Diwzhat partió hacia su habitación, al mismo momento en el que él abrió la puerta. Recordaba su mirada y su sonrisa, y luego quizás también algo como una mordida, sangre y su cuello desgarrado, el final de lo poco que había tenido. Recordaba un miedo muy profundo que se había desvanecido en una calma vasta y aparente, algo como la muerte o quizás la vida eterna.

Días después había despertado, en su cama, en una mansión que antes había sido hermosa y que ahora era ruinas y barricadas, uno de los últimos puntos de defensa contra los demonios que invadían la ciudad de Quaria. El reino de Antares estaba demolido, consumido por el odio y el mal. Y lo peor de todo...

...era que su familia también le temía y odiaba. Porque estaba vivo, porque sus ojos tenían un nuevo resplandor carmesí y sus colmillos eran más grandes, porque las sombras parecían pegarse a su piel como si su sola silueta rechazara toda luz. Lo llamaban enfermo y lo despreciaban, pero no se atrevían a intentar darle el golpe final, fuera por terror o amor.

Comprendió luego que tan sólo era por terror. Lo comprendió al ver a la sirvienta que le llevaba todas las mañanas su comida arrojar la bandeja en un llanto angustiado y fatal.

No, no se habían animado a atravesarlo con ninguna espada. Recordó haberse levantado de la cama a ayudar a aquella mujer, a aquella madre de hijo muerto, y recordó haber probado la comida del suelo y darse cuenta de que no era más que veneno.

Lo comió, en el piso, mientras la mujer lloraba y él sentía que la oscuridad estaba sobre sí como nunca. Lo recordaba siempre como el momento más miserable de toda su existencia. Quería morir, de verdad, se esforzaba por hacerlo. Comió hasta el último bocado, su nueva boca sintiendo cada dejo de gusto que aquel veneno podía dejar, su mente intentando buscar una paz que en el fondo ya tenía.

No ocurrió nada. El nuevo él era demasiado fuerte para un simple veneno. Decidió entonces huir, o aquello creía recordar, y la sirvienta se prestó a asistirlo en la empresa.

No era necesaria demasiada asistencia. Su familia lo despreciaba y con buen gusto le hubiera dejado marchar, hacia el mundo cubierto de bestias y espectros, el mundo negro sin sol de Quaria donde los demonios como él abundaban.

Ah, pero poco sabían. Había creído que era del otro bando entonces, y que los monstruos lo aceptarían.

Ahora ya sonreía, sabiendo qué tan equivocado había estado. Sólo Albion lo había aceptado como era, Albion saliendo de aquel portal de la Forja, Albion mirándolo a los ojos, comprendiéndolo todo de él e ignorándolo con aquella actitud infantil y resuelta que lo caracterizaba. Jamás había podido agradecerse del todo, pero creía que aquello tampoco podía haberle importado.

Había esperado años y años frente al portal de la Forja de Xshathra de niño, mucho después de haber huido de su hogar y siempre con la esperanza de que aquella tierra prometida de dioses y oro le dejara pasar al otro lado, le prometiera un mundo mejor que el que allí se consumía por la oscuridad y la codicia. Se había sentado de cuclillas frente a ella, escondiéndose del afuera, rogando por un mañana e intentando pasar la barrera con insistencia, maldiciendo su nueva condición que aquel umbral rechazaba.

Y, al final, la puerta a la Ciudad Dorada jamás se abrió para él. Pero sí le había entregado a un ser herido, a un hombre jovial y distraído que fue la primera persona en verlo, ver la oscuridad que se le pegaba y poder llamarlo amigo.

Había dormido otra vez en su habitación, sintiendo la casa como ajena y sabiendo que pasaría otro buen rato hasta que volviese a verla. Ahora, y luego de todo lo que había vivido, le seguía resultando fría y opaca, muy distinta a como la había sentido de niño o antes de poner pie fuera de la isla.

Cuando despertó, y antes de ir al refugio donde sus amigos continuaban asentados, se decidió a ver a su madre para darle una última despedida antes de volver a partir. Sabía que pronto los marineros de Van Lyder se retirarían y el *Emperador* reanudaría su

rumbo habitual a sus oscuros negocios a través de los continentes, y el caos le daba una oportunidad perfecta para escabullirse con sus compañeros antes de que los detectaran.

No se volverían con el capitán y Eluid, no. Aún no había pasado demasiado tiempo, la Forja tenía que estar todavía relativamente cerca de Eclant: tardaba todo un año para hacer su recorrido por el mundo, así que era imposible que en menos de un mes se hubiese alejado tanto de donde Arksinad guardaba el Arca y pudiera transportarlos.

¿Había pasado un mes ya?

Sonreía para sus adentros mientras se calaba las medias y ajustaba con fuerza el grueso cordón de sus botas. El tiempo ocurría realmente rápido, y le costaba creer que muchos lo desperdiciaran anclados toda la vida en el mismo lugar, con los mismos pesares. Su rostro era ahora similar al hielo, sabía que su boca era una línea recta y que sus ojos grises estaban más fríos que nunca, pero él, Reed Id Vant, jamás aceptaría ese destino.

Podía salvar a Scarrow.

Otra oleada de felicidad lo embargó. Se paró, viendo su habitación por última vez, y salió de allí con algo de temor asentándose en su interior.

No era temor por la aventura que vendría, no, ni por deber volver a la Forja, a Deihr, los cultistas, los demonios y los sacrificios. No, se había percatado luego de aquel último tiempo que a diferencia de en las historias, donde las grandes incomodidades eran pruebas de sabios para alcanzar grandes objetivos, en la vida real las peores podían ser simples decisiones, como tomar el valor de avisar o no a tu madre que planeabas partir de tu hogar otra vez.

Reed siempre se había sentido extraño con aquellas experiencias, y aquella no era distinta. Se aproximó a la cama de Majaka Id Vant, esperando verla despierta: prácticamente ya habían sanado del todo las heridas que el asalto del dragón a los rehenes hubieran podido causarle.

Dormitaba, pacífica, y una media sonrisa estaba clavada en el ancho rostro.

Se preguntó si debía despertarla. Caxer la cuidaría, pero no dudaba de que no le agradaría nada saber que su hijo había marchado de nuevo.

Fueron unos segundos, en los que se la quedó mirando. Podía haberle dejado una carta. O hablar con su hermano o alguno de los aldeanos, que le explicaran lo que había sucedido.

No.

Lo que hizo fue dar la media vuelta y marchar de allí, hacia afuera. De cualquier forma, eventualmente iba a regresar.

Dejó la casa atrás y puso rumbo hacia la entrada más cercana del refugio de rebeldes, ahora habitado solamente por los marineros de Lyder y las personas cuyos hogares habían sido destruidos por el dragón o que no planeaban regresar a casas vacías en las que nadie los esperaba. El camino le tomó alrededor de media hora, mucho menos que cuando lo había hecho junto con Scarrow la primera vez. Se podía ver la entrada a la guarida allí, abierta ahora y descubierta para quien quisiera ingresar: otra nueva estructura que la isla albergaría, le diese el uso que le diese a aquellos desalojados espacios.

Pronto el refugio quedaría aun más vacío. De lejos veía al *Emperador* con las sogas sueltas sobre la costa, su enorme rampa contra la tierra y los hombres que allí subían algunos regalos que se les había hecho en agradecimiento, que volvían al barco con la esperanza de dejar el pueblo mañana temprano con comodidad, a la hora en la que la tormenta marina era más suave.

Ignoró al barco y bajó por la escalera que habían instalado, de madera y apenas enterrada en la blanca y fina arena de la costa. Sobre él el cielo era de un impresionante celeste, claro y fuerte que acaparaba todo con su imponente vastedad. Lo miró como sopesándolo y entró, imaginando que Arksinad y Reaper estarían desayunando.

Lo estaban, o al menos se encontraban en el comedor principal de la guarida, en las grandes y largas mesas observando un evento con atención.

Otros hombres también se hallaban ahí, marineros no muy mañaneros que bebían agua con limón y algo de pan de cerveza como aperitivo, pero incluso esos preciados alimentos estaban ignorados en las gruesas manos mientras todos observaban a los dos hombres que se hallaban parados frente a frente en el medio del salón, las miradas hostiles enfrentándose con frialdad.

Eluid Skardtril y el capitán Van Lyder se contemplaban en silencio, evidentemente sumidos en una profunda discusión. Ambos apenas desviaron los ojos cuando lo vieron ingresar, más atentos a cualquier movimiento que pudiese hacer el contrincante.

Se produjo un silencio absoluto, que a Reed no incomodó tanto como podría haberlo hecho en otra situación. Miró al par con curiosidad y la voz del capitán le volvió a dar algo de constancia a la sala.

-¿No deberías explicarle a Reed, Eluid?

El joven de Rigel también lo miró momentáneamente con sus helados ojos, pero luego su faz desafiante fue de lleno al otro.

-¿Explicarle qué? ¿Cómo salvamos a la isla? ¿Cómo Skectral no matará a nadie más aquí?

Reed iba a sentarse, pero decidió estar de pie. Miró de reojo a Reaper y a Arksinad, las expresiones graves que portaban.

-¡Cómo nos mentiste!- el tono del capitán era fuerte esa vez, fuerte y acusador, herido- ¡Cómo te aprovechaste de él, de Scarrow, de toda la ira de los aldeanos, aldeanos asustados, aldeanos que vieron a sus familias morir y pusieron su vida en riesgo para que pudieras concretar tu venganza!

A aquello le correspondió un encogimiento de hombros. El rostro de Eluid sin embargo no parecía ni la mitad de relajado que aquel gesto indicaba: no pestañeaba y su expresión era seria, sus dedos tensos como si estuviera planeando tomar el martillo que traía en la espalda. Se produjo otro silencio y el cazadragones lo miró, ignorando a Van Lyder.

-Reed, yo sabía que Scarrow iba a morir.

Lo sintió como un golpe en el pecho, más aun con el rostro desconsolado del capitán. Dio un paso al frente, sin saber qué responder, y lo encaró con una expresión que sabía era totalmente perdida.

-¿A qué te refieres, Eluid?

-Scarrow debió de habértelo contado, ¿no es así?- el joven cazadragones le hablaba en calma, aunque algo, algo diminuto en el timbre de su voz sí demostraba arrepentimiento- Que en Gikeldor, en sus años de juventud, algo le obligó a sentar cabeza y dejar su vida como mago del Geral.

Sabía que su gesto comenzaba a traicionar la calma que había tenido hasta el momento. Recordó la noche con Scarrow en las cascadas, cuando le había contado todo el relato de Dour, de Lu y de sus años antes de venir a Vant... Sí, había mencionado algo al respecto, algo que lo había hecho desistir de intentar quitarse la palabra que habían escrito en su asiento.

¿Y eso era...?

-Una visión- le respondió Eluid- de un anciano herrero kiel al que pude conocer en mis viajes a Gikeldor. También pude conocer lo que la visión decía –ladeó la cabeza hacia el uniformado Lyder- y asumo que él también.

-“*Tu caída será obra de un dragón al que oses desafiar*”- pronunció Van Lyder- Scarrow lo sabía, y yo también, por eso buscábamos evitar una pelea contra Skectral. Pero este maldito...

Miró a Eluid con desprecio, pero el joven no pareció inmutarse. Continuaba viendo a Reed, como esperando su respuesta.

Él mismo no sabía qué decir. Scarrow...

Los maestros debían morir, quizás, y el suyo lo había entendido, lo había intentado apoyar en su empresa aun a sabiendas de que seguramente aquello significaría su final. Había aceptado dócilmente los avances de Reed, su sed de venganza y su necesidad de atacar al dragón.

¿Por qué? ¿Por qué motivo no le había contado la verdad, incluso cuando le dijo todo de su pasado? De haberlo dicho, sin duda se hubiese detenido, sin duda hubiera terminado todo y las cosas no hubieran terminado como terminaron.

Recordó de pronto el abrazo, la vez que la actitud de Scarrow había cambiado por completo cuando lo sacó de su depresión utilizando el sello de convocación para pedir su ayuda. Ahora lo comprendía, viéndolo todo en retrospectiva, ahora comprendía que Scarrow había decidido, en ese exacto instante, enfrentar a la muerte por su cuenta y no intentar burlar al destino una vez más.

Su mirada se alzó lenta, hacia Eluid. El cazadragones no lo miraba con desafío, sino quedo y aceptante.

-Y hay más- dijo Van Lyder, mirando a ambos de reojo y con ira embargando cada parte de su ser- No sólo Scarrow... Hablé con mis hombres sobre la llegada de Skectral a la isla, con los aldeanos, y confirmé las historias que escuché para aclarar la sospecha que llevaba...

Tragó saliva, dispuesto a seguir hablando, y Reed observó de nuevo algo extraño, algo muerto y gastado en los ojos celestes del mata-dragones.

-...y confirmé que Skectral apareció sobre Tikielder a pocas horas de la mañana, cuando mis hombres lo avistaron. Es decir: horas después del ataque a los refugiados del palacio.

Reed dio un paso, hacia Eluid. Aquello comenzaba a crecer de nuevo en su interior, con más potencia que nunca.

-Ataque que fue hecho con un relámpago- dijo Van Lyder- Como los de tu martillo. Y Eluid: nadie vio a Skectral atacar a sus rehenes. No tendría sentido, ¡el dragón no era idiota! ¡Sabía que aquella gente era su principal ventaja contra Scarrow o cualquiera que osara oponérsele!

Dio otro paso, cada vez más cerca del joven. Podía ver a esa distancia las pequeñas pecas en su cara, las ranuras del colmillo de dragón que ahora llevaba en el cuello, o podría haberlas visto de no ser que el odio comenzaba a difuminar su visión mientras su puño se tensaba, listo para golpearlo en el rostro.

-¡Tú atacaste a los rehenes, Eluid!- Lyder estalló, señalándolo- ¿Dónde estabas la noche en que aquello ocurrió? ¡Nadie sabía más las rutas de la guarida que tú, eso pude confirmarlo! ¡Tú lo hiciste!

Estaba ya a la distancia de su brazo, pero Reed siguió avanzando. Eluid no se inmutaba, viéndolo a los ojos, viendo aquella cosa gris y helada que debía haber visto Daivok antes de morir.

-¡Nos manipulaste a todos, a Scarrow, a los aldeanos, a Reed...!

Alzó el puño.

-Qué idiotez.

La voz del joven hizo que se detuviera. Volvió a levantar la vista, la vista recuperada mientras bajaba el puño, y vio cómo Eluid escupía al suelo con desprecio y los miraba, a él y al capitán.

-¿Scarrow? ¿Aldeanos? ¿Manipulación? ¡Pueden ser ustedes tan estúpidos, tan cómodos, tan felices mientras se sientan seguros y contentos! ¡Pueden ignorar tanto lo que pasa afuera, con tal de que sus pequeñas vidas se mantengan en línea!

Miró a todos con excitación, observando las expresiones amargas y reprobatorias, y enseñó los dientes en una mueca feroz.

-¡Scarrow murió, sí, como debía ser! ¿Creen que hubiera podido cambiar ese destino? ¡Ridículo! ¡Y sí, yo fui quien atacó a los rehenes! Lamento mucho tener que haber llegado a eso, ¿pero qué otra opción tenía? ¡Ódienme si quieren, pero créanme que su odio me importa tan poco como el de una oveja! ¡Son débiles!

Pateó una silla con furia y miró a Van Lyder, el capitán esta vez en un silencio grave y sorprendido.

-¿Qué importa acaso la vida de una decena, una veintena de personas, de un mago o de sus familias? ¡Si dejábamos ir a Skectral, otro pueblo sería atacado! ¡Pero ustedes son tan blandos, tan conformistas con lo que les ocurre que no pueden pensar en nada más que en su propio bienestar!- se aproximó a Reed, la respiración agitada y algo fanático en los antes fríos ojos, tomándolo de los hombros- ¡Tú! ¡Tu maestro ha muerto, sí, ¿pero cuántos pueblos hemos salvado en el futuro?! ¿Valía la pena dejar vivo a Scarrow, sólo para ver a Skectral carbonizar a otra aldea desconocida? ¡Estoy harto de su complacencia!

Volvió a encarar a todos los que lo rodeaban, señalándolos con su dedo en un espasmo de furia.

-¡Todos ustedes son demasiado débiles, demasiado blandos, demasiado sentimentales como para terminar con los males de este mundo! Pero Reed, tú...

Pareció calmarse, la cabeza gacha, la capa derramada sobre los hombros, sobre las calaveras tristes que formaban el peto de su armadura.

-Tú puedes entenderme, aunque en ocasiones el juicio se te nuble- lo volvió a encarar, acercándose hacia él de nuevo con resolución, y tomó la muñeca de Reed con expresión decidida. Apoyó el puño del joven en su mejilla, sin cerrar los ojos ni parpadear. -Pueden ejecutarne, si lo desean: no niego que gente ha muerto por mi culpa. Pero no habría hecho nada de eso si Skectral no hubiese atacado, y de no hacerlo sería más gente la que ahora estaría sufriendo y más odios los que nunca podrían haberse colmado. ¿Merezco eso, Reed Id Vant? ¿O he hecho lo correcto para llevar a todos un mundo más justo?

Volvió a hacerse silencio, mientras Reed miraba a Eluid con sorpresa, su ira desvaneciéndose poco a poco, reconociendo algo de verdad en aquellas palabras indignadas que les había dirigido. Tras esa visión Van Lyder también parecía afectado, y tanto Reaper como Arksinad habían salido de la mesa para ponerse junto a él, para examinar qué decidía y apoyarlo frente a aquella nueva revelación.

Pestañeó un par de veces, mientras pensaba, mientras dejaba permear todo lo último que había sucedido en su mente. Sabía que el capitán, que sus amigos, que todos lo miraban ahora, todos estaban tensos esperando lo que iba suceder; incluso Eluid, el Eluid que lo miraba a los ojos tal Daivok, el Eluid que había usado su ira para satisfacer

la suya, que tenía una ira similar a la de él aunque fuese menos destructiva, el Eluid que también había indirectamente matado a Scarrow.

Cerró los ojos unos segundos, bloqueó con su mente el más mínimo sonido que había afuera, toda interferencia, todo deseo. Cuando los abrió se sintió otra vez nuevo, resuelto, seguro de sí mismo.

-No- dijo- Puedo entender lo que pensabas.

El joven lo miró, esperando el resto de su respuesta. Reed lo enfrentó decidido, retirando la mano de su mejilla y suspirando con tristeza.

-Pero no debes estar en Vant, ni en la isla, ni espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse en ningún momento. Jamás.

La mirada del cazadragones pareció angustiarse una milésima de segundo, pero se recompuso aun más rápido y asintió lentamente. Comenzó a caminar hacia la salida del refugio, pasando al lado de Reed, de Van Lyder y de los marineros que lo miraban. Cuando llegó a Reaper el guerrero le saludó con un asentimiento serio, y el joven se lo correspondió igual, reconociendo la amistad que habían desarrollado en aquel tiempo.

Arksinad le hizo un gesto similar, que él aceptó, y luego lo vieron desaparecer por el umbral de la puerta. Reed dejó el aire escapar de su cuerpo, los hombros aflojarse y la culpa volver a él como un torbellino, combinada con la ira y el remordimiento.

Lo había exiliado. Sabía que Van Lyder no accedería a llevarlo en el *Emperador*, así que lo que Eluid seguramente haría sería buscar a algún campesino que pudiese prestarle un bote con numerosas provisiones. No dudaba de que muchos accederían encantados: el joven de Cel-Neckar había participado en la lucha contra Skectral y se había vuelto uno de los primeros héroes que la historia recién abierta de la isla iba a albergar. Si le hubieran dejado más tiempo allí, seguramente más de un granjero entraría en el furor y buscaría prometer a sus hijas con el vengador...

Se preguntó si lo mismo ocurriría con él, o si lo mismo pasaría de saber aquella gente lo que el joven había hecho, que había causado la muerte de los rehenes, que había actuado sabiendo lo que ocurriría con Scarrow y había manipulado la ira de todos.

En el fondo no le importaba: Eluid tenía razón. Salvar Vant dejando huir al tirano era condenar a cien nuevos pueblos al mismo sufrimiento. Eluid había hecho lo que creía correcto, había ensuciado sus manos de la peor manera y se había marcado a sí mismo para concretar su venganza y trabajar por lo que quería. Reed podía respetar eso, tan sólo fuera porque ahora creía que podía hacer regresar a Scarrow.

Si Arksinad no le hubiera hablado sobre Baal la otra noche...

Se hubiera abalanzado hacia Eluid con intención de estrangularlo, lo sabía. Tragó saliva sintiendo otra vez aquella horrible sensación sobre sí mismo, que lo atormentaba desde hacía tiempo. Algo andaba mal con él.

Pero no tenía sentido pensar en aquello. Contempló a sus compañeros, que asintieron mostrándose de acuerdo en que había hecho lo correcto, y a la mirada triste pero condescendiente del capitán. El hombre no lo sabía, pero Reed no planeaba aceptar nada. No mientras pudiese luchar.

Miró a sus amigos, cada uno a su lado.

-¿Están listos?

Ambos asintieron. No había mucho que llevar, más que sus ropas y sus armas, los bolsos con algo de comida y recuerdos. No sería un viaje largo. Encaró al capitán Van Lyder, que lo miraba curioso, y extendió una mano hacia él.

-Nunca podré agradecerle lo suficiente, capitán.

El hombre se lo correspondió con un apretón firme, extrañado, sin saber qué sacar realmente de aquello.

-Espero que podamos volver a vernos, Reed Id Vant. Volveré a la isla en unos meses, luego de presentar a Su Majestad la propuesta de anexarla como una colonia bajo la protección de Kamui.

Asintió. La movida no sería aceptada por todos los isleños, pero serviría para poner a Tikielder en contacto con los grandes reinos. Soltó la mano del capitán y ambos se saludaron una última vez, Reed dejando el lugar acompañado por el guerrero que portaba Necrostacia y el brujo.

Aire fresco, puro y limpio. Miró a su alrededor la arena, sintió la brisa marina de la libertad, y vio a los pocos hombres que embarcaban cosas, similar a la primera vez que había salido de allí.

-Fácil vengo, fácil me voy- se dijo para sí mismo, y los otros dos lo miraron extrañados.

-¿No te despedirás de Caxer?- Arksinad otra vez tensaba uno de sus rizos, observando el largo cabello aclararse contra la luz del sol- Creo que te andaba buscando.

Negó con la cabeza.

-No será necesario.

Su hermano cuidaría a su madre. Sabía que estaba siendo egoísta, que podían necesitarlo y que otra vez aprovechaba la debilidad del niño para embarcarse en la vida que realmente quería, pero no le importaba. Un nuevo optimismo lo llenaba igual que la luz solar golpeaba de lleno su piel, una alegría grata que marcaba un nuevo inicio.

-Arksinad, puedes hacernos los honores.

Tomó su escudo con fuerza, preparándose, y vio a Reaper hacer lo mismo con Necrostacia. El mago tomó el borde de su sombrero con una de sus enigmáticas medias sonrisas, hizo una exagerada inclinación y golpeó con su báculo en suelo de arena de la playa, la luz extendiéndose y el círculo mágico envolviéndolos a todos como ya tantas veces lo habían hecho.

A lo lejos Reed oyó un grito, una figura que corría hacia él agitando los brazos. Caxer se le aproximaba, sus pequeñas piernas moviéndose a toda velocidad bajo la túnica, quizás para despedirse.

Le agitó un brazo, sonriendo de nuevo tras tanto tiempo, y vio a Arksinad hacer lo mismo con su sombrero y a Reaper dedicar una mueca feroz a su pequeño hermano.

-¡Reed! ¡Espérame!

Creyó ver algo similar a la alegría en la cara de Caxer, o quizás sólo fue sorpresa. La luz entonces tapó la imagen de su hermano, creció envolviéndolos a todos en una multitud de colores fusionados y se desvaneció en la segunda teletransportación más extensa que pudo vivir.

Lo que más amaba de la Forja era el rápido pragmatismo que mostraban a la hora de resolver sus problemas. Mientras que el ataque de aquellas criaturas en otros pueblos hubiese significado mementos, tristeza, pena y angustia, en la Forja tan sólo significaba que los trabajadores deberían quedarse más horas allí haciendo reparaciones, que las mismas estructuras del lugar iban a ser perfeccionadas para que el suceso no se repitiera.

Tomaría tiempo, tomaría recursos, tomaría mucho recuperar lo que habían perdido, pero a él no le importaba. El tiempo le sobraba, y por ello ya podía verlo pasar con lentitud, sin ninguna prisa, mientras paseaba con su reina por los largos pasillos de su anterior hogar, viendo a los arquitectos tomar notas, a los obreros demoler paredes irrecuperables, a hombres estacar postes para sostener la estructura mientras las reparaciones durasen.

Shimari parecía aun más afectada que él por lo que había sucedido allí, en especial cuando se enteraron de que Osald Assadan había sido el responsable del ataque y de que la espada Necrostacia había sido robada.

Le hubiera gustado tener el optimismo de su señora. No, conocía a su viejo hogar, tan bien como la palma de su mano. Exnar Gladiar había muerto, pero conocía aquella mente lo suficientemente bien como para estar seguro de que uno de sus tan bienaventurados planes había fallado por primera vez, y le había costado la vida.

Se había metido con las personas equivocadas, pensó mientras suspiraba y seguía con lentitud el paso apresurado de su líder. Pero aquello no era lo que más le preocupaba: había llegado a respetar a Exnar, pero jamás lo había podido apreciar del todo. No, lo que lo turbaba era otra cosa, el hecho de que la espada Oblivion hubiese aparecido luego de todo ese tiempo.

La había dado por perdida, y la Organización la había buscado con creces por todo el continente sin ningún éxito... ¿y de pronto aparecía en las manos de un herrero de Eclant, manipulándolo para unirse con su hermana? ¿Cómo podía ser aquello?

Alguien estaba actuando, estaba seguro, y no sabía bien hacia dónde debía apuntar sus sospechas. Quizás debería solicitar ayuda de Ventrysten y el resto del grupo, por más que le pesara.

Volvió a la realidad cuando Shimari le señaló una pared, la sangre ya reseca que la bañaba siendo cepillada a conciencia por un sirviente calvo y mudo, uno de los muchos que por allí había.

Asintió, sin oír lo que le decía. Amaba a Shimari, con total seguridad, pero en aquel momento se hallaba demasiado disperso y además sabía que ella lo sabía. La joven probablemente buscaba distraerlo con aquellos comentarios, y Sephid agradecía al menos el intento.

Mucho tiempo había pasado en aquella forja, incluso antes de que la pudiese considerar su hogar. Había huido de Quaria luego de años, años conociendo su nueva condición, ocultándose en lo oscuro, aprendiendo a utilizar sus nuevos poderes y sufriendo ante el rechazo que la gente le tenía. En aquel entonces el odio hacia los demonios era grande, mucho más incluso del que se profería a los brujos ahora en los continentes centrales, y a todas luces todos parecían considerar al niño exiliado de ojos carmesíes una criatura del inframundo tanto como las sombras que azotaban la ciudad o los inusuales daevas que pronto terminaron por desaparecer.

Su familia incluso no se había contentado con intentar matarlo, sino que había puesto precio a su pequeña cabeza. Sephid no estaba seguro, jamás lo había estado: lo

había oído de la boca de un pequeño ser que intentó devorarlo, uno que se dijo invocado por su padre.

En ese instante lo creyó, con todo lo que tenía, aunque ahora creía que para aquel entonces ya todos estaban muertos y que aun de no haberlo estado su padre no hubiera perdido el tiempo cazando al hijo que había huido, a aquel pequeño error que jamás volvería a ver. Incluso muchos años después, años luego de que Albion cayera junto con la ciudad maldita, había escuchado que su familia había muerto a los pocos días de su escape, de los labios reseco de un Diwzhat amargado y deseoso de muerte, un demonio que él mismo había matado con *seele* en la mesa de su antiguo hogar, de aquella mansión cubierta de telarañas en las que sólo las estructuras parecían persistir.

Pero en ese entonces sí lo creyó, y fue el desencadenante que lo obligó por completo a dejar de esconderse y huir de la ciudad para siempre. Se hizo sombra, como ya antes lo había practicado, y se inmiscuyó en el desvencijado barco de una familia de marineros que buscaba probar suerte en el nuevo continente, vivió a base de ratas y pan duro, escondiéndose cada vez que bajaban de la cubierta, para evitar problemas e incomodidades.

Aún podía sentir la visión del sol en el mar, cuánto le había gustado y cómo se percató de que la oscuridad de Quaria no era normal, de que existía un mundo más allá afuera y de que aquel continente estaba absolutamente perdido.

Pero había un mundo allá afuera, aquello era cierto.

Recorrió muchos lugares entonces, maravillado mientras aprendía qué cosas necesitaba, qué cosas podía hacer y qué no, dónde recibía rechazo y dónde alabanzas. Caminó por las calles de la entonces ciudad kiel de Deneb Algedi, que se preparaba para una supuesta gran amenaza. Recorrió la ciudad de los magos, la enormidad de aquella cosa que surgía dispuesta por el sabio y bondadoso Vannael, que apenas comenzaba a poblarse, visitó Pólux, el reino de los elven, e incluso cruzó mares para adentrarse en Gikeldor, embelesado por las historias que oía de aquella tierra pobre, plagada de genios y dragones, y donde se decía había cultos que adoraban a los demonios con placer intenso y desmedido.

Todo le gustó, le hizo sentirse diferente, pero no solucionó el problema principal que lo movía: se sentía solo, infinitamente, incomprendido por todos y aceptado por nadie. Viajaba por el mundo constantemente, lo rondaba, trataba con gente que lo veía como un monstruo o lo amaba, y ni un alma que pudiera entenderlo en verdad. ¿A dónde pertenecía?

Oyó entonces de un lugar emergente, uno que no pertenecía a ningún reino, y a la primera mención sintió que podía formar parte de ese sitio. Una estructura que vagaba sin rumbo, donde se ignoraban raza, religión, color, donde todo era solventado a favor del avance y el pragmatismo.

Ingresó a la entonces pequeña Forja en secreto, sabiendo que le costaría horrores conseguir el precio que aquellos sin talento debían pagar para entrar bajo los cuidados del lugar: un tesoro u objeto valioso.

Entró, resuelto a hacerla su hogar pero sin saber cómo. Era muy distinta a la Forja que veía ahora, mientras caminaba con Shimari, a la Forja que sacrificaba y se reconstruía, a la Forja materialista que en ese entonces recién montaba las bases de su doctrina.

Faltaban siglos para que Exnar naciera, para que Deihr fuera acogida o los hermanos Bellow rescatados de la hambruna. La Forja de ese entonces parecía más un enorme crucero, una extensa balsa de rocas fusionadas, de arcas voladoras que habían

venido de otro mundo y que sostenían un portal secreto en lo más hondo, sobre la que pronto hombres construían pilares, armaban torres de maderas y se preparaban para dar inicio a la industria.

Tenía menos de medio siglo, pero su avance era veloz. Sephid buscó por todos lados un rincón para quedarse, algún lugar donde pudiera robar comida y guarecerse cuando la noche cayera y todos durmieran, hasta que pudiera obtener la forma de pertenecer a ese lugar.

Lo encontró en la forma más irónica que había: esconderse en el corazón de la nave, en el lugar hacia donde todo se centraba, amparado en el mismo misterio y muros que lo rodeaban, en lo hondo y secreto de su presencia: el portal.

Había oído por voces sobre el portal, y la primera vez que lo había visto le había maravillado: la puerta a otro mundo, al mundo donde los primeros creadores de la Forja habían nacido, antes de mezclarse con otras especies, con ahuras y demás para contrarrestar la falta de habitantes. Oía sobre la Ciudad Dorada, sobre Baal, dios del tiempo, sobre alguien que había ido al otro lado, sobre extensas tierras y terrores y su corazón se embargaba de emoción, obligándolo a intentar pasar una y otra vez por el apagado umbral.

Pero le era imposible. Una y otra vez la puerta lo rechazaba, y pronto temió que la magia con la que parecía estar cargada se acabara y las posibilidades de cruzar al otro lado se fueran con ella.

Maldijo todo, a sí mismo y a su nueva obsesión, porque sabía que eso era, lo maldijo en el silencio en el que se decidió a pasar años allí, enfurruñado, envuelto en su vieja capa frente al portal esperando que algo ocurriera, que un mundo mejor pudiera aceptarlo.

Pasaron minutos, horas, días, meses, incluso años, aunque ya el tiempo era un concepto difuso y no podía asegurarlo. Esperó y esperó, sentado ante la puerta como un perro obediente, como un pequeño e insignificante guardián, con la esperanza mermando cada día y la determinación obstinada creciendo, arraigándose en él.

Creería allí, viviría allí, envejecería y moriría esperando sin sentido que aquella puerta pudiera dejarlo pasar, aunque lo rechazara con fuerza cada vez que lo intentaba. ¿Pero por qué? ¿Tan sólo por ser un demonio, por lo que había ocurrido con Diwzhat? ¡Había algo allí, estaba seguro!

La desesperación lo consumía, poco a poco. Olvidó de comer, muchos días seguidos. Su condición le permitía vivir aun así, pero se hallaba emaciado y en ocasiones sediento, sabiendo que estaba siendo presa de alguna nueva locura, una fiebre que debía superar. Se preguntó si moriría, si realmente lo haría, no por un veneno en su desayuno sino por uno en su mente, por algo en lo que descargaba todo odio o tristeza que pudiera tener.

Entonces, cuando menos lo esperaba, algo emergió del otro lado de la puerta. Lentamente el rostro de aquel niño se estiró en el más absoluto asombro, al ver a un extraño aparecerse allí: vestía una túnica amplia y púrpura, con una amatista bajo el cuello, y cargaba dos objetos con sí; una estrella negra, sus destellos resplandeciendo como esmeraldas bajo el sol, y una enorme espada del mismo color con runas cubriendo todo su aserrado filo.

Apenas cruzó, el extraño cayó al suelo y escupió sangre, herido y agotado. Sephid se le aproximó en ese entonces, sin tener la menor idea de cómo debía reaccionar. El hombre tosió, divertido, se limpió la boca con la manga de su túnica y lo miró

sonriendo, una mirada franca, alegre, sincera, una mirada que ignoraba mucho y lo sabía todo.

-¿Cómo te llamas, niño?

No se llamaba Sephid, no en ese entonces.

-Tadeus. Tadeus Silas.

La boca de aquel sujeto se ensanchó, divertido con aquello. Sephid notó que sus orejas eran apenas puntiagudas, que su tez extrañamente bronceada parecía aclararse y que sus ojos eran de un color violáceo intenso, imposible de hallar en otros lugares del mundo. Había conocido esos rasgos, en algunas personas de la Forja, los rasgos de quienes venían del otro lado del portal.

-Mi nombre es Albion- le dijo, incorporándose con dificultad- Albion Decaheron. Dime, Tadeus, ¿te gustaría ser mi amigo?

Lo miró sin comprender, y retrocediendo un paso, el terror embargándolo. Ese hombre, ese lo que fuera estaba loco. Si, él había esperado años frente a una puerta, pero había algo en aquella actitud que le ponía los pelos de punta, a él, un demonio.

-Ando necesitando amigos por esta parte del mundo- le confesó Albion- Para embarcarme en una peligrosa aventura. ¿Te unirías a mí?

Rodeó con sus ojos el lugar, viendo la expresión aterrorizada del pequeño, y se rascó la cabellera larga y opaca bajo el sombrero en actitud relajada.

-¡Puedo pagarte, si eso quieres!- pateó la enorme espada que había en el suelo, dirigiéndola a él- Ten, toma. Esa de allí es Necrostacia: me costó mucho conseguirla. Seguro que aquí te darían buen oro por tenerla: como arma ya no vale de mucho.

No dijo nada de la estrella de diamante negro que aún traía bajo el brazo. Sephid se agachó y recogió la brutal arma: era increíblemente ligera, el mango de hueso impecable, y emitía un apagado siseo mientras la alzaba. La blandió una vez, sabiéndola un tesoro como el que requerían de él, y miró a los ojos a su extraño interlocutor.

-¿Qué es lo que necesitas?

-Alguien que me enseñe.- le dijo el hombre, dando un paso confiado hacia él, su anterior debilidad ignorada y con aquella oscura estrella despidiendo destellos mientras más se acercaba a la espada- Alguien que me explique de este mundo: dónde puedo ocultar un tesoro, dónde puedo conseguir aliados, alguien que me presente nueva gente que pueda ser leal, que sea mía y en quien pueda creer. Alguien en quien confíe.

Asintió lentamente. Lo llenaba de confianza, de un sentimiento resuelto y feliz: quería pertenecer a aquel extraño hombre, a cuales sueños tuviera. Sostuvo la espada Necrostacia con ambas manos, sintiéndose su dueño, y observó tímido el rostro de Albion.

-Puedo ayudarte con eso.

La sonrisa que el otro le dirigió fue la más radiante que vio en más de cuatrocientos años de vida.

Aparecieron en el arca de nuevo, en un deja vú de lo que había ocurrido al salir de la Forja, después de un extenso viaje a través de la magia, de colores que se fundían y creaban formas jamás vistas para ellos.

Cuando cayeron de nuevo en la realidad, a un mar de distancia de la isla Tikielder, Reed se sintió como si su aventura hubiera retrocedido un par de casilleros tras una mala jugada. Sonrió ante ello y se detuvo, dejando pasar el mareo de la transportación y viendo como Reaper y Arksinad bajaban del Arca con gracia.

Varios niños que habían estado jugando por allí salieron corriendo en cuanto los vieron, y un par más saludó tímidamente a Reaper al verlo pasar. Eclant continuaba siendo igual que siempre: rojo y azul, soleado, la brisa marina golpeando las casas de piedra y barro y el calor y la aridez dándole un toque picante y delicioso a la zona, de verano. Sólo de estar allí a Reed le daban ganas de tirarse al mar un buen rato y volver para comer y dormir en paz.

Y lo haría. Sólo que ese no era el momento.

Llegaron a la casa de Amu, donde el guerrero abrió la puerta con brusquedad y pasó sin pedir permiso.

-¡Toca antes!- le gritó la joven desde la cocina, aunque su alegría se adivinaba en cada sílaba.

Se sentaron en el comedor, sin mucho preámbulo, y Amu apareció allí secándose las manos con un repasador viejo, la mirada asesina.

-Aún no estamos casados. Toca antes.

-Lo siento- Reaper movió la mano de arriba abajo, agotado- Estoy algo cansado. Sólo hace unos días estaba matando al emperador de los dragones.

-Y de seguro esperas que esté impresionada, mi querido prometido- la joven sonrió y lo saludó con un beso que le congeló el alma- Hola Reed, hola Sinai. Les prepararé algo de comer.

-Arksinad- corrigió el mago.

Amu les sonrió y marchó hacia la cocina de nuevo, casi saltando de alegría. El trío se miró entre sí, espantados por lo que saldría de aquel lugar y que deberían fingir comer ante ella.

-¿Y Allon?- Reaper se hizo oír desde el sillón donde estaba arrojado- Temo que no podremos quedarnos mucho rato. Tenemos algo de prisa.

-¿Qué pasa con Allon? Está en su hogar, creo. Dijo que vendría...

Hubo un estrépito de ollas, platos, algo que parecía explotar como si se tratara de un conjuro de fuego y un sonido viscoso que a Reed no le agradó para nada. La pelirroja apareció allí con una bandeja de masas que parecían tan bien hechas que le provocaron un pavor intolerable.

-Que vendría a la tarde- completó- Tuvo que escoltar a Shimari hasta la Forja de Xshathra en su bote, la vergüenza lo consumía.

-Lo superará- su prometido se adelantó en el sillón y tomó una de las masas, sin hacer ningún otro comentario. Tanto el mago como Reed lo imitaron, y todos dieron un mordisco al mismo tiempo.

¿Acaso la receta incluía vidrio? Reed no se iba a atrever a preguntarle a Amu jamás, pero cada vez estaba más convencido de que su cocina era el producto de cualquier resentimiento que tuviera hacia su prometido por aquellas largas ausencias. Tragó sintiendo la comida raspar su garganta y se forzó a no toser mientras la joven sonreía encantada y miraba al guerrero.

-¿Y eso por qué?

-Porque- Reaper tosió incómodo por un largo rato, y señaló con un dedo a Arksinad que sonreía con lagrimas asomándosele por los ojos- Porque mi amigo aquí, tiene un arca. Una que vuela, como las que Allon ama tanto, y le dejará que la conduzca por nosotros en otro viaje hacia la Forja.

Allí fue cuando Amu les explicó que lo de las masas era una broma a último momento y les pidió a su vez más explicaciones a ellos.

No había mucho que decir. Iban a asaltar la Forja de Xshathra desde el cielo.

-Oye Seph- Shimari señaló uno de los muros, donde el mismo concreto había sido partido en pedazos con lo que parecía ser un hechizo de alto nivel- ¿Qué clase de magia es esa? Osald no sabía hacer algo así...

Lo examinó unos segundos, distraído. No había conocido a Osald Assadan, pero era obvio que Su Majestad lo tenía en gran estima.

-Una muy fuerte- respondió, taciturno. Hubo el inicio de una sonrisa en la cara consternada de Shimari.

En ocasiones aquella joven le hacía recordar a Albion, tanto como la otra. Sonrió para sus adentros, intentando que algo de ello pudiera traslucirse en su inexpresivo rostro para alegrar el corazón de su interlocutora. Creyó haber hecho un trabajo decente.

Albion sonreía todo el tiempo. Se había llegado a acostumar y creía que su estoicismo era producto de aquello, de un vano intento de contrarrestar aquella alegría, de ser la línea recta a los sobresaltos constantes y las ridiculeces que aquel mago siempre prometía.

Se había vuelto su compañero, su mejor amigo, su maestro: ambos se enseñaban, ya fuera misteriosas artes o cómo actuar en aquel mundo que el hombre parecía desconocer. Albion aprendía con gracia, parecía ser rápido para saber cómo convencer a una persona, y se tomaba cada falla con un optimismo y humor que a Sephid le resultaban casi insoportables.

En el fondo lo apreciaba. No había tenido un amigo en muchísimos años y aquel fenómeno le caía muy a su pesar mucho mejor de lo que hubiera estado dispuesto a admitir. Recorrieron el mundo juntos, lado a lado, buscando compañeros que se les unieran en su viaje, con un reloj que Sephid desconocía corriendo e instándolos a no pasar más de unos meses en cada lugar: fuera Gikeldor, deshabitada casi; fuera la misma Forja donde Sephid ya no estaba interesado en vivir; las tierras kiel de Fariel donde tuvieron gran éxito o incluso las tierras elven donde la recepción fue aun mejor, en ningún sitio pasaban demasiado tiempo y siempre se encontraban como en huida, siempre se hallaba siguiendo a un Albion infantil y juguetón, cuyas proezas parecían siempre quedar reducidas por su ridiculez y felicidad constantes.

Lo que hacían era buscar aliados. Sephid preguntaba por qué, muchas veces, y al principio Albion hablaba de una guerra aunque él dudaba que hubiese una guerra que se pudiese desatar con tan pocas personas.

Albion no discriminaba: fueran humanos, fueran elvens, kiels, ahuras, genios, incluso hubiese aceptado dragones de no ser estos demasiado peligrosos para ser frecuentados. Además, ¿qué sentido tendría rechazar? El mismo Albion no parecía corresponder a ninguna de esas especies. Sephid ya lo había notado, desde el primer momento en que lo vio, su extraña fisonomía, el cuerpo que no era similar a nada que conociera. Luego de tantos años, se daba cuenta de que Albion no había reaccionado en forma alguna al ver a un demonio porque simplemente su tierra natal no tenía demonios que le sirvieran de referencia.

No, Albion no era ni humano, ni elven, ni kiel ni ahura, pero tampoco importaba. Sabía que venía del otro lado de la puerta, de la Ciudad Dorada, y en ocasiones preguntaba mucho sobre ello: más que respuestas vagas o proféticas, Albion parecía evitar el tema de su pueblo natal.

Cuando reunieron suficiente gente, Albion fundó la Organización.

Perdieron sus nombres entonces, todos ellos. No eran muchos, de cualquier forma, y la mayoría de los que habían osado seguir a aquel extraño mago no tenían hogar, pasado, ni futuro. Albion los hizo nuevos, les dio nuevas identidades y les prometió poder como el que jamás habían tenido a cambio de que le ayudasen.

A él, Tadeus de la familia Silas, lo apodó Sephid. Dordo Id Quaria también era parte del grupo, en ese entonces aún tenía memoria y decidió llamarse a sí mismo Zauriz. Había otros, también, y Sephid sentía que los recordaba a todos: Ventrysten, tan joven y siempre tan brutalmente honesto, su hermana Nyssa, los kiels Burok y Barak, el grupo de ancianos elven, un par de ahuras curiosos, quizás tres o cuatro humanos...

Sus rostros todavía estaban presentes, incluso cuando estaba muchos kilómetros lejos, muchos años en el futuro y en presencia de la reina y de otro tipo de caos. Recordaba sus risas, sus acentos, las lenguas que hablaban, lo poco que parecía importarles la vida y lo mucho que respetaban a Albion, cómo bromeaban junto a él, todo lo que les había echado y liberado de encima junto a sus viejos nombres.

Aquellos eran los primeros años de la Organización, y ahora había cambiado demasiado, para bien o para mal. Sephid suspiró mientras seguía avanzando por los jardines del segundo nivel de la Forja, cuyos daños habían sido colaterales de los niveles inferiores y sobre el cual en ocasiones podía ver un cielo límpido y celeste, que le hacía saber de nuevo que había un mundo allí afuera.

Antes de enseñarles el *arte*, *Seele*, Albion había tenido una charla con él, a solas y sobre el risco, mientras veían a los hombres de abajo beber y reír, divertirse sin saber lo que serían después.

Allí le había sonreído con tristeza, como jamás lo había hecho. Ya habían pasado años entonces, habían puesto las gemas en Belekraz, capturado a las bestias, habían vivido mucho juntos y el mago parecía conocer y amar al mundo.

Por eso más que nada le sorprendieron sus palabras.

-Voy a morir.

Recordaba no haber podido responder, al fin entendiendo que era cierto. Albion había abierto el hombro de su túnica para mostrar una herida muy peculiar, una marca negra de tatuajes y oscuridad, algo vacío e innatural que venía desde su pierna derecha hacia el corazón.

-Me queda poco tiempo. En mi tierra natal... un monstruo me hizo esto. Creí que encerrar su núcleo bastaría, pero no fue suficiente. -lo miró a los ojos, escondiendo la herida, y por una vez no sonrió- Sephid.

No pudo hablar, pero su gesto debió haber sido lo suficientemente inquisitivo.

-Volveré- le dijo el mago- No en este cuerpo ni en esta era, pero lo haré. Hay... mucho que debo hacer. Hay algo que quiero obtener.

Luego hubo silencio. Pasaron el resto de la noche así, observando las estrellas fijadas en el cielo, y Sephid sintió que volvía de nuevo atrás, que debería volver a esperar a aquel hombre años y años de nuevo, como un guardián tras la puerta, con una paciencia que ya no creía tener. Sintió que la noche le ponía de nuevo una corona de espinas sobre la cabeza, que había sido todo en vano y que en verdad Albion lo había traicionado, que nunca lo había preparado para abandonarle de aquella forma.

Al otro día Albion les enseñó a todos *Seele*, y tiempo después realizaron el asalto a la ciudad de Dammed Oah. Para ese entonces Sephid ya sabía mucho más sobre su amigo, sobre su pasado y sus errores, sobre la lucha que había desencadenado contra el ser que amenazaba sus tierras, y sobre el verdadero poder de su espada, Necrostacia, sellado en la Estrella Oscura, y cómo consumía a aquel que la tocara.

Albion no volvió de Dammed Oah, al igual que muchos de sus seguidores. Enterró la ciudad maldita junto con todos sus habitantes, la cubrió de amatistas y no dejó que una sola alma escapara, no importara que fueran de su raza, que fueran gente a la que amara y conociera.

Lo único que dejó fue el escudo, y la promesa que le había hecho aquella noche bajo las pálidas estrellas nocturnas. Sephid desistió entonces y cambió a Necrostacia por su estadía en la Forja, decidiendo esperarlo allí como antes, pasando tiempo en esos muros donde conoció a Shimari en una visita real y mantuvo secretos bien guardados.

Volvería.

Fue cuando pensó eso cuando hubo un gran estrépito en el cielo. Shimari casi cayó, sosteniéndose de una pared, y él se puso alerta, preparándose para cualquier ataque, para volverse oscuridad y proteger a la reina.

Otra sacudida. Un guardia pasó corriendo entre ellos. Sephid lo tomó de la manga, llamando su atención.

-¿Qué ocurre?

-Un asalto- le dijo el hombre, sudoroso y cargando una lanza- De un arca voladora.

-¡Es Reaper!- la expresión de la reina estaba en el medio de una sonrisa y una mueca de horror.

Sephid no dijo nada, dejando al guardia partir, y alzó la vista hacia la ranura donde unas vigas se cruzaban, donde aún podía ver el cielo. Una sombra pasaba por allí, con gracia, se aproximaba a la Forja lanzando hechizos para desbaratar los que el lugar le arrojaba, intentando ganar acceso.

Un barco volador. Sus ojos se abrieron de par en par, y sus manos apretaron el amuleto que llevaba bajo el cuello. Llegaba, el momento llegaba. Lo podía presentir. Tomó la mano de la joven y comenzó a avanzar sin prisa alguna, ignorando los bombardeos de la superficie.

-¿A dónde vamos?- Shimari no tironeaba, pero parecía sorprendida con aquella actitud- No me harán daño.

-Lo sé- dijo él, y su voz tuvo una emoción que nunca hubiera podido darle conscientemente- Te mostraré el lugar donde me refugié en mi juventud. ¿Te hablé de ello, no es así?

Siguió tirando, y Shimari desistió dejándose arrastrar. Otro bombardeo, y otro, y otro. El arca seguía descendiendo sobre el edificio, y quienes la tripulaban pronto saltarían hacia allí. No importaba, no. El momento había llegado, luego de tantos años. Habían sido siglos, siglos de secretos, de esperar, de revisar que todo estuviese bien,

siglos de extrañar y de cansancio. La promesa iba a cumplirse, su corona de espinas estaba por desaparecer.

-El lugar donde conocí a Albion- completó.  
Sonreía.

Allon había estado encantado con la idea.

Desde niño había fantaseado con volar una de esas cosas: toda su displicencia y educación se volaron al instante en cuanto Arksinad le explicó que, de hecho, era posible transferir el control del Arca a un segundo por un tiempo limitado, y cualquier rastro que quedara terminó por extinguirse al enterarse de la misión que harían los tres jóvenes y de cómo debería ayudarlos.

No le costó mucho volar la nave, aunque reía maligno al hacerlo y era considerablemente menos prolijo en ello que el mago. Partieron a toda velocidad rumbo al mar y a los pocos minutos ya pudieron divisar con claridad la bruma de humo y niebla que rodeaba la inmensa Forja de Xshathra, surcando los mares con mayor lentitud que antes en cuanto sobre ella distintos acólitos, herreros y esclavos hacían grandes reparaciones.

Reed esperó que no los atacaran, lamentando tener que arruinar más aquel lugar. Sus expectativas fueron traicionadas. En cuanto los vieron descender sobre su hogar sin permiso, los habitantes de la Forja dispararon hechizos de fuego sobre el Arca del Cielo, intentando destruir su escudo de energía e impedir su ingreso.

Allon reía a carcajadas, espantándolos a todos, y maniobraba con habilidad innata para esquivar los proyectiles, mientras que desde cubierta Arksinad lanzaba los suyos propios, incrementados al estar en su barco. Varios rayos colisionaron, dos no rozaron la nave por un pelo y algunos rebotaron sobre la barrera mágica que la envolvía, mientras Allon la piloteaba en descenso a través de torres, y estructuras derruidas, los grandes y espaciosos jardines del quinto nivel.

Cuando estuvieron a suficiente altura, el trío se despidió del noble con un gesto y saltó. Allon no perdió el tiempo y cambio el rumbo del Arca, poniendo pies en polvorosa. El escape fue tan rápido que apenas pudieron verlo, pero al rato Arksinad pudo respirar aliviado, sabiendo que su barco estaba a salvo.

Luego comenzó el descenso, a través de los intrincados túneles.

No fue difícil, a decir verdad. Era como si el lugar hubiese perdido ya al grueso de sus guerreros y magos, como si todos hubiesen muerto en el ataque de Osald o hubiesen marchado a otro lado. Descendieron por el primer nivel, luchando contra esclavos, contra guardias con pesadas armaduras que cedían al instante ante Necrostacia o magos cuyos hechizos rebotaban en el escudo para ser adormecidos por Arksinad. Reed incluso se atrevió a imaginar una canción en su mente para hacer la experiencia más emocionante.

Llegaron al segundo nivel. Varios guardias también se arrojaron ante ellos allí, pero eran pocos y parecían hasta desmotivados en lo que hacían, lo que volvía todo más

singular. Se perdieron en una de las rampas y al final Reaper terminó por encontrar uno de los carros, al que subieron de un salto. El guerrero accionó la palanca y Reed tuvo que interrumpir su tarareo mental mientras el vehículo despegaba a toda velocidad haciéndoles descender por los intrincados laberintos.

El viaje fue de nuevo largo, y tan veloz que todos los colores fuera de aquel reducido espacio –sin almohadones esta vez- se difuminaron en un negro absoluto que les revolvió las tripas. Subieron, bajaron, dieron vueltas y aumentaron la velocidad considerablemente hasta que el carro chocó contra un escombros y se vieron despedidos por los aires, aterrizando con extremo dolor.

-Osald...- Arksinad se frotaba la espada golpeada, mascullando- ¿Por qué...?

El guerrero se limpió el polvo, con una sonrisa.

-Mi padre no ha sido muy piadoso con este lugar. Vamos, que ya estamos en el cuarto nivel.

Allí todo estaba estático, las sombras se tensaban a su alrededor y los ruidos de gente sobre sus cabezas eran lo único que les indicaba que no se encontraban en un lugar del todo deshabitado. Avanzaron sin mucha cautela por las zonas destrozadas que ya conocían, cruzaron las prisiones ahora vacías y al mismo tiempo todos se preguntaron si no se encontrarían con Deihr en cuanto menos lo esperaran.

Todo estaba demasiado silencioso. Demasiado calmo.

Reed tragó saliva, pero siguió su paso con seguridad. Sabía a dónde debían ir.

Llegaron al gran salón de sacrificios, donde todo seguía tan destruido como cuando lo habían dejado. Lo único que faltaba allí eran los cadáveres y las manchas de sangre: incluso las grandes cortinas que los Jormungand habían destrozado seguían hechas pedazos en su sitio.

Fueron saltando de losa en losa, esquivando la lava, con los recuerdos de la batalla que allí se había librado sonando en sus mentes. Necrostacia hizo un tarareo entretenido, quizás recordando su lucha con su hermana, y todos pasaron por la siguiente puerta, cada vez con más prisa. Reed sentía incertidumbre ahora, el sentimiento de que algo malo iba a ocurrir o estaba ocurriendo en ese mismo instante y de que no debía darse la vuelta. El oscuro pasillo que los conducía al portal estaba rodeado de sombras, los intrincados diseños de sus muros brillando tenues, opacados de vez en cuando por alguna extraña presencia.

Salieron de allí como quien sale de la profundidad del mar, y el formidable portal a la Ciudad Dorada se alzó frente a sus ojos. Brillaba, su grueso marco resplandeciendo, los aros a su alrededor dando vueltas en una órbita perfecta, los pilares que sostenían la sala, mudos e imponentes.

Aunque todo aquello los maravillaba, no avanzaron más. Otra persona se hallaba allí, un joven de rostro inexpresivo y cabello rubio hasta la nuca: vestía una capa negra que le envolvía por completo y como único adorno llevaba un amuleto de plata similar a una cruz.

Estaba sentado, de espaldas al portal, observándolos. Como si los esperara, como si esperara que algo quisiera entrar por aquella puerta. Su vista pasó del inmóvil Arksinad, a Reaper, y se detuvo en Reed unos segundos antes de inspirar y asentir, incorporándose. Para el muchacho el tiempo parecía haberse detenido en ese instante, con esa mirada, con la emoción insinuada de aquellos ojos tranquilos y distantes.

-Te esperaba.- le dijo el hombre, con una voz serena e imperiosa, mientras la capa negra se le arremolinaba y lo hacía más grande, más noble, el último guardián de aquel antiguo portal. Parecía que hubiera estado allí por cientos de años, y la mirada que le

dirigió al joven de Vant fue tal que lo hizo estremecerse por completo.- Te esperaba desde hace mucho tiempo.

Nadie contestó, aún congelados por aquella presencia, por la energía oculta que emitía. Sephid sonrió, mirando a Reed a los ojos, y volvió a hablar, nombrándolo.

-Albion Decaheron.

La corona roja se había roto al fin.

## 19. Carne, Sangre, Hueso.

Las puertas de la mansión de Unnaon Delta estaban firmemente protegidas con una cuasi infinidad de barreras arcanas y hechizos mágicos del más alto nivel. Duran podía sentirlo: las vibraciones de la magia ante su palma, el modo en que parecían corroer imperceptiblemente las arrugas de su piel y hacer vibrar el largo cabello que llevaba bajo la capucha.

Sería cansador, pero tenía tiempo. Sulfur Houppe llegaba a Fariel y gran parte de los recursos de la ciudad se habían puesto en juego para recibir al campeón de Gikeldor, en la corta estadía que tendría antes de partir a dialogar con Su Majestad Shimari con el propósito de detener la inminente guerra.

Si por él fuera, hubiera transportado a Sulfur de inmediato con la reina y las cosas hubieran acabado allí. No confiaba en aquello, lo llenaba de una vaga sensación de desconcierto que no podía superar.

No era por Sulfur; lo conocía bien. No. Había algo más, algo que el rey planeaba y que no podía descubrir, pero todos estaban cayendo en su trampa con extrema facilidad. Debía actuar rápido y evitarlo en cuanto fuera posible, informar a quien pudiera y descubrir qué había más allá de la aparente sabiduría de Vannael Danterkiss Eel.

Suspiró, y movió sus dedos en distintas formas. La mayoría de los magos necesitaba unos buenos instantes para dibujar las runas que se utilizaban para crear o destruir barreras, pero luego de años él había desarrollado la habilidad de invocarlas simplemente con un movimiento, combinarlas con sólo sacudidas de sus brazos o manos y aplicar la magia en ellas a gran velocidad.

Era aburrido, sin duda, no el tipo de magia que gente como Gallahard hubiera elegido, pero también era sorprendentemente eficaz. Había una casi infinita cantidad de combinaciones posibles para hacer, y muchos de los hechizos que conjuraba eran increíblemente potentes.

Tenía experiencia.

Comenzó a desbloquear la magia que protegía la puerta, runa por runa. Lo hizo de pie, con una sola mano, utilizando los buenos reflejos que había aprendido: consistía principalmente en utilizar símbolos adversos a los que protegían la verja, contrarrestar las runas para silenciarlas y hacerlas desaparecer, desbaratando el hechizo a gran velocidad antes de que pudiese implosionar o regenerarse. La concentración era lo más importante durante el proceso: una simple falla podría activar alguna alarma y arruinar

por completo el plan. No deseaba ingresar a la morada de uno de los hombres más prestigiosos de Fariel gritando y venciendo a sus sirvientes a golpes.

Ya estaba. La magia que protegía el lugar estalló en aquella parte como si se tratara de vidrio fracturado, y Duran saltó hacia el otro lado con un sólo y ágil movimiento.

Frente a él la mansión de Unnaon Delta se alzaba: imponente, oscura, cada una de sus ventanas herméticamente cerradas o con persianas cubriéndolas.

La fachada era negra, todo en ella oculto y misterioso. No concebía que la gente de Fariel no se preguntara qué había detrás de las cortinas de su mandatario, pero decidió no ir por ese camino en cuanto él mismo no había indagado demasiado sobre el rostro de su propio señor y rey.

Además, por lo que sabía, había un tiempo en el que Unnaon Delta mostraba su rostro a cualquiera, cuando iniciaba su ascenso político y se ganaba los corazones de muchos de quienes lo terminaron dejando en tal prestigiosa posición, antes de ser un miembro de la Cámara de los Diez. Era probable que Vannael también hubiese mostrado su rostro hacía años.

No sabía cómo, pero estaba seguro de que estaba relacionado de algún modo. Caminó por los oscuros jardines, ignorando los tenebrosos decorados de grandes estatuas de ojos muertos y juzgadores, y acarició la maleza con una mano mientras se preguntaba si la mansión misma también tendría protecciones mágicas o no.

Se detuvo de repente cuando una planta le susurró.

Era una de las que había acariciado, un arbusto gordo y bajo cuyo follaje ahora parecía abrirse y cerrarse tal si tuviera una gran boca.

*-Las puertas bajas tienen defensas-* le habló el arbusto, con una voz que ya conocía- *Pero no las ventanas del segundo piso.*

Se acarició la barba, observando la mansión con aquel nuevo dato.

*-Muchas gracias-* asintió- *Pero deberías mantenerte fuera de esto, Unnaon Zetha. Por tu bien.*

El arbusto que el niño mago controlaba pareció sacudirse con aprensión, y terminó por desaparecer sin decir más. A Duran no le importaba haberlo ofendido. Verdaderamente era un niño, y mientras menos se inmiscuyera menos chances habría de que terminara como Haluar, Aibol o Ruin.

Pero le había dado un dato valioso. Corrió hacia la mansión, subiéndose la capucha contra los ojos para ocultar su rostro, y apuntó con su mano acorazada una de las ventanas.

De la punta de sus dedos una cadena salió, una formada por runas, por símbolos que se ponían lado a lado como una gran línea de escritura. La cadena mágica se aferró al muro y comenzó a elevarlo hasta dejarlo apoyado contra el alfeizar.

Tanteó con las manos la base y la levantó: estaba destrabada. Unnaon Delta definitivamente jamás había sido víctima del ataque de un mago: encantar sólo las entradas del primer piso era un error común en el que muchos solían caer.

Ingresó por aquella oscuridad, manteniéndose en guardia.

Todo estaba oscuro, muy oscuro y frío. De no tener tanta confianza en la información que manejaba, hubiera jurado que nadie vivía allí. El suelo era de madera, de buena madera que no crujía bajo sus pies, y a su alrededor se apilaban una enorme cantidad de tesoros: relojes antiguos, sillones de cuero de animales desconocidos, petos y armaduras enteras, armas, platos sobre las paredes y máscaras de lo más variadas, probablemente para alguna clase de presentación.

Las observó con reprobación, y avanzó con seguridad por aquel pasillo, pisando la alfombra polvorienta e intentando detectar con su mente dónde se ocultaba el misterioso dueño de aquella morada, el viejo que tenía aquella horrenda voz y ocultaba su cuerpo entre amplias cortinas.

Su concentración se rompió al ver a un pequeño niño corretear en el pasillo del frente, interrumpiendo con sus pasos el silencio absoluto que reinaba.

No perdió el tiempo y lo siguió, sintiendo que algo andaba terriblemente mal. Apenas doblaba por el pasillo cuando un segundo niño fue silencioso tras él y lo pasó trotando con gracia en la oscuridad, al parecer sin enterarse de su presencia.

¿Pero cómo era aquello posible? ¿Acaso había caído en algún tipo de ilusión?

Siguió al niño a paso tranquilo, observándolo de lado: no podía vislumbrarlo bien pero era una criatura pequeña, vestida con ropajes blancos y con el cabello negro, casi invisible en la penumbra que abundaba. Decidió cortarle el paso y encararlo, mirándolo de frente.

El niño se detuvo, la respiración entrecortada. Duran observó los ojos blancos, lechosos, siempre abiertos.

Estaba ciego. Y tenía una cantidad de maná increíble.

Volvió a mecerse la barba, levantándose y dejándolo proseguir su camino mientras lo seguía con lentitud. Niños ciegos, y también no dudaba que sordos y mudos. Había oído de aquella práctica para con esclavos, realizada en lugares como la Forja de Xshathra y Gikeldor, pero nunca había oído de alguien tan monstruoso como para aplicarla en criaturas que no pasaban siquiera la pubertad.

-¿Y por qué niños?- preguntó en voz alta para sí mismo, sabiendo que su improvisado guía no lo oía.

La verdad era que prefería no saberlo, pero pronto se terminó percatando de que eran un ejército: niños que salían de bajo las sillas, de entre el marco de las puertas, niños mudos, ciegos, decenas de pequeñas manos que tanteaban el aire, de bocas secas que se ennegrecían en la oscuridad, caminando como atraídos por una música que Duran no podía oír.

La visión lo llenó de pavor, de desagrado. Unnaon Delta iba a pagar por aquello, contaba con eso. Continuó siguiendo a los niños, imaginando lo peor y preguntándose de dónde vendrían, de qué mundo deshabitado los habría capturado el Unnaon, qué propósito tendrían.

Comenzaron a descender, aquel ejército y él detrás, prestando una atención cada vez más iracunda a los entornos que se le definían, ante lo fácil que le resultaba ahora detectar las formas, los sonidos, los múltiples adornos que llenaban la mansión.

Estaba repleta, repleta de objetos mágicos de gran poder, e incluso podía adivinar que cada uno de esos pequeños tenía el potencial de ser un mago decente, o en algunos casos, como el primero, uno impresionante. Continuó siguiéndolos por escaleras que bajaban, hasta que todos llegaron a una sala donde distintas cortinas ocultaban el interior de un dosel espacioso y rojo, o al menos ese era el color que Duran adivinaba entre las sombras.

Allí se mecía la barba por última vez, y pisó el suelo con fuerza. Como esperaba, todos los niños se detuvieron de golpe, silenciosos, los ojos blancos y las bocas oscuras.

-¿Quién anda ahí?- la rasposa voz de Unnaon Delta surgió de aquella cama, con un dejo de terror insinuado- ¿Quién?

Duran avanzó, dejando que las cortinas ocultaran su presencia. Podía sentir el miedo que proyectaba la figura tras las telas, el pavor de sus palabras.

-¿Mila?- inquirió Delta. Había algo de esperanza en cómo lo había dicho.

-No- le respondió. El dirigente dio un espasmo de terror, y Duran vio como toda su figura se pegaba contra el borde de la cama, guardando el aliento.

Abrió las cortinas con calma, conteniendo la ira que sentía, y apuntó con dos dedos al techo de la habitación. Una resplandor muy fuerte se elevó allí, iluminándolo todo, y varios de los niños se cubrieron los ojos como si repelieran cada brillo, como si la misma luz los pudiera consumir a pesar de su ceguera.

Observó al aterrado Unnaon Delta, ahora sin sus cortinas. Era una visión espantosa. Cada parte de su cuerpo parecía estar cosida con otra, cada brazo, pierna, cada ángulo estaba amputado y atado con una infinidad de hilos negros, hilos que no parecían ser de tela y que se tensaban y aflojaban con malicia. La cabeza era calva, los ojos ciegos también, la boca era una mancha oscura hilada por donde la noche se derramaba con la lentitud del aceite.

-¡Mila!- comenzó a gritar aquel monstruo, horrorizado- ¡Mila!

Clamaba ayuda de la joven bruja de Vannael. Duran suspiró, y movió otros dos dedos. Una runa se proyectó en la boca del ser, ahogando todo sonido que hiciera. Delta se estremeció y sus ojos blancos se movieron con desesperación, como si se estuviera asfixiando.

Levantó un brazo, y la cadena de magia volvió a surgir y tomó a aquel desagradable monstruo, arrojándolo fuera de la cama y contra la pared con un movimiento.

-Un brujo- escupió las palabras con desprecio, con todo el desprecio que podía darles- Uno de los máximos dirigentes de Fariel, un despreciable brujo.

El hombre intentaba rogar, retrocediendo y arrastrándose por el suelo. Tras él todos los niños estaban callados, quietos, insensibles a lo que ocurría.

Duran chasqueó los dedos, desactivando la runa.

-¡...or favor!- la voz rasposa de Delta ofendía sus oídos, estaba cargada de un miedo atroz- ¡No!

-Dime cuál es tu relación con Vannael.

-¡Yo no sé nada!

¿Le estaba tomando el pelo? La furia creció dentro del Dos como el agua en ebullición, y le obligó a mover otra vez la mano.

Uno de los dedos de Unnaon Delta se partió en ese mismo instante, volando por los aires. El grotesco ser dio un chillido de agonía, convulsionando, pero entonces nuevos hilos negros surgieron de su cuerpo con velocidad y tomaron el miembro cortado, sujetándolo con firmeza y volviéndolo a unir a la mano que se sacudía tal tarántula.

Interesante.

-Habla.

-M-me ayuda- el político respiraba con pesadez, pero el dolor o el miedo parecían haberlo hecho calmar al menos- Me ayuda a no morir.

Duran Id Scion se sentó en la espaciosa cama, pensativo, viendo a aquella criatura arrojada en el suelo. Levantó una mano cuando Unnaon Delta pareció tener intenciones de incorporarse.

-Si te mueves te arrancaré los ojos- dijo con total tranquilidad- Hasta que sean puro hilo. ¿Vannael te hizo esas heridas?

El hombre negó, golpeándose contra la pared.

-¡Me salvó!- gritó, jadeante- ¡Yo estaba muerto, y me salvó, Mila, con su demonio...!

-Pero no eres un mago- notó el anciano, observándolo con frialdad- Un demonio como el que une tu cuerpo necesitaría sin duda magia para sobrevivir. Así que –desvió la vista hacia los niños, a los niños que parecían expectantes y detenidos en el tiempo- Lo estás alimentando con estas criaturas, ¿no es así?

Hubo un sollozo prolongado, frente a él. Duran ni siquiera se molestaba en mantener contacto visual con las pálidas lunas que eran los ojos de aquel despreciable ser. Se esforzaba por mantenerse calmo y conectar las piezas de lo que tenía: había un demonio implicado ahora, uno que daba inmortalidad y que bien podría ser la razón de que su rey ocultara su rostro con una máscara. ¿Alguna herida hilada en negro, quizás, algo que nadie pudiera sobrevivir?

Se pasó dos dedos por el largo cabello plateado, meditando, sintiendo lo cómodo del mullido colchón de su forzado anfitrión. Creía saber qué hacer.

-Muéstrame- le dijo.

Unnaon Delta se lo quedó mirando, el rostro monstruoso contraído en una mueca de total ignorancia y perplejidad.

Se paró, señalando a los niños.

-Muéstrame cómo los sacrificas a tu demonio. ¿O Mila lo hace por ti?

Algo similar a baba negra caía por la comisura de los labios de Delta. Comenzó a pararse, con lentitud, y sacudió la cabeza.

-No. No.

-Ya- ordenó él. Su voz, su expresión, todo su cuerpo era acero puro- O comenzaré a enfadarme de verdad.

El dirigente de Fariel asintió, tembloroso, y señaló al costado de la habitación: dos grandes cortinas se veían allí, similares a las que solían cubrir su fealdad cuando salía a las calles de la ciudad.

-Ese es mi contacto con el demonio- dijo- Puede ser cualquier cosa, un bolsillo, una mochila, un sombrero...

Tosió, como si se hubiera atragantado con su propia lengua. Duran lo oía con atención, observando la cortina oscura, los pocos remiendos que tenía y lo natural que se veía.

-¿Es una boca?- inquirió, y al ver la calva del otro moverse de arriba abajo repitió- ¿A dónde lleva?

-A la cornucopia- le contestó. Parecía algo más confiado ahora, apenas más seguro de sí mismo y Duran no dudó de que estuviera buscando tenderle algún tipo de trampa.- Hay muchas bocas para Asherat, muchas entradas, pero mientras la comida pase por aquí, el demonio considerará *mi* cuota completa.

*Comida.* Tensó los puños de acero y suspiró, haciéndose a un lado mientras Unnaon Delta silbaba y un niño se aproximaba; el mismo que había visto por primera vez cruzando el pasillo a oscuras ante un inexplicable llamado. El grotesco hombre se arrodilló sobre la criatura, apoyándole la mano sobre el hombro, y susurró a su oído.

-Camina.

El niño obedeció, como si hubiera perdido su mente por completo. Duran lo vio pasar entre los dos y perderse, meterse tras las cortinas.

Luego hubo silencio.

-Ahora nosotros- indicó.

-¿Eh?

Señaló con su mano la cortina. Unnaon Delta retrocedió aterrorizado.

-¿Está loco? ¡Absorbe tu magia! ¡Tu vida! ¡Nos convertiremos en monstruos, lo he visto! ¡Los niños se convierten en monstruos!

Apretó los dientes, cerrando los ojos. Movi6 la mano y la rodilla de Unnaon Delta se cort6 limpia, tan limpia que la sangre tard6 en salir de aquel cad6ver remendado y con vida. El hombre gimi6, rod6 por el suelo y los hilos volvieron a coser la herida, pero no aplacaron el dolor que obviamente sentía.

-Tú primero- orden6 Duran.

Lo vio arrastrarse por el suelo, pasando a gachas a su lado y perdiéndose entre las cortinas. Estaba distraído, sin embargo. *Monstruos. Los niños se convierten en monstruos.* Los recuerdos del reporte del ahora general Yeguilex le vinieron a la mente, frescos, como si los oyera de nuevo. No podía creer que lo hubiera olvidado. El hombre también había hablado de seres monstruosos e inmortales por la ciudad maldita que estaba enterrada bajo Deneb Algedi: ¿serían todos esos seres creados por los sacrificios de Unnaon Delta? Parecía poco creíble, pero tendría entonces sentido que el político estuviera tan interesado en cerrar el acceso a la ciudad.

Además, los monstruos debían de mantenerse dentro de la Cornucopia, dentro del est6mago de Asherat. Tenía que ser así.

Camin6 a paso calmado y atraves6 las cortinas, sintiéndolas acariciar su cuerpo con vida, con anhelo. La cornucopia lo recibió al instante: el cambio de aire, de presión, de realidad, era imposible no darse cuenta de que había pasado a otra dimensi6n.

Las altas paredes, similares a una enorme caverna con construcciones aleatorias, un palacio que parecía cambiar de forma a cada momento, a cada instante, donde el agua se filtraba del techo y los muros eran niebla, se expandían a cada paso que uno daba infinitamente y con sorna.

El est6mago de un demonio.

Por allí y por allí miles y miles de tesoros se apilaban; cientos de objetos mágicos, libros, armaduras, espadas jamás vistas por ningún herrero de este mundo y estatuillas de ídolos y seres extraños, montañas y montañas de monedas de oro, de gemas, de cuarzo montado y rubíes.

Unnaon Delta había desaparecido, aprovechando su demora para escabullirse entre el tesoro. No importaba. Duran notaba cómo el mismo lugar absorbía su magia lentamente, cómo lo digería. Era sencillo, para él, pues sus reservas eran extensas, mientras que un ser humano normal como Delta debía tener más problemas para sobrevivir un buen tiempo allí adentro. Quizás tendría una semana, dos, un mes, pero terminaría convirtiéndose en algo si seguía allí demasiado rato, si entregaba toda su magia al demonio.

Elev6 un brazo, y Delta sali6 volando desde detrás de una pila de oro, aterrizando contra el suelo en un lamento adolorido. Sus instintos no le mentían.

-El niño- exigi6.

-¡No me mates!

-¡El niño!- Duran por fin estall6- ¡El condenado niño, escoria! ¡Sacrificas niños para vivir! ¿D6nde está?

-¡No lo s!

Los dientes se hundieron en su boca antes de que pudiera proseguir. El Dos decidi6 ignorar sus quejidos y confi6 de nuevo en sus instintos, que siempre lo habían ayudado tanto. Rastre6 con la mirada las vastas extensiones de tesoros que habían, le llam6 la atención una espada enorme y blanca de dos mangos, varias túnicas, incluso...

Una criatura azulada estaba agazapada sobre una pila de tesoro, expectante, la larga cola reptiliana lo único que revelaba su existencia. Tenía cabello desgredado, albino, y parecía carecer tanto de ojos como boca, su cuerpo adornado por numerosos aros, cadenas, pulseras y colgantes de oro.

No era la única. Había más de aquellas cosas, por allí y por allá, agachados, parados en silencio, algunos abriendo enormes bocas donde el rostro se resquebrajaba, lenguas largas y pesadas, brazos que se desarticulaban y con los que reptaban por las montañas de tesoros, como gusanos en el interior de un estómago.

Monstruos. Y fácilmente eran un ejército completo.

Divisó al niño, caminando en calma bajo el ser que se relamía y que estaba a punto de atacarlo.

No.

El necróvalo saltó sobre el pequeño, y Duran enfocó su mente en él. El monstruo estalló, destajado en pequeñas piezas, pero pronto cada una de ellas comenzó a echar espuma y a regenerarse, a volver a unirse en una sola criatura.

Inmortales, para añadir. Un ejército de monstruos inmortales. Movié su mano y una cadena de runas envolvió al pequeño ciego, atrayéndolo a su lado. El niño no parecía ni reaccionar ante aquello, lo que le causaba cada vez mayor espanto.

Cientos, lo que se veían como miles de monstruos celestes y azules surgían de las pilas de oro, de las paredes, del suelo, vestidos con oro, con harapos, incluso con armaduras de otro mundo. ¿Todos eran el producto de ser alimento de Asherat? ¿Habría allí niños convertidos, como parecía ser por las pequeñas ropas que tenían algunos de ellos?

Duran inspiró, tomó al no respondiente ser bajo su brazo y echó a correr en dirección opuesta, por donde había ingresado.

La entrada ya no estaba allí.

-¡Ayuda!- la voz espantosa de Delta lo llamó, desde el otro lado, mientras una decena de esos seres se cernía sobre él- ¡Ayuda! ¡No puedes dejarme morir!

Lo ignoró, buscando cada vez más apurado algún método para escapar de aquel sitio. Como lo veía, la única opción que le quedaba era la transportación a algunas de las plataformas que rondaban Fariel.

-¡Llévame contigo! ¡Te lo ruego!- eran chillidos, bramidos ya los que salían de la boca del Unnaon- ¡Mila!

Sí, transportarse. Apretó al niño, teniéndolo a su lado, y levantó dos dedos haciendo que un campo los envolviera, protegiéndolos de la armada de monstruos que ya iba hacia ellos echando espuma y ácido de los múltiples ojos y bocas que proyectaban.

-¡Te atraparán! ¡Estás asaltando a una figura de importancia! ¡Te colgarán! ¡Van a...!

-No si no se enteran- murmuró, viendo cómo cientos de necróvalos se abalanzaban sobre Unnaon Delta y comenzaban a desgarrarlo con furia. No importaba. Se regeneraría, Asherat lo mantendría vivo haciendo que aquella masacre durara tanto como lo que tardara el maná de su cuerpo en ser digerido.

Cosechas lo que siembras, pensó Duran no sin algo de amargura. Oyó los últimos gritos ahogados del hombre y bajó sus manos, desapareciendo ya de aquel infierno.

Transportarse sin una vara era una tarea difícil, pero él había logrado dominar la técnica. Los colores se desvanecieron y dieron paso a la oscuridad de la llanura, a la lejanía de Deneb Algedi, que con sus luces interrumpía el silencio y tranquilidad del árido ambiente nocturno.

Estaban ya afuera de aquel infierno. Apretó la mano del niño ciego a su lado, comprobando que seguía con vida, y comenzó a caminar con calma.

Tenía mucho que hacer, mucho en que pensar, mucho con lo que actuar. Iba a quemar la cortina, aquella boca de demonio: no podía arriesgarse a que más niños entraran por allí o a que Unnaon Delta tuviese alguna forma de escapar su tormento y acusarlo ante los grandes líderes del mundo. A todas luces, necesitaba más evidencia para no ser rápidamente inculcado como criminal.

El paso del niño era lento, como el suyo, pero quería creer que aquel rostro ciego e inexpresivo iba a poder cambiar luego de algún tiempo, sonreír y quizás revelar algo que pudiera ayudarle en sus descubrimientos.

Se había metido en algo muy grande.

La emoción embargaba sus viejos huesos, mientras recorría las callejuelas de los barrios altos de Deneb Algedi llevando a aquella criatura tras sí. Hacía años que no se ponía en acción de esa forma, que no realizaba misiones como lo había hecho en su juventud.

Llegó a la casa que deseaba. Allí no había ninguna barrera: entró directamente de un salto, llevando al pequeño con él, y abrió las grandes puertas de la mansión sin pedir permiso, arrojándose contra el sillón.

Unnaon Zetha se incorporó como un resorte, viéndolo llegar con tan extraño acompañante. Tenía apenas quizás cuatro años más que el sacrificio de Delta, pero sus ojos mostraban una aprensión que Duran creyó sólo debía ser vista en los de un adulto.

-¡Maestro Duran! ¿Qué ocurrió? ¿Quién es él?

Suspiró largamente, meciéndose la barba, y pensó unos instantes antes de contestar. Iba a necesitar aliados, gente que le ayudara a encubrir lo que había sucedido, que demorara el descubrimiento de la desaparición de Unnaon Delta. Necesitaba gente leal y confiable, con un sentido noble del honor y a la que no temiera poner en riesgo.

Zetha no era una opción. Era un niño, casi tanto como el pequeño sin sentidos que había llevado allí, y ya lo había inmiscuido demasiado.

Decidió arrojarse a la suerte y a las nuevas impresiones.

-Contacta al general Yeguilex- le dijo, sintiéndose cada vez más seguro con cada palabra que decía- Que se reúna conmigo de inmediato, en secreto.

El pequeño mago parecía a punto de estallar de la confusión. Retrocedió un paso, asustado.

-¿El general...?

-Quizás haya causado la desaparición de alguna que otra figura política de importancia- asintió Duran ante la expresión horrorizada del Siete- Así que requiero la asistencia de alguien que no tenga lealtades con el gobierno de esta ciudad, sino sólo con la ciudad misma.

Unnaon Zetha asintió, evidentemente prefiriendo no saber más, y echó a correr para cumplir el pedido. Duran se recostó sobre el sillón y observó de reojo a la criatura ciega, sorda y muda, al ente que continuaba allí parado en la puerta en un absoluto silencio. ¿Qué harían con todos aquellos pequeños?

Lo decidiría, eventualmente. Lo que tocaba ahora era conocer al general Yeguilex DaWillse, conocer al hombre que se decía era espía en interés del imperio kiel, y dar una larga y confusa explicación, analizarlo todo en detalle.

En cierta forma, sentía que las cosas marchaban bien.

-¡Por favor! ¡Por favor!- rogó el niño, poniéndose de rodillas para incrementar la fuerza de sus palabras- ¡Déjeme ir con usted!

Van Lyder negó con firmeza, ignorando la expresión desconsolada de Caxer. Se hallaba más atareado comprobando que el *Emperador* estuviera ya en condiciones de zarpar: los equipajes amarrados, la cubierta libre de suciedades, los agujeros en las grandes velas remendados y las sogas repuestas con las que los habitantes de la isla tan generosamente les habían brindado.

-Ni hablar. Tienes una tarea aquí, una madre a la que cuidar- resolvió- Esta isla aún no está curada...

-¡Mamá estará bien!- Caxer aferró su sombrero con fuerza, indignado- ¡Quiero seguir a Reed!

El marino lo miró, entretenido por la idea.

-Ni siquiera sabes a dónde fue tu hermano.

-¡Puedo averiguarlo!

La confianza en aquellas palabras no pudo hacer más que forzar una sonrisa en Van Lyder.

Su decisión sin embargo continuó tan firme como antes.

-No se aceptan niños en el *Emperador*. Ahora largo, y ve con tu madre.

Se había marchado enfadado entonces, maldiciendo al capitán, a su barco, a su madre y a todos los marineros. ¿Qué le quedaba en la isla acaso? ¿Esperaban que se convirtiera en un nuevo Scarrow, que se pasara los días curando ovejas y ayudando a los aldeanos en sus trivialidades? ¡Quería irse de allí, quería seguir a Reed a donde fuera que iba! Estaba seguro de que su hermano sabía algo, de que había un motivo por el que había huido de nuevo y estaba dispuesto a averiguarlo bajo cualquier costo.

Pateó la arena mientras avanzaba, y el movimiento casi lo hizo tropezar con su túnica. Maldito capitán...

No había nadie en la playa, al menos no por aquella parte. Se había alejado lo suficiente ya, de donde todos los habitantes de Tikielder se reunían para echar guirnaldas con flores a los marinos, a despedir al barco salvador con velas, saludos, cantos y risas.

No necesitaba aquello. Siguió caminando, descalzo, sintiendo la arena sobre sus pies y pronto oyó un golpe seco, algo como una cuchillada y una soga que se soltaba.

Había un pequeño bote allí, uno muy cargado de provisiones y en el que un joven se disponía a partir rumbo al mar.

La idea se cruzó en su mente, instalándose para jamás ser borrada como todas las que tenía. Corrió hacia el joven cazadragones y saltó de golpe hacia la barcaza, cayendo de espaldas y mirándolo contento.

-¿Puedo saber qué intentas?- inquirió Eluid, estoico, mientras cortaba otra de las sogas con las que había amarrado aquella embarcación a la alejada costa- Están haciendo una gran celebración, por allá...

-¡Llévame contigo!

Las cejas negras de Eluid se levantaron en una expresión incrédula, con una sonrisa asomando bajo los ojos acuosos.

-¿Y hacia dónde quieres ir?

-Quiero hallar a mi hermano- le contestó, envolviéndose en su propia túnica y mirándolo con todo el peso y seriedad que podía darle a su rostro- En donde sea que esté.

-Te será difícil si vienes conmigo- Eluid cortó la última soga y dio un empujón con el pie al bote, haciéndolo partir de la costa- Iré a Gikeldor, y estarás en grave peligro. Puede que pasen años antes de que descubras a dónde se fue Reed. Si te quedas en la isla, en cambio...

-Iré contigo- asintió, seguro, adivinando simpatía tras aquella sonrisa irónica- ¡Necesitarás un mago!

Eluid dio una carcajada, divertido. El bote se alejaba más y más, los separaba de la costa y comenzaban a adentrarse en donde el mar se haría salvaje y furioso, donde las tormentas los acosarían con fuerza.

-Eres un niño muy intrépido. Puedes estar conmigo, siempre y cuando no me demores- le contestó al final, cuando ya la distancia hacia Tikielder era considerable- Pero te advierto que atravesaremos muchas calamidades. ¿Aceptas, de cualquier modo?

Volvió a asentir, sonriendo, sintiendo su corazón embargarse por aquel anhelo de aventura que tanto tenía desde hacía años. Eluid lo imitó con una sonrisa que mostraba sus colmillos y Caxer se echó contra el borde del bote, viendo con sus grandes ojos la isla que se alejaba, Tikielder ahora limpia, sin niebla, verde y montañosa, hermosa para cualquiera que pudiera acceder a ella.

Suspiró, entonces. Si no conociera la isla, hubiera jurado que era ideal para una aventura.

¿Qué era una aventura entonces? Lo desconocido, aquello que estaba más allá, donde la vida se ponía en riesgo y los objetivos se hacían claros y afirmaban la existencia. Aquella sería su aventura: iba a hallar a su hermano, e iba a traerlo de vuelta a casa. No sería difícil. Tan sólo tenía que adivinar en dónde estaba.

### *Albion Decaheron.*

La palabra quedó flotando en el aire con una densidad que ningún objeto real podría haber imitado. El nombre, la confusión, la presencia de aquel extraño de negro y lo que les había dicho los había hecho enmudecer por completo, ni siquiera seguros de si debían tomar sus armas para prepararse a luchar por entrar al portal.

-¿Albion... Decaheron?- terminó inquiriendo Reed, sin perder la vista de los ojos del joven del frente.

El guardián del portal asintió con lentitud.

-Eres tú. Albion.

Parecía algún tipo de broma, pero Reed no creía que reírse fuera la respuesta apropiada. Vio a Reaper adelantar un paso, amenazante, la espada Necrostacia brillando

y sobresaliendo tras su espalda. El rostro del joven apenas pareció inmutarse al ver el tesoro robado de la Forja.

-¿Y tú quien eres?- inquirió el guerrero, desconfiado.

-Mi nombre es Sephid- el otro hizo una reverencia corta, aparentemente sin ánimos de pelear- Soy parte del grupo que Albion dejó atrás para seguir su voluntad, habitante de la Forja de Xshathra y guardaespaldas de Su Majestad Shimari Kaharis Herton, Reina de Kamui Medor.

La tez bronceada de Reaper retrocedió al oír aquello, confundido. Tras una de las columnas una joven giró y se les apareció, revelándose de su escondite con una sonrisa acusadora en la cara sabia y atrevida que ya le habían conocido antes.

La mismísima reina estaba allí. De todas las personas que Reed esperaba hallar cuando invadieran la Forja, aquella era sin duda una de las que menos había contado.

-¿Qué haces tú aquí?- el de Eclant no parecía feliz por el reencuentro, suspicaz, pero los dedos que buscaban aferrarse a Necrostacia se aflojaron por completo, más seguro.

-Buscaba a Sephid- contestó la reina, señalando el techo- Y veía si ayudar a la Forja de Xshathra en sus reparaciones. A Kamui le convendría mucho que nos debieran dinero.

Lo comentó como si estuvieran hablando de nuevo en el palacio, hacía ya tanto tiempo, pero Reed notó al instante que los ojos de la joven monarca brillaban y se enfocaban en él, quizás sorprendida también ante cómo lo había llamado su sirviente.

-Esto es bastante confuso- Arksinad rio jovial, y avanzó también hacia adelante mientras sacudía el polvo de su sombrero- ¿Dices que Reed es Albion?

Sephid volvió a asentir.

-Albion me dijo que regresaría, que reencarnaría en alguien y lograría superar las pruebas de Belekraz, lograría abrir el Templo del Mundo junto con el escudo- notó, y ladeó la cabeza hacia el muchacho- Ese escudo. Estás aquí, traes el escudo de Albion y puedo sentir que tu alma es similar a la de él. No tengo dudas de que eres mi maestro.

Reed quedó mudo, sin saber qué decir ante aquello. ¿Reencarnación? Era la creencia general en el mapa, sí, pero no existía forma posible de saber cuándo uno reencarnaría, en qué mundo o existencia lo haría. ¿Acaso Albion sí había previsto algo como ello?

-¿Con qué propósito?- inquirió.

Quería salvar a Scarrow, sí, quería pasar por aquella puerta cuanto antes, pero sentía que primero debía oír lo que aquel misterioso extraño tuviera para decirle. Sentía que formaba parte de un propósito mayor, de algo que había estado ignorando pero que resolvería muchas de las dudas que había estado albergando durante sus viajes: Dammed Oah, el sello en Belekraz, la Estrella Oscura, el cadáver profanado de Albion y las horribles criaturas que allí habitaban, incluso el misterio de su escudo.

-Para terminar lo que empezaste hace siglos- respondió el otro, firme- Para destruir a la Estrella Oscura, y al mal que amenazaba a este mundo.

Hubo un momento de silencio, de tensión, en la que todos se quedaron observándose uno a otro. Reed terminó por poner la cabeza de lado, frunciendo el entrecejo y frotándose las sienes, confundido.

Aquella reacción pareció sorprender al guardián, quien miró a Shimari desconcertado y luego volvió a ponerse serio, caminando hacia él.

-¿Nadie te lo dijo?- preguntó- ¿Nadie de la Organización intentó contactarte?

Reed negó, seguro de aquello, pero la voz de Arksinad lo interrumpió.

-Nos habían dicho que hombres de negro nos seguían, cuando estábamos en Mib junto al capitán Yeguilex y sus hombres- se inclinó de hombros, calándose el sombrero- Pero asumí que eran los daevas o mercenarios tras las gemas y pronto todos lo olvidamos.

Era cierto. Reed recordó aquel detalle y se percató de que su cerebro había decidido ignorarlo por precisamente las mismas razones. ¿Esos hombres de negro eran parte del legado de Albion? ¿Eran quienes lo hubieran guiado para cumplir aquella supuesta misión que se había propuesto?

No importaba cuánto se esforzara, le costaba sentirse la reencarnación del poderoso mago, aun aunque siempre había sentido que tenía algún tipo de relación con él.

-Algo no está bien- Sephid estaba turbado, aunque su inexpresividad no lo reflejara- La Organización no suele ser tan ineficaz, no en la misión que han esperado desde hace siglos.

Suspiró, pensativo, y nadie se atrevió a hablar hasta que Reaper volvió a adelantar un paso, desenfundando a Necrostacia.

-Pero ya es inútil. La Estrella fue destruida, se quebró durante nuestra pelea contra Skectral. Si eso era lo que buscaban...

-No la Estrella de gemas,- lo interrumpió Sephid- sino el corazón de Necrostacia, la cosa que ha vuelto de nuevo a la espada. Eso debía destruir. Debía liberar...

Se interrumpió y pareció mascullar algo por lo bajo, perdido en un pensamiento repentino, y levantó los ojos hacia Reed.

-No tiene sentido que intente explicártelo, no si no conoces las bases. Yo puedo enseñarte, pero no puedo mostrarte lo que hay más allá de esta puerta. Necesitas a otro mentor del grupo.

-No tengo tiempo para eso- dijo lamentando algo sus palabras, recordando que había deseado conocer a aquel joven desde hacía mucho- Tengo que cruzar esa puerta y hablar con Baal.

-En cuanto a eso...- Sephid miró a Shimari de reojo, suspirando, y luego enfocó sus ojos en Reaper, desplegando en ellos un velado brillo carmesí- No pueden pasar si llevan a Necrostacia.

-No devolveré a la Forja...

-No es por la Forja- el heredero de Albion se dio la vuelta, la capa ondeando tras él, y avanzó hacia los aros que giraban en el centro de la habitación, hacia el umbral que allí brillaba.- Albion me pidió que me encargara de que Necrostacia jamás volviera a aparecer del otro lado de esta puerta. Si desean pasar, con gusto se los permitiré una vez me hayan dado de vuelta la espada.

El arma pareció hacer un lamento angustiado al oír aquello, y se sacudió con violencia en la mano del guerrero, buscando que la aferrara con fuerza. Sephid miró aquello con expresión distante, y volvió a hablar con una sonrisa apenas insinuada.

-Solía ser el dueño de esa espada, antes de pasársela a Deihr- confesó- Y debo decirles que nunca me agradó mucho. Si me la dan, se las devolveré en cuanto regresen de la Ciudad Dorada.

Estaban por preguntar qué garantía tenían de aquello, pero el rostro de Shimari solo confería a las palabras de aquel melancólico guardián suficiente credibilidad como para convencerlos de que lo que decía era cierto. De cualquier forma, Reed notaba cómo la expresión del guerrero se contrariaba y su brazo ahora tatuado parecía muy reticente a soltar el tesoro que le pedían, como si en verdad estuviera calculando las posibilidades

de abalanzarse sobre el otro y pasar hacia allá con la espada, ignorando cualquier antiguo deseo que existiera.

-Te consume- le dijo Sephid, notando aquello también- Te consume de la misma forma que lo hizo con Albion, devora tu espíritu con lentitud y pronto de ti no quedará nada más que vacío, que negrura y deseo... Si no me equivoco, fue lo mismo que le ocurrió a tu padre.

La mención hizo que el brazo de Reaper por fin se aflojara, y Necrostacia dio un quejido lamentoso, sintiéndose rechazada. Tanto el mago como Reed observaron al guerrero, atónitos, y el primero no tardó en preguntar.

-¿Como Oblivion? ¿Está devorando su magia?

El de negro negó con parsimonia.

-Su espíritu. Lo entenderán cuando pasen al otro lado de la puerta. Veo que tienen prisa en ir allí: no pienso detenerlos mientras dejen la espada negra de este lado. Pero Albion...- miró a Reed, decidido- Contactaré con la Organización y les revelaré tu posición. Debes completar tu misión, por ti y por todos.

Asintió, sabiendo que aquello implicaba aceptar la destrucción de la espada Necrostacia. Pero, ¿qué más debería hacer? “*Un peligro*” eran palabras demasiado ambiguas como para darle una idea de lo que el camino que Albion, que él mismo se había trazado le ponía en frente. Ahora sin embargo mucho de lo que había pasado en aquellos tiempos tenía más sentido para él: el haber podido superar la barrera de Belekraz, la voz de Albion que se hablaba a sí mismo y ordenaba destruir la Estrella Oscura, aquella barrera que había roto al declarar ser el antiguo mago. Había creído que mentía, que simplemente lo personificaba para lograr el objetivo de conseguir la Estrella, pero ahora resultaba que realmente era la reencarnación del héroe de las leyendas del cual tanto se hablaba.

Y debía completar algo antiguo, muy antiguo, pero lo suficientemente importante como para que quienes lo habían seguido en la otra vida continuaran en pie allí frente a él, como para mantenerse en juego durante el paso de tantos siglos y guardar secretos. La mano le tembló leve ante ese pensamiento, cercana a su escudo, y se resistió a preguntarse cuál era la misión completa que le tenían encomendada.

-¿Hay alguna forma... de evitar que Necrostacia consuma a Reaper como Oblivion lo hizo con su padre?- preguntó el mago.

No parecía nada feliz con la idea de perder a un amigo, y Reed estaba de acuerdo. De cualquier forma, parecía ser que el reloj de Reaper también estaba tan cargado de arena como el del brujo. Más allá de las marcas en su brazo, jamás lo habían visto con tanta vitalidad y decisión como en aquellos últimos días desde que Necrostacia había despertado, y el riesgo de que su “espíritu” se filtrara, si bien no entendían de qué trataba, no parecía inminente.

-Que Albion...

-Reed- lo corrigió él, y Sephid lo aceptó con un movimiento de cabeza.

-Que Reed cumpla su misión, y destruya al corazón del monstruo. Que rompa Necrostacia.

La espada tuvo un espasmo aterrorizado al oír eso, y Reaper rio.

-No es necesario poner esa misión en los hombros de Reed- notó- Con un colmillo de dragón o algún hechizo, cualquiera podría destruir una espada legendaria. ¿Por qué esperar tantos años para hacerlo?

-Porque no teníamos acceso a la Estrella, no teníamos acceso al corazón de Necrostacia cuando estaba allí en la Ciudad Maldita- Sephid lo dijo sin emociones, y

Reed recordó la barrera que protegía el lugar, lo impenetrable del Templo del Centro del Mundo- Efectivamente, ahora cualquiera puede destruirla- concedió- Pero eso es sólo la primera parte de lo que debe hacer.

-¿Y la segunda?- inquirió.

-Terminar el largo sueño de alguien a quien alguna vez amó.

Era una respuesta de lo más extraña, pero en cierto modo le resultó poética. No comprendía a qué se refería de cualquier forma, aunque presentía que haciendo un esfuerzo podría conectar algunas de las piezas y darle un sentido a todo lo que estaba pasando.

Pero no importaba, no ahora. Scarrow estaba primero, incluso primero que los siglos y siglos de planeamiento y secretos que Albion pudiera haber proyectado para el futuro. Sí, era probable que antes hubiera sido aquel legendario mago, pero si había creído que seguiría en la siguiente vida un camino tan trazado había estado equivocado.

Él era Reed, no Albion. Albion no conocía a Scarrow, ni la vida en Vant, ni había vivido lo que él vivió ni había llegado a tener los amigos que él había tenido. Albion ni siquiera había sido humano, por lo que sabía. Sus vidas eran completamente distintas, aunque fueran la misma alma, y siempre se sentiría como un individuo separado.

Scarrow estaba primero. Comenzó a avanzar hacia la puerta, hacia Sephid.

-Envía a aquella gente, que me expliquen el resto de lo que debo hacer. Cuando regrese aquí me pondré de lleno a ello.

-No te gustará- le confesó Sephid- Se te presentarán elecciones muy difíciles, Reed.

No sabía cuáles eran, ¿qué sentido tenía preocuparse? Se inclinó de hombros y señaló la puerta que brillaba, el umbral donde los discos giraban y protegían la entrada a un mundo de misterios y dioses.

-¿Nos dejarías pasar?

El joven asintió, corriéndose a un lado y poniéndose junto a la silenciosa Shimari, que los miraba con atención. Reed hizo una seña a Arksinad y el mago se aproximó a su lado con una sonrisa forzada. Levantó su báculo y proyectó el rubí contra las muescas de los aros, haciendo brillar aquella joya, el producto de cientos y cientos de muertes, de decenas de historias de dragones masacrando pueblos y causando odios vengativos e irreparables.

-*Sacrificar*- recitó el hechicero la misma magia dimensional que había utilizado para alejar a su maestro.

El umbral del portal comenzó a vibrar, cada gema en él iluminándose en un resplandor rojo y brillante, tanto que hacía parecer oscuridad a la misma luz exterior. Sephid observó el espectáculo, pensativo, y Shimari con una expresión de sorpresa grata, viendo cómo los aros se alineaban, cómo sondeaban con fuerza algo más allá, como si fuera una llave que probara distintas combinaciones para hallar la cerradura, para hallar la dimensión en la que debían inmiscuirse a buscar al dios del tiempo.

El viento comenzó a hacer estragos en el lugar, volando los cabellos y ropas de todos, creado por la potencia que tenían los aros al moverse. Era una maquinaria impresionante.

-Lo que encontrarán allí, no será para nada lo que esperen- les auguró Sephid- Monstruos de la Ciudad Dorada hirieron a Albion, razas que este mundo no conoce maduraron en ese lugar y los dioses habitan esas tierras como aquí ya no lo hacen.

-Estoy listo- aceptó Reed, caminando hacia los aros que comenzaban a alinearse.

Eran quizás diez, quince pasos hasta pasar por aquel umbral donde la electricidad roja se difuminaba en un torbellino de colores, rosados y azules bailando con fuerza y

violencia entre sí, espirales y formas nebulosas variadas, inestables. Avanzó, viendo cómo la habitación se había oscurecido, cómo su sombra se alargaba hacia la puerta marcando el camino a seguir.

Su sombra. Todo se congeló unos instantes, mientras dos ojos amarillos y rasgados se abrían frente a él sobre una sonrisa brutal y carnífera.

-¡Daevas!- llegó a gritar.

Se arrojó hacia atrás, y la sombra cobró forma para saltar hacia él con una velocidad inconmensurable. Más rápidamente a su lado Sephid la interceptó con la rodilla, algo luminoso que pareció alcanzarla e hizo que el enorme daeva cayera contra una pared y se enterrara en el suelo, sorprendido.

La habitación se volvió iluminar, los discos se alinearon dejando la entrada dimensional ya abierta. La luz permitió que divisaran las tres sombras negras que ahora danzaban a su alrededor burlonas, por las paredes, por el suelo, incluso por el techo sobre sus cabezas.

Shimari tomó su arco, Reaper ajustó los dedos sobre Necrostacia y Reed se armó con su escudo, preparándose para aquello. No había esperado que los daevas pudieran cerrarles el paso allí mismo, entendía ahora la sensación vaga de temor que había albergado apenas había puesto pie en aquel sitio.

Una silueta comenzó a tomar forma sobre el portal, un vestido rojo y translúcido, una mirada tan amarilla como la de los demonios, que el largo cabello negro enmarcaba y que contrastaba con los labios carnosos que sonreían con sorna.

Mila cruzó las piernas, apoyada con comodidad sobre la enorme puerta hacia la Ciudad Dorada. Ninguno intentó atacarla, pudiendo ver lo que había más allá de ella y entendiendo que otra vez se trataba de una proyección astral.

-¿Me extrañaban?- inquirió la joven bruja.

-¡Ahora, de todos los momentos?- Arksinad levantó una mano, cargando el *Shinoras* mientras con temor prestaba atención a las tres sombras que danzaban a su alrededor, listo para el ataque- Comenzaba a gustarme no ver tu cara.

-Así que eres tú- Sephid también observaba a Mila, calmado, distante, escudriñando sus rasgos en un silencio apático. Ni siquiera había tomado una posición defensiva o parecía preocupado por los demonios que estaban a punto de arrojarse sobre todos en cualquier momento- La que trajo estas criaturas a la Forja. Estaba esperando que se revelaran.

Mila quiso sonreír, pero la mirada serena de Sephid hizo que desistiera en el intento y se enfocara en los otros tres, tomando un cabello entre sus dedos y volviendo a hablar con un dejo de burla.

-No les quitaré el tiempo con mi dulce presencia. Carne, sangre, hueso.- recitó, mirándolos a todos, las luces de la habitación perdiendo su intensidad al mismo tiempo que su proyección se desvanecía poco a poco, haciéndose más y más translúcida a medida que cada segundo pasaba- *Ashmogh, Saurva, Tauriz. Mátenlos.*

Terminó por desvanecerse, y los daevas acataron las órdenes. Saltaron sobre ellos en un frenesí de furia, revelando los cuerpos que ya había visto antes: similares a perros, a lagartos, largas colas aserradas y cabezas anchas y chatas, de enormes colmillos y ojos rasgados. Se cubrieron, esperando lo peor, y Shimari tensó una flecha de su arco.

Sephid en cambio suspiró, y desbloqueó la cruz de plata que cubría su capa, dejándola extenderse. Todo él pareció envolverse en sombra, en negrura, sus ojos se hicieron rojizos y sus colmillos crecieron, lo amenazante que tenía aumentando al liberar su verdadera forma. Su cuerpo comenzó a emitir un brillo mortecino, como un

aura o vapor del color de la sangre, y poco a poco vieron como sobre su rostro una marca aparecía, dos líneas que lo cruzaban de lado a lado formando una gran cruz que cubría todo desde su mejilla, con el color de una herida abierta.

Desapareció.

No se había transportado, sino que realmente había desaparecido por completo, para aparecer luego al lado de uno de los daevas más pequeños y agarrarlo del cuello.

Reed lo observaba todo con admiración e incredulidad: la extraña luz carmesí que salía de las manos del hombre, la fuerza con la que agarraba al daeva y lo impactaba contra los otros dos, lanzándolos hacia la pared.

Aquello no era magia, estaba seguro. Comprobó por los rostros anonadados de Reaper y Arksinad que ambos estaban tan sorprendidos y encantados como él.

La batalla entre Sefhid y los daevas dio comienzo, entonces, y los tres se dieron cuenta de que más que mantenerse alerta nada tendrían de relevancia ante la masacre que se estaba perpetuando. Cualquiera fuera el propósito de Mila en traer a los demonios para interceptarlos en la Forja, la increíble destreza del guardián hacía que los poderosos daevas parecieran perros con rabia en vez de asesinos.

Negro y rojo, sangre y sombras. Sefhid los sujetaba, los estrellaba contra las paredes, incluso los hacía explotar con aquella aura roja para luego atacarlos mientras regeneraban con penumbras sus partes heridas. Los seres se echaban hacia él con tal rabia y maña que parecía que realmente comenzaban a enfurecerse por la derrota, pero el joven continuaba sereno mientras les propinaba uno y otro golpe, la luz bermeja que cubría su cuerpo dañando aquellas sombras, lastimando el ojo del daeva grande con una cicatriz vertical, quebrando parte de los colmillos de otros, rompiendo las colas que se cubrían de negro para volver a crecer.

Uno de los daevas saltó desde la pared opuesta, intentando atacar al grupo. Shimari le arrojó una flecha que explotó en una barrera de luz idéntica al *Shinoras*, lo que lo hizo retroceder, sirviendo bien como reemplazo del verdadero hechizo que el mago no utilizaba por miedo a destruir el portal. El movimiento de cualquier forma logró desconcentrar a su guardaespaldas y el líder de los Daevas logró arrancarle de un mordisco el brazo, junto con buena parte de su capa.

Sefhid no pareció inmutarse. Mientras lo observaba, mientras veía como el muñón se cubría de oscuridad y otro brazo idéntico y desnudo aparecía, Reed se percató de que tamaña falta de emoción parecía hacerlo más humano de lo que hubiera sido en otro caso. Si hubiera visto a aquel hombre reír, siquiera sonreír mientras masacraba a aquellos demonios, mientras regeneraba sus miembros con la misma oscuridad y se envolvía de un brillo sanguinolento, hubiera huido de allí de inmediato, creyendo estar ante a un poseído.

Pero en cambio el otro se mantenía calmo, aun en aquella feroz batalla. El líder daeva, Ashmogh, volvió a saltar sobre él, y Sefhid golpeó su boca y se impulsó junto con la bestia hacia la pared opuesta, manteniéndolo en su lugar.

Hubo un quejido. Los otros dos Daevas se dirigían hacia Shimari, surcando el suelo, resquebrajándolo como líneas de negrura bajo la tierra y decididos a saltar sobre ella. La reina les disparaba flechas de luz pero estas no explotaban a tiempo y las sombras eran demasiado rápidas, demasiado certeras para esquivar.

Los tres se pusieron frente a la joven, buscando defenderla, Reed alzando el escudo en alto. Reaper abalanzó su espada contra la oscuridad, pero fue exactamente eso: por mucho poder que Necrostacia tuviera ahora, cortar oscuridad era exactamente lo mismo que cortar nada.

Sucedió algo extraño. Los demonios se detuvieron de repente, pararon su avance y se enterraron en el suelo, retrocediendo, reptando con lentitud y una burla extraña en sus fauces, un goce repentino.

¿Estaban haciendo una retirada?

Reed observó con nervios la mirada que le dirigía Saurva, uno de los daevas que había estado persiguiéndolos desde el inicio junto al líder, lo vio desaparecer tras un muro y desplegarse en la sombra como si ya no existiera más. Ashmogh hizo lo mismo, la herida que el otro le había hecho en el ojo aún brillando como una sombra más oscura, carmesí.

Habían desaparecido.

Pero ni en broma pensaban que todo había terminado. El grupo quedó tenso, en guardia; todos esperando que algo ocurriera.

Pronto Sephid abrió los ojos como platos.

-¡Shimari! ¡El suelo!

De abajo, tras los guerreros, uno de los daevas saltó tal tiburón y aferró a la reina de Kamui con sus fauces, empujándola hacia adelante. Sephid se deslizó hacia ellos a toda velocidad, intentando alcanzarla, pero Saurva y el líder le cerraron el paso, dejando que el Daeva reemplazo arrastrara a la joven hacia el umbral que brillaba.

Hacia el portal.

Observaron el rostro anonadado y desconsolado del guardián al ver como su ama y aquel monstruo desaparecían juntos por la puerta, esfumándose en un instante. Los otros dos daevas parecieron sonreír con malicia y retrocedieron, sacudiendo las colas y perdiéndose por la entrada al otro mundo también.

Como si los invitaran a pasar al otro lado, como si desearan que lo hicieran. Reed tragó saliva, sorprendido con aquello, y observó el rostro ahora catatónico de Sephid, su intento vano por ingresar por el portal, que lo arrojó con un chispazo hacia la pared.

-¡Shimari!- gritó el joven, furioso. Volvió a intentarlo pero la energía volvió a rechazarlo otra vez, haciéndolo caer al suelo en frustración. Antes de que pudiera intentarlo de nuevo Reed y Arksinad lo retuvieron, arrodillándose junto a él.

-No tiene sentido- les masculló, mostrando por primera vez del todo las emociones que tenía, el rostro contraído en angustia y temor, pura preocupación con la que Reed se pudo identificar- ¡Los demonios de este mundo no pueden pasar por la puerta! ¡Yo no puedo pasar por la puerta! ¿Quién invocó a esas criaturas?

Pareció querer intentarlo de nuevo, pero lograron contenerlo. Sephid se retorció entre sus brazos y luego de un rato pareció calmarse, respirar hondo para poder serenarse por completo y descubrir qué había ocurrido.

Frente a ellos Reaper se había parado enfrentando al portal, con Necrostacia en mano y la mirada decidida.

-Iremos por ti- le dijo- Y traeremos a la reina de vuelta a este mundo.

El joven iba a decir algo, pero calló al ver a Reaper alzar la enorme espada negra.

-Pero me llevaré esto- completó el guerrero- Lo quieras o no.

Parecía no importarle. La anterior actitud calmada que tenía se había desbaratado y asintió vagamente, confundido y agotado. Reed y Arksinad lo ayudaron a incorporarse, tomándolo de los hombros, y el guardián observó a Reaper en un jadeo desgastado.

-Esa espada te condenará- le dijo- Pero ahora mismo, sólo quiero evitar que Shimari sea asesinada. ¡Es demasiado descuidada, demasiado impulsiva! ¿Puedes prometerme eso, Reaper Assadan?

El guerrero asintió, guardando a Necrostacia en la espalda. Sepend no dijo nada, pero su silencio y cansancio les fueron suficiente prueba de que los dejaría pasar cuanto antes fuera posible.

Así, el trío se adelantó hacia la enorme maquinaria, observando los colores que se arremolinaban en aquel abismo de dimensiones y preparados para el viaje que podría cambiarlo todo.

No iban a perder el tiempo. Salvar a Shimari de los daevas, conseguir hablar con Baal para que volviera de vuelta a la vida a Arksinad y les permitiera salvar a Scarrow de la batalla contra Skectral, todo ello se había apilado en tan sólo unos segundos.

Podrían, pensó Reed, esperanzado. Observó como Reaper ingresaba primero, la forma alta y fuerte del joven difuminándose entre los colores como si lo hubiera absorbido un tornado, y luego él tomó aire y dio un paso hacia adelante, dedicándole una última mirada a Sepend.

Volvió a mirar los colores, la profundidad que allí había, el futuro que iba a crear y el pasado que pensaba cambiar.

Sí. Estaba listo.

-Por Scarrow- dijo, y adelantó un pie en aquella masa de caos.

Sintió discordia, tiempo quebrado, su cuerpo desdoblándose en mil imposibles formas y atravesando mil mundos hasta llegar a donde quería, como si una fuerza lo arrastrara con tal poder que manipulaba cada célula en él y la estiraba como un gusano, como si se filtrara por el pequeño espacio que había entre cada universo, entre cada existencia, pasando por mil mundos diversos en un viaje que pudo haber durado horas, días, años, un instante.

Luego, sol sobre su rostro y arena bajo sus manos.

*-Epílogo-*  
**20. No Hacer El Mal**

Sol, sol y arena, calor y aridez. El mundo de la Ciudad Dorada siempre le había resultado uniforme, nunca había llegado a apreciar realmente aquel enorme e interminable desierto en el que se hallaban atrapados; y ahora que había podido ya conocer el verdadero mundo exterior, menos podía imaginarse una vida allí, en aquella escasez, en aquel clima.

Albion cerró los ojos, calándose el sombrero con más fuerza y sintiendo que en cierta forma estaba siendo injusto para con su hogar natal. Había hecho lo que podía, Baal en verdad se había esforzado en cuidar a su pueblo elegido. Cualquiera que no pudiese admitir aquello no era digno de ser un deva, no merecía su simpatía, ni la de su hermano, ni ninguna por el estilo.

Suspiró.

Pero había cometido errores. Aquel viejo dios había hecho muchas jugadas erradas, y jamás iba a perdonarle aquello, así como sabía que él no les perdonaría jamás el hurto que le habían hecho. Baal podía ser muy posesivo con sus espadas y cuerpos, eso era claro.

Siguió avanzando, débil, herido, manteniéndose en pie por pura fuerza de voluntad y decisión. La Estrella Oscura que cargaba bajo un brazo le pesaba considerablemente, y Necrostacia tiraba en dirección opuesta hacia el ya abandonado edificio del Tártaros, intentando conducirlo hacia atrás, retroceder hacia donde había dejado el cuerpo de Grimold descansando para siempre.

Sonrió, ignorando los lamentos de la espada negra. Suficientes calumnias le había causado ya a la Ciudad Dorada aquella arma, suficiente daño le había hecho a quienes amaba y ahora al fin la última vida que se llevaba era la suya, lo haría eventualmente y Albion formaría parte de aquellos miles de espíritus atrapados en su corazón, potenciándola con sus lamentos y alaridos.

Era en cierta forma irónico, o así lo quería creer. Había hecho tanto para huir de aquel destino, había maldecido tanto a Baal por enviar a sus compañeros a enfrentar a Grimold de esa forma... Y al final había tenido que hacerlo, después de todo.

El destino quizás realmente era inexorable.

Rio, solo, rodeado de silenciosas montañas de arena y sol, sol que calentaba todo, sol que le secaba la garganta, bronceaba su piel, sol que hacía parecer cada grano a su

alrededor una gota de oro, una pequeña joya dispuesta a ser alzada. Aquello era la Ciudad Dorada: una joya. ¿Pero de qué servía la mejor de las joyas en donde no había agua?

Necrostacia volvió a tirar hacia atrás, sintiendo la debilidad que tenía, pero el corazón mismo de la espada ya estaba alejado de ella y Albion no tuvo que realizar demasiado esfuerzo para avanzar hacia adelante, intentando ubicarse siempre con el resplandor que lo cegaba al norte. La espada chilló, indignada, pero él no le prestó atención.

Necesitaba una forma de escapar. No pensaba dejar que aquella cosa lo consumiera por completo, no pensaba morir por salvar aquel lugar que tanto había odiado.

La espada negra rio, y se clavó en la arena por su cuenta. Tropezó. Cayó contra el suelo blando, el suelo fino y cómodo, caliente y listo para descansar como una cama. Cayó y quedó allí tendido, mirando hacia abajo, preguntándose si no sería más digno darse la vuelta para morir enfrentando el sol, morir mirando el cielo como siempre lo había hecho, como el verdadero héroe que había querido ser.

Pronto hubo sombra.

Era una sensación grata, amena, calma. Fresca. Sonrió allí, de cabeza contra el suelo, sus dedos temblaron y comenzó a incorporarse, sabiendo por completo lo que había ocurrido. Frente a él ahora, aparecida de la nada en las arenas, resplandeciente como el mismo sol e imponente como nadie, una joven de piel bronceada y largos cabellos rubios atados en distintos niveles lo contemplaba desde arriba, el destello rojo de sus ojos apenas visible y curioso.

Albion logró levantarse y se tiró hacia atrás, quedándose echado en el suelo, los codos soportando el peso de su espalda, la Estrella y la espada a cada lado. Sonrió amablemente mientras la joven lo escudriñaba con la mirada, a él y a sus nuevos tesoros, a la marca que se veía tras el ropaje roto, la marca negra y consumida en el pie con el que había tocado el corazón de Grimold.

-Has sacrificado mucho- le dijo ella.

Él asintió. ¿Cómo no estar de acuerdo? Sin sí mismo, ninguno de sus sueños tenía sentido. Sin uno mismo, la existencia del mundo desaparecía para uno: morir en cierta forma significaba terminar aquella existencia, perderlo todo.

-Siempre te ves tan bien, Tearu- comentó.

La joven no le contestó, adivinando los conflictos tras aquellas palabras. Sus colmillos apenas se notaron mientras observaba la joya y el arma, los tesoros robados a Grimold. El mago la contempló sonriendo, esperando que diera su veredicto.

Tearu suspiró, una mezcla de tristeza y cansancio en aquello.

-Baal siempre te estará agradecido.

-Baal siempre estará enojado conmigo, aun aunque haya hecho esto- retrucó.

-¿Acaso eso te afecta?

Albion dio una carcajada prolongada, quitándose el sombrero y sacudiendo el negro cabello. No, claro que no. Aquella joven lo conocía desde hacía muchos años, desde que eran niños, a él, a su hermano y a *ella*...

-¿Cómo va a devolverme el favor Baal en cuanto a este gran acto de heroísmo que realicé por mi tierra natal?- inquirió, burlón- ¿Te usará a ti, Tearu, impedirá que esta espada me consuma? ¿Quizás quitará el exilio que tiene su propio pueblo, quitará el estigma sobre mí y mi hermano?

La otra no respondió, examinando aquel desafiante rostro con una tristeza que parecía insuperable. No le agradaba aquello. Tearu lo conocía desde que eran niños, sí,

¿por qué no podía ver lo decaído, lo inútil de la Ciudad Dorada? ¿Por qué tenía que seguir aquel camino, terminar como la otra lo había hecho?

Le sostuvo la mirada, hasta que ella cerró los ojos de nuevo para hablar.

-Tú e Idgray han desencadenado un terrible peligro al llevar las otras dos espadas al mundo exterior. Deberían saberlo.

-¿Un peligro mayor que Grimold?- Albion volvió a sonreír, aunque no se sentía muy seguro de sí mismo en aquel momento- Caray. Quizás el mundo de afuera necesite a Baal entonces...

-Estás enojado- la sacerdotisa suspiró otra vez, inclinándose junto a él, doblando los pliegues de la seda que cubría su cuerpo para poder asentarse en la arena- Por lo que ocurrió con Ailai, por el exilio y porque no conoces todo. Baal también está enojado, pero aprecia mucho lo que has hecho por esta tierra. La Ciudad ya ha sufrido demasiado. Tendrás tres beneficios del dios.

Aquello era lo que quería escuchar. Se echó hacia atrás, burlón, apoyando el rostro en su mano y escuchando a su anterior amiga, a la sacerdotisa de Baal hablar con voz imponente y alta.

-Primero- dijo ella- Te permitirá quedarte aquí durante un mes. Pero no será para sanar tus heridas. Hay algo más que debes hacer.

Comenzaban con el pie izquierdo, evidentemente, pero Albion se abstuvo de blasfemar hasta no escuchar de qué trataban realmente los tres beneficios. De cualquier modo, para su condición actual comenzar por el pie izquierdo era considerablemente mejor que ir por el derecho.

-Segundo- Tearu Vattar comenzó a incorporarse, con gracia y lentitud- Te permitirá saber dos profecías, una sobre este mundo y Baal, y otra sobre el mundo exterior y tú. ¿Querías escucharlas?

Asintió.

-*“El nuevo avatar de la Ciudad vendrá cuando pasen cuatro siglos, en el brinco de su destrucción. Será retoño adoptado de un líder, con sangre deva entre sus venas diluida, con el favor de demonios y de dioses por igual”.*

Intentó pensar alguna respuesta sarcástica, algo divertido para decir, algo que pudiera sacarlo de su sorpresa, pero descubrió que lo mejor sería callar por el momento. Cuatrocientos años. La Ciudad Dorada estaría al borde de su destrucción en aquel momento, Tearu viviría todo ese tiempo hasta que aquel nuevo avatar la pudiera reemplazar, y quién sabía qué podía ocurrir hasta ese entonces. Pero, si Baal había puesto aquella profecía en sus manos era por algún motivo, y creía imaginar cual. No podía decir que no le gustase, y sabía que la joven debía de tener sentimientos encontrados al respecto.

-¿Y la que respecta a mí?

-Del otro lado- le dijo ella- Alguien te espera. Pero no es quien crees. Buscas volver a la ciudad que tú y tu hermano crearon, volver a los devas rebeldes y erigirse en el mundo como el árbol que formaron. Pero no será así.

»Tu hermano se consume, Albion. En cuanto partiste de allí, no, incluso antes su alma se veía asediada por una oscuridad insondable. Mientras tú y yo hablamos él descansa en su trono, inmóvil, caído, resintiendo el mismo avance de la realidad y de todo lo que es.

-¿Qué estás...?

El corazón le comenzaba a latir con fuerza, con mucha fuerza. Tearu le sostuvo la mirada.

-Debes detener a Idgray, Albion. Detenerlo, entenderlo y detenerlo. Sé que han tenido diferencias, que siempre quisiste lo que fue suyo y que aún ahora sientes lo mismo por el poder que alberga. Usa aquello a tu favor. Detén a Idgray antes de que haga del mundo exterior un jardín en el que los hijos de Baal jamás puedan volver a albergarse.

-Mi hermano jamás haría eso- se puso de pie él también, sintiendo la sangre en sus venas arder- Estamos creando un mundo mejor, una ciudad mejor que este condenado desierto. ¡Baal debería agradecerle!

Sentía que la ira lo carcomía por dentro, furioso con ella, con el dios, con su hermano, con que alguien pudiese ver sus propias intenciones tan claramente. ¡Idgray! Lo había rechazado, habían discutido antes de que partiera a salvar al pueblo que los había exiliado... ¿Pero tan lejos todo había llegado?

Y sin embargo, su mente de siempre deseaba, anhelaba, planeaba usando aquella nueva información, intentando ganar un beneficio de lo que había oído. Debía detener a Idgray, debía detenerlo y, ¿por qué no entonces tomar lo que siempre había querido? Desde que Ailai había muerto, nunca habían estado tan unidos y aun así seguía sintiendo envidia, sentía aquel deseo por la espada Drassil carcomerle como a nadie, los celos incrementados al saber el lazo que la unía a Idgray.

-No puedes luchar contra el destino- Tearu buscó su mirada, seria, y el viento arremolinó las largas colas en las que ataba su cabello- Deberás enfrentarlo, Albion. Está creando un gran ejército, una gran armada de seres consumidos por el poder que la espada les ha enseñado, pero sé que puedes hacerlo. Para eso alguien te espera, del otro lado de la puerta, alguien clama por ti desde hace tiempo, sin poder pasar la barrera que impide que los demonios abran paso en nuestra sagrada tierra. Te ayudará.

Asintió, dejando las críticas callar y calmándose a sí mismo. Veía un camino ahora, algo que podía hacer, un plan que pocos hubieran imaginado, uno que lo convertiría en el héroe que siempre había querido ser, aunque no fuese en aquel cuerpo.

Sí. Lo haría.

-¿Y mi tercer beneficio?

Tearu Vattar chasqueó la lengua.

-Pide.

Esta vez sí que sonrió con franqueza. Era una prueba, como las que Baal siempre ponía en el camino de sus seguidores. Pero no necesitaba pensarlo, no necesitaba darse cuenta de que la primera opción que venía a su mente, el curar su espíritu de la atracción de Necrostacia, no era la correcta. No la hubiera elegido, de cualquier modo. No pensaba repetir con Tearu lo que había ocurrido con Ailai.

No, sabía lo que quería, ahora que ya había escuchado aquello. Baal era un dios, pues bien, iba a rezarle al destino. El destino mismo decidiría lo que ocurriría entonces.

-Deseo no separarme de mi hermano- dijo- Aun aunque tenga que detenerlo, aunque tengamos que maldecirnos uno a otro por el fin de los tiempos, quiero que nuestras almas se acompañen como lo hicieron en esta era.

La joven sacerdotisa no sonrió, dejando la seda de sus ropajes fluir con el viento que se le arremolinaba. No pareció meditar ni un segundo aquella respuesta, como si supiera ya desde un principio qué era lo que él iba a elegir, como si en verdad lo conociera tanto.

-Eres realmente egoísta, ¿lo sabías, Albion?

Él no dijo nada, pero las comisuras de sus labios volvieron a curvarse. Se sentía renovado, menos herido, más capaz de caminar y moverse por un buen tiempo y

además, sabía qué era lo que debía hacer. Se caló el sombrero de nuevo, protegiéndose del sol, y entrecerró los ojos en dirección opuesta al este, hacia el viejo lugar donde el cielo se teñía como el amanecer, de diversas tonalidades rojizas y anaranjadas, el lugar más bello que conocía en todo aquel eterno desierto.

-¿Lo soy?

Tearu asintió.

-Brillas mucho, y a tu alrededor uno puede ver que oyes el bien, que hablas el bien, que ves lo que es bueno y te mueves con respecto a ello. ¿Pero haces el bien, Albion? ¿O sólo piensas en ti mismo?

No se le ocurrió mucho qué responder a aquello, suspirando. Por dentro sin embargo sí sabía cuánto aquella joven, cuánto Baal lo había leído, y lo llenaba de desasosiego.

-Iré en contra del sol, como siempre- comentó- Y luego volveré al otro lado, a cumplir aquella profecía. No necesitas más de mí.

La otra asintió, examinándolo con pena y fastidio. Albion lamentaba aquello, lamentaba no poder ver una sonrisa en aquel rostro moreno, al menos por una última vez. Casi que iba a pedírselo, pero decidió callar y darse la vuelta, emprendiendo de nuevo el camino por las arenas, por el sol, por el desierto, sin querer darle del todo la razón.

Caminó, caminó, avanzó sin darse la vuelta, sabiendo que el espejismo con seguridad ya se habría desvanecido, que la joven no estaría tras él. Iba a visitar un recuerdo, un antiguo sitio donde había hecho una promesa con su hermano, con Idgray, con aquel que los dioses decían iba a ser consumido por la oscuridad, e iba a dejar allí algo que podía significar la diferencia si alguna vez realmente deseaba salvarse a sí mismo.

Sonreía mientras caminaba en silencio, arrastrando los tesoros tras sí con la renovada energía que el encuentro le había brindado. Sonreía y pronto las lágrimas caían, gruesos gotones que se deslizaban por sus mejillas, bañando la suciedad en ellas para luego rebotar contra la arena, formar una mancha negra que se desvanecía al instante, breve, pequeña, absolutamente insignificante entre las montañas de nada que la cubrían.

Aun así no dejó de sonreír, y caminó hacia donde el cielo se ponía rojo.

## **FIN DEL SEGUNDO LIBRO**